

Ecos del
destino

Miranda Kellaway



ECOS DEL DESTINO

Miranda Kellaway



1.ª edición: mayo 2012

© Mariana Caetano Caetano, 2012

© Ediciones B, S. A., 2012

para el sello Vergara

Consell de Cent 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B.15623-2012

ISBN EPUB: 978-84-9019-114-9

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi hijo Ian,
mi pequeño pedazo de cielo en la Tierra*

El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos.

WILLIAM SHAKESPEARE

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

Londres, 1850

—¡Maldita sea, Haygarth! ¿Has vuelto a perder? —La voz de Miles Parker retumbó como un trueno en todo el salón, causando miradas de desaprobación en el resto de los asistentes.

—Es solo una mala racha —respondió su amigo, agitando un as en su mano derecha—. La próxima será la jugada de mi vida.

—Más te vale, si no quieres que tu padre te mate.

Julian Haygarth le miró fijamente.

—Papá no haría eso. Tiene que dejarle a alguien el título, y Brandon está muerto. Así que...

Una mujer elegantemente vestida y con un prominente escote se acercó a ellos.

—Caballeros —dijo sentándose en el regazo de Julian—. ¿Hay suerte esta noche?

—Me temo que no —contestó Miles, levantándose de la mesa—. Nos vamos a ver obligados a retirarnos.

—Ni hablar —protestó Julian—. No pienso irme.

—Claro que sí. Y lo harás ahora —le espetó Parker, arrastrándole hasta la salida del Hodge's, su sala de juegos favorita.

—¿Pero qué diablos crees que haces? —gruñó Julian al cerrarse las puertas de entrada tras ellos.

—Salvarte el pellejo. Unos minutos más y te hubieras jugado Haygarth Park.

—Si no fueras mi mejor amigo, te daría una buena paliza por meterte en mis asuntos.

—Vamos Julian, mírate. El futuro marqués de Rockingham, con un prometedor futuro por delante, comportándose como un vulgar vagabundo. ¿Es que no tienes dignidad?

—Déjame en paz —dijo este, bajando las escaleras con dificultad—. Solo quiero disfrutar de mi libertad mientras dure.

—Te acompaño a tu casa. No puedes irte solo en ese estado.

—No. Voy a pasear. Necesito aire fresco.

—Julian...

—Ya me has oído.

Miles vio cómo su amigo se alejaba tambaleándose, y se arrepintió de haberle llevado al Hodge's esa noche. Pensó en seguirle para asegurarse de que llegaba sano y salvo a casa, pero eso significaría otra bronca. Sabía que era una pérdida de tiempo discutir con un hombre tozudo como él.

Pasadas las dos de la madrugada, Julian entró en el salón de estar de su mansión en Mayfair. Se sirvió una copa de brandy y se dirigió al sillón más cercano. Las palabras de lord Rockingham, su padre, vinieron de nuevo a su mente como una pesadilla:

—Eres un perfecto inútil, Julian. Ahora que Brandon ha muerto no me queda más remedio que poner mis esperanzas en que seas tú quien me suceda. No sé qué le habré hecho al cielo para merecer semejante desgracia.

Él permanecía de pie, inmóvil, sin dar crédito a lo que oía. ¿Tanto le odiaba? ¿Cómo era posible que le soltara eso justamente en el funeral de su hermano?

—Padre, este no es el momento. —No tenía fuerzas para decir nada más.

El marqués hizo una mueca.

—Tu ineptitud nos ha puesto en esta situación. Espero que me recompenses de alguna manera el haberme quitado a mi hijo —le reprochó Craig Haygarth con los ojos rojos de ira contenida, dando un portazo tras de sí al abandonar la estancia.

Julian se llevó la copa a los labios, sorbiendo lentamente su bebida, recordando aquellas palabras llenas de amargura y dirigidas a él como dardos venenosos apuntando a su corazón. El dolor perduraba a pesar de que hubieran transcurrido ya dos años desde la tragedia.

—Futuro prometedor... qué sabrá él... —murmuró para sí antes de quedarse completamente dormido, derramando el brandy sobre la alfombra.

Una luz cegadora le despertó de golpe, provocándole una horrible jaqueca. Aún estaba vestido, y no se encontraba en su habitación. Trató de incorporarse. Gimió al sentir una punzada de dolor en el cuello, haciendo que David, su ayuda de cámara, que trataba de correr las cortinas, se sobresaltara. Se dio cuenta entonces de que había pasado la noche en el sillón de la sala de estar.

—Buenos días, milord. ¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias, David. ¿Qué hora es?

—Las diez, señor. ¿Desea que le prepare el baño?

—Sí, por favor.

—Sobre su cita con lord Parker, ¿desea enviar una nota para posponerla?

—¡Oh, Dios, la cita! —exclamó Julian llevándose las manos a la cara—. No, no es necesario. Pide que me preparen el carruaje. Saldré en media hora.

Se levantó con la cabeza aún martilleándole y subió corriendo las escaleras hacia su dormitorio.

Era una mañana soleada, aunque fría. No sabía por qué, pero ese día todas las piedras de la ciudad parecían estar en su camino. El carruaje se tambaleaba cada dos por tres, provocándole así un malestar continuo. Miles le esperaba en la terraza leyendo el periódico, y al verle, preguntó sorprendido:

—¿Te ha pasado una manada de bueyes por encima?

—Buenos días, Miles.

—Para ti no son tan buenos, por lo que veo. ¿Encontraste tu casa, o dormiste en la calle? —dijo, señalando una silla a su lado.

—Muy gracioso. No bebí tanto.

—Porque te saqué de allí. Suerte la tuya.

—Si esperas que te dé las gracias, andas listo. Me surge la oportunidad de recuperar el dinero que perdí, y vas tú y te las das de héroe.

Parker enarcó las cejas, fingiendo estar ofendido:

—No puedo creerlo. Encima que te salvo...

—¿Salvarme de qué?

Miles se puso serio.

—Vamos, Julian, sabes que tengo razón. Si te juegas tu fortuna a las cartas, pronto no te quedará un céntimo. Solo un título vacío. Y tu padre no tolerará esto por más tiempo.

—Al cuerno con mi padre y lo que piense de mí. ¿Qué más da que me tome por un borracho jugador, si ya me ha dejado claro que nunca podré obtener su aprobación en nada de lo que haga?

—Eso no es cierto.

—Aún me culpa por la muerte de Brandon.

—Fue un accidente.

—Me llamó asesino, Miles.

—Le dolió profundamente su pérdida. Fue la desesperación lo que le hizo hablarte de ese modo.

—No le conoces. Él jamás olvida ni perdona un error.

El joven vizconde se apoyó en su respaldo, mirando fijamente a su amigo.

—Conviértete en el hombre que él quiere que seas. Tendrás de nuevo su confianza. Tienes los veintitrés cumplidos. Podrías buscar esposa, para empezar. Una señorita de alta alcurnia que te dé vástagos fuertes y sanos, herederos que continúen el linaje. Seguro que eso le encantaría al marqués.

—¿Has perdido el juicio?, ¿casarme? Definitivamente, no.

—Algún día tendrás que hacerlo.

—Tú lo has dicho. Algún día. Y ese día aún no ha llegado.

Un ligero ruido procedente del interior de la vivienda captó la atención de ambos. Henrietta, la hermana menor de Miles, salió a su encuentro. Ataviada con un vestido azul claro y el cabello recogido en un favorecedor moño hecho con trenzas entrelazadas y adornadas con pequeños lacitos del color de su vestido, se mostraba radiante. Julian, al verla, inclinó la cabeza, admirado por la belleza en la que se había convertido aquella niña que solía visitar Haygarth Park con su hermano años atrás.

—Hola Julian.

—¿Cómo estás, Henrietta? —saludó este besándole la mano.

—Hermosa, como siempre —observó Miles.

—¡Miles!

—Es verdad. ¿O no, Julian?

—Desde luego —afirmó Haygarth, sonriendo a la joven.

—Miles, me voy a hacer unas compras. Estaré fuera toda la mañana. Lady Kennedy me acompaña —dijo Henrietta, poniéndose los guantes.

—Oh, sí, para eso estamos en esta mugrienta ciudad. En cuanto empiece la temporada, veremos cómo exhiben a mi dulce hermanita por los salones de fiestas más lujosos del país, y le llueven escandalosas propuestas de soborno.

Ella le clavó una mirada de indignación.

—Eres incorregible. Espero que tu amistad con Julian te haga cambiar algo.

Parker soltó una sonora carcajada, haciendo que Julian pusiera cara de pocos amigos.

—¿Cambiar?, ¿con este? —bromeó señalando a Haygarth—. Imposible.

Su hermana le dio la espalda y se dirigió a Julian.

—No sé cómo le aguantas.

Y, tras atarse el sombrero, se fue.

—Henrietta tiene toda la razón. No sé cómo te aguanto —aseveró Julian con gesto divertido—. ¿Vais a presentarla en sociedad este año?

—Yo me niego, pero madre insiste.

—Es lo que debe hacerse.

—Sí, ya lo sé, pero solo pensar en esos carcamales babosos ofreciendo indecentes cantidades de dinero para llevársela a sus guaridas, me dan ganas de vomitar.

—No seas tan dramático, hombre. Además, parece que a ella le gusta la idea de entrar a formar

parte del mercado matrimonial.

—Eso es porque no conoce a los hombres en absoluto. Van a rifársela, Julian, como si fuese un jarrón o un cuadro. Si pudiera evitarle el trago...

—¿Cómo?

Parker le sonrió con picardía.

—Tú podrías ayudarme. Cásate con ella.

Julian se atragantó con el café que acababa de servirse.

—No puedes estar hablando en serio.

—Totalmente. Sois amigos desde niños; te tiene un gran afecto. No encontrará mejor partido que tú. Sé que la tratarás bien.

—Te recuerdo que ayer me sacaste borracho de un club, Parker.

Miles se frotó la barbilla.

—Sí, pero ese no es el Julian que yo conozco. Estás atravesando un mal momento.

—Que ya dura dos años. No merece a alguien como yo. Encuéntrale un duque o un conde que valga la pena y haz un buen negocio.

—Tú serás marqués.

—Miles...

Parker se envaró.

—Henrietta no está en venta. No la entregaré al mejor postor.

—Entonces no me la ofrezcas a mí. Es como mi hermana. No soy capaz de verla con otros ojos.

—¡No me digas que estás esperando a tu «princesa azul»!

Julian lanzó un suspiro.

—¿Estás seguro de que el que bebió ayer fui yo, Miles? Cada día me preocupas más.

—Estoy más sobrio que un cura. Me pica la curiosidad por saber desde cuándo esa parafernalia absurda del mito del matrimonio por amor te interesa tanto.

—No me interesa el matrimonio, con amor o sin él.

—Hasta que te veas obligado a cumplir con tus obligaciones. Entonces escogerás a cualquier vaca de sangre noble y cargada de pasta.

—Mira que eres bruto, ¿eh?

—Y yo te compadeceré y te acordarás de nuestra conversación de hoy. Terminarás tus días ahogado en una botella de whisky barato, lamentándote por no haber hecho caso a tu amigo del alma.

—Qué futuro tan tenebroso me espera. Pero aún no hemos hablado del tuyo.

—¿El mío? Yo me casaré con una americana. Mandaré todo a tomar viento y me dedicaré a criar caballos al otro lado del Atlántico.

—¿Y qué harás con tu título?

—Renunciaré a él y lo legaré a algún hijo bastardo que tenga por aquí.

Julian rio con ganas.

—Eso si la madre de la criatura no te chantajea para que te cases con ella.

—Eres un aguafiestas, ¿lo sabías?

—Perdona. Soñar no cuesta nada, ¿verdad?

—¿De qué te sirve tener el mundo a tus pies si eres preso de tu propio destino? Soy un desagradecido, lo sé. Pero piénsalo: hagamos lo que hagamos, estamos atrapados. El pobre no duerme porque le suena el estómago, y el rico tampoco porque sus obligaciones lo estrangulan como

una maldita cuerda alrededor del cuello. Eso no es vida.

Parker mordisqueó un pastel, y preguntó a continuación:

—¿Cuándo viene tu padre?

—Mañana. Hay unos negocios pendientes que quiere tratar conmigo.

—Perfecto.

—¿Por qué?

—Podrás acompañarme a casa de Richardson. Una pequeña reunión de amigos.

—¿Esta noche?

—Sí. No nos demoraremos demasiado. Unas manos al póquer, un par de copas y a casa.

—De acuerdo. Ahora, si me disculpas —dijo Julian levantándose de su asiento—, debo atender unos asuntos. Nos vemos esta noche.

—*Au revoir*, amigo. Y ve por la sombra.

Julian subió a su carruaje pensativo. Lord Rockingham volvería al día siguiente, y la tranquilidad que se respiró en la mansión la semana transcurrida durante su ausencia se esfumaría en cuanto hiciera su aparición.

Mark Richardson se paseaba nervioso de un lado a otro por el salón. Esperaba tener una velada tranquila, pero sabía que Oliver Lawson se lo iba a poner difícil. No recordaba ni una sola ocasión en la que el muy cínico no se metiera en algún lío. Y esta vez, por supuesto, no sería diferente. Contando con su presencia allí, el espectáculo estaba asegurado.

Pidió que le trajeran una copa y se dispuso a observar a sus invitados. Algunos de ellos, como lord Lannister, conde de Hereford, estaban enfrascados en una apuesta sin importancia, mientras otros solo bebían y miraban sin atreverse a participar.

Mark soltó un sonoro suspiro. La velada no parecía muy prometedora.

Al ver llegar a su compañero de juergas favorito, salió de su ensimismamiento y corrió a saludarle.

—¡Parker! Pensé que no vendrías.

—Hola Richardson —respondió Miles estrechándole la mano—. ¿Cómo va la partida?

—Aburridísima. Las apuestas están por los suelos.

—Eso es porque en el Hodge's ya les han desplumado —observó Julian—. ¿Qué tal, Mark?

El joven le estrechó la mano con fuerza.

—Hoy no va a ser tu noche, compañero —le advirtió el conde con gesto de preocupación.

—¿Y eso? —inquirió Miles.

—Lawson está aquí.

Haygarth miró a Richardson de soslayo.

—¿Y se puede saber por qué narices le has invitado? —le susurró Parker, intentando que nadie le oyera—. Ese imbécil es un gallo de pelea. No se queda a gusto si no provoca a alguien.

—Él siempre va a los lugares sin ser invitado. No nos dará problemas. Si lo hace, le echaré.

Julian se apartó de ellos y caminó hacia la mesa donde unos cuantos hombres jugaban la primera mano al póquer de la noche.

—Caballeros —dijo a modo de saludo, sentándose junto a sir Winston Wells, un baronet amigo de su padre.

—Vaya, Haygarth, qué agradable sorpresa.

—Buenas noches, sir Wells.

—¿Cómo está su padre, joven?

—Goza de buena salud, gracias a Dios.

—Eso no es algo que debería alegrarte —bromeó uno del grupo desde el otro lado de la mesa.

Se oyeron risas por todo el salón. Julian levantó la vista. Oliver Lawson le miraba desafiante.

—No tengo tanta prisa por ser marqués como la tienes tú por recuperar todo lo perdido durante tus noches de juerga, Lawson.

Las risas eran ahora más fuertes.

—No es precisamente mi dinero el que ha llenado los bolsillos de la banca del Hodge's —apuntó Lawson tratando de devolverle el golpe.

—Oh, no, claro. El tuyo se lo llevaron las fulanas de los muelles.

Lawson se levantó de su asiento dispuesto a empezar una trifulca, cuando Richardson, acercándose a ellos, dijo con calma:

—Tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo?

Los dos hombres se calmaron a intante y continuaron jugando. Julian no apostaba grandes cantidades. Al fin y al cabo era solo un juego entre amigos y estaba lo suficientemente sobrio como para no hacer ninguna tontería. Miles, en cambio, no demostraba poseer tanto sentido común.

—No me puedo creer lo que estoy viendo —le soltó Julian al verle apostar—. ¿Te ha dado por intentar superarme?

—Es solo esta noche.

—¿Va todo bien? Tú nunca apuestas como lo estás haciendo ahora.

Miles miró a su amigo.

—Estoy desesperado por dejar esta ciudad. La temporada comenzará dentro de poco, y me tocará aguantar los interminables bailes, los coqueteos de Henrietta, y las charlas de mi madre para convencerme de que busque esposa.

—Así que es eso. Miles, eres vizconde.

—No lo he olvidado.

—El matrimonio es un negocio, Miles, un negocio como otro cualquiera. Para ambas partes. Pero aún no estás arruinado, y no hay prisa para dar herederos a tu título y propiedades. Así que respira tranquilo. Aún nos quedan unas cuantas bocanadas de aire puro que respirar —afirmó Julian guiñándole un ojo.

—¿Aire puro? En el campo hay aire puro, no en Londres.

—Está bien, lo reconozco. Pero en el campo lo único que tienes son caballos y pasto. La capital al menos proporciona diversión.

—Una diversión que cuesta muy cara.

Julian sonrió.

—Hablando de diversiones... —dijo con tono serio—. ¿Has vuelto a ver a Suzanne?

—No —respondió Parker abatido—. Creo que tiene nuevas «amistades». Ella de verdad me gustaba, Haygarth. Era la única mujer con la que se podía tener una conversación coherente. No como esas cabezas de chorlito vestidas de blanco que andan por los salones de baile deambulando como fantasmas dispuestos a apropiarse de tu alma y llevársela al infierno.

—Comúnmente se las llama debutantes.

Miles miró a su amigo de reojo.

—¿Te hace gracia?

—Vamos, Parker, ¿qué esperabas de una mujer como ella? Es una actriz. Sabías a qué atenerte cuando comenzaste a frecuentarla. No eras el primero, y estaba clarísimo que no ibas a ser el último.

—Tendré que darte la razón a mi pesar.

Una voz conocida les interrumpió. Era Mark. Se había puesto en pie y parecía que iba a anunciar algo. Carraspeó antes de hablar.

—Caballeros —dijo elevando ligeramente el tono—. El fin de semana que viene organizaré una partida de caza en Derby Hall. Cuento con la asistencia de todos ustedes.

—¡Cuenta con ello, Richardson! —se escuchó al fondo de la estancia.

Miles y Julian se miraron un instante. Todos. Incluido Lawson.

—Supongo que nos honrará con su presencia, lord Haygarth —observó sir Wells.

—Bueno, yo...

—No lo creo, sir —intervino Oliver Lawson con una sonrisa irónica—. El futuro marqués posee muy mala puntería.

Julian se puso tenso. Ese patán se refería al accidente de su hermano. Respiró hondo y se mantuvo callado. Miles examinaba el rostro de ambos con detenimiento. Se preparó para lo peor.

—El señor Lawson ha acertado, sir Wells. No podré acudir. Estaré ocupado estos días.

Se dio media vuelta para marcharse, cuando escuchó la réplica de Lawson a su espalda:

—Me dejas más tranquilo, amigo. Así no tendremos que cuidarnos de que alguien nos pegue un tiro.

Se detuvo en seco. Se mordió el labio inferior con fuerza hasta hacerse daño, y susurró:

—No entraré en este juego. No albergo ni la más mínima intención de sucumbir a tus provocaciones. Buenas noches.

—Hombre, siempre queda la hipótesis de que no fuera un accidente —le espetó Oliver, llevándose una copa de vino a los labios.

Todo sucedió en fracciones de segundo. Julian se abalanzó sobre Lawson con furia, y lo tiró al suelo de un puñetazo certero. Miles y algunos más procuraron detenerle, pero su odio era tan grande que se zafaba de cualquier brazo que intentara sujetarle, volviendo de nuevo a enzarzarse en la lucha con el hombre que más detestaba.

—¡Quitadme de encima a este animal! —gritaba su oponente a pleno pulmón.

Todos los asistentes a la velada comenzaron a agruparse alrededor. Entonces Miles exclamó:

—¡Fuera todo el mundo! ¡Esto no es un espectáculo! ¡Por Dios bendito, que alguien me ayude a separarlos!

Lord Hereford, un caballero robusto y tan fuerte como Julian, lo tomó por los brazos y lo arrastró fuera del alcance de Lawson, mientras a este le ayudaban a incorporarse.

—¡Me pagarás caro esta ofensa, maldita bestia! —bramó lleno de ira, limpiándose la sangre de los labios con una mano.

Una vez fuera, el conde trató de tranquilizar a Julian.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó con aire preocupado.

En ese momento el joven imaginó que no tendría buen aspecto.

—Lo siento, milord. No pretendía arruinarles la noche a ninguno de ustedes.

—Por mi parte no es necesario que se disculpe. Todos vimos cómo le provocaba. Ese americano

sin modales... ¿Puedo preguntarle por qué se tienen tanta aversión?

—En realidad no lo sé. Una vez nos interesó la misma dama...

—Oh, entiendo...

Miles les salió al encuentro.

—¿Estás entero? —le espetó, ignorando la presencia del conde.

—Espero que sí.

—Llévele a casa, lord Parker —propuso lord Hereford—. Allí estará mejor.

—Sí, eso haré. Gracias por su ayuda, milord.

Mientras el conde se alejaba, Miles dijo:

—No sé en qué narices pensabas, pero casi le partes la cara en dos. Y parece que él también ha hecho un buen trabajo.

—¿De verdad estoy tan mal?

—Ahora mismo das miedo. Vamos al carruaje, anda.

Con dificultad Julian pudo acomodarse en el asiento, y al llegar a la mansión, Parker le ayudó a apearse.

—Necesitas curarte esas heridas, compañero —le aconsejó, recordando que lord Rockingham volvía al día siguiente.

—No te preocupes. Me las arreglaré.

—Mañana vendré a verte. Por cierto, Mark te envía sus disculpas.

—No es culpa suya. Ese Lawson es un perfecto idiota, que un día sacará a alguien de sus casillas y aparecerá con un puñal clavado en el pecho en algún callejón.

—No lo dudes. Que descanses, amigo. He ordenado que traigan tu carruaje mañana a primera hora.

—Gracias.

—Buenas noches.

Julian abrió la puerta de sus aposentos y se sentó en la cama. Le dolía la cabeza y todo le daba vueltas. Se tocó el rostro un momento. Cielos... dentro de unas horas tendría un ojo hinchado.

«Me dejas más tranquilo, amigo. Así no tendremos que cuidarnos de que alguien nos pegue un tiro.»

Volvió a sentir ganas de estrangular a Oliver Lawson.

Él no pudo salvarlo. Brandon agonizaba en sus brazos, y sus manos ensangrentadas trataban de tapar la herida mortal del pecho de su hermano. Gritó pidiendo auxilio hasta quedarse afónico, pero de nada sirvió. ¡Maldición! ¡Estaba seguro de que la escopeta de caza no estaba cargada!

Alguien llamaba. Julian se levantó a abrir. Era...

—¿Padre?

Lord Rockingham le observaba desde la penumbra. Llevaba puesta una bata.

—¿Dónde estabas?

—Te esperaba mañana...

—Llegué hace dos horas. ¿Dónde estabas?

—En casa de lord Richardson.

—Veo que te lo has pasado bien. Hablaremos mañana.

Se fue andando por el pasillo, y antes de entrar en su dormitorio, dijo:

—Y límpiate la cara antes de ir a dormir. Pareces un vagabundo.

A las siete y media Julian bajó a desayunar, con el cuerpo totalmente dolorido por lo de la noche anterior. Esperaba encontrar a su padre, pero este solicitó a la doncella que le sirviera el desayuno en su despacho. No le vio hasta las diez, cuando recibió el recado del mayordomo de que el marqués deseaba verle.

—Pasa —oyó su voz grave y ronca al otro lado de la puerta.

Julian entró y tomó asiento.

—¿Y bien? ¿Has hecho algo de provecho mientras he estado fuera?

—Me ocupé de las inversiones que me pediste.

—Así que has sido buen chico, ¿eh?

—Padre...

—¡No me interrumpas! —gruñó Craig Haygarth airado—. ¿Qué me vas a decir? ¿Vas a contarme cómo es que parece que te ha atropellado un carruaje?

—No lo creo necesario. Ya conoces la historia. Eres un excelente investigador.

—¡No me chulees, mocososo insolente! ¡Pues claro que lo sé! ¿Y quién no lo sabe a estas alturas? No haces más que desprestigiar tu apellido con ese ridículo comportamiento tuyo. Además, acaba de llegarme una factura del Hodge's. ¿Es que pretendes despojarnos de todo antes de que me muera?

—No. Trabajo duro para recibir tu aprobación al menos en algo de lo que haga, mas mis esfuerzos son inútiles. Te devolveré hasta el último centavo que haya gastado. Y respecto a lo de anoche, sí, estuve enfrascado en una pelea. No toleraré que nadie haga burla a la memoria de mi hermano.

El marqués le miró estupefacto. No esperaba esa respuesta.

—Así que fue por Brandon... bien. Pero no te he mandado llamar para discutir contigo ese asunto. Vas a hacer un viaje.

Julian se incorporó en la silla.

—¿Un viaje?

—Sí. Vivirás en el campo una temporada.

Esa revelación fue como una bofetada.

—¿El campo? ¿Por qué?

—Allí no tendrás ese... tipo de distracciones a las cuales estás acostumbrado aquí. Veremos si los verdes prados de Hampshire te rehabilitan.

—No preciso de rehabilitación de ningún tipo.

—Oh, sí. Harás lo que yo te diga. Irás a Hampshire y te quedarás en la casa solariega de tu primo James por tres meses.

—Pero... no voy a serte útil perdido en mitad de la nada.

—Tampoco lo serás aquí expuesto a todos los vicios imaginables. Está decidido. Y como me desobedezcas te juro que te desheredo.

Julian tragó saliva. No le quedaba otra salida.

—¿Y cuándo deseas que parta?

Craig inspiró hondo antes de contestar.

—Mañana.

Hampshire

—¡Cógelo! —exclamó Cassandra Doyle a su prima Ada, mientras corrían tratando de alcanzar a un lechón que acababa de escaparse del corral.

Ada trató de acorralar al animal, que pasó bajo sus piernas como una flecha. Al verse incapaz de agarrarlo, se dejó caer al suelo, exhausta.

—Toreada por un cerdo —murmuró para sus adentros.

Cassandra se acercó a ella riendo y se sentó a su lado.

—Un poco de ejercicio nunca viene mal.

—Tú te ríes, pero ese cochino es un sinvergüenza. Es la tercera vez que se escapa.

Oyeron un ruido tras ellas y ambas se volvieron. Y allí estaba él, mirándolas fijamente.

—Nos está desafiando —dijo Ada en voz baja pellizcando a su prima.

De pronto se quedaron inmóviles. Jonathan, el padre de Cassandra, se acercaba por detrás del animal con el sigilo de un gato, haciendo señales a las jóvenes de que se estuvieran lo más quietas posible para no asustar al lechón. Por un momento, ambas dejaron de respirar. Y... ¡zas! El granjero cayó sobre el cerdo con la rapidez de un ave de rapiña, arrancando aplausos y vítores de su sobrina y su hija.

—¡Lo cazaste! —exclamó Ada llena de júbilo.

—Os vi corriendo tras él y vine a echar una mano —explicó el señor Doyle.

—Muchas gracias, papá. Eres el único capaz de atrapar a *Theodore* —dijo Cassandra abrazando a su padre.

—¿Theodore? —preguntó Ada incrédula—. ¿Es que le has puesto nombre? ¡Cassie, por todos los santos!

—Bueno, vuestro perro tiene un nombre. *Theodore* es parte de la familia, ¿verdad, papá? —afirmó Cassie mirando a Jonathan, que las miraba con gesto divertido.

—Bueno... lo es, hasta que lo aemos en Navidad.

Ada estalló en carcajadas sin poder contenerse. Su prima arqueó una ceja y le espetó:

—No tiene gracia. Además, te informo de que fue tu hijo quien me dio la idea de ponerle *Theodore*.

—Así que el responsable final es el pequeño Johnny, ¿humm? Vaya vaya...

—No le regañes, por favor... él me dio el lechón y me hizo jurar sobre su piedra mágica que lo cuidaría.

Jonathan frunció el ceño.

—¿Piedra mágica?

—Sí, tío —intervino Ada—. Es una piedra gris redondeada que encontró en el monte. Su padre la talló para él, haciéndole el dibujo de un mago.

—Ese niño tiene muchos pájaros en la cabeza —afirmó rotundamente el granjero.

—Solo tiene cuatro años, papá —dijo Cassie intentando disculpar a la criatura—. Y teniendo una madre como Ada, ¿qué íbamos a esperar?

Jonathan rio al ver la cara de pocos amigos de su sobrina.

—Te voy a dar una azotaina con el gancho de la chimenea, jovencita —espetó Ada frunciendo el ceño.

—Bueno, muchachas, no peleen —interrumpió el señor Doyle—. Yo me voy a mis quehaceres y a llevar a este bribón de nuevo al corral.

Las jóvenes le vieron alejarse, mientras el cochino se retorció en sus brazos intentando liberarse. La escena les arrancó una sonrisa de oreja a oreja a ambas.

—Bien, cabecita loca —dijo Ada pasando un brazo por la cintura de su prima y dándole un beso en los cabellos—. ¿Vamos?

—Adelántate tú, prima. Yo tengo que ir a hacer mi visita semanal a los Elliot. La señora Elliot ha vuelto a recaer en ese horrible resfriado que contrajo estas pasadas navidades.

—Pobre mujer. ¿Cuánto tiempo lleva enferma?

—Los últimos dos años. No ha logrado superar la muerte de su hijo Christopher, y eso ha debilitado gravemente su salud.

—Llévale una cesta de manzanas. Vamos un momento a mi casa, te la preparo enseguida.

—De acuerdo. Voy a avisar a papá.

Julian se movía incómodo en su asiento. Tenía el cuerpo dolorido. Durante el viaje se había bajado del carruaje un par de veces, una para estirar las piernas y otra para tomar un refrigerio en una posada. El trayecto era largo, pero no tenía sueño, así que llevó consigo un libro para distraerse. Su progenitor le había condenado a pasar tres largos meses en casa de James, y no le extrañaba en absoluto. Su enfrentamiento con Lawson fue la excusa perfecta para quitárselo de encima. Lord Rockingham y él eran unos desconocidos a pesar de ser padre e hijo, y ahora que el marqués iba a estar una temporada en Londres, era lógico que buscara una manera de verle lo menos posible.

Miles por su parte, se quedó de una pieza al oír la noticia.

—¿Hampshire? —preguntó incrédulo—. Tu padre te odia, sin duda. Mandarte a ver montañas y cabras con lo que te gusta la capital... qué envidia te tengo.

—Eres un cínico incorregible, Parker —replicó Julian, intentando buscarle el lado bueno a su nueva situación.

—Te lo digo en serio, Haygarth. Estarás lejos del bullicio, los vicios y la polución, y encima te perderás la temporada. No tendrás detrás de ti a esos leviatanes babeando por casarte con sus hijas. ¡Te libras por los pelos! ¡Qué suerte tienes, condenado!

Julian rio. Viéndolo así, su amigo tenía razón. La pena era que en esos tres meses no iban a verse.

—Pon en práctica lo que aprendiste en el colegio y haz el favor de escribir —le había advertido, arrancándole un bufido a Miles, que puso los ojos en blanco.

—Sabes que odio escribir cartas. Siempre hablan de muertes, enfermedades o bodas. Y yo huyo de cualquier situación que tenga que ver con esas tres cosas. Pero tratándose de ti, y como sé que mi hermosa letra será el único medio civilizado de comunicación que tengas con el mundo exterior, te haré caso.

Y se despidieron con un fuerte abrazo.

Lo iba a echar de menos.

Se asomó un momento a la ventanilla para inspirar el aire puro del que tanto hablaba el vizconde en sus momentos de nostalgia de la campiña. Una extensión enorme de terreno se abría ante él,

poblada de árboles frondosos y florecitas silvestres de todo tipo. El verde intenso de los campos llamó su atención, y contempló embobado el panorama. Miró alrededor. Ni una sola casa. Solo unas cuantas ovejas pastando a lo lejos.

—En medio de la nada —murmuró para sí—. Pero al menos el sitio es bonito.

Solicitó al cochero que fuera más despacio para disfrutar de las vistas. Estiró sus entumecidos y musculosos brazos, y se pasó una mano por su rubia y espesa cabellera. Estaba cansado.

—Necesito una copa —se oyó decir—. Una copa de...

De pronto le pareció ver algo. O mejor dicho, a alguien. Se asomó más a la ventanilla para satisfacer su curiosidad.

—Más despacio, Phillip, por favor —ordenó al cochero.

Ahora distinguía la imagen perfectamente. Una muchacha (de unos diecisiete años, calculó él) caminaba sola por el campo a unos metros del camino de tierra. Se fijó en que tenía una hermosa figura, iba ataviada con un sencillo vestido blanco de algodón raído en el extremo de la falda y sus brillantes cabellos castaños iban sueltos, llegándole hasta la cintura. Portaba una cesta consigo, tapada con una servilleta de cuadros rojos y blancos.

La distancia no le impedía ver bien su rostro. Piel blanca, mínimamente bronceada, nariz fina y delicada y ojos grandes, aunque no distinguía el color. Una belleza.

—Vaya... —murmuró para sí—. Después de todo, quizá este lugar no sea tan tedioso como imaginaba.

La casita de los Elliot estaba situada junto al río, a una milla del pequeño pueblo de Fawley. A pesar de que entre su hogar y el de sus queridos amigos había una distancia considerable y ninguna indicación o un camino que le pudiera guiar, Cassie nunca se perdía. Había recorrido innumerables veces ese lugar, y prácticamente podía llegar a la casa con los ojos vendados. Tenía que cruzar un extenso campo, y en muchas ocasiones solía entretenerse recogiendo flores, con las que luego hacía un ramo improvisado y se lo regalaba a la señora Elliot. Esta siempre le agradecía profundamente sus visitas, sobre todo desde la muerte de su único hijo, y gustosa preparaba unas tartas riquísimas con las manzanas que la joven le llevaba.

El portoncito estaba abierto. Cassie entró en silencio y aspiró el delicioso aroma a canela que venía de la cocina.

—¿Hola? —saludó, esperando recibir respuesta.

—¡Pasa, pasa, niña! —exclamó el señor Elliot al oírla.

Cassie anduvo unos pasos, deteniéndose cerca del huerto donde el señor Elliot cavaba para plantar unas zanahorias.

—Buenas tardes, señor Elliot.

—Hola, pequeña. ¿Cómo está tu padre?

—Bien, gracias. Le envía recuerdos. Mi prima Ada también, junto con estas manzanas —dijo levantando ligeramente la cesta.

—¡Oh, estupendo! Ya sabes que Maggie hace unos pasteles para chuparse los dedos. Agradéceselo a la señora Smith de mi parte.

—Le daré su recado.

—¡Charles! ¿Con quién hablas? —la voz de la señora Elliot se oyó desde el interior de la casa.

—La señorita Cassandra ha venido a vernos, Maggie —contestó él.

Acto seguido la mujer apareció en el umbral de la puerta principal, con un delantal blanco y las manos cubiertas de harina.

—¡Cassie, querida! —exclamó Maggie Elliot haciendo aspavientos, invitándola a entrar—. ¡Pasa, muchacha, no te quedes ahí fuera tostándote al sol con el señor Elliot!

Ambos se miraron, y la joven se dirigió a la entrada de la vivienda.

—Discúlpame que no te salude como es debido —se excusó Maggie—, pero tengo harina hasta en las orejas. Estoy preparando unos bollitos de canela y pasas, que sé que te gustan mucho.

—Oh, señora Elliot, no debía haberse molestado.

—No es molestia, Cassie. Me encanta hacer dulces. De hecho, he preparado una compota de fresas para que se la lleves a tu padre.

—¡Muchas gracias! Le traigo de parte de Ada unas manzanas. Le envía saludos.

Maggie le acercó a Cassie una silla, la invitó a tomar asiento y tomó la cesta, llevándola a la cocina.

—Tu prima y tú como siempre tan generosas —afirmó con una sonrisa en los labios—. Estamos en deuda con vosotros.

—En absoluto, señora Elliot —replicó Cassie negando con la cabeza—. Para nosotros es un placer visitarles.

La anciana le dirigió una mirada cariñosa y preguntó:

—¿Qué tal están los niños de Ada?

—Creciendo y cada vez más traviesos. Evelyn aún es pequeña, solo tiene ocho meses, pero Jonathan... ese sí que es un pillastre.

—Será un joven muy listo el día de mañana.

Charles Elliot entró, dejando su sombrero en el perchero de la entrada.

—¿Y cómo va su resfriado, señora Elliot?

—Mejor, niña, mejor. Ya casi estoy recuperada. Pero ya sabes cómo son estas cosas, una recae cuando menos se lo espera.

—Los achaques de la edad —intervino Charles guiñándole un ojo a la muchacha.

—Somos dos viejos con un pie en la tumba —bromeó su esposa.

Maggie fue a la cocina unos instantes y volvió con una bandeja llena de pasteles de canela recién salidos del horno.

—Esos bollos desprenden un olor fabuloso —observó Charles, a lo que Cassie asintió.

—También he preparado té —respondió la anfitriona, dejando tazas sobre la mesa.

Cassie le ayudó trayendo la leche y el azúcar, y se sentaron los tres a disfrutar de la merienda.

—Por cierto, hoy ha venido a vernos el señor Latimer —dijo Maggie, sirviendo un poco de té a su marido.

—¿Y cómo se encuentra él?

—Bien, bien. Desde que adquirió esa casa solariega a las afueras del pueblo viene por aquí de vez en cuando —explicó Charles—. Es muy amable, de hecho se ofreció a ayudarme a reparar el tejado.

—Siempre tan atento ese caballero. No parece inglés, ¿verdad querido?

—Es americano. De Virginia, creo.

—¿Y reside en Inglaterra? —preguntó Cassie con interés.

—Eso parece. Le gusta mucho nuestra pequeña isla. Dice que somos una cultura interesante. Se dedica al comercio según tengo entendido. Hizo dinero en las Américas y ahora se ha venido aquí. Ha preguntado por ti, señorita Cassandra.

Cassie se sorprendió. Solo había visto a Frank Latimer en dos ocasiones.

—¿Así que me recuerda?

—Por supuesto —afirmó él—. Y le manda saludos a toda su familia.

Fue una tarde sumamente grata. Cassie pasó dos horas enteras con ellos, y se marchó llevándose la compota de fresas y unos cuantos bollitos de canela, que guardaría para Johnny.

Tomó uno de los atajos que había descubierto hacía dos días para llegar pronto a casa. Con la hora que era, faltaría poco para que comenzara a anochecer.

Ya instalado en el que sería su dormitorio durante los próximos tres meses, Julian se tumbó boca arriba en la cama. Necesitaba un baño, así que llamó a uno de los sirvientes y pidió que se le preparara uno. James, que le esperaba en el momento de su llegada, le saludó efusivamente, dándole la bienvenida a su «cabaña», una casa señorial estilo Tudor construida en piedra gris de tres pisos.

—No te aburrirás demasiado en Hampshire —declaró su primo durante la cena—. Tómallo como unas vacaciones. Lo que no falta aquí es tranquilidad y aire puro. Puedes coger un libro de la biblioteca, dar un paseo a caballo por el campo, o husmear en el pueblo...

—No recordaba que hubiera un pueblo... —dijo Julian—. ¿Cómo se llama?

—Fawley. Es muy pequeño; todo el mundo allí se conoce. También hay unas cuantas casas desperdigadas a las afueras y alguna que otra granja.

—Supongo que conoces bien a los habitantes de este sitio alejado de la mano de Dios.

—No mucho. La mayoría son gente sin muchas luces, como diría yo. Como es de esperarse, las profesiones que ejercen no requieren de abundante educación.

—Entiendo.

—Hay un tal Latimer que se mudó hace unas semanas. Compró la casa del viejo Clevedon. No está muy lejos de aquí.

—¿Has entablado amistad con él?

—Nos hemos cruzado en un par de ocasiones. Es americano.

—Quizá tenga la oportunidad de conocerle.

Pensando aún en la conversación que tuvo con James mientras disfrutaban de la succulenta cena, Julian se sumergió en el agua templada de la bañera. Esperaba que su primo tuviera razón, y encontrara provechosa su prolongada estancia. Pero no lograba quitársela de la cabeza... ¿quién era aquella chica? ¿La conocería James? ¿Viviría en el pueblo o en una de las granjas que su anfitrión había mencionado? Esperaba que todos sus interrogantes pronto encontraran respuesta. Tendría que averiguar su identidad. Al fin y al cabo, no había mucho donde buscar...

Ada Smith subió los escalones con paso lento. Exhausta y con su hija en brazos, entró en casa, donde la esperaba Hugh, su marido, que se había quedado con Johnny mientras ella hacía unos recados.

—¿Qué tal te fue en la granja? —preguntó ella al ver su cansado semblante.

—Hoy he ayudado a Jonathan con las vacas. Lo del portoncito del corral lo he dejado para

mañana temprano.

Ada asintió.

—No hay tanta prisa por arreglarlo, tranquilo. Hace algunos días he notado a mi tío más fatigado que de costumbre.

—El pobre está envejeciendo. Lo peor es que no tiene ningún hijo varón que le haga el trabajo duro. Veremos cómo saldrá adelante cuando vayan pasando los años.

—Cassie comparte la carga con él todo lo que puede. Solo se tienen el uno al otro.

—Pero algún día Cassie se casará. Y para serte sincero, espero que sea pronto.

Ada levantó una ceja. Evelyn comenzó a hacer pucheros, y su madre le acarició el rostro y la dejó en la cunita de madera hecha por su esposo unos meses atrás.

—¿Por qué dices eso? Recién ha cumplido los dieciocho. No creo que esté pensando en el matrimonio.

—Sin embargo, debe hacerlo —observó Hugh—. Por el bien de su familia. Unos brazos fuertes para trabajar no vendrían mal.

Su esposa lanzó un suspiro.

—Tú siempre tan práctico. ¿Crees que ese es un buen criterio a la hora de elegir marido? El matrimonio es una alianza para toda la vida. No se puede tomar eso tan a la ligera. Además, es demasiado joven.

—Cuando nosotros nos casamos tú tenías diecinueve años, Ada.

—Hugh...

Él se acercó y besó a Ada en la frente.

—Fuiste y eres una esposa y madre estupenda, a pesar de tu juventud. Podrás enseñarle todo lo que sabes.

—No deseo que crezca tan deprisa. También me preocupa la situación de mi tío, pero tanto como para sacrificar a Cassie de esa manera...

Hugh la miró pensativo.

—Lo dices como si casarse fuera una desgracia.

—Sin amor, lo es.

—El amor viene con el tiempo.

—Eso depende mucho de ambos. Como todas las muchachas de su edad, Cassandra soñará con enamorarse de algún joven apuesto.

—Apuesto, y espero que disponible.

Ella sonrió.

—Desde luego.

Smith abrazó a su esposa y dijo:

—Ay las mujeres, qué complicadas sois.

—Si encuentras para ella a alguien como tú, entonces me daré por satisfecha y consentiré esa boda.

—¿Como yo? Yo no soy ningún santo, querida.

—No me gustan los santos. Son demasiado perfectos.

La mañana se presentó con un cielo completamente despejado, como los cinco últimos días. Julian

se encontraba de muy buen humor, y decidió dar un paseo a caballo. Empezaba a gustarle aquel lugar, tan tranquilo, silencioso y con aroma a flores silvestres. Bajó a las cuadras y saludó al mozo, que en ese momento cepillaba la crin de *Tristán*, el ejemplar favorito de su primo.

—Carter.

—Buenos días, milord. ¿Va usted a montar?

—Sí, hace un día precioso.

—Ensilla a *Tristán* y a *Hércules*, Carter —intervino James, acercándose a ellos—. Hoy te acompañaré, Julian.

—Estupendo. Así me sirves de guía.

Una vez estuvieron listos los corceles, los dos caballeros se subieron en sus monturas y salieron al galope campo a través.

—¡Vayamos hasta el río! —gritó James.

Ambos hombres poseían un aspecto parecido. El cabello de James también era rubio, y sus ojos azules, pero más oscuros. Tenía una estatura similar a la de Julian, aunque la complexión de este era fuerte, y James era más bien delgado. Era el único hijo del hermano menor del marqués de Rockingham, y cinco años mayor que Julian. Sin embargo en carácter no podían ser más diferentes. La personalidad reservada y solitaria de Julian contrastaba con el temperamento extrovertido, alegre y a veces hasta cínico de James. Ambos se llevaban bien, aunque no eran los mejores amigos.

—¿Qué te está pareciendo tu celda, Julian? —preguntó su compañero una vez llegaron al río y se detuvieron.

—Pues bastante amplia —bromeó él.

—¿Qué has hecho esta vez para cabrear tanto al señor de Haygarth Park? Aún no me lo has contado.

Era cierto. Su invitado llevaba ya cinco días allí y todavía no había soltado prenda.

—Nada del otro mundo —respondió Haygarth, incómodo. Deseaba que la conversación tomara otro rumbo, pero al parecer tendría que hablar de ello.

—¿Nada dices? Tu padre no parece pensar lo mismo, primo. Te ha desterrado a un rincón de Inglaterra con una condena de noventa días.

—Nadie diría que este es tu hogar, James. ¿Pretendes asustarme o advertirme de algo?

—Oh, no, Julian. Ninguna de las dos cosas. Aquí en Hampshire hay pasatiempos, al igual que en Londres. Claro que no son tan exquisitos.

—¿Por qué me da la impresión de que estás hablando de mujeres?

—¡Vaya, nos has salido listo!

—No te quedes conmigo, James. No me digas que usas tu posición para seducir a las pobres aldeanas.

Su primo soltó una carcajada.

—¡No! —exclamó—. Yo prefiero jugar al gato y al ratón.

Julian levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—A ellas les asustan los lores, Julian. No se acercarían ni con cebo.

—¿Y qué haces entonces?

James hizo una pausa.

—Pues mezclarme con ellos.

—¿Cómo?

—Para hacerte pasar por un campesino solo son necesarias unas ropas baratas y un nombre común.

Haygarth abrió la boca, sorprendido.

—¡Me tomas el pelo!

—En absoluto.

De pronto la imagen de la muchacha desconocida acudió a la mente de Julian como si de una visión se tratara. ¿Y si James...?

Le sobrevino un sentimiento que no supo definir. Era muy posible que aquella joven, como otras, hubiera sido víctima de la astucia de ese hombre.

—No has cambiado nada, James. Ciertamente eres mucho más salvaje de lo que creía.

—Uno está obligado a utilizar la imaginación en un lugar como este. Y no me mires así. Ellas no son tan inocentes como aparentan.

—Ten cuidado, primo. No me gustaría verte con una bala en la frente proveniente de la escopeta de un marido enloquecido.

—No estoy tan loco para eso. Yo las elijo solteras.

—Sí, pero las solteras tienen padres que también poseen escopetas.

James guardó silencio por unos segundos, reflexionando. Luego dijo:

—Es cierto. Pero algún día hay que morir, así que...

Picó espuelas y salió al galope. Julian le imitó y no tardó en alcanzarlo. Echaron una carrera hasta la casa, tras un largo paseo por las inmediaciones.

Jonathan Doyle estaba sentado en su sillón quejándose de un molesto dolor de espalda. El sol había salido hacía algunas horas, y no podía permitirse quedarse en casa. Una dura jornada de trabajo le esperaba fuera.

—Papá —le llamó Cassie, interrumpiendo sus pensamientos—. Voy a ordeñar a las vacas.

—Espera, hija. ¿No le dijiste a la señora Bloom que la ayudarías con los preparativos de la fiesta?

—Quedé en ir esta tarde, con otras cuatro mujeres. Vamos a encargarnos de las banderitas y de servir la comida durante el evento. Ahora no tengo ningún compromiso, por lo tanto puedo ayudarte.

—No te esfuerces demasiado, Cassandra.

—Mira quién fue a hablar —le regañó ella—. Deberías descansar un poco. Ayer vi al doctor Clayton, y me dijo que estuvo aquí la semana pasada. No me lo dijiste.

—No quería preocuparte. Era solo una revisión rutinaria.

Cassie se sentó junto a él y le levantó el mentón.

—Podrías avisarme cuando te encuentres enfermo para variar —replicó.

—Eres peor que tu madre que en paz descansa. Estoy bien, no me pasa nada. No seas tan pesada.

Su hija le dio un beso en la mejilla y susurró:

—Desconoces por completo lo pesada que puedo llegar a ser si me lo propongo, así que no me pongas a prueba.

Y salió.

Julian se disponía a deshacerse de sus botas de montar, cuando James entró en el dormitorio portando unas ropas consigo.

—Perdona que entre sin llamar —se disculpó—. La vida rural me está embruteciendo.

—¿Qué traes ahí?

—Tu disfraz.

—¿Qué? ¿Es que hay una fiesta?

—Sí, pero no aquí. En el pueblo. Una celebración por todo lo alto. Dentro de una semana festejamos el solsticio de verano. Habrá mucha gente danzando por las calles ahora, ultimando los detalles para la gran noche.

—Oh, claro. Lo había olvidado. Una fiesta pagana en el fin del mundo... qué excitante...

—Bueno, los civilizados preferimos llamarlo noche de San Juan.

James extendió el brazo, enseñando las prendas.

—Un momento... —murmuró Julian, frunciendo el ceño al ver los pantalones, los tirantes y la camisa viejos—. ¿Para qué voy a ponerme esto?

—Vamos a bajar a ver a la plebe. ¿No dijiste que querías divertirte? Aquí está tu hada madrina para hacer tus deseos realidad.

—No pienso ir a ningún sitio vestido como un granjero.

James se hizo el ofendido.

—¿Vas a dejarme cazar solo?

—¿Cazar? ¡Son personas, James!

—Vale, vale. Quizá me haya excedido. ¿Te parece bien... buscar compañía femenina agradable?

—Eres un perro.

—Oh, vamos. Es un juego inocente. Hasta ahora nadie ha salido perjudicado. Toma.

Julian agarró las ropas y le miró con cara de pocos amigos.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer?

—Observar. Saldremos sobre las cinco. El pueblo no está cerca, así que iremos a caballo.

Y dicho esto, se fue.

Menudo rufián ese James. «Si padre supiera dónde me ha mandado...» pensó Haygarth, dejando escapar un suspiro.

Como estaba previsto, a las cinco en punto James esperaba a su compañero en el salón principal. Cuando vio a Julian ya vestido con el «disfraz», como lo llamaba él, se echó a reír.

—¿Se puede saber qué tiene tanta gracia? —gruñó Julian, molesto.

—Estás tan... plebeyo.

—Vete al cuerno, James.

—Tendrías que agradecermelo, señorito refinado. Es la única vez que te vestirás así. Luego, cuando tu padre baje al reino de Hades, tú serás marqués, olerás a rosas y todos se postrarán a tus pies. Qué envidia te tengo.

—No tienes motivos. Tú vives aquí, solo, sin nadie que te diga lo que debes hacer. Eres dueño de ti mismo.

—No siempre es agradable ser un segundón, Julian. Basta de cháchara. Es hora de irse.

Se dirigieron a las cuadras, montaron sobre sus caballos y salieron a galope hacia el pueblo.

—Ahí está —señaló James cuando hubieron llegado—. Dejemos a los caballos a las afueras y

vayamos andando el resto del camino.

Fawley era un pueblo bien más pequeño de lo que Julian había imaginado. De esos que uno no localiza en el mapa. La cantidad de viviendas era escasa, aunque había algún que otro negocio. Vio a unas cuantas mujeres charlar animadamente. Parecían entusiasmadas con el evento que iba a tener lugar en unos días.

Sonrió. Tanta euforia era más que lógica. Los habitantes de Fawley seguramente no tendrían muchas opciones a la hora de entretenerse.

Un niño caminaba llevando un bidón de leche y silbando una canción desconocida. Al pasar por su lado, se detuvo, se quitó el gorro y dijo:

—Buenas tardes, señor. No es usted de los alrededores, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso?

El niño se rascó la cabeza unos segundos.

—Es que nunca le he visto por aquí. Ni a usted ni a su amigo.

Julian miró un momento a James. Se había alejado unos metros. Se volvió hacia el niño y observó:

—Chico listo. ¿Vives aquí?

—Sí. Con mi madre y tres hermanas.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Frederick.

—Encantado, Frederick. Yo soy Julian —se presentó él, dándole la mano.

—¿Se va a quedar para la fiesta? No se la puede perder. Las señoras sirven comida muy rica y luego hacen hogueras fuera del pueblo. Este año van a dejar que me quede más tiempo. Ya soy mayor; tengo nueve años.

—Claro. Espero verte entonces.

—Igualmente. Adiós.

—Ten cuidado, jovencito.

—¡Lo tendré! —gritó Frederick finalmente, alejándose al ritmo de la canción que comenzaba a silbar de nuevo.

Julian se dispuso a curiosear un poco por los alrededores. Había perdido de vista a James, y no sabía si volverían juntos, por lo que decidió no esperarle. Como su primo había apuntado, en el pueblo se observaba un movimiento atípico de una localidad tan pequeña. La única panadería estaba a rebosar de clientes, y parte de la calle principal se encontraba cortada por tiendas ambulantes donde se vendían todo tipo de objetos. Las señoras caminaban alegres parloteando con sus compañeras, mientras sus niños correteaban tras ellas. Esa escena le hizo retroceder en el tiempo, a Haygarth Park, cuando Brandon y él tenían nueve y seis años respectivamente. A ambos les encantaban las historias de guerra y todo tipo de conflictos bélicos, y corrían por los jardines gritando a pleno pulmón, imitando a los soldados en la batalla y provocando unas horribles jaquecas a la pobre Irene, su niñera.

—Cuando yo sea mayor, seré general —solía decir Brandon.

—Tú no puedes ser general. Tendrás que ser como papá, y papá no es un soldado —replicaba su hermano—. Es lo que él dice.

Brandon se limitaba a sacarle la lengua y hacer como que lo ignoraba.

—Seré general, ya lo verás. Y ganaré muchas medallas.

Y de pronto su vida se vio truncada por un desgraciado accidente.

Julian sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Ni siquiera marchándose lejos conseguiría vivir en paz?

Algo llamó su atención. Frederick, el niño con el que se había cruzado antes por casualidad, hablaba con alguien. Al percatarse de quién era la acompañante del muchacho, esbozó una sonrisa de oreja a oreja. No dudó en acercarse.

—¿Cómo estás, pequeñajo? —preguntó Cassie, acariciando el pelo de Frederick.

—Bien, gracias, señorita Cassandra. Y ya no soy tan pequeñajo. Este año mamá me deja estar más tiempo en la fiesta. Me ha dejado quedarme hasta que Katy vuelva a casa.

—Me alegro por ti. Por cierto, dile a tu hermana Dorothy que no olvide que hemos quedado para visitar al reverendo Jenkins.

—Lo haré —asintió Frederick.

Cassie le sonrió.

—Gracias, Freddy. Ahora si me disculpas, tengo que llevar esta enorme cesta de flores a la iglesia.

El niño siguió su camino y la joven dio media vuelta para irse, cuando de pronto tropezó. Todas las flores se le hubieran echado a perder si no hubiera sido por la rápida intervención de un hombre que la sujetó por el brazo, evitando la caída.

—Gracias, señor —dijo agradecida.

Le miró durante unos segundos. Apuesto, cabello rubio, rostro anguloso y ojos de un hermoso azul oscuro. No le resultaba familiar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el desconocido.

—Sí, ahora que me ha salvado usted.

Él le sonrió.

—Ha sido un placer, señorita...

—Doyle. Cassandra Doyle.

—Hermoso nombre.

Cassie se sonrojó ligeramente. Él le tendió la mano, y estrechando la suya, dijo:

—Encantado de conocerla, señorita Doyle. Julian... Carter.

Cassie repitió el nombre del joven en voz baja, como si quisiera memorizarlo. Qué amable había sido al acudir en su ayuda. Observó que su piel era de un blanco uniforme, al contrario que la de los hombres del pueblo, marcados por tantas horas de trabajo duro bajo el sol. Sus manos (que aún sostenían las suyas), suaves, sin callos y limpias, y ese olor...

Se sintió incómoda. Él la miraba intensamente, y no parecía tener intención alguna de irse.

—Cassie.

Ambos se volvieron bruscamente.

—Oh, Ada —saludó ella algo azorada—. Iba a llevarles a las señoritas Meyer estas flores. Van a encargarse de decorar la iglesia.

Ada observaba de reojo a Julian con una ceja levantada.

—Permíteme que te presente al señor Carter. Señor Carter —dijo mirando a Julian—, mi prima, la señora Ada Smith.

Él inclinó la cabeza con gesto serio, consciente de estar siendo objeto del escrutinio de la recién llegada.

—Ha aparecido justamente en el momento oportuno —continuó Cassie—. Tropecé y evité la caída, salvándome a mí y a las flores.

Ada sonrió fríamente.

—Le estamos muy agradecidas, señor Carter. ¿Por casualidad es de algún pueblo cercano? No recuerdo haberle visto antes.

—Efectivamente, señora Smith, no soy natural de Fawley. Me quedaré solo por una temporada.

—¿Se aloja en El rey Guillermo o en casa de algún conocido?

Julian dudó unos segundos en contestar.

«A ellas les asustan los lores, Julian. No se acercarían ni con cebo.»

—No. En realidad trabajo como mozo de cuadra para el dueño de una mansión no muy lejos de aquí —se oyó explicar.

Desearía haberse mordido la lengua. ¿Qué diantres hacía?

—Oh, claro —asintió Ada, aparentemente satisfecha con la respuesta—. ¿Sabe usted que en una semana celebramos la noche de San Juan en Fawley?

—Acabo de enterarme.

—¿Vendrá a la fiesta? —intervino Cassie.

—Es posible.

—Bien, pues seguramente nos veremos entonces. Que tenga un buen día, señor Carter —se despidió Ada tirando del brazo de su prima y alejándose camino a la iglesia.

Cassie miró hacia atrás y vio a Julian alzar la mano en señal de despedida, e inmediatamente le reprochó a Ada su comportamiento.

—¿Pero qué te pasa?

—Nada.

—Suéltame el brazo entonces.

—¿Quién es ese? —inquirió Ada.

—Acabo de conocerle.

—Pues te sostuvo la mano demasiado rato, ¿no crees?

—Ada, no puedo creerlo. ¿Eso ha sido lo que te ha molestado?

—¿Sabes de dónde viene?

—No. Y deja de interrogarme como si por hablar con un hombre que me ha hecho un favor hubiera cometido un delito.

—No era esa mi intención. Solo que...

—¿Qué ocurre?

—Nada. Anda, vayamos a llevarles esas flores a las hermanas Meyer.

La iglesia de Todos los Santos, una antigua capilla normanda construida en el siglo doce en piedra gris, se encontraba a las afueras del pueblo de Fawley. Allí, en la entrada de la misma, les esperaban Edith y Constance Meyer, dos gemelas solteras de más de cuarenta años.

—¡Queridas! —exclamó Edith al echar un vistazo a la enorme cesta que traía Cassie consigo—. ¡Qué flores tan hermosas!

—Las he seleccionado con esmero. Esperamos que les guste —apuntó Cassie, extendiéndoles el canasto.

—El reverendo Jenkins quedará encantado con el resultado, se lo aseguro —afirmó Constance.

—¿Necesitarán ayuda para la decoración? —preguntó Ada—. Podríamos...

—No, no, señora Smith, no se molesten. No queremos robarle más tiempo.

—No es molestia en absoluto. Si requieren de más manos, pueden contar con nosotras.

—Muchas gracias.

Las dos hermanas se despidieron de ambas jóvenes y entraron en la iglesia hablando entre ellas, hinchadas de orgullo por el éxito que estaban seguras de conseguir para el próximo domingo.

—Pobrecitas —dijo Ada al salir del recinto—. Con lo aburridas que deben ser sus vidas, cualquier cosa que les saque de su rutina es como un regalo caído del cielo.

—Son inseparables. Desde que las conozco siempre las he visto juntas. ¿Te imaginas si algún día una de ellas se casara?

—La otra no lo soportaría. Pero no han de inquietarse por eso. Son mayores ya.

—No tanto.

—Cassie, ¿de veras piensas que con la edad que tienen pensarán en introducir un hombre en sus organizadas vidas? No, querida. Eso se lo dejan a las jóvenes, que tienen los nervios lo suficientemente fuertes para aguantar a un marido.

Cassie soltó una carcajada.

—Así no me animas a formar parte del gremio de las «señoras».

—Ser esposa es un don maravilloso, pero también tiene sus contras.

—Yo me pregunto cómo seré dentro de diez años. ¿Con quién me habré casado? ¿Tendré hijos?

—Claro que sí. Alguien que te cuide, proteja y vele por tu felicidad.

—Y que me ame.

Caminaban despacio por el camino de tierra que llevaba a la granja Doyle, conversando animadamente. No se habían percatado de que un jinete se les acercaba.

—Buenas tardes —dijo el caballero, quitándose el sombrero.

—Buenas tardes, señor Latimer —saludó Ada, sonriendo.

—Veo que disfrutan de un paseo en este día tan hermoso.

—Así es. Venimos de la iglesia. Estamos ultimando los detalles para la noche de San Juan.

Latimer miró a Cassie.

—Señor Latimer, creo que conoce a mi prima, la señorita Cassandra Doyle.

—Sí, así es.

—El señor Elliot me ha transmitido sus saludos para mi familia, señor Latimer. Qué bueno el tener la oportunidad de agradecerse en persona —comentó Cassie.

—Me alegro que se lo haya dicho. ¿Cómo está su padre, joven?

—Con la salud un poco resentida, pero por lo demás bien.

—¿Está enfermo? —preguntó Frank Latimer con gesto preocupado—. ¿Le ha visitado un médico?

—Oh, sí, el doctor Clayton. No hay motivo para alarmarse. Solo es fatiga acumulada. Con unos días de descanso se repondrá.

—Si ustedes me permiten, me gustaría visitarles una tarde de estas.

—Por supuesto —intervino Ada—. Será bienvenido cuando lo desee.

Latimer acarició el lomo de su caballo, se puso el sombrero y a continuación dijo:

—Bueno, no las entretengo más. Nos veremos pronto.

Le vieron alejarse al galope campo a través, y a continuación Ada asintió:

—Qué caballero tan fino. Y nos trata como a iguales, ¿te das cuenta?

—Sí. ¿Tiene familia?

—Al parecer, no. Ni esposa ni hijos.

—¿Y vive en una casa tan grande él solo?

—Supongo que no le importará. Ya pasa de los cuarenta, así que...

—Quizá logremos emparejarle con alguna de las hermanas Meyer.

—¡Cassie! —exclamó Ada, sin poder contener la risa—. Qué voy a hacer contigo...

Julian se paseaba por sus aposentos como un animal enjaulado, furioso por su comportamiento aquella tarde. ¿Mozo de cuadra? ¿En qué estaba pensando? Y para estropearlo aún más, también mintió sobre su apellido. Maldita la hora en que fue a hacerle caso a James y a ponerse esa ropa...

Pero la había visto. La había tenido cerca, tan cerca que hasta podía percibir el aroma de sus cabellos castaños. Y esos ojos almendrados... nada de ridículas miraditas detrás de un abanico que le tapara la mitad del rostro. Una sonrisa abierta y sincera. Y una cara de ángel.

—Tengo que verte de nuevo —susurró para sus adentros.

Y lo haría. No sabía cómo, ni hasta dónde podría llegar con la farsa, pero lo haría. Aunque tuviera que convertirse en un vulgar campesino.

Dorothy Lewis caminaba absorta por el cementerio de la iglesia, deteniéndose ante algunas lápidas y leyendo las inscripciones. Esperaba a su amiga Cassie para hacer una visita al reverendo Jenkins y llevarle algunos dulces preparados por su madre, Jane. La esposa de este había fallecido ocho meses atrás, y le estaba resultando difícil superar su pérdida. Su hijo mayor, Adam, se había casado e ido a vivir a Cornualles, mientras que Phillip estudiaba derecho en la universidad, así que vivía completamente solo, con la única compañía de sus pájaros y de Nanny, una asistenta que le ayudaba con los quehaceres de la casa tres veces por semana.

Se detuvo ante la tumba de la esposa del párroco y leyó en voz alta:

Heather Emily Jenkins

Feb. 1795 – Nov. 1849

Amada esposa, madre y amiga.

*«Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos;
y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor,
ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.» Apoc. 21:4*

—¡Dorothy! —oyó gritar a Cassie desde la entrada del cementerio, moviendo la mano en señal de saludo. Esta le hizo señas para que se acercara. Su amiga le obedeció de inmediato.

—¿Otra vez leyendo las inscripciones de las lápidas? —inquirió Cassie—. A estas alturas te las sabrás de memoria.

La muchacha sonrió y se encogió de hombros.

—Es interesante lo que pone.

—Lo único que pone son las fechas de los nacimientos y las muertes. Algunos se esmeran más y tallan frases hermosas y versos bíblicos.

—Mira, el reverendo ha dejado flores...

Cassie se agachó y acarició el ramo de margaritas que reposaba sobre la piedra gris.

—Están frescas —dijo—. Las habrá dejado hoy. ¿Trajiste los dulces?

—Sí.

—Vamos entonces.

La casita de Dougal Jenkins se encontraba próxima a la iglesia. Las separaba un estrecho caminito de tierra que Cassie había visto ser recorrido por la señora Jenkins en varias ocasiones, cuando se dirigía al servicio de los domingos. Su jardín seguía estando bien cuidado, y mantenerlo era un pasatiempo agradable para el párroco, dadas las circunstancias.

Cassie contempló el pequeño cottage con cortinas blancas de encaje colgando de las ventanas de madera. Unas macetas de geranios adornaban los alféizares de las mismas. Entraron por el jardín y tocaron la campanita. Unos segundos después alguien salió a abrir. Era Nanny.

—Hola niñas —saludó con voz cariñosa.

—Hola Nanny —dijo Cassie—. Venimos a hacer una visita al reverendo.

—Oh, claro, os está esperando. Pasad.

El interior de la vivienda era igualmente hermoso y ordenado. Nada de muebles ostentosos, adornos llamativos u objetos caros. La sencillez y la pulcritud de aquella morada era lo que la hacía tan atractiva.

—Muy buenas tardes, señoritas —la voz grave del vicario se oyó desde la salita en la que se hallaba, aguardándolas.

—Buenas tardes, reverendo Jenkins —respondió Dorothy, adelantando a Cassie y asomándose al umbral de la puerta—. ¿Cómo está usted hoy?

—Oh, bien, bien. Pasad y sentaos, por favor.

Las jóvenes entregaron a Nanny los dulces y se dirigieron al sofá, junto a Jenkins.

—Tiene un jardín precioso. Ojalá pudiéramos hacer algo así en casa —apuntó Dorothy—. Pero Frederick se encargaría de destruirlo en cuanto nos diéramos la vuelta.

Jenkins sonrió.

—Está hecho un pequeño diablillo ese niño —prosiguió ella—. No para quieto.

—Es normal en una criatura a esa edad —explicó el anciano—. Cuando yo era como él mi madre me daba unos buenos azotes.

Dorothy le miró sorprendida. Había crecido con la idea de que los vicarios estaban exentos de las concupiscencias de la carne, al contrario que los demás mortales. Nanny les trajo una bandeja con galletas recién hechas y té.

—¿Cómo van los preparativos para la fiesta de San Juan? —preguntó Dougal con interés—. Asistirá todo el pueblo, supongo.

—Eso parece. Y de los alrededores también podría venir alguien —declaró Cassie.

—¿De las casas grandes quizás? —inquirió Dorothy.

—Los propietarios de las mansiones colindantes no suelen establecer contacto con los aldeanos de este lugar, señorita Lewis —dijo el párroco con pesar—. Todos somos iguales a los ojos de Dios, pero no a los de ellos.

—Mejor para nosotros. Les escandalizaría ver que danzamos descalzos y comemos con las manos —bromeó Cassie.

Todos se echaron a reír.

—Cierto —asintió el reverendo. Bajó la cabeza unos instantes. Iba a hablar de su querida Heather—. La señora Jenkins solía recibir visitas muy esporádicas de algunas señoras. La esposa de Richard Clevedon venía por aquí de vez en cuando. Lástima que tuvieron que marcharse.

—La recuerdo —comentó Cassie con voz queda—. Una señora muy distinguida.

—Colaboraba en todas las fiestas, obras benéficas, cosía ropa para los pobres... un bendito ángel —añadió Jenkins—. Pero un día su hija mayor, que reside en Liverpool, enfermó gravemente, y con tres hijos pequeños... se vieron obligados a poner Clevedon House en venta. Aunque tampoco podemos quejarnos del nuevo propietario que nos ha tocado.

—Frank Latimer.

—Así es. Nos hizo una visita de cortesía hará como dos semanas. Es un caballero muy afable y gentil.

—Es americano, ¿no?

—Y comerciante. No es muy bien recibido en los círculos importantes. Su origen y su profesión no son las que un aristócrata inglés apreciaría.

—Además —intervino Nanny—, dicen por ahí que creció sin padre. Ya me entienden...

Ambas jóvenes se ruborizaron hasta las orejas. Jenkins dirigió a su asistenta una mirada de absoluta reprobación, y carraspeó antes de hablar.

—Rumores sin fundamento a los que no hay que hacer caso —se limitó a decir, y rápidamente desvió la conversación hacia el tema de la fiesta.

—Así que esperan asistencia, ¿humm?

—Sí —afirmó Dorothy—. Al caer la tarde nos reuniremos todos en la plaza principal del pueblo. Habrá música, comida a rebosar, y bailaremos hasta que nuestras piernas no soporten nuestro peso.

Jenkins rio.

—Y está también la hoguera, claro. Se encenderá a las afueras del pueblo, donde continuaremos

con la música. Será una noche inolvidable.

—La veo muy ilusionada, señorita Lewis.

Dorothy bajó la mirada.

—Y lo estoy. Claro que en la medida justa —se disculpó.

Un poco más tarde ambas amigas se despidieron de su anfitrión y le comunicaron su deseo de verle durante la celebración, aunque dudaban de si aceptaría, a causa de la reciente muerte de su esposa. Al abandonar el hogar del párroco se percataron de que este se había animado un poco, y decidieron volver a hacerle otra visita en otro momento.

Continuaron caminando en silencio durante unos segundos. Al llegar a un cruce, Cassie se detuvo.

—Bueno, nos veremos mañana entonces.

—Saluda a tu padre y a Ada de mi parte.

—Gracias. Y dile al pequeño Freddy que no os dé tantos dolores de cabeza —dijo Cassie guiñándole un ojo a su amiga.

—Ese no tiene arreglo. Nació torcido y así se va a quedar. Hasta mañana —se despidió Dorothy agitando la mano y alejándose por el camino que llevaba al pueblo.

Cassie resolvió coger un atajo para llegar a su casa en vez del camino de tierra. Así aprovecharía para recoger unas cuantas flores y pasear un poco. Comenzó a tararear una melodía mientras se dirigía a un arroyo cercano a refrescarse. En pleno junio, hacía calor, y no había llovido en los últimos días. Oía a la gente cuchichear, mirando al cielo e implorando al Todopoderoso para que no hubiera otra sequía que destrozara las cosechas. Si tenían un verano tan fuerte como el anterior, las cosas se pondrían difíciles. Sin embargo, confiaba en que no fuera así.

Recordó entonces la fiesta del solsticio. Y al joven al que había conocido dos días antes, Julian Carter. ¿Acudiría esa noche?

El relincho de un caballo la sacó de sus cavilaciones. Miró a su derecha. Allí, junto al arroyo, estaba el ejemplar. Un precioso caballo marrón saciaba su sed, mientras era acariciado por su jinete. ¡Carter!

Él parecía tan sorprendido como ella por el casual encuentro.

—Pero si es la señorita Doyle... —saludó Julian inclinando la cabeza.

—Hola. Qué caballo tan hermoso.

—Se llama *Tristán*.

—¿Pertenece a la cuadra donde trabaja usted?

Por unos instantes él pareció desconcertado. Entonces cayó en la cuenta.

—Sí —se apresuró a decir.

Ella se acercó.

—¿Puedo? —preguntó, haciendo ademán de tocarle la crin.

—Es muy manso. No le hará ningún daño.

—Qué bello es. Lo alimentan bien, por lo que veo.

Julian sonrió.

—Oh, sí. Mejor que a mí. Es el favorito de J... —carraspeó y volvió a hablar— del amo.

Se bajó de un salto y se acercó a ella.

—¿Le gustan los caballos, señorita Doyle?

—Mucho.

—¿Sabe montar?

Cassie rio.

—¡No! —exclamó—. En la granja no hay caballos. Solo un viejo burro del que mi padre no quiere deshacerse. Dice que tras tantos años de fidelidad y duro trabajo el pobre animal merece descansar. Y allí está...

—Un hombre sensato y justo su padre. ¿Llegaron sus flores sanas y salvas a su destino?

—Oh, sí. Le estoy muy agradecida por su ayuda.

—No me dé las gracias de nuevo, por favor. Fue un placer. Espero no haber molestado a su prima de ningún modo.

—No se preocupe por Ada, señor Carter. Generalmente es bastante reservada. No la ha ofendido usted en absoluto.

—Me alegro. ¿Se dirige a su casa?

—Sí.

—¿Me permite acompañarla una parte del recorrido?

—No veo porqué no.

—Tengo una idea. ¿Por qué no monta a *Tristán*?

—No creo que sea...

—Vamos... no se caerá, se lo prometo. Yo llevaré las riendas desde aquí abajo. Iremos despacio.

Cassie dudó por unos instantes, y al final accedió. Julian la tomó por la cintura, la subió a la montura y dijo:

—Agárrese.

Jonathan Doyle lanzó un gemido de dolor al incorporarse. Buscó a tientas su bastón, que se estaba convirtiendo últimamente en su compañero inseparable. Desde su charla con el doctor Clayton las cosas no habían mejorado, y sus dolores musculares no podían ser peores. Elevó una oración al cielo agradeciendo que no fuera invierno, ya que el intenso frío sería fatal para su debilitado cuerpo.

—Si no fuera por esta dichosa carcasa arrugada, viviría para siempre —musitó enojado.

Tomó su viejo sombrero, dispuesto a continuar con su trabajo. Antes de salir de la casa tuvo que apoyarse en el umbral de la puerta y respirar profundamente.

«Prométeme que cuidarás de ella, Jonathan.»

Claro que la cuidaría. La cuidaría y protegería hasta el día de su muerte. Cassandra era su tesoro, lo único de lo cual se sentía orgulloso. Criarla él solo no fue fácil, y aún más teniendo el alma rota en pedazos a causa de la tragedia que les sobrevino aquel día lluvioso de otoño, cuando su amada Martha decidió prestar su ayuda a la familia Trant, cuyo hijo menor, Sean, se había contagiado de unas fiebres.

A partir de entonces ya no fue la misma. Apenas comía, se cansaba con frecuencia, y le costaba conciliar el sueño. Hasta que una noche comenzaron los delirios. Noches en vela extendiéndole paños mojados sobre la frente, rezando sin cesar por su recuperación. Clayton fue a verla en varias ocasiones, y siempre parecía que iba a mejorar. «Debemos tener esperanza», solía decir. Y él la tenía. O quizá era su incapacidad de aceptar la cruda realidad lo que hacía que se aferrara con tanto ímpetu a la idea de que lograría vencer la enfermedad. La vida abandonaba lentamente a la dulce y fiel Martha, y él iba a perderla.

Murió antes de que Cassie cumpliera los doce años. La enterraron en el cementerio de la iglesia, y

plantaron crisantemos, sus flores favoritas, junto a la tumba.

Jonathan cerró los ojos. Su hija era la viva imagen de la que fue su esposa y compañera durante casi catorce años.

—La cuidaré, Martha —se oyó susurrar—. Aunque se me vaya la vida en ello.

De pronto vio que se acercaba una mujer. Montaba un regio caballo marrón al que un joven, que iba junto al animal, sujetaba por las riendas mientras caminaba y conversaba animadamente con ella.

—¡Papá! —exclamó Cassie agitando una mano.

Inmediatamente Jonathan bajó los tres escalones que daban al porche de la pequeña vivienda con ayuda de su bastón y se dirigió a ellos.

—Cassandra, hija —saludó con entusiasmo—. ¿De dónde has sacado el...? —se detuvo y miró con detenimiento a Julian, como estudiándolo.

—Este es Julian Carter, papá —intervino ella, presentándolos a ambos—. Nos conocimos en Fawley hace dos días.

El anciano le tendió la mano al joven, que se la estrechó con firmeza.

—Me libró de un percance bastante desagradable, padre —añadió Cassie—. Como siempre ando tan distraída, me tropecé llevando en mis manos el canasto con las flores para las señoritas Meyer. Suerte que él estaba allí para detener la caída.

Miró un momento a Julian. Él le sonreía abiertamente.

—Vaya, así que tenemos a un ángel de la guarda —bromeó Jonathan, posando su mano sobre el hombro de Haygarth—. Vayamos dentro. Charles Elliot me ha regalado un queso estupendo. Sería una pena que se echara a perder.

Cassie miró a Julian, que hizo ademán de marcharse.

—Le agradezco sinceramente su ofrecimiento, señor Doyle, mas no quisiera importunar...

—¡Qué importunar ni qué ocho cuartos, muchacho! Los amigos de mi hija también lo son míos. Aquí tiene a Jonathan Doyle para servirle.

—Gracias, señor.

—Venid.

Entretanto Jonathan volvía al interior de la casa, Julian ayudó a Cassie a apearse. Esta le sonrió y afirmó:

—Mi padre es un hombre muy hospitalario. No aceptará un no por respuesta a su invitación.

—Ya veo.

—¿Le disgusta?

—Todo lo contrario. Su padre parece tener la amabilidad como una cualidad, no como una obligación impuesta para intentar demostrar superioridad. Admiro eso en las personas.

Julian ató las riendas de *Tristán* a un poste a unos metros de la entrada y se dirigió con Cassie a la vivienda. Al entrar, un aroma a pan recién hecho inundó sus pulmones. Miró alrededor. Los escasos muebles de la sala estaban perfectamente acomodados y muy limpios. De las ventanas colgaban unas graciosas cortinas de un ligero tono azulado, y unas preciosas margaritas colocadas en un jarrón de barro cocido daban un toque encantador a la estancia. Se sintió admirado ante la belleza de un hogar tan sencillo.

—Siéntese, Carter —le invitó Jonathan arrastrando una silla de madera—. Póngase cómodo mientras mi hija nos trae algo de queso. El pan lo ha horneado ella misma. Es uno de los mejores que he probado jamás.

Julian miró a la muchacha de reajo. Se había puesto colorada.

—No es necesario que me halagues tanto, papá. Y claro que has probado panes mejores que este.

¿Qué me dices de la receta de la señora Lewis?

—Ah, bueno. Ese no está nada mal, pero —dijo Jonathan dirigiéndose a Julian —el que prepara mi ángel tiene un ingrediente que le falta a todos los demás. Una dosis extra de afecto.

Cassie rio, y Julian se le unió.

—Las cosas hechas con cariño entran mejor —se apresuró a decir él.

—Eso lo dices para que me pase más tiempo en la cocina —bromeó Cassie.

Trajo una bandeja con pan y queso y una botella de vino, y se sentó con los dos hombres a la mesa.

—Permítame agradecerle su invitación, señor Doyle —comentó Julian, sorprendido por el trato tan afable del que era objeto.

—Oh, no me lo agradezca. Aquí en el campo somos así. No recibimos muchas visitas, y estamos encantados cuando se presenta un nuevo rostro para romper nuestra rutina. Somos una aldea pequeña, no pasamos de los trescientos habitantes. Ver cada día a la misma gente resulta tremendamente aburrido. ¿Qué tal encuentra nuestro pintoresco pueblecito, señor Carter? —preguntó Jonathan, antes de llevarse un trozo de queso a la boca.

—Interesante —respondió este—. He oído que van a celebrar una fiesta en unos días.

—Sí, la noche de San Juan. Lo hacemos todos los años. Es una forma de mantener entretenidos a niños y adultos. ¿Acudirá usted?

—Es muy probable.

Cassie sonrió complacida.

—Eso si el trabajo nos deja —apuntó Jonathan.

—El señor Carter trabaja en una de las casas grandes, papá. En los establos —explicó Cassie.

Doyle levantó las cejas.

—¿Ah sí?, ¿y en cuál?

—The Royal Oak —contestó Julian.

—El Roble Real... bonito nombre para una mansión. Pertenece a... —se rascó la cabeza intentando recordar— un tal Haygarth, ¿verdad?

—Efectivamente. ¿Le conoce?

—Solo de oídas. Nunca le hemos visto. La gente adinerada no suele honrar a los aldeanos con su presencia.

—Supongo que les molestará nuestra sencilla forma de vida —intervino Cassie.

Julian la miró y ella apartó los ojos. Comprendió que se sentía humillada.

—O quizá sean conscientes de su escasa capacidad para disfrutar de lo que les rodea y prefieran confinarse en sus imponentes castillos para no hacer el ridículo —dijo él casi en un susurro.

Cassie levantó la mirada. Le sonrió abiertamente, y un hermoso tono rosado se adueñó de sus mejillas. Esa imagen tan encantadora provocó a Julian un intenso escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Tragó saliva.

—Me inclino por su sugerencia, joven —afirmó Jonathan—. Esa gente no sabe lo que es vivir. Pasan sus miserables años de baile en baile, concertando matrimonios y vendiendo a sus hijos al mejor postor. Y creen que son felices porque comen con cubiertos de plata.

Sus palabras fueron para Haygarth como una bofetada. Nunca había escuchado una descripción tan

exacta de su propia existencia. Mordisqueó pensativo un pedazo de pan. Efectivamente, estaba delicioso.

—La felicito por su destreza en la cocina, señorita Doyle.

—Gracias. Pero no se deje llevar por las lisonjas de mi padre. Exagera bastante sobre la calidad de mis platos.

El anciano granjero la miró con el ceño fruncido.

—Conque exagerado, ¿eh? Bueno, pues dejemos que sea él mismo quien juzgue. Podrías invitarle una noche a cenar con nosotros uno de tus estofados.

Julian tomó un sorbo de vino, y dejando el vaso sobre la mesa dijo:

—Estaría encantado.

—Hecho. Así podré agradecerle de forma más decente la ayuda que prestó a Cassandra.

—No es necesario.

—¡Qué modesto este joven! Claro que lo es. Esa muchacha que ves, hijo, es lo único valioso que tengo en este mundo. Para mí tiene mucha importancia lo que hizo, por mínimo que fuera su gesto.

—Vas a hacer que me ponga como un tomate, papá —le advirtió Cassie.

—Señor Doyle, ha sido un placer disfrutar de su compañía y de este tentempié tan agradable.

—Espero verle de nuevo por aquí.

—Tenga por seguro que volveré a visitarles —afirmó Julian.

Los tres se levantaron de la mesa, y Jonathan estrechó la mano de su convidado.

—Hasta pronto.

—Quede con Dios, señor Doyle.

Cassie le acompañó fuera. Mientras desataba las riendas de Tristán, Julian dirigió una cálida sonrisa a la joven.

—Tiene usted un padre extraordinario.

—Todo el mundo lo dice.

—No sabe cómo la envidio.

Ella le miró sin comprender. Haygarth montó en su caballo, y dijo:

—Confío en volver a verla antes del solsticio.

—Si coincidimos...

—Ahora será más fácil. Sé dónde vive. Dígame una cosa: ¿le gustaría aprender a montar?

—Me haría una gran ilusión. Pero...

—¿Tiene mañana algún compromiso importante?

—Excepto las tareas diarias, no.

—Perfecto. Buenas tardes, señorita Doyle.

Cassie le vio partir al galope, inmóvil ante la entrada de su casa, hasta que desapareció de su vista.

Julian llegó a The Royal Oak ansioso por darse un baño y cambiarse de ropa. James estaba en la biblioteca ocupado con algunos asuntos, así que se fue de inmediato a sus aposentos y llamó a los sirvientes para que le prepararan el agua.

Se desprendió de la vieja camisa color beige que llevaba y se quedó mirándola unos instantes.

—Estás embobado, Julian —se reprendió a sí mismo—. Te comportas como un idiota adolescente

por un ratoncillo de campo. ¿Qué harás cuando descubra quién eres y te desprecie por engañarla de forma tan cobarde? Entonces se te acabará el juego.

Se tumbó en la cama. Cassandra Doyle empezaba a ocupar sus pensamientos más de lo que hubiera deseado. Sentía una necesidad irracional de verla diariamente, algo que le tenía muy perturbado. La imaginó por unos instantes en los grandes salones de Londres, ataviada con un elegante vestido y deslizándose graciosamente en sus brazos por la pista de baile al ritmo de un vals. Qué criatura tan exquisita...

Se frotó los ojos y se incorporó. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Una cosa era cierta: esa noche iba a costarle conciliar el sueño.

Ada entró en el corral en compañía de Cassie. Las gallinas se agruparon revoloteando alrededor de ellas esperando su ración de maíz. Su prima, sujetando el extremo de su delantal, se disponía a alimentarlas, y extendiendo la mano, tiró su contenido al suelo, provocando un gran revuelo.

—¡Tranquilas, tranquilas! —exclamó—. Hay para todas.

—¿Cómo ha amanecido el tío Jonathan hoy? —preguntó Ada.

—Mejor. Siente unos dolores terribles de espalda, y le he obligado a guardar reposo. Pero ya sabes cómo es de terco...

—Hugh está preocupado por él. Si necesita su ayuda, solo debe pedírsela y vendrá enseguida.

—Tu marido es muy bueno con nosotros, Ada. Teniendo tantos quehaceres en su propia casa...

—Para él siempre es un placer, y lo sabes.

Cassie besó a su prima en la mejilla.

—Y tú deberías pensar en parar de vez en cuando también.

—¿Parar? ¿Con dos hijos, un marido y una granja? Imposible. A veces me miro al espejo y me asusta ver lo rápido que estoy envejeciendo.

—No digas tonterías. Solo tienes seis años más que yo.

—No me lo recuerdes.

—Eres una exagerada, al igual que papá. Siempre has sido muy bonita; recuerdo que tenías varios pretendientes.

Ada se ruborizó.

—Yo no me acuerdo de eso.

—Claro que no. Tú solo tenías ojos para Hugh...

—Hugh era muy galante, sí... como dicen por ahí, «un buen partido».

—¿Estuviste segura desde el principio de que hacías lo correcto al aceptar su propuesta de matrimonio?

—Esas cosas no se piensan, Cassie. Se hacen y ya está.

—Pero casarse es algo muy serio.

—Por eso es una decisión que ha de tomarse teniendo los pies en el suelo. Él es un buen hombre, me ha dado un hogar, unos niños maravillosos, y es muy trabajador. ¿Qué más puedo pedir?

—Pero tú... le amas, ¿verdad?

—Claro que le quiero. Es mi marido.

—¿Existe alguna razón más para que le quieras, además de porque es tu marido?

Ada se mostró esquiva. Estaba visiblemente incómoda.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Era solo curiosidad. Nunca me contaste cómo llegaste a enamorarte de él.

—Oh, ya veo. Déjame adivinar. Algún muchacho del pueblo anda merodeando por aquí.

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—No veo otro motivo por el que te interese tanto el saber qué se siente estando enamorada.

—Déjalo. Vamos a seguir dando de comer a las gallinas.

Una vez hubieron acabado la tarea, ambas abandonaron el corral en silencio. Cuando estaban a punto de entrar en casa, oyeron el ruido de unos cascos al trote.

Ada se volvió, extrañada. Para su disgusto, el jinete que se acercaba era Julian Carter, el descarado que se comía con los ojos a su prima sin el menor recato tres días atrás en las calles de Fawley. Montaba un caballo negro, y traía uno más pequeño sujeto por las riendas.

—Buenos días —saludó él con naturalidad.

—Buenos días, señor Carter —respondió Cassie, sin tratar de disimular su entusiasmo al verle.

Haygarth desmontó y se acercó, quitándose el gorro.

—Espero no haber venido en mal momento.

Ada iba a contestar, pero Cassie la interrumpió.

—Por supuesto que no.

—Estupendo. ¿Preparada para su primera clase entonces?

Las dos le miraron desconcertadas.

—He traído a *Ariel*, una yegua pequeña para comenzar.

—¿Ha venido a...? —preguntó Cassie con incredulidad.

—Dijo que quería aprender a montar.

Ada les miraba con la boca abierta.

—Oh, es preciosa —dijo Cassie, aproximándose al animal y acariciándole el hocico.

—Y dócil. Se portará bien.

—Aguarde un momento. Voy a quitarme este delantal.

La joven corrió hacia la casa, dejó el delantal sobre una silla y volvió aprisa.

—Lista.

—Bien. ¿Vamos?

Con cuidado, Julian ayudó a Cassie a montar. Ada les observaba atónita. ¡Pero qué atrevimiento! Iba a protestar, cuando Haygarth se puso de nuevo la gorra y dijo:

—Señora Smith, ha sido un placer volver a verla. Tenga un buen día.

Y les contempló alejarse lentamente por el sendero que daba a campo abierto.

—No puedo creer que trajera una yegua solo para enseñarme a montar —comentó Cassie, aún aturdida por la sorpresa.

—En los establos tengo muchos caballos a mi disposición. Pensé que era una buena idea.

—¿Y su amo no se enojará por esto?

—Oh, no, descuide. A él no le importa.

Julian tomó las riendas de *Ariel* y dijo:

—Manténgase erguida. Coja las riendas con firmeza. El caballo debe saber en todo momento quién es el que manda. Así, acatar las órdenes que le dé será fácil.

—De acuerdo. Señor Carter...

—¿Puedo pedirle un favor?

—Desde luego.

—Llámeme Julian. Me hará sentir menos viejo si me tutea.

Cassie rio.

—Está bien. Entonces hágame usted... perdón, hazme tú otro favor. Llámame Cassie.

Julian hizo ademán de entregarle las riendas, y al tomarlas ella, sus manos se rozaron ligeramente.

—Me alegra poder usar tu nombre de pila.

—Y a mí me alegra poder llamarte Julian.

—Magnífico. Querida Cassie, voy a convertirte en una gran amazona antes de que termine el verano.

—Oh, me conformaría con que me convirtieras en una amazona a secas —respondió ella, arrancándole a su compañero una sonora carcajada.

Julian cabalgaba junto a la joven, pendiente en todo momento de sus movimientos. Corrigió su postura en un par de ocasiones, comprobando después que su alumna poseía una excelente memoria para recordar las lecciones impartidas. Cruzaron un extenso prado, atravesaron el pequeño arroyo donde se habían visto el día anterior y continuaron alejados del camino por el que transitaban los carruajes y los carros que se dirigían al pueblo.

—Por precaución —había sugerido él— es mejor que no vayamos por allí. Aún no dominas las riendas y si la yegua por alguna razón se asustara, podría ser peligroso.

Ella asintió y siguieron la dirección del arroyo.

—Si estás cansada, podemos hacer una pausa —propuso Julian al notar una ligera expresión de agotamiento en su rostro.

—De acuerdo.

—Ataremos los caballos ahí —dijo señalando un roble cercano.

Desmontaron y llevaron a los equinos a saciar su sed en el riachuelo, y luego ataron sus riendas en una de las ramas.

Julian alzó la vista unos instantes, contemplando admirado el imponente árbol que tenían ante ellos.

—Este es uno de mis lugares favoritos —observó Cassie—. Algunas tardes tengo por costumbre venir aquí, sentarme a los pies de este roble y mirar el curso del agua del arroyo. Es muy relajante.

Julian sonrió.

—Así que te gusta este lugar...

—Sí. Este roble es el más grande de la zona. Nos proporciona una sombra muy placentera cuando el calor se hace insoportable.

—Además de contribuir a regalarnos un hermoso paisaje. ¿Sabías que los robles son árboles sagrados?

Cassie enarcó las cejas.

—¿De veras?

—Sí, al menos para los druidas. Hace muchísimos años, cuando estas tierras las habitaban los celtas, tenían a este gigante como algo sumamente sagrado, con propiedades medicinales. De hecho, de él extraían el famoso muérdago.

Cassie suspiró aliviada de que él no tuviera los ojos puestos en ella, ya que se habría percatado

enseguida del rubor de sus mejillas.

—Son varias las leyendas que rodean a esa planta parásita —continuó él—. Estos brujos la usaban para protegerse de enfermedades, maldiciones, y para sanar distintos tipos de lesiones entre otras cosas. Solían recogerla en los solsticios de verano e invierno. Claro que —dijo volviéndose hacia ella— aquí en Inglaterra le damos un significado diferente. Preferimos aplicarle la leyenda de Balder, el dios de la paz.

—Qué cultura tan extraña la suya...

—Y misteriosa. Veneraban a la naturaleza, practicaban la brujería, y se dice que tenían poderes reales.

Haygarth se apoyó en el tronco y levantó la vista. Cassie se le aproximó.

—¿Qué buscas ahí arriba? —preguntó divertida.

—Muérdagos. En esta época del año debería haber muérdagos en las ramas. Estamos a unos días del solsticio.

De pronto guardó silencio y sus ojos azul oscuro quedaron fijos en una de la ramas, justamente por encima de sus cabezas.

—Ahí hay uno —susurró.

Cassie dirigió la mirada hacia donde él señalaba y lo vio. Recordó entonces la tradición... y se apartó bruscamente, chocando de espaldas contra el hocico de *Ariel*.

Julian la miró contrariado.

—¿Ocurre algo?

—He... tropezado.

Él extendió la mano y la tomó por un brazo.

—¿Te has hecho daño?

—No. Estoy bien, gracias. No suelo fijarme en dónde pongo los pies. Habrás podido darte ya cuenta de eso.

El joven rio, recordando el momento en el que se conocieron.

—No me pareces tan distraída.

—Cambiarás de opinión más adelante con toda seguridad.

—Eres la primera persona que conozco que habla abiertamente de sus defectos en vez de ocultarlos para causar una buena impresión.

—¿Y de qué me serviría? ¿no dicen que se pillan antes a un mentiroso que a un cojo?

Julian soltó una carcajada.

—Sí, eso dicen.

—¿Y tú? ¿sueles hacerlo?

—¿El qué?

—Ocultar tus defectos.

—Saldrían a la luz tarde o temprano. Pero he de confesar que a veces intento disimularlos. Sin éxito alguno.

Ahora la que reía era ella.

—Bueno, hasta este instante lo estás consiguiendo. Aún no he descubierto nada sobre ti que te haga sentirte avergonzado.

Julian sintió que se atragantaba. Tosió ligeramente.

—¿Julian?

—A veces me cuesta asimilar tanto aire puro —se excusó.

—Pensaba que un cielo contaminado era lo que causaba dificultades respiratorias... —bromeó ella.

—¿Sabías que no me había reído en años como lo estoy haciendo en estos días?

—¿En serio? Algo bueno debe tener este lugar, además del aire puro que a ti te sienta tan mal.

Él tomó su mano y musitó:

—La brisa que alimenta mis pulmones no es lo único puro que he visto por aquí.

Cassie bajó la mirada.

—¿Te sientes con fuerzas para continuar? —preguntó Julian, consciente de que su comentario la había hecho sentirse algo turbada.

—Creo que esa pregunta es mejor hacérsela a los caballos —respondió Cassie riendo a la vez que se dirigía a su montura.

Frank Latimer se apeó de su corcel y, tras dejarlo atado en un poste, caminó en dirección a la vivienda de Jonathan Doyle. Antes de llamar a la puerta se detuvo unos segundos en los escalones de la entrada. Algo había llamado su atención. Un pequeño objeto brillaba en el suelo, expuesto a la luz del sol matutino. Se agachó para cogerlo, y sonrió al percatarse de lo que era: una horquilla.

—¿Señor Latimer?

La voz de Ada Smith interrumpió sus pensamientos. Se giró hacia ella, y quitándose el sombrero, inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Buenos días, señora Smith. Pensaba avisarles antes de venir, mas pasaba hoy por aquí y...

—¡Oh, no es necesario que se disculpe! Recuerdo haberle dicho que es bienvenido siempre que desee honrarnos con su visita.

—Muy amable, gracias. Me sentí un tanto inquieto cuando me informaron sobre el estado de salud de su tío, y me gustaría saber cómo se encuentra.

—Sí, claro. Entre, por favor. Se alegrará de verle.

Ambos entraron en la casa. Jonathan, sentado en su sillón, disfrutaba de una taza de té caliente. Al ver a Latimer, se puso en pie con ayuda de su bastón y fue a estrecharle la mano.

—¡Latimer!

—Buenos días, señor Doyle. ¿Cómo está?

—Más viejo que ayer y más joven que mañana.

Frank rio y le puso una mano en el hombro.

—Veo que su sentido del humor sigue siendo el mismo.

—Es de las pocas cosas que aún le restan a este moribundo con un pie en el más allá. Venga, siéntese aquí conmigo.

Latimer obedeció, entregándole su sombrero a Ada, que lo colgó en el perchero.

—Ada, querida, ¿podrías servirle al señor Latimer una taza de té?

Su sobrina les dejó solos en la salita. Se percató de que el visitante miraba alrededor, como en busca de algo. O alguien.

—Me satisface comprobar que ha mejorado desde su recaída, señor Doyle —dijo él.

—Tengo buenas enfermeras —respondió este.

—Seguro que sí. Y la señorita Doyle...

—Ah, mi Cassandra. Esa niña es un regalo bendito del cielo. Me ayuda muchísimo con las tareas del hogar y los animales. Qué pena que no esté aquí para que pueda saludarla.

Latimer parecía un tanto decepcionado.

Ada volvió con una bandeja, portando una tetera y galletas. Sirvió a Latimer una taza, y a continuación se sentó con ellos.

—¿Qué le parece nuestro país, señor Latimer? Supongo que todo aquí es muy distinto a América —preguntó con interés.

—Inglaterra es hermosa. Un país como pocos. Sus verdes prados y sus acantilados son una maravilla.

—No tendrán mucho que envidiarnos a nosotros. He oído que América tiene unos paisajes asombrosos —intervino Jonathan.

—Los tiene, aunque estos poseen un encanto particular.

—Como su clima —terció Ada.

Frank sonrió.

—Me llama especialmente la atención observar lo cambiante que es el tiempo aquí. Nunca había visto nada semejante.

—Y verá cosas mucho más raras en estos cielos grises, señor Latimer —advirtió Jonathan, llevándose su taza a los labios—. De hecho, el año pasado, durante el invierno, hubo un día en que nevó, granizó y llovió a la vez.

—No me extraña que la flora de esta isla sea tan abundante.

—Agua no les falta, seguro. ¿Y qué tal encuentra nuestra sencilla comunidad?

—Francamente adorable. La gente es afable y generosa. Fawley me recuerda al pequeño pueblo de Virginia donde nací y me crie. Vivir rodeado de personas como ustedes me ayuda a olvidar a veces lo lejos que estoy del hogar...

Un ruido proveniente del exterior le hizo enmudecer. Los tres miraron hacia la puerta, expectantes. El pomo giró y entró Cassie.

Pareció sorprendida al encontrarse a Latimer allí. Sentado junto a su padre y vestido con un impecable traje de montar negro, tenía un porte y elegancia admirables que daban a su aspecto maduro un aire de serenidad.

—Ah, hija, mira quién ha venido a vernos —dijo Jonathan, complacido.

—Señor Latimer, un placer volver a coincidir con usted.

El invitado se puso en pie y le dio la mano.

—El sentimiento es mutuo, señorita Doyle. Me alegra encontrar a su padre reponiéndose poco a poco de su dolencia.

—Estoy como una rosa. Solo son los achaques de la vejez, mas estas dos señoritas no le dejan a uno tranquilo —protestó Jonathan.

Cassie se le acercó y le besó en la frente.

—Ya ve, señor Latimer, mi padre es una persona a la que hay que mimar mucho.

—Y merecido que lo tiene —afirmó él—. Tras una larga vida de esfuerzos y trabajo duro, ¿verdad, señor Doyle?

El anciano arrugó la nariz, un gesto que hacía cuando se mostraba complacido. Cassie soltó una risita.

—Acaba de ganarse la amistad de mi padre de por vida, señor Latimer.

—Eso era exactamente lo que pretendía, ya que tengo intención de ofrecerles la mía por el mismo periodo de tiempo.

Todos rieron, y Cassie se sentó con ellos, sirviéndose una taza de té.

—El señor Latimer nos estaba hablando de América —dijo Ada, entusiasmada por continuar con la conversación anterior.

—Debe ser difícil dejar el lugar que te ha visto crecer —manifestó Cassie—. Espero que Inglaterra le esté tratando bien.

—Oh, sí, de eso no puedo quejarme. Me agrada bastante su pequeño país. Los británicos son muy respetuosos y correctos. Claro que ser americano no juega a mi favor, ya que no seguimos tan a rajatabla las normas de protocolo.

—Somos unos estirados. No sé cómo nos soportan ahí fuera —señaló Jonathan divertido—. Suerte que aún queda gente con sentido común que nos ayuda a ver que ser más agrio que el vinagre no contribuye a desarrollar sanas relaciones humanas. Pero qué le vamos a hacer... aquí las cosas siempre se han hecho así, y a nadie se le ocurre preguntar por qué.

—Los sureños estamos orgullosos de nuestra patria —explicó Latimer—, pero he de confesarles que nuestra sociedad daría lo que fuera por alcanzar el nivel de la sociedad inglesa, a la que tenemos como un ejemplo a seguir.

—¿Es cierto que poseen esclavos allí? —preguntó Ada.

—Sí. En el sur la economía se sostiene por las plantaciones, y allí se utiliza mano de obra esclava. Sé que esa es una de las razones por las que aquí no nos ven con buenos ojos, y mirándolo bien, es comprensible.

—Todos los hombres deberían ser libres, ¿no cree? —terció Cassie.

—Es el sueño que el hombre ha perseguido desde que el mundo existe. En nombre de la libertad se han librado batallas, se han sacrificado vidas, y se han destruido naciones enteras. Como hombre sureño, cuyo sustento depende del trabajo de los esclavos, he de admitir que me vería notablemente perjudicado si algún día se les diera la libertad, aunque siempre he sido un férreo defensor de los derechos de los más desfavorecidos. Conozco el hambre y la pobreza de primera mano, y siento un profundo desprecio por los amos crueles que descargan sobre las espaldas de sus siervos toda la ira que en realidad debería estar dirigida a ellos.

—Dios hace al hombre y el hombre al esclavo. Bendito el día en que Wilberforce vino a este mundo para acabar con tanto mal —añadió Jonathan.

—Una obra admirable la de ese hombre, señor Doyle. Pero les ruego que esto quede entre nosotros. Mis compatriotas me lincharían si me oyeran.

—Su secreto está a salvo con nosotros, señor Latimer —intervino Ada.

—Celebro haber obtenido su lealtad al respecto —dijo Frank inclinando la cabeza—. Y ahora, si me disculpan, he de marcharme. Mañana parto hacia Londres por cuestión de negocios.

—¿Volverá a tiempo para asistir a la celebración del solsticio? —preguntó Cassie.

—No, señorita Doyle. He de quedarme varios días en la capital. Me hubiera gustado asistir, mas no será posible. Oh, lo olvidaba. Creo que esto es suyo —dijo extendiendo la mano y entregándole la horquilla que había encontrado en la entrada.

—Muchas gracias. Soy tremendamente descuidada. Siempre lo pierdo todo. Esta mañana salí aprisa y...

—Se dejó el delantal, la horquilla y la cabeza —bufó Ada para sus adentros, indignada.

Todos se volvieron hacia ella.

—¿Disculpe? —preguntó Frank.

Cassie la fulminó con la mirada. Su tío observaba a las dos con cara de póker.

—Le estamos muy agradecidos por su visita —respondió Ada cambiando rápidamente de tema—.

Que tenga un buen viaje a Londres.

—Gracias.

Latimer se despidió de Jonathan con un fuerte apretón de manos, y luego de ambas jóvenes. Cassie le acompañó fuera, y, tras subir a su montura, dijo:

—Cuídese, señorita Doyle. Y si necesitaran cualquier cosa, gustoso les prestaré mi ayuda.

—Gracias, señor Latimer. Lo recordaré.

—Que tenga un buen día.

Y se marchó al galope.

James Haygarth sostenía un periódico en sus manos mientras disfrutaba de una taza de café en el jardín de The Royal Oak. Esperó a Julian a la hora del desayuno, mas para su sorpresa Phillips, el mayordomo, le dijo que este había ido temprano a las cuadras y se había llevado a *Hércules* y a la pequeña *Ariel*.

Tomó un sorbo de café. Estaba concentrado en la lectura de un artículo que le interesaba especialmente. Con el rostro escondido entre las grandes hojas de papel, leyó en voz alta uno de los titulares:

DESCUBREN EL CADÁVER DE UN HOMBRE
JUNTO AL LONDON BRIDGE

—¿Quién ha muerto? —preguntó una voz desde dentro de la casa.

Julian venía hacia él.

—¡Hombre! A buenas horas vienes a aparecer. ¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—No llevas traje de montar.

—Me he cambiado nada más llegar.

James echó un vistazo al impecable traje oscuro de Julian e hizo una mueca.

—Pareces un principito.

—No querrás que me ponga ese ridículo disfraz que me prestaste.

—Ridículo, y sin embargo cómodo.

—Me inquieta esa insistencia tuya por mezclarme con la plebe.

—¿No te parece divertido? Además, con esa pinta de niño bien que tienes, cualquiera se daría cuenta de que eres un farsante.

Julian se sobresaltó y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que se te nota la sangre azul por los cuatro costados, muchacho.

El recién llegado se movió en su asiento, molesto.

—¿Y entonces para qué diantre me das esa ropa mugrosa? Se supone que tendría que pasar desapercibido.

James le miró sin comprender su irritación.

—Ellos no se dan cuenta de nada, so bobo —respondió—. Con lo ignorantes y estúpidos que son, no saben diferenciar entre un perro de raza y un vagabundo. Los de nuestro gremio somos los únicos que nos paramos a observar esos detalles.

—Hablas de lo que no sabes, James. Quizá sean ignorantes, pero no estúpidos.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? ¿Te han hecho portavoz de la clase baja o qué?

—Calla y dame el periódico, anda. Hace varios días que estoy incomunicado en este lugar y no tengo idea de lo que pasa ahí fuera.

—No te has perdido mucho.

—Cuando entré leías en voz alta algo sobre un asesinato.

—Ah... bueno... sí. Han encontrado a un hombre ahogado en el Támesis.

—¿Y de quién se trata?

James vaciló unos instantes.

—William Brent.

Julian se frotó la barbilla, como tratando de recordar algo.

—William Brent... ¿ese no era tu antiguo ayuda de cámara?

—Sí, así es.

—¿Y qué pasó?

—Parece ser que lo mataron. Estaría metido en algún negocio turbio.

Haygarth tomó el periódico de la mano de su primo y leyó la noticia.

—Vaya... nueve puñaladas... sin duda querían asegurarse de que no iba a salir de esa. La forma en la que se ensañaron con él es realmente aterradora. No tenía idea de que tuviera enemigos.

—Ni yo —dijo James, volviendo a coger el periódico—. Desde que se marchó no le volví a ver.

—¿Por qué abandonó el puesto?

—Tenía algunos planes de negocio, según me dijo.

—Ya veo. Y ese negocio le ha hecho ir a parar al fondo del río.

—Pobre diablo. Por cierto, tu padre me ha enviado una nota desde Londres. Dice que espera que todo esté yendo bien por aquí, y que te tenga bien vigilado, no vayas a cometer ningún disparate.

Julian soltó un leve suspiro.

—No se fía un pelo de ti, primo —bromeó James.

—Lord Rockingham no se fía de nadie, James. Desde que perdimos a mi hermano es un alma en pena.

—Brandon siempre fue su favorito, ¿verdad?

—Y con razón. Era un hombre brillante en todos los aspectos. Recién había salido de la universidad con matrícula de honor, y se disponía a ocuparse de los negocios de la familia juntamente con mi padre. Estaba tan orgulloso de él... tres meses antes de la tragedia se había prometido con Blanche Guilford.

—Iban a ser la pareja perfecta. Nobles, ricos y guapos.

—Sí. Pero entonces ocurrió la desgracia. Apreté ese maldito gatillo y acabé con su vida para siempre. Destrocé sus planes de futuro, arruiné la felicidad de mi padre y dejé a la pobre lady Blanche con el corazón roto.

James se mordió el labio, y preguntó a continuación:

—¿Sabes qué fue de ella?

—Se marchó al extranjero. A París, creo. No pudo soportar quedarse en Londres. Y allí se ha quedado hasta ahora.

—¿Aún te culpas por su muerte?

—Sí, y mi padre también. No me dirigió la palabra durante seis meses tras el funeral.

—Debió de dolerle mucho. Brandon era querido por todos. Pero debes olvidarlo ya, primo. Los accidentes ocurren.

Julian le miró con el rostro compungido.

—Eso es algo que jamás podré olvidar, James. Mientras viva.

Cassie todavía se encontraba junto al portoncito donde despidió a Frank Latimer y se dispuso a entrar en la vivienda, cuando Ada le cortó el paso.

—Tenemos que hablar —le soltó sin preámbulos.

—¿Qué sucede, Ada?

—¿En qué estabas pensando cuando te fuiste con ese hombre?

—¿Ya vas a empezar otra vez?

—Cassie, no sabes quién es.

—Se llama Julian Carter, y trabaja como mozo de cuadra en The Royal Oak. Siento no poder darte más información. Si quieres cuando vuelva a verle le pregunto por sus padres, hermanos, y toda su ascendencia genealógica.

—No te burles de mí, Cassandra —le espetó Ada, enojada—. ¿Y cómo que...? ¿Cómo que «cuando vuelvas a verle»? ¿Es que piensas continuar con esta bobada?

—Ada, te voy a pedir que no te metas en esto.

—Pues no pienso complacerte, niña malcriada.

Cassie enrojeció de rabia, y escupió:

—No eres mi madre. Tienes dos hijos a los que cuidar. Dedícate a ellos y déjame en paz a mí.

Ada guardó silencio, mirándola directamente a los ojos, profundamente herida por sus palabras.

—Cassie...

—¿Qué hay de malo en lo que hago?

—Tú no haces nada malo. Me preocupas, nada más.

—No tienes por qué preocuparte.

—No confío en ese hombre.

—No le conoces.

—Tú tampoco.

—Al menos no saco conclusiones precipitadas.

Ada posó sus manos sobre los hombros de la joven y dijo a continuación:

—Escúchame bien. Después no dirás que no te lo advertí. ¿No te parece que ese tal Carter es demasiado fino para ser un mozo de cuadra?

—¿De qué estás hablando?

—¿Te has fijado en sus manos?

—Pues claro que me he fijado. ¿Qué pasa con sus manos?

—Pues que son suaves y blancas. Ni un solo callo. Ni marcas, ni cicatrices, ni nada. ¿Es que no te das cuenta? No son las manos de un trabajador del campo.

Cassie soltó una carcajada.

—Deberías ser detective. Tener las manos blancas no es ningún delito, Ada.

—Estás cegada por ese encaprichamiento absurdo.

Cassie se envaró, dispuesta a continuar la discusión, cuando oyó al señor Doyle llamarlas desde el umbral.

—¿Qué pasa ahí fuera, chicas? Me pareció oírlos discutir.

Cassie se adelantó, dejando a Ada a sus espaldas.

—Ada me estaba regañando por un asunto concerniente a mis paseos matutinos.

El anciano caminó hacia ellas con gesto serio.

—¿Ah sí? ¿Y puedo saber la razón de tanto alboroto?

Ada abrió la boca para contestar, pero fue interrumpida por su prima.

—Ya sabes lo reacia que es con los desconocidos. Esta mañana el señor Carter ha pasado por aquí a saludar, y hemos dado un paseo a caballo cerca del arroyo. Está molesta por eso.

—¡Ah, Carter! Ese chico tan simpático.

Ada le miró como si hubiese perdido la razón.

—¿Es que le conoces? —fue lo único que fue capaz de articular.

—Sí, por supuesto. Ayer vino con Cassie hasta la casa. ¿Le has recordado que tenemos un estofado pendiente? —preguntó dirigiéndose a su hija.

—Lo olvidé. Pero es muy probable que venga mañana. Me está enseñando a montar a caballo.

—¡Vaya! Pues la próxima vez antes de marcharos hazle pasar unos minutos.

—Claro, papá.

—No me lo puedo creer... —murmuró Ada para sus adentros.

—Ada, hija, no te preocupes tanto, mujer —dijo Jonathan, besando suavemente la frente de su sobrina—. Cada día te vas pareciendo más a una gallina clueca.

Cassie reprimió una carcajada y dedicó a su prima una mirada triunfante. A continuación el granjero pasó un brazo por la cintura de su hija y dijo:

—Vayamos dentro. Aquí hace demasiado calor.

Mientras veía a su tío y a Cassie alejarse hacia la vivienda, Ada se cruzó de brazos, abatida. Bajó la mirada. Presentía que ese sería el comienzo de algo que hubiera deseado evitar.

—Te vas a arrepentir, Cassandra —musitó en un hilo de voz—. Te arrepentirás de no haberme escuchado, y espero que cuando lo hagas no sea demasiado tarde.

Hugh Smith se llevó una cucharada de sopa a los labios. Sentado en la reducida mesa de la cocina, disfrutaba de una deliciosa cena tras una jornada de arduo trabajo. Su mujer, sentada frente a él, no hacía más que darle vueltas al caldo sin probar bocado.

—¿Va todo bien?

Ella no contestó. Tenía la mirada perdida, y eso le ocurría siempre que estaba preocupada.

—Ada.

La joven levantó la vista y dijo:

—¿Crees que soy inflexible, Hugh?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Tú me conoces. ¿Crees que yo...?

Él dejó la cuchara sobre la mesa y le tomó la mano.

—No, no lo creo.

—Sin embargo...

—Has discutido con Cassandra de nuevo, ¿verdad?

—Nos hemos dicho cosas bastante feas.

—Y mañana volveréis a veros y haréis las paces.

Ada hizo una mueca. Su marido la miró fijamente. Algo andaba mal.

—¿Tan grave es?

—Verás... ella... conoció a un joven procedente de una de las casas grandes hace unos días.

Los ojos oscuros de Hugh se agrandaron.

—¿Quieres decir... un lord?

—¡No! Bueno... no sé... creo que no. Le dijo que trabajaba en los establos.

—Un mozo. ¿Y cuál es el problema? ¿Se han enamorado?

—¡Hugh! ¿Cómo van a enamorarse? ¡Si hace menos de una semana que se conocen!

—¿Entonces qué es lo que te preocupa?

Ada titubeó antes de hablar. No era capaz de explicar lo que sentía.

—Solo... es que... la veo demasiado ilusionada. Y temo que él...

—¿Le ha dado razones para pensar que está interesado en ella?

—Su interés es más que evidente. Y no hace nada para ocultarlo. ¡Incluso ha ido a la granja!

Hugh sonrió, haciendo que su esposa pusiera los brazos en jarras.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Bueno... si Jonathan lo ha aprobado, no comprendo a qué viene tanto jaleo. Además, Cassie es una muchacha de notable belleza, es normal que se fijen en ella.

—¡Precisamente por eso! Mi tío es más ingenuo aún si cabe. Cree que todo el mundo es bueno, y no ve la maldad en el corazón de las personas.

—Santo cielo, Ada, me están dando unas ganas increíbles de conocer a ese joven. Debe de ser más perverso que el demonio.

—¡No te mofes! Lo digo en serio.

Hugh se levantó de su asiento y arrastró la silla hasta quedar al lado de su mujer.

—A ver, mi dulce señora —dijo solemnemente—, seamos realistas. Tú conoces a ese hombre tanto o menos que tu prima, ¿cierto?

Ada asintió.

—¿Y no crees que existe la posibilidad de que puedas estar juzgándole mal? Dale tiempo al tiempo. Tarde o temprano lo que somos sale a la luz.

Tómo la mano de Ada y la besó.

—Piénsalo. Y ahora come, anda.

El día siguiente amaneció cubierto por espesas nubes grisáceas, y una suave brisa acariciaba las copas de los árboles, haciendo que sus hojas bailotearan juguetonas en las ramas. En silencio, Julian y Cassie caminaban despacio por el sendero de tierra, aspirando el aroma a hierba mojada, humedecida por la lluvia de la noche anterior. Los caballos iban tras ellos, sujetos por las riendas, cabizbajos.

Esa mañana ella le había llevado a visitar a los Elliot, que le recibieron con la amabilidad que les caracterizaba, con una calurosa bienvenida y los tan sabrosos pasteles de canela, especialidad de Maggie. Julian observó la sencilla vida que llevaban, y le pareció muy acogedora su pequeña casa de madera. Tenían un huerto en la parte trasera en la que plantaban sus propias hortalizas. Criaban unas cuantas gallinas, con las que, según supo después, la señora Elliot preparaba un guisado delicioso. Sintió un escalofrío al pensar en Haygarth Park, con sus vastos jardines, sus cortinas de terciopelo y las alfombras persas que adornaban sus paredes. ¿Por qué no se sentía tan bien en aquella mansión esplendorosa con todos los lujos y comodidades como en esa simple cabaña?

—Estás muy callado —inquirió Cassie—. ¿Tanta impresión te han causado los Elliot? ¿O es que no te ha gustado la visita?

—Oh, no, no —contestó él—. Me ha encantado conocerles. Son una pareja adorable. ¿Tienen hijos?

—Tenían uno. Christopher.

—¿Qué le ocurrió?

—Murió. No suelen hablar de ello.

—¿Era muy joven?

—Veinticuatro años. Se rompió el cuello al caerse de un caballo. Los Elliot se sumieron en la desesperación durante varios meses. A la pobre Maggie aún le cuesta mencionarle sin que se le quiebre la voz. Yo espero de corazón que logre recuperarse de ese golpe. No volvió a ser la misma desde entonces.

—¿Es muy reciente?

—Sucedió hace dos años. Poco tiempo para unos padres que aman hasta el delirio a un hijo.

Julian sintió una punzada en el pecho. Brandon también había muerto hacía dos años, y casualmente, a la misma edad.

—¿En qué piensas? —preguntó Cassie al ver que volvía a mostrarse distante.

—En lo injusta que es la vida a veces.

—En este mundo tarde o temprano habremos de sufrir. Les ocurre a todos los seres humanos.

—Pero hay algunos a los que la desgracia parece perseguirles de forma continua.

Cassie se encogió de hombros.

—Eso es lo que todos pensamos de nuestras propias penalidades. Pero siempre habrá alguien que padezca más que nosotros.

—Tienes una manera muy optimista de observar los problemas.

—Oh, no creas. Esa frase es de mi padre. Lo dice siempre que me oye lamentarme por algo.

—El señor Doyle es un gran hombre. Posee un corazón muy noble. Eres afortunada, Cassie.

—Lo sé. Mi padre es el hombre más honesto que he conocido.

Julian se detuvo de pronto. Tenía la mirada clavada en el suelo.

—Barro —murmuró.

—Oh, aquí estamos acostumbrados. Cada vez que llueve con fuerza hay partes del camino que se vuelven completamente fangosas. Cuando era pequeña solía jugar con mi prima Ada a hacer enormes bolas y tirárnoslas. ¡Terminábamos cubiertas hasta las cejas!

Julian rio, imaginándose aquel hermoso rostro cubierto de barro. Aun así la encontraba irresistible.

—Claro que ahora ya no hacemos esas cosas —explicó ella, ruborizándose.

—No consigo concebir la idea de ver a tu prima jugando con el lodo —confesó él.

—Me mataría si supiera que te lo estoy contando.

—Es una mujer muy reservada, ¿verdad?

—No siempre lo fue. Antes de casarse con Hugh era muy alegre. Pero por ese entonces ocurrieron cosas de las cuales, al ser aún una niña, hicieron lo posible por excluirme. No entendí lo que pasó. Pero estoy segura que fue lo que hizo que Ada se volviera tan arisca.

Julian asintió.

—Y bien, señorita Doyle, ¿cómo pretende pasar usted al otro lado? —preguntó haciéndole un guiño.

—Pues andando.

Él se le quedó mirando.

—¿No te parece buena idea?

—Creo que tengo una mejor.

Y dicho esto la levantó en brazos, haciendo que Cassie soltara una exclamación de sorpresa. Julian empezó a cruzar, y ella se agarró a su cuello.

—¡Nos vamos a hundir! —gritó entre risas.

—Quizá, pero no permitiré que la señorita se manche los pies.

—¡Pues tú te vas a embadurnar entero!

—Llevo unas buenas botas. Y en último caso, la bañera que me espera en casa solucionará el problema.

No sin dificultad, y caminando despacio, logró trasladarla a la otra orilla, dejándola cuidadosamente en el suelo. Aún la sostenía por la cintura, cuando ella, quitándole con el dedo índice un pegote de barro de la mandíbula, susurró:

—Mil gracias, caballero.

Julian notó un ligero hormigueo en el estómago. Se percató de que le ocurría siempre que ella le tocaba.

—De nada —musitó.

—¿Te animas a volver por los caballos? Están esperando a su rescatador —señaló divertida.

Julian puso los brazos en jarras.

—Te resulta entretenido verme protagonizando semejante escena, ¿me equivoco?

—Si Ada te viera de esta guisa...

—Me apreciaría aún menos. Una piel rosada con una nariz grande y redonda y me tomarían por un cochino.

—Le caerías bien a Theodore. Es un verdadero sol, aunque un poco terco y rebelde. Le tengo gran cariño.

Julian frunció el ceño.

—Ah. Así que tengo un rival con el que competir por tus atenciones...

Cassie le miró sorprendida, y luego se echó a reír.

—Está usted muy dispuesta a burlarse de mí en este lluvioso día primaveral.

—Perdóname —se disculpó la joven—. Es que...Theodore no es un hombre. Es un lechón que hemos acogido en la granja.

—¡Oh! Peor me lo dejas. Competir con un cerdo es realmente humillante.

Ella rio de nuevo.

—¿Y a quién se le ocurrió ponerle ese nombre al animal?

—A Johnny. Es el hijo mayor de Ada. Un precioso niño de cuatro años con el carácter y la energía de su madre.

—¿Y no preferís llamarle por su diminutivo? Teddy es menos solemne.

—Razón suficiente para que Johnny rechace la propuesta. Le desagradan los nombres sencillos. Dice que los grandes caballeros llevan nombres poco comunes. Tiene un hámster llamado Jefferson.

Julian se adelantó adentrándose de nuevo en el charco de fango.

—Con su permiso, señorita, voy al rescate de nuestros corceles.

Hércules y *Ariel* se mostraron reacios a cruzar, pero se sometieron a las órdenes de Julian, que tiró de las riendas y les hizo pasar al otro lado, no sin antes hablarles algo al oído, despertando la

curiosidad de Cassie.

—¿Qué les has dicho?

—Les he prometido un terrón de azúcar a cada uno.

—¡Julian! Eso es soborno.

—De donde yo vengo lo llaman «negociar».

Decidieron no seguir por el sendero, sino tomar la dirección del arroyo. Cuando salieron del camino Cassie se agachó y se quitó los zapatos. Julian la observaba extrañado.

—¿Qué haces?

—Sentir el tacto de la hierba. ¿Nunca has pisado con los pies descalzos la hierba mojada?

—No.

—A mí me encanta hacerlo. Ada me regaña cuando me ve, dice que puedo coger un resfriado bien gordo. Pero ¿quién va a ponerse malo en primavera por mojarse los pies, con el calor que hace?

—¿Y qué sensación te produce esa experiencia?

—Es difícil de describir. Es como cuando hueles la lluvia.

—¿Oler la lluvia?

—Sí. Puedo notarla cuando aún se encuentra lejos, y usando solo el sentido del olfato.

—Empiezo a descubrir en ti más cualidades de las que soy capaz de asimilar.

—Vivir en el campo te hace ser sensible a la naturaleza. No es ningún don especial, créeme.

Adaptarte a ella te hace la vida más fácil cuando aprendes a comprender sus signos.

—Supongo que pasar tiempo en la ciudad te arrebatara esa sensibilidad. ¿Has salido de Hampshire alguna vez?

—¡No! De hecho, nunca he abandonado Fawley.

—¿Y no te gustaría conocer mundo?

—¿Para qué? No necesito nada más que lo que ya tengo.

—No dirás lo mismo si tienes la oportunidad de vivir algo distinto a esto.

Subieron por un pequeño montículo y continuaron en silencio hasta llegar al gran roble, como lo llamaba ella.

—Sé lo que vas a decir —afirmó Cassie—. Pero no ansío ser como ellas. En contadas ocasiones he observado a las escasas damas que nos visitan en la campiña, y no las envidio en absoluto. No pueden trepar a los árboles, ni comerse manzanas recogidas por ellas mismas, ni caminar descalzas por sus jardines. Yo sin embargo tengo un enorme campo para correr a donde me apetezca, sin preocuparme si llevo las horquillas bien puestas en el pelo.

—Posees una forma de ver la vida tan peculiar...

—Soy libre. Adoro serlo. Y no lo cambio ni por cien vestidos nuevos.

—Lo bueno de ser como tú es que si algún día te hallaras cubierta de sedas caras y te pasearas por los lujosos salones de Londres, serías lo suficientemente prudente como para no caer en el error de olvidar qué es lo que en verdad hay que estimar valioso. Considero que esa es una virtud prácticamente extinguida en la mayoría de la gente. Sin embargo he de confesar mi curiosidad por ver cómo te sentaría un vestido traído de París.

—Lo estropearía por completo. Soy demasiado vulgar para algo así.

Julian le sujetó la barbilla con gesto serio.

—Tú no eres vulgar, Cassie. No podrías serlo aunque quisieras. No es mérito alguno ser refinado. Las buenas maneras se aprenden en una escuela, mas la pureza del alma no se consigue con ningún

libro de texto.

—Hablas como un caballero.

—¿Te molesta?

—En absoluto.

—Algún día te llevaré a un gran salón de baile en Londres. Entonces nos vestiremos de etiqueta.

Me reservarás todos los vals, y nos reiremos de esos aristócratas estirados y aburridos.

—¡Pero si yo no sé bailar el vals!

—¿Ah no? Pues te enseñaré. Dame la mano.

—¿Aquí?

—¿Qué inconveniente hay?

—No hay música.

—Bueno, si puedes oler la lluvia, también podrás imaginarte una melodía y bailar al son de su compás.

Julian la acercó a sí, le pasó un brazo por la cintura y tomó su mano derecha.

—Apoya la otra mano sobre mi brazo —dijo.

Ella obedeció, y acto seguido él comenzó a moverse lentamente. Un, dos, tres, un, dos, tres...

—Aprendes rápido —señaló.

—Esto no se parece en nada a nuestras danzas tradicionales.

—¿Preparada para las vueltas?

—Me temo que perderé el equilibrio.

—Si me miras fijamente, no te marearás.

Cassie siguió su consejo. Mientras giraban al ritmo de la pieza imaginaria, pudo apreciar que los ojos de Julian habían adquirido un tono grisáceo.

—Te ha cambiado el color de los ojos —advirtió ella.

—Suele sucederme en los días lluviosos. Veo que los tuyos, castaños claros, ahora han obtenido un matiz verdoso.

—Espero que sea un cambio favorecedor.

Haygarth sonrió.

—Lo es, sin duda.

—¿Dónde aprendiste a bailar el vals?

—Espionando a los amos en sus fiestas. Sabía que me serviría más adelante.

—Para enseñarme a mí. Aunque sea una alumna notablemente patosa.

—¿Sabías que el patito feo al final del cuento se convierte en cisne?

Cassie lanzó un suspiro y dijo:

—En mi caso no pasaré de ser un pato corriente.

Julian la miró largamente. Después replicó:

—O quizá en unos años, cuando veas tu reflejo en el río, compruebes que eres en verdad un ave majestuosa.

Todo estaba preparado. Al fin llegó el esperado solsticio de verano, y en todo el pueblo y alrededores se respiraba una atmósfera de euforia. Los niños brincaban y jugaban alegres, sabiendo que esa noche se haría una celebración por todo lo alto, y que sus padres, al ser unas fechas tan

señaladas, les permitirían irse más tarde a la cama.

La señora Lewis, ayudada por su hija Dorothy y otras muchachas, había contribuido preparando unos apetitosos bollos de mantequilla que repartirían entre los más pequeños, y los hombres, por su parte, construyeron puestos de madera cubiertos por toldos de tela a las afueras de Fawley para resguardar los alimentos de una posible lluvia, y cortaron enormes trozos de leña, que esa misma noche arderían en una inmensa hoguera.

Julian apenas había visto a Cassie los últimos dos días. Convinieron en abandonar sus lecciones de equitación hasta que hubieran pasado las fiestas, porque ella aún tenía demasiado que hacer. A él no le agradó la idea de no verla hasta la noche de San Juan, y no dudó en mostrar su reticencia al respecto. Cassie, como de costumbre, respondió a sus protestas con su habitual sonrisa, satisfecha de comprobar que sus encuentros empezaban a formar parte de la rutina de ambos.

Esa mañana decidió salir a montar muy temprano. *Hércules* le esperaba impaciente, y emitió un suave relincho de placer al verle entrar en las cuadras.

—Hola muchacho —dijo Julian, acercándose al animal y acariciándole la crin—. Hoy nos toca salir solitos.

El equino ladeó la cabeza levemente, como si entendiera sus palabras.

—Sí, chico, hoy es un día triste. Ella no vendrá con nosotros.

—¿Señor?

Julian se volvió bruscamente. Carter estaba asomado en la entrada del establo.

—Buenos días, Carter. Hoy solamente me llevaré a *Hércules*.

La primavera había terminado, dando paso a lo que al parecer sería un verano caluroso ese año. Julian galopaba por los extensos y verdes prados de la región a una velocidad que cualquier persona que lo viera tildaría de temeraria. Le causaba un verdadero deleite sentir el viento en la cara, y percibir el olor de las margaritas silvestres. Llevaba casi dos semanas allí, y para su sorpresa no echaba de menos Londres. El ajeteo de los carruajes por las calles, los mercados ambulantes atestados de obreros tratando de vender sus mercancías, el humo de las chimeneas, los muelles con olor a pescado fresco, y esa neblina característica que nunca abandonaba el cielo de la capital... qué tétrico era todo. Las fachadas de los edificios antiguos ennegrecidas por el hollín, y esos niños que trataban de ganarse el pan vendiendo periódicos mientras gritaban a pleno pulmón las novedades... cuánta miseria. Recordó las innumerables noches en las que, saliendo hacia el Hodge's con algún grupo de amigos jugadores selectos, veía tirados a su suerte a hombres, en numerosas ocasiones borrachos, arrastrándose por lo mugrosos suelos de las zonas por las que ninguna dama (y ningún caballero sin compañía) se atrevería siquiera a pasar.

Mujeres escasamente vestidas deambulaban por lugares oscuros ofreciendo sus servicios, otros intentaban ganarse la vida con negocios poco honestos, y otros, aprovechando el despiste de algún señorito refinado, le limpiaban por completo, dejándole únicamente la ropa que llevaba puesta. Esa era la otra cara de la gran ciudad. Una cara que, así como las criaturas malignas, se dejaba ver cuando la luna tomaba su trono como lumbrera, acompañada de la débil luz de las estrellas. Y él la conocía muy bien.

Detuvo su caballo unos instantes. Se había alejado al menos dos kilómetros. Se encontraba junto a los acantilados. El mar, que estaba ligeramente agitado, se alzaba soberbio chocando contra la escarpada pared de firmes rocas, provocando un espectáculo visual único.

—Esto es una maravilla —susurró.

El relincho de *Hércules* le advirtió lo cerca que llegaron del precipicio. Julian acarició su lomo para tranquilizarlo, y dijo:

—Tranquilo, chico. Nos alejaremos enseguida. No tengo intención de suicidarme, lord Rockingham me mataría si lo intentara.

Soltó una risa amarga y llena de reproche.

—Además —prosiguió—. Tenemos que verla bailar ante la hoguera, ¿eh? Así que venga, volvamos a casa.

El sol se disponía a ocultarse en el horizonte. El olor a carne asada se empezaba a percibir desde lejos, y los habitantes del pueblo comenzaron a acudir poco a poco al lugar donde se celebraría la noche del solsticio. Julian no reconoció a nadie. Ató a *Hércules* en un poste junto a otros caballos y buscó a Cassie con la mirada. Ni rastro de ella.

—¿Señor Julian? —sonó una vocecita a su espalda.

Haygarth se giró.

—¡Frederick!

—Se acuerda de mí...

—Y tú de mí, por lo que veo.

—Ha venido al final.

—No iba a perdérmelo por nada del mundo.

—¿Y su amigo?

—Ah... bueno... él... se quedó en casa.

El niño se encogió de hombros.

—Pues qué pena. Qué bueno que haya llegado temprano. La comida se servirá en una hora.

—¡Frederick! —gritó una voz femenina desde el otro lado de uno de los puestos—. Ayuda a tu hermana con la bandeja de los bollos.

Julian miró a ambos. El rostro del niño se había enrojecido. Obviamente intentaba escaparse de la tarea que le habían asignado.

—Mi madre me llama, señor Julian —dijo, evidentemente fastidiado—. Me voy antes de que se quite la zapatilla.

Julian rio con ganas. Qué muchacho tan avisado.

Unos minutos después llegaron los Elliot. Traían sus bollos de canela para repartirlos y los dejaron a cargo de la señora Lewis, que no dejaba de dar órdenes a sus hijos a diestro y siniestro, haciendo aspavientos con las manos. Su aspecto rollizo, sus mejillas rosadas y sus cabellos rubios recogidos bajo una cofia blanca le daban el aspecto de una cocinera mandona de alguna mansión antigua.

Charles Elliot se acercó a Julian y sentándose a su lado, saludó:

—Hola, joven, qué placer verte aquí.

—Lo mismo digo, señor Elliot. Me alegro de verle y poder agradecer su amabilidad al recibirme en su casa.

—¡Pero si es un honor que nos visiten! Vivimos solos en esa casucha sin más familia que nosotros... —sus ojos se ensombrecieron—. ¿Sabes que tienes el porte de mi hijo? ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés.

—Hummm... sí —lo escrutó durante unos segundos—. Mi Christopher tenía el pelo castaño. Pero también era fuerte como tú. Hubierais hecho amistad.

—Con toda seguridad.

—Pero las desgracias ocurren, ¿no es cierto? Incluso en las mejores familias...

—Todos los ojos lloran. Unos con más frecuencia que otros.

—¡Pues yo espero no llorar hoy! —exclamó el anciano dándole una palmada en el hombro—. Hay que seguir adelante. Es lo que le digo a Maggie. A ver si hoy se nos anima un poquito. Dicen que la noche del solsticio posee poderes mágicos.

—Claro. ¿Hay que pedir algún deseo cuando se encienda la hoguera o algo así?

—Solo si quieres. Todos danzan alrededor del fuego al ritmo de la música. Es hermoso. Mi familia y yo veníamos todos los años. Primero van las doncellas casaderas. Las atavían con una corona de flores blancas tejida a mano y las sacan ante la fogata. Ellas bailan para encontrar marido.

—¿Y funciona?

Charles rio.

—¡Hasta ahora sí! Yo vi por primera vez a Maggie en una danza de esas. Verás muchas costumbres extrañas por aquí. Somos gente sencilla, pero también tenemos nuestras tradiciones.

Seguían llegando más personas. James no aparecía, a pesar de que se le vio entusiasmado con el acontecimiento. Cuando Julian dejó The Royal Oak, él se había retirado a sus aposentos. ¿Sabría que él no estaba en la casa?

Le resultó reconfortante la compañía del señor Elliot, que le relataba con entusiasmo las anécdotas sobre las costumbres del lugar. Le decepcionó no ver al señor Doyle, y se propuso visitarle sin falta a la mañana siguiente. Estaba inmerso en la conversación con el anciano, cuando sus ojos se posaron en una figura sonriente que caminaba hacia él. Portaba una corona de flores en la cabeza y el cabello suelto.

—Cassie.

Ella inclinó la cabeza, saludando a ambos.

—Vaya, jovencita, así que ya te quieren buscar marido, ¿eh? —comentó Charles, guiñándole un ojo.

—Dorothy y las demás me obligaron a ponérmelo. Ahora parezco un nido de pájaros.

Los dos hombres soltaron una carcajada.

—¿Qué ocurrencias tiene esta niña! —dijo Charles, haciendo ademán de levantarse.

Los jóvenes le ayudaron.

—Y ahora, si me permitís, os dejo. Voy a saludar al viejo Collins.

Y se alejó despacio en dirección a un corro de hombres que le recibieron con abrazos y exclamaciones de sorpresa.

—¿Qué te parece? —preguntó Cassie con curiosidad.

—Entretenido. Te confieso que ando intrigado por lo de la danza de las doncellas.

—¿En serio? Es una tontería. Y este año me ha tocado bailar con ellas.

—Me gustará verte. Me debes una lección de baile si no recuerdo mal.

—¡Oh, Julian, no compares este baile tribal con el vals! No tiene nada que ver.

—Nunca he contemplado uno, así que esperaré a emitir un juicio cuando haya adquirido esa experiencia.

—Un montón de nidos dando vueltas alrededor del fuego... menuda diversión.

—Tú no te pareces en nada a un nido, Cassie. Más bien tu imagen evoca a las hermosas ninfas que habitan los bosques encantados.

Ella levantó una ceja.

—Las ninfas no existen.

—Esta noche sí. El solsticio es mágico, ¿recuerdas? Y los seres mágicos nos acompañan.

—¿Y en qué ser mágico desearías convertirte?

—Algún héroe mitológico tal vez. Pero por ahora prefiero seguir siendo un hombre.

—Pues bien, hombre mortal —repuso ella tomándole las manos—. Es hora de cenar.

Todos los asistentes se arremolinaron alrededor de los puestos de alimentos. El magnífico olor de la carne asada impregnaba los pulmones, y las verduras despedían un aroma delicioso. Julian y Cassie se sirvieron y se sentaron sobre unas piedras, hablando de la fascinante noche de San Juan y sus efectos sobre Fawley y sus habitantes.

A continuación, varias cestas de fresones, arándanos, y cerezas se repartieron entre los presentes. Cassie mordisqueó la frutas, y sus labios adquirieron un tono rojizo a causa de los fresones.

Un par de hombres se dirigieron a la montaña de leña entre los vítores y aplausos, y con una antorcha, encendieron la hoguera. La noche despejada dejaba ver las relucientes estrellas, y el juego de sombras provocado por las llamas daban un toque siniestro al ambiente. Julian miró a Cassie de reojo, y la observó detenidamente a la luz del fuego. Quiso...

—¡Cassie, es la hora! —exclamó Dorothy, acompañada por el grupo de «nidos».

Se inició la música. Las doncellas casaderas se colocaron alrededor de la gran hoguera, se deshicieron de su calzado, y comenzaron a bailar al son de la melodía. Todos las observaban sonrientes y acompañaban a los instrumentos entonando una canción tradicional y dando palmas. Julian les miraba maravillado. La miraba maravillado.

Cuando la primera danza hubo finalizado, Cassie corrió a su lado de nuevo.

—¡Ven! —exclamó—. Te toca a ti.

—Me temo que he de declinar tu oferta. No conozco esta danza.

—¡Oh, vamos, solo se trata de dar vueltas alrededor del gigante ardiente!

El corro se agrandó, y varias personas, tomándose de la mano, entonaron la *Canción de la cosecha*. Eran cuatro estrofas fáciles de memorizar. Julian terminó cantando con ellos, recibiendo una sonrisa de aprobación de Cassandra, que le felicitó por su «buen oído».

La fiesta recién empezaba. Varias parejas se animaron a bailar, y los niños se unieron a ellos. Julian se apartó de la aglomeración de gente llevándose a Cassie consigo.

—Es imposible decir una sola palabra con todo ese ruido —afirmó.

—¿Te gusta cómo ha salido todo?

—Nunca he estado en una fiesta tan divertida. ¡No imaginaba que el señor Elliot tuviera tanta agilidad!

—Si le hubieras conocido antes de lo de Christopher no te lo habrías creído.

—Me estoy convirtiendo en un hombre de fe, te lo aseguro. Esta noche parece ser capaz de hacer cada sueño realidad.

—¿Crees que lo hará con el tuyo?

Sonaron aplausos y vítores de nuevo, dando comienzo a otra pieza musical. Todos bebían, reían y danzaban, ajenos por unos instantes a la realidad. Julian se sintió embriagado por ese espíritu. «¿Crees que lo hará con el tuyo?»

¿Qué debía responder? ¿Cuál era su deseo?

De pronto un impulso que no pudo reprimir dominó su mente por completo. Su deseo era...

Oh, Dios. Ella. Su deseo era ella.

Rodeó su cintura con un brazo. Cassandra apoyó una mano en su pecho, sorprendida por su reacción. Él inclinó su cabeza y rozó suavemente sus labios.

—Julian... —logró susurrar ella con dificultad.

Antes de que pudiera articular otra palabra, sus labios se vieron silenciados de nuevo, sellados por un cálido beso.

Atrapado. En su propia telaraña. Y el hecho de que él mismo fuera el responsable de su situación era un aliciente que incrementaba el profundo desprecio que sentía por sí mismo. Amaneció tendido sobre la cama perfectamente arreglada, vestido con la ropa del día anterior y las sienes doloridas por la falta de sueño, exhausto tras una noche en vela pensando en la bajeza de su comportamiento.

¿Por qué lo hizo?

Era inútil buscar alguna razón convincente. Sabía cómo acabaría si seguía con esa farsa. Creyó que sería un juego inocente en el cual nadie saldría herido, y ahora se encontraba envuelto en una trama de engaños de la que estaba seguro que no lograría salir bien parado.

Evocó aquel mágico momento, en el que se fundieron en un abrazo revelador para ambos. Los sentimientos afloraban a una velocidad desorbitada, y ninguno de los dos era capaz de detenerlos. Era una estupidez negar lo evidente. Una estupidez...

Julian notó un nudo en la garganta. Un súbito temor se apoderó de él. Unos pocos días habían sido suficientes para hacerle perder el control. ¡Idiota!

—Te maldecirá por el resto de sus días en cuanto lo sepa —se oyó murmurar—. Y merecido que lo tienes por embustero. Eres un perro rastrero que ha abusado de su confianza, mintiendo descaradamente para salirte con la tuya. ¿Y ahora qué?

Se puso en pie de un salto y corrió las cortinas. Se preguntó si James ya estaría despierto.

Necesitaba distraerse con algo y arrancar a Cassandra Doyle de sus pensamientos al menos por unas horas. Se daría un baño antes de bajar. Eso le ayudaría a relajarse y analizar detenidamente las circunstancias.

Cuando bajó al comedor, James ya estaba allí, junto al aparador, sirviéndose el desayuno. Se unió a él, saludándole con un escueto «buenos días».

—Milord. ¿Qué tal has dormido?

—Bien.

—¿Seguro? —preguntó James levantando una ceja.

—¿Por qué lo preguntas?

—Tus notables ojeras hablan por sí solas.

—Estoy perfectamente.

—Entonces atribuyamos ese aspecto fantasmal a una larga noche de diversión.

Julian soltó un gruñido.

—¡Ajá! —exclamó James—. Así que no resististe la tentación y bajaste a participar de la fiesta pagana. ¿Qué te pareció?

—Interesante —se limitó a decir Julian, rezando para que James tuviera la bondad de cambiar de tema.

—¿Solo interesante? Sé que no son las veladas de etiqueta a las que estás acostumbrado, pero tienen su encanto. ¿Viste la danza de las doncellas?

Julian se giró para mirarle a los ojos. James las había visto en otras ocasiones. Cassie estaba entre ellas. Le imaginó mirándola de arriba abajo con ojos lascivos y sintió náuseas. Por un momento tuvo unas ganas casi incontenibles de golpearle, pero recordó de pronto que ella le había dicho que esa noche era la primera vez que bailaba, y por lo tanto su primo jamás la vio bailar con su corona de

flores. Estaba fuera del alcance de ese ave de rapiña. Al menos por ahora.

—Sí, la vi.

—Qué costumbres tan grotescas, y sin embargo deliciosas. Bailaron descalzas, ¿verdad?

—No me fijé. Esperaba verte por allí.

—Tenía unas cuestiones importantes que atender.

James carraspeó ligeramente. Julian quiso preguntarle, y se percató de que su anfitrión se mostraba un tanto receloso a hablar de sus asuntos privados.

—¿Las tierras te dan problemas?

—Algunos. Nada que no se solucione con mano dura.

—Y en mano dura no te gana nadie.

James hizo una mueca.

—Te equivocas, querido primo. Lord Rockingham me supera en eso. El hecho de que estés aquí haciéndole compañía a este viejo campesino lo demuestra.

—Pues para ser un campesino tienes una vida bastante holgada —replicó Julian, mordisqueando una tostada.

—Tú mófate, pero llevar una existencia rural no es siempre tan agradable.

—Vamos, James. Puedes pasearte las veces que te dé la gana por los lujosos salones urbanos.

—Sí, pero nunca seré un igual. Recuerda que solo soy «el pariente» de un lord. ¿Y eso en qué me convierte? En el perro que come de las migajas que caen de las mesas de los amos.

—En ocasiones las migajas presentan mejor sabor que los succulentos manjares. No pierdes nada con mantenerte alejado de la aristocracia.

—Ahí tenemos a un auténtico desertor...

—En absoluto. No reniego de nuestra fina y selecta sociedad. Pero si les haces un corte en el brazo a dos hombres de diferente posición, verás que por sus venas corre sangre del mismo color.

—¿Y cuándo descubriste tú eso?

—No hace mucho.

—Parece que la terapia campestre está dando sus frutos entonces, mas no los que espera nuestro ilustre marqués. Si no pones freno tus ideas progresistas acabarás convirtiendo Haygarth Park en un orfanato o algo peor.

Julian rio, imaginando el rostro de su padre comprimiéndose de ira por semejante sacrilegio.

—No me atrevería a profanar la morada de los dioses con la presencia de simples mortales.

—Una morada que un día será tuya.

—Sí, aunque yo no aspiro a ser un dios. Ser hombre ya conlleva bastantes problemas.

James tomó un sorbo de café y dijo:

—Hablando de simples mortales, olvidé contarte que he invitado a Frank Latimer a cenar la semana que viene.

—¿El americano? ¿Qué sabes de él?

—Es lo que llaman un nuevo rico. Vino a Inglaterra a expandir su negocio, creo. Vive en la antigua Clevedon House.

—Los Clevedon... sí, los recuerdo. ¿Por qué vendieron?

—Una hija enferma. Tenían prisa por irse, así que se deshicieron del hogar familiar por un precio bien asequible. Y Latimer, como buen hombre de negocios, aprovechó la oportunidad.

—¿Para qué querría él venir a la campiña? Por la profesión que ejerce, ¿no le saldría más

rentable instalarse en Londres?

—Debido a su procedencia, es posible que entre cigarras, hormigas y mosquitos se sienta mejor. Comprenderás que antes de su «debut» quiera abandonar sus toscos modales coloniales y convertirse en un caballero británico.

—Los americanos son patriotas, James. Nos lo demostraron en la guerra de la Independencia. Antes muertos que británicos. Ese es su lema.

—Claro, claro. Abajo los opresores. Quizá algún día los esclavos de sus plantaciones decidan seguir su ejemplo.

Julian soltó una carcajada.

—Eres un cínico.

—Nos concederás el honor de acompañarnos, ¿verdad?

—Por supuesto —afirmó Julian—. No me perderé detalle de tus intentos por «reformar» a nuestro amigo.

Al finalizar su desayuno, James se apresuró a levantarse de la mesa y se encaminó directamente a su despacho. No se dio cuenta de que un pedazo de papel se había deslizado de uno de sus bolsillos, precipitándose en el suelo, a los pies de Julian.

El joven tomó la nota doblada por la mitad y se puso en pie rápidamente para alcanzar a su primo y devolverle la misiva, pero se detuvo en seco al leer sin querer las primeras líneas:

Misión cumplida. Ya le advertí que era el mejor en su profesión, aunque por desgracia habrá comprobado que sus tarifas son muy altas. Es probable que exija una cantidad mayor...

Volvió a doblar la carta de inmediato y miró hacia la puerta intrigado. ¿Por qué le daba la impresión de que esos negocios que su anfitrión se traía entre manos no tenían nada que ver con los arrendatarios de sus tierras?

Pero lo que James hiciera con su tiempo libre no era asunto suyo, aunque al menos esperaba que no estuviese metido en algún lío que fuera a causarle problemas.

Corrió a cambiarse y se dirigió a los establos. *Hércules* ya estaba listo para el rutinario paseo matutino. Cabalgó por el extenso terreno que separaba The Royal Oak del sendero que llevaba a la granja Doyle, deteniéndose al principio del camino.

—No —murmuró, sujetando las riendas con fuerza—. Debes parar esto, Julian. Se está convirtiendo en una obsesión.

Para su sorpresa, *Hércules* hizo ademán de seguir adelante. Tenía memorizado el recorrido por las veces que habían pasado por allí.

—También quieres verla, ¿eh, chico? —bromeó su jinete, inclinado sobre su oído.

Tras un breve silencio, asintió pensativo:

—Pues vayamos entonces. Hemos de pedirle disculpas por ese beso robado, ¿no?

Al llegar a la granja divisó a Jonathan a lo lejos, que parecía entretenido en la reparación de un vallado. El anciano, al verle, lanzó una exclamación de sorpresa y le indicó que se acercara.

—¡Carter!

—Buenos días, señor Doyle. ¿Cómo está usted?

—Perfectamente, excepto por este dolor de espalda, que se ha tornado mi compañero inseparable.

—Le echamos de menos ayer en la celebración de San Juan.

—Esas fiestas son para los jóvenes, hijo. Ya no estoy para esos trotes. Y vosotros, ¿lo pasasteis bien? Cassandra me contó que te atreviste a entonar la *Canción de la cosecha*.

—Oh, sí, señor Doyle. Y me temo que por mi culpa este año no van a crecer las hortalizas.

Jonathan rio, y apoyándose contra la cerca, dijo divertido:

—No debes de cantar tan mal. Cassie dice que tu oído es excelente.

—Exagera para evitarme el bochorno. Nunca deben permitirme volver a cantar si no quieren terminar por arruinar la calidad de sus cosechas.

—La próxima vez alega afonía. Siempre funciona. Así es como me libro yo de formar parte del «coro» año tras año.

Cassie salió al encuentro de los dos hombres con una jarra de limonada. Al ver a Julian, enrojeció hasta la raíz del cabello. Ambos se miraban fijamente sin decir palabra. Él había notado su rubor, y esbozó una media sonrisa, a lo que ella respondió levantando una ceja.

—Cassandra, hija, no te quedes ahí parada —intervino Jonathan—. Ofrécele un refresco al joven Carter. Hoy tendremos un día caluroso. Espero terminar pronto con esta valla y...

De pronto se detuvo. Su rostro se había vuelto pálido, y sus arrugadas facciones se comprimieron. Julian y Cassie le miraron alarmados, y el granjero oprimió el brazo del joven, intentando hablar.

—¡Papá! —gritó Cassie dejando caer la jarra de limonada.

—La maldita... espalda —masculló el anciano entre dientes.

Julian le sujetó con fuerza, llevándolo hacia la casa.

—¿Puede caminar? —le preguntó él.

Jonathan asintió. Cassie corrió delante de ellos, sosteniendo la puerta abierta mientras Julian entraba con su padre y le acomodaba en el sillón.

—Llamaré al médico.

—No es necesario —replicó Jonathan.

Cassie se arrodilló junto a él.

—Papá, el doctor Clayton te dijo que no debías esforzarte demasiado. No te curarás si te empeñas en desobedecerle.

—No voy a quedarme sentado con tanto trabajo que hacer.

—Debe descansar y hacerle caso al doctor, señor Doyle —intervino Julian.

Cassie le miró agradecida.

—Ay, hijo, qué más quisiera yo. Pero no puedo dejarle toda la carga a esta bendita criatura —explicó Jonathan tomando las manos de su hija entre las suyas.

Julian les observaba callado. La expresión del granjero se había suavizado, pero aún seguía sintiendo un agudo dolor.

—¿Está seguro de que no quiere que le vea el médico? —preguntó el joven, preocupado por la salud del enfermo.

—Tiene que guardar reposo, nada más —respondió Cassie—. Pero es tan terco que resulta imposible hacerle entrar en razón.

Julian se arrodilló, poniéndose a la altura de ambos, y mirando a Cassie, dijo:

—Asegúrate de que no se levante y trate de descansar. Volveré dentro de un rato.

Y salió.

Jonathan apoyó la cabeza contra el asiento, respirando con cierta dificultad. La impotencia se adueñaba de él. Conforme iban pasando los años, la energía abandonaba su debilitado y castigado

cuerpo, convirtiéndolo en un viejo inútil.

—¡Pardiez! —exclamó, enojado consigo mismo—. Dentro de poco no serviré ni para ordeñar las vacas.

—No hables así —le reprendió Cassie—. Corriendo por los campos o postrado en cama eres mi padre y te quiero. No consentiré que te desgastes de esa manera.

Los ojos de él se llenaron de lágrimas.

—Cassandra, le prometí a tu madre...

—Que me cuidarías. Y lo has hecho.

—Eres más importante para mí que mi propia vida, pequeña. Y lo único que me queda de Martha.

A ella no supe cuidarla. No cometeré contigo ese error.

—Oh, papá... —murmuró Cassie entre sollozos—. No fue culpa tuya.

—Si estuviera aquí... sabría exactamente qué hacer. Siempre hallaba una solución para todo, ¿recuerdas?

Cassie asintió.

—Murió en mis brazos —prosiguió él, abatido—. Vi cómo se le iba el brillo de los ojos, y no pude hacer nada para impedir que nos dejara. Siento como si te hubiera fallado. Como si os hubiera fallado a las dos. Tengo que levantarme.

—No. ¿Es que quieres que te pierda a ti también?

—Haría falta más que una lesión muscular para matarme. Ya me encuentro mejor.

—No daré mi brazo a torcer, papá. Olvídalo.

Jonathan sonrió. El rostro arrebolado de su hija le daba a entender que tratar de llevarle la contraria posiblemente acabaría en una acalorada discusión, de la que obviamente ella saldría vencedora, puesto que había heredado la agudeza verbal de su madre. La joven se puso en pie.

—Prepararé un té. Te sentará bien.

Y se dirigió a la cocina.

Al cabo de unos minutos trajo una tetera y una taza.

—Te he puesto un terrón, como a ti te gusta. Tómatelo despacio y ten cuidado de no quemarte.

—Si guardo reposo unas horas, ¿me permitirás terminar de reparar la valla?

—De eso ni hablar. Con un reposo de tan solo unas horas no solucionarás nada.

—Y con permanecer aquí tampoco.

—Papá, creo que he sido lo suficientemente cla...

Llamaron a la puerta y Cassie fue a abrir. Era Julian. Tenía la camisa remangada hasta los codos y portaba varias herramientas en la mano.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella al ver su aspecto desaliñado.

—La valla está arreglada. Ahora ya no tiene motivos para estar deambulando por ahí —señaló sonriente.

Jonathan se incorporó en el sillón y tendió la mano a su invitado, que se la estrechó firmemente.

—Acabaré por creer que realmente eres un ángel bajado del cielo. Que Dios te bendiga. Muchas gracias por tu ayuda.

—Cuenten conmigo cuando me necesiten. Ahora debo irme, pero volveré para ver cómo evoluciona. Ya no son solamente dos ojos los que le vigilan, señor Doyle.

—Válgame Dios... —bufó Jonathan—. Estoy perdido.

Julian se despidió de los Doyle y se encaminó al portoncillo de entrada, cerca del cual había

atado a *Hércules*. No se había subido aún al caballo cuando Cassie le dio alcance.

—Julian.

Él se giró, quedando frente a ella.

—He de agradecerte el generoso detalle que tuviste con mi padre y conmigo.

—Descuida.

Ella se acercó y le besó en la mejilla, haciendo que su corazón comenzara a latir desbocado. Como un acto reflejo, él la sujetó por las muñecas y la mantuvo cerca de sí. Cassie había vuelto a ruborizarse, pero mantuvo su mirada fija en él. En respuesta a su reacción, Julian la besó en la frente, y después se llevó las manos de Cassandra a los labios. Ella acarició su rostro unos segundos, sorprendida por su propio atrevimiento.

—Vuelve pronto, mi ángel de la guarda —susurró.

Julian sonrió.

—Eso es exactamente lo que tengo intención de hacer.

Transcurrían los días y la maltratada espalda de Jonathan no presentaba síntomas de mejoría. El doctor Clayton les visitó en tres ocasiones, solo para confirmarles que era imprescindible que guardara reposo. Su columna no andaba bien, y si no tenía mucho cuidado, la cosa podía agravarse.

El anciano se vio obligado a permanecer muchas más horas acostado de lo que hubiera deseado, y mostraba su fastidio sin ningún disimulo lanzando profundos y melancólicos suspiros, quejándose en voz baja de su lamentable estado.

Julian había ido a verles, tal y como prometió. Apenas tuvo oportunidad de estar a solas con Cassie, a pesar de haber intentado varias veces hablar sobre lo ocurrido la noche del solsticio. Lo que hubiera dado por conocer sus pensamientos... pero ella se limitaba a sonreír tímidamente, clavando en él aquellos ojos castaños que comenzaban a ser la causa de largas noches en vela. Por todos los santos, ¿qué locura era aquella?

Miles se reiría de él si le viera, haciéndole víctima de sus chistes más feroces. «¡El cazador cazado, y por un ratoncillo silvestre!».

Después brindaría a su salud y le felicitaría por tener la valentía de provocar nuevamente a su padre de forma tan descarada, dándole una última razón para borrarle de su testamento y convertirle prácticamente en un indigente. Sí, lo encontraría divertido. Ese condenado de Parker... cómo lo echaba de menos.

Pensó mucho en lord Rockingham y en Haygarth Park. Cuando Brandon vivía pasaban largas temporadas allí, ya que, como él mismo, su hermano aborrecía la idea de pasar más tiempo del estrictamente necesario en la ciudad. Era feliz ocupándose de sus tierras, recorriéndolas diariamente a caballo y visitando a menudo a sus arrendatarios para atender personalmente a sus necesidades. En cambio él... se había dedicado a apostar su patrimonio en las mesas de juego, llegando a casa borracho día sí y día también. ¿Y de qué le sirvió? Incluso con el cerebro ahogado en el alcohol no lograba eliminar de su mente esa maldita imagen del pecho ensangrentado de Brandon, luchando desesperado por seguir respirando.

Evocó el día en que comenzó a beber. Lo recordaba bien. Tras el funeral se encerró en sus aposentos con una botella de whisky y la vació en menos de una hora. Para cuando su padre le encontró ya estaba totalmente ebrio, pero por desgracia no lo suficiente para no oír a su progenitor

escupir:

—El ángel de la muerte me ha arrebatado al hijo equivocado.

Y dar un portazo, dejándole sumirse en la más lúgubre oscuridad.

Sin embargo los acontecimientos dieron un giro inesperado. Craig Haygarth le envió a Hampshire para librarse de él, y allí encontró su tabla de salvación. Lo que nunca imaginó fue que el bálsamo que curaría sus heridas vendría apresado en el corazón de una mujer. Una mujer de rostro y mirada apacibles que encerraban un espíritu noble y una voluntad de hierro.

—Cassandra Doyle —murmuró en voz baja, comprobando para su deleite que el solo pronunciar su nombre le producía un inmenso placer.

Cassie se incorporó en su lecho, incómoda. Preocupada por la salud de su anciano padre, apenas había dormido una noche entera seguida. Paul Clayton le había recetado láudano para ayudarle a soportar el dolor y conciliar el sueño, que debía administrarse con el máximo cuidado. Una sobredosis podría ser fatal, según le advirtió el médico. Decidió guardar el preparado en el armario de su dormitorio para asegurarse de que Jonathan no tomara más cantidad de la necesaria, impulsado por el deseo de aliviar el intenso dolor que le sobrevenía durante las crisis nocturnas.

Se llevó una mano a los labios, tratando de reprimir un bostezo. Vencida por el cansancio, se recostó contra la pared y se puso a jugar con un mechón de su cabello.

«Siento como si te hubiera fallado. Como si os hubiera fallado a las dos.»

Esas palabras la hicieron sentirse desdichada. La muerte de su madre les dejó un vacío casi insoportable, y ahora volvía a recordar esa sensación de angustia que la embargó mientras introducían el ataúd de Martha en aquel hoyo oscuro y húmedo, cubriéndolo de tierra hasta quedar completamente sepultado.

Notó un intenso escalofrío y se abrazó, encogiéndose las piernas contra su pecho y quedando hecha un ovillo sobre su cama. No se percató de que las lágrimas corrían libremente por sus rosadas mejillas.

No podía perderle. Trabajaría hasta deshollarse las manos, mas no podía permitir que él también la dejara. ¿Qué sería de ella si Jonathan Doyle fuera de repente arrancado de su lado?

Fuera brillaba la luna llena, y su tenue luz trataba de colarse por la pequeña ventana de la habitación. Todo estaba en silencio, y la joven casi lograba escuchar los latidos de su propio corazón. Se vio a sí misma abandonándose en brazos de un hombre prácticamente desconocido, del que solo sabía su nombre y apellido. ¿En qué momento dejó de lado la sensatez y la cordura?

No hacía más que acudir a su mente cada segundo. Esperaba con ansia sus visitas a la granja, y para su satisfacción veía que su padre compartía con ella ese sentimiento. Su risa y su agradable compañía llenaban de felicidad su monótona vida, y su sola presencia la reconfortaba. Incluso la pena por la enfermedad de Jonathan se le hacía más llevadera.

Se humedeció los labios y cerró los ojos, recordando aquel bendito beso como si fuera un sueño. Permaneció así durante varios minutos. Aún percibía el aroma de su piel y la suavidad de su rostro, y deseó tenerle delante para correr hacia él y sentir de nuevo la calidez de su abrazo. Un anhelo que no conseguía describir se adueñaba poco a poco de su alma, conduciéndola por un mundo nuevo de sensaciones que jamás había experimentado con anterioridad. ¿Era posible que estuviera enamorándose de él?

Cuando abrió los ojos ya amanecía. Se quedó profundamente dormida sin darse cuenta pensando en Julian Carter. Con las fuerzas renovadas tras un sueño reparador se levantó de un salto y se puso un vestido de algodón azul claro. Debía ver cómo se encontraba Jonathan.

Tras asearse y peinarse el cabello recogéndolo en una trenza bajó la estrecha escalera de madera y se dirigió a la cocina, encontrándose al granjero sentado en su sillón, tomando una taza de café.

—Buenos días. ¿Qué haces levantado? Deberías estar en cama.

—Estoy mucho mejor hoy.

Cassie levantó una ceja y abrió la boca para dar inicio a un debate, pero Jonathan la miró solícito y dijo:

—El doctor Clayton me prohibió trabajar, y le estoy obedeciendo. Si no puedo hacer nada útil por ahora, déjame al menos hacerte compañía.

—Está bien —respondió ella de mala gana.

—¿Tienes noticias del señor Latimer?

—No, aunque es probable que ya haya regresado de Londres.

—Pobre hombre. Tan lejos de su patria...

—¿Piensas que volverá a América?

—No. Los caballeros como él suelen enfrentarse con valentía a la adversidad. Si ha tomado la determinación de establecerse en Inglaterra, dudo que la nostalgia le haga deshacer los pasos ya dados.

—Todos en el pueblo le quieren. El señor Elliot habla de él con tanta estima que parece que se está refiriendo a algún santo mártir ascendido al cielo.

El granjero soltó una carcajada.

—¡Tú y tus ingeniosas comparaciones!

Oyeron un sonido fuera. Cassie se puso en pie y rápidamente fue a abrir. Al no ver a nadie, salió al porche.

—¿Quién es, hija?

—No veo a na...

Su respuesta se vio interrumpida por algo que llamó su atención. Se acercó a la barandilla de la escalera con paso lento, embargada por la curiosidad. Al ver qué era lo que descansaba sobre la estructura de madera, esbozó una cálida sonrisa. ¿A quién si no se le ocurriría dejar una rosa roja ante su puerta?

Acercó la rosa a su nariz, aspirando su delicioso aroma. Acarició sus grandes pétalos aterciopelados, percibiendo el suave tacto de la bella flor. Levantó la vista. Unos ojos azules ya familiares la miraban fijamente desde el primer escalón.

—Hola.

Cassie permaneció callada unos instantes, mirándole. No sabía qué decir, abrumada por el torbellino de emociones del que era objeto. Julian subió hasta el penúltimo escalón, quedando a su altura y muy próximo a ella.

—Y bien, mi florecilla campestre, ¿le ha comido la lengua el gato?

—Yo...

Él levantó las cejas, como esperando una respuesta coherente. Ella continuaba inmóvil, sin pronunciar palabra, con los labios entreabiertos, mostrando ligeramente una hermosa y blanca dentadura. Su boca estaba tan cerca...

La tentación de tomarla en sus brazos y volver a besarla era demasiado fuerte. Julian se sintió indefenso al darse cuenta de que el autocontrol del que tanto se jactó en el pasado se resquebrajaba como un cristal delicado cada vez que Cassandra Doyle se cruzaba en su camino. Se aclaró la voz con un ligero carraspeo.

—Querida Cassie, si no hablas pronto me veré obligado a besarte —soltó sin pensar.

La joven abrió los ojos como platos. Notó que el rubor acudía a sus mejillas y se llevó una mano al rostro. La piel le quemaba. De repente hacía un calor insoportable. Lanzó un suspiro.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por la rosa.

—Ah... ¿te gusta?

—Es preciosa. Me encantan las rosas.

—Entonces he acertado. En los jardines de The Royal Oak hay montones de esas. Te traeré un ramo la próxima vez.

—¡Julian! No debes hacer eso. ¿Qué dirá el amo de la casa si te ve cortar tantas flores?

—Él no las necesita.

—A su esposa quizá le moleste...

—No está casado.

—Oh... ¿vive solo en aquel caserón?

—Con sus sirvientes.

—Qué existencia tan triste...

—Sí, ¿verdad? Si estuviera en su lugar...

—Vivirías como él.

—¡Por supuesto que no! Gozando de esa libertad para hacer lo que quisiera sin tener que dar cuentas a nadie, yo...

—¡Hombre, Carter! —exclamó Jonathan, apoyado en el umbral de la puerta—. ¡Pasa, pasa! ¡No te quedes ahí tostándote al sol!

Julian miró a Cassie de reojo y se apartó, dirigiéndose al anciano y estrechándole la mano. Ella puso los ojos en blanco. ¡Qué oportuno! Si su padre hubiera aparecido tan solo unos segundos después... habría permitido que Julian terminara la frase.

—¿Te apetece un café? —preguntó Cassie, ofreciendo asiento al recién llegado en cuanto entraron los tres en la casa.

—No, gracias. Ya he desayunado.

—A ver cuándo podemos terminar esa partida de ajedrez —terció Jonathan.

Julian se volvió a mirarle.

—Pero si usted acorraló despiadadamente a mi rey...

—Eso no era jaque mate, así que el juego continúa.

—No sé si sería capaz de enfrentarme de nuevo a sus tácticas de guerra, señor Doyle.

—Lo que le ha impresionado son las piezas del tablero —intervino Cassie.

—¿De veras? —preguntó Julian.

—Es que están tan bien talladas... debió de haberlas confeccionado un artista —explicó Jonathan, con una excitación en la voz que se asemejaba a la de un niño con su primer juguete—. Mi padre era un gran jugador, ¿sabes? Se organizaban partidas de ajedrez en el pueblo y él siempre me llevaba

conigo. Aprendí a jugar sobre sus rodillas. Un buen hombre mi padre, sí señor. ¿Sabes lo que me dijo en su lecho de muerte?

Julian guardó silencio, esperando oír el relato mientras Cassie se sentaba a su lado y se terminaba su taza de café.

—Nos tienes en vilo, papá —declaró la joven.

—Me dijo: «No tengo plata ni oro para dejaros en herencia ni a ti ni a Henry, hijo mío. Lo único que puedo dejarte es mi apellido. Espero que lo honres.»

Cassie miró un momento a Julian y se percató de que este le miraba muy serio.

—Y aquí estamos, intentando cumplir la última voluntad del viejo —prosiguió Jonathan—. Aunque por mi parte he dejado bastante que desear.

—Permítame disentir, señor Doyle —aseveró Julian—. Nunca he visto un padre de familia más dedicado que usted.

—¡Oh! ¿Has oído eso, Cassandra?

Ella rio.

—Me caes muy bien, ¿lo sabías? —dijo el anciano—. Sin embargo no creo que a tu padre le guste escuchar eso. Me hubiera encantado tener un hijo como tú. Alguien que cuidara de Cassie cuando yo ya no estuviera. Pero mi pobre Martha no volvió a concebir...

Julian le observaba con creciente interés. Jonathan Doyle era un hombre sencillo y tan sincero como podía esperarse. Le gustaba escuchar sus relatos sobre su familia, y aún más sabiendo que estas formaban parte de la vida de la joven que había acaparado sus atenciones las últimas semanas. Notó un extraño brillo en los ojos del anciano al mencionar a Martha. No pudo reprimir su curiosidad.

—¿Hace mucho que falleció?

—Siete años. Era la viva imagen de mi Cassandra. Ella eligió el nombre que le pusimos.

Julian se volvió hacia Cassie unos segundos. Ella esbozó una triste sonrisa y bajó la cabeza.

—Solemos llevarle un ramito de crisantemos a menudo —explicó Jonathan—. Eran sus flores favoritas. También plantamos allí unos cuantos para embellecer el lugar. De hecho Cassie iba a visitarla hoy.

La joven asintió.

—Tengo que cambiar el agua de la jarrita y regar los crisantemos.

—¿Vas ahora al cementerio? —preguntó Julian.

—Pues...

—Ve, hija, no te preocupes por mí. Me encontrarás sentadito aquí mismo, donde me dejaste. Que Julian te acompañe si quiere —terció el granjero.

—Desde luego. He traído a *Hércules*. Si vamos a caballo llegaremos antes y no perderás de vista a tu padre demasiado rato —propuso Julian.

Jonathan bramó algo ininteligible para sus adentros. Julian se levantó de su asiento y se despidió del señor Doyle.

—Cuando vuelva traeré el tablero —prometió, suavizando el ceño fruncido de Jonathan.

—Llévatela para que respire aire puro y me deje tranquilo por al menos media hora. Andad los dos.

Una vez fuera, Cassie lanzó un suspiro de resignación.

—No sé si dejarle...

—Creo que está un poco agobiado. Es un hombre trabajador. No hay nada peor para él que le obliguen a permanecer en cama.

—Es necesario.

Julian le sostuvo la barbilla con el dedo índice.

—No permitiremos que le ocurra nada, ¿de acuerdo?

—¿Crees que soy muy dura con él?

—Una dosis de terquedad en ocasiones viene de maravilla. No, no lo creo.

Llegaron hasta *Hércules*.

—¿No trajiste a *Ariel*?

—No. ¿Te importa que lo compartamos?

Cassie se sintió súbitamente invadida por un júbilo que apenas logró disimular.

—Quizá le estaremos cargando en exceso al pobre *Hércules*.

—Mujer, si pesas menos que una pluma...

—¿Y tú cómo sabes eso?

—¿Recuerdas el día que cruzamos el charco fangoso?

—Ah, claro.

—Si yo pude contigo, él también. Así que... ¡arriba!

La tomó por la cintura y la subió a la montura, colocándose detrás de ella y rodeándola con los brazos para alcanzar las riendas.

Cabalaron unos minutos en dirección al pueblo. La hermosa iglesia normanda se alzaba en una pequeña colina a las afueras, y pudieron divisarla desde lejos. El cementerio, que ocupaba buena parte del terreno, se veía tranquilo y solitario.

Se apearon del caballo y anduvieron por un estrecho sendero. Julian se entretuvo leyendo las inscripciones de las lápidas, tratando de adivinar cuál era la de Martha Doyle. Vio una tumba muy sencilla en un rincón y supo que la había encontrado. Crisantemos amarillos y blancos crecían a su alrededor, y un ramito había sido colocado cuidadosamente dentro de una jarrita.

Cassie se detuvo. Rodeó la losa de piedra gris y se agachó para cambiar el agua del recipiente. Julian vio tristeza en sus ojos y deseó poder consolarla, mas se limitó a observar.

—Estas plantas requieren atenciones como si fueran un niño pequeño —bromeó ella.

—¿Cuántas veces por semana vienes aquí?

—Dos o tres. Me gusta tener esto bien arreglado.

Julian se acercó a ella y le ayudó a ponerse en pie.

—No me habías hablado de ella antes.

—No suelo hacerlo. Ni siquiera con papá. Nos dejó repentinamente, y me resulta doloroso recordarlo.

—¿Qué ocurrió?

—Fue a cuidar a un muchacho enfermo y se contagió. Ada y mi padre estuvieron todo el tiempo con ella, pero a mí no me permitieron verla. Temían que acabara también enferma. Duró unos días.

Julian la miraba callado.

—Cuando me dejaron pasar, ya había muerto —continuó—. Su tez, rosada y llena de vida, se recubrió de un color pálido fantasmal y sus cabellos habían perdido todo su brillo. Corrí a abrazarla desesperada, sin ser capaz aún de aceptar que no la volvería a ver. Intenté darle calor a su helado cuerpo, y mi padre, con lágrimas en los ojos, me sacó en volandas, repitiéndome que no servía de

nada lo que hacía. Grité de rabia y le golpeaba el pecho, tratando de zafarme y volver a su lado. Qué sensación tan horrible...

—Te sientes impotente en un momento como ese.

—Sí. Y darías media vida por cambiar el destino. ¿Tu madre vive aún?

—No. No llegué a conocerla. Murió al darme a luz. Mi padre jamás me perdonó ese pecado. No nos llevamos bien.

Cassie se envaró.

—No fue culpa tuya que muriese.

—Aún no lo sé.

—No digas tonterías.

—Mi nacimiento provocó su partida. Irónico, ¿no?

—Seguro que estaría orgullosa de ti si te viera ahora.

Julian tomó su cara entre sus manos.

—Mi noble dama —susurró—. ¿Por qué no te conocí hace años?

—Hace años era una mocosa alocada que se pasaba todo el día subida a los árboles.

Julian rio y le miró fijamente sin soltarla.

—Cassie, hay algo de lo que debo hablarte. Han pasado varios días desde la fiesta del solsticio.

Ella asintió y esperó que siguiera.

—He estado buscando mil maneras de decirte esto, pero ninguna me suena lo suficientemente convincente. Esa mañana en la que tu padre empeoró y yo estaba allí... había acudido a tu casa con un propósito. Pretendía disculparme por mi comportamiento. Sin embargo no considero honesto por mi parte el hacerlo.

—No te comprendo.

—¿Cómo podrías? Cassandra, no voy a pedirte perdón por el beso que te di aquella noche.

Ella agrandó los ojos.

—¿Y sabes por qué, paloma? Porque no quiero añadir otra mentira a mi larga lista de faltas.

—Julian...

—Deseé tenerte en mis brazos entonces, y deseo tenerte también ahora —confesó él abrazándola—. ¿Puedes entenderlo?

Cassie hundió su rostro en su pecho, respondiendo a su caricia. Permanecieron así lo que pareció una eternidad. Finalmente ella levantó la vista, para encontrarse con la mirada profunda de los ojos de él, que la escrutaban con dulzura. Una oleada de calor recorrió su cuerpo. Sonrió al ver que él inclinaba la cabeza y le besaba en la punta de la nariz. Julian susurró unas palabras que no consiguió entender:

—Dios mío, pequeña, qué voy a hacer... es... demasiado tarde.

Y dicho esto la acercó aún más a sí, posando sus labios sobre los de ella y besándola con ardor. Cassie se asió del cuello de su camisa, aturdida. Había pensado tanto en aquel instante... y se sentía increíblemente torpe. Sus sentimientos por él eran tan evidentes que no se había molestado en ocultarlo, y era consciente de que Julian lo sabía. Lo sabía y... le correspondía.

—Querida mía —dijo él, apartándose—, haces que pierda completamente el sentido común. Esto no puede ser bueno.

La risa de ella le sonó como una melodía al oído.

—Será mejor que regresemos.

La dejó junto al portoncillo de entrada a la granja, observándola mientras entraba en casa. Al volver a The Royal Oak bajó del equino de un salto y acarició el hocico de *Hércules*, conduciéndolo a los establos. No esperaba encontrarse allí a James justo en ese momento.

—Hola, James.

—Hola. ¿Vienes de cabalgar?

—Sí.

Su primo le miró de arriba abajo, confuso. Llevaba la camisa remangada y los tirantes sueltos, sujetos en la cintura.

—¿Le has cogido manía a tu traje de montar?

—Esto es más cómodo. Seguí tu consejo.

—Mmm... claro, claro. Ha llegado una carta para ti. De Londres.

—Gracias. Ahora subiré.

—Recuerda que esta noche cenamos con Latimer, así que no te pierdas por el camino —dijo James dirigiéndose a las cuadras.

—Lo recordaré —respondió él.

Subió las escaleras aprisa, presa de la incertidumbre. ¿Una carta? ¿De quién?

Abrió la puerta del dormitorio y dejó su gorra y su chaqueta sobre la cama. Encima de la mesita estaba la misiva. La cogió y la examinó con cuidado. Esbozó una amplia sonrisa al comprobar el remitente de la misma.

—Por fin te dignas a escribirme, viejo zorro —musitó al ver la ya tan familiar letra de Miles Parker.

Mi querido amigo,

Haciendo de tripas corazón he olvidado por unos momentos mi aversión a la pluma y me he propuesto informarte de los últimos acontecimientos que han tenido lugar durante tu «retiro espiritual». ¿Qué se siente al ser despertado por los cantos de los jilgueros? Sin duda tu primo James agradecerá un poco de compañía civilizada en la campiña, ya que tendrá escasas oportunidades de entablar amistades acordes a su posición.

He visto a tu padre en un par de ocasiones. Piensa seguir en Londres hasta principios de septiembre, para luego retirarse a Haygarth Park. Me pregunto cuándo decidirá mandarte de vuelta...

No quiero ponerme sentimental, pero se te echa mucho de menos, hermano.

La temporada comenzó con todo el esplendor que se esperaba. Lady Alice Taylor dio un magnífico baile al que asistieron un buen número de rostros conocidos, entre ellos las gemelas de los Thompson, que discretamente preguntaron por ti. Imagino que andarán conspirando por los rincones y apostando por quién de las dos acabará siendo marquesa.

Es una broma de mal gusto, lo sé. Pero ya me conoces. Para tu tranquilidad les contesté que te encontrabas de viaje, y que probablemente estarías fuera unos cuantos meses. Si vieras la cara que pusieron... pobrecillas.

Por mi parte aún no me presionan demasiado para llevar una nueva vizcondesa a Huntercombe Manor, aunque noto varias miradas anhelantes entre los corros de madres desesperadas. Mi madre sigue empeñada en que busque esposa; por suerte mi hermosa hermanita acapara ahora toda su atención y se ha propuesto dejarme tranquilo hasta el próximo año. Con los veinticinco recién cumplidos todavía tengo tiempo para decidir sobre mi futuro según ella misma dice, pero no debo continuar perdiendo oportunidades de hacer un buen matrimonio. Y digo yo, ¿qué es un buen matrimonio? Que me digan dónde puedo encontrar a una mujer rica, guapa y muda y quizá me lo piense.

Henrietta sin embargo está que no cabe en sí de gozo. Prácticamente acabamos de empezar la temporada y ya ha recibido incontables ramos de flores. Y adivina quién es uno de los remitentes de esos obsequios. ¡Mark Richardson! ¿Te lo puedes creer?

Nuestro conde no pierde el tiempo. Es comprensible, pues él va camino de los treinta. Para serte sincero no me importaría tenerle como cuñado, nos conocemos desde hace años y sé que la trataría bien, pero sigo insistiendo en que tú ocuparías mucho mejor ese lugar. Desde que jugábamos de pequeños a escondernos de nuestras niñeras (un pasatiempo perverso, lo reconozco) he querido que perteneciéramos a la misma familia. Hicimos un pacto de sangre de esos, ¿recuerdas? Qué ocurrencias tienen los niños.

Bien, hermano de pacto, sin más novedades que contarte, me despido deseándote una estancia de lo más satisfactoria en el maravilloso Hampshire. Salúdame a James.

Tu amigo,

M. PARKER

Julian dobló la carta despacio y la guardó en el cajón de la mesita de noche. Rio divertido al imaginarse el pánico de su inseparable compañero de aventuras al verse con la soga al cuello. Pobre Miles. Nació para ser libre, y eso era precisamente lo que nunca llegaría a ser, al igual que él.

Se cambió de ropa y pidió pluma y papel, que le trajeron con rapidez. Se acomodó en el pequeño escritorio que había a su derecha, sumergió el objeto en la tinta negra y se dispuso a responder al mensaje del vizconde. Tenía tanto que contarle...

Pero no podía hablarle de ella. Aún no.

Sentada frente a Cassie en la mesa de la cocina y con su bebé en brazos, Ada la miraba con ira contenida. Hugh estaba ocupado hablando con su tío de asuntos concernientes a la granja, intercambiando pareceres acerca de la venta de dos de sus mejores vacas. Se levantó repentinamente y se asomó a la ventana. Johnny jugaba fuera, correteando detrás de Theodore, tratando de atraparlo.

—¿Ves, querida? —la voz de Hugh interrumpió sus pensamientos—. Jonathan también cree que el precio que Peter Grey ofrece por las vacas es absurdo. ¿Ada?

—Sí, Hugh, te he oído.

—Deberíais hablarlo antes de hacer nada —opinó Jonathan—. Jamás hay que precipitarse cuando se trata de negocios.

Cassie, ajena a la conversación, remendaba un pantalón de trabajo de su padre.

—Hijo, no te preocupes. Llegaréis a un acuerdo, estoy seguro —apuntó el anciano—. Peter Grey es un hombre honrado.

—Pero tacaño —añadió Hugh.

Jonathan rio.

—Todos los viejos acabamos siéndolo.

—¿No me digas? Pues con la mujer que tengo me será imposible. Sacará el látigo y...

Ada le fulminó con la mirada, gesto que provocó que Hugh tragara saliva.

—Amor, ¿ocurre algo? —le preguntó, oliéndose la tormenta que se avecinaba.

—No —respondió secamente ella, acercándose y entregándole a Evelyn—. Vigilo a Jonathan, solo eso.

Problemas. Ada siempre llamaba a su hijo por el diminutivo de su nombre. Cuando decía «Jonathan», era señal de que era hora de retirarse y esperar a que se calmara.

—Qué buen día hace hoy, ¿verdad? Por cierto, Jonathan, me dijiste que notaste algo raro en las coles que tienes en el huerto. ¿Quieres enseñármelas?

—¡Oh, sí! —el viejo Doyle parecía haber captado la indirecta y se puso en pie con ayuda del bastón—. No sé si son parásitos o qué, pero están adquiriendo un color extraño...

Ambos salieron sin demora, dirigiéndose a la parte de atrás de la casa. Cassie les siguió con la mirada sin comprender.

—No les pasa nada a las coles —dijo confusa.

Ada la observaba callada junto a la ventana.

—¿Y tú qué haces ahí de pie como una estatua? Siéntate, mujer —dijo su prima sin quitar la vista de la prenda que estaba cosiendo.

—Estoy mejor aquí.

Cassie levantó la vista.

—Ada, ¿por qué ese mal humor? ¿Se ha portado mal Johnny?

—Jonathan no ha hecho nada.

—¿Entonces?

Ada giró el rostro de nuevo hacia la ventana, luchando por no estallar. Cassie dejó sus labores a un lado y caminó hacia ella, obligándola a mirarla a la cara.

—Cuéntamelo.

—No querrás que lo haga. Juré no meterme nunca más en tu vida y no lo haré.

—¿De qué estás hablando?

—Te he visto, ¿sabes?

—¿Qué?

—¿No te da vergüenza besuquearte con ese hombre delante de la tumba de tu madre?

Cassie soltó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué hacías en el cementerio a esas horas? ¿Espiarne? —fue su respuesta inmediata.

—Había ido a casa del reverendo Jenkins y volvía por el camino de tierra. Al principio no creí que fueses tú, pero entonces le vi... y luego a ti —le espetó Ada enfurecida—. ¡Te advertí que te alejaras de él!

La joven había palidecido. No lograba articular palabra.

—Sabe Dios qué querrá de ti —prosiguió Ada, temblando de rabia—. Si es que no lo ha conseguido ya.

—¡Basta! —gritó Cassie—. No te permito que hables así de él.

—¡Te digo que no te conviene, Cassandra! ¿Por qué demonios no me escuchas?

—¿Y tú qué sabrás sobre lo que me conviene?

—Más de lo que imaginas.

—Yo lo dudaría. Si ni siquiera puedes con tu vida. Atada a un hogar que no pediste y casada con un hombre que no amas. ¿Es esa acaso la idea que tienes de la felicidad? —soltó Cassie con odio.

Al instante se arrepintió profundamente de las palabras que salieron como un torrente por su boca. Ada enrojeció y bajó la cabeza. Estaba a punto de llorar.

—Al menos el hombre en el que he depositado mi confianza tiene la intención de permanecer a mi lado —musitó en un hilo de voz, saliendo de la estancia.

Cassie la siguió, compungida por el daño que le había causado.

—Ada...

Llegaron a la cerca que rodeaba la granja, lo suficientemente lejos de la casa para que nadie pudiese oírlas.

—Ada, lo siento —repitió Cassie, apenada—. No debí decir eso. No sé cuáles fueron las razones que te llevaron a casarte con Hugh, y no es de mi incumbencia. No tengo derecho a hablarte así. Perdóname.

Su prima se giró, quedando frente a ella. Ahora las lágrimas rodaban libremente por su rostro.

—Solo quiero protegerte —declaró sollozando—. Protegerte de la insensatez que yo cometí.

Cassie frunció el ceño.

—Hay una historia, una parte de mi vida que no conoces, Cassie, aunque no es un secreto. Pero tu corta edad entonces no te permitió comprender lo que sucedía. Quizá te horrorice lo que vas a oír, y te ruego que no me juzgues duramente.

Ada tomó a la joven de la mano y la condujo a un columpio construido por su tío bajo la sombra de un árbol.

—¿Recuerdas hace años, cuando comencé a trabajar en la posada El rey Guillermo?

Cassie asintió, y Ada prosiguió con su relato.

—En aquella época papá pasaba por momentos económicos bastante graves, y los Bloom me ofrecieron aquel empleo. Yo entonces era una muchacha despreocupada de diecinueve años que nada sabía de la vida ni de los hombres. Un día, mientras limpiaba las mesas después de la comida, entró un forastero. Se dirigía a un pueblo a unas cuantas millas de aquí y se había perdido. Entró para preguntar dónde se encontraba y de paso para descansar y comer algo. Le señora Bloom había ido a hacer unos recados, así que yo misma le atendí. Me hizo muchas preguntas, y hablamos lo que me pareció bastante tiempo. Debí darme cuenta de que tenía cierto interés en mí, pero lo cierto es que me sentí halagada de ser el objeto de la atención de un hombre tan atractivo y distinguido. Se quitó el sombrero en cuanto me vio, y me tendió la mano. Fue tan educado... obviamente un caballero.

Noté un vacío inexplicable cuando se marchó, pero, para mi sorpresa, al día siguiente estaba allí de nuevo. Dijo que era médico, que tenía un paciente en el pueblo al que fue la tarde anterior y que regresaba a su ciudad. Y así empezó todo. Pasaban las semanas y venía a verme con frecuencia. Los señores Bloom lo veían con buenos ojos, y estaban contentos de que un hombre como él acudiera tan a menudo a la posada. Nos tenía encandilados a todos. Y sí, me enamoré perdidamente de él. Cosa que él aprovechó.

Cassie sintió un escalofrío.

—Durante una de sus visitas dimos un paseo. La señora Bloom me había dado la tarde libre, y salimos a caminar por los alrededores. Me hablaba apasionadamente sobre su profesión, de cómo había salvado montones de vidas, y lo feliz que le hacía saber que podía curar a la gente. Yo lo veía como un héroe de los cuentos que la tía Martha nos contaba de pequeñas, escuchando embelesada sus relatos. Entonces se volvió hacia mí y me dijo que partiría hacia Australia en un mes. Estaban construyendo un hospital en una de las islas que ahora no recuerdo el nombre y necesitaban personal sanitario.

»Una melancolía repentina se apoderó de mí y estuve a punto de echarme a llorar, cuando de pronto me abrazó y me dijo que quería que me fuera con él. Cassie, no tengo perdón de Dios por lo que hice. Pero le amaba. Le amaba sinceramente. Cometí la locura de entregarme a un hombre del que apenas sabía nada, aferrada a la promesa de que volvería a por mí y nos casaríamos en cuanto desembarcáramos en Sidney. Fui una tonta. Después de ese día no lo volví a ver. Pero si todo hubiera terminado ahí...

»Una mañana mi padre llegaba del pueblo. Yo estaba recogiendo zanahorias para preparar la comida y no le vi venir. Cuando escuché su voz llamándome, me di la vuelta y no me dio apenas tiempo a reaccionar. Me cruzó la cara con la palma abierta, tirándome al suelo. Gritaba toda clase de improperios, y yo, tendida sobre las plantas y con la mejilla herida, le preguntaba entre sollozos por qué me había pegado. Su única respuesta fue: “La próxima vez que se te ocurra retozar por ahí con cualquiera cuídate de que nadie te vea.”

»Estaba muerta de vergüenza. Una de las vecinas de Fawley que había sido testigo de mi deshonrosa actitud se lo había contado. No supe qué hacer. No podía decir nada en mi defensa. El tío Jonathan trató de poner paz entre nosotros, pero papá solo exclamaba con desprecio: “Sacad a esa desvergonzada de mi casa.” Estaba dispuesto a echarme. Y no le culpo. Ya no nos recibían en

ninguna parte, ni siquiera en la iglesia, a excepción del reverendo Jenkins, que me instaba a arrepentirme de mi conducta y buscar el perdón del Señor, recordándome que Él escucharía mis oraciones. Y vaya si me arrepentí. Amargamente. Pero eso a los demás les daba lo mismo. Mi virtud me había sido arrebatada y ningún hombre me querría como esposa. Y cuando lo di todo por perdido, apareció Hugh. Llevaba varios años enamorado de mí y nunca se atrevió a confesármelo. Me propuso matrimonio y me ofreció una vida respetable. Acepté sin pensármelo dos veces.

—Oh, Ada...

—Él ha sido mi salvación, Cassie. Me ha devuelto el respeto de todos y me dado un apellido, un hogar, y dos niños preciosos por los cuales moriría. ¿Qué más puedo pedir?

—Me alegra tanto que él interviniera. Si hubiera podido...

—Tú eras una niña. ¿Qué ayuda podías prestarme? Cuando recuerdo lo que sufrí al ser rebajada hasta el polvo me pregunto cómo logré sobrevivir. Y no quiero lo mismo para ti —declaró Ada acariciando los cabellos de su prima—. Mataría por verte feliz. El amor es un espejismo, ángel. Un espejismo para el nómada sediento que deambula por el desierto que, al divisar el paraíso, corre hacia él con las últimas fuerzas que le quedan, y cuando se inclina sobre el arroyo para saciar su urgente necesidad de agua, lo único que encuentra es un puñado de arena en el cuenco de sus manos.

Cassie notó cómo la congoja se adueñaba de ella. Tenía enfrente a una mujer frágil, con el corazón roto, incapaz de planear un futuro. Siempre le pareció tan fuerte y decidida, que no se percató de que escondía un terrible pasado en su seno, un pasado que la marcaría de por vida. Qué egoísta y necia había sido. No pudo hacer más que arrodillarse y fundirse con ella en un abrazo cargado de compasión, mientras la dejaba desahogarse entre murmullos y llorar su pena.

Frank Latimer descendió de su carruaje con indecisión. Se encontraba frente a la mansión de James Haygarth, del cual había recibido una cordial invitación a cenar unos días antes. Rodeada de unos jardines de belleza difícilmente superable, The Royal Oak le pareció magnífica. Le echó un rápido vistazo a la fachada y calculó que debía ser muy antigua, a pesar de tener escasos conocimientos de arquitectura.

Y allí estaba él. Un comerciante extranjero y recién salido de la pobreza, en el hogar de un caballero inglés de sangre noble. Ciertamente era que este no poseía ningún título, pero eso no importaba. Ser el sobrino del marqués de Rockingham le otorgaba privilegios a los que pocos hombres podían aspirar. Miró a su izquierda y vio acercarse a un lacayo ataviado con una espléndida librea azul. Un joven fornido, bien parecido y bastante alto, como era de esperarse de un sirviente que ejerciera ese puesto. El criado se inclinó ligeramente.

—Buenas tardes —dijo Frank con amabilidad.

—Buenas tardes, señor.

A continuación ambos hombres se dirigieron a la entrada, cuya puerta se abrió y apareció Phillips, que hizo señas al lacayo para que se retirara, orden que obedeció de inmediato, inclinándose de nuevo y desapareciendo rápidamente.

—Buenas tardes, señor Latimer. El señor Haygarth le espera en el salón principal. Acompañeme, por favor.

Frank miraba a su alrededor con disimulo. La decoración del interior de la vivienda había sido realizada con un gusto exquisito. Caminaba en silencio, admirado por tanta delicadeza. Se preguntaba

qué interés podía tener James Haygarth en relacionarse con él. Claro está que el hecho de que residiera ahora en Clevedon House tenía mucho que ver, pues no presentarse y dar la bienvenida a los nuevos vecinos de la región era un imperdonable acto de descortesía, y sabía que si existía algo en lo que los británicos jamás serían aventajados era en su estricto código de comportamiento.

Phillips llamó a la puerta y entró para anunciarle. Acto seguido pasó a la estancia, donde su anfitrión caminó hacia él y le tendió la mano, que él estrechó sin vacilar.

—Señor Latimer, bienvenido.

—Señor Haygarth, ha sido un placer para mí aceptar su amable invitación.

Un hombre elegantemente vestido se unió a ellos. Frank le observó con curiosidad, y dedujo que se trataría de algún pariente, ya que guardaba un notable parecido con James.

—Le presento a lord Julian Haygarth, hijo de mi tío, el marqués de Rockingham.

Los dos caballeros se miraron.

—Encantado.

—Igualmente —respondió Julian.

James le ofreció una copa mientras esperaban que el mayordomo les comunicara que podían dirigirse al comedor, y le invitó a tomar asiento en una cómoda butaca Luis XV tapizada en terciopelo granate.

—Posee una residencia espléndida, si me permite el atrevimiento —dijo Latimer, a lo que James contestó con una sonrisa.

—No puedo quejarme. Es un lugar agradable, lejos del bullicio de la ciudad, aunque en ocasiones se echa de menos un poco de ruido. ¿Qué tal ha sido su viaje a Londres?

—Positivo, diría yo.

—Dicen que la gran Nueva York no tiene nada que envidiar a nuestra capital —intervino Julian.

Latimer asintió.

—Sin embargo la mayoría de los que dicen eso nunca han estado en Inglaterra —bromeó.

—¿Cómo encuentra nuestra pequeña isla, señor Latimer? —preguntó James.

—Más agradable de lo que esperaba. En Virginia tenemos un clima distinto, mas no me ha sido difícil adaptarme.

—Los inviernos son duros, como comprobará usted mismo.

—Cosa que puede solucionarse con una buena chimenea y una considerable cantidad de leña —añadió Julian.

—Oh, sí. Ya me han advertido acerca de ello. Y también me han hablado de las fuertes nevadas que en algunas ocasiones azotan el país.

—Desde luego han hecho bien en ponerle en sobre aviso. Aquí en Hampshire tenemos nevadas intensas, y a veces nos vemos obligados a permanecer encerrados en nuestros hogares durante varios días.

Julian pensó en los Doyle. ¿Cómo harían para protegerse de semejante temporal en una casa donde apenas disponían de un brasero de latón y una diminuta chimenea en el frío saloncito de paredes de madera?

Llamaron a la puerta. Los tres hombres se pusieron en pie y Phillips les anunció que la cena iba a ser servida en unos minutos.

Pasaron al comedor. Les aguardaba una deliciosa cena a base de sopa y pescado asado con verduras, acompañados de un fino vino blanco de Burdeos. James se sentó a la cabecera de la

alargada mesa caoba, quedando como era costumbre de cara a la puerta principal y Latimer se acomodó a su derecha, mientras que Julian se sentó frente a él, a la izquierda del anfitrión. Una de las criadas pasó a servirles el primer plato.

—Tengo entendido que su intención es establecerse en Inglaterra por tiempo indefinido —inquirió Julian.

—Sí, o al menos esos son mis planes. Trabajo con la exportación de materia prima, principalmente algodón, y mi idea es expandir mi negocio en el viejo mundo.

—¿Siempre se ha dedicado al comercio?

—Oh, no, no. Comencé limpiando chimeneas a los ocho años, y a partir de ahí he sido limpiabotas, repartidor de periódicos, vendedor de muebles y marinero.

James enarcó una ceja y se aclaró la garganta. ¿Limpiabotas? Por el amor de Dios...

—Habrás adquirido una inapreciable experiencia en sus distintas profesiones, imagino —supuso Julian.

—Por supuesto. Fue una vida dura, pero provechosa.

—¿Tiene familia en América?

—No. Solo unos primos lejanos. Nada me ata ahora allí.

—Y le es más fácil establecerse en otro lugar —afirmó James.

—En efecto. Además, mi abuela materna era inglesa, por lo tanto podríamos decir que esta es mi segunda patria.

—Celebro que la nostalgia no sea un tropiezo para usted, señor Latimer. Es terrible tener que separarse de los seres queridos —declaró Julian.

Latimer sonrió.

—Pues no sabría qué contestar a eso, lord Haygarth. No sé qué es peor: perder a un ser amado o no tener a nadie a quien echar de menos.

—Tiene razón. A veces la carencia duele más que la pérdida.

James les observaba en silencio. A pesar de tener unos orígenes tan humildes, era justo reconocer que Frank Latimer era un hombre emprendedor, una cualidad que él admiraba, aunque eso no le bastara para que se le considerara un caballero. Y al parecer esa no era su única virtud. Una pena que no naciera en una buena cuna.

—Por cierto, he visto que hay una pequeña escuela en el pueblo —apuntó el invitado.

—Se abrió hace algunos años —dijo James—. Una tal señorita Malloy se encarga de las clases. Llegó a Fawley hará como una década. Vive con su hermana, según creo. Era institutriz de la hija de un terrateniente y fue despedida al marcharse la muchacha a un colegio para señoritas. Abandonó su puesto con excelentes referencias, pero decidió quedarse aquí e instruir a los niños pobres de nuestra comunidad.

—Seguirá en activo la escuela, espero —manifestó Julian.

—Sí. Les da a los chicos lecciones básicas de matemáticas, literatura, gramática, historia y geografía.

—¿Y después siguen estudiando? —preguntó Frank.

—No. La mayoría son hijos de campesinos. Comienzan a trabajar con sus padres a una temprana edad. Con saber leer les sobra, y no todos aprenden.

—Qué lástima. Sentenciados a no poder mejorar nunca su porvenir —se lamentó Latimer, pensando en su propio pasado.

—No crea que eso les hace infelices, señor Latimer. Nacieron para ser lo que son. No aspiran a aquello a lo cual no podrán acceder jamás. La insatisfacción por la vida que le toca a uno es un vil pecado.

—Pues me temo que tendré que acudir más a la iglesia.

Julian sonrió ante la sutil réplica del americano.

—No veo mal alguno en que un hombre desee cambiar su estrella —dijo, recibiendo de Latimer una mirada de aprobación—. Siempre y cuando sea honradamente, claro.

—Mi estimado primo, el alentar el ansia de poder de la clase proletaria puede causar un gran daño a nuestra sociedad —indicó James—. Recordemos la desgracia acarreada a nuestra vecina Francia hace poco más de cincuenta años.

—Si me permiten mi humilde opinión, ya que de diferencias sociales poco o nada sé, Francia cosechó lo que plantó durante siglos. Era de esperarse que un obrero se enojara cuando María Antonieta se gastaba el dinero de sus impuestos en zapatos, mientras él no tenía un mendrugo de pan para dar a sus hijos.

—Los franceses siempre han sido demasiado ostentosos —opinó Julian—. Los pobres están con nosotros desde que este mundo fue creado, y no lograremos que dejen de existir. Quizá si la aristocracia del país galo hubiera sabido negociar, la masacre a la nobleza podría haberse evitado. No es de sabios oponerse a un pueblo cuando este es más numeroso.

—Recemos para que la historia nos enseñe —concluyó James.

Tras terminar el segundo plato y saborear una deliciosa tarta de jengibre, los tres caballeros se retiraron a tomar café a otra salita, hablando animadamente sobre negocios y política, sus temas favoritos. Frank les escuchaba con atención para no perderse detalle de sus opiniones, quedando admirado por la comprensión que mostraba Julian hacia una rama social muy por debajo de la suya. Se preguntó qué le hacía defenderles tanto. Era obvio (y él lo sabía bien) que un hombre como Julian Haygarth jamás se sentiría identificado con los del «suelo raso» sin algún motivo de peso que le afectara directamente a él. Estuvo la mayor parte de la velada pensando en ello.

Apoyada sobre el torso de Julian, Cassie deshojaba una margarita silvestre, dejando caer los pétalos sobre su regazo. Sentados ambos junto al tronco del roble del arroyo, esta escuchaba los pausados latidos del corazón del joven, sonido que ejercía en ella un profundo efecto tranquilizador, y tarareaba una melodía en un tono apenas audible. Julian besó su cabello y preguntó:

—¿Qué cantas?

—Una canción que me enseñó mi madre. De damiselas secuestradas por piratas y barcos que surcan los mares. Tomó la melodía de una cajita de música que me regaló y le puso una letra de lo más graciosa.

—¿Dónde está esa cajita ahora?

—La perdí. Antes de su muerte. Preciosa. De plata. Era muy especial para mí. Siento cierta debilidad por esos objetos, y ese perteneció a tres generaciones en mi familia. Era lo único de valor que poseía.

—Quizá algún día la recuperes. Por cierto, ¿logra escapar?

—¿Quién?

—La damisela.

—No.

Él se movió, quedando frente a ella.

—¿No? ¿Cómo termina la historia entonces?

—El pirata pierde su barco por salvar la vida a su rehén, y ella siente lástima por el bandido y se queda con él.

—Y luego se enamoran, supongo.

—Sí, algo así.

—Un pirata carece de virtudes. No merece el amor de una dama.

Cassie sonrió.

—¿Cómo crees que debe ser un hombre para ser considerado digno del afecto de una dama?

Julian arqueó las cejas.

—Si te hiciera yo esa pregunta estoy seguro de que serías más apta para responder que un servidor.

—¿Por qué?

—Porque eres una mujer. Tú sabes lo que una mujer aprecia en un hombre.

—Un pirata puede tener buen corazón.

—¿Ah sí? ¿Conoces a alguno?

Ella soltó una carcajada.

—¡Claro que no! Pero puede ocurrir.

—Los porcentajes de que eso sea cierto son mínimos, paloma. Esos personajes son bárbaros que arrasan con todo lo que encuentran a su paso, y no tienen piedad ni de los más débiles.

—Cuando Ada y yo éramos niñas soñábamos con navegar en un barco pirata, ¿sabes? Entonces nos vendían como esclavas y éramos rescatadas por algún príncipe del lejano oriente.

Julian rio.

—Buen argumento para una novela. Pero olvidas un detalle. Yo nunca te dejaría subir a un barco pirata. Antes muerto.

La joven le acarició suavemente el rostro y le estampó un fugaz beso en los labios.

—Solamente tendríamos que cambiar el final. Mi príncipe serías tú entonces.

Él hizo una mueca.

—Estoy muy lejos de ser un príncipe de cuento de hadas.

—Yo no creo en los cuentos de hadas. Los sueños infantiles se esfumaron hace ya mucho tiempo. Me queda la cruda realidad que, dadas las circunstancias, no me parece tan horrible.

—Posees un carácter de lo más abnegado.

—Sería injusto quejarme de mi situación, ahora que papá se ha recuperado y todo vuelve a ser como antes. Bueno, no exactamente.

—¿Qué ha cambiado?

—Julian, no sabes cuánto bien nos has hecho desde que apareciste en nuestras vidas. Lo que hiciste por papá durante su enfermedad es algo que no olvidaré jamás.

—Lo hago por ti. Una manera de agradecerte la frescura que has traído a mi marchita existencia.

Ella le miró fijamente. Percibió tristeza en sus ojos.

—Me dijiste una vez que no te llevabas bien con tu padre. ¿Es esa la razón de tu melancolía?

—Una de ellas.

—Nunca me has hablado de tu familia.

—Él es la única que me queda, aparte de un primo y dos tías a las que apenas he tratado.

—¿No tienes hermanos?

—Tenía uno.

—¿Y dónde está?

Julian guardó silencio unos instantes.

—Murió hace dos años. Suelo pensar en él a menudo. Era mayor que yo. Se llamaba Brandon.

—Debió de ser un terrible golpe para ti.

—Lo fue, y también para mi padre. Un fatal accidente que nos destrozó a todos. Todavía me echa la culpa de lo que sucedió. Y puede que la tenga.

—¿Qué quieres decir?

—Yo estaba con él cuando todo ocurrió. Tanto mi padre como nosotros éramos aficionados a la caza, y aquella mañana Brandon y yo nos disponíamos a limpiar las armas. Cogí la suya sin saber que estaba cargada...

Cassie se llevó una mano a la boca, horrorizada.

—Oí un fuerte disparo y caí hacia atrás —prosiguió Julian—. Quedé tan aturdido que no me di cuenta de lo que había pasado. Hasta que lo vi en el suelo.

—¡Oh, Julian!

—Te juro que intenté salvarle, Cassie —dijo él con voz temblorosa—, pero se me fue en cuestión de minutos. Tenía toda una vida por delante, iba a casarse... y de pronto se acabó.

—¿Qué pasó con su prometida?

—Se fue. Al extranjero. No pudo soportarlo.

—Lo lamento mucho, Julian. Pero no pienses ni por un segundo que eres el causante de esa tragedia.

—Debí haberme dado cuenta. El arma no estaba puesta en su lugar. No le di importancia a ese detalle.

—Deja de atormentarte. No se puede encontrar un porqué a todo.

Cassie se acercó más a él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Dices que es imposible que un pirata tenga buen corazón. Pues yo digo que es imposible que un hombre bueno sea un asesino.

Julian enredó un mechón del cabello de la joven en su dedo índice y preguntó:

—¿Crees que soy bueno?

—¿Debería creer lo contrario?

—No contestes con otra pregunta, pillina. No es prudente confiar tanto en la gente.

Ella se acurrucó junto a él y murmuró:

—No confío en la gente. Confío en ti.

Esas palabras le atravesaron el alma. Sabía mejor que nadie que no era digno de aquel elogio.

Abrazado a ella, comenzó a pensar en los últimos acontecimientos. Era ya casi mediados de julio, Jonathan se había recuperado bastante y la granja Doyle volvía a su actividad normal. Y el tiempo transcurría. Demasiado rápido.

No podía quedarse para siempre. Ese no era su lugar. Septiembre llegaría y... todo terminaría.

En un acto reflejo la estrechó contra su pecho, haciendo que ella levantara la vista sorprendida. Besó la suave piel de su frente y permaneció callado. Muy pronto llegaría el momento de tomar una decisión.

Hugh Smith se quitó el sombrero y se sentó en el banco que él mismo había hecho e instalado en el porche de su casa. Desde allí podía observar mejor a Ada, que, sin percatarse de que él la miraba, barría la entrada, recogiendo las hojas secas que cayeron de los árboles del terreno por la ventisca del día anterior. Dios, cómo amaba a esa mujer. Y era suya. Por un desafortunado incidente que la sumió en la más profunda angustia, pero era suya.

Sintió una punzada de culpabilidad. Había aprovechado la situación y era consciente de ello. Una chica deshonrada, abandonada por un desalmado y repudiada por su padre. Desesperada por encontrar una solución factible. ¿Cómo no iba a aceptar su propuesta?

Recorrió con la mirada su hermoso rostro. Una belleza como aquella debería estar rodeada de lujos y vestida con las sedas más caras. Pero se había casado con un campesino, y nunca tendría nada de eso.

Se levantó y caminó hacia ella con paso decidido. Le rodeó la cintura por detrás con un brazo y besó la parte de atrás de su cuello, provocando que ella se volviera bruscamente.

—¡Hugh! Me has asustado.

—Perdona.

Ada permaneció callada, mirándole.

—¿Estás bien? Te noto rara últimamente. Desde el día en que visitamos a tu prima y Jonathan y yo te dejamos a solas con ella para que pudierais hablar.

—¿Rara? ¿En qué me notas rara?

—Estás más... arisca.

Ella levantó una ceja.

—Es como si algo te molestara. ¿Seguro que va todo bien?

—Hugh, no sé por qué me dices eso.

Smith cogió la escoba de paja y la dejó a un lado, tomándola de las manos.

—Cariño, si he hecho alguna cosa que te haya incomodado, solo tienes que decírmelo.

Ada sintió un nudo en la garganta. Su marido se acercó y la besó en los labios.

—Ada...

—Tenemos que entrar. No me gusta dejar a los niños solos. Ya sabes lo travieso que es Jonathan.

—He dejado a Evelyn durmiendo en la cuna, y él está entretenido con su tren de madera. Es solo un momento. Apenas tenemos tiempo para nosotros. Te echo de menos, Ada.

—Hablas como si no nos viéramos diariamente.

—No como me gustaría. A veces estás tan atareada, que...

—Llevamos una granja, Hugh.

—No es la vida que hubiera deseado para ti.

—Es la que pudiste ofrecerme, y jamás me he quejado. Al contrario, te estoy muy agradecida.

Él escudriñó los grandes ojos verdes de su mujer y dijo:

—No es necesario que me lo agradezcas. Es mi obligación. Y tratándose de ti y de nuestros hijos, un placer. Me partiría la espalda en dos si con eso consigo que me ames algún día.

Un intenso escalofrío recorrió la columna vertebral de la joven. Intentó articular alguna frase coherente, y musitó:

—Yo te quiero, Hugh. ¿Acaso no te lo he demostrado?

—Eres una excelente esposa, pero me duele que me rechaces continuamente. Hace varias semanas que no me permites visitar tu lecho.

—Estoy muy cansada.

—Te amo tanto...

Ada hizo ademán de alejarse, pero él se llevó la palma de su mano a los labios.

—Por favor, no sigas —susurró.

—Ada, ¿cómo puedo llegar hasta tu corazón?

Ella estaba a punto de ponerse a llorar. Llegar a su corazón... si no tenía corazón. Se lo entregó a otro hombre cinco años atrás, que se lo había devuelto hecho trizas.

—Te prometí que te amaría. Y lo cumpliré. Necesito tiempo —susurró ella en un hilo de voz.

—Todo el que quieras —respondió él, abrazándola.

La calidez de su pecho y la ternura de su caricia terminó por desarmarla, haciendo que derramara en silencio las lágrimas que había luchado por contener durante tanto tiempo. El líquido salado y transparente humedeció la camisa de Hugh, que la sostenía en sus brazos como si fuese una niña indefensa.

«Algún día, Hugh. Algún día te recompensaré por todo el daño que te estoy haciendo. Que Dios se apiade de mí.»

James se frotaba las sienes, procurando comprender la jugada que había llevado a Julian a hacerle jaque mate. Su contrincante le observaba divertido al otro lado de la mesita, satisfecho por su victoria aplastante.

—Eres un bribón. Seguro que has hecho trampa.

—Vamos, James, acepta la derrota con dignidad. Mi reina acaba de cargarse a tu monarca.

—Buah, las mujeres —bufó James exasperado—. Este juego no debería tener reina. Se supone que el ajedrez simula una batalla entre dos ejércitos, ¿no? ¿Qué narices hace una mujer en una guerra?

Julian rio.

—Son las mejores estrategias. ¿No ves que la reina es la que más diversidad de movimientos tiene en el tablero?

—Pues el que inventó esto debía de tener una debilidad por el sexo femenino bastante acentuada.

—Si no recuerdo mal fueron los árabes los que pusieron este juego de moda. Y ellos sí que tienen debilidad por las mujeres.

James hizo una mueca.

—Cientos de ellas para uno solo. Eso sí que es el paraíso.

—Qué bobadas dices. Una esposa bien escogida vale más que mil concubinas.

La imagen nítida de unos sedosos bucles rubios acudió a la mente de James, que apretó los dientes con fuerza. Aún sentía el calor del tacto de aquella diosa en las palmas de sus manos. Meneó la cabeza e inspiró hondo.

—Las esposas bien escogidas no existen, Julian. No para los de nuestra posición. Las damas que nos rodean miden nuestra fortuna y el tamaño de nuestras mansiones antes de dar el sí quiero. Las han adiestrado bien para eso.

—Eres un escéptico —dijo Julian recogiendo las fichas y cerrando el tablero—. Ahora entiendo por qué The Royal Oak sigue sin tener un ama a tus veintiocho años.

—En numerosas ocasiones me lo he planteado.

—¿Y no te has pasado por los grandes salones de baile durante la temporada?

—Claro que sí, mi querido primo. Pero ellas no se inclinarán por un rico sin título si pueden cazar a un duque. Cuando pienso en esa maldita frivolidad de nuestros círculos me alegro de estar alejado de ellos.

—¡No puedo creerlo! ¡James Haygarth aborreciendo la temporada londinense! No me lo esperaba de ti.

—¿Y qué esperabas entonces? Me gustan las mujeres, Julian, pero no soy imbécil. Si te dejas arrastrar acabarán contigo. Así que es mejor que seas tú el que las arrastre.

—Eso suena muy cruel.

—Quizá, pero evita que jueguen con uno.

—Es posible que encuentres en un futuro a una dama que te demuestre que ese concepto que tienes de ellas no siempre se cumple.

—Esperemos que venga a nuestro encuentro ese magnífico futuro, ¿qué te parece? Hablando de Londres, voy a encargarme algunas cosas que quiero de la capital. ¿Necesitas algo?

—Mmm... creo que sí.

—Haz una lista de lo que quieras traer de allí y dásela a Phillips.

Los dos hombres se pusieron en pie y se encaminaron a la salida del estudio.

—¿Saldrás ahora a montar? —preguntó James, acostumbrado ya a las misteriosas ausencias de su primo.

—Un rato. Me llevaré a *Hércules*, que necesita ejercicio el pobre.

Julian fue a su dormitorio y se cambió de ropa, saliendo como solía por la puerta del servicio, procurando que nadie le viera. Carter ensilló al caballo y le entregó las riendas. Unos minutos después se encontraba galopando por el extenso campo en dirección a la granja Doyle. Le haría una rápida visita a Jonathan, y más tarde se llevaría a Cassie a contemplar la puesta de sol desde el acantilado.

Tiró ligeramente de las riendas, haciendo que *Hércules* aminorara el paso. Se acercaba al humilde hogar de la mujer que ocupaba día y noche sus pensamientos. Divisó a lo lejos la casa. Todo estaba en quietud. Era posible que estuvieran en el pueblo. Se aventuró a acercarse a probar suerte, cuando se detuvo de pronto, sorprendido al ver a un hombre —cuyo rostro estaba a demasiada distancia como para reconocerlo— cruzar el portoncito de la propiedad de Jonathan. Iba vestido con traje de montar. Y Cassandra le acompañaba. Vio que esta agitaba la mano al alejarse el desconocido.

Julian entrecerró los ojos, molesto. ¿Quién diablos era? ¿Y qué quería?

—Buenas tardes, señorita Doyle.

Cassie oyó la voz grave de Frank Latimer a sus espaldas. Jonathan había ido al pueblo, y ella estaba en la parte trasera de la casa tendiendo la ropa. Se volvió hacia él despacio.

—Buenas tardes, señor Latimer. ¿Cómo está usted?

—Perfectamente, gracias. Espero que ustedes también.

—Mi padre estuvo enfermo, ya lo sabe.

—Sí. ¿Se ha recuperado del todo?

—Lo que su paciencia le ha permitido.

El caballero sonrió.

—Me tranquiliza sobremanera que el señor Doyle esté en manos de personas tan eficaces —dijo

Frank, notando que las mejillas de la chica se teñían de un ligero tono rosado.

Un incómodo silencio se cernió sobre ellos. Cassie portaba una sábana blanca, que volvió a colocar dentro de la cesta, secándose después las manos en su viejo y desgastado delantal. Vio que él la miraba con detenimiento y sintió vergüenza por su aspecto. El vestido azul de algodón descolorido y raído en los extremos, el delantal completamente mojado y el condenado cabello... malditas horquillas que no sujetaban nunca nada.

—¿Ha venido a verle? —preguntó ella rompiendo un poco la repentina tensión que había surgido entre ambos.

—Deseaba hacerle una rápida visita, si no es molestia.

—No lo es, en absoluto. Lo que ocurre es que... ha salido. ¿Quiere entrar a esperarle? No tardará mucho.

Frank se mordió el labio inferior. La tentación de aceptar el ofrecimiento de Cassandra Doyle se le hacía casi irresistible. Le apetecía ver de nuevo al viejo Doyle, contarle noticias de la capital y pasar una tarde agradable en compañía de padre e hija en vez de enfrentarse a la triste soledad que le aguardaba en Clevedon. Y claro, también podría hablar con ella... esa muchacha tan llena de vida que había captado su atención desde el día en que la conoció.

Sabía que no estaría bien. Un caballero jamás debía estar a solas con una señorita, por mucho que lo deseara. Podría peligrar gravemente la reputación de esta.

—No, gracias. Volveré en otro momento. Transmítale mis saludos, por favor. Que tenga un buen día —contestó él, inclinándose.

—Así lo haré —declaró Cassie, algo confusa por la reacción del visitante.

Acompañó a Latimer hasta el portoncito y se quedó observando al americano, que subió a su montura y se alejó agitando una mano en señal de despedida. Unos segundos después se disponía a entrar, cuando otro jinete se acercó al galope. Extendió su mano por encima de sus ojos como una visera improvisada para ver de quién se trataba. Una sonrisa abierta se dibujó en su pequeño rostro. Julian.

Un caballero. No podía estar equivocado, lo había visto. Porte distinguido. Saliendo del hogar de Cassandra y despidiéndose de ella de manera amistosa, aunque respetando las normas del decoro, desde luego. Apretó los dientes y tragó saliva. ¡Decoro! ¿Acaso era decoroso visitar a una muchacha soltera sin compañía en su propia casa? ¿No sabría ese hombre que ese comportamiento era total y absolutamente impropio? Él también había compartido momentos a solas con ella, pero no era lo mismo. Conocía sus propios límites, y no iba a sobrepasarlos.

Hizo lo posible por mantenerse sereno y no comentar nada al respecto mientras estuvieran juntos. Al fin y al cabo Cassie era libre para recibir a quien deseara, lo aprobara él o no.

«Eres un iluso si crees que has sido el único en fijarse en esta hermosura», pensó para sus adentros.

Pero no podía evitar sentirse indignado. Indignado ante la ingenuidad de ella y el descaro de... de ese. ¿Le habría dejado entrar? ¿Por cuánto tiempo?

Sacudió la cabeza inconscientemente, como si con ese gesto lograra liberarse de sus pensamientos. Cassie notó su inquietud y quiso hablar de ello, mas él se negó. Intentaba comprenderse primero a sí mismo. Comprender el porqué de tantos... celos.

¿Y quién era él para juzgar a nadie? Allí la tenía, en sus brazos, presenciando una espectacular puesta de sol. La había besado en repetidas ocasiones y dicho cosas que en otras circunstancias y en oídos de una dama respetable ya le hubieran obligado a adoptar un compromiso sin lugar a dudas. Sin embargo ella aceptaba esas atenciones sin pedir nada a cambio. Nada.

Durante su paseo de vuelta a la granja cabalgaron en silencio. Entró para saludar a Jonathan y después se excusó, dejando a Cassie mirándole con una expresión de confusión en el rostro. Un remolino de sentimientos encontrados se apoderaron de él. Cuánto daría por decirle la verdad y acabar con esa estupidez que le había llevado demasiado lejos, exponiendo a Cassie a un vil engaño y convirtiéndole a él en un embustero.

Pero aún debía aguantar un poco más y buscar el momento adecuado. Probablemente ella le perdonaría, como era natural en su carácter, mas no volvería a confiar en él. Y no estaba dispuesto a arriesgarse a perderla.

Pasó parte de la noche en vela. Un mes escaso y se vería obligado a volver a Londres. ¿Y qué le diría entonces? ¿Podría regresar? ¿Le esperaría ella?

Tendido boca arriba y prácticamente a oscuras en sus aposentos, con la única luz de una vela a punto de agotarse, miraba las sombras que bailoteaban en las paredes como si tuvieran vida propia. Llevaba cerca de dos meses usurpando la identidad de un criado de la mansión que le daba cobijo, solamente para poder cortejar a Cassandra Doyle libremente y sin miedo a asustarla.

Cortejarla... no se le había ocurrido llamarlo así. Ciertamente era que al principio solo sintió curiosidad por aquella muchacha que caminaba canturreando alegremente con una cesta de manzanas por la campiña el día que llegó a Hampshire. Se propuso encontrarla y lo consiguió. ¿O fue ella la que le encontró a él?

—No puedo dejarte aquí —sonrió al oír su propia voz pronunciar esas palabras—. Si me fuera sin ti tendría que dejar mi corazón atrás. ¿Y cómo sobreviviría entonces?

Estaba enamorado de ella. ¿Para qué negarlo? Tarde o temprano tendría que enfrentarse a la

realidad. Se pasó una mano por su rubia cabellera y mantuvo sus ojos fijos en el techo. Craig Haygarth soltaría espumarajos por la boca si llevara a Haygarth Park a una aldeana sin apenas estudios ni pedigree. ¡Y encima sin un penique! Un sacrilegio para la larga lista de sus nobles antepasados, cuyos retratos poblaban la inmensa galería del hogar del marqués.

Una mujer como Cassandra según su padre servía simplemente para entretener a un hombre. Dado que las damas de alta alcurnia les proveían de herederos de sangre azul, la diversión se la proporcionaban las féminas de clase baja. Y en muchos casos no había ni que pagar por sus servicios, ya que agradecidas debían estar por ocupar la cama de un aristócrata y dormir entre sábanas de seda aunque fuera por una única noche.

No le importaría que mantuviera a una amante. Él también lo hacía. Desde la muerte de su madre (e incluso antes), un buen número de señoritas pagaban sus cuentas, vestidos, vacaciones y joyas con el dinero del marqués de Rockingham. Varias veces se preguntó por qué su padre no se volvió a casar, pero la respuesta era obvia. El matrimonio con la marquesa le dio dos hijos varones. Herederos que perpetuarían el apellido. Si la misión estaba cumplida, ahora disfrutaría de lo que le quedaba de vida. Cuestión de lógica.

Julian se movió en su lecho e hizo un ovillo con la almohada, apoyando su cabeza en ella. Se rio de sí mismo al contemplar su situación. Recordó el día que se enteró del compromiso de Brandon, y bromeó sobre su embobamiento con lady Blanche.

—Tú mófate de mí; ya te llegará el turno —decía su hermano irritado—. Te morderás la lengua.

—Yo no me casaré al menos hasta los treinta —replicaba él—. Y teniendo en cuenta que no soy el heredero, lord Rockingham apenas se fijará en mi prometida. La elegiré plebeya y francesa.

Brandon agrandó sus ojos grisáceos.

—¿Francesa? ¿Estás loco? ¡Padre odia a los franceses!

—Por eso.

—Siempre provocándole, Julian. Un día le darás un disgusto que le llevará a la tumba.

—Padre tiene siete vidas, como los gatos. Por una que gaste no pasará nada. Si algún día me enamoro de alguna mujer, me importará un comino lo que opine al respecto.

—Si estuvieras en mi lugar no pensarías así. En ti recaería la responsabilidad de dar un heredero al marquesado. Un hombre en esa posición no puede elegir. La obligación es lo primero.

—¿Me estás diciendo que tu boda con lady Blanche es un asunto arreglado, nada más?

—No. Yo he tenido suerte al amar a una dama que está a mi alcance. Procura hacer tú lo mismo. Y no hagas tonterías. Recuerdo que Mark me contó una vez una historia que no sé hasta qué punto puede ser real. El duque de Cumberland, enfermo al borde de la muerte, llamó a su primogénito a sus aposentos para rogarle que se casara y cumpliera con sus obligaciones a ser posible antes de que Su Excelencia partiera con el Creador. ¡Y resulta que el futuro duque ya estaba casado! Un auténtico escándalo. Celebró una boda secreta en un pueblo al norte de Inglaterra con la hermosa hija de un baronet sin fortuna...

Y con estas últimas palabras se quedó profundamente dormido.

Unas manos blancas y suaves tomaban las suyas y juntos bailaban al son de la melodía de una caja de música. Sentía el calor de su cuerpo, aunque no lograba verle con claridad. Notaba la brisa del aire veraniego en la cara, acariciando sus delicadas facciones y haciéndola estremecer. Una gran

sonrisa se dibujaba en el rostro del dueño de aquellas manos. Julian Carter se aproximaba con lentitud, hasta quedar tan próximo a ella que era capaz de sentir el olor de su piel. De pronto un grito ahogado. Todo se oscureció, y una fuerza sobrenatural los separó de forma violenta, arrebatando a Julian de su lado.

Lloraba. Amargamente. Sus lágrimas se convertían en gotas de sangre al caer al suelo, formando un gran charco rojo a su alrededor. La sangre derramada proyectaba una imagen. Un hombre. Se agachó con cuidado y trató de reconocerlo. ¡Latimer!

Cassie se incorporó en su cama envuelta en sudor. Le faltaba el aire. Miró hacia la ventana y vio que había amanecido. Se levantó, corrió las cortinas y se quitó el húmedo camisón.

Aún algo aturdida por el horrible sueño que le despertó sobresaltada, cepilló su largo cabello castaño, se puso su vestido blanco, y tras asearse y mirarse en el espejo ovalado de su madre comprobando que su aspecto era presentable, bajó al piso inferior.

Ya en la escalera percibía el aroma a tortitas y a café recién hecho. Ada habría cogido su delantal y se habría metido en la cocina a preparar el desayuno. Había olvidado que aquel sábado pasarían el día juntos, en familia.

—Buenos días, señorita —saludó Ada mostrando excelente humor.

—Hola. He dormido más de la cuenta, ¿verdad?

—No. Hemos venido temprano porque Hugh quiere revisar las hortalizas y ayudaros a bañar a los cerdos.

—¿Dónde están papá y él?

—Fuera, con Johnny y Evelyn.

Cassie se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y caminó hacia la puerta ligeramente entornada. Oía los gritos de júbilo del pequeño Johnny, que con certeza tramaba alguna trastada. Desde dentro observaba a su anciano padre sostener en brazos a Evelyn, riendo y meciéndola mientras canturreaba una canción infantil a la cual la niña prestaba gran atención y hacía ademán de aplaudir.

—¡Cassandra! —exclamó Hugh al verla parada ante la entrada—. ¡Buenos días! No te habremos despertado, ¿no?

Johnny corrió hacia ella con las extremidades extendidas.

—¡Mira, mira, tía Cassie, soy un pájaro!

La joven rio.

—¡Sí, te veo, corazón mío! ¡Vuelas muy alto! —respondió bajando los escalones y poniéndose de cuclillas para recibir su abrazo.

Entretanto Ada salía afuera, secándose las manos en el delantal.

—¿Qué es ese alboroto? —preguntó con una ceja levantada—. Johnny, hijo, ya te he dicho que...

—Déjale, Ada —le reprendió Jonathan—. A la criatura le gusta corretear. Y como hoy va a ver a *Theodore*, está contento. ¿A que sí?

Johnny empezó a brincar entusiasmado.

—¡Mami, mami, quiero ver a *Theodore*!

—Ahora no.

El niño se detuvo y la miró enfadado. Cassie tiró de sus tirantes y le susurró:

—Te prometo que te llevaré a verlo. Pero antes tienes que desayunar, ¿de acuerdo?

Los cinco entraron y se sentaron alrededor de la mesa para disfrutar de café caliente acompañado

de tortitas con miel, huevos y bacon. Evelyn jugaba con una cucharilla en el regazo de su padre, con los ojos abiertos de par en par contemplando la comida.

—¡Da! —exclamó señalando el plato de bacon.

—No, cariño, esto no —dijo Hugh, plantándole un beso en su redonda y tierna cabecita—. Cuando te crezcan los dientes mataré a un cochino y lo cocinaré solo para ti. Por ahora tendrás que conformarte con las papillas de mamá.

—¡Hugh! —le amonestó su esposa—. De tanto consentirla se convertirá en una caprichosa.

Jonathan le guiñó un ojo al marido de su sobrina.

—¿Y sabes tú lo que te costará una hija caprichosa? —inquirió divertido.

—Si nos sale hermosa de mayor quizá le encontremos un caballero rico —bromeó Hugh mordisqueando una tortita—. Alguien que satisfaga todos sus deseos. Yo andaré vigilándole con la escopeta por si nos sale rana.

Todos rieron y Evelyn juntó las manitas, soltando una carcajada. Cassie la contemplaba absorta con una amplia sonrisa.

—Está cada día más bonita, Ada —declaró.

La madre de la niña no pudo ocultar su satisfacción.

—Se parece bastante a Hugh —dijo mirando a su marido, recibiendo un guiño de su parte.

—Será por el pelo rubio, porque en lo demás es clavadita a ti, a Dios gracias —respondió él, dejando escapar un leve suspiro de alivio.

—Es verdad. Porque esa nariz aguileña en una jovencita... —intervino Jonathan en tono de burla, provocando que Smith le diera una palmada en el hombro.

—El viejo Doyle no pierde su picardía con los años.

—Todo se desgasta en este cuerpo marchito. Lo único que me queda es mi sentido del humor.

—Y tu tozudez —le completó Cassie, aclarándose la voz con un suave carraspeo.

Hugh se mordió el labio para no reírse al ver la cara del anciano.

—Que sepas, muchacha —comenzó a decir el granjero— que has heredado gran parte de mi carácter. Somos dos mulas tercas sin remedio.

—No te habrías curado de no ser por nuestra insistencia en que guardaras reposo.

—¡Oh, sí! Eso he de admitirlo —contestó con vehemencia—. Tú, estas dos gallinas cluecas, Clayton y el joven Carter, que, por cierto ¿dónde está?

Ada se puso en guardia.

—Estará por llegar.

Ada se levantó de la mesa, cogiendo la tetera.

—Voy a calentar más agua. Cassie, ¿vienes a ayudarme a preparar el té, por favor?

Su prima se puso en pie rápidamente, acompañándole sin decir palabra a la cocina.

—¿Por qué le has invitado? —le espetó en cuanto estuvieron a solas.

—No he sido yo, sino papá. Hoy voy a preparar un estofado, e insistió en que Julian se quedara a comer con nosotros.

—No me gusta que frecuente esta casa. ¿Sabe acaso el tío Jonathan la clase de relación que hay entre vosotros?

—Aún no. Y te ruego que no intervengas, Ada.

—Si tuviera buenas intenciones, ya habría dicho algo.

—¿Por qué no te relajas y disfrutas del día de hoy?

—¿Disfrutar viendo cómo se sienta en nuestra mesa y seduce a un miembro de mi familia?

—No es ningún energúmeno, prima. No te pido mucho, solo que le des una oportunidad y seas amable con él. Nunca habéis estado juntos más de dos minutos. Quizá le cojas cariño cuando le conozcas y veas cómo es realmente.

Ada frunció el ceño, pensativa. Cassie le dio un beso en la mejilla y le miró suplicante. Le costaba demasiado decir un «está bien», y prefirió callar. Llamaron a la puerta.

—Ya abro yo —se oyó decir a Hugh.

Smith caminó hacia la entrada, giró el pomo de la puerta, y abrió. Frente a él había un joven rubio, apuesto y alto, portando un ramito de rosas rojas y una bandeja cubierta con un paño bordado.

Hugh le miró con curiosidad. Él respondió al escrutinio con un cortés «buenos días».

—Buenos días —respondió Smith tendiéndole la mano—. Pase, pase.

Julian entró en la estancia, encontrándose a Jonathan con un bebé en brazos.

—El señor Carter, supongo —escuchó la voz de Hugh tras él.

Haygarth se volvió, quedando frente a su interlocutor.

—Así es. Encantado.

—Hugh Smith para servirle.

Las dos mujeres acudieron a la sala. Haygarth esbozó una sonrisa al ver a Cassie y clavó sus ojos azules en Ada, que le miraba con una ceja arqueada. Se acercó, quitándose la gorra.

—Señoras...

—Hola Julian. Ya conoces a Ada.

Su prima saludó al recién llegado inclinando la cabeza.

—Un placer volver a verla, señora Smith.

—Ponte cómodo y siéntate con nosotros, joven —le invitó Jonathan.

—Señor Doyle, gracias por haberme convidado a pasar el día con ustedes. ¿Cómo amaneció hoy?

—Nada pachucho —respondió el anciano—. Me siento como las rosas que llevas en la mano.

Todos dirigieron la vista hacia el improvisado ramito. Cassie se ruborizó. ¡Las había traído!

—Oh, sí —se disculpó Julian—. Lo olvidaba.

Le entregó las flores a Cassie, que se apresuró a ponerlas en agua y depositó la bandeja sobre la mesa.

Haygarth tomó asiento junto al viejo Doyle. Evelyn le observaba con los ojitos agrandados, mostrando un interés creciente. Julian le sonrió y le tocó la nariz. La niña agarró su dedo índice y empezó a balbucear palabras ininteligibles.

—¡Vaya! Le has caído bien —dijo Jonathan complacido—. ¿Quieres cogerla?

El joven intercambió una mirada con Ada, que guardaba silencio ante el ofrecimiento de su tío. Ella no se mostraba tan hostil, así que decidió aceptar.

En cuanto la hubo cogido en brazos, la chiquilla le puso una manita en la cara y le apretó la barbilla.

—¡Evelyn! No hagas eso —le regañó Ada, avergonzada.

—No se preocupe, señora Smith —le tranquilizó Julian—. No me molesta. Su hija es encantadora.

Un niño les observaba callado desde el otro lado de la mesa, con el cuello erguido como una tortuga. Julian se dirigió a él.

—Tú debes de ser Johnny.

El pequeño se levantó y caminó hacia él, tendiéndole la mano.

—Jonathan Smith, para servirle.

Los presentes estallaron en carcajadas. Julian respondió al saludo y Hugh descansó ambas manos sobre los hombros de su hijo, henchido de orgullo por ser un ejemplo para su hombrecito.

—¿Cómo sabe mi nombre, señor? —preguntó Johnny sin rodeos.

—Me hablan a menudo de ti.

—¿Y qué le cuentan?

—Que eres un buen chico. Y que fuiste tú quien le puso el nombre a *Theodore*.

Los ojos del niño centellearon.

—Y también escogí el nombre de mi hámster.

—*Jefferson*.

—¡Sí! La señorita Malloy dijo que Jefferson fue una persona muy importante.

—Así es. Hace años gobernó los Estados Unidos.

—Un país que está muy lejos de aquí, cariño —terció Hugh.

—¿Qué les parece si nos sentamos y nos tomamos este té antes de que se enfríe? —intervino Cassandra, dejando la tetera sobre la mesa y destapando la bandeja que había traído Julian.

—¡Muffins de arándanos! —estalló Johnny entusiasmado al ver aquellos bollos tan apetitosos.

Cassie se volvió hacia Julian musitando un «gracias», y preguntó:

—¿Café?

Haygarth asintió.

—Papi, ¿puedo sentarme al lado del señor Carter? —rogó Johnny, tirando del pantalón de Hugh.

Su padre asintió, y el niño se hizo un hueco entre Jonathan y el invitado.

Julian se percató de que cada uno de sus movimientos eran observados y analizados por Ada, y durante unos segundos la miró fijamente tratando de adivinar sus pensamientos. Sabía que no aprobaba su relación con su prima. Por lo poco que le habían contado de ella, era una mujer sumamente desconfiada y protectora con su familia.

Su escrutinio le hizo casi enrojecer. Obviamente tendría un motivo para ser arisca con él. ¿Cuáles creía que eran sus intenciones? ¿O acaso...?

No, eso era imposible. No podía estar al tanto de la farsa, o ya se lo habría dicho a Cassandra. Claro que existía la posibilidad de que conociera a alguien de la servidumbre de The Royal Oak...

—¿Julian? —la voz de Cassie le sacó de sus cavilaciones.

—Discúlpame —se excusó.

Varios pares de ojos ahora estaban fijos en él.

—Me preguntaba... cómo estarán las cosas por la mansión.

—Ni pensar en el trabajo hoy, joven —dijo Jonathan guiñándole un ojo—. Es sábado, y tú tienes el día libre, así que tu amo tendrá que arreglárselas.

—Si estuvieras a las órdenes de algún patrón seguro que serías un rebelde —bromeó Hugh.

—¿Por qué crees que tengo mi propia granja? Me desagrada que me anden persiguiendo como si fuera tonto y no supiera cumplir con mis obligaciones.

—A ti hay que perseguirte para que sueltes la pala de vez en cuando —intervino Cassie.

—Ya te dije, viejo testarudo, que cuando necesites más ayuda me mandes llamar —terció Hugh—. Por cierto, hoy les toca un baño refrescante a tus cerdos.

—Esos condenados bichos desagradecidos... les lavas la pocilga y en cuanto te das la vuelta están otra vez llenos de barro.

—Sin embargo les encanta estar limpios —comentó Cassie—. Es solo que no les dura.

—¿Vamos a bañar a *Theodore*? —preguntó Johnny entusiasmado.

—Sí, cariño. Y yo te voy a ayudar.

—¿Vendrá también usted, señor Carter? —ahora el niño miraba a Julian, esperando una respuesta satisfactoria.

Haygarth levantó las cejas. ¿Bañar a un gorrino? Por todos los santos...

—Será divertido —le animó Cassie—. Sé que estás acostumbrado a los caballos, que son mucho más agradables que un cochino manchado de fango...

—Por si te entran arcadas te dejamos la puerta abierta para que salgas corriendo —dijo Jonathan con un brillo pícaro en los ojos, arrancándoles una carcajada a los presentes.

—Y le dejaré jugar con él —prometió Johnny, suplicante.

—Mmm... de acuerdo —accedió Julian a regañadientes.

—Qué rápido aprende esta criatura a negociar —advirtió Jonathan.

—Teniendo en cuenta que heredará la granja es una buena señal —apuntó Hugh mirando a su mujer.

Al concluir el desayuno, las mujeres retiraron lo que había sobrado y se lo llevaron a la cocina seguidas por Johnny, que intentaba apoderarse de un muffin para llevárselo al lechón.

—Y dígame, señor Carter, ¿hace mucho que reside aquí en Hampshire? —preguntó Hugh.

—No. Poco más de dos meses.

—¿Qué le ha parecido nuestro pueblo?

—Encantador. Prácticamente todo el mundo se conoce.

—Es normal en un lugar tan minúsculo como Fawley —aclaró el señor Doyle—. Nos conocemos todos, sí. Lo malo es que los chismes de los demás se acaban sabiendo. Es inevitable. No tenemos periódico local, así que la señora Lewis y sus amigas se encargan de hacernos llegar las últimas novedades.

Hugh arrugó la nariz y soltó una risita.

—Como te oiga esa señora...

—Estaré en su lista tarde o temprano, ¿qué más me da en qué puesto se le ocurra colocarme cuando decida ponerme verde?

—Aparte de eso, no somos mala gente —explicó Hugh.

—Jamás he pensado cosa semejante —afirmó Julian mirando de reojo hacia la puerta de la cocina—. He quedado gratamente sorprendido al ver la familiaridad con que se tratan y el cariño que se tienen. De donde yo vengo las cosas son diferentes.

Se hizo un corto silencio.

—Las personas somos eso, hijo. Personas —dijo el anciano—. Con sus luchas internas y sus problemas. Los amigos y la familia están para apoyarse unos a otros, ¿verdad, Hugh?

—En efecto. Yo soy un hombre con una suerte como pocos. Mis manos están encallecidas por el trabajo, pero cuando llego a casa cansado me espera mi querida esposa.

Ada regresó para retirar el mantel, roja como un tomate. Hugh la miró completamente embelesado.

—La dama más hermosa de toda la Tierra —añadió.

Julian sonrió. Pensaba exactamente lo mismo de la hija de su anfitrión.

—¿A tantas mujeres has visto para poder compararme con ellas? —preguntó la aludida, pellizcando la mejilla de su esposo.

—Ni falta que me hace. ¿Crees que esas remilgadas que se pasan todo el día montando a caballo, yendo a clases de piano y aprendiendo francés te llegan a los cordones de los zapatos?

—Ay el amor, que nos vuelve sensibleros —manifestó Jonathan, emocionado—. A ver cuándo me da mi Cassie una alegría y sigue el ejemplo de Ada. Este cuerpo tan gastado quiere nietos antes de que...

Se oyó un estruendo monumental en la cocina. Cassie se asomó al umbral con el rostro arrebolado.

—Lo siento... se me han caído los platos.

—Te ayudo a recogerlos —se ofreció Ada, dejando a los hombres solos de nuevo.

—Bien, basta de cháchara. Vamos a enjabonar a esos marranos —dijo Hugh, levantándose.

Julian y Jonathan le imitaron y fueron hacia las pocilgas. Johnny pasó como un rayo delante de ellos, gritando:

—¡Vamos a bañarlos, vamos a bañarlos!

Cassie les siguió, y Ada se quedó en el interior de la vivienda con Evelyn, que comenzaba a lloriquear y a frotarse los ojitos por el sueño.

—¡Johnny! —le llamó Cassandra, temerosa de que se metiera en la zona de los cerdos adultos—. Ven aquí.

El niño obedeció de inmediato.

—¿Puedo entrar con ellos?

—No, cielo. Es peligroso. Son animales muy grandes. Cuando le toque a *Theodore* les echaremos una mano.

—Pero es que yo quiero ver cómo lavan a su mamá...

—Lo verás desde donde estamos. Si te acercas más te van a calar enterito.

—¿Y voy a oler como ellos?

—Exacto. Quédate conmigo —le ordenó ella, abrazándole.

Él le devolvió el abrazo y le besó en la frente.

—Tía Cassie.

—Dime.

—¿Te vas a casar con el señor Carter?

La joven sintió que se le helaba la sangre. No lograba articular las palabras.

—Mi sol... ¿quién... te ha dicho eso?

El chiquillo se encogió de hombros y le dio la espalda para contemplar a los animales. Cassie iba a hablar, cuando notó un ligero movimiento detrás de ella. Se volvió y vio allí a Julian.

«¡Oh, Dios! Por favor, que no nos haya oído», pensó.

Pero su mirada le daba a entender que la oración que acababa de elevar al cielo había llegado tarde.

—Yo... —balbuceó, esforzándose para que no se notara que le fallaban los tobillos— voy a por los baldes.

—Voy contigo.

Cassie caminó delante de él avergonzada. ¿Cómo se le ocurrió a Johnny soltar eso en un momento tan inoportuno? Estaba a punto de hundir la cabeza en uno de esos grandes cubos.

—¿Estos son? —preguntó Julian.

—Sí.

Se inclinó para coger uno al mismo tiempo que Haygarth. Julian sostenía una sonrisa burlona, y la

muchacha deseó adivinar qué se le pasaba por la mente en esos momentos. Él hundió una mano en el agua. Cassie frunció el ceño, y susurró:

—Ni se te ocurra.

—¿Qué cree que voy a hacer, señorita Doyle?

—Julian... ¡no!

El agua salpicó en su vestido y mojó sus cabellos.

—Ah, quieres guerra, ¿eh? Pues que sepas que peleando no hay quien me gane —dijo ella llenando un cuenco y tirándole su contenido—. ¡Ahora verás!

Ambos se enzarzaron en una batalla vaciando los baldes el uno sobre el otro y persiguiéndose por el patio, mientras los demás les observaban estupefactos. Ada salió al porche y se llevó una mano a la boca al ver el aspecto de Cassandra, empapada hasta los huesos. Jonathan reía a carcajadas y Johnny aplaudía entusiasmado. Cassie corría alrededor de los gansos, que graznaban y caminaban de un lado a otro con las alas extendidas, molestos por el bullicio.

—¡Oh! —exclamó al resbalar en el pavimento húmedo.

Julian la sujetó antes que tocara el suelo y la sostuvo unos instantes, riendo por la escena que acababan de montar.

—¡La que habéis armado! —Jonathan no podía parar de reírse.

Hugh subió los escalones de la entrada y se detuvo junto a su esposa.

—Qué chico tan simpático —musitó—. Parece un juego entretenido. ¿Nos apuntamos?

—De eso ni hablar.

—Vamos, cariño... —rogó él, abrazándola y acariciando su espalda—. Sería interesante verte con un vestido encharcado que resaltara tu silueta.

Ada se envaró.

—Hugh Smith, haga el favor de comportarse y controlar el tono de su conversación —refunfuñó volviendo a entrar en la casa, consciente de que Hugh la seguía con la mirada.

James levantó su copa de jerez y bebió un sorbo. Caminaba absorto por su despacho, pensando en la misiva que había llegado desde Londres sin remitente. Se detuvo frente a su mesa y cogió la carta, releyéndola un par de veces. Un mensaje corto plasmado sobre papel caro con letra firme y clara. Frunció el ceño y soltó un bufido, rompiendo la carta en minúsculos pedazos y arrojándola en la papelera. ¿Cómo se atrevía ese cretino a escribirle de nuevo si sus negocios habían llegado ya a su fin? ¿Qué pretendía ahora? ¿Exigir un aumento?

Llamaron a la puerta, a lo que James respondió con una exclamación de hastío.

—¡Phillips, he ordenado que no se me moleste!

—Soy yo, James —contestó Julian al otro lado—. ¿Puedo pasar?

—Ah, Haygarth. Entra.

La puerta se abrió despacio. Julian entró en la estancia y la cerró, apoyando la espalda contra la misma.

—¿Hay algún problema? —preguntó al ver el rostro demacrado de su primo.

—Nada grave.

—¿Malas noticias de Londres?

—No, solo negocios. He de ocuparme de un par de cosas que ya creía solucionadas.

—¿Necesitas ayuda?

James palideció levemente.

—Oh, no, gracias —dijo con rapidez—. Bastante tienes tú con lo tuyo. Hay otra carta para ti.

—¿De mi padre?

—Sí. Ahí la tienes. —James señaló un sobre amarillento que descansaba sobre la bandeja donde Phillips momentos antes le había traído la correspondencia.

Julian se acercó y tomó el sobre con manos temblorosas, temiendo su contenido. Los calurosos días de agosto poco a poco quedaban atrás, y él sabía que el marqués no perdía el tiempo escribiendo si no era para comunicar algo importante. Se sentó en uno de los cómodos sillones del despacho y la leyó con avidez. Levantó la vista con aire preocupado.

—Esa sí que trae malas noticias, ¿verdad? —inquirió James.

—No lo entiendo... quiere que adelante mi regreso una semana —susurró tragando saliva.

—¿Qué? ¿Y por qué se le ha antojado que vuelvas antes?

—Se ha cansado de la capital y volverá a finales de este mes a Haygarth Park. Hay un asunto que debe tratar con el administrador de nuestras tierras y desea que yo me encargue.

James se sentó junto a él.

—¿Qué harás?

—No tengo otra opción que la de obedecer.

—En otro tiempo habrías dicho lo contrario. Siempre fuiste el hijo rebelde.

—No me puedo permitir el lujo de oponerme a su voluntad.

—¿Temes que te desherede?

—Si se me ocurre contradecirle hará eso con toda seguridad. Sin embargo lo que en realidad intento evitar es que me odie aún más. Soy el único hijo que le queda.

—No te veo con muchas ganas de marcharte. Pensé que te alegrarías de irte.

—Quizá al principio. Pero...

Julian le miró con pesar.

—He conocido una forma distinta de vivir la vida, James.

—¿Distinta? ¿En qué?

—En todo. Tanto que he comenzado a aborrecer la mía propia.

James sonrió pensativo.

—Pues ya puedes empezar a apreciarla otra vez, porque en seis días te tocará volver a ella. Una lástima que dejes The Royal Oak. Te echaré de menos.

—Espero verte de vez en cuando por Haygarth Park.

—Desde la muerte de Brandon no me atrevo a pisarlo. No poseo tu valor como para enfrentarme a la ira contenida de lord Rockingham. Tú sigue disfrutando de tu retiro y recorre por última vez estos parajes a lomos de *Tristán*, que te agradecerá que te despidas de él. Y si hay alguna mujer en todo este meollo, no olvides mencionar que abandonas estas tierras alejadas de la civilización.

—¿Qué te hace creer que hay una mujer?

—Tus continuas ausencias son más que sospechosas. Tranquilo, de mi boca no saldrá una palabra. Aunque, si se trata de una aldeana, no te costará quitártela de encima.

—Qué cínico eres. Sea o no una campesina, librarse de una mujer nunca es fácil.

—No, si deseas quedarte con ella.

Julian bajó la mirada.

—Creo que voy a hacerte caso, primo, y voy a cabalgar un rato.

—Ve con cuidado, que se avecina una tormenta.

James caminó hacia la ventana y corrió las cortinas.

—Una de las buenas. Para despedir el verano supongo.

Julian se le unió.

—Vaya... —musitó—. El cielo está completamente ennegrecido. Puedo olerla.

—¿Oler el qué?

—La lluvia.

—El agua no huele.

—Por supuesto que sí.

—¿Es una de las cosas que has aprendido con tu muñequita?

—Vivir rodeado de naturaleza debería haberte convertido en un hombre sensible a sus signos.

—¿Y qué será lo siguiente? ¿Hacer señales de humo en vez de usar el correo?

Julian rio.

—No es mala idea.

—Haygarth, por el amor de Dios...

Fuera comenzó a chispear. Las pequeñas gotas chocaban contra el cristal a un ritmo pausado.

—Voy a salir antes de que apriete —dijo Julian.

—¿No prefieres esperar a que pase? Por como están esas nubes, diría que este aguacero no se detendrá al menos hasta mañana.

—No tardaré. Me vendrá bien refrescarme.

—Claro, claro. Y con certeza tu mujercita sabrá darte cobijo. Vete, anda, que lo estás deseando.

Julian corrió a sus aposentos a cambiarse. Iba a la granja Doyle, era incapaz de esperar. El momento había llegado, y necesitaba contarle la verdad. Buscaría una solución factible para ambos. Llevaba semanas pensándolo, y su plan no era tan descabellado.

Se dirigió al galope al hogar de Cassandra, notando que la lluvia se hacía cada vez más fuerte. Los senderos embarrados pronto estarían intransitables, así que optó por ir campo a través.

Al divisar la granja, soltó un suspiro. El agua caía por los extremos de su sombrero encharcado.

—Nuestras vidas cambiarán para siempre a partir de ahora, paloma —musitó, y prosiguió su camino.

Ató a *Tristán* en el porche para protegerle de la tormenta y llamó a la puerta con los nudillos.

Cassie abrió rápidamente, y se mostró sorprendida de verle allí. Johnny estaba sentado en el regazo del viejo granjero, llorando desconsolado. Algo iba mal.

—¡Julian!

—Hola. Sé que no es buen momento, pero tengo que hablar contigo.

El chiquillo murmuraba entre sollozos:

—Lo hemos perdido, lo hemos perdido...

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están Ada y Hugh? —preguntó Julian preocupado.

Cassie le hizo pasar, y dijo apenada:

—Partieron ayer hacia una granja situada a unos cuantos kilómetros de aquí a comprar unas gallinas y nos dejaron a los niños. Hoy, antes de desatarse la tormenta, Johnny salió a jugar con *Theodore*. El lechón aprovechó la oportunidad y se escapó, huyendo hacia el bosque.

Julian se quitó el sombrero y se agachó junto al pequeño. Miró a Cassie.

—Saldré a buscarlo.

—No, hijo. Es peligroso —le advirtió Jonathan—. Esas aguas son traicioneras.

—¡Yo quiero ir! —exclamó Johnny.

—De eso ni hablar. Permaneceremos todos bajo este techo hasta que se calme este diluvio. No podemos arriesgarnos por un cerdo, cariño. Sé que le quieres, pero ahora será imposible hallarle con la que está cayendo. Además, él solito encontrará un lugar donde guarecerse, ya lo verás.

—¡No! ¡Quiero ir a buscarlo! ¡Si se muere será por mi culpa!

—Señor Doyle, permítame intentarlo —intervino Julian.

—Papá tiene razón —terció Cassie, agarrando la manga de su camisa—. ¿Cómo se te ocurre?

Johnny hundió la cabecita en el cuello del granjero, sin dejar de llorar. Julian tomó a la muchacha aparte y susurró:

—Debo ir, Cassandra. Mírale. Está destrozado.

—A mí también me rompe el corazón.

—No tardaré demasiado.

Un sonoro trueno sacudió las paredes.

—Julian, me da miedo. Podría pasarte algo.

Él le acarició la barbilla.

—Estaré bien.

—Iré contigo.

—¿Has perdido el juicio? No lo permitiré.

—Si te acompaño seremos dos pares de ojos buscando y terminaremos antes.

—No.

—Julian...

—Ni lo sueñes. Quédate aquí con tu padre y los niños, que voy a traer al animal de vuelta. He dejado a *Tristán* atado en el porche. Iré andando.

—Por favor, no lo hagas.

—Volveré sin un rasguño, lo prometo. Tenemos una conversación pendiente.

Dicho esto se puso de nuevo el sombrero y se dirigió a Jonathan:

—Señor Doyle, haré lo posible por encontrar al lechón.

Y salió.

La abundante lluvia apenas le dejaba ver unos metros. Las ramas de los árboles eran violentamente sacudidas por el viento, y le costaba caminar por la cantidad de barro que había. Tardó varios minutos en llegar al bosque. El agua habría borrado las posibles huellas de Theodore, y se percató de que tratar de hallar al marrano sería como buscar una aguja en un pajar. Respiró hondo y se dispuso a seguir. De repente oyó detrás de él:

—¡Espera!

Se volvió y vio a Cassie, que andaba con dificultad entre el fango. Corrió hacia ella.

—¿Qué haces aquí? ¡Te dije que no vinieras!

—No voy a dejarte ir solo.

—Vuelve a la casa.

—No.

—Cassie, esto no es ningún juego. Si resultas herida, no me lo perdonaré.

—Voy a acompañarte, Julian, y me da igual lo que digáis tú y papá.

—Cassandra, por lo que más quieras...

—Precisamente estoy velando por lo que más quiero —le soltó la chica con gesto serio.

Julian le miró durante un largo instante y tomó su rostro entre sus manos.

—No conseguiré disuadirte, ¿verdad?

La atrajo hacia sí y le ordenó:

—No te separes de mí.

Anduvieron por la densa arboleda, esquivando las charcas fangosas y abriéndose camino entre la vegetación. En varias ocasiones tropezaron con las ramas caídas a causa del temporal, y avanzaron un buen trecho, alejándose de la granja.

—Julian —gritó Cassie, intentando hacerse oír por encima del estruendo—. ¿Logras ver alguna señal que nos indique por dónde continuar?

—Ninguna —contestó él—. Se ha esfumado. Quién sabe si habrá llegado al río. Debemos comprobarlo.

—Con este aguacero se habrá desbordado.

Más nubes espesas cubrían el cielo amenazantes, y otro trueno retumbó en el firmamento haciendo que Cassie emitiera un alarido de angustia. Julian la abrazó y besó su empapado cabello.

—¿Estás bien?

—Sí, pero muy asustada. ¿Y si quedamos atrapados en este lugar?

—Eso no ocurrirá. Te llevaré de vuelta a la granja y reanudaré la búsqueda.

—Perderemos tiempo.

—No me arriesgaré.

—Y yo no pienso regresar. Estamos muy lejos de casa. Y está anocheciendo.

Llegaron al río. Tal y como esperaban, su cauce había aumentado considerablemente.

—Si lo ha cruzado... —dijo Cassie presa del pánico—. Oh, Julian, debí vigilarle... debí vigilar a Johnny mientras jugaba.

—No es tu culpa. Tampoco la de él. Me dijiste que se escapaba a menudo.

—No quiero mirar su rostro cuando vea que volvemos con los brazos vacíos...

Era casi de noche. Julian, preocupado por la situación de ambos al percatarse de que la lluvia no amainaba, preguntó:

—¿Conoces algún refugio cercano donde poder resguardarnos durante las próximas horas hasta que podamos volver?

—Sí, la cabaña del leñador. Detrás de esa pequeña colina.

—¿Crees que le importará darnos cobijo hoy?

—Está deshabitada la mayor parte del año.

—Vayamos entonces. Enséñame el camino.

La cabaña del leñador era una casita de madera construida en la zona norte del bosque que rodeaba Fawley. La distancia que la separaba del pueblo era de unos tres kilómetros, y permanecía cerrada meses enteros, ya que su propietario había comprado una parcela de terreno próxima a la iglesia para establecer allí su residencia.

Julian y Cassie suspiraron aliviados al comprobar que aún seguía en pie, y corrieron hacia ella, llamando insistentemente a la puerta por si hubiera alguien que pudiera abrirles y prestarles ayuda.

—¿Hola? ¿Señor Phelps?

—Creo que no hay nadie, Cassie —repuso Julian—. Tiene echada la llave y está todo oscuro.

—No podremos entrar.

Julian miró a su derecha, a la única ventana de la cabaña. Luego clavó sus ojos en la joven.

—Siempre he sido un fiel defensor de la propiedad privada, pero esta vez las circunstancias me obligan a pasar por alto algunos de mis principios. Apártate.

Cassie obedeció y él, quitándose la chaqueta y envolviéndose la mano con una de sus mangas, rompió los cristales de un puñetazo, introduciendo el antebrazo y corriendo el diminuto cerrojo que había junto al alféizar en la parte interna de la ventana.

—Cuidado con la cabeza —dijo, ayudándola a acceder al interior de la vivienda.

Una vez dentro, Cassie quitó el pestillo de la puerta enmohecida y la abrió. Julian entró y se dispuso a buscar una lámpara.

—Huele a humedad —comentó Cassie.

—¿Cuánto tiempo lleva cerrada?

—No lo sé. ¿Qué buscas?

—Una lámpara —respondió él, removiendo varios trastos viejos acumulados en un rincón.

—Aquí hay una —advirtió la chica, cogiendo el polvoriento utensilio y extendiéndoselo—.

También hay cerillas y unas cuantas botellas de vino.

Unos segundos después se encontraban iluminados por la tenue luz de una llama, y Julian pudo ver la chimenea.

—Supongo que sobra preguntar si en la cabaña del leñador podremos hallar leña —bromeó.

—Eso es lo que más hay —dijo Cassie señalando el montón tapado con unas mantas en el extremo de la salita—. Te ayudaré a ponerlas.

Ambos se pusieron manos a la obra, y cuando dejaron la última pieza, Cassie se llevó una mano a la boca y estornudó.

—¿Tienes frío?

—Sí. Estoy calada hasta los huesos.

—Tienes que quitarte esa ropa mojada. Podrías enfermarte.

Ella se ruborizó.

—No tengo otra cosa que ponerme.

Julian le miró de reojo.

—Usa esas mantas de ahí para cubrirte mientras secamos tu vestido. Coge las que hay dobladas sobre la mesa. Me daré la vuelta.

—No es necesario. Me cambiaré detrás del armario que da a la cocina.

—De acuerdo. Me ocuparé de encender la chimenea.

Cassie se apresuró a deshacerse de su vestido tras el mueble, viendo que el extremo de la falda estaba completamente manchado de tierra. Sus botas presentaban un aspecto idéntico, e hizo una mueca de disgusto al aproximarlas a su cara y analizarlas más de cerca. Un relámpago seguido de otro potente trueno rasgaron el cielo ahora cubierto con el manto negro de la noche. Se sintió tentada a lanzarse a los brazos de Julian y permanecer así hasta que terminara la tormenta, pero ¿qué diría él si se atreviera a hacerlo, desprovista de toda su ropa y envuelta solamente en unas viejas mantas?

Se asomó con cuidado de que no la viera. Enrojeció súbitamente y ahogó una exclamación de sorpresa al verle de espaldas a ella depositando más troncos para intensificar el fuego, vestido con

los pantalones embarrados, el torso al descubierto y los tirantes colgándole de la cintura. La luz de las llamas perfilaba los músculos definidos de su dorada piel sin arañazos ni cicatrices, y su cabello rubio relucía como el oro recién pulido. Su camisa descansaba sobre un sillón.

Se acercó a él con el sigilo de un felino asustado, quedándose inmóvil a su lado, temblando a causa de los nervios. Julian se giró y la miró, y acariciando sus rosadas mejillas, susurró:

—Ven.

Cassie dudó unos instantes.

—Has de estar cerca de la fuente de calor —insistió él—. Tráeme tu vestido y lo pondremos aquí mismo, junto a mi camisa. Se secará enseguida.

La joven hizo lo que Julian le pidió y arrastró un taburete, sentándose frente a la lumbre.

—¿Estaremos aquí hasta que amanezca? —preguntó con voz trémula.

—Depende de la lluvia. Lo más sensato sería esperar a los primeros rayos del sol.

—Papá estará muy preocupado.

—Debiste quedarte con él, Cassandra.

Ella negó con la cabeza.

—Papá sabe que estoy contigo. Y mientras así sea no me pasará nada.

—Precisamente por eso —replicó él.

Cassie arqueó una ceja. Su expresión dejaba claro que no había entendido lo que quiso decir. Sin embargo él era muy consciente del gran peligro que esa doncella corría. Un alma de belleza insuperable envuelta en un rostro hermoso y una piel suave como los pétalos de una rosa, a su merced en una casita perdida en el bosque. ¡Caray! ¿Por qué le había permitido acompañarle?

Se consideraba un hombre honrado a pesar de sus pecados. Con la educación de un caballero perteneciente a la alta nobleza británica e instruido en el arte de ocultar sus emociones tras un rígido código de comportamiento, siempre había salido airoso de situaciones comprometidas. Pero ahora se veía al borde de sus propios límites. Deseaba a la mujer que tenía delante de todas las maneras posibles, y el hecho de que llevara como prenda de vestir únicamente un par de mantas enrolladas alrededor de su delicado cuerpo no ayudaba mucho. Era como enseñar una apetitosa manzana a un moribundo medio muerto de hambre. Se frotó las sienes doloridas y se levantó de un salto, temiendo que sus pensamientos le llevaran demasiado lejos. Quizá no tendría mejor ocasión para decírselo. Así habría un tema del que hablar que le mantuviera distraído.

—Cassie... yo... he recibido una carta. De mi padre.

—Eso es una excelente noticia.

—Lo sería si el contenido de ese mensaje fuese bueno.

Cassandra frunció el entrecejo.

—¿Qué intentas decirme?

Julian tragó saliva, carraspeó y musitó en voz muy baja:

—Desea que regrese con él.

—¿Re...gresar? ¿Adónde?

—A mi casa. Me necesita allí.

Cassie se puso en pie y caminó hacia él.

—Vas a dejarme, ¿verdad?

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Haygarth. Ella le miraba fijamente, y sus ojos avellana poco a poco se fueron nublando por las lágrimas.

—No, paloma. No voy a dejarte. No puedo. Yo...

Cassie se apartó y le dio la espalda.

—¿Por qué no te fuiste sin más? ¿Por qué vienes a darme explicaciones? No me debes nada, Julian. Yo jamás te puse condiciones ni te exigí...

El llanto no le permitió proseguir. Rompió a llorar en silencio, y a Julian se le encogió el corazón. No debía tocarla. Pero hubiera dado media vida por estrecharla contra su pecho y consolarla, secando todas y cada una de esas lágrimas provocadas por él.

—Te ruego que no llores...

La joven se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar. Perderlo... eso era demasiado.

—Cassie... —pronunció su nombre con reverencia, como si fuese una palabra sagrada, y cerró los puños con fuerza a ambos lados de sus caderas tratando de resistir la tentación de abrazarla.

—¿Qué será lo siguiente que harás? —replicó ella, resentida—. ¿Pedirme que no te quiera? Pues llegas tarde.

Esa última frase le hizo perder el control. No podía soportarlo más. Avanzó hacia la joven y le dio la vuelta, tomándola entre sus brazos.

—Suéltame, Julian.

—No.

—Por favor... suéltame.

—Tiene que haber una solución a esto, maldita sea. Me niego a renunciar a ti, me niego... Cassie, escúchame... he hecho planes... descabellados... absurdos...

La muchacha descansó su rostro sobre el pecho de Julian y aspiró su aroma. Él sintió su cálido aliento y se estremeció.

—Te suplico que no hagas eso.

Cassandra no le dejó terminar, plantándole un dulce beso en los labios. Haygarth trató de recuperar la compostura, cuando escuchó:

—Te amo, Julian.

Su resistencia se había agotado, y él lo sabía. Las palabras que quiso pronunciar se derritieron antes de salir de su boca, víctimas del fuego abrasador de la mirada apasionada de aquella joven inocente. La abrazó y besó con ardor, como si se le fuera la vida en ello. Mientras cubría a su amada de besos impacientes a los que ella respondía con la misma intensidad, las mantas que ocultaban su menuda silueta se cayeron al suelo.

—Oh, Cassie, amor mío... estoy perdido. Perdido... —gimió, llevándola en volandas hacia el destartado lecho improvisado en el suelo de la estancia.

Aún no era de día cuando despertó. Se frotó los ojos y se incorporó, mirando a su alrededor. Cassie yacía a su lado, medio tapada con una de las mantas y profundamente dormida. Contempló unos minutos aquella visión. Pensaba que lo sucedido había sido solo un sueño, pero allí estaba, tan real que casi no podía creerlo.

La había tomado. Un impulso, un momento de debilidad, o llámese como se quiera, le había vencido.

La joven se movió. Julian dobló las rodillas y apoyó los codos en las mismas, descansando la cabeza entre las palmas de sus manos, sin percatarse de que ella le observaba.

¿Qué le diría? ¿Que no lo deseaba? ¿Que le perdonara? ¿Que fue un acto de cobardía y egoísmo lo que le llevó a arrebatarse la virtud aquella noche?

Notó que un dedo de la chica recorría su espina dorsal lentamente y se volvió sorprendido. Sonreía.

Cassie se sentó sujetando la manta sobre su pecho desnudo y besó el hombro de Haygarth, recorriendo su cuello con besos cortos hasta llegar a su boca, donde se detuvo, recibiendo de él un gemido de protesta como respuesta.

—¿Ya ha amanecido?

—No. Vuelve a dormirte.

—No tengo sueño. ¿Vas a levantarte?

—Debería. Me resultas tentadora en exceso. Si permanezco a tu lado me temo que perderé lo que me queda de cordura.

—Por favor, no te vayas. Todavía está oscuro.

Cassie le abrazó y le hizo volver a tumbarse, apoyando la mejilla en su pecho y derramando sus largos cabellos castaños sobre su torso desnudo.

—Oigo tu corazón —dijo con voz queda.

—Mi ninfa de los bosques —musitó él—, me has seducido con tu belleza silvestre, reduciéndome a un simple esclavo a merced de tu voluntad.

—Qué trágico eres —se burló ella—. No eres mi esclavo. No tienes cadenas.

—Las que yo llevo no son visibles, y esas son las peores. Vaya a donde vaya estaré atado a ti de por vida.

—Preferiría que fueras libre y no te marcharas.

Julian se giró y la miró a los ojos.

—No me marcharé, cariño. Eres mía. Que me ahorquen si te cedo a otro hombre.

—No hay ni habrá nunca otro hombre. Te pertenezco, Julian. Para siempre.

Otro beso apasionado silenció a los amantes, que permanecieron abrazados hasta que los primeros rayos del sol comenzaron a verse en el horizonte.

—¡Tío Jonathan! ¡Cassie! —exclamó Ada bajando del carro y corriendo hacia la casa.

Tanto la granja como los alrededores presentaban un cuadro realmente desolador. La tormenta había pasado, pero las consecuencias de la lluvia del día anterior podían verse desde lejos. El lodo

se había expandido por el terreno como la lava de un feroz volcán que se traga todo lo que encuentra a su paso. Varias viviendas estaban dañadas debido al fuerte viento y las frutas y hortalizas echadas a perder. Experimentó el pánico en su más alto grado. Los niños.

Hugh la seguía a grandes zancadas. Tendrían que haber regresado el día anterior, mas la tormenta les detuvo y no hubo manera de emprender el viaje de vuelta. Pasaron la noche esperando a que el aguacero se calmara. El barro les llegaba casi a las rodillas.

La puerta de la vivienda se abrió de golpe. Cassie apareció en el umbral, más pálida que de costumbre.

—¡Ada!

Las dos mujeres se abrazaron.

—¿Estáis todos bien? —inquirió su prima.

—Sí.

Jonathan les aguardaba en la salita con Evelyn en brazos. Al ver a Smith y a su sobrina lanzó un suspiro de alivio. Había pasado la noche prácticamente en vela preocupado por ellos y por su hija, que no estuvo de vuelta hasta el amanecer. Dejó a Yvy al cuidado de Cassie y abrazó al resto de su familia.

—Santo cielo, hijos míos, menos mal que estáis bien.

—Estaba aterrada, tío —le confesó Ada, aún no recuperada del susto—. Pensé en vosotros y en los chiquillos. Nos fue imposible volver antes.

—No te preocupes, no tenemos ni un solo rasguño.

—Sin embargo el huerto está hecho una pena —aseveró Hugh—. Cuando la madre naturaleza se ensaña con nosotros no deja títere con cabeza.

—Las verduras volverán a crecer. Lo importante es que conservo a todos los miembros de esta casa sanos y salvos. Incluido a *Theodore* —dijo el anciano mirando al pequeño Johnny.

Ada miró a su tío sin comprender, y luego a Cassie.

—El lechón se perdió ayer —explicó su prima—. Se escapó por un descuido y tuvimos que salir a buscarlo. Lo hallamos entre unos matorrales temblando de frío y chillando como si le estuvieran llevando al matadero.

—¿Lo hallasteis? ¡No me digas que salisteis los dos a exponeros a semejante tromba!

—No, no. Papá se quedó con los niños. Julian y yo rastreamos los alrededores. Tuvimos suerte.

—Es la última vez que te permito cometer una locura así, muchacha —anunció Jonathan—. Por la cantidad de horas que permanecisteis fuera, creí que algún tronco os había golpeado o algo peor. Lo único que me impidió salir tras vosotros fue el hecho de estar al cuidado de estos angelitos.

—No nos podemos permitir perder ni uno de nuestros animales, papá —se excusó Cassie—. No corrimos peligro. Utilizamos la cabaña del señor Phelps para resguardarnos del temporal. *Theodore* estaba atrapado a tan solo unos metros de allí. Fue un milagro encontrarlo vivo.

—Cuando veas a Carter dale las gracias de nuestra parte, Cassie —dijo Hugh—. Ese hombre siempre aparece para sacarnos las castañas del fuego, como un enviado del Altísimo. Que Dios le bendiga.

Ada bajó la vista. Hugh no acostumbraba a elogiar a otros a no ser que lo merecieran. Tenía que reconocerlo. Dio unos pasos hacia la ventana alisándose la falda manchada de fango en los extremos. Fuera pudo divisar siete vivos colores que surcaban el firmamento en una estrecha unión, trazando un bello camino más allá de las nubes.

—Hermoso, ¿eh? —murmuró Cassie a su espalda—. Tras la tempestad viene la calma.

—¿Dónde diablos estabas? —gruñó James irritado en cuanto Julian entró por la puerta—. Estuve a punto de organizar una partida para salir en tu búsqueda. Me terminé la botella entera de brandy esperando tu regreso.

—Vaya, James. Me emociona saber lo mucho que me quieres.

—Qué simpático.

—Anda primo, relájate. Estoy entero, ¿no?

—Hasta que te ponga la mano encima.

Julian soltó una carcajada.

—Tú lo que querías era una excusa perfecta para abalanzarte sobre los licores sin sentir después remordimiento alguno, bribón.

—Bla, bla, bla. Haz el favor de servirte el desayuno y sentarte.

Un succulento almuerzo a base de riñones, huevos, jamón y tostadas había sido colocado en el aparador. Julian tomó un plato, se sirvió y tomó asiento junto a James, que le miraba de forma inquisitiva.

—De acuerdo. Ahora cuenta. ¿Te armó una escena?

Julian sostuvo el tenedor en el aire y enarcó una ceja.

—¿Quién me tenía que montar una escena?

—¡Pues quién va a ser! Tu fulanita.

Una ira repentina de apoderó del cuerpo de Julian, haciéndole estremecerse.

—No hay ninguna fulana, James.

—Oh, sí. Claro que la hay. Y espero que le hayas dejado un dulce recuerdo de tu cama como despedida.

—Tratas a las mujeres como si fueran trapos sucios e inservibles.

—No he encontrado todavía a ninguna que merezca un trato diferente.

—Tengo una curiosidad. ¿Qué debe tener una mujer para complacerte?

—¿En mi vida o en mi dormitorio?

—Las dos cosas. Una esposa comparte todo eso con su marido.

—¿Todo? Te equivocas. Una esposa se acostará contigo solamente para engendrar herederos y después ordenará instalar pestillos en su puerta. O alegará todo tipo de cefaleas y molestas migrañas. Y en cuanto a la vida... se reducirá a ser acompañado a veladas importantes y salones de baile.

—Ese matrimonio tiene pinta de ser de conveniencia. ¿No crees que si la amaras vuestra vida conyugal no se limitaría al deber de procrear y exhibirse en fiestas glamurosas?

—El amor es un arma de dos filos, Julian. Te endulza por una parte y te envenena por otra. Amar a una mujer es la peor desgracia que le puede suceder a un hombre.

—¿Habla la voz de la experiencia también en este caso?

James removió el humeante líquido marrón de su taza, al que le había echado un par de terrones.

—Este café está delicioso. Me lo trajeron del Brasil unos amigos que se fueron hace un par de años y recién llegaron en el *Estrella del Sur*.

Julian esbozó una media sonrisa. Qué destreza tan aguda para desviar el tema. Decidió seguirle la corriente.

—¿Se embarcaron en una expedición?

—Les apasionan las ciencias, en especial la botánica. Dicen que hay unas plantas exóticas en el Amazonas fabulosas.

—Lo imagino.

—Tras haber leído a Linneo supongo que pretendían realizar grandes hazañas en los avances científicos y pasar a la historia como él. Sin embargo un brote de fiebre amarilla en su campamento les hizo hacer las maletas y salir tan rápido como un demonio de una iglesia.

—Pobres. La ambición a veces mata.

Al concluir el desayuno, Julian se retiró con la disculpa de que debía responder a la carta de su padre y notificarle su regreso en cinco días.

Ya en su habitación, se acomodó en un sillón y se deshizo de sus botas. Qué relajante era sentir la suavidad de la alfombra persa bajo los pies, y el aroma fresco de las sábanas recién cambiadas. Las mismas en las que hubiera deseado envolver a Cassie tras poseerla de nuevo.

Se imaginó hundiendo los dedos en aquellos cabellos castaños y susurrándole palabras cargadas de ternura, haciéndole infinidad de promesas y amándola con todo su ser. Su esposa. Claro que sí. ¿Qué lo impedía? Había desechado la idea jurando no convertirse en lo que su padre fue, un pésimo marido que cambiaba a su madre por cualquier prostituta de las afueras del Drury Lane y volvía a casa oliendo a colonia barata de mujer. Suerte que él no estuviera para verlo.

No se casaría. No con quien el marqués le indicara.

Escocia era una buena opción. Había llegado a sus oídos de que allí realizaban «bodas exprés» sin apenas pedir explicaciones. Podían partir de inmediato y regresar siendo para siempre el uno del otro. Habría tiempo para las aclaraciones. Jonathan estaría contento de ver a su hija convertida en una futura marquesa, y ella sería suya.

Cogió la cajita envuelta que guardaba en el cajón de la mesita de noche y la sostuvo unos instantes. La había encargado en Londres y había insistido en que fuese la más hermosa que encontrarán. Sonrió abiertamente imaginando la cara que pondría Cassandra al recibir el obsequio, y eso le llenó de satisfacción.

—Su corcel está preparado, señor.

Frank Latimer se puso en pie. El aspecto regio que le daba el traje de montar confeccionado por uno de los mejores sastres de la capital le hacía parecer un auténtico lord inglés. Hasta sus maneras propias de la clase baja estaban experimentando un importante cambio, y se esforzaba tremendamente por suavizar ese acento atroz proveniente del otro lado del Atlántico que hacía que los aristócratas le miraran por encima del hombro. «Advenedizo de las colonias»... ¿Dónde lo había oído?, ¿en el Hodge's? ¡Caramba! Jamás había creído que era posible insultar a alguien con palabras que al menos no rozaran lo vulgar. Se mordió la lengua para no contestar al hombre en cuestión que le lanzó ese dardo venenoso a sus espaldas y darle una corta clase de historia, informándole que el término «colonias» era totalmente inapropiado para referirse a los Estados Unidos de América, teniendo en cuenta que Inglaterra fue vergonzosamente vencida en la Guerra de la Independencia, partiendo hacia su «islita» con el rabo entre las piernas.

Golpeó la fusta negra que portaba contra su mano derecha y empezó a andar hacia el mozo de cuadra. «Despacio, Frank, ve despacio», murmuraba para sí. Un caballero no corría, paseaba.

Caminar deprisa era una costumbre que los varones de la alta sociedad consideraban de muy mal gusto, al igual que el alzar la voz en demasía o fumar delante de una dama. Eso lo hacían los verduleros o los gitanos. Un hombre que poseía un mínimo estatus, aunque fuera comprado con dinero, estaba obligado a comportarse de forma impecable, mostrando el máximo respeto hacia sus semejantes. Sin embargo, desde su punto de vista, todo ese protocolo no era más que una manera velada de dar rienda suelta al orgullo y la vanidad. Pero ¡que Dios le librara de expresar esos pensamientos audiblemente!

Tomando ejemplo de la energía de Bonaparte, estaba dispuesto a comerse a los empresarios algodonereros del país, teniendo como únicas armas su habilidad para los negocios y su arca llena de libras esterlinas. Acabaría con ellos, vaya si lo haría. Su nombre aparecería en las listas de los hombres más ricos del Reino Unido y todos le besarían los pies a ese extranjero carente de refinamiento. Les haría pagar por todas las humillaciones recibidas.

—Gracias, Jamieson —dijo tomando las riendas de su caballo de manos del mozo.

—Le he colocado la silla nueva, señor.

—Ya veo. Esperemos que a *Sultán* le guste.

—Seguro que sí. Es un ejemplar muy dócil. Y por lo bien que sabe usted dominar a estos animales, no tendrá ningún problema.

—Si no vuelvo dentro de un par de horas, da por hecho que él no piensa lo mismo.

Jamieson sonrió. Quedarse en Clevedon House y trabajar para Latimer había sido una decisión correcta, y no es que le disgustaran sus anteriores amos. Los Clevedon le trataron como a un hijo desde que se inició como aprendiz con su padre, el antiguo mozo, a los trece años. Ese chico escuálido de cabello color rubio ceniza y rostro enfermizo tuvo suerte de ser acogido por ellos. Su madre acababa de fallecer víctima de la escarlatina y entre él y su progenitor debían cuidar de sus cinco hermanos pequeños. Empezó como ayudante y acabó quedándose con el puesto cuando su padre murió, asegurándose el sustento ahora para él, su esposa (que ayudaba en la economía familiar cosiendo para las damas) y sus nueve hijos.

Estaba muy agradecido no solo por la generosidad de los señores a la hora de darle el trabajo. Las navidades eran unas fechas esperadas en su humilde hogar, ya que recibía de los Clevedon, así como en semana santa, una cesta con pan, compotas de frutas, jamón, y juguetes para los niños.

El día que se le notificó al servicio que se marchaban lejos, la tristeza se cernió sobre todos. El amo solamente podía llevarse a cuatro de los quince sirvientes que poseía, y había escuchado que el resto tenía la opción de quedarse con el nuevo propietario si así lo deseaban. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue hacer las maletas e ir a Cornualles a buscar a su hermano Ben, que era herrero en un pueblo de la costa y probablemente necesitaría una mano con el negocio. Sin embargo, al conocer a Frank y hablar con él por primera vez, tuvo el presentimiento de que no tenía nada que temer. Ciertamente era que los americanos arrastraban una fama de bárbaros maleducados y eso le llenó de pánico, pero poseía una aguda intuición para juzgar a las personas, y el «patrón del otro lado del charco» le cayó simpático. Los señores no solían pararse a conversar con los criados, y este lo hacía, y con bastante frecuencia. Tanto que, sin que él dijera nada, Latimer se enteró por una de las doncellas que Charlotte, su mujer, esperaba su décimo retoño. A consecuencia de ello, al mes siguiente recibió un aumento de salario. Sí, Latimer era un buen jefe. No se equivocaba.

—¿Cómo está tu esposa, Jamieson? He oído que le quedan solo unas semanas —dijo Frank.

—Oh, sí, señor. La pobre no puede casi con su propio peso. Está tan redonda como un queso sin

abrir.

Frank rio y apoyó una mano sobre el hombro del criado.

—Que no te escuche hablar de ella de esa forma. Las mujeres detestan que uno haga alusión a sus medidas corporales.

—Lo sé, patrón —asintió Jamieson avergonzado—. El otro día me tiró una sartén porque le sugerí que se hiciera otro delantal...

—¡No me diga! —exclamó Frank, conteniendo una carcajada—. Una ayuda idónea con carácter tiene usted.

—Eso parece. Tanto ella como mis hijos son un tesoro para mí. El reverendo Jenkins siempre nos recuerda que una esposa y niños son una bendición para los hombres dada por el Creador.

—Así es.

—Pero yo ya estoy siendo demasiado bendecido, señor Latimer —replicó el mozo con cara de cansancio—. Vamos por el décimo, y a saber en qué número nos detendremos. A mi señora le ha dado por poner nombres bíblicos a nuestros hijos, y le prometo que con esta marcha se nos van a agotar las posibilidades. Con Micah, mi benjamín, casi hemos terminado con los profetas del Antiguo Testamento.

Frank le miró divertido. Una situación cómica la suya. A la gran familia Jamieson no le faltaría el pan mientras estuvieran bajo su protección, mas imaginaba que criar y educar a diez mocosos era una ardua tarea para sus padres.

No tendrían ni un solo momento de paz, por no hablar del agotamiento continuo. Lo que no conseguía entender es que todavía les quedaran fuerzas para concebir más criaturas. Había visto una vez a Charlotte y no es que fuera precisamente una belleza. Pero un cuerpo femenino tierno y dispuesto era un bálsamo para un hombre desgastado por las duras jornadas laborales. Él lo sabía. Cuando era marinero y volvía a casa tras meses de ausencia, no había deleite mayor que unas horas en la cama de Agnes, lavandera de profesión y madre soltera de un niño de siete años.

Se habían conocido en el puerto. Ella pedía limosna con el pequeño y él se apiadó de aquella mendiga sucia y vestida con harapos, dándole lo poco que llevaba encima y pagando un plato de comida para ambos en una posada. Luego conoció su historia. Trabajaba como niñera en una casa respetable, hasta que el hijo mayor del dueño decidió que sus servicios deberían ir más allá que cuidar de su hermano. Cuando quedó embarazada, hizo lo posible por disimularlo, y lo logró. Pero algunas semanas después, al comenzar su vientre a abultarse, el ama de llaves lo descubrió y la echó sin miramientos. Así de sencillo. Y él sintió furia. Ira. Odio. Malditos ricachones que azotaban a los negros, robaban a los pobres, y violaban a las mujeres. Malditos. Si pudiera los ahogaría a todos en una fuente de aceite hirviendo.

La metió en la habitación que ocupaba cuando estaba en Nueva York y la dejó vivir allí con su vástago, encontrándole un puesto como lavandera. No planeaba establecer lazos con ella que fueran más allá de la amistad, mas una noche, mientras se preparaba para dormir, Agnes se metió en su catre y decidió que allí dormiría a partir de entonces. Y así empezó una tórrida relación que duró tres años.

Y ahora, tras ocho años sin una compañera estable, echaba de menos a una mujer. Pero no una cualquiera. Tendría que ser la definitiva. La que compartiera su vida, la que le diera hijos y le proporcionara la paz que tanto necesitaba. Alguien como... Cassandra Doyle.

Había soñado con ella en repetidas ocasiones. Soñaba con sus besos, sus caricias, el olor de su

pelo, sus suaves manos, y esa boca maravillosa y virgen que él mataría por poseer. La quería. La quería para él. Pero era tan joven... ¿dos décadas menos, quizá? Se merecía un hombre de su edad, atractivo y vigoroso, y a él le sobraba vigor... y también unos cuantos años.

Llegó a la conclusión de que Albert Jamieson era un hombre con suerte. Charlotte debía estar contenta con su marido, eso explicaba que le pariera tantos pequeñuelos. Sin embargo él no parecía feliz con el destino al que estaba sometido. Pensó en darle ciertos consejos. Había formas de evitar la concepción. Buscaría alguna manera de abordar el tema discretamente en el momento oportuno, si no, el año próximo les veía «coleccionando» a los doce apóstoles.

—Dele saludos de mi parte, Jamieson. Y dígame que se cuide. Si necesita algo pídamelo, ¿de acuerdo? —dijo Frank con tono serio.

—Gracias, señor. Muchas gracias. Que disfrute de su paseo.

Frank montó a *Sultán*, un pura sangre irlandés que adquirió de un terrateniente de Kent a buen precio hacía unos días. Acarició su larga crin y le dio unas palmadas cariñosas cerca del cuello.

—Bien chico, salgamos al campo a ver qué tal se te da saltar vallas.

Y lo espoleó, desapareciendo en el horizonte en cuestión de escasos minutos.

Pasados tres días desde la tormenta aún llevaba el miedo metido en el cuerpo. A su regreso de la pintoresca morada de las gemelas Meyer, tras aguantar una retahíla de chismes, críticas, recomendaciones culinarias y relatos autobiográficos dignos de ser publicados por cualquier revista sensacionalista con seguidoras adictas a los culebrones, Ada caminaba absorta por el estrecho sendero rodeado de robustos árboles arrastrando perezosamente los pies, manchando sus desgastados botines con el barro que la inesperada tromba de agua les obsequió, dejando un recuerdo indeleble de su paso por Hampshire.

Las últimas noches había adquirido la costumbre de despertarse en plena madrugada con sus propios gritos, envuelta en sudor y con el nombre de Hugh en sus labios, húmedos y temblorosos. Johnny se ahogaba. En un río profundo y lleno de inmundicia. Intentaba llegar hasta él sin éxito, viendo cómo su cuerpo se hundía en el fango. Hugh. ¿Dónde estaba él? Le llamaba con desesperación, pero no acudía. Y entonces su pesadilla se veía interrumpida por los susurros de su marido.

Una hilera de amapolas y margaritas silvestres bordeaban el camino y crecían alegres y ajenas al reciente desastre. Se acercó y las tocó con cuidado. Bellas y frescas.

Acudió a su mente una canción popular que aprendió de niña, cuando todavía no tenía la menor idea de porqué las chicas suspiraban por los «caballeros de brillante armadura»:

*Las amapolas, grandes y hermosas
tiñen de rojo mi triste jardín
para consolar a mi angustiada alma
que llora por un amor que llegó a su fin.*

Hizo una mueca al recitar los versos en voz baja. El tacto aterciopelado de las flores la distrajo y olvidó el resto de la letra. ¿Cómo seguía? Cassie se la sabía de memoria. La cantaba todo el santo día hasta hacerle perder los nervios. La verdad es que la melodía no era horrible, y el «poemilla romántico» tampoco. Solo que... unas amapolas plantadas en un trozo de terreno no eran suficientes

para borrar el dolor por el amor perdido. ¿A quién se le había ocurrido semejante bobada? Era como con los piratas y sus odas dedicadas al ron. Totalmente carentes de sentido.

Anduvo haciendo zigzags, recogiendo las faldas y esquivando las piedras con pequeños saltitos. La iglesia normanda donde los habitantes de Fawley se reunían para los servicios dominicales estaba ya a la vista. Rodeó un banco de madera dedicado a la memoria de una tal Anna Callum, fallecida hacía medio siglo, y se detuvo al escuchar unas voces procedentes del lado izquierdo del bosquecillo. Si no recordaba mal, aquella parcela pertenecía a Nathaniel Phelps, el dueño de la cabaña del leñador. Qué extraño que tuviera visita. Con esa personalidad solitaria y huraña...

Le carcomía la curiosidad por averiguar la identidad del visitante. Un equino grande y bien alimentado había sido atado al poste junto a la entrada, y supuso que el animal era propiedad del desconocido. Se acercó un poquito más, quedando tras unos grandes arbustos que le permitían ver sin ser vista. La puerta principal se abrió, y el señor Phelps salió de la vivienda seguido por un hombre. Un caballero vestido con un traje de montar de corte impecable. Pantalones de un tono beige, botas negras y brillantes, chaqueta marrón oscuro, cabello rubio, y... Dios bendito.

Como un acto reflejo, Ada se llevó la mano a la boca. Trató de escuchar la conversación:

—Le agradezco sinceramente su amabilidad —dijo el caballero, entregándole a Phelps una bolsita de cuero—. Siento los desperfectos causados en su propiedad. Y perdone las molestias.

—No se preocupe. Celebro que haya podido hacer uso de ella en un momento de necesidad —respondió el anfitrión.

A continuación el visitante inclinó ligeramente su cabeza y se puso el sombrero, dirigiéndose a su caballo.

Consciente de lo que acababa de hacer, Ada sintió una repentina vergüenza. Jamás hizo algo así anteriormente. Se alejó de la casa de Nathaniel Phelps con sigilo cuidándose de no ser descubierta, saliendo a la parte trasera del camino. Estaba como hipnotizada. El enojo fue creciendo a pasos agigantados dentro de ella, mezclándose con una sensación de triunfo. Triunfo por haberle desenmascarado al fin. Aunque, sin saber el motivo, comprobar que Julian Carter era un farsante no le causó placer en absoluto.

Julian recorría Hampshire por última vez a lomos de *Hércules*, cabalgando sobre sus verdes prados e inspirando todo el aire que le cupiera en los pulmones. El repentino cambio de temperatura y el comienzo de una nueva etapa de lluvias marcaba el inicio del mes de septiembre, que pronto haría su aparición, dejando definitivamente atrás el verano. Se apeó del caballo al llegar al arroyo, el lugar donde solía llevar a Cassie y donde hacían toda clase de planes bajo aquel roble sagrado.

Se llevó una mano a la garganta, se aflojó el cravat color crema y caminó derecho al riachuelo. Al verse reflejado en él, le pareció estar contemplando a otra persona. Aquel hombre erguido y de porte aristocrático que le miraba fijamente era Julian Alexander Haygarth, futuro marqués de Rockingham, con un linaje de casi trescientos años de antigüedad y cuyos antepasados habían sido grandes guerreros al servicio de Su Majestad, siendo después premiados por su lealtad a la corona con los títulos que él en unos años heredaría sin haber hecho nada para merecerlos.

Y ahora iba a casarse. Era lo que su padre quería, ¿no? Asegurarse de que el apellido de su familia no desapareciera. Una boda arreglada con una dama fértil que cumpliera con sus obligaciones.

Sintió asco de sí mismo. ¿Cómo pudo pensar en el matrimonio como un frío contrato entre dos partes? ¿Cómo había llegado a creer que una persona podía disponer de su propia vida y de las de los demás, uniéndolas en los lazos del santo sacramento sin una pizca de afecto?

Habría que estar borracho para hacer tal cosa. El amor era la base de todo. ¡Y qué curioso que tardara veintitrés años en descubrirlo!

Estaba seguro de que ella aceptaría sus condiciones. No podría llevarla a Londres, obviamente. Ni habría anillo de compromiso. Adquirirían una alianza durante el viaje a Escocia y pronunciarían sus votos en secreto, hasta que su mundo estuviera preparado para recibirla. Mientras tanto, alquilaría una casita para ella en el campo y contrataría criados que la sirvieran y la trataran como a una señora. Iría a visitarla a menudo, y pasarían juntos fechas señaladas como cumpleaños o su aniversario.

Después vendrían los bebés. Hijos fuertes y sanos a los que querría con toda el alma, a los que llenaría de mimos y regalos. Tendrían unos cuantos, y les enseñaría a todos a cabalgar. Oh sí, sería maravilloso. Un sueño hecho realidad. Pero si era tan estupendo... ¿Por qué se sentía embargado por un sombrío y profundo temor?

Una libélula roja captó su atención unos instantes. El insecto, batiendo las alas a una velocidad vertiginosa, pareció detenerse en el aire, a unos centímetros del suelo, junto al arroyo.

Julian se agachó para observarla más de cerca. Hacía tiempo que no veía una.

—Y pensar que algo tan insignificante como tú es poseedora de una belleza tan notable... —susurró.

Un movimiento detrás de él le hizo ponerse en guardia. Pasos. Las hojas secas esparcidas por el suelo crujían a medida que el intruso se acercaba. Casi podía medir la distancia en la que se encontraba. No llevaba armas. Solo una fusta, y no es que le sirviera de mucho si era atacado por un campesino corpulento o un salteador de caminos. Decidió esperar. Respiraba entrecortadamente, preparado para darse la vuelta y defenderse. Esperaba no salir mal parado, ya que esa tarde pensaba declararse a Cassie y terminar de contar la historia que comenzó el día de la tormenta, cuando ella le interrumpió con aquel endemoniado beso que hizo añicos su escaso dominio propio.

Volvió a mirar su reflejo en el río. Junto a él, había un rostro. Un rostro conocido. Un rostro de mujer. Se volvió lentamente.

—Señora Smith...

Se levantó y le tendió la mano. Ada permaneció inmóvil y no respondió al saludo, obligando a Julian a retirar la mano, confuso.

—Señor Carter.

Las facciones de la mujer estaban endurecidas, como si cada rasgo de su cara estuviera tallado en piedra. Su expresión, impenetrable, le daba a entender que su desprecio hacia él había aumentado desde aquel memorable día que pasó con los Doyle.

De pronto se dio cuenta. Demasiado tarde para una excusa o una mentira rescatadora. Su ropa.

—Supuse que le encontraría aquí —prosiguió ella—. Es uno de los lugares predilectos de Cassandra.

—¿Encontrarme? ¿Es que deseaba hablar conmigo?

—Desde hace tiempo.

Julian arqueó las cejas, sorprendido.

—Señora Smith, creo que sería buena idea dirigirnos a un lugar más frecuentado entonces.

—¿Perdone?

—Estamos solos. Velo por su reputación.

Ada soltó una risita ácida.

—No tiene que preocuparse por mi reputación, señor Carter, aunque le agradezco el gesto. Eso demuestra que es todo un caballero —replicó recorriendo la parte superior de su cuerpo con la mirada, fijándose en su chaqueta de montar—. Estamos solos, sí, y por lo que tengo que decirle será más fácil para usted no tener espectadores. ¿Le molesta si le robo unos minutos?

—No. Me dirigía a la granja.

Ada tragó saliva. Era complicado empezar. Jugó nerviosa con un mechón suelto de su cabello y mantuvo su mirada fija en él.

—Dígame, señor Carter, ¿con qué propósito se dirige a casa de mi prima? —preguntó de sopetón, haciendo que Julian se sintiera súbitamente incómodo.

—Yo... debo hablar con ella.

—¿De qué?

—Asuntos privados. Y disculpe que no se los revele. No me conciernen solamente a mí.

—Muy amable por su parte, pero tratándose de Cassie, le pido que haga una excepción.

Julian apoyó un brazo en el roble y frunció el ceño. ¿A qué venía ese interrogatorio?

—Señora Smith, soy plenamente consciente de su aversión hacia mi persona desde el día que nos conocimos, mas le ruego que...

—No es mi aversión ni mi simpatía hacia su persona lo que estamos discutiendo aquí, señor Carter. Se trata de Cassie y de su embelesamiento absurdo por usted.

—¿Cómo?

—Creo que me ha oído perfectamente.

—Sí, la he oído, pero no coincido en que su descripción de los sentimientos de la señorita Doyle sea la más apropiada.

—Oh, perdone mi grosería. ¿«Enamoramiento absurdo» le parece bien?

—Escuche... no deseo ser rudo con usted... sé que solo intenta protegerla.

—Es mi obligación. Su madre está muerta, y soy yo quien vela ahora por su felicidad.

—¿Está de acuerdo el señor Doyle con esa afirmación?

—El señor Doyle no está capacitado para opinar, debido a que con sus continuas mentiras también a él le ha mermado los sentidos.

Julian lanzó un suspiro, enojado.

—Está acusándome sin darme ni siquiera la oportunidad de explicarme...

—¡No necesito ninguna explicación! —gritó Ada, furiosa—. ¿Acaso no tengo bastante con lo que estoy viendo?

—¿Y qué es lo que ve, señora Smith?

—A un hombre, proveniente de Dios sabe dónde, que aburrido de los lujos que le rodean viene al campo a seducir a una muchacha ingenua para luego dejarla tirada como un trapo viejo.

—¡Se equivoca gravemente!

—¿No me diga? —se burló ella.

—Así es.

—Entonces ilústreme con su versión de los hechos, señor Carter.

Julian guardó silencio. Esa mujer le odiaba. ¿Cómo hacerle entrar en razón?

—Voy a casarme con ella.

Ada se tambaleó, aturdida.

—¿Ca... sarse?

—Eso he dicho. Ese es el motivo que me lleva hoy hasta la granja Doyle. Voy a pedir su mano en matrimonio.

Su interlocutora se quedó inmóvil y sin habla.

—¿Qué le hace pensar que ella aceptará? —logró articular.

—No me adelanto a los acontecimientos. Puedo responder únicamente por mis sentimientos, pero haré todo lo posible para obtener su consentimiento y la bendición de su padre. No tengo mucho tiempo, puesto que en dos días me marcho a Londres.

—¿Y cuándo piensa celebrar esa boda?

—Mañana.

—¿Mañana? El reverendo Jenkins no puede unirles de manera tan repentina.

—No he mencionado que vayamos a casarnos en Inglaterra. Aquí la burocracia es lenta. Tendríamos que viajar a Escocia, cerca de la frontera.

Ada no podía creer lo que oía.

—¿Escocia? ¿Y por qué Escocia?

Julian se tensó. Demasiadas preguntas. ¿Hasta dónde quería llegar? Ada le miraba atónita, tratando de digerir la vasta información recién adquirida. ¿Una boda con prisas en Escocia, como si de una fuga absurda se tratase? ¿De qué iban a huir, si obtenían el beneplácito de Jonathan? ¿O acaso el obstáculo era...?

De pronto lo comprendió todo, y el velo de la ignorancia fue retirado bruscamente de delante de sus ojos.

—Entiendo —musitó la joven, luchando por contener su ira—. Es por su familia, ¿verdad? Cassie no pertenece a su clase privilegiada y eso la convierte en una opción que debe descartar...

—No me importan en absoluto sus orígenes.

—¿No? ¿Por qué se la lleva corriendo a otro país entonces? ¿Es que va a ocultarles a los suyos que cuando regrese a ellos será un hombre casado?

—Solo será hasta que consiga hacerle entender...

—¡Oh, he metido el dedo en la llaga! ¡Hay un «alguien», claro que sí! ¿Una mujer?

—¡No! No cometería tal vileza. Soy un hombre libre. Libre para unirme a quien desee.

—Si lo fuera no actuaría así, señor Carter. O como quiera que se llame.

Julian agrandó los ojos.

—Le ruego que procure entender la situación. Es imposible hacerlo de otra manera.

—Lo suponía.

—La quiero, la quiero de veras. Pero mi posición me obliga...

—A encubrir el motivo de su vergüenza.

El que Ada hubiera completado la frase con unas palabras tan crudas le sentó como una bofetada.

¿Cassie una razón para avergonzarse? Dios, sonaba tan cruel...

—Las circunstancias en las que me encuentro no son las idóneas, lo reconozco.

—¿Idóneas? —repitió ella, incrédula—. Hace medio segundo me confesó su afecto hacia mi prima, y ahora me cuenta que pretende tratarla igual que a una amante ocasional.

Julian estaba estupefacto ante el atrevimiento de aquella mujer. Deseaba responderle, decirle que

cometía un gran error al juzgarle y sacar conclusiones precipitadas... pero las palabras se negaban a salir de su boca.

—¿Dónde planea ocultarla? ¿En una casita de campo incomunicada con el mundo civilizado? ¿Con sirvientes que la vigilen por si se le ocurre seguirle?

—¿Cree que es lo que quiero? —le espetó él, revelándole que esas eran precisamente sus intenciones—. Estaría perfectamente atendida, y no sería necesaria ninguna vigilancia. No sería una prisionera, sino el ama de esa casa.

—¿Una casa que no es suya! ¿No ha pensado en lo desgraciada que se sentirá al despertar y saber que ese día tampoco le verá, y languidecerá esperándole junto a la ventana, lamentando el haber abandonado a su propio padre para caer en las redes de la soledad?

Julian se vio derrotado. ¿Qué iba a contestar a eso? Se pasó una mano por el cabello mientras caminaba de un lado a otro. Levantó la vista al notar que Ada se estremecía de angustia.

—La destruirá... —susurraba con voz pastosa—. Le suplico que desista de ese disparate.

—No puedo.

—Piense en Cassie. Nunca encajará en su círculo. Ellos no ven lo que usted y yo vemos. La nobleza de corazón y la bondad no son cualidades a valorar por personas de ese calibre.

Se acercó a Julian y prosiguió:

—¿Qué hará cuando descubran que su esposa a duras penas sabe leer y escribir? ¿Qué harán cuando no les pueda deleitar con una pieza en el antiguo piano de su salón? ¿Estarán dispuestos a pasarle por alto que no sepa cabalgar, ni hablar otros idiomas, ni comportarse como una dama en público? ¿Cuánto tardará ella en endurecer ese alma que a usted tanto le ha cautivado por causa de los continuos desprecios de sus amistades?

—Daría mi vida por evitarle cualquier atisbo de sufrimiento, pero no puede pedirme que la abandone.

Ada lanzó un suspiro.

—No le pido que la abandone. Le pido que renuncie a ella.

La chica se llevó una mano a los labios y guardó silencio, sofocando con esfuerzo el llanto que subía por su garganta. Le dio la espalda, temerosa de que la viera romper a llorar de un momento a otro.

—No quiero que el dolor invada de nuevo mi casa, señor. Mi tío, anciano y formado por los duros golpes de la vida, se verá hundido y humillado hasta el polvo, aprendiendo por primera vez que ser pobre es razón para ser objeto de burla. ¿Querrá su padre jugar con él al ajedrez, quizá?

Los rojos enrojecidos de Julian la miraban con seriedad. Desde luego que no. Craig Haygarth no se mancharía los pantalones sentándose en la butaca de madera de un cochino aldeano. Y Cassandra... la haría picadillo con sus propias manos si se enteraba de que había engatusado a su hijo para llevarlo al altar. El pánico porque pudiera arremeter contra ella recorrió cada terminación nerviosa de su cuerpo. Era capaz. Capaz de eso y más.

Algo se rompió en su interior como un frágil cristal. Pensó en su amada, desprotegida ante el odio de su progenitor, que disponía sobradamente de medios para castigarla por osar fijarse en un hombre que estaba fuera de su alcance. Le mataría si la tocaba, mas el daño ya estaría hecho. La dulce Cassie.

—Le hice una promesa, señora Smith.

Ada se volvió y dijo:

—De que no la abandonaría. Usted dice amarla y yo le creo, ya que está dispuesto a convertirla en su esposa. Pero su amor mutuo no les protegerá contra el mundo, señor Carter. Ambos somos adultos y lo sabemos. Es necesario que se den unas circunstancias favorables o de lo contrario tarde o temprano las situaciones adversas acabarán por ahogar sus más bellos sentimientos. Por favor, no lo haga. No la condene a un padecimiento innecesario, y no se ate a un compromiso del que después se arrepentirá.

—No me arrepentiría jamás de unirme a Cassandra Doyle.

—No por ella, mas sí por usted. Usted no puede dejar de ser quien es, y ella tampoco. Esto debió terminar antes de haber empezado. Y está en sus manos el no llevar esta hermosa historia rumbo a la desgracia. Por favor, se lo ruego...

La joven apoyó una mano en su antebrazo y le miró con ojos llorosos. Egoísta. Esa palabra de siete letras retumbaba en su cabeza con la fuerza de un huracán. La desesperación le robó el poco aire que guardaba en los pulmones, asfixiándole como una soga atada al cuello de un reo al que le quedaban apenas segundos de vida. Expuesta a la impetuosa cólera del marqués de Rockingham... sola... en una casita de campo...

Una sucesión de imágenes se adueñaron de su mente. No había contado con que la tranquila vida que su paloma llevaba junto a su padre podría verse convertida en un infierno solo por llevar un anillo en el dedo con su nombre grabado.

Se dejó caer sobre una gran piedra gris situada junto al arroyo, vencido. Todos sus sueños rotos. Sus ilusiones hechas pedazos. Su gran amor... perdido.

Temblando y abatido hasta lo sumo, se levantó lentamente y miró a Ada.

—No quiero hacer esto... —murmuró.

—Lo sé.

Julian se mantuvo en silencio durante unos minutos. Finalmente metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una cajita envuelta.

—Es para ella —anunció con la voz quebrada por el dolor—. Por favor, desela de mi parte y dígame... dígame que lo siento.

Ada tomó el obsequio y se mordió el labio. Sintió que su interior se desgarraba al ver a Julian alejarse y montar en su caballo, cabizbajo. Sus ojos azul zafiro la miraron por última vez, y, agarrando las riendas, espoleó a *Hércules*, y se fue.

Se había marchado. Para siempre.

Cobarde. Cobarde. Cobarde. El traqueteo del carruaje que le llevaba de vuelta a Londres y le alejaba definitivamente de Cassandra parecía susurrarle esas palabras al oído, atormentándole como un espíritu maligno.

Sentado en el asiento tapizado en colores oscuros, apoyado sobre cojines a juego y con las piernas ligeramente encogidas, Julian miraba al exterior sin ver nada. Su mente estaba en otra parte. Ni siquiera le molestaban las continuas sacudidas de la cabina con motivo de los desniveles de caminos y carreteras. Las náuseas ya las tenía antes de partir.

James le había despedido con un apretón de manos y un «que tengas buen viaje», mas él no escuchaba. Solo quería regresar. Regresar a ella, a sus brazos y a su sonrisa.

Se maldijo incontables veces, sabiendo que le odiaría. Le odiaría por desaparecer sin decir adiós.

Pero ¿qué iba a hacer si no? ¿Darle un último abrazo? ¿Un último beso? No hubiera reunido fuerzas suficientes para soltarla y salir por la puerta evitando mirar atrás, y eso habría significado la ruina para ambos.

Se había hecho ilusiones... ilusiones construidas sobre sueños etéreos que se desvanecieron en cuanto abrió los ojos y despertó a la realidad. Sus planes no eran viables. Podría esconderla durante un tiempo, y luego todo se sabría. Se desataría un escándalo de proporciones impensables, su hazaña saldría impresa en las columnas sociales y su padre se vengaría, desheredándole y dejándole en la miseria, para después ensañarse con la pequeña y frágil campesina causante de la tragedia.

Ordenó al cochero que se detuviera al borde del camino y salió a tomar el aire. Anduvo despacio entre las margaritas que se movían arrastradas por la suave brisa que soplaba en esa tarde de finales de agosto y se agachó para arrancar una. La aproximó a su nariz. Cielos. Olía como los cabellos de Cassie.

La guardó bajo la solapa de su chaqueta y se quedó inmóvil contemplando el horizonte, mientras los rayos rojizos del astro rey acariciaban su rostro palidecido por la tristeza.

—¿Se encuentra bien, milord? —preguntó Evan Leigh, su lacayo.

Julian se volvió.

—Sí.

—¿Desea que continuemos hasta la siguiente posada y nos detengamos para que pueda descansar?

—No. Proseguiremos hasta que lleguemos a Londres. Deseo estar en casa al anochecer.

Haygarth subió al carruaje. Sacó la margarita de su chaqueta y aspiró su aroma nuevamente.

—Hasta que lleguemos a casa... —musitó, saboreando la hiel que destilaba su voz al pronunciar esa frase.

Londres no había cambiado nada desde su partida. Sus edificios grisáceos y antiguos, las calles adoquinadas, los grandes teatros atestados, todo parecía tan... sucio. Y pensar que él había disfrutado con sus diversiones estúpidas, sus salas de juego repletas de caballeros ociosos que no dudaban en aumentar el volumen de los escotes de las prostitutas con inmensos fajos de billetes, y sus ostentosas mansiones que daban cobijo entre sus muros a cientos de apuestas ilegales.

La luz amarillenta de las farolas negras dispuestas a lo largo de la calle iluminaban el camino de vuelta a la mansión del marqués en Mayfair. Al detenerse su carruaje, Julian se asomó a la ventanilla.

Blanca, altiva y hermosa. Una fuente donde una estatua de la bella diosa Perséfone emanaba agua

fresca y cristalina daba un toque de vida a su hogar, rompiendo el silencio de la noche con un suave murmullo. El jardín, tan cuidado y arreglado por Owen, el anciano jardinero, lucía espléndido exhibiendo varias clases de plantas y flores, entre ellas rosas, crisantemos de distintos colores y nomeolvides.

Leigh abrió el portoncillo y Julian bajó, caminando directamente hacia la puerta. Carmichael, el mayordomo, le recibió en la entrada.

—Bienvenido, milord —saludó con fría cortesía.

—Gracias, Carmichael —respondió Haygarth, quitándose el sombrero de copa y entrando al elegante hall de la vivienda—. ¿Está lord Rockingham en casa?

—No, milord. Volverá más tarde. Si desea que le avise cuando llegue...

—No, no será necesario.

—Milord, han traído correspondencia para usted. Lord Rockingham me ordenó que las depositara en su dormitorio.

—Está bien, gracias.

El sirviente se retiró y Julian se quedó en el hall, contemplando sus finas paredes con ornamentos dorados. Un espejo Luis XVI de madera tallada y bañada en oro estaba puesto a su espalda, y junto a él descansaba un enorme jarrón de porcelana china traído por su padre de su luna de miel como regalo para la marquesa.

Recordó que el retrato de Marianne, su madre, estaba colgado en un rincón de la galería de Haygarth Park, un lugar al que él iba corriendo a esconderse de niño, cuando su padre tomaba el cinturón, dispuesto a darle otra de las palizas que acostumbraba a propinarle por sus continuas travesuras. Era bonita. Muy bonita. Y joven. Su niñera siempre le hablaba de ella. Voz tranquila y dulce, amable con los criados y generosa con los trabajadores de sus tierras. Y de repente el Señor se la llevó. Suerte que les dejó un pequeño bebé llorón que consolaría al amo por su pérdida, o al menos eso creían.

Fue hasta la escalera principal y empezó a subir los peldaños alfombrados. Al entrar en su habitación, vio las cartas encima de la mesa caoba situada bajo la ventana. Antes de cambiarse revisó las mismas, y abrió rápidamente una nota de Miles:

Mi querido amigo:

Me he enterado por tu mayordomo de que regresabas hoy. Ni falta hace que te participe cuánto me alegra esa noticia. Ya me estaba bebiendo las reservas de alcohol de mi casa de puro aburrimiento.

Mañana te espero en mi humilde hogar a la hora del almuerzo. Hay novedades.

Tu amigo,

MILES

Novedades. Eso pintaba bien. Y las nuevas provenientes de Parker la mayoría de las veces estaban relacionadas con algún escándalo social, amoroso o político. Sonrió y depositó la nota sobre la bandeja con las demás misivas y llamó a David, su ayuda de cámara, para que le preparara el baño. Necesitaba relajarse antes de bajar a cenar. Probablemente lord Rockingham comería con él, y

se vería obligado a relatarle qué tal le fue en Hampshire.

Se dejó caer en la cama, y segundos más tarde alguien llamó a la puerta.

—Pase.

—Milord.

—Ah, David. Prepárame el baño, por favor.

—Sí, milord. ¿Va a salir esta noche?

—No, cenaré en casa, así que no tendrás que acicalarme tanto.

David le miró divertido. Echaba de menos el buen humor del joven Haygarth.

—Desde luego, milord.

Julian se hundió del todo en el agua caliente preparada por David y descansó su cabeza en el extremo de la tina. Qué placentera sensación de calidez en su cuerpo entumecido. A punto estuvo de quedarse dormido.

«Vas a dejarme, ¿verdad?»

«Preferiría que fueras libre y no te marcharas.»

«Te amo, Julian.»

Se incorporó de golpe. La había oído claramente. Parte del agua de la bañera se derramó en el suelo a causa del brusco movimiento, y Haygarth se llevó las manos a las sienes.

Ella sabía lo que iba a ocurrir. Lo presentía, y por eso lloraba amargamente. Y él le juró que se equivocaba. Embustero.

—Perdóname paloma —susurró—. Perdóname.

—¿Me llamaba, señor? —preguntó David al otro lado de la habitación.

—No, no. Puedes retirarte por ahora. Te llamaré en cuanto termine.

—Sí, milord.

Julian volvió a recostarse y tragó saliva. A partir de ahora su vida cambiaría para no volver a ser la misma. Y debía reunir fuerzas para enfrentarse a eso.

Sentado en la sala de estar y ataviado con un traje oscuro de diario, Miles Parker hojeaba el *Times* de mala gana. Unos mechones de su cabello negro y ondulado le caían sobre la frente, dando a su aspecto un aire más informal. Llevaba varios días durmiendo poco, preocupado por los acontecimientos que se avecinaban.

Su madre, la respetable vizcondesa viuda Amelia Parker, estaba henchida de gozo, y el hecho de que la gran dama estuviera contenta era motivo para tener a todos los miembros de la casa (sirvientes incluidos) en un continuo estado de euforia.

Inspiró despacio y soltó el aire de los pulmones de golpe. Comenzaba el calvario.

—Acuérdate de que esta tarde nos visitará Derby para ultimar ciertos puntos del contrato —le había dicho ella esa mañana.

—Sí, madre —respondió Huntercombe con serenidad—. Procuraré vendérsela a un precio altísimo, tal y como se merece.

—No seas impertinente. No toleraré que te burles de nuestras costumbres como si fueras un borracho en una taberna que despótica contra aquellos que están muy por encima de él en esta selecta sociedad.

Y recogiendo la crinolina de su vestido azul marino, desapareció por el largo pasillo que

conducía a las habitaciones superiores.

Mark y Henrietta. Aún no se lo podía creer. Y todo porque el estúpido de Haygarth cabreó a su padre y fue mandado al exilio con los conejos, las moscas y todo tipo de especímenes vivos no mencionables, perdiéndose la temporada y, por lo tanto, la presentación del bomboncito de su hermana.

Condesa. Hombre, no sonaba tan mal.

Adams, su mayordomo, entró en la estancia.

—Milord, lord Julian Haygarth acaba de llegar.

—¡Oh! Hazle pasar, Adams.

Su amigo atravesó el umbral detrás del empleado, que después cerró la puerta para dar más intimidad a los dos caballeros. Miles esbozó una sonrisa y se acercó a Julian.

—¡Venga ese abrazo, hombre! —exclamó sin ánimo alguno de ocultar su alegría.

—Hola Miles.

—Estás más guapo.

Julian frunció el ceño.

—Tranquilo, no intento flirtear contigo, es solo que te noto... diferente. Más... morenito. ¿Tomaste mucho el sol en la campiña? —preguntó indicándole un asiento en una cómoda butaca.

—No —negó Julian secamente.

—Entonces es impresión mía. Yo no he salido de Londres en todos estos meses y estoy tan blanco que podría hacer de fantasma durante una sesión espiritista. Pagan bien, ¿sabes? Esas farsantes que pretenden hacernos creer que pueden contactar con los muertos sobornan con buenas cantidades a aquellos que trabajan para ellas. Por si se van de la lengua y eso.

—Ya. ¿Y esa información de dónde la has obtenido?

—Suzanne fue a una reunión de madame Tressidor en su casa la semana pasada.

—¿Suzanne? ¡No me digas que has vuelto a verla!

Miles carraspeó.

—Su novio va a casarse, así que decidieron romper.

—Y ahora vuelve otra vez a gastarse tu dinero, ¿no?

—Bueno, Haygarth, no es exactamente así. Los regalos que le hago, los hago porque quiero.

—Claro, y ella gustosamente te agradece las joyas y la chucherías que le llevas dejándote dormir un ratito más en su cama.

—Le pedí que se casara conmigo antes de que me dejara y me rechazó —explicó Parker—. Dijo que no quería atarse. ¿Esa no era una excusa típica nuestra?

—Suzanne nunca te quiso, Huntercombe.

—Lo sé. Pero yo a ella sí, a pesar de que no sea una señorita de noble cuna. Pensé que le hubiera gustado ser vizcondesa y vivir en Huntercombe Manor. Al fin y al cabo, ser hija de un comerciante y actriz de profesión no le ayuda a ganarse una buena reputación entre las damas a las que ella misma envidia. Una mujer que sostenga la economía de su propia casa... qué escándalo.

—Y a ti que te encantan los escándalos...

Miles dirigió una mirada escéptica a su amigo.

—Me quedaré soltero.

—Hablas como una huérfana desesperada.

—Lo digo en serio. Me quedaré soltero si no encuentro a alguien que supere con creces a Suzanne.

No me conformaré con menos.

—Pues no la busques por tu cuenta. Espera a que aparezca.

—¿Crees en el destino?

Julian suspiró.

—Sí, amigo mío, creo en el destino.

—Dejemos que el destino actúe entonces. Pero por ahora quiero conservar a Susie.

—Sinvergüenza... te desplumaré. Una amante te vacía los bolsillos más rápido que un club de juego.

—Sé controlar mis finanzas, Haygarth. No cometeré ese error. Además, ¿tú qué sabes? Jamás has mantenido a una querida.

—No, ni pienso hacerlo.

—¿Ves? Por eso decía que eras perfecto para Henrietta. Tan responsable y fiel... excepto por lo del incidente con Lawson que me fastidió los planes. Podías haberte controlado un poquito.

—No voy a casarme con Henrietta, Miles. Te lo he repetido cientos de veces.

—Pues claro que no vas a casarte con ella.

Julian enarcó una ceja.

—¿Has desistido al fin de perseguirme?

Miles soltó un bufido.

—No. Simplemente se te han adelantado.

—¿Quién?

—Richardson.

—¡No! —exclamó Julian, riendo—. ¿Nuestro Mark? ¿Enamorado de Henrietta?

—Prometido con Henrietta —le corrigió Parker—. Ojalá la quiera de veras y esto no sean simples negocios. Le insinué muy educadamente que le mataré si la hace sufrir.

—¿Y cómo se lo tomó él?

—Se rio. Me juró que estaba loco por ella, y que hará todo lo posible por hacerla feliz.

—A decir verdad, cuando me contaste por carta que la cortejaba, no pensé que fuera a resultar nada de ese coqueteo.

—Pues iba en serio el chico.

—¿Cuándo se casan?

—Aún queda. Por lo de esperar un tiempo prudencial para acallar cualquier habladuría. Estás invitado a la boda, por supuesto.

—Iré encantado.

—A lo mejor encuentras a tu marquesa en la fiesta.

Julian palideció y bajó la mirada.

—No lo creo factible.

—¿Por qué?

Julian no respondió. Miles le escudriñó unos instantes, entrecerrando los ojos. Esa mirada perdida y ese semblante triste...

—No me digas que te has liado con alguna señorita de la campiña —le espetó sin preámbulos.

—Miles...

—Caray, Haygarth. ¿Quién es ella?

—No he dicho que haya un «ella».

—No hace falta. Tu cara de oveja a punto de ser sacrificada habla por sí misma. ¿Dónde la conociste?

Menudo zorro este Parker. Tenía la astucia de una mujer para sonsacarle las cosas.

—En un pueblo del sur de Hampshire.

—¿Es guapa?

—¿Podemos cambiar de tema?

—No.

—¡Demonios, Parker! —bramó su compañero—. ¡Qué placer hallas hurgando en las heridas ajenas!

Miles entrecerró aún más los ojos.

—¿Heridas? Eso no me ha gustado nada. No te habrás enamorado, ¿no? Porque si lo has hecho has sido un insensato. Sabías que solo ibas allí por tres meses.

—Qué importa. No la volveré a ver.

—Debía de ser una maravilla para haberte atrapado tan rápido. Podías habértela traído. Tu padre te exigirá que te cases tarde o temprano...

—Ella no podía acompañarme. Su condición social no era la apropiada.

—Ah... entiendo.

Julian se levantó y empezó a caminar nervioso por la estancia. Se pasó una mano por el pelo, algo que hacía cuando se sentía oprimido por la angustia.

—Soy un monstruo, Miles. Un monstruo despreciable. La abandoné. Me fui sin despedirme.

—¿Cómo que sin despedirte? ¿La dejaste tirada? —preguntó Huntercombe incrédulo.

—Estaba dispuesto a celebrar una boda secreta e instalarla en una casa decente hasta que supiera qué hacer. Pero Ada me abrió los ojos y me hizo ver que iba a cometer una locura.

—¿Ada? ¿Quién es Ada?

—Su prima. Nunca le caí bien. Desde el principio. Supongo que vio cómo era yo realmente.

—¿Me estás diciendo que abandonaste a la que podría ser la mujer de tu vida porque una arpía metió las narices donde no le llamaban? ¿Cómo se atreve a juzgarte de esa manera?

—Su juicio resultó acertado.

—Esas no son más que sandeces —aseveró Miles, enojado—. Eres un buen hombre, Julian. Y te aseguro que te has equivocado al ceder tan fácilmente.

—No tenía otra salida. Cassie no merece ser tratada como una cualquiera.

—¿Una cualquiera? ¡Pero si te ibas a casar con ella!

—Y luego a ocultarla de mis amigos y familia.

—¿Y eso qué tiene de malo? Con un padre como el que tienes, y perdona mi osadía, le estarías haciendo un favor.

—Lo hecho hecho está, sea lo correcto o no.

Miles se puso en pie y se acercó a su invitado. Apoyó su mano en su hombro y dijo:

—Si esa tal Cassie ha dejado honda huella en tu corazón, prepárate para languidecer durante los próximos cincuenta años, así que reza para olvidarla pronto y seguir adelante. ¿Qué te parece si empezamos llenando nuestros estómagos con el excelente almuerzo que nos han preparado?

Habían pasado varios días, y él seguía sin dar señales de vida. Ada le rogaba que se apartara de

la ventana, mas Cassie corría a aquél rincón en cuanto escuchaba un ruido en el exterior, implorando al cielo que su espera hubiera terminado. ¿Y si estaba enfermo? ¿Herido, quizá? ¿Y si su patrón le había castigado duramente por cortar las rosas de su jardín para traérselas a ella? Sentía escalofríos de tan solo pensarlo. Pobre Julian...

—Ada, estoy muy preocupada. No es normal en él estar tantos días sin venir.

—Cassie, déjalo. No pienses más en eso.

—¿Cómo que no piense más? ¿Qué insinúas?

—Puede que el señor Carter haya decidido irse a su tierra.

—No. No se iría sin decírmelo.

—Es una posibilidad.

Cassie la miró enfadada.

—No, no lo es. Tú no le conoces.

—Nunca se conoce lo suficiente a la gente.

—Te ruego que por primera vez le des el beneficio de la duda. Sé que es difícil para ti, puesto que le detestas.

—¡Yo no le detesto! Te dijo que le habían escrito...

Cassie cogió un taburete y se sentó. El oxígeno era escaso en aquella habitación. ¿O era su imaginación?

—No sería capaz de abandonarme sin una explicación, Ada. Lo sé. Me juró...

—No debes creer un juramento hecho por un hombre.

—No es un simple hombre. Se trata de Julian. El ser más bueno y desinteresado de este mundo.

Ada acarició el bolsillo de su delantal. Allí guardaba la cajita. No se había separado de ella ni un instante por miedo a que Cassandra la descubriera. La conservaba envuelta en el papel de regalo, intacta, tal y como la recibió de manos de Julian. Un presente para su paloma. Un regalo que no iba a entregarle. Por su propio bien.

—Cassie, escúchame... sé que esto es duro, pero considera la probabilidad...

La joven alzó el mentón.

—Va a venir. En cualquier momento aparecerá por la puerta y tú te tragarás tus palabras.

—No lo hará.

—¡Ada, ya basta! Puede estar necesitando mi ayuda y aquí estamos hablando de él como si fuera un mentiroso que falta a sus promesas.

—Te harás vieja esperándole, muchacha. ¿Crees que no lamento tener que decirte esto?

—Entonces no me lo digas. Además, sé dónde trabaja. Mencionó varias veces una mansión antigua llamada... The Royal... The Royal... ¡Oak! Eso es.

A Ada de pronto le embargó el pánico.

—¿Q... qué... quieres decir con que sabes dónde trabaja?

—¿Estará muy lejos?

—¡No! No pienso dejarte ir.

—Soy mayor y tengo dos piernas. La única manera de evitar que fuera a buscarle es encerrarme bajo llave, y aun así encontraría la forma de salir, aunque tuviera que prenderle fuego a esta casa.

—¡Cassandra! ¿Es que te has vuelto loca? ¿Has perdido el juicio?

Cassie se levantó de golpe.

—Te demostraré que Julian Carter es un hombre honrado. Y esta será la última vez que

despotricas tonterías sobre él.

La chica se dispuso a deshacerse de su mojado delantal y a arreglarse el pelo.

—Cassie, por favor..., no vayas. —A Ada le temblaba violentamente la voz. Se puso entre su prima y la salida con los brazos en jarras—. Te arrepentirás.

—Apártate, Ada.

—No es una orden. Es una súplica. Te romperá el corazón lo que encontrarás.

—Deja que yo sea quien recoja los pedazos. Y ahora apártate.

Cassie salió de la vivienda e inspiró el aire puro de la fresca mañana de septiembre. Encontrar The Royal Oak sería fácil. Una mansión de ese tamaño e importancia era conocida por todos los habitantes de la región. Bastaba con bajar al pueblo y preguntar.

Se encontró con la señora Lewis al llegar a la entrada de Fawley. Iba cargada con una enorme cesta de verduras y dos pollos. La rechoncha campesina se mostró amable y le sirvió de gran ayuda, ya que conocía a la cocinera de la vieja mansión y le había hecho algún que otro recado.

—¿Y qué vas a hacer tú en esa casona, jovencita? —inquirió con su acostumbrada curiosidad.

—Debo llevar un mensaje —respondió la chica, disponiéndose a alejarse y emprender el camino.

La vieja matriarca frunció los labios, y Cassie al instante se arrepintió de haber hablado. Era complicado salir airoso de las indagaciones de la cabecilla del corro de cotillas de la comunidad.

—¿Un mensaje? ¿Para quién? ¿Es que conoces a alguien que trabaje allí?

Tres preguntas en una sola frase. Esa mujer debía tener un cerebro enorme para poder almacenar tanta información a la vez.

—Yo... sí.

—Oh... ¿uno de los lacayos, quizá?

—No, no. El mozo de cuadra.

—¡Ah, Carter! —exclamó la aldeana.

Algo se revolvió en el estómago de Cassie al escuchar su nombre. ¡Conque la señora Lewis también lo conocía!

—Sí, el señor Carter. Es urgente, así que tengo que marcharme.

—Pues no te entretengo más, chiquilla. Y ándate con cuidado. Esos mozos no son nada de fiar.

—Gracias. Lo tendré.

Cassie se envolvió en su chal marrón oscuro y dio media vuelta. Esa mañana hacía frío. La brisa que soplaba de poniente le provocaba agudos estremecimientos, y procuraba dominar los ligeros temblores de su menudo cuerpo. Llevaba el cabello suelto, como la mayoría de las veces que salía a pasear, y su aspecto pálido y sus prominentes ojeras delataban su estado de profunda preocupación y angustia.

Caminó largo rato; no contó los minutos. Había dejado Fawley atrás, adentrándose en la extensa pradera que la separaba de su amor.

Estaría allí. Se llevaría una sorpresa, y puede que la regañara por presentarse sin previo aviso. Pero ella no pretendía molestar. Solo verle. Verle y comprobar que estaba bien.

Subió una pequeña cuesta y contempló con sus propios ojos al gigante de piedra gris, que se elevaba cual poderoso monarca en su trono de césped fresco magníficamente cortado. Se acercó con sigilo y silenciosa, como si temiera despertar a la gran mansión, en cuyos dominios reinaba una quietud asombrosa. A unos metros de la entrada se detuvo en seco y alzó la vista, observándola.

—Disculpe, señorita. ¿Puedo ayudarla?

Cassandra se volvió, asustada. Un hombre de rostro anguloso y arrugado y el cabello encanecido la miraba con curiosidad.

—Oh, perdone, señor. No quería entrar sin permiso en su propiedad.

Se calló al ver que el hombre se reía por lo bajo. ¿Se estaba divirtiendo a su costa? ¿Qué le hacía tanta gracia?

—Descuide, niña. No soy el dueño. Soy el jardinero —respondió el desconocido tendiéndole la mano—. Tanner. Tanner Chadwick.

—Cassandra Doyle.

—¿Buscaba a alguien de la casa?

—No exactamente. Tengo un mensaje para el señor Carter.

—Ah, Carter. El mozo de cuadra.

Chadwick notó un suave brillo en los ojos de la muchacha y sonrió. Sinvergüenza este Carter. Otra del pueblo que había caído.

—Si desea acompañarme, la llevaré hasta él.

—Muchísimas gracias, señor —dijo Cassie, agradecida.

Se dirigieron a los establos. Cassie quedó maravillada por el tamaño de los mismos y la cantidad de caballos que poseían. Una yegua baya de escasa altura llamó su atención. ¡*Ariel!*

—Si hace el favor de esperar aquí, iré a avisarle.

—Desde luego. Muy amable, señor Chadwick.

—No hay de qué, jovencita. Encantado de conocerla.

—Igualmente.

Chadwick desapareció en el interior de las cuadras. El fuerte olor a heno invadió las fosas nasales de Cassie. Un olor bastante desagradable, por cierto. Se llevó una mano a la nariz para poder soportarlo mejor.

Julian saldría y la vería en su lugar de trabajo, incordiándole como una colegiala enamorada. Sintió una terrible vergüenza. Ada le había advertido que era demasiado impulsiva, y tenía que darle la razón.

Se escuchó un ruido dentro. Alguien salía. Aguantó la respiración unos momentos, y... no era posible. El joven que venía hacia ella no era Julian.

Lo miró con el ceño fruncido, confusa. Él la escudriñaba, al parecer contento con lo que sus ojos veían. Una sonrisa ladeada se dibujó en su rostro.

—El señor Chadwick me ha informado de que me buscaba usted —anunció el mozo.

—Sí... no. Bueno... buscaba al señor Carter.

—El mismo.

—¿Perdón?

—Ha dicho que quería hablar con el señor Carter, el mozo de cuadra, ¿no?

—Sí, así es. Pero debe haber un error. Usted...

—Elton Carter, para servirla.

—Es un placer conocerle, señor. Pero no es el Carter que yo buscaba. ¿Es esta la mansión The Royal Oak?

—Sí, y yo soy el único Carter que trabaja como mozo de cuadra aquí.

Un viento helado recorrió los huesos de Cassie. Un horrible presentimiento se apoderó de su mente. Las advertencias de las que Ada le había hecho objeto acudieron a su memoria como un

torrente primaveral.

—¿Está seguro? —balbuceó, mirando a ambos lados.

—Completamente.

Cassandra palideció.

—Oiga, señorita... ¿se encuentra bien?

La joven no contestó.

—Señorita.

El semblante preocupado de su interlocutor la hizo volver en sí.

—Entonces... ¿nunca ha trabajado ningún Julian Carter en esta mansión?

—No, que yo sepa. ¿Puedo hacer algo...?

—No. Ya me ha ayudado bastante. Me ha dicho cuanto quería saber. Gracias.

Cassie le dio la espalda y comenzó a caminar cabizbaja, dejando a Carter contrariado y mirándola perplejo.

Se alejó despacio de The Royal Oak. Deseaba salir rápidamente, mas sus piernas no le respondían. Se abrazó y se tapó con el chal, presa de una infinita tristeza. Julian había desaparecido sin dejar rastro, y encima había mentido, tal y como Ada predijo.

«Sabe Dios qué querrá de ti. Si es que no lo ha conseguido ya.»

Sintió frío. Frío y náuseas. Julian no podía hacerle eso. No era propio de él. ¿Marcharse sin decir adiós, y después de lo que vivieron juntos?

¿Se había aprovechado de ella? ¿Le había engañado deliberadamente para obtener lo único que poseía de valor?

El solo pensarlo le revolvió el estómago. Asqueada, corrió hacia un árbol cercano, y apoyándose en él e hincando ambas rodillas en el suelo, vomitó.

Craig Haygarth observaba su copa de vino al trasluz, pensativo. Julian había regresado hacía tres semanas de la campaña y parecía evitarle cada vez que intentaba entablar una conversación. De hecho ni siquiera cenó con él la noche anterior. ¿Le guardaría rencor por haberle enviado allí?

Qué importaba. Ese mequetrefe lo que merecía era una buena paliza por los continuos escándalos en los que últimamente metía a su familia, tan respetable entre la élite inglesa. Fue un acto benevolente por su parte no imponerle un castigo peor.

Condenado inútil. Mata a su esposa al venir al mundo, años después envía a su hijo mayor a la tumba y ahora se las arregla para darle un último disgusto que termine por reunirle con sus antepasados. ¿Qué había hecho para tener que cargar con esa cruz?

Bajó la cabeza y la hundió entre sus arrugadas manos. Julian era su única esperanza... o tendría que designar a otro heredero. Y sería la primera vez en la historia de los Rockingham que el título y las propiedades pasarían al pariente más cercano porque el responsable de continuar el linaje no había estado a la altura. ¡Habrased visto semejante humillación! ¡Y con dos hijos varones! Tanto sacrificio para nada...

Craig tragó saliva. Cerró el puño con fuerza y sacó de su bolsillo un reloj de oro. Las doce del mediodía. Debía cancelar la cita con el notario y hablar con el administrador de Haygarth Park. Ya iba siendo hora de volver. Escuchó dos suaves golpes secos en la puerta.

—Adelante —ordenó.

Julian se asomó con cuidado.

—Se me ha notificado que querías verme, padre.

—Sí. Entra y cierra la puerta.

El joven obedeció y tomó asiento frente a él.

—¿Cómo está tu primo James?

—Con buena salud. Te manda saludos.

—Espero que tu estancia en su casa haya dado sus frutos. No tengo intención alguna de soportar por más tiempo ese comportamiento disoluto del que has hecho acopio durante los últimos meses.

Julian carraspeó antes de hablar.

—Te aseguro que no será necesaria otra lección. He aprendido bien esta.

La comisura de los labios de Craig se curvó hacia abajo. Su hijo no sabía si tomarlo como una sonrisa o una señal de advertencia.

—Me alegra oír eso. Al fin comienzas a aprender a valorar mis esfuerzos por hacer de ti un hombre de provecho.

Julian le miró fijamente. ¿Hombre de provecho? Le dieron ganas de reír a carcajadas. Si lo primero que pensó al volver fue en agarrar la ginebra y encerrarse solo en sus aposentos...

Pero gracias a Dios algo le detuvo. Sabía que vaciar todas las botellas de licor de la casa no calmaría el dolor que le oprimía el pecho. Y ella se avergonzaría de él. Se avergonzaría de verle ebrio como un vulgar tabernero.

—Tengo muy presentes esos sacrificios realizados en favor de Brandon y mío.

—Mientras sea así no habrá que tomar medidas drásticas.

¿A qué se refería con «medidas drásticas»? ¿Qué estaba tramando ese viejo cascarrabias ahora?

—¿Hay noticias del administrador? —preguntó Julian, intentando dar un giro a la conversación.

—De eso precisamente quería hablarte. Neckett me ha enviado una carta para ponerme al día de los sucesos ocurridos durante nuestra larga ausencia, y hay un caso en el que me gustaría centrarme.

—¿De qué se trata?

—El señor Mulligan vuelve a darnos problemas.

Julian se tensó.

—¿Ha tenido una recaída la señorita Mulligan?

—Sí, eso parece. Está tísica. Mulligan lleva varios retrasos en el arrendamiento y Neckett me pide consejo sobre qué hacer con él.

—Padre, es uno de nuestros mejores trabajadores.

—Lo sé, Julian, pero no somos hermanitas de la caridad. Si le alquilamos la casa con su terreno correspondiente fue para sacar beneficio de ello.

—No tendrá a dónde ir si le echamos. Su hija está enferma, y seguramente el dinero que destinaba para el pago del alquiler lo estará empleando para intentar alargarle la vida a la muchacha. Sabes que es un hombre honrado.

Craig frunció el ceño y Julian le escudriñó con la mirada. ¿Sería posible encontrar un atisbo de misericordia en el corazón de aquel ser?

—No hay otra forma de hacerlo —respondió el marqués con una expresión endurecida.

—Sí la hay.

—Me encantaría oír tu propuesta.

Julian se acarició el mentón y dijo a continuación:

—Démosle otro trabajo. O aumentale el número de horas. Podrás descontarle parte del salario para ir solventando la deuda.

—¿Crees que sería factible?

—Por supuesto. Mejor trabajar gratis que quedarse sin techo.

Rockingham se levantó de la butaca y le dio la espalda. Obviamente no permitiría que Mulligan viviera gratuitamente en sus tierras. No necesitaba el dinero en absoluto, mas no estaba dispuesto a alimentar la holgazanería de ninguno de sus empleados.

—Espero que no tome esta medida como un medio para intentar aprovecharse de la situación —declaró con gesto preocupado.

—No todas las personas que nos rodean son estafadores desalmados —le espetó Julian.

Craig se volvió bruscamente, irritado. Ese tono irónico era algo que odiaba en Julian. ¿Cuándo diantres iba a aprender a respetarle?

—Si por ti fuera le regalarías la casa del lago y todo lo que se le antojara —masculló.

—Tener contentos a nuestros criados y trabajadores no es cuestión de debilidad, sino de prudencia —dijo Julian—. La mano de obra del pueblo es la que sostiene nuestras vidas caras. Un campesino feliz con su arrendador le será fiel de por vida.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Existen varias familias que llevan trabajando para nosotros durante generaciones. ¿Crees que lo harían si no fuera porque de vez en cuando mostramos cierta benevolencia para con ellos? Esas personas no son esclavos, y pueden irse cuando les plazca. Sin embargo, siguen instalados en los hogares que les hemos dado.

—Puede que tengas razón. Siempre lo he dejado todo en manos de Neckett, que supongo será tan

blandengue como tú.

Julian sonrió.

—Te recuerdo, padre, que no fue idea mía lo de llevarles una cesta con queso y frutas a los Brealey cuando la pequeña Clementine se rompió dos costillas al caerse de un árbol.

Craig se puso rojo como la grana.

—Eso no fue un gesto de benevolencia. ¿Quién crees que soy yo? ¿Santa Claus? Cumplía con mis obligaciones.

—Y también les enviaste un médico.

—Basta ya, Julian.

—Como ordenes.

Rockingham se dirigió a su escritorio y descansó ambas manos sobre una pila de papeles.

—He permanecido en Londres más de lo que deseaba. Este fin de semana será el último que pasaremos aquí. Te encomiendo el asunto de Mulligan.

—Desde luego. Ahora debo de acudir a un compromiso. Si me disculpas...

Julian se levantó, y tras una fugaz despedida salió de la estancia. Craig se quedó mirando la puerta un buen rato, preguntándose a dónde iría. Había olvidado preguntarle qué era aquel donativo que había hecho el día anterior de manera anónima. ¿Se atrevería a gastarse el dinero de su asignación en prostitutas? ¿Quién diablos era miss Elisabeth Malloy?

Agotado tras un largo paseo, Latimer lanzó un suspiro y decidió parar para descansar. El frescor otoñal de principios de octubre se notaba, aunque a la verdad no hacía frío. Extendió una mantita sobre la verde hierba húmeda y se tumbó boca arriba, inhalando el aire puro del campo, un lugar al que cada día iba acostumbrándose más y al que comenzaba a considerar como su verdadero hogar.

Se vio pensando en la joven Cassie. Les había hecho una visita a los Doyle a finales de septiembre y la había notado extraña, callada, gris. Nada que ver con la muchacha energética que había conocido antes del verano. Les sirvió café a él y a su anciano padre y se sentó en un rincón, hundiendo la cabeza entre varias telas y prendas de vestir, sujetando la aguja con una lentitud anormal y las manos temblorosas.

Sintió deseos de averiguar el motivo de su desdicha, o lo que fuera que la atormentaba. ¿Estaba Jonathan otra vez enfermo, quizá? ¿O lo estaba ella?

Una ráfaga de viento helado azotó su rostro. El solo pensar en esa posibilidad le provocó una angustia indescriptible. Lo más sensato sería preguntarle directamente y ofrecerle su ayuda. Sí, eso era lo mejor.

De pronto, un movimiento a su izquierda le hizo girar la cabeza en esa dirección. Le habían dicho que algunos animales salvajes habitaban la zona, y que la máxima precaución era poca. Se puso en pie de un salto y esperó. Nada.

Intrigado, decidió ir a mirar. Se adentró en la maleza, y su manga se enganchó en una ramita sobresaliente del gran roble. Se liberó procurando evitar una rotura en la fina tela blanca de su camisa y prosiguió hasta llegar al riachuelo. Al contemplar la escena que tenía delante, el corazón le dio un vuelco.

—¿Señorita Doyle?

Cassandra se volvió, asustada y desorientada. Estaba de rodillas dentro del arroyo.

—S... señor... Latimer —balbuceó.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que la ayude a levantarse?

—¡Oh! No, no. Gracias —respondió Cassie, enderezándose y tratando de no perder el equilibrio.

—¿Se le ha caído algo al río?

La muchacha se ruborizó.

—No. Yo solo... me resbalé.

Frank se acercó a ella. Vio en sus ojos llorosos que acababa de contarle una mentira. Se decantó por no seguir indagando. La impresión que le causó el verla era suficiente. Podría ser que la verdad fuera demasiado dura para sus oídos.

—Permítame.

—De verdad, señor Latimer, no es necesario.

Frank hizo caso omiso a los ruegos de Cassie y la sacó del arroyo, guiándola hacia un tronco caído cercano. La piel de la chica estaba muy fría. Ambos se sentaron y él la tapó con su chaqueta.

—Debe entrar en calor.

—Estoy perfectamente, no se preocupe.

—Su semblante no acompaña a sus palabras, señorita. ¿Qué sucede? ¿Está enferma?

—No.

—Entonces es su padre.

—A mi padre no le ocurre nada.

Cassie giró su pálido rostro y se encontró con la mirada de Frank escudriñándola. Los ojos del caballero exhibían un brillo que nunca antes había reparado. Su cercanía la hizo sentirse incómoda, y esa sensación aumentó al ver que él se llevaba sus manos a los labios. Su cálido aliento la reconfortó.

De pronto se percató de la embarazosa situación en la que se había metido y se levantó como si el tronco estuviera ardiendo, alejándose de Frank y dejándole totalmente aturdido.

Latimer cerró los ojos y murmuró:

—Es inútil...

—¿Disculpe?

—Es una necedad por mi parte seguir ocultándoselo, Cassandra.

—No sé a qué se refiere.

—Claro que lo sabe. Lo sabe, y por eso se ha apresurado a levantarse y guardar las distancias.

—Señor Latimer, le juro que...

—La amo.

La joven se quedó paralizada, temblando como si le hubieran echado un balde cargado con cubitos de hielo.

—Por favor, no siga —suplicó, notando que una lágrima descendía por su mejilla.

—La amo, Cassie. Y soy plenamente consciente de que resulta desagradable para usted escuchar esto de la boca de un hombre como yo. No soy ningún jovencito, y soy extranjero. Pero mi corazón late desbocado por usted desde el día en que la vi por vez primera. Traté de olvidarla, ocupar mis pensamientos en otra cosa, pero todos mis intentos han resultado ser un fracaso.

—Pare, se lo ruego.

Frank se levantó y caminó hacia ella.

—No puedo. No puedo vivir con esto. No puedo tenerla cerca y no desear ardientemente abrazarla

y protegerla. Oh, cielos, no se asuste, por favor. Solo deseo... deseo...

—¡No! Tenga piedad y acabe con esta conversación sin sentido.

—Cásese conmigo.

Cassandra agrandó los ojos y lo miró aterrada.

—¿Cómo?

—Le ofrezco mi vida, mi fortuna, mi casa, mi alma... todo lo que yo poseo.

—No quiero que me ofrezca nada.

—Pero yo anhelo dárselo. Lo que he construido y conseguido hasta hoy, ¿de qué me sirve si no tengo con quién compartirlo? Esperaba a la mujer adecuada, y la he encontrado. Cassie, se que soy un bárbaro rudo que ni siquiera sabe declararse sin mostrarse grosero, mas le aseguro que es la adoración que siento hacia su persona lo que me hace comportarme de un modo tan indecoroso. La amo con una intensidad mil veces mayor de la que este cansado corazón es capaz de soportar.

Cassie estalló en un llanto nervioso y se cubrió la cara. Frank se quedó inmóvil, apenado por haber causado esa reacción en ella.

—No me desprecie por lo que acabo de confesarle...

—No... no le desprecio, señor Latimer.

—Es usted tan pura y buena... no la merezco. Soy un pobre pecador marcado por la vida y la miseria que lucha por hacerse un hueco en este mundo. En su mundo. Concédame el privilegio de convertirla en mi esposa, señorita Doyle, y le prometo que me dejaré la piel si es necesario para secar todas sus lágrimas, sea lo que sea lo que la aflija.

Frank le tendió un pañuelo de algodón y siguió observándola.

—Se equivoca conmigo, caballero —confesó la joven finalmente—. No soy buena, y mucho menos pura. Y no es su procedencia ni su carácter lo que condiciona mi decisión. No puedo casarme con usted. Lo siento.

Y salió corriendo hacia la granja sin mirar atrás.

Con una pila inmensa de ropas que doblar, Ada se arremangó y comenzó a separar las prendas. Cassie había estado enferma los días pasados, aquejándose de fuertes jaquecas. No quería ver ni hablar con nadie, y nunca hablaba de él. Al terminar cada comida, se iba al arroyo y allí pasaba horas enteras, volviendo a casa con las ropas completamente mojadas y el semblante ojeroso.

Temía por su vida. No se atrevía a pensar en ello, pero era inevitable. Sabría Dios qué clase de cosas estarían pasando por su cabeza tras sufrir tamaño desengaño, y le dolía el saber que en parte era su culpa por ocultarle la verdad acerca del abandono de Julian.

La cajita aún continuaba en su poder. Dudó si tirarla o conservarla una temporada, hasta que Cassie se recuperara del golpe y pudiera sostenerla entre sus manos sin echarse a llorar. Era un dilema que pugnaba en su pecho por hallar una salida. La historia volvía a repetirse, con la salvedad de que a la muchacha no le había dado tiempo a cometer una insensatez.

Lanzó un grito al escuchar un portazo. Cassandra entraba en la salita y corría escaleras arriba. Ada la siguió.

—¿Cassie? ¿Va todo bien?

—Déjame en paz, Ada.

Las dos mujeres se miraron. Cassie tenía el rostro arrebolado. Había llorado. Ada la tomó por un

brazó y la llevó a su habitación, cerrando la puerta detrás de sí.

—A ver, ¿qué ocurre?

—Nada.

—¿Nada? Tus ojos están enrojecidos, estás despeinada, tu vestido mojado y entras en casa como si el demonio te estuviera persiguiendo.

Cassandra la miró furiosa.

—¿Y qué quieres que diga? —gritó—. ¿Estás ansiosa porque te dé la razón?, ¿que te diga que él era exactamente como le describiste? ¡Pues sí, lo es! ¿Contenta?

—No te he preguntado eso —susurró su prima—. Lamento lo que ha sucedido. Sé lo que duele. Te comprendo, aunque no lo creas.

—Tú no tienes ni idea.

—Eres fuerte, pequeña. Aún es reciente, pues ha pasado solo un mes. Espera a...

—Vi a Latimer en el arroyo.

Ada no ocultó su sorpresa.

—¿Y por eso vienes de esta guisa?

Cassie respiró hondo.

—Me ha pedido que me case con él.

—¿Qué? ¿Y qué le has dicho?

—Le he rechazado.

Ada se dejó caer sobre la cama. Latimer... enamorado de Cassie...

—Querida... es un hombre distinguido...

—Si piensas que voy a aceptarle por eso, es que te has vuelto loca.

—No te estoy sugiriendo que lo hagas, solo que... es prácticamente un milagro que un caballero rico se fije en una doncella del campo. ¿Cómo se tomó tu negativa?

—No lo sé. Le dejé allí y corrí hasta perderle de vista.

—¡Cassie!

—No espera otra reacción por mi parte. Soy una aldeana, bruta y analfabeta.

—¿A qué viene eso?

—Y que sirva para que los hombres se diviertan con ella.

Ada se sobresaltó.

—¿Divertirse? No hables como si fueses una ramera. Tú... ¡oh, no!

—Oh, sí.

—¡No, no!

—Le calenté la cama a Julian Carter antes de que se fuera.

—¡Cállate!

Ada caminaba en la habitación como un gato rabioso.

—La noche de la tormenta, cuando nos refugiamos en la cabaña del leñador, consiguió de mí lo que venía buscando —prosiguió Cassandra—. Y aquí estoy, usada como un trapo lleno de inmundicia. ¿Y sabes lo que ha dicho el señor Latimer? ¡Que soy pura y buena! ¿No es increíble?

Reía a carcajadas como una demente. Ada la miraba sin saber qué decir. La mujer que le hablaba era otra, marcada por la traición y consumida por el odio.

—¡Usada! —exclamó la joven, cayendo al suelo de rodillas—. Y ahora nadie me querrá.

Ada corrió a su lado y la abrazó. Cassie se desmoronó y se aferró a ella, gritando de angustia.

—Óyeme, Cassie. Sé que te da igual lo que te diga, pero Latimer ha estado acertado acerca de su descripción. Sí eres pura y buena. Lo eres.

—No lo soy. He destrozado la vida de mi padre y también la mía —se lamentaba—. Se enterará. Tarde o temprano. Y yo prefiero morir antes que ver la decepción en sus ojos.

—¡No digas eso! ¡No vuelvas a repetirlo!

—Oh, Ada... ¿qué haré con este dolor tan grande que cargo en el pecho?

Se abrazaron nuevamente, y Cassie entre balbuceos le abrió su corazón, desahogando toda su pena. Era demasiado peso para llevarlo sola.

Suzanne Townsend se desperezó en el cómodo sofá de sus aposentos privados, somnolienta. Esperaba noticias del señor Storm, su representante, desde hacía semanas. Quería ese papel. Lo quería, y además, lo necesitaba. Su cuenta bancaria estaba mermando, y pronto se vería desprovista de su lujosa y ajetreada vida.

Miró alrededor. Colgado en su habitación había un cuadro de Tiziano, regalo de su último amante, que ahora estaba prometido con una señorita francesa de una familia de renombre procedente de Orléans. Sonrió para sus adentros. Otro que se vendía.

Se puso en pie, alisándose su elegante vestido de diario de seda color violeta, y se encaminó a su tocador, mirándose fijamente al espejo.

Era muy guapa. Su madre ya se lo decía. Esa espesa cabellera rubia que brillaba como el oro tras un largo cepillado y esos ojos azul celeste eran su mejor baza para obtener lo que deseaba de los hombres.

Soñaba con ser actriz desde su niñez. A menudo recordaba sus reuniones clandestinas con el servicio de la casa de su padre tarde en la noche para verla interpretar a Julieta (uno de sus personajes predilectos) teniendo como escenario la amplia cocina, quienes, tras su breve actuación, se deshacían en sonoros aplausos emocionados. Hasta conseguía que a Meg, la anciana cocinera, se le escapara alguna que otra lagrimilla. Qué tiempos aquellos.

Pero habían pasado los años. Con los veintidós cumplidos, aún no había logrado su propósito: ser la actriz más famosa y codiciada de toda Inglaterra. Claro que su hermoso rostro, su esbelta figura y su voz femenina y melodiosa le sirvieron para otras cosas... no muy honorables, sin embargo bastante rentables. Asistía a fiestas importantes, tomaba el té con damas de alta alcurnia (que la miraban por encima del hombro, cosa que le importaba un comino), y vestía a la última moda. Sus amigos, la mayoría lores casados aburridos de sus esposas, le traían de sus viajes cantidad de presentes, esperando que ella les correspondiera debidamente con algo de «afecto fraternal».

Estuvo en París, Florencia y Viena, conoció en persona al mismísimo primer ministro Robert Peel (que recién había fallecido en un fatal accidente de equitación), y bailó con el duque de Suffolk durante su fiesta de cumpleaños, a la que obviamente fue invitada por ser «pareja» de Miles.

Mas era consciente de que si se movía en esos círculos era solamente a causa de sus acompañantes, y no porque desearan su presencia. En varias ocasiones escuchaba cuchicheos sobre su persona, e incluso una vez lady Dansey se atrevió a escupirle en la cara que no había ninguna diferencia entre ella y una fulana barata.

Pura envidia. Envidia por no poseer su belleza, envidia por no tener a la mitad de Londres a sus pies. Y ahora Parker la perseguía como si fuese un faisán herido en plena época de caza. El caballero

en cuestión no estaba nada mal, y encima le había propuesto matrimonio, pero... ¿cómo se le ocurría que iba a aceptar ser la esposa de un vizconde, cuando tenía a varios duques disponibles? Solo era cuestión de tiempo, y alguno picaría el anzuelo. Y entonces hasta Miles se inclinaría para besar su mano.

Daisy, su doncella, llamó a la puerta y entró con un sobre.

—¿Qué llevas ahí, Daisy? —inquirió Suzanne, mirando el sobrecito.

—Es para usted, señorita Townsend. Una nota de parte del señor Storm.

—¿Quién la ha traído?

—Él mismo. Dijo que tenía prisa y no podía pasar, y me pidió que se la entregara.

—Voy a despedir a ese imbécil. Trae acá eso —gruñó arrancándole la carta de las manos y abriéndola rápidamente.

Estimada Suzanne,

Lamento terriblemente no poder acudir a nuestra cita de hoy; ando intentado conseguir una reunión con Abbott. Ese canalla es más escurridizo que una anguila.

No te preocupes. Haré que tu nombre figure en el cartel de la próxima obra.

Mis más sinceros respetos,

EPHRAIM STORM

Arrugó la nota y la hizo un ovillo entre sus dedos. Más le valía hacer su trabajo diligentemente y conseguir el contrato. Tanto su sustento como el de ese condenado judío dependían de la sabandija de Abbott.

Miró a Daisy. Todavía permanecía en la estancia, inmóvil como una estatua.

—¿Qué haces aquí?

—Perdón, señorita Townsend, es que...

—¿Qué? ¡Habla, muchacha!

Daisy se puso roja como un tomate y carraspeó.

—Lord Huntercombe está en la salita.

Suzanne puso los ojos en blanco.

—¿Le digo que venga después? —se apresuró a preguntar la doncella.

—No. Hazle pasar.

Daisy corrió escaleras abajo y Suzanne se apresuró a pellizcarse las mejillas frente al tocador. A los pocos minutos Miles hizo su aparición.

—Hola Susie.

Huntercombe se acercó y la besó en la frente.

—¿Cómo estás?

—Furiosa.

—Bueno, no es tan raro en ti.

—¿Te divierte verme así?

—Siempre y cuando esa furia no esté dirigida a este pobre servidor... ¿Qué ha ocurrido? ¿Es Storm?

—Creo que voy a deshacerme de él. Ha dejado escapar varias oportunidades. ¿Y para eso pago a un representante? ¿Para que tenga que hacerlo todo yo?

—A ver, cálmate, princesa. La cosa no será tan grave.

—¿Se trata de *Hamlet*, Miles! ¡*Hamlet*! —exclamó airada la joven—. Y miembros de toda la aristocracia británica estarán presentes en el estreno.

—Ah, sí. He oído hablar de ello.

—Abbott tiene que darme el papel protagonista. ¡Me lo debe!

—Si quieres puedo echarte una mano. Una palabra tuya y hago que unos matones le acorralen en un callejón. Funciona el cien por cien de las veces.

Miles la atrajo hacia sí y le rodeó el talle con sus fuertes brazos. Suzanne lanzó un suspiro y acarició la solapa de su chaqueta.

—No tienes por qué continuar trabajando para sobrevivir, Susie.

—El teatro es mi vida.

—No. Es tu pan. Ninguna mujer respetable quiere verse metida en ese mundo.

—Tú no lo entiendes. Te han rodeado de lujos desde que naciste y piensas que el tener una profesión es algo detestable.

—Te equivocas, amor. TU profesión es detestable. ¿Por cuántos años más habré de soportar que te babeen encima esos cretinos? Te ofrecí otro camino, y no entiendo tu negativa a aceptarlo.

—¿Qué camino? ¿Convertirme en una holgazana que se pasa el día bordando y hablando de los demás?

—Pues bien que te gusta codearte con ellas.

Parker la apretó contra sí y ella pestañeó lentamente, un gesto que a él le fascinaba.

—¿Para qué me quieres en Huntercombe Manor? ¿Para exhibirme como un trofeo ante tus amigos?

—No seas necia. Tú no eres un trofeo. ¿No has pensado que si anhele tenerte bajo mi techo es porque te quiero?

Suzanne rio y le rozó el mentón con los labios.

—Tú no me amas, Miles. Estás encaprichado porque sabes que varias de tus amistades también me desean. Les ganas en las mesas de juego, y pretendes hacerlo también conmigo.

A Miles se le ensombreció la mirada y la soltó bruscamente.

—Como usted ordene, señorita Townsend. No volveré a molestarla hablándole de mis sentimientos.

Suzanne le dedicó una sonrisa seductora.

—No hagas como si estuvieras enfadado. No eres buen actor.

Miles la miró de reojo y ella se abalanzó sobre él, rodeándole el cuello con los brazos.

—Eres mi príncipe favorito.

—No quiero ser tu favorito. Quiero ser el único.

Y se apartó de la chica, cogiendo su sombrero y yendo hacia la salida. Al detenerse, agarró el pomo de la puerta, se volvió y musitó:

—Te veo esta noche, queridísima Ofelia.

—Cassie.

—¿...Mmm...?

La suave voz de Ada despertó a la muchacha, que se había quedado dormida haciendo sus labores. Su prima cogió de su regazo los retales de tela con los que pretendía coser un nuevo mantel, y la

tomó suavemente de las manos.

—Cariño, estás helada. ¿Quieres que te sirva más té?

—No, gracias. He de acabar esto. Tengo mucho trabajo atrasado.

Cassie se levantó con pereza y tomó la cesta donde guardaba el hilo y las agujas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ada amablemente.

—No sabría describírtelo. En algunas ocasiones siento como si me engullera la tierra y en otras como si los primeros rayos del sol de la esperanza se estuvieran asomando a mi ventana.

—Me alegra oírlo.

Una sonrisa triste se dibujó en el rostro de Cassie.

—Hay que superar los obstáculos. Me he hecho a la idea de que nunca me casaré. Y será bueno, porque así no dejaré solo a papá.

—¿Y si aparece alguien al que no le importe que hayas pertenecido a otro hombre?

—Eso no sucederá. En cuanto se lo confiese, me aborrecerá y repudiará.

Ada jugó unos instantes con su trenza y, bajando los ojos, murmuró:

—Le he visto esta mañana.

Cassandra tragó saliva.

—¿Está bien?

—Eso parece. Se ha interesado por tu salud.

—¿Le has contado que he estado enferma?

—Perdóname, Cassie. Pero he tenido que hacerlo.

—Oh, Ada...

—Me temo que no tardará en venir a visitarte.

—No, por favor. No estoy preparada para enfrentarme al señor Latimer.

—Él te ama de veras.

—Por eso. Lo último que deseo es hacerle daño. Tras su declaración, yo...

—Seguro que lo entiende. Sin embargo, ya que has sacado el tema, hay algo que necesito participarte.

Cassie se sentó junto a la joven y susurró:

—Dime.

—Verás... he estado analizando la situación. No te enfades por lo que voy a decir, te lo ruego.

—No me quedan energías para enfadarme.

—Me contaste que el señor Latimer te había propuesto matrimonio, ¿cierto?

—Sí.

—¿Sabe algo de lo que ha pasado entre Julian Carter y tú?

—¡No, por Dios! ¿Cómo se te ocurre?

Ada guardó silencio unos segundos.

—Querida, creo que esta es la oportunidad perfecta para rehacer tu vida.

—¿De qué hablas?

—Frank Latimer es un hombre bueno, comprensivo y está enamorado de ti. Además, es rico.

—No, Ada.

—Piénsalo. Estaríais protegidos. Tú y tu padre. No os faltaría de nada.

—No nos falta de nada ahora.

—Tío Jonathan se hace viejo. ¿Y qué será de ti entonces? Hugh y yo te acogeríamos en casa con

gusto, pero no es justo que no tengas tu propio hogar y cuides de tu propia familia por un grave error cometido en el pasado.

—Rechacé su propuesta. Y aunque me retractara, no podría mentirle acerca de...

—Lo sé. Él lo descubriría por sí mismo en la noche de bodas.

Cassie arqueó las cejas.

—Los hombres saben de esas cosas —explicó Ada—. Así que no sería cuestión de embaucarle, sino de contarle la verdad antes de vuestra unión.

Cassie se levantó y se paró ante la ventana, agarrando las cortinas azules con fuerza hasta que se le quedaron blancos los nudillos.

—Es monstruoso —declaró.

—Las salidas que se nos presentan ante las dificultades no siempre son deseables.

—Me moriré de vergüenza si he de abrirle mi alma de esa manera. ¿Cómo estás tan segura de que no me despreciará?

—Si lo hace nada habrás perdido. Todo seguirá igual. Es un caballero, y los caballeros no revelan secretos ajenos, sobretodo cuando se trata de guardar la reputación de una mujer.

—No lograré articular una palabra teniéndolo delante y mirándome como me mira.

—Mándale una carta.

—¿Una carta? ¡Si escribo fatal!

—Yo te ayudaré. No hay prisa. Tómatelo con calma. Dos cerebros funcionando son mejor que uno.

El terror se apoderó de Cassandra. Se llevó una mano al pecho y dijo:

—No puedo respirar. ¿Te importa que salga a tomar el aire?

—En absoluto. Te acompañaré. ¿Te traigo agua?

—No. Esto tiene que ser una pesadilla, Ada. Me despertaré cuando menos lo espere.

—Cassie...

—Y yo que me burlaba de la señoritas de la alta sociedad... acabaré... vendiéndome también.

—Ven. Vamos fuera.

—No quiero casarme con él. No le amo.

Ada sujetó a su prima por los hombros.

—El amor llegará con los años.

—¿Y si no ocurre como dices? No soportaría que me tocara íntimamente. No sería capaz de cumplir con mis deberes conyugales.

—Es más fácil de lo que parece, pequeña.

Cassie la miró fijamente.

—No poseo tu valentía. Tú le diste dos hijos a Hugh. Yo no consentiría que... entrara en mi dormitorio.

—Si accede será tu marido, y por lo tanto, tendrá derecho a entrar en tu dormitorio. Pero no estamos hablando de una bestia sin misericordia, Cassie. Se trata del señor Latimer, de espíritu generoso y tierno corazón. Con paciencia se ganará tu afecto.

—Júrame que será de esa forma.

—Demos ese paseo.

Frank se retorció las manos, luchando por concentrarse en asuntos pendientes de una urgente revisión. Su viaje a Londres era inminente; el proyecto en el que llevaba trabajando desde el año anterior no podía esperar. El éxito estaba a la vista. El camino era largo y complicado, pero seguro. Le dio una bocanada a su puro. Su despacho se había vuelto un lugar de refugio, donde no era molestado y podía pensar a solas y decidir qué hacer.

Iría a verla. Llevaba posponiéndolo desde su desafortunado encuentro, donde le confesó su amor y ella le rechazó, dejándolo solo y echando a correr como una niña asustada.

—Bruto, más que bruto —murmuró para sí—. Tuviste suerte de que no te empujara al río. ¿En qué pensabas cuando la abordaste tan cruelmente, y para colmo a solas en el bosque? Irás y le pedirás perdón por tu comportamiento, Frank Latimer. Lo harás.

Su mayordomo llamó y entró.

—Señor, traigo un mensaje para usted.

—Gracias —respondió Frank tomando la misiva.

Notó algo extraño en el papel. La abrió sin vacilar. Letra borrosa, aunque entendible.

Estimado señor Latimer...

—¿Quién la ha traído? —inquirió.

—Una señorita del pueblo. Joven. Cabello largo y castaño.

Latimer sintió una punzada en el pecho.

—¿Sigue aquí?

—No, señor. Insistí en que entrara, mas se negó rotundamente y se marchó.

—De acuerdo. Puedes retirarte. Si vuelve, retenla y avísame.

—Sí, señor.

Al retirarse el criado, Frank se levantó y empezó a caminar nervioso. ¿Sería Cassie la chica que había visto el mayordomo? Y la carta... ¿sería suya?

La leyó con premura. Palabra por palabra. Experimentó toda una mezcla de sentimientos en escasos segundos.

Ira. Impotencia. Dolor. Compasión...

... y este es el motivo de mi rechazo. No soy buena para usted. No lo soy para nadie. Ni siquiera para el peor pecador de Fawley. Soy... una pérdida que ha deshonrado a su familia.

—¡Higgins! —gritó Latimer, abriendo la puerta de la estancia con violencia.

El mayordomo apareció de la nada, temblando como una hoja caduca en otoño.

—¿Me llamaba?

—Ordena a Jamieson que ensille a *Sultán*. ¡Rápido!

—Ahora mismo, señor.

Frank salió a toda velocidad de Clevedon House, galopando imprudentemente por el campo, saltando vallas y setos, desesperado por divisarla en alguna parte de la extensión de tierra.

Vio su imagen a lo lejos, andando despacio y cabizbaja, arrastrando lo que parecía un chal de lana marrón. Cabalgó hasta tenerla a solo unos metros.

—¡Señorita Doyle!

Cassandra se giró. Al ver a Frank, un rubor intenso cubrió sus mejillas. Latimer se apeó del caballo y se acercó. Jadeaba. Y llevaba el mensaje en la mano.

Al ver la hoja de papel, Cassie se estremeció.

—He recibido su mensaje —comenzó a decir el caballero.

Ella guardaba silencio, mirándole temerosa y avergonzada.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué me lo ha contado? —preguntó atropelladamente él.

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—Porque no debe tener un concepto equivocado de mí.

—No le comprendo.

—Usted no me conoce, señor. No me conoce en absoluto. Y todo aquello que me dijo... se lo dijo a una mujer que no guarda relación alguna con la que ha creado en su propia mente y a la que le ha entregado su corazón.

Frank lanzó un suspiro.

—¿Y me escribe para prevenirme de esa peligrosa criatura?

—Así es.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Pero no era necesario.

Cassie frunció el entrecejo.

—Tengo cuarenta y un años y peco en ocasiones de ingenuo a pesar de mi edad. Mas le aseguro que mi sentido común aún continúa en perfecto funcionamiento —observó Frank, notando que ella se ponía rígida.

—No pretendía ofenderle. Lo lamento.

—No me ofende, señorita Doyle. Se ofende a sí misma. Intenta convencerme de que la desprecie, ¿no es cierto?

—Yo...

—¿Y cree que lo conseguirá sincerándose conmigo en una carta?

—Quería que supiera la verdad.

—Exacto. Y las personas de espíritu malévolo lo último que hacen es decir la verdad.

Ella le miró estupefacta.

—No hay justificación para lo que hice. Fui egoísta y mezquina, no pensé en nadie más que en mí.

Latimer se acercó y le tomó las manos.

—¿Amaba a ese hombre, señorita Doyle?

Cassie asintió.

—Bien, porque eso es lo único que me impide ir en su busca y matarle por lo que le ha hecho.

La joven abrió los ojos como platos.

—Permítame sincerarme, pues ha llegado mi turno —declaró Frank—. Planeaba acudir a la granja para rogarle que me perdonara por mi brusquedad. Vi el terror en su mirada, y eso me llenó de angustia. Pero de todo lo que le hablé en la orilla de aquél riachuelo, no retiro ni una sola palabra. La amo, Cassie. La amo profundamente. Cuando le pedí que fuera mi esposa no le impuse ninguna condición. Tampoco lo hago ahora. Le estaré eternamente agradecido por su bondad y honestidad para conmigo, mas no me pida que la olvide, porque no lo haré. Santo cielo, se me desgarró el alma al verla sufrir tanto... déjeme llevar esa carga, por favor.

—Señor Latimer... —susurraba Cassandra entre lágrimas—, no... no merezco un amor así.

—Y yo no merezco a una mujer así. Pero la quiero. Soy tremendamente egoísta, ya ve. Somos

iguales. Cassie, dígame que sí y hágame el hombre más feliz del universo.

Cassandra sintió un nudo en la garganta al ver que Frank besaba las palmas de sus manos con devoción. Apretó la mandíbula e inspiró hondo. Su destino estaba a punto de cambiar.

—Sí, señor Latimer —se oyó murmurar—. Me casaré con usted.

El elegante traje bordado color crema estaba majestuosamente extendido sobre el lecho, junto a un modesto ramo de flores. Era un soleado día de finales de octubre, y Cassie, sentada frente al espejo y ayudada por su prima, terminaba de arreglarse y recogerse el cabello en un sencillo y práctico peinado.

Inspiró profundamente. El bendito corsé le oprimía las costillas.

—Ada, ¿puedes aflojar esto un poco? —preguntó, irguiéndose en la silla.

—Claro.

Los rápidos dedos de Ada desataron las cintas de la prenda y volvieron a ajustarla con cautela al menudo cuerpo de la muchacha.

—¿Así está mejor?

—Sí, gracias. Me va a costar acostumbrarme.

—Te ayudará a mantener una cintura fina y estilizada. Recuerda que a partir de hoy serás la esposa de un hombre importante y deberás vestirte consecuentemente.

Cassie se tensó. Le ocurría cada vez que oía la palabra «esposa». Se volvió hacia Ada y balbuceó:

—Tengo miedo.

Ada se agachó y le acarició la barbilla.

—Todo irá bien.

—¿Y si... y si me niego a compartir su dormitorio y me obliga a... ?

—No creo que lo haga. Si no te amara, es probable que te forzara, mas por causa de sus sentimientos hacia ti, te respetará si no deseas yacer con él esta noche.

—Quizá me deje tranquila hoy, ¿pero qué pasará con las demás noches?

—Es lógico que requiera de ti que cumplas con tus obligaciones. No puedes pretender casarte con él y luego vivir bajo su techo como una hermana, querida.

—Ada, siento pánico cada vez que lo pienso.

—Relájate. Aún quedan varias horas para la noche de bodas.

Las dos mujeres miraron en dirección a la cama. El vestido resplandecía bajo los intensos rayos del sol que entraban por la ventana.

—Ha sido un detalle precioso por su parte —observó Ada, admirando la belleza del traje de novia—. Te lo ha hecho traer de Londres, cariño. ¿Imaginas la fortuna que costará eso?

—Jamás me había puesto algo tan caro.

—Este será el comienzo de una nueva vida. Se acabaron los fatigosos madrugones y el trabajo pesado. Tendrás criados a tu disposición y podrás viajar y aprender a leer mejor. Incluso he oído decir al señor Latimer que contratará a un par de mozos que ayuden al tío Jonathan con la granja, ya que el muy terco se ha negado a irse con vosotros a Clevedon House.

—Papá tiene su orgullo. Además, ha aceptado a regañadientes darme su bendición. No puede comprender por qué he elegido al señor Latimer.

—Necesita adaptarse. Su única hija se le va, y es duro para él separarse de ti.

Llamaron a la puerta. Cassie se levantó y se cubrió con una bata.

—¿Sí?

—Soy tu padre, Cassandra —respondió Jonathan al otro lado—. ¿Puedo entrar?

—Pasa, papá.

El señor Doyle atravesó el umbral y se quedó de pie frente a ella, mirándola con severidad.

—Voy a bajar un momento a comprobar si la señora Bloom ha traído los adornos que quedaban para decorar el altar de la iglesia —dijo Ada, dirigiéndose a la salida—. Vuelvo enseguida.

Y desapareció escaleras abajo.

—Bonito vestido —apuntó Jonathan, con semblante ceñudo.

Su hija bajó la vista.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¿Enfadado?, no. Sorprendido es la palabra correcta.

—¿Tan extraño te parece que me vaya a casar?

—Tienes dieciocho años. Estás en la flor de la vida. Me temía desde hacía unos meses que algún pretendiente acudiera a esta casa, pero... reconozco que Latimer no estaba entre mis candidatos para llevarte a la vicaría.

—Es un caballero respetable. Y me quiere.

—Te dobla la edad, niña...

—¿Y qué importa eso?

—¿Le amas?

—Papá, estoy a punto de convertirme en su mujer...

—Sé que es una pregunta absurda, ya que conociéndote sé que no te atrae su riqueza, por lo tanto has de tener motivos nobles para atarte a él. Si le has entregado tu afecto lo aceptaré, no me queda otro remedio.

—Hablas como si me fueran a guiar a la horca.

—Será exactamente una ejecución simbólica lo que representará esta boda si te estás equivocando, hija. El matrimonio no se puede sobrellevar si no existe amor entre los cónyuges.

—El señor Latimer es un ser tan amable que es imposible no quererle.

—Entonces no te conozco tanto como pensaba. Juraría que era a ese joven... Carter, a quien preferías.

Cassie le miró irritada.

—Julian Carter era solo un amigo.

—Que por cierto, no hemos vuelto a ver. ¿Dónde anda ese chico?

—Tuvo que volver a su tierra con su familia.

—Ah. Una pena. Me hubieran salido unos nietos guapísimos.

—Basta, papá —escupió Cassie, molesta—. Por respeto a mi prometido te pido que no sigamos conversando sobre esto.

—Como quieras. Te dejo, no deseo incordiarte —dijo el anciano besándola en la frente—. Si eres feliz, también lo soy yo.

—Gracias. No sabes la fuerza que me da tu apoyo.

Los ojos del granjero se empañaron de lágrimas.

—Mi apoyo y mi amor estarán de tu lado siempre, ratoncillo.

—Oh, papá —gimió ella, abrazándole—. Vendré a visitarte todos los días. Nada cambiará entre nosotros.

—Sí cambiará. Debe cambiar. En cuanto salgas de la iglesia del brazo de Latimer, será a él a

quien te deberás en primer lugar.

—Te quiero.

—Te me has adelantado, tramposa. Será un placer verte paseándote con tu parasol y en carruaje por el pueblo. Las urracas esas se morirán de envidia.

Cassie rio.

—¡Qué malo eres!

Jonathan se puso su sombrero y susurró:

—Hasta el santo con la aureola más grande del cielo disfrutará viendo tal escena.

Dos horas más tarde, Cassie dejaba el que fue su hogar desde su nacimiento y se dirigía a la iglesia acompañada de su padre, Ada, Hugh y los niños. Llevaba el rostro cubierto por un velo, y caminaba a un ritmo pausado y tranquilo.

Empero su corazón latía con tal energía que temía desmayarse de un momento a otro, y sin darse cuenta hincó las uñas en el brazo de Jonathan, que la miró contrariado. Este descansó su mano libre sobre la suya y la palmeó un par de veces, dibujando una sonrisa ladeada y diciéndole que todo iría bien con un ligero movimiento de labios.

La ceremonia, presidida por el reverendo Jenkins, se hizo más corta de lo que esperaba. Pronunció los votos como una autómatas, sin prestar atención a las palabras del pastor, dando gracias a que su rostro estaba tapado y nadie se percataba de su consternación.

Notó que Frank se giró varias veces a mirarla, y sentía ganas de gritar y correr. Correr sin detenerse hasta llegar a algún lugar donde pudiera arrancarse el vestido a tirones y llorar a gusto, vociferando todas las maldiciones que se le ocurrieran contra el hombre al que había amado y que ahora la empujaba a un precipicio sin fondo.

«Sí, quiero.»

¡No! ¡No quería! ¡Maldita sea!

Frank le sostuvo la mano y deslizó una alianza de oro en su dedo anular. Ella imitó su gesto, y al ser declarados marido y mujer, Latimer descubrió su rostro y le dio un beso en la mejilla, entre aplausos de los presentes.

La fiesta duró hasta bien entrada la tarde. Frank había ordenado preparar un banquete en el jardín de Clevedon House, convidando a los amigos más allegados de su flamante esposa.

Cassie no probó bocado. Sentada junto a Ada todo el tiempo, no hacía más que observar el circo montado a su alrededor, y veía a todos bailar, beber, reír y comentar lo preciosa que estaba la novia.

Frank se acercó e interrumpió sus cavilaciones.

—¿Cansada, querida?

—Un poco.

—¿Quieres retirarte ya?

Ada la miró de reojo. La tensión que se produjo entre la pareja era casi palpable.

—Una recepción magnífica, señor Latimer. Le agradecemos el detalle de invitar a parte de nuestros conocidos a compartir con nosotros este día.

—No me lo agradezca, señora Smith. Las amistades de mi esposa son bienvenidas en esta casa. Y, por favor, ya que ahora pertenecemos a la misma familia, le ruego que me llame Frank.

—Así sea entonces —asintió Ada inclinando la cabeza.

Al finalizar la celebración y tras despedir a todos, Latimer llevó a la nueva ama de Clevedon House al salón principal y se la presentó a todo el servicio, un total de diecisiete criados. Estos

saludaron con efusividad a su señora, y se mostraron muy solícitos para con ella. Amy Hunt, una de las sirvientas, fue designada por Frank como la doncella personal de Cassie, noticia que recibió con gran satisfacción.

Uno a uno fueron retirándose y volviendo a sus quehaceres, dejando solos a los recién casados.

—¿Quieres ver tu habitación? —preguntó Frank, ofreciéndole el brazo.

—Sí.

Subieron lentamente las escaleras y se detuvieron en el primer piso. Cassie caminaba en silencio a su lado, contemplando absorta la bella decoración de las paredes. Se paró en seco detrás de su marido y este abrió una puerta.

—Sus aposentos, señora Latimer.

La joven emitió una exclamación de sorpresa al entrar en la estancia. Una enorme cama con dosel de madera maciza estaba dispuesta a su derecha, cubierta con una colcha verde bordada. Las cortinas eran del mismo color.

—¿Te gusta?

—Es... muy grande. Casi tan grande como la granja.

Latimer rio.

—Pues este es tu dormitorio. Encargué la ropa de cama en Londres, aunque no sé si es de tu agrado.

—Es perfecta. ¿A dónde da esa puerta de ahí? —inquirió Cassandra señalando la pared que tenía enfrente.

—A mi dormitorio.

Ella enarcó las cejas. ¿Iban a dormir separados?

—Están comunicados —explicó Frank.

—¿Y por qué han dividido el dormitorio matrimonial en dos?

—Es la costumbre. También es por el espacio, claro. Una dama debe tener su rinconcito privado.

La miró fijamente, haciéndola ruborizarse, y dijo:

—Supongo que estarás ansiosa por cambiarte y darte un baño relajante antes de bajar a cenar.

—Me encantaría. Tengo los pies molidos.

—De acuerdo. Mandaré llamar a Amy para que te ayude. Nos vemos en una hora, amor —respondió Frank rozándole la frente con los labios.

Amy apareció en pocos minutos, cargada con algunas toallas. Ayudó a Cassie a desvestirse y llenó la tina de agua caliente.

—¿Desea algo más, señora? —preguntó.

—No, gracias. Puedes retirarte, Amy.

La muchacha obedeció y Cassie se metió en la bañera. Experimentó un inmenso alivio al hundirse en el agua, aunque le martilleaba fuertemente la cabeza. Se masajeó el cuello y se mojó el rostro, agradecida porque la hubieran dejado sola al fin.

Pronunció su nuevo apellido en voz alta y se miró la mano, distraída por el destello de su anillo de boda.

—Cassandra Latimer, señora de Clevedon House —musitó para sí.

Soltó una risita amarga. Ahora su destino se había vuelto su verdugo. Que Dios se apiadara de ella.

La humilde casita de los Mulligan estaba cerca del límite de las tierras del marqués de Rockingham. El terreno de la misma era fértil y la familia que ocupaba la vivienda vivía feliz en su pequeña parcela alquilada.

Julian ya no recordaba cuánto tiempo llevaban instalados allí. Desde su niñez tenía grabada en su mente la imagen de Jason Mulligan trabajando su huerta y tarareando alguna canción popular de su país natal, Gales, mientras sus hijos correteaban alegres persiguiendo a las gallinas. Y la pobre Claire, la hija mayor, siempre enferma.

Se apeó de *Thunder*, un magnífico corcel negro que solía acompañarle en sus recorridos por las inmediaciones de Haygarth Park, y ató las riendas en la rama de un árbol junto a la entrada. Su anfitrión ya le esperaba fuera.

—¡Buenas tardes, lord Haygarth!

—Hola, señor Mulligan. ¿Cómo está?

—Bien, señor —contestó Mulligan, entrando en la casa detrás de Julian.

—¿Y la señorita Mulligan?, ¿ha mejorado?

Jason frunció los labios.

—No, milord. Mi Claire sigue tosiendo mucho. Hace un par de días creíamos que se nos iba.

—¿Qué les ha dicho el doctor Gallagher?

—No nos da demasiadas esperanzas. Le queda poco, eso lo tenemos asumido. Aunque su madre está destrozada.

—Lo imagino. Si pudiéramos ayudar...

—No se preocupe, joven. Ya han hecho suficiente. Les estamos muy agradecidos a usted y a su padre por enviar a su médico para atender a mi hija. Ahora nos es imposible costearnos cualquier clase de tratamiento. Dios les bendiga por su generosidad.

Mary Mulligan salió a su encuentro.

—¡Oh, lord Haygarth! Bienvenido —dijo ofreciéndole un asiento.

—Gracias, señora Mulligan.

—Acabo de sacar unos panecillos con pasas del horno. ¿Le apetece tomar el té con nosotros?

—Aceptaría encantado su invitación, pero no puedo quedarme. Solo he venido a hacerles una rápida visita; no deseo incomodarles.

—Jamás nos incomodará su presencia en nuestro hogar, milord —intervino Jason—. Usted y su hermano han sido, y perdone el atrevimiento, como hijos para mí. Estamos contentos de que haya vuelto, vaya si lo estamos.

Julian sonrió.

—Espero entonces que no decidan buscar otro lugar al que trasladarse.

—¡No, no! Solamente nos marcharemos si el amo no quiere continuar arrendándonos este trocito de tierra.

La señora Mulligan bajó la vista, avergonzada. Julian seguramente estaría al corriente de su precaria situación. Su corazón dio un vuelco cuando el caballero puso una mano en el hombro de su marido y dijo:

—Mientras ustedes vivan nadie les sacará de esta casa. Les doy mi palabra.

Si no hubiera resultado absolutamente indecoroso, Mary se habría lanzado a besarle los pies.

—Y, por cierto, mi padre me ha pedido que concierte una reunión con usted, señor Mulligan —

prosiguió Haygarth—. Necesitamos mano de obra en un proyecto que llevaremos a cabo a lo largo de este año y pensamos en contar con sus servicios.

Los ojos del anciano brillaron de emoción.

—¡Sí, desde luego que sí! Cuenten con este saco de huesos. Será un honor.

—Lo celebro. Ahora he de marcharme. Hablaremos más adelante al respecto. Que tengan un buen día.

—Igualmente, señor —respondió el matrimonio al unísono.

Julian se alejó de aquella casa con gran pesar en su alma. Esas personas estaban a punto de perder a un ser querido, y no podían hacer nada para evitarlo. Sin embargo, la sonrisa nunca desaparecía de sus rostros. En cambio él permanecía envuelto en una neblina que le ahogaba, ensombreciendo cualquier atisbo de alegría que pudiera brotar de su interior.

Su pequeña paloma... ¿qué estaría haciendo en esos momentos? Una inexplicable congoja se había apoderado de él las últimas horas, y sus pensamientos giraban en torno a Cassie todo el tiempo.

Cabalgó por los dominios de Haygarth Park, evocando los cálidos meses de verano, los únicos de su vida en los que realmente fue feliz. Se detuvo al divisar la augusta construcción en piedra gris por la cual había sacrificado su futuro.

—Si hubieras nacido plebeyo ahora estarías con ella —declaró.

Thunder agitó su esbelto y musculoso cuello y emitió un agudo relincho. Julian palmeó su oscuro lomo.

—Grandiosa, ¿eh? Y todo eso solo para dos personas. ¿Sabías que el establo donde vives es mayor que la morada de la mujer más hermosa del mundo?

Thunder permaneció quieto, con las orejas inclinadas hacia atrás. Él no sabía de corazones rotos. Actuaba según su instinto, una costumbre perdida entre ciertos seres humanos.

Bajo las órdenes de su jinete, empezó a avanzar al trote. Era hora de regresar.

Venecia. Una ciudad edificada sobre calles inundadas. Al menos era como se la habían descrito. Trató de imaginar la rutina de sus habitantes, con su clima templado y un idioma del que no entendía una palabra, usando como medio de transporte graciosas embarcaciones en vez de carruajes.

Frank le había prometido que una vez allí la llevaría a conocer la plaza de San Marcos y hacer una visita a la basílica, después de degustar en algún restaurante un plato típico del país. Y por la noche asistirían al teatro.

Se vio abrumada por los intensos cambios de los estaba siendo objeto, y por todas las cosas que día a día aprendía y que en ocasiones le parecían ser parte de un sueño. Un sueño compartido con el hombre que caminaba a su lado, sonriente y satisfecho. Su marido.

—¿Verdad que es asombrosamente fabuloso? —preguntó él señalando el gigantesco palacio frente a ellos.

—Como los de los cuentos de hadas. ¿Cuál es su nombre?

—*Château de Versailles*.

Cassie frunció el entrecejo al escuchar a Frank hablar en francés.

—Qué nombre tan extraño.

—Nosotros lo conocemos como «Versalles».

—Sus jardines son interminables.

Frank le acarició la mejilla.

—La mayoría de la gente que lo visita lo hace en realidad por los jardines. Sé lo mucho que te gustan, y por eso te traje aquí. Versalles es una atracción turística muy demandada por su ostentación, y es un delito imperdonable abandonar París sin pasar por él.

—Con un solo pedazo de una de sus columnas podríamos dar de comer a decenas de familias en Inglaterra.

—Los franceses siempre han sido muy pagados de sí mismos. Construyeron esta belleza para darle una residencia al rey que fuera de su gusto, y el pueblo se hartó y acabó saqueándolo.

—¡Oh! ¿Y les permitieron hacer eso?

—No tenían elección, querida. La Revolución les dio fuerza. Echaron al monarca y a su esposa y tomaron el poder.

—Papá solía hablar de Napoleón y lo mal que se llevaba con nuestra isla.

Latimer sonrió.

—Bueno, los ingleses son celosos de sus tradiciones, y el hecho de que Bonaparte deseara adherir las islas británicas a su creciente imperio no ayudaba en sus relaciones diplomáticas con Su Majestad.

—No imagino a ningún monarca cediendo voluntariamente su trono a nadie, y menos a un extranjero.

—Exacto. Pero basta de lecciones de historia por ahora, no quiero aburrirte con mis discursos en nuestro viaje de luna de miel.

—No me aburren tus discursos, Frank —replicó Cassie con voz queda—. Saber lo que ocurrió en el pasado nos ayuda a entender el presente. Y tratándose de una ignorante como yo, más me vale adquirir algunos conocimientos antes de ponerte en evidencia ante tus finas amistades cualquier día de estos.

Latimer la miró disgustado.

—Mi querida señora, ni tú eres ignorante ni yo poseo tales amistades. Lo que tengo lo he ganado con el sudor de mi frente, y eso no les agrada. Así que si no somos bien recibidos en algún hogar noble, no será por tu causa, sino por la mía.

—¡Eso es ridículo! ¿Qué hay de malo en enriquecerse trabajando? ¿Cómo se ganan ellos su pan sino?

—Existen ciertas normas por las que se rigen que tú desconoces por completo, amor mío —explicó él—. Si un caballero trabaja, está dando a entender que necesita el dinero, por lo tanto carece de fortuna.

—Y deja de ser un partido apetecible.

—Sí.

—¿Y en el caso de que tenga título pero sea pobre?

—Elegiré a una dama rica con la cual intercambiar intereses.

La joven suspiró, apenada.

—Se casarán pensando en sus intenciones egoístas.

—Y aparentarán ser un matrimonio perfecto.

—¡Cómo detesto esa manera de vivir!

Frank tomó las manos de su mujer y las besó.

—Tienes razón, cariño. Es odioso.

Las afiladas garras de la culpabilidad apresaron el compungido corazón de Cassie. ¿Con qué derecho juzgaba a esas parejas que procuraban el mutuo bienestar? ¿Acaso ella no actuó considerando también los beneficios que le proporcionaría ese enlace?

Alzó los ojos hasta encontrarse con la mirada solícita de Frank, que la contemplaba como si fuera un cofre repleto de joyas de incalculable valor sacado del palacio de algún marajá. Deseó morir. ¿Tan difícil era corresponder a su afecto? Si era el ser más dulce que conoció jamás... y le dio un hogar y un apellido, que vinieron acompañados de un amor altruista.

Sin embargo su cuerpo se tensaba cada vez que él la tomaba en sus brazos. Un simple toque por su parte bastaba para que se pusiera rígida como una roca, temblando de pies a cabeza. Habían pasado dos semanas desde su boda y aún no habían consumado su matrimonio, y Frank se comportaba como si no le importara. Quiso golpearle el pecho hasta cansarse por ser tan generoso. Tan indulgente. Tan necio.

—¿Cassie?

—¿Sí?

—Me pareció que estabas distraída. ¿Ocurre algo?

—Creo que hemos caminado mucho.

—Volvamos al hotel. Estarás hambrienta.

—Dijiste que querías visitar el Museo de la Historia de Francia. ¿No está ubicado en el interior del palacio?

—Lo dejaremos para el próximo viaje. Tendremos numerosas oportunidades de volver.

—¿Vamos a volver?

—¡Claro! ¿Qué pareja distinguida no viaja a la Galia al menos una vez al año? ¿Te das cuenta de que seríamos la comidilla de la sociedad si no nos dignáramos a embarcar hacia el extranjero a menudo a derrochar indecentes cantidades de dinero?

Cassie soltó una carcajada. La primera desde finales de verano.

—Habrá que complacerles entonces, supongo.

—Supone usted bien, señora Latimer —observó Frank, guiándola de vuelta al carruaje.

Tras disfrutar de un abundante almuerzo en el hotel donde se encontraban alojados, Frank llevó a su esposa a dar un paseo por la ciudad. Cassie no ocultaba su satisfacción al contemplar la belleza de la capital francesa, sus monumentos, catedrales y parques. Ahora entendía la razón por la que las familias nobles inglesas adoraran ese lugar, a pesar de tener en poca estima a sus habitantes.

Quedó boquiabierta ante las vistas que le ofrecían las magnas construcciones a orillas del Sena, cuyas aguas resplandecían bajo la luz dorada del sol.

—Qué hermosa es París —dijo mientras se asomaba al puente que cruzaba el río.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—¿Más que Londres?

—¿Sería una falta de delicadeza para con mi país afirmar tal cosa?

Latimer descansó su mano sobre la cintura de la joven.

—Me temo que sí.

—Entonces he de puntualizar que es bella, pero le falta el «*glamour*» de nuestro *Londinium*.

Frank rio con ganas.

—¡*Mon Dieu, ma chérie!* Sí que aprendes rápido.

—Tengo un profesor muy eficiente. ¿Me enseñarás a hablar francés?

—No soy la persona adecuada para ello. No lo hablo demasiado bien. ¿Te parecería tener un maestro particular?

—¿Lo dices en serio?

—Desde luego.

—¿Y me enseñará también a tocar el piano, montar a la amazona y comer con los mil diferentes cubiertos que suelen poner en las mesas?

—Bueno, creo que se limitará a darte clases de latín y francés solamente. Para lo otro habrá que buscar a otra persona.

—Será como ir a un colegio para señoritas, pero en casa.

—Y tratándose de una dama tan inteligente como tú, en pocos meses lograrás comportarte como una duquesa y te avergonzarás de este campesino que tienes por marido.

Cassie puso cara de pocos amigos.

—No vuelvas a decir eso.

—Es la verdad.

—No, no lo es. Eres un caballero, aunque te empeñes en demostrar lo contrario.

—¿Va a contradecirme usted, señora Latimer?

La chica se ruborizó.

—Lo siento.

Frank levantó su mentón y la acercó más a sí.

—Me halaga que pienses eso. La única opinión que me importa en este mundo es la tuya. Los demás se pueden ir al infierno con sus payasadas protocolarias.

Cassandra se llevó una mano a la boca.

—¿He dicho «infierno»? —preguntó Frank, divertido—. Perdone mi descortesía, *madame*.

—Oh, no. Infierno está bien. Podrías haber dicho algo peor. Aunque presiento que a esos aristócratas les molestará ir oliendo a azufre.

Latimer volvió a reír, y exclamó:

—¡Amada mía, qué refrescantes me resultan tus curiosas observaciones! Y para que veas que estoy pendiente de tu instrucción, he aquí un pequeño obsequio.

Frank dejó en manos de Cassie un paquete envuelto y atado con un fino cordón. Ella lo abrió impaciente.

—¡Un libro!

—Una novela de aventuras. De mi autor favorito.

Cassie leyó la portada en voz alta:

—Le... le comte de... Monte Cristo. Al... Alexandre...

—Dumas.

—No es en inglés, así que tardaré años en leerlo.

—No hay prisa. He encargado otras obras literarias en Inglaterra. Nos las llevarán en cuanto se haya ampliado la biblioteca. Pensé en remodelarla y que la decoraras a tu gusto.

—Gracias, Frank.

—No me lo agradezcas. Es mi obligación complacerte. Y un grato placer.

Anduvieron hasta cruzar el puente.

—Partiremos hacia Italia esta tarde —prosiguió él—. No olvides llevar tu nuevo vestido granate.

—Lo guardé yo misma en el baúl. Pero es demasiado elegante.

—Lo necesitarás. No podemos ir a la ópera ataviados con trajes de diario. Quiero que te lo pongas. Qué pena que no estemos en Londres y no puedas lucirte en los salones de baile de la aristocracia británica.

«Algún día te llevaré a un gran salón de baile en Londres. Entonces nos vestiremos de etiqueta. Me reservarás todos los vales, y nos iremos de esos aristócratas estirados y aburridos.»

Cassie se detuvo en seco. Frank se giró, sorprendido.

—¿Qué sucede? —inquirió preocupado al notar la palidez de ella—. ¿Te sientes indispuesta?

—¿Podemos regresar al hotel?

—Sí, claro. Llamaré a un médico desde allí.

—No hace falta. Me encuentro perfectamente.

—Perdóname, cielo. Te he hecho caminar en exceso.

La joven no dijo nada. El abatimiento había retornado a su alma al evocar las palabras de Julian.

«Oh, Frank. Si pudiera echar todos mis recuerdos al fondo de ese río..., él estará por siempre presente entre nosotros, destruyendo el mínimo segundo de dicha que compartamos. Cuánto lamento que estés ligado a esta muerta en vida.»

Archibald Neckett colocó los libros de contabilidad en estricto orden delante de él, hojeando una y otra vez sus amarillentas páginas plagadas de nombres y números, buscando entre sus notas el mínimo error de cálculo. Esa era la segunda reunión que lord Rockingham había concertado con él desde su regreso a Haygarth Park.

Sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su chaqueta y secó las gotas de sudor que le corrían por la frente. Rara era la ocasión en la que no se ponía hecho un manojo de nervios cuando el marqués tocaba con sus finos y huesudos dedos esos dichosos tomos, aunque sabía de sobra que no encontraría ninguna falta por más que los revisase una y otra vez.

Era un buen administrador. Y su padre también lo había sido. Y su padre antes que él. Tres generaciones puestas al servicio de la misma familia con una trayectoria intachable. Y dentro de no muchos años su hijo mayor, Nicholas, ocuparía su puesto.

Acomodó su voluminoso y flácido cuerpo en el asiento y miró alrededor, esperando que Craig Haygarth hiciera su aparición en cualquier momento. La puntualidad era una de las pocas virtudes del altivo noble del que dependía su modesto salario.

El pomo de la puerta giró y acto seguido esta se abrió. Se levantó con apremio y permaneció en pie junto al escritorio. Comprobó con regocijo que se trataba del joven Julian.

—Buenos días, milord —saludó Neckett, más relajado.

—Buenos días. Siéntese por favor.

Neckett obedeció. Julian ocupó la butaca detrás de la gran mesa y apoyó ambas manos sobre ella.

—Lord Rockingham me participó que tenían esta mañana una reunión para repasar algunos libros.

—Sí, señor, así es.

—Ruego le disculpe, mas hoy no podrá atenderle por motivos de salud.

Neckett se incorporó con gesto preocupado.

—Le deseo una pronta recuperación, milord, esperando que no sea nada grave.

—Gracias. Sin embargo, ya que está usted aquí, me gustaría que me informara sobre el progreso

de cierto asunto...

—Oh, por supuesto, milord. Mulligan ha sido colocado como ayudante de Joseph Brown en la obra que comenzaron hace poco en los establos.

—Perfecto. Y respecto a su remuneración...

—Está todo arreglado. Le descontaremos el setenta y cinco por ciento y...

—¿El setenta y cinco? ¿Por qué tanto?

Archibald tosió ligeramente. Julian le miraba de manera inquisitiva. Era obvio que desaprobaba esa decisión.

—Fueron órdenes de lord Rockingham, señor.

—Ya. Pues bájelo al sesenta.

—Yo... podría rehacer los cálculos y...

—Mi padre me ha pedido encarecidamente encargarme de Mulligan, señor Neckett, así que no tema usted represalias. Si lord Rockingham mostrara su disconformidad, hágamelo saber enseguida.

—Lo que usted ordene.

—Bien. ¿Novedades?

El administrador le entregó los libros.

—Hemos tenido varios gastos inesperados estos últimos meses.

—¿Como cuáles?

—El tejado de la casa de la señora Morrison. Presenta unas enormes goteras en la cocina. Llevaba desde el pasado invierno con ellas.

—¿Y no se solucionó el problema hasta ahora? —preguntó Julian indignado.

—La anciana se negaba a comunicárnoslo por temor a molestarles con «minucias» de esa índole. Pero al contraer un fuerte resfriado hará unas semanas por la humedad que había en el interior de la vivienda su nieta me pidió que les hiciera una visita y lo viera por mí mismo. Stevens está al frente de las reparaciones. Hay dos casos más, y están detallados en la página catorce.

Julian echó un vistazo a los apuntes del empleado, cuya eficiencia resultaba admirable.

—Lo miraré con calma.

—Si desea hacer cualquier cambio...

—No. Confiamos en su buen criterio.

Neckett sonrió.

—Gracias, milord.

—Esperemos que Nicholas herede su habilidad con los números.

—Lo hará, señor. De hecho comienza a interesarse ya por...

Un grito en el piso inferior le hizo callar. Julian y él se miraron y segundos después oyeron dos golpes en la puerta. Haygarth fue a abrir. Ellen, una de las doncellas, estaba visiblemente alterada.

—¿Qué pasa, Ellen? ¿Quién ha gritado?

—¡Por favor, milord, venga usted rápido!

Julian corrió tras ella, seguido por Neckett. Varios de los criados se habían arremolinado en el interior de la biblioteca. El joven se abrió paso entre ellos, confuso. Entonces lo vio.

—¡Neckett, llama al doctor Gallagher! —vociferó yendo hacia su padre, que yacía tumbado boca abajo en la alfombra, inconsciente.

Llevaban cuatro horas en Italia y Cassie había quedado completamente hechizada por el encanto de la ciudad de los canales. Durante el trayecto desde París le había hecho infinidad de preguntas a Frank sobre su nuevo destino, preguntas a las que él contestaba con suma paciencia. En cuanto divisó con sus propios ojos el panorama que se abría ante ella, llegó a la conclusión de que todas las explicaciones y descripciones que su marido había tratado de hacer se quedaban cortas, y nada más dejar el equipaje en el hotel le arrastró al exterior a explorar cuanto le fuera posible, empezando por un largo paseo en góndola por el Gran Canal.

Viendo su entusiasmo y expresión de estupefacción en el rostro, Frank le susurró al oído mientras se acomodaban en la estrecha embarcación:

—Me produce una satisfacción indescriptible mirarte ahora.

Cassandra se alisó su falda de ligeros tonos rosados y contestó en el mismo tono:

—Debe resultarte muy cómico ver la cara de boba que estoy poniendo últimamente. Pero que conste que es culpa tuya por traerme a sitios tan maravillosos.

Frank rio y le pasó un brazo alrededor de la cintura. Cassie le dirigió una tímida sonrisa, y acto seguido el gondolero comenzó a entonar una canción en italiano. La joven le escuchó embelesada.

—Aunque no entiendo lo que dice, parece una canción muy triste.

—Es una serenata.

—¿Qué es una serenata?

—Una canción de amor. Es una bella tradición arraigada en algunos países, Italia entre ellos. Sus letras suelen hablar de corazones rotos, propuestas de matrimonio y reconciliaciones.

—Por como suena esta estaríamos hablando de un corazón roto entonces.

Un movimiento en el agua hizo tambalear un lado de la barca. Como un acto reflejo la muchacha se agarró a uno de los bordes.

—Tranquila. No vamos a volcar.

—Ese hombre de ahí me pone nerviosa. ¿No podría remar sentado como hacemos en Inglaterra en vez de hacerlo de pie en el extremo de este trasto?

—Mi amor, estos hombres están entrenados para remar así. No se caerá.

—Otra tradición, ¿no?

—Exacto.

Llegaron a un lugar más estrecho, con construcciones a ambos lados del canal. Un hermoso puente de piedra se alzaba sobre ellos, y Frank lo señaló, diciendo:

—El Puente de los Suspiros.

—Interesante nombre para un puente.

—Dicen que se llama así porque por aquí navegaban las barcas que llevaban a los condenados a prisión, y al pasar bajo el puente aquellos lanzaban intensos suspiros, anhelando la libertad que les había sido arrebatada. Además, hay también una leyenda...

—Me da la impresión de que cada rincón de esta ciudad guarda una leyenda en su seno. ¿De qué se trata?

—Esta es más romántica.

Cassie arqueó una ceja, esperando la respuesta de su esposo, cuya mirada se había oscurecido sutilmente.

—La leyenda afirma que si dos enamorados se besan bajo este monumento, su amor durará eternamente.

Justo en ese instante la góndola atravesaba el Puente de los Suspiros, y Cassie sostuvo su mirada. Él se acercó hasta quedar a unos centímetros de su boca y musitó:

—¿Me daría usted, mi señora, permiso para robarle un beso?

La joven se tensó, sorprendida por la petición del caballero. Accedió automáticamente y sin pensar, cerrando los ojos al recibir la caricia de Latimer, que posó sus labios sobre los de ella con la cautela de quien maneja un frágil cristal.

Se prometió a sí mismo no hacer nada que pudiera asustarla e intentó contener el ardor de su deseo. Pero un simple roce como aquel le bastó para experimentar un estallido de emociones en su interior, quedando por completo a merced de sus sentimientos.

Le tomó la cara entre las manos y la besó con más fuerza e intensidad. Ella no dio muestras de rechazarlo y Frank, en un arrebato, la atrajo hacia sí y la abrazó.

De repente Cassie se apartó de él, azorada. Era la primera vez que mantenían un contacto tan íntimo, y se sintió abatida, sin saber cómo reaccionar. Frank se percató de su incomodidad y se enderezó en el asiento.

—Perdóname —se disculpó.

Ella bajó la cabeza y guardó silencio, permaneciendo así el resto de lo que duró el paseo.

Al anochecer fueron a la ópera. Frank le había hecho confeccionar un vestido de gala color granate oscuro, y en esa ocasión se ciñó el corsé más de lo habitual para resaltar su figura.

Ayudada por su doncella, recogió su cabello en un moño trenzado y se probó los pendientes de rubíes que le regaló su marido en París.

—Oh, señora... —dijo la criada en cuanto hubieron acabado de acicalarla—. Está usted regia.

—Gracias, Amy.

—El señor Latimer se quedará sin palabras cuando la vea descender por las escaleras.

—Eres muy amable. ¿Me ayudas a ponerme el collar?

Ataviado con un impecable traje negro y sosteniendo en su mano derecha su sombrero de copa, Frank hizo una reverencia al verla entrar en el hall principal y caminó en su dirección. Colocó un abrigo sobre sus hombros, cogió su capa, y murmuró:

—Bella dama, tome mi brazo y concédame el honor de acompañarla en esta velada.

El cochero, que ya esperaba fuera, descendió del elegante carruaje y les abrió la portezuela.

—Al teatro La Fenice, por favor —ordenó Frank, ayudando a su esposa a subir al mismo.

Cassie lanzó una exclamación de sorpresa al contemplar el vasto edificio de varias plantas que tenía ante ella, y maravillada observaba cada detalle de sus grandiosos y dorados interiores.

Habían reservado un palco cercano al escenario, por lo que pudo apreciar mejor la vestimenta, el decorado y las expresiones de los actores. La historia le pareció magnífica, a pesar de la tristeza que le provocó. Sus ojos se nublaron de lágrimas por el trágico el final de los dos amantes, que juntos caminaron hacia la hoguera, acabando con su vida.

Al terminar la función aplaudió emocionada y Latimer le tendió un pañuelo.

Ambos se levantaron y Frank la escoltó hasta la salida.

Al regresar al hotel, Cassie se sintió bastante cansada. Solicitó a su marido que le subieran la cena a su dormitorio, y subió a cambiarse. Hasta entonces Frank la había acompañado a todas partes, sin necesidad de que tuviera que prestar atención a las indicaciones que le dio para no perderse.

Una vez en el largo pasillo que conducía a sus habitaciones, introdujo la llave en la puerta y entró, encendiendo una pequeña lámpara para no quedarse del todo a oscuras. Era tarde y Amy estaría

acostada, así que no quiso despertarla.

Se dispuso a desabotonarse el vestido, que cayó a sus pies hecho un montículo de tela rojiza, y lo tendió sobre la cama. Qué curioso, esa mañana el lecho parecía menor... o quizá eran imaginaciones suyas.

Siguió con el corsé. Le costó quitárselo, suerte que podía desabrocharlo por la parte delantera. Respiró aliviada. Sus pulmones volvían a tener su tamaño normal. Lo siguiente fueron los zapatos, las medias y las horquillas.

Una brisa entró en el dormitorio a través de la ventana, levemente abierta.

«Estoy segura de haberte cerrado», pensó extrañada mientras corría las cortinas.

Con el fino camisón blanco que hacía transparentar su silueta, descalza como estaba y el pelo suelto cayéndole en cascada por la espalda se asemejaba a un hada de los bosques alemanes. Frank le contó varias de esas historias, donde los duendes, las ninfas, los ogros y los príncipes encantados eran los absolutos protagonistas.

Se miró al espejo. Sí, todo era tan mágico...

Notó un movimiento a su lado. La figura de Frank apareció junto a la suya y lanzó un grito.

—Discúlpame por asustarte —dijo Latimer en un susurro, clavando sus ojos negros en ella.

Cassie se tapó con los brazos y enrojeció.

—No... no me has asustado —mintió—. No... esperaba verte aquí.

Por unos segundos el silencio era tan pesado que Cassandra creyó que se ahogaba.

—Estos son mis aposentos —aclaró él—. Los tuyos son los contiguos.

—¡Oh! Lo siento. Lo siento mucho. Me he confundido.

—No importa.

La chica pasó delante de él y fue hacia la cama a recoger su ropa. Frank seguía mirándola, incapaz de apagar la llama que se prendió en su corazón, esparciéndose como un fuego consumidor por sus venas.

Estaba en su habitación. Semidesnuda. Cielos, eso era demasiado.

La sujetó por la muñeca.

—Cassie, por favor... no te vayas.

Ella pegó un brinco, aterrada.

—Señor Latimer, usted me prometió...

La miró enojado. ¿Señor Latimer? ¿Por qué no utilizaba su nombre de pila? ¿Es que pretendía poner nuevamente entre ambos la barrera que con tanto esfuerzo había comenzado a derribar?

—Demonios, Cassandra. Eres mi mujer —escupió—. ¿Hasta cuándo he de tenerte solo en mis sueños? Sabes que te amo. Sabes que he hecho lo posible para no incomodarte.

—No puedo corresponderle. Aún no.

—¿Por qué me temes? ¿Te he dado motivos? ¿Hice algo que te haya disgustado?

—¡No! Es que...

Frank la tomó por los hombros y secó las lágrimas que corrían por las mejillas de su esposa, angustiado.

—Me he comportado como una bestia del campo.

—No vuelva a pedirme perdón —replicó ella—. No podría soportarlo.

Latimer la estrechó contra su pecho hasta que se hubo calmado.

—No ocurrirá nada que no quieras, cariño.

Cassie se asió de su chaleco y levantó la vista.

—Déjame quererte. Moriría antes de hacerte daño...

Frank se inclinó y besó su frente. La luz de la luna perfilaba las facciones de la muchacha, y él se sintió henchido por una pasión desbordante.

Poseyó sus labios lentamente, con suavidad. No existía nadie más, nada más... sus bocas se separaron unos instantes, y vio que ella mantenía los ojos cerrados. Entonces susurró:

—Mi pequeña *paloma*...

Cassandra le rodeó de pronto el cuello con los brazos, besándolo, para su sorpresa, con un ansia que él desconocía. Temblando de deseo la despojó de la fina camisola, acariciando su sedosa y fragante piel. Aquella mujer le hacía perder la razón.

—Eres mía, ángel. Mía... —gimió, tumbándola en el grueso colchón de plumas.

Cuando Cassie despertó ya había amanecido. Estaba sola en la gigantesca cama con dosel, y se incorporó buscando a Latimer con la mirada. Pensó en vestirse e irse antes de que él volviera y se la encontrara allí. Era lo mejor.

La puerta que daba al baño se abrió, y él salió en albornoz y con el pelo mojado.

—Buenos días —saludó—. ¿Dormiste bien?

—Sí, gracias. ¿Y tú?

Frank se acercó y se sentó en el borde de la cama.

—Como un tronco. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque la dama más hermosa de la Tierra ha dormido a mi lado.

Ella le miró avergonzada. El hombre que tenía delante le había hecho apasionadamente el amor la noche anterior. Quiso hundirse entre las almohadas y no levantarse hasta pasados al menos veinte años.

—Ni soy una dama ni soy la más hermosa de la Tierra.

—Para mí, sí —respondió Frank, volviendo a meterse en la cama y atrayéndola con un rápido movimiento—. Y tengo una vida entera para adorarte.

Su contacto la hizo estremecerse. No le amaba, pero era su marido. Y no volvería a negarse a él nunca más. Recordó las palabras que le susurró:

«Eres mía, ángel. Mía...»

Suya. Y ahora del todo.

«Así es, querido Frank. Y lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre», pensó con resignación, abandonándose en sus brazos.

Londres, 1851

Henrietta Richardson jugaba con su pendiente izquierdo inquieta, mirando fijamente a su hermano. Había venido a hacerle una fugaz visita tras dos meses en el extranjero de luna de miel, y echaba de menos unas horas de tranquilidad en la que hasta el día de su boda fue su hogar en la capital.

Miles estaba cambiado. Más... sombrío. Sospechaba que la culpable de ese estado de ánimo era la omnipresente Suzanne Townsend, que le tenía obsesionado. Obsesionado, sí, no enamorado. Conocía de sobra al vizconde como para creer que profesaba un amor genuino hacia la actriz, y le enervaba tanta insistencia en conservar a una mujer que nunca pasaría de ser un vulgar pasatiempo de alcoba.

Se sentó en la silla tapizada buscando la manera de abordar el tema de conversación al que Parker huía como alma que lleva el diablo, a petición de su señora madre, la vizcondesa viuda. Miles habló primero.

—Un placer recibirla en mi residencia, lady Richardson.

—Sigo siendo tu hermana, Miles. Prefiero que me llames «Hetta», como hacías antes de que...

—Antes de que fueras condesa. Condesa de Derby. Suena tan melodioso como una sonata de Bach. ¿Qué tal está Mark?

—Ocupado. Es lo que sucede cuando se está dos meses fuera. Me recogerá en cuanto haya finalizado sus compromisos. Hablando de compromisos... recibimos una invitación al baile que lady Ayden da este sábado. ¿Vas a ir?

—No.

—¿No fuiste invitado?

—Sí, mas he declinado el convite. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Eres un caballero sumamente solicitado.

Miles sonrió ante el sarcasmo de Henrietta.

—Odio los bailes, Hetta.

—Pero son algo imprescindible si uno desea hacer vida social.

—¿Vida social? ¿Llamas hacer vida social a encerrarse en un salón repleto de nobles cincuentones y damitas vestidas de blanco?

—¡Así que son las debutantes lo que realmente temes!

Parker puso los ojos en blanco.

—No empieces como madre. Aparte de Julian, eres el único ser humano con el que puedo mantener una charla sin aludir a señoritas casaderas, dotes, o apetitosas herencias.

—Claro, los dos inseparables hermanos de pacto. A lo mejor he de persuadirle a él de que se case. Seguro que cuando lo haga tú también irás derecho al altar.

—Me verás con el cabello teñido de azul antes de presenciar el compromiso de lord Julian Haygarth, *madame*.

—¡Oh, tu prepotencia no conoce límites!

—No te alteres, milady —se burló Miles—. Tienes una tez muy blanca, y al enfadarte se te sube la sangre a las mejillas. No quiero estropear tu aspecto angelical. Con lo guapa que estás con ese vestido amarillo pálido... pareces una perla.

—Eres un experto en irte por la tangente —replicó Henrietta, vencida—. Madre algún día se morirá de un disgusto. No te cuesta nada complacerla...

—¿Hipotecar mi felicidad te parece poco?

—No te pongas dramático. Tarde o temprano tendrás que escoger esposa.

—Me decanto por «tarde».

—¿Esperarás a ser viejo y que nadie te aguante?

Miles la miró con seriedad.

—Te juro que cuando pase de los treinta lo consideraré.

—Madre se ha propuesto meterte por los ojos a alguna rica heredera esta temporada, y siempre logra lo que se propone. No llegarás soltero a los veintisiete.

—Mi venerada lady Henrietta Clarissa Parker, ahora Richardson —le interrumpió su hermano con mucha solemnidad—. Con gusto contentaré a nuestra vizcondesa, siempre y cuando sea yo quien elija a mi esposa.

—Deberás contar con su beneplácito.

—No me hace falta.

—¡Miles! —estalló lady Richardson—. ¿Qué pretendes? ¿Ridiculizarnos a todos trayendo bajo este techo a esa... disoluta de Suzanne Townsend?

Huntercombe entreabrió los labios para contestar. ¿Cómo diantres se había enterado?

—No me mires así —prosiguió ella—. A estas alturas toda la sociedad londinense conoce tu idilio con esa actriz del tres al cuarto. No nos merecemos esto. ¿Te das cuenta de que este escándalo puede reducir tus posibilidades de aspirar a una muchacha de buena familia?

—Sus padres estarán pendientes de mi cartera y de mi título, no de mi pasado amoroso —respondió Parker irritado.

Henrietta se puso en pie y caminó hacia él.

—Eres un caballero apuesto, bueno y comprensivo. Me gustaría verte felizmente casado, y que disfrutaras de la misma dicha de la que soy objeto.

Miles la besó en la frente.

—Mi dulce hermanita... me conmueve que albergues semejantes deseos para mi futura vida conyugal. Eres mi hermana favorita.

—Y tú mi hermano favorito.

—Soy el único.

—Por eso. Como dice el refrán, a falta de pan buenas son tortas.

—Le diré a Adams que no vuelva a dejarte entrar, niña engreída.

Lady Richardson volvió a su asiento y recogió su sombrero.

—Tengo que irme. Mark estará a punto de llegar.

—Salúdale de mi parte.

—¿Irás a verme a Derby Hall?

—Está demasiado lejos de Huntercombe Manor, y cuando viajo al campo prefiero estar en casa.

—Pues haz un esfuerzo. A Mark le gusta salir de pesca y detesta ir solo.

—Adviértele que soy un excelente pescador. Acabaré con sus peces en un día.

—Fanfarrón... me voy —dijo la joven, besando a Parker en la mejilla—. Que pases buen día.

—Adiós, milady. Y dile a Mark que le ando vigilando.

Clavado en un asiento de una salita de Clevedon House y hecho un manojo de nervios, Jonathan Doyle esperaba, acompañado de su yerno, noticias del progreso de su hija. Llevaban ocho horas y media escuchando los escalofriantes alaridos procedentes del dormitorio de la dama, rogando al cielo que alguien entrara y les anunciara que todo había terminado.

—¿Quieres otra copa? —preguntó Frank con los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—No. Llevo ya dos encima y quiero estar sobrio para cuando Ada o el doctor Clayton bajen a darnos las buenas nuevas.

—No entiendo por qué diablos no me dejan subir. Al fin y al cabo soy el responsable de esto.

Jonathan sonrió.

—No te conviene verlo, Frank. Es horrible. Yo tuve que ayudar a mi mujer a traer al mundo a Cassie, porque a la criatura se le ocurrió hacer acto de presencia de madrugada y durante un aguacero.

—De todas formas tendría que estar con ella.

Otro grito ahogado se escuchó desde el primer piso.

—¡Oh, que pare, por favor! —exclamó Latimer, alterado—. No lo soporto.

—Tranquilo, hombre. Es normal. «Con dolor darás a luz los hijos.» Libro del Génesis.

—Uno no recuerda sermones dominicales en momentos como estos, señor Doyle.

—Lo sé, lo sé.

Las voces cesaron. El ruido de alguien bajando las escaleras a toda prisa les sobresaltó. Ada entró sin llamar, limpiándose el sudor con un paño.

Frank corrió hasta ella, seguido por Jonathan.

—¿Está bien?

—Sí. Agotada, pero bien —les informó la improvisada matrona—. Enhorabuena, señor Latimer. Es un varón.

La velocidad con la que el feliz padre fue al encuentro de su querida esposa, subiendo los escalones de tres en tres y atropellando por el camino a la exhausta doncella que llevaba las toallas ensangrentadas, fue vertiginosa.

Al llegar a la entrada de la habitación oyó el llanto de un bebé. Se asomó en el umbral y vio a la joven madre acostada con el pequeño en sus brazos. El cuadro le pareció absolutamente conmovedor.

Estuvo contemplándola varios minutos sin atreverse a pasar, hasta que ella alzó la mirada y esbozó una sonrisa endeble.

—Mis felicitaciones —dijo el doctor Clayton, recogiendo todos sus enseres—. Es una criatura sana y fuerte.

—Muchísimas gracias por venir, doctor —respondió Frank, estrechándole la mano.

Clayton miró fugazmente a Cassie.

—Me gustaría hablar con usted en privado más tarde, si es posible —susurró.

—Desde luego. Ordenaré que le preparen un refrigerio.

—Lo aceptaré con sumo placer. Y ahora les dejo solos.

—Gracias.

El médico se retiró y Frank concentró toda su atención en Cassie. Se sentó a un lado de la cama y la observó con detenimiento.

—¿Cómo te encuentras?

—Me siento... débil.

Latimer se inclinó sobre el niño y lo besó.

—Es muy hermoso, al igual que su madre. ¿Qué nombre le pondremos?

Cassie meditó unos momentos.

—Jonathan está descartado, puesto que hay dos en la familia. Pensé en llamarle Frank...

Su marido hizo una mueca.

—Y habría también dos en la familia.

—Lo he considerado. Así que decidí ponerle tu segundo nombre, ya que apenas lo usas, por lo que no dará lugar a confusión.

—¿Arthur? —preguntó él, incrédulo.

—Sí.

—Mmmm... tiene cara de Arthur. A quien no le pega es a mí.

—¿Estás de acuerdo?

—Y orgulloso, además. Cada uno de mis sueños se están haciendo realidad, amada mía. Es tanto lo que te debo...

—No hables de deudas, Frank —le interrumpió Cassandra—, o tendríamos que comenzar mencionando las mías.

—Esta conversación ha terminado —le cortó él, frunciendo el entrecejo—. Dejemos dormir a esta personita. Y yo, hombre egoísta, tengo que bajar y avisar a tu padre para que venga. ¿Estás bien para recibirle ahora o quieres que...?

—¡Oh, no, no! Por favor, dile que suba. No tardes en regresar.

—No lo haré. Si me disculpas, he de atender al doctor Clayton, que me espera en mi despacho.

Latimer fue sin demora a la salita donde su suegro aguardaba. Este acudió como un rayo a los aposentos de su hija en cuanto se le comunicó que podía verla, y él se dirigió a su despacho.

Clayton estaba de pie y portaba su maletín. La caja de medicinas descansaba sobre la mesa.

—Disculpe la tardanza, doctor. Tome asiento, por favor.

—Gracias. Podría volver mañana, mas he preferido comunicárselo hoy mismo.

—Y yo se lo agradezco. La salud de mi esposa es primordial para mí. ¿Sucede algo?

—Verá... —Clayton se mostraba dubitativo—, ha sido un parto... difícil.

—Sí.

—Y ha perdido mucha sangre.

—¿Está enferma?

—No, no. No se alarme. Ella está bien. Pero me temo que su salud se resentiría en alto grado si... volviese a concebir.

El semblante de Frank se ensombreció.

—¿Qué quiere decir? —inquirió, deseando no recibir la respuesta que sabía que oiría—. ¿Ha quedado... estéril?

—No. Al menos hasta donde alcanzan mis conocimientos. Sin embargo, desde mi punto de vista, será peligroso si intenta tener más hijos. Podría no sobrevivir al próximo alumbramiento.

Abrumado por la noticia, Frank se cubrió el rostro con ambas manos unos segundos y dijo:

—¿Cómo ha podido ocurrirle eso a una joven tan sana?

—Estas situaciones entre las parturientas son más comunes de lo que creemos, señor Latimer.

Y la juventud de la señora ha obrado bastante en su favor. Gracias a Dios madre e hijo han salido

ilesos, mas es probable que la segunda vez uno de los dos no tenga tanta suerte.

—Quedará destrozada en cuanto se lo comunique.

—No tiene por qué hacerlo de inmediato. Deje que pasen unas semanas. Cuando ella esté completamente restablecida, podrán conversar al respecto. Ahora es extremadamente importante que guarde reposo absoluto.

—Entiendo.

—Lo lamento muchísimo.

—Gracias, doctor Clayton —contestó Frank con voz apagada—. Acompañeme al comedor por favor a tomar un refrigerio antes de marcharse.

Ambos hombres abandonaron el despacho en silencio y Latimer lanzó una mirada a las escaleras. Estaba preparado para cualquier cosa. Menos para eso. El gozo que le proporcionó el ver a aquel ser tan diminuto se resquebrajó ante el triste futuro que se les presentó de repente, empañando su felicidad.

Debía renunciar a su sueño si no quería perderla. ¡Qué irónico que sonara como una opción!

Apretó los puños con fuerza y tragó saliva. Le faltaría tiempo para encontrar las palabras correctas para participarle a su esposa que jamás volvería a tener un bebé en sus brazos.

Julian Haygarth se hallaba sentado en la larga mesa del comedor de la mansión de lady Ayden, situado al lado de sir Wells y disfrutando de una cena informal con algunos invitados más. La conversación giraba alrededor de los acontecimientos que en unos días tendrían lugar en esa misma casa, y la anfitriona se mostraba profundamente satisfecha por tener la oportunidad de albergar bajo su techo a personalidades tan ilustres al dar un baile en plena temporada londinense.

Parecía que había quedado todo olvidado. El parentesco de esta con la joven y díscola lady Laura no dañó su prestigio en la sociedad ni hizo mella en su amistad con miembros de la alta nobleza británica, por lo que podía caminar entre ellos con la cabeza erguida y sin avergonzarse lo más mínimo de tener como sobrina a una muchacha cuya reputación casi se echa a perder por haber tenido el descaro y la indecencia de planear una fuga con un vulgar estudiante de derecho sin un penique en el bolsillo.

Suerte que la astucia de su hermano le sirvió para descubrir a tiempo a los fugitivos y evitar la tragedia, trayendo a Laura de vuelta a casa, comprando un matrimonio favorable para todos y acallando los horribles rumores que comenzaban a cernirse sobre la familia.

Lady Dansey, una dama que pasaba la treintena y con la que lady Ayden apenas mantenía buenas relaciones, se dirigió a ella con una altivez que a Julian le pareció cómica, recordándole a un pavo real que desplegaba ante los presentes su abanico de plumas azules, procurando acaparar la máxima atención posible.

—Y dígame, lady Ayden, ¿cómo está su querida sobrina? He oído que continúa en el extranjero.

—Oh, muy bien, gracias. Sí, lo cierto es que han retrasado su viaje de vuelta. Permanecerán en Suiza unas semanas más, debido a la debilidad que lord Baxter siente por esos paisajes.

—Suiza es realmente hermosa —terció sir Wells—, mas Inglaterra no tiene nada que envidiarle.

—Me sorprende que la joven Laura no se opusiese —declaró lady Dansey, haciendo que todos los comensales se giraran para mirarla—. Con lo enérgica que se muestra en ocasiones respecto a su propia voluntad...

Catherine Ayden la miró con odio. Estúpida arpía...

—Por mi parte considero que una dama con carácter propio es digna de elogio —intervino Julian, haciendo que lady Dansey se ruborizara por completo.

Lady Ayden sonrió triunfante.

—Lord Haygarth, es usted muy amable para con las de nuestro sexo.

—Es cuestión de lógica —afirmó sir Wells—. Una esposa con la que no se pueda mantener una conversación mínimamente satisfactoria es una cruz.

Todos rieron, acostumbrados a la sinceridad de la que el caballero hacía acopio al declarar sus opiniones en público.

—Estoy de acuerdo —aseveró lord Ayden desde el otro extremo de la mesa—, aunque por supuesto, no lo digo por experiencia.

—Creo que ninguno de los hombres casados en esta sala lo diría por experiencia, milord —dijo lord Dansey mirando a su esposa.

Esta tragó saliva. Se sintió enfadada ante la intromisión de su marido, convencida de que no debía mostrarse tan gentil disimulando su aversión hacia ella. Todos allí sabían su inclinación a escaparse a menudo a lechos ajenos.

—A cualquier mujer le agrada ser lisonjeada —confesó Catherine—, y lord Baxter es un hombre excepcional. Lady Laura me escribió participándome su inmensa felicidad por su reciente matrimonio, y su alegría por encontrar en su paso por Zúrich a un par de rostros conocidos.

—¡Vaya! —exclamó lady Conwell—, es delicioso hallarse entre amigos cuando una viaja a otro país. ¿Vio a una antigua compañera de la escuela, quizás?

—Sí. Estudiaron juntas en Francia. Imaginen su sorpresa al tropezarse por pura casualidad con lady Blanche Guilford. Claro que, según mi sobrina, estaba bastante cambiada, lo cual es normal, ya que tanto tiempo fuera...

Julian se tensó. Mencionar el nombre de la que fue en su día la prometida de Brandon le traía nefastos recuerdos. Se llevó su copa a los labios y bebió un sorbo de vino.

—Y parece —prosiguió la anfitriona— que lady Guilford regresará a las islas dentro de muy poquito.

Consciente del repentino cambio de humor de su compañero, Winston Wells inclinó la cabeza y dijo en voz baja:

—¿Cómo sigue el viejo Rockingham?

Julian se giró hacia él, agradecido porque hubieran dejado a los demás hablando de la luna de miel de lady Baxter y cambiaran de tema. No había mucho de contar; desde su ataque el año anterior, cuyas secuelas fueron daños irreversibles en algunos músculos faciales que le causaron una parálisis parcial, el marqués rara vez acudía a un evento social o se dejaba ver en su club de juego.

Haygarth le contestó con un «bien, gracias», respuesta que pareció satisfacerle, y guardó silencio.

En ese instante solo podía pensar en una cosa: Blanche Guilford volvía a Inglaterra.

Hugh Smith estrechó a su esposa entre sus brazos y la cubrió con la desgastada sábana blanca. Detestaba dejarla sola con los niños y emprender esos viajes que duraban días, y solo para tratar de lograr vender su mercancía a un mejor precio.

Ada se mostraba más complaciente y cariñosa que nunca. El nacimiento del pequeño Arthur la

había enternecido, y pasaba horas con él en brazos, tarareándole nanas al oído y consintiéndole en todo lo que se le antojara. Era una madraza. Siempre lo fue. Y con el retoño de los Latimer volvía a demostrarlo.

—Cariño... —susurró Hugh.

—¿Sí?

—He pensado... creo que, si tú estás de acuerdo... podríamos tener otro hijo.

Ada se incorporó en la cama, apoyándose sobre sus codos.

—¿Qué?

—Sí, una hermanita que juegue con Ivy, o un varoncito que ayude a Johnny a protegerla...

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Bueno, Evelyn ya aprendió a andar, y viendo a tu prima con su bebé me han entrado ganas de aumentar la familia. Puedo hacerle otra cunita de madera si la de Ivy no le sirve.

—Hugh, no estamos en condiciones de llenar de niños esta casa. Trabajamos muchísimas horas y fijate que no hay nada más que dos bocas que alimentar.

—¿Te preocupa que no salgamos adelante?

—Me preocupa que te cargues en exceso.

Hugh la besó en los labios. ¿Sería posible que estuviera comenzando a nacer en aquel corazón marcado por la deshonra y la traición un atisbo de afecto por él?

—¿Me quieres? —preguntó.

Ada abrió los ojos de par en par.

—¿Qué preguntas son esas?

—Estoy sentimental últimamente. ¿Ves lo que despiertas en mí cuando te me acercas?

—Eres un romántico. ¿Cuánto estarás fuera esta vez?

—Una semana. Grey dice que en los pueblos del interior, en dirección al norte, las gallinas se venden mejor.

—Estos días ha estado lloviendo. Probablemente los senderos estarán enlodados.

—Eso no será problema.

—¿Y si te pilla un chaparrón en mitad del camino?

—Me abrigaré para no coger un resfriado.

—¡Oh, Hugh! —exclamó Ada, molesta—. No estoy bromeando. ¿No puedes posponer esta salida?

—No, amor. Es una buena oportunidad. Vendré a la granja con una bolsa llena de monedas y lo celebraremos con una botella de sidra.

Ada le abrazó.

—Gracias por todos tus esfuerzos.

—Lo hago por ti y por mis hijos. Sois lo único valioso que poseo.

Permanecieron abrazados el resto de la noche, y antes de que saliera el sol, Smith ya había cogido sus bártulos y se había marchado, dándole un beso de despedida a su mujer.

Ada tardó en apartarse de la ventana. No quiso hacerlo hasta que le perdió de vista en el valle. Su corazón latía fuertemente dentro del pecho, y un terrible presentimiento le infundió un temor hasta entonces desconocido para ella.

Transcurrió una semana, que se le hizo eterna. Durante esos días llovió torrencialmente, y en un par de noches hubo de llevarse a Evelyn y a Johnny a dormir en su cama, debido a lo asustados que estaban los niños por los truenos y relámpagos que retumbaban en el cielo nublado.

«Tranquila, no tardará en aparecer por la puerta», se repetía constantemente.

Pero no apareció.

A los once días de la marcha de su esposo recibió la visita de Cassie, que se presentó en la granja con su pequeño y en compañía de Latimer, que, preocupado por el temporal (que había amainado un poco), insistió en acompañarla.

—Hola, Ada.

—Hola. Pasad, por favor.

Frank tomó asiento y Cassie se quedó de pie, observándola.

—Veníamos a verte y a comprobar que todo está en orden. Qué tiempo tan raro estamos teniendo este año, ¿verdad, querido?

—Sí —contestó Frank—. Las nevadas de este invierno han sido duras, pero estos cambios en la estación en la que estamos... Ada, ¿dónde está Hugh? Tenía entendido que debería estar ya de vuelta.

Ada le miró llorosa.

—No lo sé, Frank. No sé dónde está mi marido.

—¿Cómo? —inquirió Cassandra, aturdida.

—Desde que se fue no he sabido nada de él. No debería haberle dejado partir.

Latimer se levantó de un salto.

—¿Por qué no nos has dicho nada?

—No quería molestaros. Pensé que... que se habría retrasado por algún motivo.

—No hay que alarmarse. Las carreteras están inundadas y hay barro por todas partes —dijo Cassie.

Buscó la mirada de Frank. Este meneaba la cabeza, preocupado.

—Hablaré con Jonathan y organizaremos una partida de búsqueda.

—Si le ha pasado algo no me lo perdonaré —se lamentaba Ada.

Latimer se le acercó.

—Smith es un hombre astuto y sabe defenderse. Es probable que esté atrapado en algún lugar y no pueda volver. Le traeremos a casa y todo quedará en un susto, ¿de acuerdo?

—Frank, me gustaría quedarme con Ada mientras vais en busca de Hugh —sugirió Cassie.

—Sí, quédate aquí. Así os haréis mutua compañía. Pero por nada del mundo salgáis fuera e intentéis seguirnos.

Su esposa asintió y él, tras despedirse de ambas, tomó su sombrero y se marchó hacia la granja Doyle.

Ada se desplomó en el sillón y se echó a llorar. Cassie corrió hacia ella.

—Tranquila, querida. Ya has oído a Frank. Le traerán de vuelta.

—Ay, Cassie... estoy muy angustiada. El corazón me advirtió que impidiera este viaje y no hice caso.

—No sabías que esto ocurriría.

—Johnny me ha preguntado varias veces por él. Le echa mucho de menos.

—¿Has informado a papá?

—No. No le he dicho nada a nadie. Cuatro días, Cassie, cuatro días...

—No te alteres. Hugh estará bien, ya lo verás. Prepararé un té cargado y esperaremos noticias.

Arthur dormía plácidamente en el regazo de su madre, que trataba de disimular su propia inquietud y animar a su prima. La expresión de su marido denotaba nerviosismo, y eso no auguraba nada bueno.

Rogó al cielo que Frank tuviera éxito en su empresa y la vida de su familia volviera a la normalidad. Ya habían sufrido demasiado.

Fueron setenta y dos horas de penosa incertidumbre. Ada doblaba las mismas prendas de ropa varias veces, caminaba de un lado a otro y se levantaba por las noches a comprobar que aún no habían llegado.

Cassandra por su parte hacía lo que estaba en su mano para darle esperanzas, y le enseñó la nota enviada por Latimer al día siguiente de su partida, donde decía que habían rastreado la costa, los alrededores y preguntado en las posadas cercanas antes de dirigirse al norte. Pronto descubrirían el paradero de Hugh y lo devolverían a su hogar.

Una cálida mañana, estando los niños aún dormidos, ambas oyeron ruidos en el patio de la vivienda.

—¡Están aquí! —exclamó Ada, llena de júbilo.

—Te lo dije. Frank siempre cumple lo que promete.

Ada se arrancó el delantal, y adelantándose, acudió a la planta baja, abriendo la puerta de la entrada de golpe. Lo primero que haría sería agarrarlo y darle una reprimenda por tenerla con el alma en vilo. Y después le llenaría la cara de besos.

—¡Hugh! —gritó, presa de la excitación.

Pero solamente vio a Frank, a su tío, y a cinco hombres más.

Los miró detenidamente, sin entender. Cassie apareció detrás de ella, jadeando por la carrera.

Latimer avanzó hacia las mujeres con el sombrero en la mano y el rostro demacrado, sin pronunciar palabra. Subió despacio los escalones principales y se detuvo junto a su esposa.

—Lo siento —musitó.

Los obreros se apartaron y los dos últimos, a los que Ada no había alcanzado a ver, dejaron sobre el terreno una camilla improvisada que portaba un cuerpo cubierto con una manta. Un viento helado la sacudió de la cabeza a los pies. Una aguda punzada en el estómago la dejó sin respiración, y corrió hacia su marido, lanzando un grito desesperado.

—¡Noooooooooooo!

Cassie, atónita, miró a Latimer pidiendo con los ojos llenos de lágrimas una explicación.

—Frank... no... por favor... dime que no...

La joven se echó en sus brazos llorando desconsolada, observando cómo Jonathan luchaba con Ada para que no se acercara al cadáver de Hugh, cayendo ambos de rodillas en la tierra húmeda.

—¡Quiero verle! ¡Dejadme! ¡Quiero verle! ¡No podrá respirar con esa manta encima! ¡Quitádsela!

—Ha muerto, Ada —la voz de Jonathan era un débil susurro.

—¡No es cierto! ¡No es cierto! ¡Déjame ir con él!

Ada aporreó el pecho del viejo Doyle completamente histérica hasta que, exhausta, se desplomó en el suelo sin sentido.

La salita de la casa que el matrimonio compartía se acomodó para recibir a gran parte de los habitantes de Fawley que conocían y tenían amistad con Hugh. Johnny contemplaba aquel entrar y salir de gente —algunos para él desconocidos— con curiosidad, y de vez en cuando miraba a su madre, que no se había movido del sillón y parecía completamente ausente.

Se escondió bajo la mesa del comedor para obtener un mejor panorama de los visitantes. Cassie,

que vestía enteramente de negro, se acercó a él con sigilo y preguntó:

—¿Qué haces aquí, cielo?

—Mirar a las personas que vienen a saludar a mamá.

—¿No prefieres sentarte con nosotros en el sofá?

El niño hizo una mueca.

—No, no quiero sentarme con ella. No me hace caso. No le habla a nadie. Parece dormida con los ojos abiertos, y me da miedo.

La joven le abrazó y besó su cabello.

—¿Dónde está papá?

La pregunta del pequeño la pilló desprevenida, y contestó entre tartamudeos:

—Eh... tu... papá...

—Está en el cielo, jovencito —respondió Frank, que se había unido a ellos.

—¿En el cielo? ¿Y por qué se fue tan lejos?

—Dios quiere que esté con él.

Johnny se quedó pensativo.

—El cielo está muy alto, ¿verdad, tío Frank?

—Sí.

—Entonces no podré ir a verle. Cuando sea mayor construiré una cometa grande que me lleve hasta allí, y le pediré a Dios que me deje entrar en su palacio para visitar a papi.

—Y yo te ayudaré a hacerla. Pero antes tienes que prometerme una cosa. Irás a donde está tu mami y le darás un beso.

Johnny obedeció de inmediato y salió de su escondite, yendo hasta Ada y besándola en la mejilla.

Latimer ayudó a Cassie a enderezarse, y declaró con tristeza:

—Su inocencia será su mejor protectora.

—Aún no puedo creerlo. Es una pesadilla.

—Cometió una imprudencia al salir con esa tormenta.

—¿Qué fue lo que sucedió, Frank?

—Lo encontramos... enterrado a unas siete millas de aquí.

—¡Oh!

—Acabábamos de abandonar la posada El cisne blanco, y uno de nuestros hombres detectó un montículo extraño y un carromato abandonado junto al camino de la colina. La tierra provenía de la misma, que se habría desprendido durante el temporal, causando una avalancha que cayó sobre él cuando pasaba por allí, sepultándolo vivo.

—¡Dios mío!

—Fue imposible salvarle, Cassie. Tenía varias costillas rotas, y es muy probable que muriera asfixiado a los pocos minutos de producirse el accidente.

—¿Se lo habéis contado a Ada?

—No. No está preparada para oírlo.

—Debemos ocultárselo el máximo tiempo que podamos.

Frank tomó las manos de su esposa, que le dijo solícita:

—No me abandones nunca. No sabría qué hacer.

—No lo haré, amor.

—Júralo.

—No acostumbro a hacer juramentos, mas te complaceré esta vez. Lo ocurrido ha sido una bofetada del destino, y hemos de aceptarlo. No la dejes sola. Lo peor está por venir.

—¿Cuándo será el entierro?

—Mañana por la tarde.

—No sé de dónde sacaré fuerzas... mírala, Frank.

—Sería prudente avisar al doctor Clayton por si precisáramos de sus servicios. Si me permites, voy a hablar con el reverendo Jenkins. Aún quedan detalles que ultimar para el sepelio.

—Voy a ir con ella. Gracias por todo.

Cuando Cassie se sentó a su lado, Ada la miró y parpadeó lentamente. El dolor que la traspasaba era tan profundo que sentía ganas de gritar hasta quedarse afónica. Ninguna de las condolencias recibidas de sus vecinos la consolaba, y constantemente la imagen de Hugh despidiéndose aquella madrugada la acosaba, riéndose de su desgracia como una hiena que acaba de divisar a una gacela herida.

Miró sus ropas. El vestido negro que había usado en el funeral de su padre volvía a ser útil. Pero ahora el que se iba era el pilar de toda su existencia.

Se puso en pie de repente y salió al jardín. Cassandra, asustada, la siguió, poniendo a Johnny al cuidado de su amiga Dorothy.

—¿Adónde vas?

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Mi marido. ¿Dónde está?

—Su... féretro descansa en...

—¿Sabías que le dan pánico los lugares cerrados? Hay que sacarle.

—No, Ada.

—Se asfixiará y morirá. Morirá...

—Ya basta. Para —le ordenó Cassie, al borde del llanto.

—¿Con qué flores adornaríamos su tumba? No... no le gustan las flores blancas... las rosas serían perfectas. Como las que me regaló en mi cumpleaños... no, esas son pequeñas. Las de Clevedon House... ¿podríamos cortar unas cuantas?

—Ada, entra conmigo en casa.

—Se conformará con cuatro o cinco. A Frank no le importará.

—Te suplico que me escuches. Tus hijos pueden oírte. Les hará daño verte así.

—Mis hijos... ¡oh, mis hijos! —exclamó la joven viuda, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Cómo voy a decírselo? ¡Mi pequeña Ivy!

Cassie la abrazó y ella lloró amargamente durante largo rato. Luego la guió a un lugar apartado donde estuvieron sentadas en silencio hasta que Ada se calmó y logró entablar una conversación coherente.

—Me siento tan perdida —se lamentaba—, y tan culpable...

—¿Culpable de qué?

—De todo.

—Eso es ridículo. Eras una buena esposa, y él te adoraba.

—Soy un ser malvado, Cassie. Jamás le presté atención. No hacía más que demostrarme cuánto me amaba, y yo sin ser capaz de corresponderle, obsesionada con la desilusión que me causó el ser

abandonada por el único hombre al que he querido. ¿Y dónde está ese hombre? Lejos, disfrutando de la vida y los placeres que esta le pueda proporcionar, mientras Hugh estará bajo tierra y no verá crecer a sus hijos.

—No te flageles por no conseguir dominar tus propios sentimientos. Nadie lo ha hecho desde que el mundo existe. El amor es algo que se siente; no se explica ni se controla. Hugh merecía ser amado, pero escogió a un corazón magullado y pisoteado que sangraba y suspiraba por el objeto de su afecto, aún sabiendo que todos sus esfuerzos no borrarían el recuerdo de aquel caballero cuya imagen había sido grabada a fuego en tu pecho.

—Intenté arrancármelo, Cassie, lo intenté...

—Lo sé. Pero no lo lograste.

—Ahora le odio. Le odio por no permitirme ser feliz, por mentirme, por engañarme de forma tan vil. Y por interponerse entre Hugh y yo.

—Superarás esto. Lo superaremos juntas.

—Mi vida se ha acabado.

—No. Tu vida continúa. Hay dos personas dentro de esa casa que te necesitan desesperadamente, y saldrás adelante por ellas.

—Oh, Cassie... eres mucho más fuerte que yo.

Su interlocutora guardó silencio y la miró fijamente. Había llegado el momento de devolverle todo el apoyo que le brindó cuando la tragedia llamó a su puerta y despedazó sus sueños, convirtiéndola en un despojo humano.

—Ven —musitó—. Entremos.

La tarde que siguió fue dolorosamente gris. Las gotas de lluvia se precipitaban sobre la tierra a un ritmo pausado, como si siguieran el compás de una marcha fúnebre. Acompañado de la familia y amigos del difunto, Dougal Jenkins dio un bello discurso en el que alabó la persona de Hugh Smith, recordando lo querido que era en la comunidad y el gran trabajo que había prestado a la misma, sin omitir su total entrega a su familia y su gran amor por la esposa e hijos que le habían sido concedidos.

Cubierta con un translúcido velo negro, la viuda del homenajeado permanecía de pie frente al ataúd, sosteniendo a Evelyn con brazos temblorosos; entretanto Johnny se aferraba a su falda y contemplaba por última vez a su progenitor.

Al acabar el sermón, todos a una entonaron el himno *Más cerca, oh Dios, de ti*, y Cassie sostuvo a su prima, que se sintió desfallecer al ver que el féretro donde descansaba el cuerpo de su marido descendía en el orificio cavado para tal fin.

Ada besó con ternura la rosa que portaba y la arrojó en la tumba, rota por dentro. Ese era definitivamente el último adiós...

Recibió nuevamente el pesame de los asistentes, que se fueron retirando hasta dejar solos a los parientes de Hugh con el párroco, que estrechó la mano de la joven, apesadumbrado.

—Si puedo serte de ayuda en cualquier cosa no dudes en venir a verme a la iglesia.

—Gracias, reverendo.

Jonathan y Frank escoltaron a las mujeres, que iban cogidas del brazo, y se dirigieron a Clevedon House. Cassandra, pensativa, miró a Ada y dijo:

—He estado hablando con Frank sobre tu actual situación.

—No debéis preocuparos por mí. No molestes a tu esposo con mis problemas.

—Fue él quien inició la conversación. Y me propuso...

Ada se detuvo.

—Me propuso que vinieras a vivir con nosotros.

—Cassie, eso es imposible.

—¿Por qué no? Hay habitaciones de sobra en nuestro hogar. No quiero que te quedes sola en la granja. Los niños estarán bien atendidos, y Arthur tendrá con quien jugar cuando crezca.

—El tío Jonathan también me ha ofrecido instalarme en el que antes era tu dormitorio.

—¿Y has aceptado?

—Aún no.

—Es una buena opción. Papá te quiere como a una hija.

—Si decidiera irme con él... ¿crees que Frank se enojaría?

—En absoluto. Lo importante es que alguien cuide de ti.

Ada besó la mejilla de la joven y siguieron caminando. Una etapa de su vida quedaba atrás, marcada por un trágico episodio que haría profunda mella en su maltratado corazón mientras viviera.

Algunos años después...
Hampshire, 1860

—¡Mamá, mira cómo vuela! —exclamó Arthur, henchido de placer al ver a su cometa surcar el cielo despejado de la campiña.

—¡Es preciosa, hijo! Pero no te alejes mucho —respondió Cassie sujetándose el sombrero, que se balanceaba sobre su cabeza a causa de la suave brisa primaveral.

Sentada frente a ella, Ada los observaba sonriente. Era un hermoso día, y Cassandra había tenido la excelente idea de preparar un picnic en campo abierto.

Probó uno de los bocaditos de pepino y tomó un trozo de queso.

—Está guapísimo, prima —dijo—. Frank se sentirá orgulloso.

—Lo mimas demasiado —se quejó esta—. Le prometió un caballo por su décimo cumpleaños. ¿Y me lo consultó? Claro que no. Son un par de bribones que se la pasan conspirando a mis espaldas.

Ada soltó una carcajada.

—Ojalá el tío Jonathan pudiese verle ahora.

Sí, ojalá... pero el viejo Doyle había fallecido hacía tres inviernos, víctima de una pulmonía fulminante.

—Le echo de menos, Ada.

—También yo. Fui ayer a llevarle flores. Crisantemos, como los que le gustaban a la tía Martha.

—Ahora ya descansa para siempre junto a su amor. Nunca olvidaré la devoción que sentía por mi madre, y lo que sufrió al verla partir.

—¿Eres feliz?

Cassie sonrió.

—Si te digo que no, seré una desagradecida. Y si te digo que sí, una mentirosa.

Ada bajó la mirada. ¿Aún se acordaba de él?

—Frank es bueno contigo.

—Lo es. Mas se esfuerza tanto en complacerme y protegerme que me abruma. Le quiero, si es lo que deseas saber. Llevo una vida cómoda y tranquila a su lado, y doy gracias a Dios por haberte hecho caso.

Sin embargo la llama de la pasión era inexistente. Lo notaba en sus ojos. Qué triste era verse abrazada por un hombre por el que no podría sentir más que cariño y agradecimiento.

La imagen de una mujer a unos metros del lugar donde estaban sentadas hizo que giraran el rostro hacia esa dirección.

—¿Es esa lady Blanche? —preguntó Ada intentando reconocer a la dama vestida de blanco que caminaba absorta por allí.

—Sí.

—Qué señora tan extraña. Desde que me mudé a vuestra casa la habré visto unas dos veces. No parece muy sociable, ¿no?

—Bueno, es una lady —explicó Cassie—. A los aristócratas no les hace gracia reunirse con los plebeyos.

—Su marido no posee ningún título.

—Pero es hija de un conde, o al menos es lo que me contó Frank. Y aunque se una a un esposo de menor rango, no pierde su título de cortesía.

—¿Por qué se casaría con un simple caballero como James Haygarth si podía aspirar a más?

—Por lo que sé estuvo prometida con un marqués o algo así. Él murió en un accidente y ella se vio compuesta y sin novio a unos meses de la boda. Imagínate la pobre.

—Qué desgracia. ¿Y qué pasó después?

—Se fue al extranjero. Al volver se encontró con que ya no tenía edad para elegir libremente a un posible pretendiente y acabó en manos del primo de este.

—Se estimarán lo suficiente para convivir bajo el mismo techo, supongo.

—Lo justo. Cuando les he visto juntos en alguna velada preparada en casa les he observado, y que me azoten si lo que vi no fue una gran aversión mutua. Perdona mi vocabulario, querida. Aún trato de eliminar ciertas palabras del mismo, o de lo contrario mi marido obtendrá un extenso informe de *monsieur* Montague, además de su dimisión.

A Ada se le escapó una risita.

—Me hace gracia su bigote —dijo divertida—. Y ese porte erguido, sacando pecho como un ganso preparado para dar un picotazo.

—¡Ada! Qué malvada eres —exclamó Cassandra—. No parece un ganso. Yo me decantaría por un... pavo desplumado.

Ada cogió un vaso y lo llenó de vino.

—¿Hacemos un brindis por tu distinguido tutor «cara de pavo desplumado»?

Cassie negó con la cabeza.

—No me apetece vino. ¿No hemos traído zumo de naranja?

—¿Desde cuándo le haces ascos al vino? Solo dejaste de tomarlo cuando... ¡oh!

El rostro de su prima se tornó de un rosado intenso.

—¿Estás...?

—Sí.

—¿Lo sabe Frank?

—Todavía no. Estoy ensayando mi discurso. Temo llevarme una represalia —declaró Cassie con gesto preocupado.

—No comprendo. Él ha participado en la concepción de ese bebé tanto como tú.

Cassie carraspeó y levantó la vista.

—Verás... su participación no fue... voluntaria.

—¿Qué?

—Tengo la costumbre de servirle su oporto después de cenar, y esa noche le di una dosis superior a la normal.

Ada tenía la boca abierta.

—¿Le emborrachaste? —le espetó, incrédula.

—¡No! No fue eso exactamente. Me limité a mermar un poco sus sentidos.

—Ese es un ridículo eufemismo.

—¿Y qué querías que hiciera? Se ha negado a darme otro hijo.

—Por tu salud.

—Yo estoy perfectamente. No estoy dispuesta a ceder en eso. Es cierto que mi primer embarazo

fue difícil, pero ahora estoy mucho más relajada. ¿Crees que me hablará después de lo que he hecho?

—¿Hablarte? Desde luego. Te echará un sermón de narices. Y dos segundos después te perdonará y todos tan contentos.

—Suerte que te tengo a tan solo un pasillo de mi alcoba por si decide darme una paliza.

Las dos rieron, y Ada le sirvió un vaso de zumo.

—Brindemos entonces por el pequeño Latimer que viene en camino —declaró.

Lily Spencer ató el lazo de su camisión frente al espejo y se dispuso a recogerse el cabello en una trenza. Había estado esperando la pasada noche a su benefactor durante dos largas horas, hasta que, aburrida, decidió ir a acostarse.

No era que le importara, pero él nunca faltaba a una cita. Desde que la tomó bajo su protección cuatro años atrás, había sido el más atento de los hombres, mostrándose tierno y tratándola como a una igual. No la llevaba a las cenas de gala ni a los eventos deportivos celebrados durante la temporada londinense, mas la respetaba y apreciaba, y ella lo sabía.

Una sonrisa se esbozaba en su rostro cada vez que acudía a su memoria el momento en el que se conocieron. Aquel caballero de semblante taciturno y reservado, sentado en un rincón del gran salón de baile con la única compañía de una copa de *champagne* atrajo su mirada, e inevitablemente su atención. Y ella se propuso ser inmediatamente presentada.

No tardó en localizar a un conocido en común que hiciera de intermediario, y en dos minutos de conversación consiguió que la sacara a bailar un vals.

Luego comenzaron los encuentros casuales en Regent's Park. Había algo en él que le inspiraba lástima, y siempre le veía triste y cabizbajo. Quién lo diría, tratándose del heredero de una inmensa fortuna y con juventud suficiente para disfrutarla en cuanto su progenitor abandonara el mundo de los vivos...

Pensó que sería perfecto para sustituir a lord Trenan, que la había dejado tirada cinco meses atrás por las exigencias de su avinagrada y posesiva madre. Era una manera práctica de verlo. Había aprendido a ahogar cualquier acusación de su propia conciencia contra su comportamiento licencioso para con los hombres, aprovechando su acentuada belleza para apresarlos y así suplir las grandes necesidades económicas en las que su padre, un oficial de la Marina arruinado, la había hundido a la edad de diecisiete años.

No fue fácil atraparlo. Sospechó desde el principio que su carácter melancólico se debía a que albergaba en su espíritu una ardiente pasión por una dama a la que nunca podría tener, y pudo comprobar que estaba en lo cierto el día que él mismo se lo confesó. Sintió verdadera pena al conocer su historia, y deseó consolarle, aunque no encontró las palabras adecuadas y se limitó a escuchar.

Pobre hombre. Encerrado en una jaula. De oro, pero al fin y al cabo, jaula.

Llamaron a la puerta. Se envolvió con una bata y acudió a la planta baja. Con lo tarde que era, solo podía ser un persona. Abrió con cautela.

—Hola Julian —saludó, invitándole a entrar.

—Lily.

Julian se quitó el sombrero y ella le ayudó a deshacerse de su capa.

—Hace una noche agradable —dijo él.

—¿Vienes del Hodge's?

—No. Vine para disculparme por hacerte esperar ayer.

—No te preocupes. Imaginé que algún asunto importante te retendría.

—Así es.

Pasaron al salón, y él se acomodó en un sofá junto a la chimenea.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias —respondió Haygarth sin dejar de mirarla—. Te sienta bien esa bata.

—Me la regalaste tú. Si hubiera sabido que acudirías hoy aquí, me habría arreglado para recibirte.

—No precisas arreglarte para estar bella —dijo él—. Ven.

Lily obedeció, sentándose a su lado.

—¿Cómo está tu padre?

—Sufrió ayer su tercer ataque. No creo que pase de esta noche.

—Oh, Julian... lo siento muchísimo. Sé cuánto le quieres, a pesar de todo.

—Es una sensación extraña. Me siento aliviado, y a la vez abatido. Ha sido siempre tan cruel que...

—Mañana posiblemente amanecerás siendo el nuevo marqués de Rockingham, y podrás tomar las riendas de tu vida.

Julian lanzó un suspiro.

—Esas riendas las perdí hace demasiados años.

Lily le acarició la mejilla.

—Cuando me tomaste me advertiste que no me enamorara de ti. Y te hice caso. Pero me entristece ver que mi corazón sigue intacto mientras el tuyo está roto en pedazos.

—Eres una buena mujer. Soy injusto al tenerte así.

—No te culpes. Yo elegí mi destino. No poseo ni un penique, mi padre es un marino retirado y mi sangre es tan noble como la de los caballos de los establos de Haygarth Park. ¿Quién querría como esposa a una mujer como yo?

—Sabes de sobra que la razón por la que no te propuse matrimonio no tiene nada que ver contigo ni con tu estatus social.

—Sí, lo sé. Entretanto tu alma pertenezca a Cassandra Doyle jamás llevarás a nadie al altar. ¿Pero no se te ha ocurrido que a lo mejor ella sí ha rehecho su vida?

—Prefiero no pensarlo. Y si así es, no quiero estar para verlo.

—Julian, debes pensar en esa posibilidad. ¿Languidecerás eternamente por un amor que solo te hace daño?

Haygarth se aflojó el cravat.

—Me consuela la idea de que me odie por mi abandono, al menos no sufrirá tanto como yo.

La joven frunció el entrecejo. Qué poco conocía a las mujeres...

—Si su afecto fue la mitad de grande de lo que lo es el tuyo, no le auguro un futuro feliz. ¿Por qué no la buscas?

—Lo medité y estuve a punto de hacerlo en numerosas ocasiones, mas ¿qué lograría con presentarme ante ella, para tener que volverme a marchar? Entonces no era libre, y ahora es tarde.

Lily posó su mano sobre la rodilla de Julian y susurró:

—Estás cansado.

Él asintió.

—¿Vas a quedarte?

Haygarth meneó la cabeza. El azul de sus ojos se tornó oscuro, y su mirada opaca le dio entender lo que no dijo en palabras.

No, no se quedaría. Ni esa noche ni las siguientes. Había ido a decirle que sus caminos se separarían a partir de aquella velada.

—Lily, yo...

Ella apoyó el dedo índice contra sus labios.

—No digas nada. No es necesario.

—Debo liberarte para que encuentres algo mejor. Mereces un hogar, una familia.

—No aspiro a tanto.

—Te dejaré bien situada, y tu padre y tú no estaréis desamparados.

—Gracias, Julian. Eres muy generoso. Han sido cuatro maravillosos años, y te agradezco infinitamente todo lo que has hecho por nosotros. Antes de que te vayas, permíteme servirte un último té caliente. Te sentará bien.

Cassie Latimer entró silenciosamente en el despacho de su marido, que leía concentrado el periódico traído por Higgins y se recolocaba las gafas sin apartar la vista del papel.

—Querido...

—¿Sí?

—¿Me mandaste llamar?

Frank levantó la mirada.

—Sí. Quería hablar contigo. Si no estás ocupada.

—¿Ocupada? Déjame ver... no, creo que el bordado de los cojines que donaremos en la fiesta benéfica de este año puede esperar.

Latimer esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Qué tal van tus clases de piano?

—Dentro de unos meses seré una auténtica profesional. Ya toco algunas piezas de Mozart sin equivocarme doscientas veces. Creo que el señor Shaw dará buenos reportes acerca de mí como alumna.

—Eso es estupendo. ¿Tocarás algo de Chopin para mí?

—¿Chopin? Me encantan sus composiciones. Elegiré un buen repertorio y daré un concierto privado mientras tomas tu oporto.

—¡Bravo! ¿Y te molestaría si hubiese más gente?

—Oh no, Frank. No me hagas pasar por eso. Seguro que meteré la pata.

Frank arqueó las cejas.

—Perdón... cometeré innumerables errores, quería decir.

—De acuerdo, mi señora. Será como desees. Me conformaré con verte tocar sin más público que este servidor.

—No seas muy severo con mis dotes musicales, te lo ruego.

—Seré un juez completamente objetivo, lo prometo. Aunque esa encantadora noche deberá esperar.

—¿Por qué?

—He de irme a Londres.

—Oh... ¿Y cuántas semanas estarás allí?

Frank se aclaró la voz y respondió:

—Calculo que... un par de meses.

—¿Cómo? ¿Tanto?

—Sí. He conseguido nuevos contratos con fábricas que manejan el algodón en el norte de Inglaterra. Yo les proporcionaré la materia prima. Tengo apalabrada la compra de un par de barcos que la trasladen desde América, pero para ampliar el negocio necesito inversores. Y esos inversores están en la capital.

—Y los buscarás entre la élite inglesa.

—Son los que tienen el dinero.

—¿No les importará que seas extranjero?

—Sus libras esterlinas son del mismo color que las mías. Harán la vista gorda si ven que pueden enriquecerse sin moverse de sus casas.

Cassandra se acarició el vientre y se puso en pie.

—Espero que tengas un buen viaje. Y no olvides escribir.

Su esposo se mordió el labio. Juraría que esa mujer le escondía algo. Estaba ruborizada, y tartamudeaba al hablar.

—¿Qué es lo que pasa, Cassie?

Ella agrandó los ojos, sorprendida.

—¿Qué pasa de qué?

—Dímelo tú.

—Si quieres que apruebe tus continuas ausencias puedes esperar sentado, porque no lo haré.

—¿Estás enfadada?

—Sí.

—No te aflijas. Si me necesitas vendré corriendo; en todo momento sabrás dónde localizarme. Bastará con enviarme una nota.

—Hasta que decidas que dos meses no son suficientes y aplaces tu regreso.

—Podría ocurrir.

—¿Y cómo diantres voy a sujetar una pluma estando de parto? —escupió ella, tapándose la boca al instante al percatarse de lo que había revelado.

Miró azorada a su marido, que la contemplaba estupefacto.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Latimer se levantó y fue tras ella, que trató de escabullirse rápidamente, deteniéndola en la puerta.

—Te he oído perfectamente.

—¿Y para qué quieres que te lo repita?

—Cassie... ¿tú...?

—Estoy esperando un hijo.

Un sentimiento de euforia se apoderó de Frank, que tuvo ganas de comérsela a besos y ponerse a saltar a su alrededor igual que un niño al que le han comprado una montaña de regalos por Navidad. Al cuerno con todo y todos. ¡Un bebé! La sorpresa fue tan enorme que no reaccionó durante varios segundos, y se quedó mirándola pasmado como si su cabeza fuera una gran piruleta y él un huérfano

que nunca había visto un dulce en su vida.

—¿Estás... segura?

—Totalmente —aseveró Cassandra, aún temerosa.

«Haz algo, idiota. Abrázala, besala, arrodíllate a sus pies. ¡Di algo!»

—¿Frank?

—¿Mmm?

—¿Estás bien?

Iba a contestar, cuando le asaltó la advertencia del doctor Clayton, haciéndole sentirse como si se hubiera subido a un andamio que descendía en caída libre a cien metros del suelo.

—¿Cómo ha podido suceder? —se oyó preguntar.

La decepción en el rostro de su esposa era evidente. No esperaba que sacara la botella de whisky que trajo de su último viaje a Escocia, pero por el amor de Dios, un poco de entusiasmo no estaría mal.

—Sé que no estaba planeado...

—He actuado con muy poca cautela. Y ahora te he puesto en una situación de riesgo.

Cassie apretó los dientes, airada.

—¡Por todos los infiernos, Frank! ¡Estoy embarazada, no enferma terminal!

Latimer dio un respingo. Caramba, se le estaba pegando su vocabulario bárbaro del otro lado del Atlántico...

—Y para que sepas —prosiguió su mujer—, concebí esta criatura porque quise. Y como no quisiste colaborar, pues —se puso roja como una granada madura—, tuve que recurrir a medios poco... ortodoxos.

Por unas milésimas de segundo Frank quedó desconcertado. De pronto lo comprendió. El oportuno.

—Tramposa. ¿No te da vergüenza embriagar a tu marido para llevártelo a la cama?

La cara de Cassandra pasó del rojo escarlata al violeta de los pensamientos que tenía plantados en el jardín.

—Lo lamento, yo... hice mal.

—No lo lamentas. Lo que te apena es que te haya descubierto. Pero antes de darte una buena azotaina, señorita —replicó él, abrazándola—, permíteme aclararte que el olor de tu piel es suficiente para mantenerme drogado durante horas y conseguir de mí lo que te venga en gana.

—Compórtese, señor Latimer.

—Me lo pones más difícil cada día que pasa.

—¿Me perdonas entonces?

Frank la soltó y se apartó un par de metros.

—No.

—¿Cuál será mi penitencia?

—Vendréis conmigo a Londres. Tú, Ada y los niños.

—¿Qué?

—Será bueno para Arthur respirar el aire de la capital. Y estoy pensando en buscar allí a una institutriz para Evelyn, que ya cuenta con casi once años.

—Podemos traer a la maestra al campo. No hay que trasladarse a la ciudad para eso.

—No, sin embargo yo estaría más tranquilo teniéndote cerca.

—Sabes que detesto Londres. Llévame a cualquier lugar, excepto allí.

Latimer se acercó y la tomó de las manos.

—Cariño mío, desearía evitarte este trago, mas es donde debo permanecer estos meses. Nos estableceremos en nuestra residencia de Park Lane, y te atenderá el mejor doctor del país.

—Me conformo con el que tenemos.

—Clayton es un médico rural. Y en tu condición tomar las precauciones adecuadas puede evitarnos disgustos. Un licenciado que ejerza en la ciudad estará más capacitado. Y no es negociable.

—Pero...

—Además, Henniker está ansioso por volver a verte.

—¿Tu amigo el inspector?

—Ese mismo. Reside en Londres desde la muerte de su esposa. Y será una de nuestras primeras visitas. Compláceme en eso, por favor.

Cassie dejó escapar un pesado suspiro. Acompañar a Frank en ese viaje era algo que no le entusiasmaba en absoluto.

—Está bien —dijo rindiéndose—. Avisaré a Ada y haremos las maletas.

Todos se pusieron en pie en medio de una ruidosa ovación. Suzanne Townsend apareció en el escenario junto a los demás actores al abrirse el telón del Drury Lane, inmensamente satisfecha por su aplastante éxito, segura de que al llegar a su camerino se encontraría con decenas de ramos de flores y admiradores por doquier.

Y no se equivocó. Recibió numerosas felicitaciones por su papel de lady Macbeth mientras recorría los pasillos del edificio, teniendo incluso que pedir a uno de los encargados de vestuario que la ayudara a deshacerse de ciertos caballeros que no paraban de atosigarla con sus adulaciones.

Al cerrar la puerta del cuartito donde por fin podría ponerse cómoda, respiró aliviada.

Pero no estaba sola. Un hombre la esperaba desde hacía quince minutos sentado en la pequeña butaca frente al tocador.

—Hola Malcolm —saludó ella al verle—. No sabía que habías venido.

—¿Y perderme tu actuación de esta noche? Ni muerto —respondió él levantándose y rodeándola con sus brazos.

—Recuerdo que una vez dijiste que el teatro te aburría, y que preferías tirar el dinero en una mesa de póker.

—Veo que conoces mis gustos —dijo lord Lennox—. Sin embargo hoy he sentido curiosidad. Has estado magnífica.

—Dime algo que no haya oído ya, querido. Eres pésimo para los halagos —se burló Suzanne.

Lennox la besó en los labios y en la garganta.

—¿Tienes siempre el cutis tan condenadamente suave? —preguntó con el rostro hundido en su cuello, inspirando su aroma.

—Eso intento. Una debe cuidarse con una profesión como esta. Además del talento, el aspecto cuenta mucho.

—La próxima semana daré una recepción en mi casa. ¿Vendrás?

—¿Cómo osas invitarme a tu guarida teniendo a tu esposa bajo el mismo techo, milord?

Malcolm rio.

—Oh, no te preocupes por Aline. Está en el campo. No ha querido acompañarme esta vez. Varios

de mis amigos me rogaron que te persuadiera, y he hecho una cuantiosa apuesta. No querrás que pierda trescientas libras por tu causa...

—¿Apostaste trescientas libras a que acudiría a tu fiesta?

Lennox asintió.

—Pues vas a perderlas.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Un compromiso me impedirá complacerte.

—Oh, Susie... vamos, no seas mala.

—Nadie te mandó cometer esa estupidez.

—Este desaire no tendrá que ver con el imbécil de Parker, ¿verdad?

Suzanne titubeó antes de contestar. Las facciones del joven rostro del caballero se endurecieron, y este soltó un bufido.

—Cariño, no quiere aceptar que lo nuestro terminó, he de darle tiempo...

—Lleva siglos detrás de ti como un perro en celo, Su. ¿Crees que con un par de meses más siguiéndole la corriente lograrás quitártelo de encima?

—No te impacientes. Ha sido bueno conmigo, y no deseo herirle.

Malcolm le acarició la espalda y le susurró al oído:

—Eres una chica muy peligrosa, cielo. Las sirenas hunden barcos, tú hundes a los hombres.

Suzanne sonrió y replicó:

—Bueno, al menos no causo tantos estragos como ellas.

Lennox la calló con otro beso, abrazándola con fuerza. No se percataron que la puerta del camerino se había abierto, hasta que oyeron un sonoro carraspeo.

—¡Miles!

El vizconde les miraba enfurecido, apretando enérgicamente el ramo de lirios que portaba en la mano. Haciendo acopio de su impecable educación, dijo:

—Buenas noches.

—Vaya, Parker, tú también te has animado a honrar al Drury Lane con tu presencia —terció lord Lennox con descaro—. ¿Venías a felicitar a la señorita Townsend?

—Sí. Sin embargo veo que está ocupada, así que no les molestaré.

—¡No, no! Descuida. Yo ya me iba. Señorita Townsend —se dirigió a Suzanne—, le reitero mi enhorabuena. Y le ruego medite en lo que le he comentado. Adiós.

Suzanne observó a Miles turbada, mientras este seguía a Malcolm con la mirada hasta que desapareció de su vista. Le pareció que estaba a punto de retarle a duelo.

—Si hubiera sabido que tenías compañía no habría venido.

—Lord Lennox quiso fel...

—¿Lord Lennox? —la interrumpió Parker—. ¿Ahora llamas a tus amantes por su apellido?

—¿A qué viene eso?

—Increíble. Es darme la vuelta y aprovechas para revolcarte hasta con el panadero.

—No te permito que me hables así.

—¡Te hablaré como me plazca! Al fin y al cabo no hay que cuidar el vocabulario ante una cortesana.

—¡Ten cuidado, milord! No toleraré que me humilles, cuando ya sabías a qué atenerte. No soy de tu propiedad.

Miles tragó saliva. De pronto el desprecio que sentía hacia aquella mujer era mayor que toda la devoción que le profesó durante once años ininterrumpidos.

—Me das lástima —le espetó, tirando el ramo en la papelera—. Explotas tu cuerpo y tu belleza con la destreza de un chulo de cualquier prostíbulo del East End. Pero no contaste con que tu pacto con el diablo no te servirá cuando los años te pasen factura, y ni siquiera la cama del príncipe de Gales evite tu caída. Las arrugas no perdonan, amor, y tú ya dejaste atrás los treinta.

Suzanne se llevó una mano a la mejilla. Eso había dolido más que una bofetada.

—Sabes ser cruel si te lo propones —musitó en un hilo de voz.

—Celebro que te des cuenta. Y te diré otra cosa: estoy harto de ti. Harto de que me des las migajas y me tomes el pelo como si fuese un muchacho imberbe. No lograrás ser duquesa, madame. Ni duquesa ni nada que se le parezca. Los hombres de mi posición buscan matrices jóvenes que alberguen a sus herederos. ¿Puedes dar tú un heredero a tu edad?

La ira de su interlocutora emanaba de cada poro de su piel. Dejó caer los hombros impotente, y escupió:

—Sal de aquí.

—No gastes saliva en echarme. No tenía intención de quedarme ni un minuto más en tu compañía.

—Si crees que lloraré tu pérdida cometes un grave error.

—El grave error lo cometí yo al proponerme convertirte en una mujer decente.

Suzanne apretó los dientes para controlar el torrente de lágrimas que pugnaban por humedecer sus iris azules. Jugó con un bucle de su rubia melena y desvió la mirada. Maldito Parker...

—Y a partir de ahora siéntete liberada de cualquier compromiso moral conmigo. Bueno, olvida lo de «moral», puesto que no tienes ni idea de lo que es eso. Suerte con tu próxima presa.

Y se marchó dando un portazo.

Ya estaba hecho. Así de fácil. Miles abandonó el edificio poseído por una rabia casi incontenible, sintiéndose derrotado y profundamente herido. Le ladró unas cuantas órdenes a su cochero y se pasó el trayecto de vuelta a casa maldiciendo el día que la conoció.

Al arribar se encerró en la biblioteca y destapó una botella de brandy, llenando hasta el límite el vaso del que disponía.

«Necio. Bobo. Memo. Idiota. Mentecato. —No hallaba un sinónimo que le definiera satisfactoriamente—. Tú gimiendo por esa meretriz y ella retozando con todo lo que se mueve.»

Y para más inri le había tirado en la cara que sabía a qué atenerse. Claro que lo sabía. Pero una cosa era saberlo y otra verlo con sus propios ojos.

Estrelló el brandy contra la pared, impregnando las cortinas de terciopelo con el olor característico de la bebida. Le hubiera encantado zarandearla hasta el cansancio por la ofensa recibida, por dejarle como un estúpido frente a aquel malnacido, que se estaría riendo a carcajadas a su costa.

—Disfruta de tu triunfo, Lennox —balbuceó, ebrio de odio—. Y cuando te liquide seré yo el que se ría. Os podéis ir al infierno los dos.

—Lord Huntercombe...

—¡Qué! —gritó, irritado por la inesperada intromisión.

Impasible ante su encolerizado amo, Adams le entregó un sobre cerrado.

—Ha llegado esta nota para usted hace veinte minutos.

Miles inspiró hondo.

—Gracias.

El mayordomo se retiró, y Parker abrió la misiva. Leyó con atención las malas noticias contenidas en aquellas letras escritas con pulso firme.

Era un mensaje de Julian. Acababa de convertirse en el noveno señor de Haygarth Park.

Veinte días después, Cassie se hallaba inmersa en las ocupaciones que se requerían de la esposa de un importante comerciante, organizando las tareas del servicio de su hogar en la capital, revisando los pedidos y los menús, y encargándose de todo lo concerniente a convertir la casa que había estado desocupada durante meses en un lugar habitable. Apenas veía a Frank, que andaba de reunión en reunión tratando de llevar a cabo su plan de reclutar aventureros que desearan participar en su empresa, cuyas billeteras estuvieran abarrotadas y no les importara invertir sus miles en el negocio del algodón.

Ada la había acompañado juntamente con sus hijos, que se mostraban encantados de estar en la ciudad. Jonathan, que recién regresaba del colegio para sus vacaciones veraniegas, no ocultó su entusiasmo frente a la idea de pasar el verano en Londres, donde las diversiones y lugares de recreo abundaban y eran fuentes de inagotables tentaciones para un muchacho de catorce años.

Su madre le previno severamente acerca de los peligros de la capital mientras lidiaba con su enojada hermana, cuyo carácter dejaba salir a la luz cada vez que Johnny mencionaba las regatas en el Támesis, un espectáculo al cual él acudiría y por nada del mundo le permitiría acompañarle.

—¿Es que me ves con cara de niñera o qué? —le decía riendo—. Tú vete al mercado de Covent Garden con mamá, que seguro no te aburrirás con todo lo que hay que ver por allí.

Y acto seguido Ivy comenzaba a lloriquear e implorar misericordia a su progenitora, que se negaba rotundamente a los caprichos de la pequeña.

Una mañana, al salir de una tienda de comestibles en Leicester Square, Cassie se llevó una agradable sorpresa. Uno de los mejores amigos de su esposo paseaba casualmente por allí con su hijo mayor, y al verla esbozó una amable sonrisa, quitándose su sombrero de copa en señal de respeto y apresurándose a cruzar la calle para saludarla debidamente. Hacía al menos tres años que no le veía, y le causó una gran alegría que se le presentase la oportunidad de hablar con él.

—Buenos días, señora Latimer.

—¡Inspector Henniker, qué placer encontrarle aquí! —exclamó Cassandra, dándole la mano.

—Al fin ha decidido usted venir —dijo el caballero, conociendo la aversión de ella por las ciudades grandes.

—Oh, sí. Pero diré en mi defensa que el señor Latimer no me dejó otra opción.

Henniker levantó las cejas.

—Un hombre persuasivo.

—Así es.

El caballero desvió la mirada hacia la bella mujer que la acompañaba, ataviada con un favorecedor vestido azul oscuro.

—Le presento a mi prima, la señora Ada Smith.

—Encantado.

Ada inclinó ligeramente la cabeza y él se giró hacia el joven.

—Este es mi hijo Jeremiah.

El chico intercambió los saludos pertinentes con las damas, y los adultos continuaron hablando.

—Espero que pronto nos haga una visita, señor Henniker. Mi marido planea secuestrarle en nuestra casa durante largas horas una noche de estas.

Henniker rio.

—Agradecido les estoy por semejante honor —afirmó—. Acudiré con toda seguridad, y les entretendré si así lo desean con alguna de mis historias.

Y volviendo a ponerse su sombrero, Henniker se despidió de ambas y se marchó. Las mujeres se fueron en dirección contraria, hacia la plaza.

—Qué simpático es, ¿verdad? —comentó Cassie.

—Sí. ¿Es amigo de Frank desde hace mucho? —preguntó Ada.

—Lo conoció en su segundo viaje a Londres. Creo que en un club de juego. El Hodge's.

—¿Y reside aquí con su familia?

—Sí, con sus dos hijos. Es viudo.

—No parece muy mayor.

—Rondará los cuarenta y cinco. Fanny, su señora, murió de tuberculosis. Tenía treinta y dos años.

—Debió de ser un duro golpe para él. Hacerse cargo de esos niños...

—Eso dice Frank. Aunque no pierde la esperanza de verle casado nuevamente.

—Seguro que intentará encontrarle una compañera adecuada.

—Mi marido es un buen celestino. Le hace feliz emparejar a las almas solitarias.

Ada la miró divertida.

—Qué poético ha sonado eso.

—Son palabras tuyas. Según él, un hombre sin esposa es como una primavera sin flores.

—¡Oh, Cassie! ¡Tenemos a un Shakespeare en casa y yo sin saberlo! —exclamó Ada cogiéndola del brazo.

Se detuvieron ante una casa de modas.

—¿Lista para el sacrificio? —preguntó Cassandra guiñándole un ojo.

—¿No podríamos tomar mis medidas otro día?

—Ni hablar. Quedan unas semanas para la cena y debemos confeccionarte un vestido.

—Prefiero quedarme en el primer piso con los niños. No tengo nada que hacer abajo con vosotros, Cassie. Solo soy la pariente pobre de los señores, y mi lugar es...

La joven tiró del lazo de su sombrero.

—No eres la pariente pobre, eres de la familia. Y comerás con nosotros en nuestra mesa, le fastidie a quien le fastidie. Entra ahí.

—Pero...

—Entra ahí.

Ada cedió a regañadientes. Ya podía olvidarse de salir de Modas Dupont durante las siguientes dos horas.

Ian Carmichael se apresuró a acudir al hall de la mansión londinense de su nuevo amo a abrir la puerta a la visita que esperaba fuera. Se encontraba incómodo con el atuendo de luto que estaban obligados a llevar tanto él como el resto del servicio, que les daba un aspecto tétrico y sombrío. Meneó la cabeza, molesto por tanta hipocresía. ¿Para qué vestirse de negro, detener relojes o tapar

espejos, si allí todos deseaban que el viejo demonio estirara la pata? El marqués les había hecho un favor con su partida, dejando al frente del título y las propiedades a un hombre con corazón. Craig Haygarth no merecía ninguna clase de duelo ni demostración de tristeza por su pérdida, y si por el anciano Ian fuera, él mismo organizaría una fiesta en el sótano con sidra y unos buenos chuletones de ternera para celebrarlo.

Estiró su chaleco impecablemente planchado y carraspeó. Lord Julian no estaría dispuesto a recibir a nadie, mas Carmichael se olía que quien venía a verle era alguien a quien le resbalaban las normas y costumbres inglesas (sabiendo que una persona que estaba de luto normalmente se apartaba de la sociedad por un tiempo), o algún familiar directo que no sabía que tuviera.

Su duda quedó disipada en cuanto vio el rostro de Miles Parker, el inseparable amigo de la infancia de Julian, de pie en el último escalón.

—Buenos días, lord Huntercombe.

—Hola Carmichael. ¿Está lord Rockingham?

—Sí, señor. Pase.

Miles le siguió, deteniéndose en el pasillo.

—Si aguarda aquí un momento por favor, le avisaré de su llegada.

—Gracias.

Con toda la pomposidad requerida en estos casos, el mayordomo anunció la llegada del vizconde, que entró en el despacho de Julian con gesto serio, oyendo cómo el criado cerraba la puerta tras él.

—Hola Julian.

—Miles. Toma asiento.

Parker obedeció.

—¿Cómo estás? Creí que pasarías el verano en Haygarth Park, debido a las circunstancias.

—Llegué del campo ayer. Tengo varias reuniones pendientes con el notario y los abogados.

—¿Por el testamento?

—No. Mi padre ató bien los cabos. Pero no me había puesto al tanto de ciertas deudas que llevaba años arrastrando.

—¿Qué?

—No es nada grave, no te asustes. Podré solventarlas con las rentas que las tierras de Haygarth Park me proporcionen.

—Un alivio escucharte decir eso. Estar con el agua al cuello es terrible, sobre todo para los tiempos en que vivimos.

Julian se echó hacia atrás en el respaldo de su asiento.

—¿Y tú, cómo estás?

—A mí no se me ha muerto nadie, así que no me puedo quejar. Solo vine a ser tu paño de lágrimas por si lo necesitaras.

Rockingham sonrió.

—Conoces los detalles más íntimos de mi escasa relación con mi padre, Miles. Lo he sentido, pero no soy capaz de derramar una lágrima en su memoria.

—Lo comprendo. Y no te juzgo por ello.

—Lo sé. Por cierto, tendrás que aplazar tu boda con Suzanne al menos seis meses si quieres que asista.

Huntercombe frunció el entrecejo y tosió.

—No habrá boda.

Su amigo le miró extrañado.

—¿No? Si me dijiste que...

—Olvida lo que dije, Julian. Se acabó.

—Eso sí que no me lo creo.

—La encontré abrazada a Lennox en su camerino.

—¿Lennox? ¡Si está casado! Menudo bastardo. No le habrás amenazado ni puesto una pistola en la sien, espero.

—¿Y que me encierren en el Bedlam de por vida por culpa de esa ramera? No gracias. Vivir entre lunáticos no es lo mío.

—Caray, esta vez sí que te ha ofendido. No recuerdo haberte oído utilizar esos términos para referirte a ella antes.

—Me cansé del juego, Haygarth. Me cansé de sus manipulaciones y sus mentiras. Intentaste disuadirme de esa locura hace siglos, y no te escuché.

—Si estuvieras enamorado de Suzanne hubiera sido peor.

—La habría matado. A los dos. Y acto seguido los habría enterrado bajo mis rosales para que sirvieran de abono a mis plantas.

Julian agrandó los ojos.

—¡Por Dios, Parker! Pobrecilla. Tu amor es mortal, compañero. Y siendo libre, quién sabe lo que te depara el destino...

—Te voy a contar lo que me depara, milord. Voy a acudir al próximo baile al que se me invite, abordaré a la primera chiquilla guapa, rica, virgen y tonta que vea y le pondré un anillo de compromiso en el dedo.

—No lo harás.

—Claro que sí. Creí que Suzanne Townsend y yo haríamos buena pareja, ya que lo que sentí por ella era lo más cercano al amor que he experimentado en mi vida. Ahora ya no me importa nada.

—No aguantarías ni un mes a tu mujer, y el divorcio no está bien visto en nuestro círculo. Y tu madre...

—Mi madre estaría tan contenta como un patito chapoteando en un estanque privado. Me voy haciendo a la idea de que es hora de dejarme ahorcar con esa soga que llaman «el matrimonio», Julian. Hubiera sido feliz con Susie, pero lo hecho, hecho está. Toca pasar página y centrarse en otros asuntos.

—¿Por ejemplo?

—Inversiones. Dinero.

—¿Te vas a meter con los especuladores?

—No. Me inclino a apostar por algo tangible y estable, como el comercio.

—Mmm... ¿y qué trama tu enérgica cabecita?

—¿Te suena el nombre... Latimer?

El marqués se mordió el labio, pensativo.

—Espera... si se trata de la misma persona, es posible que lo conozca. Cené con él hace años en casa de James. En Hampshire.

—No me lo habías contado.

—Es un periodo que procuro no mencionar.

—Entiendo. Pues tenéis ocasión de compartir otra velada.

—Estoy de luto, Miles. No acudo a eventos sociales.

—No es un evento social, sino una cena de negocios. Aunque para disimular su interés en nuestras carteras el anfitrión ha convidado también a las mujeres de los afortunados. Piénsalo: podrás barrer esas pequeñas deudas en un santiamén si te conviertes en uno de sus socios.

—¿Te parece fiable ese caballero?

Miles vaciló unos segundos.

—No sé... es americano, mas no veo inconveniente en eso. Uno no tiene culpa de sus orígenes.

Julian soltó una risita. Absurdo patriotismo británico.

—Lo consultaré con la almohada.

—Tu almohada está rellena con plumas, lord Rockingham, no con libras esterlinas. Así que déjala tranquila y escucha a tu mejor amigo. ¿Es que quieres que tu progenitor se te aparezca en sueños y te persiga con un hacha por perder semejante oportunidad?

—¿Cuándo aprenderás a tener respeto por los muertos, Parker? —le espetó Haygarth irritado.

—Te seré sincero. Lord Rockingham ha sido llamado a la gloria hace dos meses escasos y tú estás aquí, atrapado en un cuerpo mortal y cargando con sus deudas. Estimaba al viejo marqués y te estimo a ti, y sin embargo soy una persona práctica. No lograrás resucitarle encerrándote entre cuatro paredes, tu dolor lo llevas dentro y que se vayan todos al cuerno si piensan que dejarte ver en público significa que estás saltando de alegría por habértelo quitado de en medio.

—Me consuelan tus palabras, pero no podemos borrar de un plumazo nuestras costumbres y pretender continuar con la cabeza alta.

—Te aseguro que tiraría los libros de protocolo juntamente con su autor a una fosa séptica si estos se interpusieran en mi camino, impidiéndome avanzar y conseguir lo que deseo. No vale la pena, Julian. Dentro de cien años nuestros descendientes se reirán de estas cosas y escribirán miles de novelas narrando nuestras imbecilidades. Quiero verte en esa cena, y si no te presentas vendré a tu casa y te arrastraré hasta allá. Al fin y al cabo, Park Lane no queda tan lejos.

—No me he negado, simplemente digo que lo pensaré.

Huntercombe se levantó.

—Pues hazlo rápido, o se te adelantarán y se comerán tu trozo de pastel.

—¿Me guardarás la guinda?

—Te guardaré un sitio a mi vera. La guinda la tendrás que conseguir tú —afirmó Miles estrechando la mano del marqués y dirigiéndose a la salida.

Ada Smith se colocó por quinta vez el camafeo que llevaba enganchado a su vestido de tonos violeta, procurando centrarlo exactamente en medio del cuello del mismo. No encontraba el motivo por el que se sentía tan inquieta, pero sabía que algo había perturbado la paz que creía haber conseguido tras nueve años de dolor y lágrimas por la pérdida de su marido, y se avecinaban cambios importantes.

Se miró al espejo de pie e inspiró hondo. El haber ido de compras días atrás le sirvió para mostrarse presentable ante la visita de Tobías Henniker, y no parecer lo que realmente era, un miembro de la familia al que Frank había acogido bajo su techo por pura caridad, sin medios económicos para sobrevivir y dependiendo del beneplácito de los señores de la casa.

Nunca antes se había avergonzado de su posición. Le gustaba quedarse con los niños cuando los Latimer tenían un compromiso, o hacer de niñera con Arthur si Cassie debía acompañar a su esposo a algún viaje de última hora. Esa era su vida, una vida que no cambiaría ni por todo el oro de las pirámides de Egipto.

Acarició la alianza en su dedo anular. La joya seguía allí, recordándole su miserable suerte. Y él la había mirado con un interés que casi la hace sonrojarse. A ella, una mujer de treinta y cuatro años que no esperaba otra cosa que envejecer y languidecer en soledad. Y para colmo Frank, un auténtico zorro al que no se le escapaba ningún detalle, le había invitado a cenar y a la recepción que darían más adelante, además de insistir en que se pasara a tomar el té en numerosas ocasiones.

Esta sería la tercera vez que se verían. Una cena informal en la que los cuatro hablarían sobre temas triviales, reirían, se harían mutua compañía y, si el inspector se animaba, les relataría alguna anécdota interesante de un caso sin resolver que les mantuviera intrigados el resto de la velada, como si de un juego de detectives se tratara.

Una de las doncellas llamó a su puerta y le anunció que la señora pedía que bajara al salón. El visitante había acabado de llegar. Se arregló el peinado y salió, escuchando ya por el pasillo las saluciones de los anfitriones y el grave tono de voz de Tobías.

Cuando hizo su aparición, los otros tres callaron y la miraron. Cassie esbozó una sonrisa de oreja a oreja, complacida por su hermoso aspecto, y Henniker se acercó con paso lento.

—Buenas noches, señora Smith.

—Bienvenido, señor Henniker.

—Querida prima, estás radiante esta noche —intervino Frank.

—Concuerdo plenamente con su afirmación, señor Latimer —aseveró Cassandra.

—Os ruego que no prosigáis con vuestros halagos si no queréis que me ruborice —les advirtió Ada, sonriente.

—He de pedirle perdón por mi atrevimiento, señora, mas no puedo hacer otra cosa que estar de acuerdo con el anfitrión —dijo Henniker.

—Sobre todo teniendo en cuenta que en el comedor nos espera su plato favorito, y si osara contradecirme en mi propia casa se iría sin probar bocado —bromeó Frank, palmeando el hombro de su amigo.

Cassie se adelantó y tomó a su prima del brazo, riendo.

—Vaya modales tiene usted, esposo mío. Poner entre la espada y la pared a nuestro convidado. Habremos de servirle doble porción de cochinito asado para compensarle.

—En ese caso le concedo plena libertad para continuar acorralándome —terció el inspector, arrancándole una carcajada a Frank.

El mayordomo les guió al comedor, donde varias bandejas de plata cubiertas sobre una mesa impecablemente puesta les aguardaba.

Frank se sentó a la cabecera y los demás también tomaron asiento, dispuestos a comenzar a degustar las delicias preparadas por el cocinero francés que Latimer contrató para impresionar a los comensales que acudirían al evento organizado en la mansión, que pronto tendría lugar.

—Y bien, señoras, ¿se encuentran a gusto en la capital? —preguntó Tobías.

—Oh sí, mucho —respondió Cassie, mirando a Ada—. Es distinta a lo que estamos acostumbradas. Carruajes por doquier, cantidades irrespirables de humo y hollín, enormes tiendas y mercados... en fin.

—No es fácil aprender a llevar la vida de sus habitantes, mas intentamos estar a la altura.

—A mí tampoco me agrada residir aquí todo el año —les confesó Henniker—, pero mi profesión me obliga a permanecer donde se me necesita.

—Y con tanto bribón que atrapar no te da tiempo a pensar dónde estás, ¿verdad? —añadió Frank.

—Sí. Londres es peligrosa en ciertas zonas.

—¿Como cuáles? —inquirió Ada con curiosidad.

—Lo que llamamos el «East End», es decir, la región sureste de la ciudad, es donde abunda la pobreza, y como consecuencia, los hurtos y otros actos delictivos. Desde que se fundaron los Bow Street Runners hemos estado saturados de trabajo, procurando llevar la seguridad a las calles con poco éxito algunas veces.

—¿Los Bow Street Runners? Nunca había oído hablar de ellos.

—Fueron creados el siglo pasado para frenar la delincuencia en nuestra población. Un grupo de hombres cuya principal meta era que se hiciera justicia con aquellos que infringían la ley. El grupo fue disuelto hace veinte años, siendo la semilla de lo que hoy conocemos como la Scotland Yard, el cuerpo de policía oficial londinense.

—Y usted trabaja para la Scotland Yard, ¿no?

—Así es. Aunque empecé en el terreno de la investigación como detective privado.

—Pero era tan bueno que le reclutaron y le convirtieron en inspector —aclaró Latimer, llevándose un pedazo de carne a los labios.

—Te agradezco el cumplido, Frank. Tu capacidad para lisonjear a la gente y hacer que hasta un ratón se crea un gato doméstico de pedigree es asombrosa —dijo Henniker riendo y sirviéndose más vino.

—Soy un comerciante, amigo. El valor que tienen las cosas es el que les otorgo. ¿Existe quizás un caso que se te haya resistido?

—Me sobrevaloras. Por supuesto que he llevado casos que no se han podido resolver.

—Estoy ansiosa por conocer uno de esos casos, inspector —terció Cassie—. Confío plenamente en el criterio de mi marido, y creo que no exagera al alabar su excelente trabajo.

—Con mucho gusto la complaceré, y verá que soy un hombre lleno de defectos como cualquier otro.

—Mientras tomamos el café será un momento perfecto para que nos desilusiones —le retó el anfitrión.

La velada prosiguió sin contratiempos, y Latimer deleitó a los oyentes con relatos sobre sus comienzos en el mundo de los negocios, las dificultades con las que se topó al intentar abrirse camino entre los poderosos de Wall Street, y cómo se animó a comerciar con el algodón.

—Esa materia prima es una fuente inagotable de ganancias —decía—. Es prácticamente de lo que se vive en el sur de los Estados Unidos.

Al finalizar el postre pasaron a otra salita y se sentaron en dos cómodos sofás. Ada se ofreció para servirles el café, y al entregarle su taza a Henniker sus dedos se rozaron y esta se azoró visiblemente. Él, mirándola con el intenso brillo de sus ojos azabache, sugirió:

—Si les parece cumpliré lo que les he prometido y les contaré acerca de uno de mis fracasos policiales.

—Somos todo oídos —dijo Frank.

Tobías bebió un sorbo de la humeante taza y volvió a mirar a Ada, sentada frente a él (junto a

Cassie). Le prestaba total atención.

—Hace una década, cuando llevaba solo unos meses en mi puesto, me asignaron el «caso Brent». Lo recuerdo perfectamente porque me esforcé muchísimo y trabajé hasta altas horas de la noche para atrapar al asesino, y no conseguí que a la víctima se le hiciera justicia, puesto que el caso fue archivado por falta de pruebas.

—¿Ha dicho asesinato? —preguntó Cassie sobresaltada.

—Sí. El caballero era joven y soltero. Se llamaba William Brent. Trabajó como lacayo y posteriormente como ayuda de cámara para un inglés residente en Hampshire, el señor James Haygarth, y luego dimitió de su cargo sin dar explicaciones, apareciendo muerto año y medio después en el Támesis, bajo el London Bridge.

—¡Haygarth! Le conocemos. ¿Cómo se tomó la noticia?

—Esperaba nuestra visita cuando viajé hasta allí para hacerle algunas preguntas; leyó el suceso en los periódicos. Supuso, así como el resto de mis compañeros, que andaba metido en asuntos turbios, y que era probable que su final se debiera a un ajuste de cuentas.

—¿Y usted qué piensa al respecto?

—No me convence esa teoría. El señor Haygarth me rogó personalmente que lo aclarara todo y que me encargara de vengar a su ex empleado, llevando a juicio al autor de esa barbarie. Si William Brent era culpable de contrabando, merecía la cárcel, no perder la vida.

—Y no hubo ni siquiera una pista que os dijera por dónde empezar... —señaló Frank, intrigado.

—Una, pero que no nos llevó a ninguna parte. Una nota en su bolsillo con una dirección: Oban, Escocia. Granja Hayley. Y unas iniciales emborronadas, una de las cuales identificamos como la letra G.

—¿Y acudieron a esa granja en busca de información? —preguntó Ada.

—Sí. Los pobres señores Hayley no conocían a Brent, y no guardaban relación ni con él ni con sus familiares. Tras meses de investigación, mis superiores decidieron que seguir indagando era perder el tiempo, por lo que se me ordenó abandonar el caso.

—Oh...

—Ya ven, no soy tan perfecto como pensaban.

—La culpa no es tuya, Toby —manifestó Frank, molesto—. A esos inútiles no les daba la gana trabajar, y te sacaron sin preguntar tu opinión.

Henniker sonrió.

—La opinión de un inspector principiante no cuenta, Latimer.

Cassie se tomó su café y miró a su prima, que bebía cada palabra pronunciada por el invitado. Se sintió febrilmente atraída por la historia que Henniker acababa de contarles, y no dejó de meditar en ella hasta que el sueño la venció horas después, bien entrada la madrugada.

Parker se paseaba por el acogedor salón de la mansión Latimer con una copa de vino en la mano. Para ser una pequeña reunión había bastante gente. Su cuñado Mark también había sido convidado juntamente con la esplendorosa Henrietta, que dejó a sus monstrositos al cuidado de una eficaz niñera. Lord Lannister se hallaba conversando con Latimer, posiblemente hablando de los planes de este para con los cargamentos de algodón provenientes de América.

Hastiado hasta la saciedad de ese tipo de veladas, soltó un resoplido de aburrimiento. Todo iba a ser lo mismo que otras veces: cenar, hablar, bailar (aunque ese no era el caso para lo último, por lo que se sintió aliviado) y a casa.

Miró a su hermana. La condesa estaba radiante. Le sentaba bien el matrimonio. Parecía divertirse, al contrario que él. Hablaba con... otra dama. Se fijó un momento en la desconocida. Cabello castaño recogido en un moño muy favorecedor, piel blanca, ojos...verdes.

Llevaba un vestido malva y sujetaba graciosamente un abanico. No recordaba haberla visto antes. Se sintió tentado a acercarse a ambas mujeres, y, tras saludar a Henrietta, instarla a presentarle debidamente a su nueva amiga, en la que concentraría su atención durante las próximas horas.

—Huntercombe —dijo Julian, poniéndose a su lado.

—Rockingham —respondió este, devolviéndole la estocada.

—No pareces muy animado.

—¿Por qué lo dices?

—Llevas media hora con un solo vaso de vino.

Miles sonrió.

—Me conoces tan bien que a veces me da la impresión de que somos hermanos o algo así. ¿Estás seguro de que no nos separaron al nacer?

—Completamente —contestó el marqués—. Mi padre no hubiera soportado a un hijo tan insolente como tú.

—Con uno solo le bastaba —contraatacó el vizconde, haciendo que su amigo hiciera una mueca y le mirara con reproche.

—Te odio —farfulló Haygarth con gesto solemne.

—El sentimiento es mutuo. Y bien, milord, ¿qué opinas del nuevo miembro de nuestro estrecho círculo social?

—Es un hombre emprendedor que se ha hecho a sí mismo. Admiro a esa clase de personas.

—Se está comiendo a varios comerciantes que antes estaban entre los más prosperados del país. Asociándonos con él sacaremos una buena tajada de los beneficios, aunque primero haya que invertir. Habremos de llevarnos lo mejor posible con él, y con el heredero, claro.

—¿Tiene un hijo? ¿Y dónde está?

—A estas horas en la cama. Tiene nueve años.

Julian arqueó las cejas. Calculó que Latimer debería estar rondando los cincuenta.

—Sí, amigo mío —dijo Miles—. Un hijo en su vejez, una mujer preciosa... en fin. La vida perfecta.

—No sabía que te gustaran los frutos maduros, Parker —bromeó Julian haciéndole un guiño.

—No seas ignorante, Rockingham. La venerada señora Latimer es unos veinte años más joven que su nuevo rico, y un auténtico bomboncito. Ya ves lo que puede conseguir el dinero.

Cassandra se alisó la falda de su vestido de seda verde, nerviosa. No le agradaban las recepciones a las que asistían miembros de la aristocracia británica, con toda su etiqueta y normas de protocolo. Se sentía como un pez fuera del agua.

Unos instantes antes de bajar a reunirse con su esposo para recibir a los primeros invitados, Frank subió a su habitación y, tras darle un beso en la frente, le regaló un espléndido collar con una

esmeralda engastada que hacía juego con el traje que llevaba puesto. Si no fuera por él, no podría aguantar el suplicio de someterse al escrutinio de las damas presentes, que hablarían, para bien o para mal, de su atuendo, su peinado, su maquillaje o su manera de conducirse con los convidados. ¡Cuánto echaba de menos una conversación coherente sobre algo que no tuviera que ver con las últimas tendencias de París!

Frank la recibió al pie de la escalera con una sonrisa en los labios. Era obvio que estaba satisfecho con lo que veía. Lo último que deseaba hacer era defraudarle, y tenía que estar a la altura como anfitriona aquella noche.

—Mi querida Cassie, estás francamente arrebatadora —le susurró él al oído cuando hubo descendido.

—Con estar presentable me basta.

—Despertaré la envidia de todos. Incluso la de los casados. Sobre todo la de esos.

—¡Frank!

Latimer le besó la mano.

—Tenemos bajo nuestro techo a personas muy influyentes de la aristocracia inglesa —explicó él—. Les he contado a algunos de ellos acerca de mis proyectos, y están interesados. Veremos cómo salen las cosas.

—¿Crees que ha sido buena idea traernos a Ada y a mí? Temo estropear tus planes con mis formas rústicas de comportamiento.

Frank rio con ganas.

—No sería capaz de soportar a estos estirados relamidos sin ti, amor mío.

Le ofreció un brazo, que ella tomó rápidamente.

—Ven, quiero presentarte a dos de mis posibles socios. Ahí están.

Se dirigieron a dos caballeros que conversaban en una esquina. Ambos eran altos, y vestían unos impecables trajes negros. Uno de ellos les daba la espalda.

—Señores —saludó Latimer a los dos hombres—. Permítanme presentarles a mi esposa. Señora Latimer —dijo a su mujer—, lord Miles Parker, vizconde de Huntercombe, y lord Julian Haygarth, marqués de Rockingham.

Julian se había dado la vuelta antes de que Latimer terminara de hablar. Su sorpresa fue tan grande que se sintió mareado. Vio que ella le miraba con una mezcla de estupefacción y terror en el rostro, pálida como el papel.

—Lord... Rockingham —balbuceó Cassandra, sin dar crédito a lo que veía.

Una atmósfera de tensión se apoderó del lugar. Miles les miraba a ambos sin comprender. Latimer parecía no percatarse de lo que estaba sucediendo y siguió con las presentaciones, cuando de pronto Cassie notó que se le nublaban la vista y perdió el sentido, cayendo a los pies de su marido.

—¡Cassandra! —exclamó Latimer, aturdido.

Los tres hombres se arrodillaron para auxiliarla. Miles, completamente desconcertado, miraba a Julian, como pidiéndole una explicación por lo ocurrido. Al alzar la vista vio a la dama del vestido malva que corría hacia ellos.

—¡Cassie! —gritó ella, arrodillándose junto a los caballeros.

La desconocida miró a Miles unos segundos, y después posó sus ojos en Julian. ¡Santo Dios! ¡No podía ser!

—Ada, ¿podrías ocuparte de los invitados, por favor? —preguntó Frank, tomando a su esposa en

brazos—. Voy a llevarla arriba. Solo ha sido un desmayo. No se preocupen, caballeros —dijo a los dos amigos—. No es nada grave. Mi esposa está en estado y el agotamiento le habrá provocado el desvanecimiento. Disculpen.

Y se alejó, seguido por Ada.

La respiración de Julian era entrecortada. Su compañero le observaba en silencio, tratando de buscar las palabras adecuadas. Cielos... Cassandra... estaba allí. Tan cambiada... increíblemente hermosa... del brazo de Latimer... ¡su marido!

Casi como un acto reflejo, dio un puñetazo contra la pared.

—En estado... —murmuró, saliendo de la estancia sin advertir que Parker le seguía.

—¿De qué la conoces? —preguntó el vizconde sin rodeos en cuanto se encontraron a solas en una salita privada.

Julian permaneció callado.

—Julian, te he hecho una pregunta. Se ha desmayado cuando te ha visto. Por no mencionar la cara que has puesto tú, obviamente.

El marqués se pasó una mano por el pelo. Miles conocía bien ese gesto.

—No tenía ni idea de que se hubiera casado...

—¿Qué?

—Te dije que Latimer y yo nos conocimos en Hampshire hace diez años...

—¡No! Me tomas el pelo —interrumpió su amigo, boquiabierto por la impresión—. ¿Me estás diciendo que ella es tu ratón de campo? ¿La campesina por la que perdiste tu sentido común?

—Ahora es una dama.

Miles comenzó a caminar de un lado a otro.

—Necesito un trago.

—Miles, esto no afectará en nada a...

—No, no es eso. Estoy absolutamente sorprendido. ¡Se ha tomado la revancha!

—¿De qué hablas?

—¡Se toma la molestia de venir a restregarte en la cara su nueva posición después de una década!

—No digas sandeces. Ella no es como las mezquinas intrigantes con las que te relacionas, Miles. Al igual que yo, no imaginaba que volveríamos a vernos. Es una broma macabra del destino.

El vizconde se detuvo ante Julian, y mirándole directamente a los ojos, dijo:

—Llámalo como quieras. Pero la verdad es que esa muchacha simplona a la que abandonaste cruelmente un día ahora resurge de sus cenizas como un ave Fénix, se pasea por los lujosos salones de Londres del brazo de otro hombre y se codea con la misma sociedad a la que te negaste a presentarla porque te avergonzabas de ella. Irónico, ¿no crees?

—A veces puedes resultar más dañino que el remordimiento.

—No era mi intención, amigo. Perdóname.

Julian levantó la cabeza.

—Lo sé.

—Haygarth, ¿qué vas a hacer?

—Todo seguirá como antes.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿No confías en mí?

—Sabes que sí. Pero dudo que puedas soportar sentarte a la mesa de un hombre que se lleva cada noche a su cama a la única mujer por la que te he visto suspirar. Todos tenemos un límite.

—Soy más fuerte que eso.

—Espero que así sea. Por tu bien.

Miles se retiró y dejó solo al marqués con sus pensamientos. Por el bien de todas las cosas debían seguir como hasta entonces. Había mucho en juego. Y también... estaba ella. ¿Qué haría Latimer si se enteraba de la clase de relación que les unió en el pasado?

—Ahora pagarás por tus pecados, Julian —masculló este entre dientes—. Por todos y cada uno de ellos.

Cassie sostenía un paño húmedo sobre su frente entretanto su prima le quitaba los zapatos y la ayudaba a tumbarse. Temblaba de pies a cabeza, aunque la temperatura de la habitación en penumbra era bastante agradable y las ventanas habían sido cerradas y las pesadas cortinas corridas.

Ada encendió una lámpara y la puso sobre la mesita. La tenue luz que desprendía el objeto iluminaba la mitad del rostro de Cassandra, cuyos ojos dejaban entrever el terror que sentía en su pecho. El escote de su vestido subía y bajaba rítmicamente, mostrando su evidente alteración, y sus delicadas manos agarraron la fría colcha del lecho, estrujando la tela dentro de sus puños emblanquecidos por la fuerza con que la apretaba.

—Me estoy volviendo loca... —balbuceó.

Su acompañante acarició su cabello.

—Le he visto. Aquí, en casa. Creí que me había librado de su recuerdo e incluso había dejado de soñar con él, y ahora me atormentan crueles visiones...

Ada frunció los labios. Ocultarle la verdad no serviría de nada.

—No ha sido una visión, Cassie. Está aquí —susurró con dificultad. Le costó horrores pronunciar esas palabras.

La joven la miró asustada.

—No es cierto. No puede ser cierto. Lo último que esperaba era que nuestros destinos volvieran a cruzarse tan pronto...

Cassie se incorporó y permaneció callada unos segundos. Después murmuró:

—Ha... venido... a mi casa. ¡Oh, no! —exclamó con una voz desgarradora—. Dios mío... Frank...

Se echó a llorar, histérica. Ada la abrazó, todavía conmocionada por lo sucedido una hora antes en el salón.

—Tranquila. Tú piensa en tu bebé y procura reposar. Lo arreglaremos. Yo me encargaré de todo.

—Mi marido... ¿dónde está mi marido?

—Aquí estoy, cariño —respondió Latimer acercándose a ellas—. ¿Te sientes mejor?

Cassie extendió los brazos hacia él, temerosa de que las hubiera oído.

—Frank... te lo suplico... no bajes. Quédate conmigo.

Su esposo besó las gélidas palmas de sus manos y dijo:

—¿Qué te pasa, amor? ¿Por qué estás tan nerviosa?

—Es la indisposición del embarazo —intervino Ada—. Se ha preocupado cuando le he contado que se ha desmayado hace un rato, y...

Frank suspiró, aliviado de que no se debiera a algo grave.

—Querida, no te angusties. Me he excusado con nuestros invitados, y no será necesario que vuelvas con nosotros. La velada no durará mucho más, y regresaré a tu lado en cuanto los haya despedido, ¿de acuerdo?

—No te demores.

—Lord Lannister me ha hablado de un excelente médico que ejerce en Londres desde hace años, el doctor Woodhouse. ¿Quieres que le mande llamar mañana para que te examine?

—No, me encuentro bien. Tu presencia es lo único que me hace falta.

Frank miró a su mujer con ternura.

—No privemos entonces a la paciente de su medicación —replicó guiñándole un ojo—. Ada, ocúpate por favor de ella y llámame si precisáis de cualquier cosa. Estaré de vuelta lo antes posible.

—Descuida —contestó Ada, consciente de que su prima tenía los ojos clavados en ella.

—Por cierto —apuntó el caballero abriendo la puerta—, lord Rockingham y lord Huntercombe se han mostrado muy inquietos por ti y no se han quedado satisfechos con mis explicaciones sobre tu estado de salud, así que les he invitado a tomar el té esta semana para que comprueben por sí mismos que estás perfectamente.

Latimer abandonó el dormitorio y Cassie se levantó de la cama.

—Esto no está ocurriendo —musitó embargada por el pánico—. Despertaré y me hallaré en mi casa de Hampshire, lejos de él. Lejos...

—Cálmate, Cassie. Siéntate y respira hondo.

—¿Cómo tienes la sangre fría de pedirme que me calme? —le gritó Cassandra, desesperada—. ¡Está bajo mi techo, comiendo en mi mesa, y entablando amistad con mi esposo!

—Frank no ha sospechado nada.

—Pero lo hará.

—No te adelantes a los acontecimientos.

Cassie volvió a sentarse y miró a Ada fijamente.

—Voy a ir.

—¡No! No vayas... podrías empeorarlo todo.

—¿Y si se lo cuenta?

—No se atreverá. Además, ¿qué le relatará que tú no le hayas dicho ya?

—Frank me juró que si encontrara al hombre que me abandonó le atravesaría el pecho con una bala sin dudar, Ada. Tengo miedo.

—Mientras no le revelemos su identidad no habrá peligro. Porque no le diste su nombre cuando le hablaste de él, ¿verdad?

—Ni siquiera yo sabía su nombre real. Y resulta que es un... Haygarth.

—¿Tendrá algún parentesco con ese James?

Cassandra se quedó pensativa. De repente un torrente de sensaciones la invadió, y tuvo ganas de vomitar. Ahora lo veía claro.

—¿En qué piensas? —preguntó Ada al notar que la chica se estremeció.

—No nos mintió cuando dijo que vivía en The Royal Oak... —declaró Cassie, aturdida por su descubrimiento.

—¿A qué te refieres?

—El día que fui a buscarle me salió al encuentro un muchacho cuyo apellido era Carter. Me aseguró que era el único mozo de cuadra con ese nombre que trabajaba en la mansión. ¿Sabes lo que significa eso?

Ada esperó a recibir la contestación de boca de Cassie, que comenzó a temblar de nuevo.

—¡Pues que residía allí, pero no en calidad de criado, sino de amo! ¡Y usurpó la identidad del pobre campesino para engañarme! —bramó, llena de ira.

—¡Oh!

—Estaba planeado... y yo, estúpida de mí, caí en la trampa. Se aprovechó de mi ignorancia para meterse en mi cama, sabiendo que en cuanto desapareciera no habría manera de seguirle la pista, y

podría volver a su existencia aristócrata sin complicaciones.

—Cassie, no te precipites —la interrumpió Ada, consciente de que había una parte de la historia que su prima no conocía.

—Es tan obvio...

—No siempre las cosas son lo que parecen.

—¿Le estás defendiendo?

—¡No! Estoy de tu parte. Sin embargo...

—Sin embargo no contaba con tropezarse con la aldeana a la que sedujo tras una década disfrutando de su travesura.

Un destello diabólico se apoderó de los ojos de Cassie. Ada dio un respingo, sorprendida por el cambio en su expresión.

—Y le tengo en mis manos.

—¿Qué quieres decir?

—Puedo acabar con él, Ada.

—Pon freno a tus pensamientos antes de que sea tarde.

—Si Frank lo supiera...

Ada la tomó del brazo y la sacudió.

—¡No lo hagas, Cassie!

—¿Y por qué no? Alguien ha de pagar por la afrenta que recibimos yo y mi familia, y porque Frank tenga que cargar con una mujer inmune a cualquier sentimiento que se asemeje al amor. Julian Haygarth es el único que no sufre, y yo puedo borrar la sonrisa de su cara.

—Quizá no sea tan feliz como crees. Déjalo estar. No hurgues en viejas heridas.

Cassie iba a contestar, y su voz se quebró.

—Viejas..., ojalá fueran viejas. Pero están frescas. Tan frescas como lo estaban al enterarme de que me había usado cual trapo sin valor. Me llamaba «su paloma», y me trató como a una rata callejera.

«Confiesa, Ada. Confiesa y te librarás del horrible peso que te ha aplastado el alma todos estos años.»

—Teniendo en cuenta su posición no había otra elección posible, aunque su amor fuera sincero. Cassie, te suplico que no cometas una tontería. Suficiente tendrá con verte del brazo de Frank Latimer si te quiere de veras, y si no, verá que no ha estropeado tu vida, sino que su comportamiento te ha servido para convertirte en una dama rica y distinguida.

Cassandra le tomó la mano.

—Qué afortunada soy de tenerte a mi lado, Ada. Eres cabal y capaz de sacar provecho a situaciones adversas. Tenerte como consejera es una bendición del cielo.

Ada tragó saliva y retuvo las lágrimas. Precisamente su consejo fue su destrucción.

—Lo mejor será actuar como si no nos conociéramos —prosiguió la joven—. El desdén será un látigo perfecto. Y haré que esa tarde de té que compartiremos la grabe a fuego en su memoria.

—¿Pretendes estar con ellos?

—Desde luego. Y tú vendrás conmigo. Juntas le haremos frente.

—Si alegaras migraña o cualquier otro malestar, Frank no te obligaría a recibirles.

Cassie se envaró.

—Pero yo deseo recibirles. Aunque tenga que drogarme con láudano para controlar mis náuseas.

Lord Huntercombe observaba cada movimiento de su amigo, sentado en la terraza de su futuro socio y mordiéndose el labio inferior. El sol del atardecer les estaba obsequiando con un cielo sin nubes y una temperatura agradable, típica del mes de agosto.

Pero él tenía calor. Mucho calor. Se tocó el cuello, tentado a aflojarse unos milímetros el endiablado cravat, mas dominó sus impulsos y decidió no fastidiar el hermoso nudo realizado por su ayuda de cámara.

Maldición. Quiso hacerle un bien a Julian y acabó metiéndole en un berenjenal. Le llevó en su ignorancia a su ratoncito en bandeja de plata, para causarle aún más tristeza, haciéndole revolcarse en el cieno de la melancolía por quincuagésima vez.

Casada. Lo que faltaba. ¿Es que los hados y todos los seres sobrenaturales existentes se habían puesto de acuerdo para amargarle la vida?

—Haygarth, aún estás a tiempo.

Julian le miró con seriedad.

—¿A tiempo de qué?

—De retirarte. Cuando dos hombres se pelean por una mujer uno sale perdiendo, y si nos ceñimos a los hechos, veremos que ese hombre eres tú.

—Necesito verla, Miles.

—Acabarás con la cabeza bajo el brazo.

—No me importa. Debo... hablar con ella.

—¿Le pedirás permiso a su marido primero?

—Guárdate tus sarcasmos para cuando esté de mejor humor.

Parker se inclinó hacia adelante y dijo:

—A ver, Romeo. Escalar hasta el balcón de tu princesa a escondidas de su dueño es un suicidio, y si insistes en esa insensatez correrás la misma suerte que nuestro valiente Montesco. Olvida lo que te dije sobre la sociedad con Latimer y pensemos en otra cosa. Hay al menos un centenar de empresas en las que podríamos invertir.

—¿Y ser un cobarde de nuevo?

—Sí. Un cobarde vivito y coleando.

—No pretendo recuperarla. Solo pedirle perdón. He de explicarle que...

—No querrá escucharte, y si lo hace será para trazar un plan de venganza. Conozco a las mujeres, Julian, y ni el odio del demonio más perverso del infierno es comparable al de una mujer despechada.

—Cassie no albergaría odio en su corazón.

El vizconde asintió.

—No pongo en entredicho sus cualidades. Pero el daño que le hiciste sin querer fue muy grande. Y son muchos días de lágrimas derramadas. Lágrimas que...

Huntercombe guardó silencio al oír voces que se acercaban. Los dos caballeros se pusieron en pie al ver a Frank dirigirse a ellos con su esposa, que iba acompañada de Ada.

Cassie, ataviada con un vestido de diario de color marfil y unos elegantes y finos pendientes de perlas australianas, estaba dolorosamente bella. Caminaba con el aplomo de una reina en su palacio, y miraba a Julian con una naturalidad asombrosa.

La otra dama sin embargo estaba tensa, cabizbaja, temerosa. Miles clavó su oscura mirada en aquella mujer, que iba a un paso detrás de la señora de la casa, y soltó un gruñido.

Era guapa la condenada. Demasiado para ser una bruja detestable.

—Así que esa es la todopoderosa Ada Smith —murmuró, sintiendo una fuerte punzada en el estómago.

Cassie se adelantó y ofreció su mano a Parker en primer lugar.

—Buenas tardes —saludó, con la calma y la frescura de un riachuelo de agua dulce.

—Señora Latimer —respondió Miles, inclinándose.

Julian la escudriñó con su mirada de zafiro.

«Mírame, por lo que más quieras. Mírame.»

La joven pareció escuchar sus pensamientos, porque acto seguido fijó su atención en él.

—Milord...

Le ofreció también su mano, y Haygarth dudó unas milésimas de segundo. Iba a tocarla. Después de diez años. Temió no poder mantener la compostura tras ese roce y terminar abalanzándose sobre ella, echando todo a perder.

De repente recordó que habían tres personas más en la terraza que le observaban, y hubiera sido grosero no tomar la mano de la dama y besarla, como era la costumbre. Así que hizo lo que esperaban y la soltó como si su tacto le quemara.

Cassie, desconcertada, dio un paso hacia atrás, poniéndose a la altura de Frank. Sentir los labios del marqués en contacto con su piel le provocó un escalofrío que le recorrió la espina dorsal, y una sucesión de abrasadoras imágenes se apoderó de su mente. Se vio rodeada por sus brazos, entregándose a una febril pasión que consumía por entero su ser, bajo unas viejas mantas y protegidos de la tormenta en el interior de la destartada cabaña.

«Cassie, reacciona. ¡Reacciona!»

—Bienvenidos —logró articular.

Ada estaba al borde de un ataque de nervios. Frank, en su bendita inocencia, no se percataba de que estaba empujando a su mujer a un precipicio, y que el hombre con el que pensaba aliarse era el responsable de que no hubiera podido ganarse el corazón de su propia esposa.

Miró a Miles, que, para su sorpresa, no le había quitado la vista de encima. Pero su expresión parecía tan... hostil. Con una ceja levantada, esbozó una sonrisa forzada e inclinó su cabeza, dejándole claro que no era su intención saludarla de la misma forma que a su prima. Eso le dolió.

—Por favor, acomódense —les sugirió Frank con suma amabilidad.

El grupo se sentó alrededor de la mesa, y Parker habló.

—Esperamos que se haya recuperado, señora Latimer.

—Oh, sí. Gracias —contestó ella—. No estoy muy acostumbrada a los bullicios de la ciudad.

—Londres es estresante, sobre todo durante la temporada. No obstante hay lugares hermosos que visitar. ¿Ha estado en los jardines de Kensington?

—Aún no. ¿No están próximos al palacio donde creció la reina Victoria?

—Sí. Del modesto palacio de Kensington. Nuestra soberana reside ahora en Buckingham con su extensa familia. ¿Y usted, señora Smith? ¿Disfruta de su estancia en este ajetreado ambiente?

Ada se tensó. ¿Cómo conocía su apellido? No recordaba que Frank les hubiera presentado debidamente.

—Menos que mi prima, milord, pero sí.

¿Eran imaginaciones suyas o había cierta aprensión por parte de aquel caballero hacia su persona?

—Perdonen mi descortesía —interrumpió Latimer, apenado—. Creo que no les he presentado a la prima de mi esposa, la señora Ada Smith. Sin embargo veo que ya se conocen.

—Nos vimos brevemente la otra noche —dijo el vizconde.

Dos criadas salieron portando bandejas con pasteles, galletas y té, depositando las tazas de porcelana con motivos florales en la mesa y dejando el resto de utensilios de plata al cuidado de Cassie, que quiso servirles ella misma. Sin darse cuenta echó tres terrones de azúcar en la taza de Julian sin preguntarle, y este, conmovido, le lanzó una mirada cargada de afecto.

No lo había olvidado.

—He de reconocer que el campo nos otorga una tranquilidad casi divina —declaró Parker—. Es todo muy distinto.

—En Hampshire existen miles de acres de terreno sin construir —observó Cassandra—. Los niños pueden jugar a sus anchas sin correr el mínimo peligro, y los verdes prados que dominan el paisaje son perfectos para montar a caballo. ¿Conoce Hampshire, milord?

—No he tenido la suerte de pisar ese condado.

Cassie miró a Julian.

—¿Y usted, lord Rockingham?

Haygarth apretó los dientes y contestó en voz baja:

—Sí. Pasé allí un verano hace algunos años. Cerca de Fawley.

—¡Ah! Lo recuerdo —anunció Frank—. Nos conocimos por aquel entonces, en The Royal Oak.

Cassie se giró hacia su marido. Se le aceleró el corazón.

—Vaya... —musitó—. Sois viejos conocidos. Lo celebro. Aunque ese pintoresco pueblecito le habrá parecido aburridísimo, lord Rockingham.

—En absoluto.

Miles carraspeó. Esa conversación estaba tomando un rumbo peligroso.

—Deduzco por su respuesta que habrá hallado alguna diversión de su gusto —prosiguió la anfitriona, poniendo un extraño énfasis en la última palabra.

Una gota de sudor frío amenazó con asomarse a la frente de su prima, que dejó caer la cucharilla dentro de su taza. Por poco se echa el té encima. Miles fue el único que advirtió que algo iba mal, y su mirada se cruzó con la de ella, que le sonrió con disimulo. Él no le devolvió la sonrisa.

—Mi afición a la lectura y a la equitación me proporcionó la diversión que necesitaba —explicó el marqués, captando a la perfección el sarcasmo de la dama.

—¿Acudió usted a la fiesta que se celebró durante el Solsticio?

«¿A qué juegas, Cassie?»

—En efecto.

—Y habrá visto a las doncellas del pueblo bailar descalzas junto a la hoguera.

Huntercombe frunció el ceño. ¿Mujeres bailando descalzas alrededor del fuego? ¿Pero eso no pasaba solo en el Nuevo Mundo?

—Sí, tuve la oportunidad de observarlas.

—Le habrá resultado una costumbre grotesca...

—La verdad es que no. La encontré bellísima.

—¡Bravo, lord Rockingham! —terció Frank—. Siempre es agradable hallar a un caballero que disfrute de costumbres tan arraigadas y no se avergüence de decirlo.

—Hace una tarde preciosa —intervino Ada por primera vez en la conversación—. ¿Les gustaría dar un paseo por el jardín? El señor Latimer mandó construir un pequeño invernadero para ejemplares de plantas exóticas traídas por él de América y África.

—¿De veras? —inquirió Parker—. Me encantaría verlas.

Y así los cinco abandonaron la terraza, dirigiéndose al jardín trasero.

Las mujeres iban delante, mientras que los caballeros las escoltaban a unos metros de distancia, hablando de los negocios que harían juntos si llegaran a asociarse.

—Suerte que soy un hombre con tiempo suficiente para meterme de lleno en esto —aclaró Frank—. Mi mujer no es demasiado exigente conmigo. Además, desde el fallecimiento de su esposo, la señora Smith le hace compañía, por lo que estoy a entera disposición de ustedes.

Julian palideció. Latimer caminó más deprisa hasta alcanzar a las damas, dejando solos a ambos amigos.

—Hugh... muerto...

—¿Le conociste? —preguntó Miles.

—Sí. En casa del anciano Doyle. Era un hombre muy afable. Y robusto.

—Demasiado joven para morir, ¿no?

—¿Qué le habrá sucedido?

El vizconde descansó una mano en el hombro de Haygarth.

—Me apuesto una pierna a que se lo cargó con cianuro.

El marqués se giró bruscamente, sorprendido por la respuesta de Huntercombe. ¿A qué venía eso? Iba a replicar cuando su interlocutor imitó a Frank, yendo hacia el otro grupo y apartándose con Ada en dirección al invernadero.

Miró a la pareja compuesta por Cassie y su marido. Ambos parecían compenetrarse bien, riendo y bromeando.

Frank tomó a su esposa por la cintura para guiarla por el estrecho sendero y aprovechó para acariciarle el vientre, escena de la que Julian no se perdió detalle.

Una furia titánica lo invadió, y deseó coger a Latimer por el cuello.

«¡Quítale las manos de encima!»

—¡Lord Rockingham! —le llamó Cassandra—. ¿Viene?

Ada acababa de entrar en el habitáculo acristalado, respirando dificultosamente. Elevó una oración al cielo para que esos hombres se marcharan, y comenzó a manipular una caja con semillas de distintas clases de plantas, intentando mantener su mente ocupada.

La muy incauta de Cassie se había arriesgado a ser descubierta con sus continuas insinuaciones, y Julian le seguía la corriente, aparentemente impasible. Pero estaba segura de que hervía por dentro. Su mirada brillante le delataba.

Y su amigo... ¿estaría enterado de todo? Porque, si era así, también sabría quién era ella, y lo que había hecho. De ahí que conociera su nombre.

Apoyó una mano sobre su pecho. Tenía que deshacerse de él. De los dos. O de lo contrario su vida idílica se derrumbaría, arrastrando a varios inocentes consigo.

—Qué lugar tan encantador —escuchó decir a Miles detrás suyo—. ¿Cuida usted de estas flores?

Ada se volvió.

—No. Lo hace el jardinero. Yo le ayudo de vez en cuando.

—¿Le gustan los jardines, señora Smith? —preguntó él, acercándose.

Le temblaron las piernas ante la presencia de aquel imponente caballero. No había reparado en que caminaba con la elegancia y el sigilo de un auténtico felino cazador.

—Yo... sí —balbuceó, nerviosa.

Parker se estaba divirtiendo de lo lindo. Se olía que esa mujer estaba realmente asustada. Mas no era el momento de ensañarse con ella. Ya tendría tiempo de preparar algo magistral.

—Estoy seguro de que posee un conocimiento extraordinario de nuestra flora.

—No, en realidad soy una ignorante en cuanto al cuidado de plantas se refiere. Suelo venir aquí a contemplarlas. Tienen unos colores muy vivos.

«Y sin embargo eres experta en otras cosas, como por ejemplo, en manejar asuntos que no te conciernen.»

—¿Cómo se llama esta? —inquirió Miles, señalando una flor de un rosa intenso—. Nunca había visto una orquídea de ese color.

—Es una orquídea sudamericana. Tiene un nombre extraño: *Cattleya labiata*.

—*Labiata*... —repitió el vizconde fijándose en los labios perfectamente simétricos de la dama—. Interesante.

—Latín.

—Lo suponía.

Huntercombe se puso a su lado y se apoyó contra la mesa donde se manipulaban las semillas.

—De todos los especímenes que hay aquí, ¿cuál es su favorito?

—Precisamente el que acaba de señalar usted —respondió Ada, más relajada. Por un momento pensó que ese hombre representaba una amenaza—. Pero la blanca es la más hermosa de todas.

—Conozco la orquídea blanca. Es muy bella.

Ada sonrió.

«Ya basta, Miles. Estás flirteando con esa mujer.»

—Ah, aquí están —interrumpió Frank con voz alegre, entrando en el invernadero con Cassie y seguido por Julian.

—La señora Smith me estaba explicando los orígenes de este maravilloso ejemplar —aclaró Parker, tocando con delicadeza uno de los pétalos de la *Cattleya*—. ¿Ha estado en Sudamérica, señor Latimer?

—Sí, en tres ocasiones. Venezuela y el sur de Brasil. Un clima caluroso el suyo.

—Un día me gustaría oír alguna anécdota sobre sus viajes.

—Con mucho gusto les complaceré.

—¿Mientras toman un oporto, tal vez? —terció Cassie, volviéndose hacia Julian.

Haygarth asintió.

—Será un placer.

Sentada cómodamente en el sofá de la salita de estar de su casa de Londres, lady Blanche trataba de poner en orden sus pensamientos. Desde la muerte de Brandon su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, guiándola a un desenlace que no esperaba para su historia. Ahora llevaba el mismo apellido que habría llevado si su prometido no hubiera fallecido en aquel fatal accidente,

gracias a su boda con James.

Blanche Haygarth. Sonaba bien. Pero sonaría mejor si ese trato fuera acompañado de la palabra «marquesa». Por experiencia propia vio que la temeridad se pagaba caro, aunque ella la lección la aprendió demasiado tarde.

Lanzó un suspiro cargado de melancolía, recordando la tarde que James acudió a casa de su padre a pedir su mano. Lord Angus Guilford aceptó sin pensarlo siquiera, entregando a su única hija a aquel sombrío caballero carente de título, y sin embargo con una fortuna considerable. Al principio no entendió la decisión de su progenitor, pero en cuanto este la mandó llamar y le explicó la situación, todo quedó absolutamente claro.

—James Haygarth ha venido a pedir tu mano en matrimonio y he dado mi consentimiento —dijo sin preámbulos—. Quiere casarse lo antes posible, así que habrá que fijar rápido la fecha del enlace.

Y ella supo que el asunto estaba zanjado. James haría un buen negocio uniendo su sangre a la de un miembro de la aristocracia, a cambio de quitarle a lord Angus la carga de tener que mantenerla. Su opinión debía guardársela para sí misma, y esperar que su vida al lado de su futuro marido no fuera tan desgraciada.

Julian acudió a la ceremonia. Al recorrer el pasillo de la iglesia del brazo de su padre, le vio de pie en el extremo de uno de los bancos, observándola detenidamente. Se sintió morir. Se parecía tanto a Brandon... y lo peor de todo, con su recuerdo también acudía a su mente un intenso remordimiento por sus acciones pasadas que la atormentaba día y noche sin darle un segundo de descanso.

¿Qué pensaría él en esos momentos? ¿La despreciaría por borrar definitivamente a Brandon de su memoria?

Pasaron seis años desde aquel día y seguía haciéndose la misma pregunta. Su tristeza no podía alcanzar niveles más altos, unida su congoja al hecho de que no había logrado concebir un hijo que la sacara de la profunda soledad que la envolvía.

Consciente de que no conseguiría obtener un heredero de su esposa, James había dejado de acudir a su lecho meses atrás, abandonándola en el campo durante semanas y yendo a divertirse a la ciudad. A veces la llevaba consigo a Londres, y ella se quedaba junto a la ventana de su dormitorio para verle regresar de madrugada, tambaleándose por la elevada ingesta de alcohol, y oliendo a perfume barato de mujer.

Sintió un escalofrío y se abrazó a la altura del vientre. Si él supiera lo del desgraciado incidente que secó su matriz para siempre...

Llamaron a la puerta. Ella se volvió y dijo:

—Adelante.

James entró y caminó hacia Blanche. Esta creyó que se sentaría a su lado, mas él se limitó a extenderle un sobre y decir secamente:

—Ha llegado esto esta mañana. Para ti.

—Gracias.

Al darle la vuelta a la carta para leer su contenido, se dio cuenta de que el sobre había sido abierto.

—¿La has... leído? —preguntó ofendida.

—Sí. Sabes cuáles son las normas de esta casa. Todo debe pasar por mí primero.

—No lo he olvidado.

—Bien.

La joven desdobló el papel, recorriendo con sus iris azul cielo aquellas letras femeninas trazadas con tinta negra:

Estimada lady Blanche,

Como es costumbre cada año, las damas de nuestro club de labores organizamos una pequeña fiesta benéfica en favor de los niños londinenses sin hogar. Supe por mi esposo que usted se encontraba en la capital y que permanecería aquí toda la temporada, así que me atreví a escribirle estas líneas e invitarla a participar del evento, que tendrá lugar a mediados de septiembre.

Será muy gratificante para mí contar con su presencia y apoyo, ya que ha llegado a mis oídos su familiaridad con la causa de los más desfavorecidos, y la sensibilidad que muestra hacia ellos.

Aguardaré expectante su respuesta.

Atentamente,

CASSANDRA LATIMER

—¿Irás? —inquirió James, mirándola fijamente.

Blanche titubeó.

—Pues... no lo sé.

—Deberías. Apenas te exhibes en sociedad, y acudir a una fiesta benéfica de ese calibre sería bastante provechoso para ambos.

—Si me decantara por aceptar el convite de la señora Latimer, ¿me acompañarías?

James rio.

—No te hagas ilusiones, querida. Si te insto a colaborar con esas señoras, no es precisamente porque me importe el destino de esos cientos de malolientes callejeros.

—Son niños, James... —susurró Blanche, herida por sus duras palabras.

—Niños que algún día se harán adultos y serán los que atraquen nuestros carruajes cuando regresemos de un baile o de visitar a un conocido.

—No les dejamos otra opción...

—¡Guárdate tus reflexiones para ti, mujer! Tan preocupada por los retoños de otros, y ni siquiera tienes el tuyo propio. Siempre intentando mostrar una bondad y gentileza que en realidad no posees. Los dos conocemos la bajeza de tu carácter.

Ella levantó la vista. Tenía los ojos llorosos.

—¿Por qué te empeñas en recordarme que soy una inútil? Nunca te he rechazado cuando venías a mí. No es mi culpa, James.

—¿Insinúas que soy yo?

—¡No!

—Me casé contigo para tener a alguien a quien dejarle lo que poseo, maldita sea. Y no me sirves ni para eso.

Blanche se levantó de un salto.

—No voy a seguir discutiendo contigo.

—Tú te irás de esta sala cuando yo te lo ordene, no antes.

—He implorado tu perdón en cientos de ocasiones. ¿Es que no valen nada ninguna de las

promesas que me hiciste en el altar? Me juraste que me amarías.

Su marido soltó una carcajada.

—Tú juraste otras cosas. Y hasta ahora no has cumplido ninguna. Pero si lo que te inquieta es si haré como que somos una pareja feliz yendo contigo a ese tedioso evento, hágase la voluntad de la señora.

—James, por favor...

—Contesta la carta y dile que será un honor aceptar su invitación. Y de paso transmítele mis saludos a la bella señora Latimer —le espetó su esposo, saliendo de la estancia y cerrando la puerta.

Había hecho de tripas corazón para aceptar aquel disparate. Cierto que era una succulenta propuesta, mas él no necesitaba el dinero. Ni él ni Julian, aunque tuviera deudas. Durante los siguientes días tras el trágico reencuentro de este con su amada palomita, Miles dedicó todas sus fuerzas en disuadirle de tener algo que ver con el comerciante americano, dándose cuenta entonces de su gran capacidad de argumentación, y a su vez de la gran terquedad de su amigo.

Y al final, rindiéndose, terminó por tirarse con él a la aventura y unirse a la empresa de Frank.

—Aún no me creo que me haya metido en esto —se quejó Parker, sentado frente a Julian en el despacho de este.

—¿No era lo que querías?

El vizconde lanzó un suspiro.

—Verás, Haygarth. Te voy a decir lo que quería exactamente. Pensé en aprovechar la oportunidad de engrosar mi cuenta bancaria, ya que no tengo otra cosa que hacer, y de paso ayudar a un buen amigo a salir de un aprieto. Lo que no esperaba era encontrarme en medio de un triángulo amoroso en el cual resulta que ese amigo está metido hasta el cuello, y encima tener que guardar las apariencias.

—Te advertí que no te inmiscuyeras si eso te perjudicaba de alguna manera.

—No soy yo quien me preocupa. Eres tú.

—Estoy bien.

—¿Has hablado con ella?

—No. No nos hemos visto a solas ni un segundo. Está siempre acompañada, o por Latimer o por Ada.

Miles se retorció en el asiento.

—¡Ada, Ada, Ada! Siempre Ada. ¿Pero qué es esa mujer para estar en todas partes? ¿Dios?

—Creo que teme lo que pueda hacer. No debería, puesto que es obvio que Cassie me desprecia.

—Claro, y ¿quién tiene la culpa?

—Nadie más que yo. Soy el único responsable.

—Deja de flagelarte la espalda y acéptalo, Julian. Tú quisiste arreglarlo y Ada Smith se interpuso. Y seguro que Cassandra Latimer nada sabe de tus planes. A saber qué mentiras le habrá soltado esa gallina clueca.

—¿Por qué supones que no conoce cuáles eran mis planes?

—Por algo muy sencillo: quiere herirte por tu abandono.

Julian sintió una punzada en el pecho.

—Sí, lord Rockingham. ¿O es que no te percastaste de todas sus estocadas durante aquella tarde de té? Preguntarte si estuviste en Hampshire, cuando fue allí donde os conocisteis... y delante de su

marido, para que no pudieras replicar o explicar nada... es justo la actitud de una mujer herida que aún ama al hombre que le ha causado el mal que padece.

—Tienes razón al afirmar que desea herirme, pero dudo que me ame. Si no sabe que pretendía casarme con ella, creará que yo solo me aproveché de su inocencia, y me odiará por ello.

—Y como su prima es lo suficientemente lista, le ha ocultado la verdad para alimentar ese embuste.

Haygarth dejó caer los brazos a ambos lados de su butaca.

—Parker, sé que eres un hombre de paciencia limitada. Sin embargo me atrevo, en nombre de nuestra amistad, a solicitarte un favor.

—Por supuesto. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No trames nada contra Ada Smith.

Huntercombe enrojeció.

—¿A qué viene esa advertencia?

—Te conozco.

—¡Vamos, Julian! ¿Me metes en esto y no me dejas jugar? Me voy a aburrir si estoy de espectador.

—¡Ella no es un animal de compañía ni un experimento, Parker! Podrías salir mal parado de esta.

—¿Y qué va a hacerme? ¿Vudú?

—No te mofes —gruñó el marqués—. Va en serio. Límitate a nuestros asuntos con el algodón y déjame el resto a mí.

—Me guardaré mi opinión en cuanto a lo que hagas con tu asuntillo con la esposa de nuestro socio, milord —señaló Miles—, pero esa mujer debe recibir la retribución de su maldad. Y me mantenga al margen de todo o no, como amigo tuyo que soy, nunca la perdonaré por haber destruido tu vida, y algún día hallaré la forma de darle la lección que se merece.

—No lo hagas. Podrías arrepentirte amargamente después.

El vizconde apoyó sus manos sobre la mesa y sentenció:

—Quizá. Pero me consolaré con la satisfacción de verla revolcarse en el mismo cieno en el que te arrojó durante diez años.

Cassie llevaba unos días sintiéndose indispuesta. Aquel último encuentro había sido un auténtico desastre. Había planeado decir tantas cosas... y las había olvidado todas en cuanto lo vio al salir a la terraza con su esposo.

Su mirada era triste, profunda, escrutadora. Parecía examinar cada movimiento, cada gesto, cada sonrisa esbozada por sus labios. Sabía que estaba fingiendo. Lo que no imaginaba es que su apariencia sosegada ocultaba a una mujer que deseaba ardorosamente ser estrechada por sus brazos otra vez, a pesar del gran agravio del que fue objeto, e incluso a pesar de que la rabia que moraba en su corazón le pedía venganza a gritos.

Ingenua e inexperta. Como una colegiala. Y con un amor aún palpitante habitando en sus entrañas, sentimiento que la convertía en un ser completamente vulnerable.

Lloró amargamente a solas cuando Frank le dio la noticia de que se habían hecho socios. Y para añadir más peso a su pena, Julian resultó ser el socio mayoritario de su marido, invirtiendo una fortuna para sacar el negocio adelante y animar así a otros caballeros indecisos a apostar por el

comerciante americano.

Frank tampoco entendió lo que hizo, ya que apenas se conocían, y lord Rockingham no tenía que arriesgarse así. Pero lo cierto es que no quiso hacer preguntas, y quedó muy satisfecho y agradecido con su gesto de confianza. El suyo y el de lord Huntercombe.

Se llevó una mano a la parte inferior de su abdomen. Dentro de poco tendría que pensar en retirarse de los círculos sociales por unos meses. Su embarazo empezaba a notarse, y por suerte tendría la excusa perfecta para mantener a Julian alejado. Susurró unas palabras cariñosas a su bebé y comenzó a tararear una nana, cuando de pronto Ada entró en la estancia sin llamar.

—¡Oh! Discúlpame. Pensé que esta salita estaba vacía.

—Descuida. Solo trataba de concentrarme un poco en la lectura de unos versos.

—¿Qué tal te encuentras hoy?

—He sentido molestias —respondió Cassie, ligeramente preocupada.

—¿Estás descansando lo suficiente?

—No hago otra cosa que descansar, Ada. Creo que me vendría bien dar un paseo. ¿Me acompañas?

—Han abierto una nueva librería bastante grande en Regent Street, dicen que tienen incluso ejemplares raros imposibles de encontrar en otro lugar.

Cassie agrandó los ojos.

—¿Ah, sí?

—Iba con Johnny a verla. Si deseas apuntarte...

—¡Desde luego! Iré a por mis guantes y mi sombrero.

Cassie se levantó y dejó el libro de poemas que estaba hojeando sobre el sofá, cuando de pronto sintió un fuerte mareo, llevándose una mano a la frente.

—¿Qué sucede?

—Me he mareado un poco —contestó la joven cerrando los ojos.

—Siéntate. Te traeré un vaso de agua.

—No es necesario. Lo que quiero es salir a tomar el aire. Me estoy agobiando aquí dentro.

—Vámonos entonces.

Johnny aguardaba en el hall de la mansión, impaciente. Sonrió a ambas mujeres al verlas acercarse y esperó educadamente a que salieran primero por la puerta para luego pasar él. Tomaron el cómodo carruaje de Frank para dirigirse a Regent Street, y fueron conversando animadamente todo el trayecto.

Sus compañeros del colegio estaban en lo cierto. La nueva librería era espectacular. Estanterías de madera maciza repartidas a lo largo y ancho de la tienda exhibían tal cantidad de libros que le dejaron impresionado. Ni siquiera la biblioteca del tío Latimer, en la que a veces pasaba horas encerrado, poseía tantos ejemplares.

Alejándose de su madre y de Cassandra, subió a la primera planta y recorrió el pasillo principal. Cogió una copia de una obra de Keats y la abrió con interés, aunque había oído por ahí en boca de algunas almas insensibles que ese hombre no sabía hacer poesía. Escuchó a un par de personas hablando en voz baja y hojeando algunos libros tras una estantería a su derecha. Como era un día entre semana, la librería gozaba de una silenciosa tranquilidad, y decidió apartarse de los susurros y seguir mirando.

Se dio la vuelta para dirigirse a la sección de novelas de aventuras. Seguro que encontraría algo

de Dumas por allí. Recordó su recelo a marcharse de casa años atrás para asistir a un colegio a varias millas de Hampshire, y lo mucho que odió a Frank por enviarle lejos para que estudiara algo de provecho. Ahora lo veía como su ángel benefactor, ya que gracias a él poseía una educación que le proporcionaría gran independencia en un futuro, y era capaz de sumergirse en fascinantes historias relatadas por destacados novelistas hasta altas horas de la noche.

Sí, le encantaba la literatura. Y algún día él también sería escritor.

Giró a su izquierda y se topó de bruces con otro cliente, deduciendo por su atuendo que se trataba de un caballero rico. Los dos se miraron unos instantes. Alto, rubio y facciones aristocráticas. Johnny creyó reconocer ese rostro, mas no estaba seguro. Balbuceó un «perdón, señor» rápidamente, pero siguió mirándole fijamente, al igual que el desconocido a él.

—Disculpe, señor —se atrevió a decir—. ¿Nos... conocemos?

—No lo creo, muchacho —contestó el caballero—. Nunca olvido una cara.

—Se parecerá a alguien que conozco.

—Es posible. ¿Estás buscando algo en especial? —preguntó el hombre mirando el libro que el chico llevaba en la mano.

—Oh, no. En realidad iba... buscaba... algo de Dumas.

—Mmmm... Dumas. Tienes buen gusto. Encontrarás una cuantas obras tuyas al final del pasillo.

—Gracias.

El desconocido sonrió.

—No hay de qué.

De repente una voz femenina interrumpió la conversación.

—Jonathan.

Era su madre. El hombre que hablaba con el joven se volvió y la miró.

—Señora Smith...

Ada levantó una ceja, molesta por ver a Julian Haygarth hablando con su hijo.

—Lord Rockingham...

—¿Ha venido a visitar la nueva librería?

—Hemos venido para acompañar a mi hijo. Le gustan los libros.

Al marqués se le iluminó el semblante. Ese «hemos» significaba que Cassie estaba con ella. Ada se percató del cambio en su rostro y quiso morderse la lengua.

—Voy al piso de arriba, madre —intervino Johnny, aún confuso. Su madre conocía a ese hombre, y a él le sonaba haberle visto hace tiempo. Pero... ¿dónde?

—De acuerdo. Pero no salgas de la tienda.

Mientras Jonathan se iba, Julian le siguió con la mirada. Así que ese era el pequeño polluelo que correteaba tras Theodore en la granja Doyle...

Caramba, cuánto había crecido.

—Si me disculpa, he de marcharme —se excusó, inclinando la cabeza y alejándose.

Ada se puso nerviosa. Sabía que no se iría, sino que buscaría a Cassie por los pasillos hasta dar con ella y la abordaría aprovechando que se encontraba sola. Oyó unos pasos que se acercaban por detrás de la estantería que estaba a su espalda y decidió seguir a Julian, cuando el fornido cuerpo de Miles Parker apareció de la nada y la hizo pararse en seco.

—Muy buenos días, señora Smith.

—¡Lord Huntercombe! Me ha asustado usted.

—Perdóneme, no era mi intención. Veo que se ha enterado de la inauguración de este bello local plagado de letras y sabiduría...

—La voz se ha corrido por toda la ciudad. Dicen que es una de las librerías más grandes de Londres.

—Así es. Tienen de todo, incluso libros en otros idiomas.

Miles notó que su interlocutora estaba azorada e inquieta.

«A ver qué se te ocurre para intentar deshacerte de mí e ir tras él», pensó.

—Disculpe, debo irme.

—¿Ya? ¿No va a ver la sección de novela romántica?

—No me interesa ese género.

—Oh, ¿no me diga? Deduzco que la señorita Austen se sentiría profundamente decepcionada de escuchar eso.

—He leído a Austen. Y sus historias son demasiado...

Miles pestañeó, esperando una respuesta mordaz.

—Irreales.

—¿Irreales? ¿Puedo preguntarle por qué?

—Porque da la casualidad que los caballeros que describe son tan perfectos que dudo que existan.

El vizconde frunció los labios. Eso no era justo.

—Es usted algo dura con los hombres.

—Solo hablo de lo que veo. Perdone que me vea obligada a interrumpir este interesante diálogo. Si lo desea podemos discutirlo en otro momento —dijo Ada, dispuesta a cortar de raíz cualquier intento de retenerla—. He de ocuparme de un asunto importante.

A Parker le hirvió la sangre. Asunto importante. Como si no supiera que lo que quería era meter su nariz respingona donde no la llamaban.

La miró desafiante. Esta vez no se saldría con la suya, aunque tuviera que dejar a un lado sus finos modales y atarla a un poste con las cintas de su sombrero.

—Yo creo que ese asunto puede esperar —le soltó, haciendo que ella se quedara boquiabierta por la sorpresa.

—Milord, no le entiendo.

—Sí me entiende. Perfectamente.

Ada estaba estupefacta.

—Haga el favor de dejarme pasar.

—No lo considero una opción factible.

—Lord Huntercombe, ese no es el comportamiento propio de un caballero.

Miles hizo como si no la hubiera oído.

—Por favor... —le rogó.

El vizconde permaneció callado. Ella inspiró hondo, tratando de calmarse. Así que estaba al tanto...

—¿Cuánto sabe? —inquirió despacio, tanteando el terreno.

—Lo suficiente.

—Es decir que sabe solamente una versión de los hechos.

—¿Me contaría usted la suya, señora Smith? —la retó Miles.

Ada le miró con ira.

—No tengo por qué. Usted es prácticamente un desconocido para mí, y no acostumbro a depositar mi confianza en personas con las que he intercambiado dos palabras.

—Una actitud prudente por su parte.

—Gracias.

Ada dio un paso. Miles siguió inmóvil.

—Le pido que comprenda que no puedo consentir que esto se sepa.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces déjeme bajar.

—Permitir que estén a solas y terminen una conversación que debió llevarse a cabo hace una década no dañará a nadie.

—¡A ella sí! —exclamó la mujer, furiosa.

Parker miró a ambos lados. Vio una calva brillante asomarse a unos metros de donde estaban. Un anciano con unas viejas gafas sobre su enorme nariz les miró con el ceño fruncido, pidiendo silencio con su expresión enfurruñada. Se volvió hacia Ada de nuevo.

—Las cosas no siempre salen como nos gustaría —sentenció con voz queda.

Ada avanzó enojada hacia él.

—Apártese de mi camino —masculló como una tigresa que había sido provocada en su propio territorio.

Continuó andando con paso firme, sin importarle que Miles no se apartara. Le daría un empujón si no cedía. Al llegar a su altura, él apoyó una mano contra la estantería de enfrente y la miró fijamente. Por unos segundos se sintió hipnotizado por aquellos grandes ojos. Nunca había visto un tono de verde tan intenso, que era realzado por unas largas pestañas negras curvadas hacia arriba. Inspiró su aroma. Agua de rosas.

«Piensa con la cabeza, Parker. Piensa con la cabeza.»

—Apártese usted de su camino —contestó tajante, dándole a entender que dejara a Julian en paz de una vez.

Dicho esto se retiró, y Ada salió disparada como una flecha, levantando una brisa con olor a rosas por todo el pasillo.

Huntercombe suspiró. Le habían contado de pequeño que las brujas eran viejas, feas, gordas y con una verruga peluda en la nariz. Y esta arpía del demonio parecía una diosa del Olimpo.

¿Es que el mundo se había vuelto del revés y él no se había enterado? ¿Quién era el energúmeno que inventó esas historias, engañando tan descaradamente a los niños?

Julian estaba eufórico. Mientras la buscaba por los pasillos de la librería, comenzó a ensayar un discurso coherente para tener algo inteligente que decir cuando la viera. Como un regalo del cielo, Cassie se cruzó nuevamente en su camino, volviendo a traer luz a su existencia. Claro que el hecho de saber que pertenecía a otro hombre ensombreció su repentina felicidad, mas el tenerla cerca era suficiente para sentirse como un pajarillo que acaba de descubrir para qué sirven sus alas.

La vio en un rincón del segundo piso, concentrada en varios títulos que había depositado sobre una mesita. Contempló durante un rato su hermosa figura, envuelta en una tela azul cielo carísima. Su cabello, antes suelto, ahora estaba recogido en un precioso moño bajo. Pensó en acercarse y hundir los dedos en su pelo desbaratando las horquillas, echar su cabeza hacia atrás y besarla hasta

quedarse sin aliento.

Cassie se irguió. Se había percatado de su presencia. Se dio la vuelta automáticamente y le miró. Le brillaban los ojos. ¿Iba a llorar?

—Oh, buenos días, lord Rockingham —dijo la joven sonriente, recuperándose y disimulando su nerviosismo—. ¿Ha venido a ampliar su biblioteca? He hallado unos ejemplares fabulosos. Aquí hay uno de Shakespeare que...

—Deja de fingir —le espetó Julian, cansado de la farsa—. Nadie nos oye.

Cassie guardó silencio y se ruborizó. Levantó la barbilla y dijo:

—No sé a qué se refiere. Y confieso que su tono me ofende, milord.

Haygarth caminó hasta quedar a menos de un metro de ella.

—Negar que me conoces no cambiará lo que hubo entre nosotros —replicó—. Ni cambiará lo que siento por ti.

La joven rio.

—¿Lo que siente por mí?

—Sí.

—Le está hablando a una mujer casada.

—Me importa un rábano.

—¿Cómo te atreves?

Ahora le tuteaba. Eso ya era algo.

—Tengo que explicarte muchas cosas.

—No quiero escuchar tus explicaciones.

—Tienes derecho a odiarme, pero no a juzgarme sin oírme primero.

Cassandra dio un paso hacia adelante.

—Por eso quédate tranquilo, Julian —repuso—. No te odio. De hecho no siento absolutamente nada por ti. Agradezco tu gesto de haber invertido tanto dinero en el negocio de mi marido, supongo que en pago por haberte acostado con su esposa antes de que se casaran, arrebatándole el privilegio de ser el primero. Él está contento. Y yo también. El que me hayas utilizado me sirvió para inspirarle compasión a un caballero acaudalado que bebía los vientos por mí desde hacía tiempo, y que me convirtió en una dama que tiene todo lo que desea.

—Mientes. Tú no te venderías de esa manera.

Cassie esbozó una sonrisa maliciosa.

—Confías demasiado en la gente, milord. ¿Crees que habría permanecido a tu lado teniendo a Frank? Si me hubieras dado a conocer tu verdadera identidad desde el principio, quizá. Pero un campesino... por Dios, ¿acaso me crees tan estúpida?

Julian se quedó helado. Esa mujer no era Cassie. Tenía que haber un error.

—Basta. No te rebajes así.

—No me rebajo. Lo haces tú al dirigirle tus afectos a una mujer que pertenece a otro.

—Te di mis afectos cuando aún eras libre.

—Pues retíralos, porque ahora ya no lo soy. Además, los dos hemos ganado con esto. Tú te divertiste, y yo conseguí posición, dinero y cambié mi granja por una lujosa mansión. Consuela tu atormentada conciencia con el hecho de que los dos sacamos provecho el uno del otro.

Haygarth la agarró por los codos y escupió:

—No puedo acallar mi conciencia. Ella me grita cada segundo lo mucho que te necesito. No me

hagas esto, Cassie.

—Suéltame.

El marqués obedeció.

—Necesitas tu título. Tu título y tu buen nombre, no a mí —dijo la joven con despecho—. Fue por ellos por lo que renunciaste a esta aldeana analfabeta que sedujiste, ¿no?

—No sigas, te lo suplico. Me duele que te refieras a ti misma en esos términos.

—No sufras. Conseguí lo que anhelaba. La verdad es que al principio, con las visitas de Frank y todo eso... —prosiguió Cassie, saboreando con satisfacción la hiel que destilaban sus labios— no sabía cómo librarme de ti. Suerte que decidiste largarte y ahorrarme una escena.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Frank venía a verme. A cortejarme. Y yo le correspondía. Me ofreció el mundo y lo acepté. No me mires así. ¿Qué esperabas? ¿Creías de veras que podías competir con él sin desenmascararte?

Julian sintió un dolor agudo en el pecho. Sostuvo la mirada burlona de Cassandra, y de pronto acudió a su memoria el día en que fue a verla montado a lomos de *Hércules* y divisó desde la colina la figura de un hombre distinguido saliendo de la granja y despidiéndose de ella. No era posible... ¡No era posible!

—Entonces era él —murmuró, resentido y humillado—. Estuviste mintiéndome... y yo aborreciéndome por haberte abandonado, ¡cuando tú planeabas cazarle! Debí darme cuenta de la prisa que te diste en darle el «sí quiero» nada más se enfriaran las sábanas donde yo había dormido. Tu hijo tiene nueve años, ¿verdad?

Cassie se sujetó a la mesita para no desplomarse.

—Me negaba a creerte, mas todo apunta a que fuiste más lista de lo que imaginaba —señaló él con amargura—. Y la enviaste para hacer el trabajo sucio. ¿Cómo sabías que iba a tu casa aquel día?

Su interlocutora le miró desconcertada.

—¿Qué?

—Qué necio he sido. Pensé que valías la pena, pero la desfachatez no solo se encuentra entre las señoritas de alta alcurnia.

Cassie no logró contenerse y le cruzó la cara con una enérgica bofetada. Él mantuvo el rostro inclinado, con la mejilla enrojecida. Ada apareció al final del pasillo.

—¿Cassie?

—Sí, estoy aquí —respondió, reponiéndose y caminando hacia su prima—. Estoy cansada. Vámonos a casa.

Salieron velozmente de la tienda, a pesar de las objeciones y quejas de Johnny. En el carruaje Cassie no habló, mirando por la ventana y tapándose el rostro para que sus acompañantes no la vieran llorar.

Ya en la mansión corrió escaleras arriba y se encerró en su dormitorio, dando rienda suelta a su angustia y estallando en un llanto desgarrador.

Se desvistió, quedando en ropa interior y metiéndose en la cama. Quería dormir. Dormir y olvidar.

Se tapó la cabeza con la colcha y continuó sollozando. Ese bofetón también le había dolido a ella. ¿Por qué le había dicho todo eso? ¿Cómo podía ser tan cruel con el hombre que era su vida?

Aguantó la respiración un momento. Algo iba mal. Notó que la parte interna de sus muslos estaba mojada y se incorporó asustada. Tocó su fría piel y se miró la mano. Sangre.

—¡Ada! —gritó, presa del pánico.

Frank se retorció las manos, flanqueando la puerta de los aposentos de su esposa como un perro guardián. Cuando llegó a su casa halló al doctor Woodhouse en el salón hablando con Ada, que tenía un aspecto lloroso, y le dio un vuelco el corazón. Si le había sucedido algo a Cassie no se lo perdonaría.

El médico acudió a la residencia a petición de Ada y se disponía a subir para examinar a la señora. No le permitió entrar con él al dormitorio y le dejó aguardando desesperado, temiendo que su mujer se hallara en peligro.

—¿Desde cuándo se encontraba mal? —inquirió.

Ada, que estaba de pie apoyada contra la pared junto a él, respondió:

—Desde hace unos días.

—¿Y por qué diablos nadie me avisó?

—Ella no quería incordiarte, Frank.

Latimer la miró irritado.

—¿Tú lo sabías?

—Me lo dijo esta mañana.

—Debiste acudir a mí.

—Habías salido.

—¿Hizo algún sobre esfuerzo innecesario?

—No. Solo fuimos a la librería —contestó la mujer, omitiendo deliberadamente el encuentro con Julian—. Cassie ha caminado durante horas por St. James's Park y nunca se ha quejado de ninguna molestia. No comprendo lo que ha pasado.

La puerta de la habitación se abrió y el doctor Woodhouse hizo su aparición. Llevaba la camisa arremangada hasta los codos, el cabello grisáceo ligeramente húmedo por el sudor, y se secaba las manos con un paño blanco de algodón. Su expresión auguraba malas noticias.

—Lo lamento —musitó apenado.

—Oh Dios, ¿ha muerto? —preguntó Frank, aterrado al pensar que podía haberla perdido.

—No, no, señor Latimer. Su esposa está bien. Es fuerte. Pero siento comunicarle que ha sufrido un aborto.

Ada se echó a llorar y Frank bajó la cabeza.

—No hay que alarmarse. A veces ocurre —explicó el médico, tratando de alentarles—. Los abortos espontáneos suceden en muchos embarazos. Una mujer en estado de buena esperanza debe llevar una vida lo más tranquila posible sobre todo los primeros meses.

—¿Quiere decir que si sufre algún contratiempo se arriesga a perder a la criatura? —preguntó Ada, secándose las lágrimas.

Frank la miró ceñudo.

—Sí —respondió Woodhouse—. Ahora deben dejarla descansar y recuperarse de la pérdida. En unos días podrá reanudar su vida normal. Le he dado una pequeña dosis de láudano para el dolor, y la he medicado para calmarle los nervios, ya que estaba muy alterada. Volveré mañana a ver cómo evoluciona.

—Gracias, doctor —murmuró Frank, estrechándole la mano.

Woodhouse recogió sus pertenencias y Ada le guió hasta la salida. Frank se quedó parado frente al dormitorio e inspiró hondo. Tenía ganas de romper todo lo que se le pusiera delante. Entró en la estancia y contempló a su mujer recostada en su lecho con una almohada puesta a su espalda. Estaba despierta.

—¡Oh, Frank! —exclamó al verle—. ¡Mi bebé!

Su marido corrió a abrazarla. Cassie se desmoronó en sus brazos.

—Le he matado... le he matado...

—Tú no has matado a nadie, querida.

—No te hice caso... no tuve cuidado —gimió, abatida—. Y lo he perdido.

Frank se enderezó y la alejó de sí para mirarla a los ojos. Su desconuelo era tan inmenso que le dolió en lo más profundo de su alma.

—Tendremos otros —declaró.

—No me mientas. No podré volver a concebir. Esta era nuestra última oportunidad.

—¿Y quién lo dice?

—El doctor Clayton lo dejó claro. Y yo me arriesgué pensando que podría estar equivocado.

Latimer la besó en la mejilla y replicó:

—Y lo estaba. Si no lo estuviera no te habrías quedado encinta. Además, me dijo que no recomendaba que te arriesgaras a otro parto difícil, no que tu vientre fuera estéril. Me darás ese pequeñín que tanto ansías, amor mío. Ya lo verás.

Cassie volvió a abrazar a su esposo con ansia. Al separarse de él le besó fugazmente en la boca. Frank quiso prolongar ese beso. Hacía varias semanas que no dormían juntos, y la echaba terriblemente de menos. Se maldijo interiormente por desearla en aquellos instantes y se apartó de ella, besándola en la frente.

—Ahora duerme un poco. Lo necesitas.

—¿Vas a marcharte?

—No. Cancelaré la reunión y me quedaré en casa.

—Eres muy bueno conmigo, Frank.

—Lo hago porque te amo, aunque ya te habrás cansado de que te lo repita tantas veces.

Cassie se mordió el labio. Aquella misma mañana había luchado en su interior con una pasión ardiente para no echarse en brazos de otro hombre.

—Repítelo, Frank. Todas las veces que te apetezca. Me urge escucharlo.

Su marido sonrió.

—Descansa —murmuró, abandonando la estancia.

Pasaron los días y el pronóstico del doctor Woodhouse se cumplió tal y como dijo. Cassandra había recuperado las fuerzas, y a pesar de que aún se encontraba ligeramente débil, ya daba pequeños paseos por el jardín con Ada, y jugaba al ajedrez con Arthur en el cuarto de juegos.

Frank había vuelto a sus negocios, pero volvía a casa más temprano y casi siempre con algún detalle para su mujer, que los recibía con lágrimas en los ojos.

Una mañana, cuando Frank ya se había marchado, Ada solicitó hablar con ella a solas en el comedor. Tenía el rostro lívido y el gesto serio.

—¿Estás bien, Ada? —preguntó al verla—. Tienes un aspecto demacrado. ¿Qué pasa?

—No pegué ojo esta noche.

—¿Por qué?

Su prima se sentó en una silla y se alisó la falda.

—He pensado en lo que te ocurrió.

—No le des más vueltas. La próxima vez actuaré con prudencia.

—Tú no hiciste nada reprochable. Fue ese hombre. Hallarlo en la librería te causó el disgusto que provocó que perdieras al niño.

Cassie la miró enfadada.

—No es cierto —protestó—. Las molestias las llevaba sintiendo desde antes.

—Desde que te lo encontraste bajo este techo.

Cassie desvió la vista hacia la ventana que daba a la parte frontal de la mansión. Se distrajo unos segundos con un elegante carruaje negro que pasaba por allí.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra —alegó, defendiendo la idea de que fue su imprudencia la que la llevó a ese desenlace—. Lord Rockingham ya no ejerce ningún poder sobre mí. Estoy libre de él.

—No te engañes, Cassandra. Vi cómo le mirabas el día que acudió con ese amigo suyo tan desagradable a tomar el té. ¿Crees que no tengo ojos en la cara?

—¿Qué insinúas?

—¿Sigues enamorada de él?

—Esto no tiene sentido.

—¿Sí o no? Contesta.

—¡Sí, sí, sí...! ¿Contenta?

Ada enrojeció de rabia. Tanto esfuerzo para apartarla de él no había servido para nada.

—No te merece.

—Eso ya lo sé.

—Pues abandona esa idea loca de provocarle con palabras hirientes, arriesgándote a que Frank os descubra. ¿Es que quieres perderlo todo?

Cassie se llevó una mano al corazón y susurró:

—Lo perdí todo el día que supe que Julian Haygarth me había abandonado. Lo que ves es solamente la carcasa de una mujer vacía por dentro, Ada. He muerto a la vida, a los sueños, a las ilusiones. Que Frank me repudie y me deje en la calle no aumentará mi desgracia. La única razón por la que guardo silencio es porque no soportaría hacerle sufrir.

—Y yo no quiero verte languideciendo por los rincones. Tienes un marido que te ama hasta el delirio, un hijo precioso, una vida estable y una prima pesada que también te quiere mucho.

Cassie se acercó a Ada y acarició su mejilla.

—No te preocupes, ¿de acuerdo?

Ada asintió, pero seguía empeñada en lograr un distanciamiento definitivo entre lord Rockingham y Cassandra. Si esta no colaboraba, tendría que hacer algo por su cuenta. Julian no volvería a tenerla para él. Aunque se le fuera la vida en ello.

Aprovechando que Latimer estaba fuera y Cassie se dirigió al jardín a leer y a tomar el sol, entró con cautela en el despacho de Frank. Removió los papeles cuidadosamente, abriendo los cajones e inspeccionando los documentos que había sobre la mesa. Casi suelta un grito de júbilo al hallar su agenda personal. Abrió por la página indicada y... ¡eureka! justo lo que necesitaba. Su dirección

completa.

—Tendrás que servir aunque sea para eso —musitó satisfecha.

Miles Parker se acomodó en el respaldo de la silla y apoyó la cabeza contra la misma. Tenía que revisar varias cuentas y reunirse con Julian más tarde para hablar de las inversiones y algunos asuntos pendientes de los negocios que pretendían sacar adelante junto a su socio, Frank Latimer. Miró toda la pila de papeles sobre su mesa de despacho. Muchas cosas en qué pensar, y poco tiempo para meditar en ellas. Sí, ese sería un día duro y largo. Había informado a su mayordomo de que no recibiría visitas, y que probablemente tomaría allí mismo su almuerzo. No deseaba ser molestado.

Dispuesto a empezar con la revisión de los documentos, se incorporó y los acercó a sí, cuando un sonoro portazo en la estancia le hizo tirarlos al suelo del susto.

—¿Pero quién demonios...?

Ada Smith estaba frente a él, con sus manos enguantadas cerradas en dos puños, erguida y con el mentón levantado, preparada para un enfrentamiento. Recorrió el cuerpo de la dama con la mirada sin el mínimo recato. La ira que le produjo el ser interrumpido se desvaneció de inmediato, dando lugar a una oleada de satisfacción. Ese vestido de rayas blancas y negras, y ese rostro angelical arrebolado... qué mujer tan exquisita.

—Señora Smith, qué agradable sorpresa...

—Dejémonos de formalismos, lord Huntercombe. Los dos sabemos que me tiene tanta simpatía como yo a usted —le soltó Ada sin rodeos.

Adams entró en el despacho implorando el perdón de su amo con la mirada, balbuceando:

—Milord, le dije que no recibía visitas hoy...

—No te preocupes, Adams —le interrumpió Miles alzando la mano sin dejar de mirar a Ada—. Puedes retirarte. Y por favor —ahora le miraba a él—, que no nos interrumpan.

—Sí, milord.

El mayordomo salió sigilosamente y cerró la puerta tras él, dejándolos solos de nuevo.

—¿Y bien? —preguntó Parker, deseando saber a qué se debía su visita—. ¿A qué debo el honor de recibirla en mi humilde choza, ya que, como usted misma ha apuntado, no le caigo bien en absoluto?

—Traigo un mensaje para su amigo.

—¿Lord Rockingham?

—Sí.

—¿Y por qué no se lo da directamente a él?

—Porque no deseo verle. Ni yo, ni la señora Latimer.

Miles arqueó las cejas, sorprendido. Se puso en pie y descansó ambas manos sobre la mesa.

—¿Disculpe?

—Me ha oído perfectamente. Veo innecesario repetírselo.

—Señora Smith...

Ada respiró hondo antes de proseguir:

—Dígale a lord Rockingham que se aleje definitivamente de mi prima.

—Ese no es un asunto que me concierna.

—Lo es, si tenemos en cuenta que usted también es socio de Frank Latimer.

—¿Qué quiere decir?

—Exactamente lo que está pensando. Si no la deja en paz, me veré obligada a contarle todo a su marido, y su negocio se irá al garete.

Parker se quedó inmóvil, pasmado ante el atrevimiento de Ada Smith. ¿Pero qué se creía esa campesina? Qué ganas tenía de darle una lección. Rodeó la gran mesa de madera de roble que les separaba, la tomó por un brazo, y dijo:

—No recibo amenazas de nadie, y mucho menos de una mujer.

Ella volvió a levantar el mentón, acercando peligrosamente su boca a la del vizconde.

—Para todo hay una primera vez.

Y soltándose de un tirón, se fue.

Miles estaba aturdido. Una palabra de esa bruja bastaría para destruir todo lo que Julian y él habían construido juntos, y no se le ocurría otra cosa que pensar en... ¡pardiez! Ese perfume... le recordaba a los lirios de los jardines de Huntercombe Manor. Lo que hubiera dado por estrecharla entre sus brazos, besar esos labios carnosos, y luego hundir su rostro en ese cuello sedoso y embriagarse con su olor endemoniadamente irresistible...

Sacudió la cabeza enérgicamente. ¿Se había vuelto loco?

Volvió a su asiento y trató de concentrarse, sabiendo de antemano que le resultaría imposible.

Esa tarde vería a Julian. Era el momento de poner punto y final a esa historia.

Los nuevos libros acababan de llegar. Julian inspeccionó el listado que había pedido comprobando que estaban todos, y asintió complacido ante la mirada expectante de su mayordomo, que rápidamente despidió al mensajero enviado por la librería de Regent Street. Puso la caja encima de la mesa y sacó un ejemplar. Dumas. Recordó su encuentro y su breve charla con el joven Jonathan, que ya casi se había convertido en un hombre. Se parecía mucho a Hugh, mas tenía la mirada y la bella sonrisa de su madre.

Miró alrededor. La biblioteca de su casa de la ciudad no era muy grande, pero aún había espacio para sus nuevas adquisiciones.

Carmichael volvió a interrumpirle, llamando a la puerta y entrando en silencio. Su expresión divertida le permitió adivinar que iba a anunciar la llegada de su amigo Miles.

—Lord Huntercombe está en el hall, milord.

—Hazle pasar.

—Sí, milord.

El vizconde entró unos segundos después con el sombrero en la mano y el semblante sombrío. Haygarth frunció el ceño.

—Hola Julian. ¿Has ido de compras? —preguntó Miles mirando la caja.

—Sí. Encargué algunas novelas y ensayos la semana pasada.

—¿Tienes un momento?

—Claro. ¿Pasa algo?

Miles se acomodó en un sillón.

—He recibido una visita esta mañana.

—Por eso traes esa cara, ¿eh? ¿Quién era? ¿Un acreedor?

—Qué gracioso —gruñó Huntercombe, arrancándole una sonrisa a su compañero—. Peor que un

acreedor.

—Suzanne Townsend.

Parker arqueó las cejas. Hacía siglos que no escuchaba ese nombre.

—No. Peor.

—Mmmm... oh, no —musitó Julian, adivinando de quién se trataba.

—Oh, sí. Exactamente —afirmó Miles, levantándose y caminando rabioso por la estancia.

—¿Ada Smith fue a tu casa? ¿Para qué? —inquirió el marqués, desconcertado.

Miles se paró de repente y sus mejillas se pusieron como la grana.

—¡Esa... loca! —explotó airado—. Se presentó en mi propiedad con la delicadeza de una manada de jabalíes en estampida, atropelló a mi mayordomo y tuvo la audacia de entrar en mi despacho sin permiso, dando un portazo. Y encima luego va y trata de chantajearme con amenazas.

—¡Por Dios, Miles! ¿Qué te dijo para sacarte así de tus casillas?

—Quiere que te alejes de Cassandra Latimer —sentenció Parker, respirando entrecortadamente.

Julian palideció.

—¿Te dijo eso?

—Sí.

—¿Y dónde está la amenaza?

—¿No te lo imaginas? Está usando nuestra sociedad con Frank como baza para negociar. O acabáis con esto, o Latimer sabrá lo vuestro.

—No hay nada «nuestro». Se terminó hace años —explicó Haygarth, intentando calmar a su amigo.

—Eso le importa un pimiento. No quiere verte cerca de ella. Supongo que para proteger sus propios intereses.

—¿Qué interés tendría en separarnos a Cassie y a mí?

Miles miró a Julian de soslayo y espetó:

—Eres un ingenuo, Rockingham. Parece mentira. ¿No ves que Ada Smith tiene un techo asegurado en el que vivir mientras su prima esté unida a Frank Latimer? Si hubiera un escándalo, ¿qué crees que sucedería? Cassie podría correr a tus brazos, pero ella... ella lo perdería todo.

Lo perdería todo. Esa frase retumbó en el cerebro de Miles y le causó un inesperado malestar.

—La juzgas duramente, Huntercombe. Si actuó mal, fue solo con intención de protegerla. Y esa intención es lo que la ha empujado a pedirte que intervengas.

Parker soltó una carcajada nerviosa.

—¿Pedirme? ¡Ordenarme es la palabra correcta!

—Me encargaré de esto, tranquilo.

—Más te vale. Lo último que deseo es verte con un tiro en la frente procedente del revólver de ese americano.

Julian asintió pensativo.

—Si cuando tuve la oportunidad me hubiera enfrentado debidamente a mi padre, olvidando mi absurda obsesión por complacerle, ahora Cassie sería mía.

—Prefiero que no tengas lazos con esa familia —confesó el vizconde más sosegado—. Y no por tu florecilla, que conste. Me parece una mujer adorable. Pero no le ayuda mucho estar emparentada con la hija de Satán.

—Miles...

Haygarth se acercó a Parker y se sentó en el sillón antes ocupado por este.

—Hablaré con Cassie sobre esto.

—Tendrás que espantar al cuervo primero.

—Buscaré una manera. Dentro de poco organizará con otras damas una fiesta benéfica en favor de los huérfanos de la zona. Trataré de verla, si es que acepta, y zanjaremos para siempre este asunto.

El mes de septiembre comenzó otorgando días tristemente grises a la ciudad de Londres. El agradable calor que acompañaba al verano fue retirándose, dando paso a una ligera brisa que, bailando en las ramas de los árboles, anunciaba como un heraldo la pronta llegada del otoño. Las damas de la alta sociedad con hijas casaderas que pasaban la temporada en la capital seguían ocupadas en su empresa de buscar en los salones de baile buen partido para sus muchachas, rezando para no tener que llevarlas de vuelta a casa sin compromiso a la vista y empezar la pesadilla otra vez el año siguiente, entretanto los caballeros paseaban sus esbeltas siluetas por las fiestas y las reuniones sociales, unos en busca de diversión, otros en busca de esposa, y otros en busca de una nueva amante.

Cassie, por su parte, ocupaba su tiempo ultimando los preparativos para el evento benéfico organizado por el club de labores. En ocasiones las reuniones con las integrantes del grupo se hacían demasiado tediosas, pues allí se hablaba tanto de las vidas ajenas que cualquier periodista que las escuchara se sentiría humillado ante la habilidad de aquellas amas de casa para conseguir tanta información privada. Ella se limitaba a asentir y a concentrarse en su punto de cruz, fingiendo interés por los temas de conversación que hacían felices a esas mujeres cuyas responsabilidades en el hogar se limitaban a mandar a los sirvientes y a dar largos paseos por Oxford Street.

Y arribó el gran día. Lady Dansey y la señora Fitzgerald, junto con otras dos damas, se encargaron de los dulces y la comida que llevarían para vender, y Cassie y Ada ayudarían al resto a recaudar dinero con las donaciones de los asistentes, recogiendo los objetos de valor que estos desearan obsequiarles para la causa, que luego se subastarían antes de terminar la fiesta.

El evento se celebró al aire libre, aprovechando que el astro rey había resuelto hacer acto de presencia en su salón del trono celeste. Los puestos donde se exhibían exquisitos manjares típicamente ingleses comenzaron a llenarse de gente en cuanto fueron abiertos, y Cassandra sonreía feliz calculando mentalmente la magnífica donación que podrían hacerles a varios orfanatos de Londres si todo salía según lo esperado.

Echó un vistazo a uno de los mostradores. Las compotas de frambuesa tenían una pinta estupenda. Se acordó de que, estando embarazada de Arthur, eran sus favoritas.

Una voz femenina la llamó a sus espaldas.

—Señora Latimer.

—¡Lady Blanche! —exclamó, complacida—. ¿Cómo está?

—Bien, gracias.

—Qué alegría me causó recibir la confirmación de que colaboraría con nosotras.

—Es un honor para mí —dijo Blanche, con un tono tan suave que parecía un susurro—. Traje unas tartas de manzana y unos cuantos tarros de miel.

—Le estamos muy agradecidas. Se quedará para la subasta, ¿verdad?

Blanche dudó unos instantes.

—Me gustaría. Pero mi marido...

—Vaya, señora Latimer, qué excelente organización —intervino James, haciendo que su esposa se sobresaltara notablemente—. Muy buenos días.

—Señor Haygarth, bienvenido —contestó Cassie escuetamente, mirando a Blanche—. Gracias por su cumplido, se lo haré saber a las demás señoras de su parte.

Él se acercó más y le tendió la mano. Cassandra, sorprendida, respondió al saludo. Casi pega un brinco cuando el caballero se llevó su mano a los labios, escrutándola con aquellos ojos que le recordaban tanto a los de Julian.

—Estaré encantado de que lo haga —musitó.

Blanche se sonrojó. A esas alturas los celos ya no la incomodaban. Estaba acostumbrada a ver a su marido babear por otras mujeres, y conocía perfectamente su admiración por Cassie. Se sentía incómoda y avergonzada, puesto que James no solía disimular nunca sus sentimientos, y el hecho de que se mostrara tan solícito con la señora Latimer sabiendo que Frank andaba por allí cerca le causaba temor y repugnancia a la vez.

Para alivio suyo más personas se unieron a ellos, y entablaron una animada conversación. Cassandra les explicó a dónde irían dirigidos los fondos que recaudaran ese día, y les habló como una auténtica experta de los orfanatos a los que habían decidido ayudar, dando un resumen de la urgente necesidad de los mismos de ampliar sus instalaciones, contratar más empleados, y por supuesto, mejorar la alimentación de los niños.

—Una acción loable la que han emprendido, señora Latimer —declaró el conde de Derby—. Mi esposa está ansiosa a la espera de los resultados. Qué triste que existan tantas criaturas sin hogar.

—En efecto, lord Richardson. Deseamos que nuestro granito de arena sirva para llevar una sonrisa a esos angelitos —repuso Cassie.

—Estuve en Bristol hace unas semanas y visité un gran orfanato que hay allí. Es dirigido por un tal George Müller. ¿Lo conocen ustedes?

—¡Ah, el reverendo Müller! —exclamó la señora Fitzgerald, que estaba atenta al diálogo—. Mi hermana suele frecuentar su congregación cuando se va de vacaciones a Devon. Un buen cristiano. Y da comida, techo y vestido a miles de pequeñuelos sin tener un penique en el bolsillo.

—No he oído hablar de él —terció Cassandra—. ¿Y cómo hace para sufragar los gastos de ese lugar?

—Pues no lo sé, querida. El caso es que a sus protegidos jamás les falta de nada. La gente le ha preguntado en repetidas ocasiones por sus finanzas, y él responde que lo que construyó lo mantiene gracias a la provisión de Dios. Es más pobre que los ratones de los muelles.

—Un hombre de fe —apuntó el conde.

—Sin duda.

Lord Richardson se apartó del grupo y los demás decidieron hacer un recorrido por los otros puestos, dejando a Cassie sola con la risueña Rosetta Fitzgerald. Ambas empezaron a hablar sobre la distribución del trabajo entre las damas, cuando de pronto la expresión del rostro de Rosetta se endureció y sus rechonchos mofletes fueron adquiriendo un tono carmesí. Miraba con desdén a una hermosa joven que caminaba absorta a unos metros de ellas, portando una bolsa de tela.

—Mira que venir a exhibirse a una fiesta benéfica. Qué descarada.

—¿Por qué habla así de esa señorita, señora Fitzgerald? —inquirió Cassie, molesta por el tono de la mujer.

—Ay, perdóneme, si supiera...

—¿Quién es?

Rosetta escrutó al objeto de su desprecio nuevamente.

—Es una... mujer de mala vida, ya sabe —murmuró bajando la voz.

—Pues no tiene aspecto de serlo.

—Esa clase de mujeres nunca lo tienen —aclaró Rosetta—. Y ella en concreto proviene de buena familia. Pero su padre se arruinó y...

—Entiendo.

—Se mezcla con nosotros porque posee «amigos» entre la élite de la sociedad. Ha estado involucrada con hombres muy importantes. Fíjese que el último, lord Rockingham, la mantuvo por cuatro años.

Cassie se mareó.

—¿Lord... Rockingham?

—Sí. Pensaba que se casarían. Pero él también se cansó y la plantó, como hicieron los otros.

¿Cassandra?

—Sí. Disculpe.

—Está pálida, hija. ¿Quiere que le traiga una silla?

—No, no. Estoy perfectamente. ¿Cómo se llama?

—Lily Spencer. Seguramente vendrá a darnos alguna limosna, como si eso borrara todos sus pecados. Menuda bribona.

Cassie inspiró despacio. Delante de ella estaba la mujer que había compartido el lecho de Julian los últimos cuatro años. Pensó en buscar al marqués y arrojarle todos los tarros de compota a la cara. Creyó que no sería capaz de controlar la furia que sentía. Por desgracia la aludida no pasó de largo y se detuvo frente a su puesto. Se acercó caminando lentamente.

—Señoras —saludó con humildad.

Cassie hizo un esfuerzo colosal para no estallar en llanto. La chica no hablaba con altivez, y parecía muy tímida. De cerca sus facciones eran más visibles, y comprobó lo bella que era.

La ex amante de Julian. ¿Era cierto que habían roto su relación, o aún seguía visitándola? ¿La había querido durante el tiempo que estuvieron juntos? ¿La quería ahora?

—Buenos días, señorita Spencer —respondió Rosetta algo arisca.

—Les he traído un objeto para la subasta —informó Lily sacando un candelabro de la bolsa—. Tiene un valor considerable. Espero que les sirva.

La señora Fitzgerald abrió la boca para negarse a recibir el obsequio, mas Cassie se le adelantó y cogió el candelabro.

—Gracias por su generosidad.

—Que tengan buen día.

—Igualmente.

Mientras Lily se alejaba, Rosetta le dio un ligero codazo a su compañera.

—¿Por qué ha aceptado su aporte? ¡A saber de dónde habrá salido el dinero para permitirse un adorno así!

—No creo que la comida que compremos con el dinero que saquemos vendiendo el candelabro le vaya a sentar mal al estómago de ningún niño hambriento —le espetó Cassie—. A ellos les importa un comino que quien les pone el pan en la boca sea una princesa o una prostituta. Y a nosotras

también.

—Allá usted. Alimente la altanería de estas mujerzuelas y dentro de nada las verá comiendo en su mesa.

Miles había determinado mantenerse lejos de ella. Desde su primer encuentro durante la recepción en casa de Latimer su trato no fue nada cordial, y pensando en la última vez que la vio, en su despacho, se le hizo un nudo en la garganta.

Analizando su propio comportamiento, admitió en su fuero interno que este había rayado la grosería, y que Julian estaba en lo cierto al pedirle que no interviniera. Pero él no podía dejarlo estar. No quería. Ada Smith era mucho más peligrosa de lo que había supuesto, y alguien tenía que enseñarle que no se debe jugar con los destinos ajenos.

Miró alrededor. No la veía por ningún lado. Por una parte se sintió aliviado de no toparse con la que comenzaba a ser una espina en su costado, mas por otra buscó fervorosamente la mirada intensa de sus iris verdes, con los que estuvo soñando la noche anterior, necesitado de satisfacer un ansia mortal que le corroía por dentro.

—Lord Huntercombe.

Parker se volvió rápidamente al escuchar la melodiosa voz que pronunciaba su nombre.

—Ah, señora Smith. Qué placer verla.

Ada esbozó una sonrisa irónica, gesto que a él le molestó. No pretendía ser sarcástico.

—Qué sorpresa encontrarle aquí.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No sabía que estuviera tan involucrado con la causa de los huérfanos de esta ciudad.

Miles carraspeó y replicó:

—Claro que lo estoy. Esos niños son parte de nuestra sociedad. Mejorar su vidas es mejorar nuestro entorno.

—Una reflexión inteligente la suya. ¿Suele hablar así durante las sesiones del parlamento?

—No soy político. Solo es una humilde opinión.

—¿Acude a menudo a esta clase de eventos, milord? —preguntó Ada con curiosidad.

No, no lo hacía. Sin embargo la mentira salió de sus labios como un torrente que arrasa todo a su paso sin darle posibilidades de detenerla, arrancando de sus cuerdas vocales un:

—Por supuesto, siempre que mi agenda me lo permite.

«Genial, Miles. Eres un embustero consumado e irás al infierno, pero al menos no has quedado como un necio egoísta.»

—¿Y usted? —inquirió él.

Ada hizo una mueca.

—No. De hecho no respaldo este tipo de exhibicionismo del que la élite británica hace alarde.

Al vizconde se le cayó el alma a los pies. ¿Es que no iba a dar ni una?

—¿Exhibicionismo? Aquí nadie se está exhibiendo.

Ada levantó una ceja y le miró fijamente.

—Mire a su alrededor, lord Huntercombe. ¿Qué cree usted que lleva a esas personas a acudir a una fiesta benéfica a donar cosas que no les sirven y a comprar dulces caseros por un precio simbólico?

—La verdad, no lo sé. Mas seguro que usted correrá el tupido velo de mis ojos espirituales.

—La semana que viene se publicará un artículo acerca de este evento en la revista de cotilleos más vendida de Londres. Y los nombres de los asistentes aparecerán en primera plana.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—No sepa tu mano izquierda lo que hace tu mano derecha. ¿Le suena?

Miles sonrió.

—Recuerdo haberlo escuchado en algún lugar.

—La Biblia, lord Huntercombe. Palabras de Jesucristo.

La dama se recogió las faldas e hizo ademán de marcharse, no sin antes decir:

—Debería prestar más atención a los sermones dominicales.

Y se fue en dirección al puesto de empanadas de Cornualles, hacia un caballero que la saludó alegremente, tomando su mano y reteniéndola un tiempo mayor del habitual.

Miles deseó zarandearla. Aldeana atrevida. Le había humillado con su odiosa altanería y se había alejado triunfante, sin darle siquiera la oportunidad de defenderse.

Se dispuso a seguirla, pero algo le detuvo y se limitó a observarla. El desconocido que hablaba con ella aún retenía su mano.

¿Quién narices era ese hombre?

—¡Lord Parker! —exclamó Frank, caminando hacia él.

—Buenos días, señor Latimer.

—Esto está saliendo a pedir de boca, ¿eh?

—Eso parece —afirmó Miles.

—Mi esposa está rebosante de felicidad. Ella y el club de labores han realizado un trabajo extraordinario.

El vizconde empezó a contar mentalmente los segundos que aquel hombre canoso sostenía la mano de la señora Smith. Dos, tres, cinco, seis...

—¿Quién es? —preguntó automáticamente. Últimamente le resultaba difícil dominar su lengua.

—¿El que conversa con la prima de mi mujer?

—Sí.

—El señor Tobías Henniker, un gran amigo mío. Es inspector de policía. Hacen buena pareja, ¿verdad?

—¿Perdón?

Frank soltó una risita.

—Y, entre usted y yo, espero que pronto sea miembro de la familia.

Miles le miró crispado. El deseo que tuvo de dejar plantado a su socio y correr a interrumpir a la parejita feliz se acrecentaba por momentos.

—Sería estupendo —murmuró malhumorado—. Estupendo.

—Un hombre no está completo hasta que encuentra una esposa con la que compartir su vida, ¿no está de acuerdo?

—Bueno, mi aptitud para opinar al respecto es limitada. Aún soy soltero, y confieso que pienso seguir siéndolo algunos años más.

—Cuando tenía su edad pensaba lo mismo —manifestó Latimer, pensativo—. Era libre como un pájaro y podía hacer lo que se me antojara. Pero al regresar a mi hogar no había nadie que me diese la bienvenida cariñosamente, ni hijos que se me engancharan en las piernas chillando de contento al

verme.

Parker tragó saliva. Llevaba años teniendo esa sensación de vacío cuando volvía a Huntercombe Manor a pasar el invierno.

—Claro que el derroche económico es muchísimo mayor —prosiguió Frank, divertido—. Cuando metes a una mujer en casa, quiere cambiar el papel de las paredes, el mobiliario, contratar más personal doméstico... y eso cuando no le toma manía a tus trajes favoritos y decide que debes renovar tu armario.

Miles rio.

—Creo que no me casaré hasta los cuarenta.

—No es tan malo estar atado a alguien. Llevo diez años casado y he sobrevivido.

—Le doy mi enhorabuena.

Frank se inclinó hacia el vizconde y añadió:

—Aproveche en cuanto sea joven y atractivo. Los caballeros también tenemos fecha de caducidad, aunque digan lo contrario por ahí.

Y se fue a saludar al inspector Henniker.

Miles se quedó atrás, contemplando a Ada. Ella le miró también. Su expresión era seria. Estuvo a punto de sucumbir a la tentación de acercarse, tomarla por un brazo y sin dar explicaciones llevársela a un sitio apartado, fuera del alcance de cualquier buitre que deseara rondarla. Pero no se movió. Escogió dar media vuelta y continuar recorriendo los mostradores. El estar de espaldas a ella no le permitió percatarse de que aquellos hermosos ojos esmeralda le siguieron hasta perderle de vista.

Arthur intentaría por todos los medios hacer volar su cometa. La débil brisa de aquella mañana no ayudaría al objeto a elevarse fácilmente, y él estaba empeinado en hacer que su juguete surcara el cielo del parque.

Su madre le había dado permiso para explorar el lugar. Un parque como aquel era bastante seguro. Además, Jonathan se hallaba cerca de él, sentado en un banco con una novela en las manos y enfrascado en una apasionante aventura literaria.

Hizo ademán de apartarse del muchacho e ir por su cuenta. Johnny levantó la mirada de las páginas de su libro y, como si adivinara sus intenciones, le advirtió:

—Ni se te ocurra.

—No estoy haciendo nada malo —replicó el niño.

—Porque te he pillado antes de que consiguieras escaparte.

—¡No iba a escaparme!

—Te he visto, Arthur. Y tía Cassie me matará si te dejo corretear por ahí sin vigilancia.

—Quiero jugar con los otros niños.

—Tráete a Evelyn y jugad juntos aquí.

—Es una niña.

—¿Y qué?

Arthur meneó la cabeza. ¿Es que Jonathan no sabía lo inútiles que eran las niñas para volar cometas?

—No sabe volar cometas —explicó.

—Pues jugad a otra cosa.

—¿A qué?

—Al escondite, por ejemplo.

—¿Y dónde nos escondemos? ¿Detrás de los árboles?

Johnny soltó un bufido.

—¡Y yo que sé! —exclamó—. Haz lo que quieras. Pero no te muevas de aquí.

—Siempre con tus libros. No haces otra cosa que leer. Llévame a la zona de juegos, por favor...

—No.

El pequeño le sacó la lengua.

—Le voy a pedir a mi padre que no te deje entrar a la biblioteca —le amenazó.

Johnny le miró estupefacto. ¿A edades tan tempranas ya sabían hacer chantaje esos críos?

—Y yo le diré que querías desobedecer una orden de tu madre, yéndote más lejos de lo que ella te permitía. Al tío Frank no le hará ninguna gracia.

Enfadado, Arthur dejó la cometa en el suelo y corrió hacia el joven, arrancándole el libro de las manos.

—¡Dame el libro, Arthur!

—No, hasta que me prometas que me vas a llevar a la zona de juegos.

—No voy a llevarte. Allí no hay bancos donde sentarse.

—Lo romperé.

Dichoso renacuajo. Si no fuese el hijo mimado de Frank ya le habría dado una paliza.

—Si rasgas una sola página te mato.

El chiquillo abrió la novela por la mitad.

—Arthur... te cortaré el pescuezo si...

De pronto se levantó una ráfaga de viento, arrastrando la cometa por el suelo y elevándola en un torbellino. El niño le tiró el libro a Jonathan y salió tras ella, mas era demasiado tarde. Se había enganchado en un árbol. No era muy alto, pero aun así Arthur no era capaz de alcanzarla. Johnny acudió en su ayuda, pero su altura no le permitía llegar hasta la rama que apresaba el cordón de la cometa.

—¿Ves? Eso te pasa por dejarla por ahí.

—Voy a subirme.

—Ni hablar. Podrías caerte y lastimarte. Tío Frank te comprará otra.

—¡No quiero otra! ¡Quiero esa!

Oyeron unos pasos detrás de ellos.

—¿Tenéis problemas para bajar esa cometa, chicos? —preguntó una voz grave masculina.

Johnny se dio la vuelta para responder. Qué bendita casualidad. El hombre de la librería.

—Hola, señor. Sí, se nos ha atascado ahí arriba.

Arthur miró al desconocido con curiosidad.

—¿Y tú eres? —preguntó el caballero.

—Arthur Latimer, señor.

—¿Latimer? ¿El hijo de Frank Latimer?

—Sí. ¿Conoce usted a mi padre?

—Sí.

El hombre se agachó y le tendió la mano al pequeño.

—Me llamo Julian. Julian Haygarth. Encantado de conocerte.

El marqués escudriñó el rostro del niño unos segundos. Incluso si él no hubiera mencionado su apellido, habría sabido que era hijo de su paloma. La forma de sus ojos y de sus labios eran idénticas a las de su madre, y su cabello, aunque de color algo más claro, era igual de brillante.

Contuvo el impulso de abrazarlo. Esa criatura era un trocito de lo que más amaba en el mundo.

—Os ayudaré —repuso irguiéndose y yendo hacia el árbol.

Los chicos le siguieron. Johnny le pegó un manotazo en la nuca a Arthur, susurrándole al oído:

—Qué suerte tienes, condenado.

Julian les devolvió la cometa y les aconsejó que no jugaran junto a los árboles. Removió la cabellera de Arthur en actitud cariñosa y dijo:

—Y tú pórtate bien, jovencito. Debes permanecer siempre con los mayores.

Jonathan miró al chaval con gesto de triunfo.

—Sí, señor —contestó el niño.

Los tres miraron hacia los puestos de comida a lo lejos. Una mujer venía corriendo en su dirección. Era Cassie.

—¡Arthur! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

Julian respondió por él.

—Se les escapó la cometa y acabamos de recuperarla.

Ella le miró. Tenía su mano puesta sobre el hombro de su hijo. Sintió un escalofrío.

Extendió sus brazos hacia su retoño, llamándole, y cuando lo hubo tenido junto a ella, le sujetó con tal fuerza que él emitió un gemido de dolor. Julian frunció el ceño, extrañado.

—Gracias, lord Rockingham.

—No hay de qué.

Cassandra se giró y dijo a Jonathan:

—Llévate a Arthur, busca a Evelyn e id a tomar un refrigerio al puesto de lady Dansey.

—Sí, tía.

Los chicos se marcharon y Cassie volvió a quedar a solas con Haygarth, que anduvo dos pasos y se colocó frente a ella. Dedujo que estaba enojada.

—La próxima vez que decidas entablar conversación con mi hijo házmelo saber —le escupió desafiante.

—No he hecho nada censurable, Cassie.

—No te acerques a él.

—¿Por qué?

—¿No te parece mezquino usar a un niño para obligarme a hablar contigo?

Julian suspiró. Se sentía cansado.

—No le he utilizado. Su cometa se enganchó a una rama y...

—Ya lo sé.

—Ni siquiera sabía que se trataba de tu hijo, hasta que le vi. Tiene tus hermosas facciones.

Cassandra se ruborizó.

—Siento mucho que hayas... perdido al bebé —dijo Haygarth con tristeza.

—¿De veras?

—¿Cómo me preguntas eso, Cassie? Pasé noches en vela preocupado por ti y culpándome por lo sucedido. Esperaba impaciente el día de hoy para pedirte perdón por haberte causado ese dolor.

—No te molestes.

Él le tomó la mano. La joven no tuvo las fuerzas suficientes para retirarla.

—Eres la persona más importante que existe para mí —le confesó el marqués, derramando todo su amor en aquellas palabras.

—Después de ti mismo —le corrigió ella.

—¿Cómo voy a demostrarte lo equivocada que estás?

—No puedes. No estoy equivocada y los dos lo sabemos.

Julian se llevó la mano de su amada a su pecho. Cassie miró a ambos lados, temerosa de que alguien les viera, pero estaban lejos del gentío.

—Algún día, querida mía. Algún día se me brindará la oportunidad de sacarte de tu error —sentenció él, besando su palma con adoración y alejándose lentamente.

Noviembre se presentó en un abrir y cerrar de ojos. A principios de mes Frank acudió con su familia a la fiesta tradicional de la Noche de Guy Fawkes para celebrar los doscientos cincuenta y cinco años del fracaso del atentado contra el parlamento y el rey James I. Los niños lo pasaron en grande viendo los fuegos artificiales y comiendo dulces, y Cassie se sentía feliz de verles a todos tan contentos.

Había visto a Julian en pocas ocasiones desde la subasta benéfica, y procuraba evitar quedarse a solas con él, pegándose a su marido en todos los bailes en los que coincidían.

Ada parecía más calmada. Su carácter enérgico se había tranquilizado, y la notaba sonrojada a menudo. Al principio creyó que el motivo de tal azoramiento eran las periódicas visitas del señor Henniker, y se atrevió a preguntarle una tarde si estaba interesada en él, a lo que ella respondió con un no rotundo. Eso le sorprendió, puesto que el inspector no ocultaba su admiración por la dama, y aunque no alentaba sus esperanzas, su prima tampoco le desanimaba.

Cassandra estaba convencida de que Frank no lograría su propósito. Ada era una mujer profundamente apasionada que no se volvería a dejar arrastrar al altar a no ser que sintiera en su corazón un amor ferviente por el caballero en cuestión. Su experiencia con Hugh la había marcado, y no cometería por segunda vez el error de casarse sin afecto.

Pero los días fueron pasando y el humor de Frank cambió de repente. Se le veía taciturno y ceñudo, encerrado todo el tiempo en su despacho y ausente en casi todas las comidas. Ya ni siquiera acudía al dormitorio de su esposa, y Cassie pensó que quizá se estaba haciendo vieja y él ya no se sentía atraído por ella, lo que en cierto modo era un alivio, porque desde su reencuentro con Julian cumplir con sus deberes conyugales se le hacía mucho más difícil.

Decidió reunir el valor para averiguar la razón de su transformación, aunque temía la respuesta. Llevaban cuatro meses en Londres, y existía la posibilidad de que Latimer quisiera hacer las maletas y regresar a Hampshire.

Con recelo, llamó a la puerta del despacho de su marido con una bandejita portando una taza de té bien caliente. Le escuchó darle permiso para entrar.

—Hola Frank.

Latimer, que estaba concentrado en unas facturas, levantó la vista y se quitó las gafas.

—Hola cariño. ¿Es para mí? —preguntó mirando la taza de té.

—Sí.

—Gracias.

—¿Te interrumpo?

—No. ¿Pasa algo?

Cassie inspiró hondo.

—Verás... yo... te he notado un poco... distante últimamente. Apenas te veo, y ni siquiera te sientas a la mesa con nosotros. ¿He hecho alguna cosa que te haya ofendido, Frank?

Latimer negó con la cabeza.

—¿Estás enfadado con alguien?

—Puede.

—¿Conmigo?

Frank se levantó y caminó hacia su esposa, rodeándola con los brazos.

—En absoluto, princesa.

—¿A quién va dirigido tu enojo entonces?

—A una buena parte de los habitantes de América.

Cassie le miró confusa.

—¿Qué ocurre?

Frank la soltó y se sentó en un sillón. Guardó silencio por unos segundos, y acto seguido contestó:

—El día seis de este mes Abraham Lincoln ha resultado vencedor en las elecciones a la presidencia de los Estados Unidos.

—¿Y eso te afecta de alguna forma?

—Gravemente.

Cassandra se sobresaltó.

—Me estás preocupando, Frank.

—No has de temer por vuestro bienestar, querida. He atado bien los cabos por si acaso.

—No te entiendo.

—Te conté que mi país lleva años dividido, ¿verdad?

—Sí. El norte y el sur.

—Exacto. El norte de Estados Unidos vive de la industria, mientras que el sur de la agricultura, utilizando mano de obra esclava para sus campos y plantaciones.

—¿Y qué tiene de alarmante que ese hombre sea presidente?

Frank se mordió el labio.

—Lincoln es un sureño abolicionista que tiene unas ideas que al sur no le agradan ni una pizca. Lo más seguro es que entre las reformas que piensa hacer esté la abolición de la esclavitud.

—Lo que perjudicará grandemente a los hacendados.

—Sí. Y dentro de poco algunos estados se enfrentarán a la Unión, porque no aceptarán esos cambios.

—Oh, Dios mío... ¿crees que puede estallar una guerra?

—Eso me temo.

—¿Y qué pasará con el algodón que traes desde allí para venderlo en Inglaterra?

—Si hay guerra habremos de decir adiós al algodón hasta que todo se arregle.

Cassie se sentó a los pies de su esposo.

—Y eso destruirá tus sueños...

Frank la miró embelesado.

—Mis sueños están contruidos alrededor tuyo y de ese pequeño polizón que llegó a mi vida hace nueve años. Lo demás se puede ir a hacer gárgaras.

Su mujer abrazó sus piernas y apoyó la cabeza sobre sus rodillas, permaneciendo así un rato. Una súbita tristeza la invadió. Sabía que la noticia que acababa de recibir anunciaba una catástrofe de dimensiones inimaginables.

Lady Laura Baxter quería despedir la temporada con una cena de gala en su mansión londinense. Su influyente tía, lady Ayden, la había convencido para hacerlo, y le participaba sus planes con la ilusión de una niña con zapatos nuevos. Lord Baxter le había dado carta blanca al respecto y su

entusiasmo crecía a medida que se acercaba la fecha de la velada, donde sacaría su mejor vajilla y se pondría un espléndido vestido confeccionado a la última moda.

La noche del evento su tía fue la primera en llegar. Inspeccionó las cortinas de la gran sala, a los músicos que habían sido contratados para la ocasión y se dio una vuelta por la cocina para echar un vistazo al menú que se serviría a los invitados. Sí, todo era perfecto, y aquella cena sería inolvidable.

Frank Latimer fue puntual como un reloj, arribando acompañado de su señora esposa. Ada se quedó con los niños, ya que al ser la pariente pobre del comerciante había privilegios a los cuales no podía acceder, como por ejemplo, asistir a cierta clase de fiestas.

Nada más llegar, Miles la buscó entre la gente. Al no hallarla preguntó por ella con disimulo a Cassie, que justificó su ausencia de manera educada, sin mencionar que no había sido invitada, aunque él sabía el motivo por el que no estaba entre ellos.

Era una plebeya. Una mujer del vulgo, sin posición, ni bienes, ni clase. El estar emparentada con Frank le permitía bajar a codearse con la nobleza de vez en cuando, mas la mayoría de las veces debía contemplar las sedas y encajes de los vestidos de las damas desde la balaustrada del piso superior, como una cenicienta a la espera de que un príncipe azul la rescate.

Se sintió decepcionado. Hubiera querido divertirse un poco haciéndola víctima de su humor ácido, viendo luego cómo le lanzaba una respuesta brillante y se iba arrastrando la cola de su traje con altivez, dejándole con la palabra en la boca y embriagado con su perfume.

También había planeado sacarla a bailar. No sabía si poseía conocimientos de danza, pero no importaba. La tomaría por su fina cintura y la conduciría él mismo al son de algún vals conocido, haciendo realidad una idea que le tenía obsesionado: rodear su talle con los brazos.

Y su gozo en un pozo. Tanto tiempo intentando lograr un nudo perfecto para su cravat para nada. Se pasó las primeras horas deambulando por la casa como un fantasma. Julian no se movía del rincón en el que se había acomodado tras la cena, y ambos parecían almas en pena que buscaban descanso eterno en el mundo de los vivos.

Lily Spencer conversaba con lady Ayden. Eso a Miles le sorprendió, ya que una joven de la reputación de Lily jamás era recibida en un hogar decente. Pero de algo le servía ser hija de un miembro del ejército retirado, amigo de lord y lady Ayden y respetado por todos sus compatriotas.

Los lazos de amistad a veces contaban más que una cuenta bancaria con números astronómicos.

Se unió a ellas, saludándolas con una inclinación de cabeza.

—Lady Ayden. Señorita Spencer.

—¡Oh, lord Huntercombe! —exclamó lady Ayden, jubilosa—. Qué placer contar con su presencia entre nosotros. Le estaba participando a la señorita Spencer que esta temporada ha sido espléndida.

—Así es —respondió él, aunque la temporada londinense no era santo de su devoción.

—La lástima es que habremos de dejar la capital para volver al campo ahora que se acerca el invierno. ¿Volverá usted a Huntercombe Manor, milord?

Parker se quedó pensativo. Era una costumbre familiar el pasar las navidades en Huntercombe Manor con su familia, pero ahora que su hermana estaba casada solían alternar y celebrarlas a veces en Derby Hall. Mas desde hacía unos días estaba barajando otra posibilidad, algo que a lady Amelia no le iba a hacer ni pizca de gracia.

—Creo que me quedaré aquí —declaró—. Asuntos de fuerza mayor me retendrán en la capital por un tiempo.

Le dieron ganas de reír a carcajadas al escucharse a sí mismo. ¿Asuntos de fuerza mayor? ¿No era una definición sumamente ridícula para la acentuada obsesión que sentía por Ada Smith?

—¿Quedarse? ¡Oh! —dijo lady Ayden, sorprendida—. ¿Vendrá su señora madre entonces?

—Es probable, aunque lo dudo —explicó él—. Lady Amelia detesta el invierno en la ciudad.

—¿Pasará sin sus parientes la Navidad, milord? —inquirió Lily—. ¿No le resultará un poco... triste?

—Le aseguro, señorita, que me encuentro tan ocupado que no tendré un segundo para pensar en eso —observó Miles con una sonrisa.

—Desde luego. Una no alcanza a comprender lo mucho que los negocios pueden absorber la disponibilidad de los caballeros.

—¡Señora Latimer! —interrumpió lady Ayden, haciendo aspavientos para que Cassie la viera.

—Querida lady Ayden —saludó Cassandra tras acercarse a ellos.

—¿Conoce a la señorita Spencer?

Ambas mujeres se miraron. Lily estaba colorada.

—Sí, ya he tenido el placer. Buenas noches —contestó Cassie, observando a la joven con detenimiento. Esta le respondió con la misma amabilidad. Luego se volvió otra vez hacia lady Ayden.

—Debe felicitar a lady Baxter. Está siendo una velada encantadora

—Muchas gracias. Lady Laura tiene un gusto excelente, ¿verdad? Y les tenía preparada una sorpresa, que por desgracia no se pudo realizar. Es una gran admiradora de Chopin, ¿sabe usted? Y quería traer a un músico profesional para que nos deleitara con varias de las creaciones de este genio.

—¿De veras? Chopin es uno de mis compositores predilectos. Aprendí a tocar el piano con algunas de sus melodías.

Lady Ayden experimentó un ligero cosquilleo en el estómago. Se le estaba ocurriendo una idea.

—¿Tocaría para nosotros, señora Latimer? —preguntó ansiosa—. Mi sobrina hizo traer un piano Bösendorfer desde Austria para estrenarlo justo hoy, y el pianista que contrató enfermó de repente y no pudo acudir esta noche.

Cassandra se ruborizó.

—Oh no, milady. No osaría tocar un Bösendorfer. Es un instrumento demasiado bueno para mis torpes dedos.

—No sea tan modesta sobre sus cualidades, señora Latimer —intervino Miles—. Sé que hay personas en este lugar que las conocen, y no es justo que no estemos todos en igualdad de condiciones. Como invitado, me encantaría oírla y estoy seguro que me llevaré, así como los demás, un buen recuerdo de esta cena.

Cassie miró a Parker, que le sonreía abiertamente. ¿Qué pretendía al exponerla ante Julian de esa manera?

—Yo...

—Por favor, anímese.

La joven se rindió.

—Está bien. Pero solo una pieza.

Lily se mostró complacida. Al observarla durante la noche, llegó a la conclusión de que Cassandra Latimer era toda una dama. Evocó el día de la fiesta benéfica, cuando, a pesar de las

objeciones de la señora Fitzgerald, esta aceptó su aportación.

Comenzó a comprender por qué Julian estaba tan loco por ella.

—Bravo, señora Latimer —terció con timidez—. Admiro su valentía. Pero le veo un inconveniente: les agradará tanto su interpretación que me temo que una sola pieza no será suficiente.

Tras la suntuosa cena que se sirvió a los convidados, lady Laura y su esposo se levantaron ceremoniosamente de la alargada mesa y les guiaron al gran salón principal, abriendo el baile con un vals. La pista se llenó rápidamente con varias parejas, que danzaban al son del *Nachtfalter* alegremente.

Julian tuvo la oportunidad de bailar con Cassie en una ocasión, aunque le hubiera gustado tenerla solamente para él toda la noche. Pero bien sabía que bailar más de tres veces con la misma dama públicamente era contra las normas del decoro, y podía dar pie a desagradables rumores sobre ellos, así que se abstuvo, contentándose con contemplarla mientras se deslizaba por la pista en brazos de varios caballeros en su elegante vestido de satén añil.

Su corazón latió desbocado cuando, al reunirse todos en la sala de música a petición de lady Laura, esta anunció que Cassandra tocaría para ellos un par de piezas de Frédéric Chopin para su disfrute, y la joven, azorada, se sentó frente al majestuoso Bösendorfer y acarició las teclas del piano con tanta maestría que dejó de piedra a todos los presentes.

Eligió las obras *Tristeza de amor* y un *Nocturno*. Movía sus finos dedos con suavidad y dulzura, provocando que Haygarth sintiera una infinita tristeza al recordar esos mismos dedos recorriendo su espalda la madrugada en que ambos se entregaron sin reservas a una pasión que les consumía por completo.

Al terminar su interpretación, la joven recibió sonoros aplausos y se retiró, dando lugar a que otras damas exhibieran sus dotes musicales con hermosas canciones tradicionales. Julian atravesó la estancia para felicitarla, pero ella desapareció del grupo con rapidez. Miles, que se había colocado a su lado con disimulo, le susurró un «se ha dirigido a la galería de retratos», alejándose y yendo a hablar con Frank, allanándole el camino para que pudiera verla a solas.

Abandonó la sala de música con la velocidad de una bala y subió las escaleras en busca de la galería. No fue difícil encontrarla, y al entrar se topó con los ojos avellana de Cassandra, que lo miró turbada al hallarle allí.

—Te ruego que te vayas —le pidió temerosa—. Mi esposo podría venir en cualquier momento.

—Necesito hablar contigo. Llevas evitándome desde la fiesta benéfica, y...

—¿Por qué siempre intentas imponerme tu presencia, Julian?

El marqués lanzó un suspiro.

—No intento imponerte nada —replicó—, únicamente cicatrizar heridas que llevan demasiados años abiertas.

—¿Heridas? ¿Qué heridas?

—Las tuyas. Y también las mías.

Cassandra rio.

—Tú empuñaste el cuchillo que te hizo esas heridas. ¿Qué tengo yo que ver en eso?

Julian dio un paso hacia adelante, adentrándose en la penumbra.

—No pretendo obtener tu perdón —confesó—. No lo merezco. Pero si te sirve de consuelo, me he pasado diez años viviendo como un autómatas, con un cielo continuamente gris sobre mi cabeza. No he tenido un minuto de paz, Cassie. Ni uno.

—¿Y me culpas por ello?

—Me culpo a mí mismo. Fui cobarde y egoísta. Temí enfrentarme a mi mundo y elegí el camino fácil. Jamás podré recompensarte por la angustia que te he causado, mas quiero que sepas que has ocupado mis pensamientos día tras día desde que te abandoné.

Cassie miró al suelo. Si levantaba la vista, no sería capaz de ocultar las lágrimas que amenazaban con asomarse a sus párpados. Finalmente preguntó:

—¿Pensabas también en mí mientras le hacías el amor a Lily Spencer?

Julian la miró asombrado.

—¿Quién te lo ha contado?

—Todo el mundo lo sabe.

—Nunca la he querido. Ni ella a mí.

—No necesito conocer los detalles de tu sucia relación con esa mujer —escupió ella, irritada—. Si tuvieras un atisbo de decencia no la habrías sometido a semejante vergüenza, usándola como a una fulana barata.

—No la he usado, ni maltratado —se defendió él—. Me hubiera casado con Lily si...

—¿Si qué?

Haygarth hizo una pausa.

—Si no estuviera tan locamente enamorado de ti.

Las últimas palabras de Julian hicieron que Cassandra se desmoronara, y se tapó la cara con las manos. Él avanzó hacia ella y la abrazó.

—No llores, por favor. Me partes el alma, paloma.

—¿Qué ganas con hacerme tanto daño, Julian? —dijo Cassie entre sollozos—. Me abandonaste voluntariamente, sabiendo lo mucho que te amaba. Ni siquiera fuiste a decirme adiós...

El marqués abrió la boca para replicar, pero guardó silencio. Entendió entonces que Miles tenía razón al advertirle que Ada le había ocultado a la joven su encuentro en el bosque, y prefirió callar. Si le confesaba la verdad, quizá su prima se vería gravemente perjudicada.

—Lo siento. Lo siento mucho...

—Con sentirlo no basta. Me rompiste el corazón en tantos pedazos que aún no he conseguido contarlos. Gracias a Dios Frank irrumpió en mi vida en el momento oportuno y me sacó de la miseria en la que me sumí al descubrir que me habías mentido.

—¿Le quieres? —inquirió Julian, aterrado por lo que podía responder.

Cassie se deshizo de su abrazo.

—No tienes derecho a preguntarme eso.

—Dime al menos si te trata bien.

—No me golpea ni me es infiel, si es lo que quieres saber.

—¿Qué sientes por él?

Ella recuperó la compostura y dijo:

—Mis sentimientos por él son los que toda esposa debe tener por su marido.

—Cassie...

—No vuelvas a tocarme así, Julian —le advirtió Cassandra—. Es una falta de respeto para con el hombre que te ha abierto las puertas de su casa con total confianza. Lo que hubo entre nosotros pertenece al pasado, y lo único que puedes obtener de mí ahora es amistad, porque mi amor lo perdiste al subirte a ese carruaje que te trajo de vuelta a ese mundo lleno de lujos del que eres parte.

Discúlpame, pero debo bajar a reunirme con Frank.

Haygarth se apartó para que ella pudiera pasar. Al llegar a su altura, la agarró por un codo y la hizo volverse.

—Si es tu amistad lo único que me ofreces, la tomaré —murmuró—. No deseo quitarle nada a Frank Latimer. Mas recuerda esto, Cassie: fuiste mía primero. En todos los sentidos. Tus palabras la noche de la tormenta se quedaron grabadas en mi espíritu: «Te pertenezco, Julian. Para siempre.» Y te juro que antes de espirar mi último aliento, recuperaré lo que es mío.

Y la soltó, viendo que se iba cabizbaja, bajando apresuradamente las escaleras.

Faltaba una semana para Navidad. Miles seguía en Londres, aunque las reuniones con los socios se hubieran suspendido hasta pasadas las fiestas. Julian se había ido a Haygarth Park juntamente con James y Blanche, y Parker dedujo que le había costado horrores marcharse a Kent, aunque la distancia entre ese condado y la capital no era mucha.

Desdobló por tercera vez la extensa carta de su madre. Lady Amelia estaba consternada. ¿Cómo era posible que les dejara plantados precisamente en Navidad, por muy importantes que fueran sus «asuntos personales»?

No quería imaginar cómo le recibiría cuando regresara a Huntercombe Manor. La ira de la matriarca de la familia hacía temblar hasta a su difunto padre, que era un caballero de considerable estatura y corpulento como él. Pero lord Percy sabía sobrellevar con paciencia el avinagrado carácter de su esposa, cosa que Miles aún no había aprendido. Su personalidad alegre y que llegaba a rayar el cinismo le provocaba continuos problemas de nervios, y la pobre vizcondesa viuda tenía que viajar a menudo a Bath a tomar las aguas para no sufrir un ataque de histeria.

Releyó el cuarto párrafo de nuevo y sonrió. En él le reprendía por su actitud desconsiderada hacia su anciana madre, su hermana Henrietta, Mark y los niños, que le esperaban ilusionados en Derby Hall para la comida del veinticinco. Destacó una frase: «Si fuera porque te retiene alguna dama a la cual andas cortejando, te lo perdonaría, ya que conoces mi deseo de que te cases pronto. Pero por negocios... hijo, ¿cómo has podido hacernos eso?»

Guardó la misiva en el cajón. Su satisfacción no podía ser mayor. Ciertamente no estaría con su familia, pero no cenaría solo en Nochebuena. Frank había insistido en que se quedara con él y los suyos hasta que logró una respuesta afirmativa, y la velada que compartiría con Latimer prometía ser de lo más interesante.

«¿Qué vestido se pondrá?», pensó. En su propio territorio estaría más cómoda, y probablemente no iniciaría ninguna discusión desagradable. Eso sí, el tener en su mesa a un hombre que conocía su secreto la mantendría tensa toda la noche, y eso le divertía. Ejercer tal poder sobre aquella mala pécora de ojos del color de un prado en verano le henchía de orgullo y regocijo.

Quería humillarla. Rebajarla hasta el polvo. Que suplicara perdón por sus pecados de rodillas y le rogara misericordia.

Tachó los días en su calendario uno por uno, preparándose para la cuenta atrás. Escogió uno de sus mejores trajes y le pidió a su ayuda de cámara que lo tuviera listo para el día veinticuatro al atardecer. Era imprescindible presentar una buena imagen.

Y Nochebuena llegó acompañada de fuertes precipitaciones. A la hora prevista, salió presuroso con su sombrero de copa en la mano y corrió hacia el carruaje, que aguardaba fuera.

Al adentrarse en Park Lane, a pocos metros de la mansión Latimer, Miles notó el estómago revuelto. No sabía si era el traqueteo del trayecto o el hecho de tener cerca a Ada Smith otra vez lo que le provocaba ese malestar. Enseguida lo comprobaría.

El carruaje se detuvo. Su lacayo descendió del mismo, abriendo el portoncito y un pesado paraguas para resguardarlo de la lluvia. Parker se apeó.

Caminó hacia la entrada y fue recibido por el mayordomo, que tomó sus pertenencias y le guio al salón. Frank, que estaba sentado en un sofá hablando con Ada, se levantó y fue a saludarle.

—¡Huntercombe! Bienvenido.

El vizconde miró alrededor. Ada y Cassie estaban de pie detrás de Frank, y Arthur jugueteaba con el árbol de Navidad. Pero habían dos personas más. Un muchacho de unos quince años y una niña muy guapa de unos doce.

Adivinó que esos eran los hijos de Ada. El rostro de la niña era idéntico al de su progenitora, y su mirada era igual de intensa.

—Buenas noches, milord —saludó Cassandra.

Él besó su mano respetuosamente y se giró hacia la otra dama.

—Señora Smith.

—Buenas noches.

Miles también tomó su mano y la besó. Al levantar la vista vio que ella le contemplaba sumamente sorprendida, con las mejillas arrojadas. Llevaba un sobrio vestido de seda gris perla. Estaba preciosa.

—Buenas noches, lord Huntercombe.

Parker miró a la pequeña, que se había puesto junto a su madre.

—Mi hija Evelyn. Y mi hijo Jonathan —dijo Ada alargando el brazo, llamando al joven.

Jonathan inclinó la cabeza e Ivy hizo una tímida reverencia. Miles sonrió.

—Adorables.

—¿Le apetece una copa? —preguntó el anfitrión.

—Sí, gracias —contestó el vizconde.

—Hace un tiempo espantoso fuera —terció Cassie, dando conversación a su invitado entretanto Frank traía las bebidas.

—Es lo malo de este país —comentó Parker—. En invierno las mañanas son heladas, las tardes oscuras y las calles intransitables por la nieve. ¿Es así en América, señor Latimer?

—Depende de en qué estado esté —explicó Frank—. Hay lugares espantosamente fríos.

—Es lo que ocurre en una nación enorme como la suya. Nuestra isla es diminuta en comparación, y prácticamente hace la misma temperatura en todos lados, con diferencia de pocos grados. Por cierto, un árbol de Navidad magnífico.

Todos miraron hacia uno de los rincones del salón, donde el frondoso abeto había sido colocado.

—Lo armaron Evelyn y Arthur —dijo Ada, orgullosa de los pequeños.

—Y tú les habrás ayudado a colgar el ángel que adorna la última rama —declaró Miles dirigiéndose a Jonathan, que era el único que alcanzaba esa altura.

—Sí, señor.

—Ha quedado perfecto.

—Gracias —respondieron los niños al unísono.

—Una de las innovaciones traídas por el príncipe Alberto desde su Baviera natal —añadió Frank.

Todos se sentaron alrededor de la regia mesa del comedor al anunciarse que la cena iba a ser servida. Los criados fueron entrando y depositando las bandejas de plata con el típico menú navideño inglés: un gran pavo relleno, patatas asadas, verduras, y unas sabrosas albóndigas de carne, seguidos del pudín de Navidad, compuesto por una masa de bizcocho con pasas, nueces y otros frutos secos.

Después cantaron varios villancicos y rompieron los tradicionales *crackers*, haciendo las delicias de los niños. Miles les veía reír y chillar mientras tiraban de los extremos de los objetos, haciéndolos explotar y derramando sobre la alfombra los regalitos y caramelos contenidos en su interior. Y Ada aplaudía efusivamente, animándoles.

Cerca de la medianoche los niños se fueron a dormir. Evelyn, que se resistía a subir a su dormitorio, le rogó a su madre que le permitiera quedarse más tiempo con ellos, algo a lo que ella se negó.

—Es tarde, cariño. Tienes que irte a la cama.

—Pero, mamá, yo quiero quedarme, al igual que Johnny.

—Él no tardará en subir también. Anda, da las buenas noches a todos y corre arriba, si quieres despertarte temprano para abrir los regalos mañana por la mañana.

La niña obedeció a regañadientes, y en cuanto Arthur y ella se despidieron, una silenciosa tranquilidad invadió la estancia.

Miles se acercó a Johnny, que hojeaba un libro.

—Tengo entendido que te gusta la literatura —dijo.

—Sí, señor.

Un trueno retumbó en el exterior. La lluvia no había cesado.

—¿Has visitado la librería de Regent Street?

Al muchacho se le iluminaron los ojos.

—Desde luego. Es magnífica. Un paraíso. Suelo aprovechar cualquier oportunidad para escaparme y visitarla, y ahora que en el colegio me han dado unos días de vacaciones debido a las fiestas, voy casi todos los días. Me gustaría ser escritor, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Admiro profundamente a Dumas y a Dickens. Escriben sobre el mundo real, y sus historias son fascinantes. ¿Ha leído *El conde de Montecristo*?

—Un plan de venganza soberbio —apuntó Parker, mirando a la madre del chico—. Edmundo Dantés es un personaje admirable.

—Mi favorito. Un hombre inteligente.

—Estoy de acuerdo. Espero poder ver un día alguna obra tuya publicada, joven.

—Por ahora solo escribo relatos cortos. He de finalizar mis estudios primero. Más adelante intentaré presentar mis escritos a un editor.

—Yo conozco a unos cuantos. Cuando quieras les llevamos esos manuscritos.

—¡Oh, gracias, lord Huntercombe! Es usted muy amable.

—No hay de qué.

—Si me disculpa, voy a retirarme ya —dijo Jonathan con aspecto cansado—. Ha sido un placer conocerle, señor.

—Igualmente.

Ada se les unió. Frank conversaba absorto con su esposa junto a la chimenea encendida, y ella y

Miles acompañaron a Johnny hasta el pasillo que comunicaba con las escaleras que llevaban al piso superior.

—Hasta mañana, madre.

—Que descanses, hijo.

—Lord Huntercombe.

—Buenas noches.

Ambos permanecieron de pie en el umbral de la entrada al salón mientras Johnny subía. Al darse la vuelta para regresar con los anfitriones, Parker miró al arco que había sobre su cabeza. Ada le imitó.

—Vaya... un muérdago —susurró, riendo para sus adentros.

—Esta pillastre de Evelyn —refunfuñó Ada, avergonzada—. Este año le ha dado por colgar esa planta mugrienta por todas partes.

—Es una tradición navideña.

—Una tradición pagana, eso es lo que es.

De pronto se puso lívida como la cera, recordando la costumbre. Miles parecía leer su mente, porque la miraba de forma extraña. Se quedó asombrada al darse cuenta de lo que estaba pensando.

Miró los labios del vizconde y se preguntó cómo se sentiría al ser besada y acariciada por un hombre como aquel. Experimentó un miedo atroz e intentó retirarse, cuando el caballero la asió por los antebrazos e inclinó su rostro.

Ada cerró los ojos. Se le aceleró el corazón. «Si se atreve a besarme le abofetearé», pensó. Pero seguía frente a él, inmóvil, a su merced. Y no tenía ganas de echar a correr.

Emitió un gemido casi inaudible al sentir su cálido aliento en su cara. Un casto ósculo en la mejilla fue lo que recibió, y la decepción se apoderó de ella. ¿Es que ese bruto no la encontraba atractiva?

Parker, por su parte, luchaba por no sacar a relucir su instinto animal y arrastrarla al rellano para besarla ardorosamente hasta que se le cortara la respiración. Refrenó con esfuerzo su intenso deseo y le murmuró al oído tras el beso:

—Una tradición es algo que jamás debe romperse.

Y apoyó una mano en su cintura, guiándola de vuelta al salón.

Los ánimos estaban bastante acalorados. El nuevo año acababa de comenzar y no precisamente con buen pie. Corría el rumor entre los socios de Frank que América estaba a punto de sumergirse en una guerra civil, y los inversores convocaron una reunión urgente para determinar cómo iba a resolverse el problema si la materia prima que importaban desde el otro lado del Atlántico dejaba de producirse.

Latimer intentaba apaciguar los nervios de algunos lores, que le miraban con desconfianza y hablaban entre ellos en voz baja. Julian les contemplaba indignado, y pidió el turno para hablar.

—Caballeros —dijo con voz firme—. Me consta que el señor Latimer se hace cargo de la preocupación de todos ustedes. Pero él también ha invertido mucho dinero en esto, así que considero un grave error culparle por lo que está sucediendo.

—Nadie le está culpando, lord Rockingham —replicó Lord Turner—. Pero debería haber previsto esto.

—¡Por todos los santos, lord Turner! —exclamó Miles—. ¿Quién puede prevenir una guerra?

Un grupo de hombres empezó a dar voces, hablando a la vez. Frank se sentó y se llevó una mano a la frente, guardando silencio.

—Escúchenme, por favor —les pidió Haygarth—. Lincoln aún no ha tomado posesión de la presidencia. Conoce los intereses de cada estado, y dudo mucho que quiera meter a su propio país en un conflicto bélico interno.

—Eso le importará un bledo si no estorba en sus planes —declaró un caballero al fondo.

—Creo que deberíamos pensar con detenimiento en lo que haremos —prosiguió Julian. Frank le miró esperanzado al ver que los demás se habían callado—. No sabemos cómo acabará esto, pero mientras no haya guerra aprovechemos para abastecer nuestras fábricas con algodón americano.

—¿Y después qué? ¿Qué ocurrirá cuando toda esa escoria de negros abandonen los campos? —inquirió lord Turner.

Miles se levantó.

—Pues que serán hombres libres, lord Turner —le soltó—. Y no volverán a consentir que se refieran a ellos con el calificativo que ha usado usted.

Julian reprimió una carcajada. Turner se encogió como una flor marchita y no volvió a hablar el resto de la reunión.

Cuando al fin cesaron las acusaciones mutuas, los gritos y el revuelo, Frank retomó la palabra. Les mostró las estadísticas de las ganancias del último cargamento, y les tranquilizó respecto a una futura pérdida económica. Así como Julian, confiaba en que la secesión del norte y el sur no se llevara a cabo y Abraham Lincoln fuese capaz de frenar un enfrentamiento que heriría profundamente a su país y se cobraría miles de vidas.

La reunión terminó y Latimer le habló a Julian aparte, infinitamente agradecido por su intervención. Aún le era difícil lidiar con los británicos.

Parker acompañó a Haygarth fuera. Caían algunos copos de nieve.

—Has estado soberbio ahí dentro de esa jaula de hienas —le felicitó.

—Gracias. Aunque tu respuesta fue insuperable, Miles. Nunca había visto a alguien provocar públicamente a otra persona y quedarse tan ancho. Claro que, viniendo de ti...

—Alguien tenía que poner en su lugar a ese atrevido.

—Frank está preocupado. Teme que los inversores piensen que los ha engañado de alguna forma.

—Eso es una estupidez.

—Lo sé, pero ya sabes. Un americano nunca será digno de confianza. Por cierto, no sabía que eras abolicionista.

—Soy inglés, Julian. En este país la tenencia de esclavos está prohibida. ¿Acaso me crees un hombre fuera de la ley?

El marqués sonrió.

—No voy a contestar a eso.

—¡Eh!

—Me voy a casa. ¿Dónde está tu carruaje?

Miles señaló en dirección contraria.

—Me iré andando por allí. He de recoger un encargo en la imprenta.

—¿Vas en dirección a St. James's Park?

—Sí.

—Cuidado con el hielo. Ayer nevó bastante —le advirtió Haygarth, mirando el panorama blanco que se extendía ante ellos—. Y si ves a la señora Smith, salúdala de mi parte.

Miles se paró en seco.

—¿Y por qué tendría que verla?

—Porque es posible que os crucéis. Ella tiene la costumbre de pasear por St. James's Park.

—¿En invierno?

—Sí. A veces la acompaña ese... ese inspector amigo de Frank. Henniker creo que se llama.

Parker sintió una sacudida brutal en todo el cuerpo. Apretó los dientes.

—Una vez les vi al dirigirme a las oficinas de Frank. Me dijo que siempre que podía daba una caminata por el parque sobre las diez de la mañana, si el aire gélido de enero no se lo impedía.

Huntercombe asintió y se despidió de su amigo. Empezó la marcha sumido en sus pensamientos, enojado por lo que recién había descubierto.

Valiente bribón ese Henniker. Primero se comporta en público como si ella fuese de su propiedad sosteniendo su mano más tiempo del permitido y ahora osaba acompañarla en sus paseos matinales. ¡Habrás visto! Tanto ladrón suelto por Londres y él coqueteando en pleno día.

De pronto se le ocurrió otra forma de fastidiarla. Soltó una risita perversa al imaginarla echando humo por las orejas al ser interrumpida en su romántica cita con el inspector.

Iba a seguirla. Les espiaría por unos minutos, y después haría su aparición ante ellos, como si de un encuentro fortuito se tratara. Ada le odiaría de por vida, pero no le importaba. ¿O sí?

Llegó a la entrada de St. James's Park. La nieve que había caído el día anterior cubría todo el césped, y pocas personas transitaban por allí, salvo algunas damas y caballeros que paseaban a sus perros. Oteó en la distancia con los ojos entrecerrados, buscándola. Hacía un frío considerable. Caminó sobre la nieve dejando las huellas de sus zapatos en el manto helado y llegó hasta la fuente principal. Sonrió. Allí estaba, junto a un grupo de setos, caminando lentamente. Su capa de lana le cubría los delicados hombros, y llevaba un vestido marrón abotonado en la parte delantera.

Pero no veía a Henniker. Quizá ese día decidió ir sola.

Dio media vuelta, dispuesto a irse. El plan se había ido a tomar viento. Mas se detuvo, presa de un afán creciente por interceptarla en su caminata. Anduvo hacia ella y se ocultó tras los setos. Tarde, pues Ada le había visto.

—¿Lord Huntercombe?

—¡Oh! Buenos días.

—Buenos días —contestó la mujer, sorprendida—. ¿Se le ha perdido algo?

—No. ¿Por qué lo dice?

—Me pareció verle examinando los setos.

—No estaba examinando los setos.

Una ráfaga de viento descolocó el sombrero de Ada. Ella se lo arregló, atando de nuevo las cintas con un nudo doble.

—¿Entonces qué hacía ahí detrás?

—¿Pretende interrogarme como su inspector?

«¡Imbécil! ¿Por qué tenías que mencionar a Henniker?»

La dama le miró atónita.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Cómo sabe...?

Parker carraspeó, nervioso.

—¿Me está siguiendo, lord Huntercombe?

—¿Qué?

—¿No he sido clara en mi pregunta?

—Yo no la estoy siguiendo. Tengo cosas mejores que hacer que espiarla.

—Por supuesto.

Ada reanudó su paseo, ignorándolo. Miles la siguió.

—Dijo que tenía cosas mejores que hacer que seguirme, milord —musitó ella deteniéndose y mirando hacia atrás.

—No es de buena educación dejar a las personas con la palabra en la boca y sin despedirse —le espetó él.

—Tampoco es de buena educación corregir de manera tan brusca a una dama.

Ante su respuesta, Miles perdió el poco autocontrol que le quedaba.

—Señora Smith —declaró—. Me he cansado de sus desaires. Se comporta como si el mundo fuera suyo y los demás simples siervos que se postran a sus pies.

—¿Cómo osa...?

—Soy el único que le dirá en su cara lo que piensa de usted. Con su rostro de ángel, miente, manipula y utiliza a la gente. Pero a mí no me subyugará. Soy un rebelde nato.

—No pienso quedarme a escuchar sus insultos.

Huntercombe la agarró por un brazo antes de que se apartara. Ella ahogó un grito. Se vio conducida a la parte de atrás de los setos.

—¡Quíteme las manos de encima! —bramó aterrorizada.

—¿No se da cuenta del daño que les ha hecho?

Ada abrió los ojos como platos.

—Usted no es la persona más adecuada para hablar de este asunto.

—¿Y quién lo es? ¿Julian? Él sería incapaz de desenmascararla, y eso es lo que más me incomoda. Paga el mal con el bien. Yo sin embargo no tengo tanta paciencia.

—¿Me amenaza?

—No soy yo el que tira la puerta abajo de casas ajenas profiriendo amenazas.

—Es un impresentable.

—Y un descarado. Y un patán. ¿Algo más?

—Esta conversación ha terminado.

—No se atreva a moverse un solo centímetro.

Ada inspiró hondo. Aquel hombre estaba dominado por la ira. Optó por obedecer.

—No le entregó el mensaje, ¿verdad? No le dijo que interceptó a lord Rockingham en el camino.

—Eso no le incumbe.

—No, no lo hizo. Prefirió sumirla en la miseria, al igual que a él. Diez años de sufrimiento que pudieron evitarse.

—¿Evitarse? —le interrumpió Ada—. ¿Podría evitar él que ella se consumiera esperándole en una casita oculta en el bosque junto a la ventana, rezando para oír los cascos de su caballo? ¡No tiene ni idea de lo que dice! Cassie habría sido tratada como una ramera, y no pude consentirlo.

—¡Iba a tratarla como a una novia!

—A las novias no se las esconde en una cabaña lejos de la civilización para que no sean descubiertas.

Parker suspiró.

—¿Y qué quería que hiciera? ¿Llevarla a Haygarth Park y presentársela a su padre? ¿Sabe a qué la habría expuesto? ¡A que la aplastara como a un alacrán! Ese viejo cuervo la habría hecho añicos. Era un hombre cruel que no amaba ni siquiera a sus hijos.

La dama se sintió mareada, como si la hubieran zarandeado. Pensó todos esos años que el egoísmo había sido el único sentimiento que había impulsado a Julian a comportarse como lo hizo.

—Le juzgó sin conocimiento de causa —prosiguió Huntercombe—. Y destruyó su vida. La suya y la de la mujer a la que tanto afirma querer, empujándola a un matrimonio con un hombre que nada sabe de sus artimañas.

—¿Qué sabrá usted de mis sentimientos! —exclamó ella—. Creen que porque somos pobres, ingenuas e iletradas pueden tomarnos y dejarnos cuando les apetezca. Se cansan de su vida en la ciudad y van a buscar diversión al campo. ¡Ustedes, los caballeros de moral intachable, con camisas almidonadas y mansiones lujosas, usan a mujeres inocentes! ¡Tienen apariencia de piedad, y no son más que ratas arrogantes!

Miles la miró pasmado. Estaba muy alterada. Las lágrimas recorrían sus mejillas sonrosadas, y su menudo cuerpo temblaba violentamente. Entonces lo entendió.

—No lo hace por ella —musitó, consternado—. Lo hace por usted.

Ada se secó las lágrimas y le miró fijamente.

—Quiere vengarse de alguien en la persona de lord Rockingham —continuó Miles—. Pero olvida que él también es inocente. ¿Qué le sucedió, Ada? ¿Qué le hicieron para endurecerla tanto?

Su interlocutora se echó a llorar. Miles dio un paso para alcanzarla y rodearla con sus brazos. Quería consolarla. Estaban protegidos del frío y las posibles miradas curiosas tras los arbustos, y no había peligro de perjudicar su reputación. Acarició su pómulo izquierdo con el dorso de la mano, y se dispuso a levantar su mentón para mirarla a los ojos, cuando ella le dio un fuerte empujón, haciendo que él retrocediera, tambaleándose.

Se recogió la falda y echó a correr. Parker no se movió. La vio alejándose a la carrera, cuando tropezó con algo oculto bajo la nieve y se cayó de bruces. Miles gritó, corriendo en su dirección:

—¡Ada!

Cuando la hubo alcanzado, se arrodilló junto a ella. Estaba manchada de barro y nieve, pero no tenía nada roto. La ayudó a levantarse.

—La llevaré a su casa.

Ella se apartó con rudeza.

—No vuelva a tocarme. ¡Jamás!

Y se fue cojeando con el sombrero en la mano.

Huntercombe siguió contemplándola hasta que salió del recinto. ¿Cómo había podido ser tan descortés? Y ahora regresaba herida a casa por su culpa.

—Tendrás que enmendar esto como sea —se dijo, avergonzado—. Como sea.

Llevaba quince días con el tobillo vendado. La mañana que llegó a casa tras tomar un coche de punto desde las inmediaciones de St. James's Park le costó terriblemente subir las escaleras hasta su dormitorio. Cassie, que se hallaba en el jardín, fue a verla para pedir su opinión acerca de unas hortensias que pensaba adquirir en primavera para adornar la parte exterior de una de las fuentes

traseras del patio, y soltó un alarido de horror al verla completamente manchada de barro, despeinada y con el rostro desencajado por el dolor.

El doctor Woodhouse acudió de inmediato a la mansión y examinó a Ada, encontrando solamente, y para alivio de su prima, un esguince muscular en la parte inferior de su pierna derecha. Le recetó unos unguentos y le vendó la zona dañada, recomendándole encarecidamente que procurara no poner ese pie en el suelo, y Ada se pasó el tiempo de reposo sentada en un sillón de la salita de estar haciendo punto de cruz, cosiendo alguna prenda para Evelyn o leyendo una novela de la vasta biblioteca de Frank.

Una mañana, después del desayuno, el mayordomo llamó a la puerta. Cassie estaba haciéndole compañía, y ordenó al criado que entrara.

—Señora Latimer, ha llegado esto hace unos minutos.

—Gracias —respondió, tomando el paquete de manos del sirviente.

Ada la miró curiosa. Luego fijó la vista en la cajita que esta portaba. Parecía haber una tarjeta pegada a la misma.

—¡Oh! —exclamó Cassandra, al abrir el regalo. Era una bella orquídea blanca.

—Qué cariñoso y qué atento es Frank, querida —comentó la convaleciente.

Cassie levantó una ceja al abrir la tarjeta y leer su contenido. Se puso colorada.

—¿Qué pasa? —inquirió Ada.

Cassie se acercó y le tendió la caja.

—Tendrás que perdonarme, prima —se disculpó—. El envío no era para mí.

—¿Cómo? ¿Para quién entonces?

—Adivina.

Ahora la ruborizada era ella. Tomó el obsequio de manos de Cassie y contempló unos segundos la maravillosa flor que había dentro. Leyó la tarjeta:

Estimada señora Smith,

Espero que se haya recuperado ya del percance que sufrió el otro día, y le ruego acepte mis sinceras disculpas.

Atentamente,

MILES PARKER

—¿Te está... cortejando? —preguntó Cassie con gesto divertido.

Ada frunció el ceño.

—¿De dónde has sacado esa idea tan absurda?

—Bueno... no todos los días un hombre soltero manda flores a una mujer libre. Y si lo hace, siempre hay algún interés romántico tras esa acción.

—Pues estás equivocada —le espetó Ada, molesta.

—¿Por qué iba a estarlo? Eres hermosa y joven aún, y él sería un bobo si no se diese cuenta.

—Miles Parker no se da cuenta de nada. Solo ha querido preocuparse por mi estado de salud.

—¿Cómo se ha enterado de lo de tu accidente?

—Se lo habrá dicho tu marido.

Cassandra se sentó junto a ella.

—Lord Huntercombe es un hombre excepcional, y muy apuesto además. Aunque a Frank le dará pena saber que...

—¿De qué estás hablando?

—No debería contarte esto, mas no puedo callármelo por más tiempo —murmuró Cassie con voz queda—. Alberga esperanzas de que exista alguna posibilidad de que te sientas atraída por Tobías Henniker.

—¿Qué?

—No debe saber que estás enterada. Y no te enfades, por favor.

Ada dejó la orquídea sobre su regazo y le tomó las manos.

—No estoy enfadada. Pero no merezco el cariño del inspector Henniker. Ni el suyo ni el de ningún hombre.

—Eso es ridículo. No permitiré que desprecies tus cualidades, señorita. Eres mayor que yo, pero de vez en cuando debo darte una represalia por las tonterías que dices.

—No son tonterías, Cassie. Es la cruda realidad. ¿Podrías hacerme un favor?

—Dime.

—Manda que devuelvan esto a la dirección de donde proviene.

Cassie puso los ojos como platos.

—¿Que... que lo devuelva? ¡Ada!

—No la quiero aquí en casa.

—¡Pero ese es un tremendo acto de descortesía! No puedes portarte así con él, con lo amable que se ha mostrado.

—Tú no conoces a lord Huntercombe. De amable tiene lo que yo de santa —repuso Ada, decidida a restregarle su regalo en la cara.

Cassandra enarcó las cejas.

—¿Se ha portado mal contigo? ¿Te ha ofendido?

«Le juzgó sin conocimiento de causa. Y destruyó su vida. La suya y la de la mujer a la que tanto afirma querer, empujándola a un matrimonio con un hombre que nada sabe de sus artimañas.»

—No —mintió—. No deseo aceptar su presente. Eso es todo.

Conforme el mes de febrero iba quedando atrás, Ada se sumía en una tristeza cada vez más latente. Las palabras de Miles, que la habían herido hasta límites insospechados, hacían eco cada segundo en su cabeza, ocasionándole fuertes pesadillas nocturnas.

Soñaba que la sombra de su primer amor la perseguía por un desierto arenoso, y cuando le daba alcance, introducía una mano en su pecho, arrancaba su corazón y luego le enseñaba el órgano palpitante, apretándolo con saña con las manos ensangrentadas. Y ella gritaba. Gritaba hasta que la voz se le quebraba. Y entonces despertaba y se tocaba el tórax asustada.

No sabía cuánto tiempo aguantaría. Ver a Cassie cada día a su lado, consintiéndola y cuidándola con ternura, la hacía odiarse a sí misma. Pensaba que acabaría perdiendo la cordura.

Eligió refugiarse en sus aposentos la mayor cantidad de horas posible, excusándose para no salir a dar los paseos acostumbrados con su prima para ir de compras, o simplemente para visitar a una amiga en común.

Cassie notó su repentino cambio de humor, y habló con Frank al respecto. Él quiso llamar al

doctor Woodhouse, mas su esposa se negó. Los médicos nada podían hacer por las enfermedades del alma, y sospechaba que eso era lo que tenía.

Un día, antes de la hora del té, subió a su cuarto a hablar con ella. La halló ordenando sus baúles.

—Ada, ¿tienes unos minutos?

—Claro. No has de preguntármelo si deseas conversar.

—Estoy preocupada por ti.

—No tienes por qué.

Cassandra se sentó en la cama.

—Has cambiado. Antes eras más alegre. Desde el día que recibiste esa orquídea estás rara. Por cierto, ¿qué has hecho con las demás?

Ada la miró. Dos días después de que devolviera el regalo de Parker, el mayordomo se presentó de nuevo con un ramo entero de las mismas flores. Le sorprendió que Cassie lo supiera, puesto que no estaba en casa cuando llegó el mensajero.

—También las he devuelto —explicó.

—Pues al final conseguirás que venga él mismo a traértelas.

—No le atenderé.

—¿Pero por qué?

—No quiero hablar con él.

—¿Se te ha declarado?

—¡No!

—¿Entonces a qué temes? ¿Crees que lo hará si os veis cara a cara?

Ada tragó saliva.

—No es eso. El día de mi accidente tuvimos una acalorada discusión, y...

A Cassie se le demudó el rostro.

—¿Te hizo él lo del tobillo?

—No, por Dios, Cassie. Me caí al pisar una piedra oculta bajo la nieve. Él intentó ayudarme, mas estaba tan enojada que no le permití que me tocara.

—Y por eso insiste tanto en disculparse...

—Sí.

—Al menos es constante en su intento de que le perdones. Julian debería aprender de él.

Ada se sentó.

—Cassie...

—No te conté lo de la noche de la cena en casa de lady Baxter, ¿verdad?

Su prima negó con la cabeza.

—Me abordó sin ningún pudor en la galería de retratos —relató—. ¿Y sabes qué me dijo? Que me amaba. Y cuando le recriminé por haberse ido sin ni siquiera darme explicaciones, calló como un corderito, incapaz de inventar una burda excusa para justificarse, confirmando así mis sospechas. ¿Puedes creerlo?

A Ada se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Él sería incapaz de desenmascararla, y eso es lo que más me incomoda. Paga el mal con el bien. Yo sin embargo no tengo tanta paciencia».

Contuvo el aliento. Cassie la observaba confusa, con un brillo inocente en los ojos.

No podía más. Era el momento de redimirse o condenarse para siempre.

—Julian te mintió —se limitó a balbucear, temblando—. Y yo también.

—Hay algo que desconoces de toda esta historia —empezó a decir Ada, llorosa—. Julian Haygarth ha estado ocultándote lo que pasó en realidad.

Cassandra se sobresaltó, permaneciendo con el rostro lívido y en un silencio sepulcral.

Ada se calló. Dudaba si continuar hablando. Era probable que su vida a partir de aquel día ya no fuera la misma. Miró a Cassie, que le pedía con expresión interrogativa que siguiera con el relato. Se armó de coraje y prosiguió.

—Dos días antes de su partida, vi a lord Rockingham cabalgando hacia la granja Doyle. Llevaba un elegante traje de montar, y puesto que entonces no sabías quién era realmente, me sorprendió que no usara la ropa común con la que se vestía cuando iba a verte. Se apeó del corcel junto al riachuelo donde solíais encontraros, y aproveché para acercarme a él y preguntarle la razón de su visita. Créeme, en aquellos días sentía un profundo desprecio hacia él, y estaba convencida de que sus intenciones eran aprovecharse de tu pureza y candidez para luego abandonarte sin pudor alguno, y dispuesta a enfrentarme a él, le planté cara. Discutimos, y reconozco que fui muy desagradable. Le confesé lo que pensaba, que no iba a permitir que te hiriera y se saliera con la suya, pero cual fue mi sorpresa cuando me reveló lo que estaba a punto de hacer. Sus planes eran descabellados. Absurdos. Imposibles. Mas demostraba lo que había en su corazón. Y por eso, mi querida Cassie, y por otras cosas, he estado los últimos diez años consumiéndome como una margarita silvestre expuesta al frío del invierno. Porque no podía mirarte a los ojos sin recordar mi crueldad, ni mencionar el nombre de Julian Haygarth sin desear retroceder en el tiempo.

Ada se puso en pie y caminó hacia la ventana. Mirando al exterior, de espaldas a Cassie, continuó:

—Iba a pedir tu mano a tu padre. Quería llevarte en un viaje relámpago a Escocia, donde os casarían en un pueblo cerca de la frontera. Volveríais siendo marido y mujer, y mientras arreglaba su situación con el fallecido marqués, te instalaría en una vivienda propia con todas las comodidades que pudiera permitirse, hasta poder administrar libremente su fortuna y llevarte a vivir con él a Haygarth Park.

»Me asaltó un pánico repentino. Pensar en dejarte ir en su compañía a otro país, totalmente dependiente de él, y exponerte a una vida oculta Dios sabe dónde durante tiempo indeterminado, me daba un miedo terrible. Recordé mi propia ilusión cuando el hombre al que yo amaba me había hecho cientos de promesas, y la gran decepción a la que me arrojó cuando descubrí su engaño. Y eso me dio fuerzas para interponerme, traicionando tu confianza y persuadiéndole para que te abandonara. «Es lo mejor», le dije. ¡Necia, y mil veces necia!

Con manos temblorosas, la mujer abrió el primer cajón de un mueble de madera donde guardaba sus pertenencias. Sacó un pequeño objeto envuelto en papel de regalo.

—Estaba destrozado. No quería hacerlo. Se sentía responsable por ti, y deseaba convertirte en su esposa. Me rogó que le permitiera verte por última vez para despedirse hasta que lograra hallar otra solución, pero se lo impedí. Sabía que si volvía a abrazarte, no se marcharía. Me aseguré de que no me desafiara. Un caballero como él no se enfrentaría a una mujer.

»Me dio esto para ti —dijo, depositando la cajita sobre la cómoda—. Junto con un mensaje: “Lo siento.” Y yo me felicité por mi triunfo. Un triunfo que me ha costado caro, pues ahora no puedo vivir en paz.

Cassie seguía impávida, en la misma posición en la que estaba al iniciar Ada su confesión. Parecía distante, ida, como si su mente se hubiera separado de su cuerpo.

—Dejo a tu juicio el castigo que he de recibir por mi mezquindad, pero te suplico... no me odies, por favor.

Su prima se levantó sin mirarla. Llegó hasta la cómoda y tomó el regalo en sus manos, llevándoselo al pecho. Estuvo así durante unos minutos, entretanto Ada la contemplaba, completamente rota. No le cogió desprevenida la frase que Cassie pronunció a continuación en un susurro desgarrador:

—Fuera de mi vista.

Ada obedeció y abandonó el dormitorio, dejándola sola. Ella desenvolvió el presente y lo levantó en alto para que le diera la luz.

Se sintió morir. Era una preciosa cajita de música de plata, tallada con su nombre. Guardaba gran parecido con la que su madre le había regalado años atrás y que esta había perdido.

La destapó. Una triste melodía comenzó a sonar, y exhausta, cayó de rodillas sobre la suave alfombra, dejando caer también el objeto. Y allí, tendida en el suelo, permaneció hasta que hubo derramado la última lágrima.

A inicios de marzo ya se notaba la próxima llegada de la ansiada primavera. Las mansiones vacías de la ciudad de Londres volvían poco a poco a ser habitadas, aunque varias familias de la nobleza aún no habían dejado el campo. Frank, cuya salud estaba algo degradada por el cansancio, se pasó todo el invierno lidiando con sus airados socios, que se negaban a atender a razones, asistiendo día tras días a reuniones donde las acusaciones, los gritos y las discusiones ponían de manifiesto la tremenda tensión que pululaba por el ambiente.

Y en su hogar, un lugar donde esperaba hallar tranquilidad, la cosa no era diferente. El carácter de su esposa estaba cambiando, y Cassie, que antes era tan dulce y sumisa, ahora se mostraba irritada con cualquier minucia, y a veces hasta colérica. No le dirigía la palabra desde el mes anterior a su prima, y esta, por temor, nunca descendía al piso inferior de la casa, ni siquiera para comer. Y cuando él quiso saber el motivo de la disputa, ella le miró fríamente y le soltó: «Te ruego que no te metas.»

No tenía la menor idea de cómo llevar la situación. El estar demasiado tiempo ausente no le permitió ver lo que se cocía entre las paredes de su propiedad, y tratar un problema con las mujeres que albergaba bajo su techo era más estresante que intentar convencer a esos lores estúpidos de que no perderían el dinero invertido en su negocio.

Una soleada mañana, tras tomarse un café bastante cargado, se encerró en su despacho para revisar su correo. Dos cartas del banco y una invitación. No estaba mal para empezar el día.

Abrió el sobre que contenía la invitación y sonrió. Una excusa perfecta para tomarse unos días libres. Mandó llamar a su mujer, que acudió de inmediato.

—Hola Frank.

—Cassie. Acércate y toma asiento, por favor.

—¿Son noticias sobre la inminente guerra? —inquirió la joven, inquieta.

—Hablaemos de eso después —dijo Latimer, invitándola a acomodarse frente a él—. Quería comunicarte que lord Huntercombe me ha enviado una invitación para una *house party* que ha

preparado en su residencia de Essex para mediados de abril.

—¿En Huntercombe Manor? ¿Un convite de varios días?

—Sí.

—¿Cuántos exactamente?

—Una semana.

Cassandra asintió pensativa.

—¿Iremos?

—Por supuesto —afirmó Frank—. ¿Crees que me perdería siete días de vacaciones en una mansión como esa, a salvo de esas aves de rapiña que tengo por inversores?

Su esposa rio.

—Creo que no. ¿Cuándo partimos?

—El día diez.

—Lo tendré en cuenta. ¿Alguna grata sorpresa más?

Frank carraspeó.

—Bueno, grata no sé, pero sorpresa...

—Habla, Frank, no me dejes en ascuas.

—La invitación también se extiende a Ada.

Cassie enrojeció.

—¿A Ada? ¿Y qué va a hacer Ada entre gente tan distinguida como las personas que van a acudir a ese evento? No es buena idea, Frank.

Su marido la escudriñó con la mirada. Como el cabeza de familia que era, ya era hora de tomar las riendas de las circunstancias y frenar los berrinches de su esposa.

—¿Quieres que se quede? —preguntó con expresión incrédula.

—No es que lo quiera. Es lo conveniente.

Latimer se inclinó hacia adelante.

—Lo conveniente es responder al ofrecimiento de Miles Parker llevándonos a tu prima con nosotros.

—Te pondrá en evidencia.

—Nunca lo ha hecho, y le hemos permitido asistir a varios bailes y reuniones que hemos organizado.

Cassandra lanzó un suspiro, rendida.

—Haz lo que te parezca.

—Lo que me parece es que tu enfado se ha alargado demasiado. Deja las rencillas a un lado y arréglalo de una vez. Me duele veros así —replicó Frank. Hizo una pausa para ver su reacción. Su expresión severa se había ablandado—. Siempre habéis estado tan unidas... además, ¿qué excusa le daríamos a lord Huntercombe?

—¿Y si ella no desea ir? No es que se lleve a las mil maravillas con tu socio que digamos...

—Pues la atas con uno de mis tirantes y la metes en un baúl. Luego llamas a cualquiera de los criados para que la ponga junto al equipaje.

—¡Frank!

—No es negociable, Cassie. Es mi deseo, y espero que no me contradigas. Sea lo que sea lo que te haya hecho, no será tan grave como para que le retires tu amistad eternamente. Además, eres consciente de la estima que le tengo, y que es la única persona en la que confío para cuidar de ti si yo

llegara a faltar.

Su mujer se levantó, humillada porque su esposo apoyara a Ada con tanta vehemencia.

—De acuerdo —musitó—. Le haré saber personalmente cuál es tu voluntad al respecto. Pero no te aseguro que acepte.

Y se retiró.

Ya en sus aposentos, Cassandra mandó llamar a Ada a través de una de sus doncellas. Esperó algunos minutos hasta oír que llamaban a su puerta.

—Pasa —ordenó con voz autoritaria.

—Florence me ha comunicado que querías verme —dijo Ada cabizbaja.

—Así es. Dentro de unos días partiremos hacia Essex. Lord Huntercombe ha organizado una *house party* de una semana, y nos ha extendido una invitación.

—¿Te llevarás a Arthur?

—No me interrumpas —le cortó Cassie, irritada—. No te he hecho venir para hablarte de los niños. El caso es —profundo suspiro— que Miles Parker quiere que vengas también tú.

—¿Yo? —preguntó Ada, incrédula—. No... lo comprendo.

—Yo tampoco. Pero en el mensaje lo dejaba claro.

Ada colocó las manos tras su espalda y entrelazó los dedos con expresión dubitativa.

—¿Y habéis decidido que me quede?

—¿Que te quedes? No, al contrario. Frank ha insistido en que aceptes la invitación.

—¿Y tú?

Cassie no contestó, dando a entender a su prima que su presencia le resultaría un fastidio durante esos días de descanso, que entonces dijo:

—Será mejor que no vaya.

Cassandra frunció el entrecejo.

—¿Perdón?

—Agradezco a lord Huntercombe su consideración, pero dadas las circunstancias...

—Escúchame bien, Ada —le espetó la joven, enojada—. No te mandé llamar para darte la opción de escoger hacer lo que te dé la gana. Esta es la casa de mi marido, y aquí se hace lo que él diga, aunque yo misma no esté de acuerdo.

—Pero...

—Frank te ha dado techo, alimento y vestido los últimos tres años, y no toleraré que le pagues con ingratitud desobedeciendo sus órdenes.

Ada tragó saliva.

—Irás —continuó Cassie—. Y te portarás dignamente, como debe ser. Honrarás a esta familia con un comportamiento intachable, y tratarás a lord Huntercombe con la máxima educación. No te atrevas a insultarle en su propia casa con tu carácter indomable; como socio y amigo que es de mi marido se merece toda nuestra consideración, y si en algún momento llega a mis oídos una sola falta por tu parte, te juro que harás las maletas y regresarás a Hampshire. ¿Me has entendido?

Ada asintió en silencio.

—Partiremos el día diez. Lleva algún vestido de baile, porque lo necesitarás. Y no cuentes con ninguna de las doncellas para preparar tu equipaje, pues estarán muy ocupadas hasta entonces.

La señora Latimer le dio la espalda. Ada la miraba con absoluta sumisión, esperando alguna indicación, y se estremeció al oírle decir con desdén:

—Ahora vete.

Bajo la supervisión de su ama, los criados de la mansión Latimer se disponían a cargar los baúles de viaje en el carruaje que esperaba en la calzada. Cassie se aseguró de que no faltara nada, y una vez que todo el equipaje fue cuidadosamente colocado en el suelo antes de partir, contó el número de bultos, cestas y enseres diversos para estar segura de no olvidar algo importante.

Miró las pertenencias de Ada. Solo había un baúl. Era probable que hubiese pensado encerrarse en la habitación que le asignaran en Huntercombe Manor al igual que en casa para evitar cualquier malestar o trifulca con el anfitrión y se hubiera llevado pocas prendas sencillas, ya que no tenía intención de codearse con los demás convidados muy a menudo.

Una idea estupenda. Así no tendría que cruzarse con ella.

—¿Lista, querida? —oyó decir a su esposo.

—Sí.

—Bueno, pues subid al carruaje mientras voy a por mi sombrero.

Ada subió primero, colocándose frente a Cassie. Ambas miraban por la ventanilla. Guardaron silencio durante todo el tiempo que permanecieron solas dentro del vehículo, y se creó un ambiente tenso e incómodo, que Frank rompió al instante de entrar en el coche y dar un golpecito en la pared delantera indicando al conductor que podía ponerse en marcha, diciendo:

—Al fin unos días de paz y tranquilidad.

Cassie se volvió hacia él, que estaba sentado a su lado.

—¿Crees que los niños estarán bien?

—Seguro. La señorita Simpson es una mujer responsable y cabal, y Evelyn disfruta de lo lindo en su compañía, ¿verdad, Ada?

Ada les miró y asintió sin pronunciar palabra. Nora Simpson, una joven inglesa instruida en Suiza y contratada por Frank hacía unos meses para ser la institutriz de Ivy, era, además de hermosa e inteligente, también juiciosa. La niña había hecho grandes progresos bajo su tutela.

—Sin embargo —objetó Cassandra—, dudo que pueda controlar al torbellino de Arthur.

—Jonathan la ayudará con eso —la tranquilizó él—. Es casi un hombre y conoce las normas de la casa. Estarán bien.

—¿Está muy lejos Huntercombe Manor? —inquirió Ada, notando las ligeras sacudidas en el interior del carruaje causadas por los desniveles de las polvorientas calles londinenses.

—Yo diría que a una distancia media. El condado de Essex hace frontera con Londres y Kent, aunque el hogar de lord Huntercombe se encuentra más al interior. Nunca he estado en ese lugar, mas deduzco que hallaremos extensos prados verdes florecidos dignos de ser admirados.

—Pero nada como nuestro amado Hampshire —terció Cassandra, sonriendo.

—Nada como nuestro amado Hampshire —repitió Frank, abrazándola y plantándole un beso en la frente.

Ada se azoró. Aunque vivía con ellos desde hacía tres años y medio, aún no se acostumbraba a las efusivas muestras de cariño que Latimer le brindaba a su mujer delante de ella.

Mientras la pareja conversaba, pensó que la razón de que le resultara tan extraño era el hecho de que en Inglaterra los esposos no se hacían carantoñas en público, puesto que lo consideraban indecoroso, pero Frank, al ser americano, se comportaba de manera distinta. O a lo mejor era

porque, a pesar de conocer la costumbre, le importaba un pimiento lo que pensarán los que les estuvieran observando.

Vio que Cassandra se dejó abrazar, y por unas milésimas de segundo sintió... envidia. Hacía casi diez años que no la acariciaban así, y prácticamente había olvidado lo reconfortante que era el calor del abrazo de un hombre.

Se irguió en el asiento, avergonzada por sus pensamientos. Pensó en la cena de Nochebuena, cuando aquel asno por poco la besa contra su voluntad. O quizá lo único que quería era provocarla en presencia de sus parientes.

Meditando en ello, no pudo evitar apoyar la cabeza contra la ventana y respirar profundamente. Todo se tranquilizó, las voces desaparecieron, y ya no le molestaba el traqueteo del carruaje. Qué paz se respiraba en aquel habitáculo.

Pero de pronto el coche se detuvo. Se inclinó para abrir el portoncito y bajar a comprobar qué ocurría, y halló a Miles frente a ella, vestido exactamente como la última vez que cenaron juntos, y portando un ramo de orquídeas blancas en la mano.

Le sonreía y se acercaba lentamente. Ada no sabía cómo reaccionar. Quería llamar a Frank, mas no le salía la voz. Dio un brinco al notar cómo el caballero la sacaba en volandas y se inclinaba sobre ella, hundiendo la cara en su cuello y besando su garganta.

Debió gritar, pero aquella sensación era tan placentera que cometió la locura de asirse de la chaqueta del vizconde y girar el rostro hasta que sus labios se encontraron. Lo besó apasionadamente con un anhelo y desesperación primitivos, olvidando por completo dónde estaba y con quién, exponiéndose al escándalo por segunda vez.

Se separó bruscamente de él al escuchar a Frank susurrar:

—Ada.

Abrió los ojos. Se hallaba en el carruaje, aunque este se había parado. Latimer, con total delicadeza, musitó:

—Siento despertarte. Ya hemos llegado.

¿Despertarla? ¡Pero si estaba despierta, y el corazón le latía a mil por hora!

—¿Y... lord Huntercombe? —preguntó aún confusa.

El matrimonio la miró desconcertado.

—Supongo que saldrá a recibirnos, o quizá se reúna con nosotros cuando nos hayan acomodado —contestó Frank.

El lacayo les ayudó a bajar, y Ada, a pesar de su aturdimiento, fue capaz de contemplar la espectacular construcción en ladrillo rojo de tres plantas que se alzaba ante ellos. Tenía tantas ventanas que era ardua tarea contarlas, y la bella arquitectura georgiana sobresalía por todas partes.

Frente a las escaleras principales había una pequeña fuente rodeada de varias clases de flores distintas, formando círculos perfectos. El césped, impecablemente cortado, rodeaba todo el territorio, dando al terreno un aspecto pulcro y bien cuidado. Estaba impresionada.

—¡Bienvenidos a Huntercombe Manor! —exclamó una voz conocida que se acercaba.

Era Miles, que venía a recibirles ataviado con un fino traje de montar hecho a medida con camisa blanca, pantalones y chaqueta negros y botas hasta las rodillas. Al verle comprendió que lo anterior había sido un sueño.

—Buenas tardes, milord —saludó Cassie, entusiasmada por lo que veía a su alrededor—. No nos advirtió usted que su hogar era tan maravilloso.

Miles esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Me alegra que les guste. Ahora comprenderán ustedes por qué me resulta tan difícil abandonar el campo.

—Ha sido una excelente idea hacer este paréntesis entre tanto ajetreo laboral —observó Frank.

—Ambos lo necesitábamos, ¿verdad? —respondió el anfitrión tendiendo la mano a su invitado.

Miró a Ada.

—¿Cómo está, señora Smith?

Cassandra echó a su prima una mirada amenazante.

—Muy bien, gracias —contestó la aludida.

—¿Y su tobillo? ¿Se ha recuperado?

Ada volvió a ruborizarse.

—Sí, milord. El doctor Woodhouse está seguro de que se me ha curado totalmente.

—Entonces asistirá al baile que se celebrará en el salón acristalado mañana por la noche.

—Desde luego.

—¡Estupendo! Me encantan los bailes —interrumpió Cassie, temerosa de que Ada acabara metiendo la pata.

—Acompañenme dentro, por favor, y permítanme ofrecerles un refrigerio, pues deben estar cansados del viaje. Mientras tanto los criados acomodarán su equipaje en sus respectivos dormitorios —sugirió Parker, invitándoles a pasar y quedándose atrás, junto a Ada.

Frank y su esposa se adelantaron, y el vizconde echó a andar despacio. Ada le siguió y se puso a su altura. No se atrevía a abrir la boca, y para mortificarla aún más, Miles le murmuró al oído:

—Ya que ha rechazado las flores que le envié e imagino que también mis disculpas, considerará oportuno recompensarme reservándome un vals durante el baile.

—¿Tan culpable se siente como para querer bailar conmigo, milord?

Miles soltó una risita. Le estaban empezando a gustar las respuestas atrevidas de esa mujer. Sin titubear, replicó:

—Tenga cuidado, señora. Podría decantarme por usted para abrir el baile de mañana.

Ada sintió pánico. Eso significaría tener todas las miradas sobre ella durante un buen rato.

—Ese es el papel de la anfitriona —dijo secamente.

—Carezco de anfitriona.

—¿Y qué me dice de su madre, lady Amelia?

—Interpretará ese papel hasta que sea sustituida por otra lady Huntercombe más joven, más enérgica, y más... bonita.

Ada bajó la mirada. Tenía el corazón en un puño, pues sabía que el vizconde no se había casado aún porque no había querido. Era noble, rico, joven y... apuesto. Muy apuesto. Todo lo que una heredera sin otra aspiración en la vida que la de encontrar marido pudiera desear. Se preguntó qué clase de muchachita sin cerebro elegiría para ser la soberana de su pequeño reino.

—En ese caso —se atrevió a sugerir— escoja a alguna dama que no le vaya a dejar públicamente en ridículo con sus toscos modales.

Parker enarcó las cejas. El tono con el que Ada le habló carecía de la altivez que la caracterizaba. ¿Estaría hablando en serio al referirse a sí misma con aquellos calificativos?

No tuvo tiempo de responder, pues ya habían entrado en el hall de la mansión, reuniéndose con Frank y Cassie.

Lady Amelia hizo su aparición en las escaleras principales, vestida con un sobrio traje azul marino con un camafeo enganchado a una cadena de oro, donde llevaba un retrato en miniatura de su fallecido esposo. Era una mujer de estatura media, cabello negro, ojos castaños y expresión severa.

Saludó con cortesía a la familia Latimer, pero al desviar su vista hacia Ada, la miró con el desprecio de un poderoso gigante que contempla a una desvalida hormiga obrera.

Cassie sintió lástima por su prima, pues, a pesar de su personalidad tan posesiva e intrigante, no merecía ser humillada únicamente por su estatus social. El reverendo Jenkins les había repetido siempre que todos los seres humanos eran iguales, y eran formados con el mismo barro.

Huntercombe hizo caso omiso del comportamiento de su progenitora, y al pasar al comedor a tomar un refrigerio con los invitados que ya habían arribado, se mantuvo junto a Ada cada instante. Tenía que protegerla del humor agrio y los comentarios maliciosos de lady Amelia, porque en su interior consideraba que solo él poseía el derecho de sacar de quicio a Ada Smith.

La observó durante la media hora que se movió entre los otros convidados. Conversó con naturalidad con ellos, saludó a algunos conocidos, como James y Blanche Haygarth, lady Dansey o el mismo lord Rockingham, y después se escurrió con disimulo en dirección al jardín, caminando deprisa hacia el invernadero. La siguió.

Estaba concentrada en unas *Cattleyas* sudamericanas.

—Frank Latimer me ayudó a conseguirlas —le informó.

Ada dio un respingo.

—Tiene la irritante manía de presentarse de repente para asustarme. Un día logrará que sufra un desmayo.

Miles rio.

—¿Usted? ¿Desmayarse?

—¿Acaso le resulta improbable? ¿Tan insensible le parezco?

—En absoluto. No quería insultarla sino realzar su fortaleza de carácter. ¿Sabe lo insoportables que son las mujeres que andan continuamente con un frasco de sales guardado en su bolsito, desvaneciéndose por cualquier tontería?

Ada le sonrió abiertamente. Miles la miró con asombro.

—¿Eso ha sido una sonrisa?

Ada se puso seria.

—Y ha durado poco —sentenció él.

—No se burle.

Miles se acercó.

—¿Por qué me ha invitado a esta *house party*, milord? Ambos somos conscientes de que no encajo en este... mundo —inquirió Ada.

—Verá... debía hallar una manera de hablar con usted tras lo ocurrido hace tres meses —explicó Parker—. Me porté como una bestia salvaje y le debía una disculpa.

—No haga lo que no siente porque sea lo que considere correcto. Me lanzó a la cara acusaciones que me hirieron, que no dejaban de ser verdad. Fui cruel al separarles como lo hice, y más aún al ocultárselo a mi prima. Pero no se preocupe, pues ella ya está al tanto de lo que sucedió, por lo que su concepto de lord Rockingham ha cambiado radicalmente. Era lo que usted pretendía, ¿no?

Miles la contempló con tristeza.

—¿Se lo contó al final?

—Sí.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Si no me ha expulsado de su casa es porque mis hijos sufrirían muchísimo, y su actitud suscitaría preguntas por parte del señor Latimer...

La voz de la dama se quebró y no pudo continuar.

—Ada...

Unos pasos seguidos de unas risas femeninas les interrumpieron. El vizconde apretó los dientes, malhumorado. Suzanne Townsend y la señorita Bradshaw deambulaban por el invernadero hablando de temas diversos, hasta que, al ver al anfitrión en compañía de una desconocida, callaron de repente.

—Lord Huntercombe... —susurró Suzanne, analizando con descaro a su compañera.

—Señorita Townsend, señorita Bradshaw. Les presento a la señora Ada Smith.

Suzanne hizo una mueca. Smith era un apellido muy corriente entre la clase baja. ¿Tan deprimido estaba Miles por su ruptura que ahora coqueteaba con ese tipo de chusma? Claro que la tal Ada era bastante guapa. Inclino su cabeza, esbozando una sonrisa forzada.

—Encantada.

Ada las saludó educadamente, y dirigiéndose a Miles, dijo:

—Son unas orquídeas magníficas, milord. Le felicito por su adquisición. Si me disculpa, voy a entrar, pues olvidé mi chal y empieza a refrescar. Señoritas.

Y regresó al salón dejándolo con ambas mujeres, que, para retenerlo, le instaron a explicarles los distintos tipos de plantas que albergaba su hermoso paraíso acristalado.

Hacia un frescor muy agradable en el exterior la noche del baile. El cielo estrellado estaba despejado, y los huéspedes de Huntercombe Manor se hallaban reunidos en el gran salón que se había habilitado para el evento. Lady Amelia, enfundada en un vestido de tono oscuro (costumbre que había adquirido desde la muerte de lord Percy, pareciendo así que llevaba luto perpetuo), recorría las mesas donde estaba colocado el buffet que se serviría en la cena, y aprovechaba para cerciorarse de que a la vajilla se le hubiera sacado el brillo suficiente.

Estaba nerviosa y descontenta. Miles había vuelto a hacer una de las suyas invitando a la meretriz de Suzanne Townsend al hogar de la respetable familia Parker, haciendo uso de su autoridad como amo de Huntercombe Manor y demostrando a su señora madre que nadie impediría que hiciera lo que se le antojara en sus propias narices.

¡Insolente atrevido! Si su marido viviera no permitiría tal insulto. Cuando era un niño era igual de obstinado, pero un par de azotes dados con el cinturón de su padre bastaban para calmarle durante días. Y ahora que era un hombre adulto y dueño de sí mismo, nada podía hacerle entrar en razón cuando se le metía algo en la cabeza, ni siquiera las lágrimas de su pobre madre.

Tenía que aguantarla. Debía soportar oler su perfume por los pasillos y verla coquetear con descaro con los demás caballeros bajo su techo.

Antes de que llegara se aseguró de asignarle un dormitorio lo más lejos posible de los aposentos de su hijo. Conocía de sobra su estrecha amistad con Miles, y la gran estima que este le profesaba.

«Dios quiera que no se le ocurra hacerme la jugarreta de escogerla a ella», pensó con un súbito temor y asco.

Parker, mientras tanto, paseaba su fornido cuerpo con languidez y cierto aburrimento entre los convidados. La inoportuna interrupción de Suzanne y la señorita Bradshaw lo había fastidiado todo, y ya apenas toleraba la irritante voz y superficialidad de las conversaciones de la actriz.

Un impulso perverso le hizo mandarle una invitación. Quería tenerlas a las dos frente a frente para poder compararlas y tratar de entender qué diantres había visto en aquella muñeca de porcelana de rubia cabellera. Y pensar que meses atrás aún quería proponerle matrimonio...

Hereford, un viejo amigo, se acercó a él y le saludó. Llevaba una copa en la mano.

—Parker.

—Lord Lannister.

—Una noche perfecta.

—Así es. Los hados hoy están de nuestra parte.

El conde sonrió.

—No sabía que además del destino de los hombres los hados controlaban también el tiempo.

Huntercombe hizo una mueca.

—Qué más da —se excusó—. Los hados hacen lo que les place, como nosotros.

Hereford soltó una carcajada.

—Bien dicho. ¿Qué tal le va a lord Rockingham?

Miles miró a su compañero fijamente. Él también recordaba la pelea de Julian con Oliver Lawson aquella velada en casa de Mark hacía años, y cómo Hereford les ayudó separándolos a ambos.

Entreabrió los labios para responder, cuando desvió la mirada unos segundos al arco principal de la entrada. Se sintió tan aturdido como si le hubieran dado de lleno con una sartén en la cara, y se quedó observando alelado a la bella figura que se asomaba tímidamente por el umbral.

Ada Smith lucía un fabuloso vestido de seda escarlata con encaje negro, que adornaba exquisitamente su llamativo y generoso escote. Su extenso cabello estaba recogido en un moño hecho con trenzas y adornado con minúsculas rosas del color de su traje, y se movía entre la gente como un cachorro asustado. Se situó junto a una de las ventanas del extremo del salón.

Inspiró hondo. ¿Cómo se atrevía aquella musa a perturbar la paz de su tan bien organizada vida?

—Pero qué criatura tan deliciosa —declaró lord Lannister, que también la observaba—. ¿La has traído para atormentarnos, Huntercombe? Con el paso de los años no ha mermado tu ácido sentido del humor, ¿eh chico? ¿Quién es?

—La señora Smith —musitó Parker con la vista clavada en esa dirección.

—Smith... no me suena.

—Es pariente de la esposa del señor Latimer. Natural de Hampshire.

—¿Soltera?

—Viuda.

Lord Lannister sonrió con picardía.

—Así que ahí tenemos una joyita sin propietario... un rubí como ese no debería deambular por esta clase de fiestas, ¿no crees?

—¿Por qué?

—Si está disfrutando de su libertad, le quedará poco para perderla si se exhibe en un salón plagado de hombres con ojos en la cara.

Parker notó un nudo en la garganta. No tendría ningún problema en sacarle los ojos con un hierro candente a cualquier retrasado que osara tocar lo suyo.

Porque era suya, aunque todavía no lo supiera.

—A lady Lannister no le haría gracia escuchar esta conversación —le cortó con ironía.

—Y veo que a ti tampoco —le soltó Hereford con gesto divertido—. Ve, anda, no te entretengo más.

Miles se sintió incómodo. ¿Tan evidente era su impaciencia por estar cerca de ella?

El viejo conde se apartó, yendo hacia otro grupo de caballeros, y Huntercombe se aproximó a su objetivo por detrás.

Ada, que lo había visto venir, se dio la vuelta, quedando frente a él.

—Qué lástima, esta vez no la he cogido desprevenida.

—Buenas noches, milord.

Unas cuantas parejas bailaban al son de una polka, y al terminar la pieza, un hermoso vals comenzó a sonar. Era su oportunidad.

—Recuerdo que hay una promesa pendiente sobre un baile...

—No le dije que aceptaría —replicó Ada siguiéndole el juego.

—Tampoco se negó. No querrá que me arrodille y monte una escena...

La mujer agrandó los ojos.

—Lord Huntercombe, como caballero debe comportarse como se requiere de alguien de su posición.

—Yo jamás me porto según lo que se espera de mí —dijo el vizconde—, y ya que antes se escondió para que no la encontrara, ahora tendrá que recompensarme.

Ada estuvo a punto de echarse a reír ante el desparpajo de su compañero, y tomando el brazo que le ofreció, se dirigieron a la pista.

Experimentó un ligero mareo de placer cuando Miles le rodeó la cintura y apoyó una mano sobre su espalda. Vio que había varias miradas clavadas en ellos.

—Nos están mirando, ¿se ha dado cuenta? —comentó mientras daban vueltas por el salón.

—No me miran a mí. La miran a usted.

—¿Por qué iban a mirarme a mí?

—Por la sencilla razón de que parece una reina con ese vestido.

Ada se puso colorada.

—Y también... les gusta especular —prosiguió Parker.

—¿Sobre qué?

—Sobre la relación que existe entre la misteriosa dama de rojo y el anfitrión de esta casa.

Ella se paró, atónita por el descaro de su pareja. Miles la acercó más a sí.

—No se detenga, o alimentará los rumores. No querrá que nos vean abrazados sin motivo aparente...

Abrazados... sí, era una manera de llamarlo. Y era una sensación tan placentera...

Ada no se atrevió a proferir palabra, y siguieron bailando en silencio. Al acabar el vals Parker le ofreció un vaso de ponche, y la guio a un rincón de la sala mientras iba a buscar el refrigerio.

Cassie había bailado con Julian dos veces. Se percató de que este la observaba todo el rato, y no pudo resistirse ante su petición al iniciarse una cuadrilla. Desde la reveladora confesión de Ada había pensado en él día y noche, y el dolor por su separación se estaba haciendo aún más profundo

ahora que sabía que la quería de veras.

Quiso decirle que tenía la cajita de música en su poder y que siempre escuchaba su triste melodía antes de irse a dormir, pero esa declaración le daría a entender que ella también le amaba, y eso sería un tremendo error.

No era libre. Nunca lo sería. Estaba atada a Frank por los sagrados lazos del matrimonio, y prefería hundirse en la melancolía antes que herir a su esposo, alguien que se desvivía por complacerla. No permitiría que su apellido cayera en desgracia y se viera expuesto al escándalo.

Salió a la gran terraza a tomar el aire y encontró al marqués asomándose desde allí al jardín, apoyando ambos codos en la balaustrada.

—Espero que no te moleste que compartamos la terraza —musitó, haciendo que Julian se girara.

El ruido de la música se aplacó cuando cerró la puerta de cristal. Se adentró con él en las sombras y se puso a su lado.

—¿Te diviertes? —inquirió Rockingham, mirándola.

—Lo justo. Este lugar es magnífico.

Julian asintió.

—Lo es. Mi padre y lord Percy eran grandes amigos, y a veces veníamos a pasar algún que otro fin de semana aquí cuando éramos niños. Jugábamos por los jardines a todo lo que se nos antojara, y Miles siempre andaba planeando trastadas contra su niñera. Era un pequeño diablillo.

—E intentaste enderezarle, supongo.

Haygarth sonrió.

—Nada más lejos de la realidad. El encargado de eso era mi responsable hermano mayor, Brandon. Yo le dejaba hacer y me reía de sus ocurrencias.

—¡Oh!

—Pero se nos acababa la fiesta en cuanto veíamos a lady Amelia agitando una fusta de montar.

Cassie dejó escapar una risita.

—No sabía que erais amigos de la infancia.

—Parker solía corregirme cuando le llamaba «amigo». Él no tiene hermanos varones, así que al conocerme decidió adoptarme. Yo entonces solo contaba con dos años de edad y una dentadura escasamente poblada. Es una gran persona.

—Le quieres mucho, ¿verdad?

Julian suspiró.

—Sí, aunque no es el primero en mis afectos.

—Julian, por favor...

Haygarth le tomó las manos.

—Perdóname, Cassie. No he podido evitarlo.

—No importa.

—¿Cómo estás?

—Muy preocupada. La guerra al parecer es inevitable, y eso significa que podríamos perderlo todo, aunque Frank te habrá puesto al tanto.

—Sí. Hemos puesto todo nuestro empeño en intentar mantener la confianza de los inversores.

—Agradezco el apoyo que le brindas a mi marido. Frank te admira muchísimo. Es un noble gesto que le defiendas frente a vuestros socios.

—Latimer es un buen hombre, pero no lo hago por él, Cassie. Lo hago por ti.

—No es necesario que cuides de mí. Tengo un esposo que se ocupa de eso.

—No sabes cuánto le envidio.

La joven levantó la vista hasta que sus ojos se encontraron.

—No deberías. Cualquiera muchacha soltera con dos dedos de frente se arrojaría a tus brazos si tan solo le dieras una mínima señal. Tu elevada posición te sitúa entre los solteros más codiciados.

—No me interesa ninguna chiquilla recién salida del cascarón. La única mujer a la que le entregaría mi libertad sería a ti.

—¡Deja de hablar así! —exclamó Cassandra en voz baja—. ¿No ves que es una locura exponernos a los dos a que todo se descubra?

—Me apartaría de tu camino si tu bienestar y reputación corrieran peligro, pues ya te he hecho bastante daño. Sé que mi deshonrosa actitud ha apagado la llama de tu corazón, sin embargo la mía sigue más viva que nunca. Aborrezco a Frank Latimer por poseer lo que yo mataría por tener, y me despojaría de cuanto soy y poseo si con eso pudiera cambiar la maldita decisión que tomé hace una década y que me alejó del ser que más amo en esta Tierra.

—No sigas... te lo suplico.

—Te adoro, Cassie —respondió Julian apasionadamente—. Y daría la mitad de mi vida porque llevaras mi apellido y no el suyo, que fuera mi lecho en el que durmieras, mi boca la que besaras, y fuera mi sangre la que corriera por las venas de tu hijo.

Cassandra bajó la cabeza, embargada por una emoción mezclada con una tristeza indescriptible. Haygarth la rodeó con sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Te quiero tanto... —susurró besando su pelo—. Y el día en que escuches cómo cae la tierra sobre mi ataúd, aun allí continuaré amándote, porque mi alma seguirá junto a ti aunque yo me haya ido.

Cassie se armó de valor e irguió su rostro, dejándolo tan próximo al del marqués que sintió un escalofrío.

Quería que la estrechara entre sus brazos y la besara como antes, cuando ambos eran libres para amarse. Deseaba que la calidez de sus labios le hiciera olvidar sus años de dolor, calmando la sed de su espíritu, que anhelaba ser urgentemente saciada.

Julian permaneció quieto mirándola. Sus ojos le decían que él ansiaba lo mismo. Una palabra, una señal bastaría.

Pero la justicia no podía ser ahogada por el amor, y había jurado fidelidad a su esposo el día de su boda.

—Suéltame, por favor.

Haygarth obedeció.

—Olvídame, Julian —le rogó—. Jamás abandonaré a Frank. Debes rehacer tu vida y casarte con una buena mujer que te haga feliz. Nuestros destinos no volverán a unirse, y el día que sanes tus heridas comprenderás que estoy en lo cierto al pedirte que te alejes de mí.

—No voy a casarme con otra persona. No soportaría la idea de hacer desgraciada a mi mujer al no poder darle lo que te di a ti.

—Debes tener herederos.

—Me da lo mismo. Al fin y al cabo, no estaré aquí para ver lo que ocurre con mis bienes cuando muera. ¿Cuántos títulos hay ya desaparecidos? Además, James podrá sucederme.

—No hables de esa manera.

—No sacrificaré más vidas, querida mía. Si no puedo tenerte a ti, no tomaré a ninguna otra. Me limitaré a quererte en la distancia hasta que Dios decida no darle más cuerda a mi magullado corazón y me envíe con mis antepasados. Bendita seas por existir, mi dulce señorita Doyle. Me diste un motivo para amar la vida y te estaré eternamente agradecido por ello.

Julian dio un paso adelante y besó la frente de la joven.

—Volvamos dentro. Hace frío.

Ambos regresaron al salón y se separaron. Cassie se quedó con Frank y lord Rockingham se dirigió a un grupo de caballeros que discutían sobre el reciente cambio de gobierno en los Estados Unidos. Para su desgracia, ninguno de los dos se percató de que no estaban solos en la terraza, y que el intruso que les espiaba desde la penumbra había oído con detalle toda la conversación.

Suzanne Townsend estaba molesta. El idiota de Miles Parker no la había sacado a la pista de baile ni una sola vez, ni siquiera por pura cortesía. Solo alguien como él podía hacerle semejante desaire y delante de todos tratarla como a cualquier otra invitada, sabiendo que su anterior relación había sido de dominio público.

Pero no dudó en exhibirse con aquella paria vestida de rojo. Un color de lo más inapropiado para una dama, pues era el tono que usaban las prostitutas y las féminas que se dejaban desatar el corsé por cualquier baboso que las abordara. ¿Qué vería Huntercombe en un ser tan vulgar?

Se encerró en el invernadero para ocultar su creciente ira. Contuvo una exclamación de satisfacción al hallar allí al anfitrión de la casa.

—Hola, Miles.

—Hola Suzanne. ¿Qué haces aquí, cuando tus admiradores te esperan impacientes para que les prestes un mínimo de atención?

Suzanne caminó hacia él contoneándose, se inclinó a oler una hortensia recién plantada y le miró de forma seductora.

—¿Te importa que te haga compañía o prefieres que me vaya?

—Prefiero que te vayas.

—Mmmm... ¿aguardas la llegada de tu cita clandestina? ¿No consideras algo incómodo este lugar para revolcarte con ella?

—No voy a revolcarme con nadie.

—Así que has hecho voto de castidad...

Parker torció el gesto, asqueado.

—No acostumbro a hacer votos, y mucho menos de castidad —le espetó él.

—Lo suponía. ¿Y dónde está la damisela?

—Lo que yo haga no es asunto tuyo. ¿Tanto te aburre mi fiesta, o es que quieres volver a meterte entre mis sábanas y no sabes cómo tentarme?

La actriz soltó una risotada.

—No intento tentarte, milord. Solo advertirte.

—¿De qué?

—Hay bocados mucho más apetitosos que el que has escogido. Y yo que tenía un concepto tan alto de ti...

—¿De qué demonios hablas?

—No pensaba que fueras a caer tan bajo, querido —susurró Suzanne acariciando con un dedo la solapa de la chaqueta de Miles—. ¿Enredarte con una campesina? Creí que tenías mejor gusto que eso.

Parker frunció el ceño sin comprender. Entonces cayó en la cuenta de que hablaba de Ada.

—Cierto, es demasiado simple para lo que estoy acostumbrado —replicó el vizconde—. Al igual que tú.

El rostro de Suzanne se volvió rojo repentinamente de rabia, sin embargo no profirió palabra. Otra cosa había captado su atención. Dirigió sus ojos azules hacia la entrada del invernadero, manteniendo la mirada fija en la misma. Huntercombe, que estaba frente a ella, se giró, intrigado. Ada les miraba, inmóvil como una estatua.

Por unos instantes nadie se movió, hasta que la dama se giró y abandonó el lugar rápidamente. Miles, al percatarse de que Ada había escuchado la conversación y que todo era un ardid de Suzanne para humillarla a causa de sus celos enfermizos, agarró a esta por los hombros y escupió:

—Eres una maldita arpía, Suzanne. Una fulana de lujo que se cree una dama. No vales nada.

Y se dirigió al jardín, mientras ella decía entre risas:

—Vaya a por su damisela, milord. Claro, eso si la alcanza.

Parker entró en el salón principal de baile, buscando a Ada con la mirada. La vio con un corro de señoras conversando animadamente y con una copa de ponche en la mano. Dos caballeros se les unieron. La observó con detenimiento. Si estaba ofendida por su comentario, lo disimulaba muy bien. Se acercó al grupo e inclinó su cabeza ligeramente a modo de saludo.

—Oh, lord Huntercombe —intervino uno de los caballeros, el barón de Camois—. Un caballero más e igualaremos en número a las damas presentes.

—Esa era mi intención, lord Silverstone —mintió Miles, sin apartar la mirada de Ada—. No es justo que en un grupo las mujeres nos superen en número. Tanta inteligencia reunida nos abruma.

Su comentario provocó las risas de los presentes.

—¿Qué aprecia usted más en una mujer, lord Huntercombe, la inteligencia o la belleza? —preguntó Ada.

—Pues la inteligencia, desde luego —respondió este.

—¿Y si la acompaña la vulgaridad?

El rostro del vizconde adquirió un tono pálido que no pudo disimular.

—¿Cree que podrían ir juntos esa cualidad y ese defecto?

—Es posible.

Todos les miraban extrañados.

—Cierto. Lo es —prosiguió ella—. Y para su comprobación personal le hago una demostración de primera mano.

Antes de que pudiera reaccionar, Ada le arrojó todo el ponche en la cara. Las damas se llevaron una mano a los labios, mientras los caballeros miraban a Miles buscando una explicación al comportamiento tan indecoroso de Ada. Acto seguido esta se separó del grupo y se marchó directa al jardín, dejando la copa vacía sobre una mesita cercana.

Parker, profundamente humillado, se secó el rostro con un pañuelo, y tras disculparse con un «con permiso», la siguió atravesando el salón a grandes zancadas. No tardó en alcanzarla junto a una pequeña fuente en la parte trasera del jardín.

—Espere —dijo sujetándole el brazo.

—No me toque con esas sucias manos —le espetó ella, llena de rabia.

—Tiene derecho a enfadarse conmigo, lo reconozco. Fui muy descortés en la forma en la que hablé de usted.

—Váyase al infierno. ¿Descortés? Esa definición no es lo suficientemente buena para referirse a su grosería.

—No es que tenga usted tampoco un vocabulario muy fino que digamos...

—¿Intenta provocarme?

—En absoluto.

—Este jardín es lo bastante grande para los dos. Váyase a otra parte.

—¿Por qué tendría que irme a otra parte?

—Porque no es mi deseo estar en su compañía. Si le queda un mínimo de dignidad...

—Yo no tengo dignidad. Acabó de destruir la poca que me quedaba al lanzarme a la cara ese ponche ahí dentro.

Ada estalló en una sonora carcajada, lo que le hizo desear estrangularla.

—¡Oh, pobrecito! —exclamó ella juntando las manos—. Mil perdones, su majestad imperial.

—Ahora es usted la que intenta provocarme.

—¿No me diga?

—Escuche...

—Escúcheme usted a mí. Si estoy aquí, es por causa de mi prima. Me importa un comino lo que piense de mi persona, y que opine que no valgo ni la mitad que esas «damiselas» que le rodean. Nací, crecí y moriré como una mujer de campo. Odio la ciudad, los bailes, el protocolo, y esos estúpidos corsés que no te dejan respirar. Detesto su mundo. Y lo detesto a usted.

Miles permanecía callado, con los ojos clavados en aquella extraordinaria mujer.

—Y para su tranquilidad, milord —prosiguió ella—, yo tampoco tengo intención alguna de relacionarme con un patán impresentable que lo único que tiene de noble es su título. Nunca lo he hecho y nunca lo haré.

Y dicho esto, dio media vuelta dispuesta a marcharse, cuando de pronto Huntercombe la tomó por la cintura y la puso frente a él, inclinando la cabeza para ponerse a la altura de la joven, y apoderándose de sus labios con una pasión arrolladora.

La besó por un largo instante, mientras ella le golpeaba el pecho y se retorció intentando soltarse sin éxito. Ada no podía respirar. Jamás la habían besado así. El odio que creía sentir y que le hizo intentar liberarse se iba desvaneciendo lentamente, dando paso a un deseo inexplicable de prolongar el encuentro. Terminó por rendirse y agarró la solapa de la chaqueta de Parker con ambas manos, para luego acabar rodeándole el cuello con un brazo.

Tras un momento que pareció interminable, sus bocas se separaron. Él entonces sonrió y musitó, recordándole sus propias palabras:

—Para todo hay una primera vez.

Hacia una mañana espléndida, de esas que se veían escasas veces al año. Tras el exitoso baile, los invitados de Huntercombe Manor se tomaron la licencia de levantarse un poco más tarde, y después de devorar un copioso desayuno, aceptaron encantados la propuesta del anfitrión de dar un largo paseo a caballo por las tierras pertenecientes al vizconde.

Cassie, al contrario que su marido, decidió quedarse en la mansión, pues no se hallaba con ánimos de unirse al numeroso grupo que pretendía explorar las inmediaciones. Se dirigió a la biblioteca, donde reinaba un silencio absoluto. Algo a lo que estaba infinitamente agradecida, ya que estar siempre rodeada de gente en ocasiones le resultaba agobiante.

A pesar de no tener ningún interés en disfrutar de la compañía de Ada, le extrañó no verla desde la noche anterior, cuando se había atrevido a llevar aquel vestido cuyo color rayaba la indecencia. Casi se atragantó con el champán al divisarla bailando con Miles Parker, y pensó en llamarle la atención por haber elegido un atuendo tan descarado. Pero a lord Huntercombe no pareció molestarle, por lo que se abstuvo de hacer comentarios.

Se sentó en un sillón junto a uno de los ventanales con un capítulo de una novela por entregas y miró un momento hacia el jardín. No había un alma por los alrededores, a excepción de los criados y algún que otro huésped víctima de una espantosa resaca que prefirió continuar en la cama. Por esa razón se llevó un tremendo susto cuando James Haygarth la saludó desde el umbral de la puerta de entrada.

—Señora Latimer...

—¡Oh!

La joven se puso una mano en el pecho y dejó caer la novela, asustada.

—Lo lamento, no pretendía interrumpirla tan bruscamente.

—Estaba... distraída. Creí que se había marchado con los demás...

—Me gustan los paseos a caballo, mas en campo abierto y en solitario —explicó él.

—Entiendo. ¿Va a escoger algún ejemplar para enfrascarse en una buena lectura entonces?

James caminó lentamente hacia ella y se sentó a su lado.

—Preferiría una conversación estimulante —sugirió, escudriñándola con la mirada.

Cassandra se alisó la falda, incómoda. Debido a su acentuada ingenuidad, años atrás no se habría percatado del interés con el que James la contemplaba, pero a sus veintinueve años y con dos experiencias a sus espaldas había tenido que madurar prematuramente, llegando a conocer a los hombres más de lo que hubiera querido.

—Me temo que todos los caballeros que pueden proporcionársela no están presentes —musitó, intentando disuadirlo de permanecer allí.

—¿Cree usted que solo los hombres pueden ofrecer una charla agradable, señora Latimer?

—Hay temas de los que las mujeres no tenemos la menor idea.

—¿Como cuáles?

—Política, por ejemplo.

James rio.

—Dios me libre de entablar una discusión sin sentido sobre lo que se habla en la casa de los horrores.

Cassie esbozó una tímida sonrisa. Había oído a Frank llamar al Parlamento de varias maneras, unas mencionables y otras no, mas esa era una ocurrencia bastante original.

—¿Qué tal le parecería... secretos inconfesables?

La joven se irguió, alerta.

—Un tema que se acabaría enseguida, pues si esos secretos son inconfesables no se puede hablar de ellos —replicó.

James descansó una mano en el antebrazo de la dama y murmuró:

—Eso lo hace aún más apetitoso.

Cassie hizo ademán de levantarse, pero su interlocutor cerró su mano alrededor de su antebrazo. Alarmada, se liberó de un tirón, quedando de pie frente a él.

—¿Qué es lo que está haciendo, señor Haygarth?

—Discúlpeme, no quería ser grosero.

—Pues lo ha sido.

Un destello de malicia se adueñó de los ojos de James, que se levantó y se acercó. Sosteniendo el mentón de Cassandra, dijo:

—¿Qué me daría a cambio de mi silencio, mi preciosa señora?

—¿Qué?

—¿Le repito la pregunta?

—He oído su pregunta, mas me temo que no sé a qué se refiere.

James la atrajo hacia sí, rodeando su cintura.

—¿Sabe lo increíblemente atractiva que resulta cuando se muestra irritada?

—Suélteme inmediatamente. ¿Quién se ha creído que soy? Estoy casada, señor Haygarth, y usted también.

James soltó un bufido.

—Sí, es cierto. Usted con un viejo con un pie en la tumba y yo con un vegetal seco e inservible.

—¿Cómo osa hablar así de ellos? No tiene una pizca de vergüenza...

—No se haga la santa conmigo, querida —le interrumpió él—. Si no le importa ser la fulana de Julian, ¿por qué no va a querer ser también la mía?

Cassie palideció.

—Sí, hermosa —prosiguió James—. Sé lo de vuestra aventura. Y yo que creía que Latimer nunca te compartiría con nadie...

—¡Basta! No sabe de lo que habla.

—¿Ah, no? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? Mmm... espera que recuerde... ¿diez años?

—¡Nos espiaba!

—De eso nada. Salí a tomar el aire y os encontré en actitud cariñosa, por lo que me dio pena interrumpiros.

—Cerdo miserable...

Al escuchar aquel insulto James perdió todo dominio de sí mismo. Echando la cabeza de la dama hacia atrás, rompiéndole el vestido y dejando su cuello al descubierto, posó los labios sobre su garganta, besándola con frenesí.

Cassie se revolvió en sus brazos, lo que aumentó su voraz deseo. Lo que daría por arrastrarla a una de las habitaciones superiores vacías... pero el servicio les vería, dándole a su rehén la oportunidad de pedir auxilio y escapar.

No, la gran alfombra que cubría el frío suelo tendría que bastar.

Preso del terror, Cassandra luchó con todas sus fuerzas, como una leona enloquecida. Prefería morir a ceder al chantaje de aquel malnacido, y el asco que le daba estar a su merced le provocaron ganas de vomitar. Liberó uno de sus brazos y arañó la cara de su atacante, que soltó un alarido de dolor, soltándola.

—¡Gata callejera! —gritó enfurecido.

—¡No se atreva a tocarme o gritaré!

—¿Y qué dirá? ¿Que vino a verse con su amante pero cambió de idea?

Cassie le miró atónita.

—Es usted el ser más mezquino que he conocido, y una vergüenza para su propio apellido —escupió airada—. Y ni piense que sería capaz de cambiar a Julian por usted, pues no es digno ni de limpiarle las suelas de los zapatos.

Y se fue corriendo escaleras arriba con tanta velocidad que a James no le dio tiempo a reaccionar.

—Me las pagarás, perra maldita —susurró tocándose la herida de su rostro y limpiándose la sangre—. Te juro por mi vida que me las pagarás.

Ada paseaba por el camino de tierra de la parte este del terreno de Huntercombe Manor, maravillada por la extensión del mismo. Árboles centenarios estaban plantados a lo largo del sendero, cubriéndolo y protegiéndolo de la brillante luz del sol como soldados gigantes que guardaban la entrada a un palacio.

No llevaba sombrero. Se había recogido el cabello en un moño sencillo sujetándolo únicamente con unas pocas horquillas, y vistió uno de sus trajes de paseo para estar a gusto mientras caminaba.

No quería salir a cabalgar con el resto. De hecho apenas sabía montar. Las pocas clases de equitación a las que asistió no eran suficientes para que no hiciera el ridículo ante Miles Parker, y le horrorizaba pensar que podría darle algún motivo más para reírse a su costa.

La había besado. Al despertar por la mañana le pareció un sueño como el que tuvo en el carruaje al arribar a Essex, mas las horas de insomnio siguientes le revelaron que no solo fue real, sino que esa bendita caricia la dejó sedienta de más y sumamente irritada cuando él al decir con sarcasmo «para todo hay una primera vez» besó el dorso de su mano y abandonó el jardín, regresando con los invitados.

¡Y ahora seguía jugando, depositando una rosa roja sobre su almohada en plena madrugada mientras ella dormía!

¿La habría contemplado durante un rato antes de marcharse? ¿La habría besado otra vez sin que se diese cuenta?

Planeó echarle una reprimenda nada más verle. Como dueño de la mansión podía moverse por donde quisiera, pero... ¡entrar a hurtadillas en el dormitorio de una mujer respetable! ¡Eso ya era el colmo!

Se detuvo al escuchar el relincho de un caballo. El animal iba al trote. Su jinete no parecía tener prisa alguna, e iba en sentido contrario al del grupo.

«¿Quién será?», se preguntó.

Sus sospechas quedaron confirmadas al contemplar a lord Huntercombe sobre un brioso corcel marrón que se dirigía hacia ella.

—¡Buenos días! —exclamó el caballero.

—¿Se ha perdido en sus propias tierras, milord? Lord Lannister y sus acompañantes se fueron por el lado del lago artificial.

Miles se apeó del equino y tomó sus riendas, atándolas a una rama.

—¿Lago artificial? —inquirió haciéndose el ofendido—. ¿Quién le ha contado eso?

—Es obvio —respondió Ada con calma—. Está tan bien cuidado y tan perfectamente limpio que no puede ser un lago de verdad.

Parker sonrió.

—Qué observadora es usted. ¿Le molesta que sea artificial?

—No. Dice mucho de su persona el que desee recrear una parte de la naturaleza en su rinconcito privado.

—Oh, claro. Olvidaba que era usted... ¿Cómo lo expresó? ¿Una... mujer de campo?

Ada lanzó un suspiro de cansancio.

—No estoy de humor para una discusión, lord Huntercombe.

—No está entre mis intenciones el iniciar una disputa verbal con una persona de lengua tan afilada.

La dama se envaró.

—¿¡Lengua afilada!?! Y me dirá que no merece que le haya puesto en su lugar...

—Pues no, no lo merecía. Pero creo que llegamos a un acuerdo bastante satisfactorio dado que me humilló ante mis convidados.

—Y usted siguió riéndose de mí entrando en mi habitación como un forajido en mitad de la noche y dejando aquella flor encima de mi cama.

—¡Ah! Así que la vio.

—¡Lo reconoce!

Miles levantó una mano, pidiendo silencio con un gesto.

—Yo no he reconocido nada.

—¡Embustero!

—¿Quién narices le ha enseñado tantos sinónimos de insultos?

—¡No desvíe la conversación! ¿Cómo ha podido abusar de mi confianza de esa manera?

El vizconde la miró enfadado.

—Como siempre metiendo la pata —dijo en un ligero susurro.

—¿Perdón?

—Me limité a ordenar a una de las doncellas que depositara la rosa. Yo no puse un pie en ese maldito dormitorio —explicó.

Ada calló de pronto. Parecía que le hubieran arrancado las cuerdas vocales, pues abría y cerraba la boca como un pececillo recién sacado del agua y no le salía ningún sonido.

—No soy tan degenerado como pensabas, ¿eh? ¿Sorprendida?

Ada estaba blanca como el papel.

—¿Decepcionada por no poder encajarme esta vez en el perfil de libertino desalmado?

Dio un paso adelante, haciendo que ella retrocediera y se diera de espaldas contra un haya.

—Pues te voy a decir algo, doña Perfecta —dijo Miles en tono burlón—. Tienes la fea costumbre de juzgar a los demás bajo el prisma de tus prejuicios, metiéndote en asuntos ajenos y dirigiendo la vida de los que te rodean con la excusa de que intentas protegerles. Pero, ¿qué tal si por un momento cambiamos las tornas y eres tú quien se sube a la balanza? Te aseguro que no saldrías mejor parada que yo. ¿Qué te parece la idea? ¿Jugamos?

—Por favor... no...

—No solo veremos que eres egoísta, sino también presuntuosa, arrogante y obtusa —hizo una pausa.

Ada estaba al borde del llanto. Sus palabras eran como cuchillos que se clavaban en su alma, desgarrándola por dentro. ¿Tanto placer encontraba en herirla?

Miles la agarró por los hombros, obligándola a permanecer frente a él y mirarle a los ojos.

—Obtusa... por no percartarte del efecto que causas en mí.

Ella le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Y esa cara? —preguntó él, acercando aún más su rostro—. Debes saber, hermosa, que despertar el deseo de un hombre tiene sus consecuencias. Desde que nos conocimos has estado provocándome con tus insultos y me has robado noches enteras de sueño. Huelo tu perfume donde quiera que voy, y te veo en todas partes como si fueras un fantasma. Me atormentas como un espíritu salido del abismo. Y te prometo que vas a pagar por ello.

—Milord...

—El lugar de las hechiceras está en la hoguera.

Ada abrió la boca y trató de respirar pausadamente.

—Esa diabólica práctica religiosa es ilegal en este país —musitó casi sin aliento.

—Créeme, dulzura, existen muchas maneras en las que se puede arder —dijo Parker, atrayéndola hacia sí con un rápido movimiento.

Estaba aterrada. Se sentía pesada como el plomo, y las rodillas no le respondían. Deseaba liberarse de su abrazo y salir corriendo sin detenerse hasta que no pudiera alcanzarla y no pudiera hacerle daño. Pero él no la dejaría ir. No hasta haberle dado una lección.

Con una sola mano el vizconde le sujetó ambas muñecas contra el árbol, colocándolas sobre su cabeza.

—Si no recuerdo mal, las maniataban en esta postura en el tronco de madera.

Con una mezcla de temor e ira en su voz, Ada escupió:

—Suélteme, bastardo cavernícola.

—¡Oh! Ese es nuevo. Sin embargo permítame corregirle, bella dama. No tengo nada de bastardo. Al menos que yo sepa. Soy hijo legítimo del sexto vizconde de Huntercombe.

—¡Gritaré!

—No lo hará. Nadie la oiría, y su verdugo podría enfadarse y hacer que su tortura fuera aún más lenta.

—Está completamente desequilibrado. ¿Qué hará a continuación? ¿Azotarme?

Miles guardó silencio, pensativo. Luego contestó:

—No, querida. Voy a prenderte fuego.

Sin mediar palabra, Miles puso fin a los escasos centímetros que les separaba, besando su boca con impaciencia. Ada se arqueaba contra él, luchando por escapar, sabiendo que corría un serio peligro. Aquel hombre de cabello oscuro y cuerpo atlético que olía a sándalo y a pura masculinidad la tenía cautiva, despertando en ella sensaciones que creía del todo olvidadas.

Se le hizo un nudo en la garganta al notar la fuerza de Huntercombe. Este murmuraba incoherencias mientras mordisqueaba su labio inferior, saboreándolo, haciéndola estremecerse de pies a cabeza. Cielos, estaba a punto de perder la cordura.

Parker la soltó y rodeó su talle con los brazos, sin dejar de besarla. Ella se puso de puntillas y se aferró a su cuello, como si él fuera un salvavidas flotando en la superficie de un mar embravecido que trataba de engullirla.

Consumida por la llama del deseo, enterró sus manos en la negra cabellera del vizconde y emitió un leve gemido. Él recorrió sus facciones femeninas llenándolas de besos apasionados, susurrando mientras descendía a su garganta:

—Vas a volverme lo...

En un acto reflejo Ada le tomó la cara con las manos y le calló con otro beso. Sucumbió a la tentación de morder suavemente su recién afeitada barbilla.

—¡Diablos! —exclamó él con voz gutural, apartándose unos metros y quedando de espaldas a ella.

Le miró aturdida. Llevaba el vestido desarreglado y el cabello hecho un desastre, con la mitad de las horquillas caídas a sus pies. Debía de tener un aspecto horrible.

—Vete.

Creyó haberle oído mal. Se quedó inmóvil, y tras unos segundos de silencio sepulcral, Huntercombe le espetó bruscamente:

—Vete, mujer. Márchate de aquí antes de que te arroje al suelo y te arranque ese vestido a tirones.

Miles se dio la vuelta y la miró a la cara con los ojos inyectados en sangre. Ahora parecía un lobo hambriento delante de un indefenso conejillo silvestre.

—¡Vete! —gritó.

Ada obedeció, presa de un temor repentino. Salió corriendo hacia la mansión sin mirar atrás, haciendo que las pocas horquillas que aún sujetaban algunos mechones de su melena se cayeran por el camino. Subió las escaleras de dos en dos y se encerró en su habitación bajo llave. Se echó en la cama jadeando por el esfuerzo.

—¿Qué has hecho, estúpida? —gimió hundiendo su rostro en la almohada.

Varios golpes secos provenientes del exterior la hicieron erguirse en el lecho y agudizar el oído. Si era Parker el que aporreaba de esa manera la puerta, sin duda llamaría la atención de los demás invitados sobre ellos. ¿En qué estaba pensando ese loco?

Pensó en abrir y dejarle entrar para tener una conversación civilizada lejos de las miradas curiosas, mas lo más probable era que si hacía eso lo lamentaría gravemente después.

Optó por acercarse con sigilo al umbral y preguntar por la identidad del intruso primero.

—¿Quién es?

La voz familiar de Cassandra sonó al otro lado.

—Soy yo. Abre de prisa, por favor.

Ada hizo lo que su prima le pidió, y al verla con el pelo enmarañado, los ojos desorbitados y el cuello del vestido roto, preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Cassie entró en la estancia y Ada se apresuró a cerrar la puerta.

—¿Qué ocurre?

—¿Cuánto tiempo necesitas para hacer tu equipaje?

—No te entiendo.

A Cassie le temblaron los labios. ¿Cómo iba a explicarle lo que acababa de suceder? Se retorció las manos y miró su baúl, mientras brotaban como un torrente las siguientes palabras de su boca:

—Regresamos hoy a Londres.

—¿A Londres? ¿Hoy? —preguntó Ada, confusa—. ¿Por qué?

—No quiero quedarme aquí ni un día más.

Ada tomó a la joven por el antebrazo y se sentaron en la cama.

—¿De qué huyes, Cassie? ¿Y por qué tienes el vestido roto?

Su prima se echó en sus brazos, abrazándola con fuerza, y entre sollozos exclamó:

—¡Ay Ada! ¡Lo sabe!

—¿Quién?

—¡James! ¡James Haygarth!

—¿Qué es lo que sabe?

—¡Todo!

Ada se estremeció. Cassandra guardaba un único secreto, y por la expresión de su cara adivinó de qué se trataba.

—¿Cómo se ha enterado?

—Nos oyó hablar a Julian y a mí ayer, mientras tomábamos el aire en un rincón de una de las terrazas.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu aspec...? ¡Oh, Dios mío!

—Hace un rato me abordó en la biblioteca y me hizo un asqueroso chantaje. Mis favores a cambio de su silencio.

—¡Perro desgraciado!

—Debemos irnos. Enseguida. Si esto llegara a conocimiento de Frank estoy perdida. ¡Perdida!

Ada se separó de ella y se puso en pie.

—¿Te amenazó con contárselo a tu marido si no...?

Cassie asintió.

—Ese hombre es un diablo. Pero no podemos enfrentarnos solas a él.

—¿Alguna sugerencia?

—Frank debe permanecer al margen. Solamente nos queda...

—¡No! Si se lo cuento a Julian, le matará. Y no habrá forma de evitar un escándalo...

—No estaba pensando en lord Rockingham, sino en Miles Parker. Está al tanto de lo que hubo entre vosotros, y puedes confiar en él.

Cassandra tragó saliva.

—Decírselo a él es como decírselo a Julian. Tendremos que pensar en otra solución.

—Pero...

—¡Te lo suplico, Ada, no metas a lord Huntercombe en esto!

Ada se llevó una mano a la sien. Le comenzaba a doler la cabeza.

—Está bien —dijo finalmente—. Espera a Frank en vuestro dormitorio e inventa una buena excusa que le convenza para partir de inmediato. Yo me quedaré aquí y haré como si no supiera nada. Que Dios nos ayude.

Cassie abandonó el cuarto y Ada se puso a recorrer la habitación en círculos, al borde de la histeria. El problema que se les presentaba era gravísimo y Cassie no quería involucrar a nadie.

Sin embargo el impulso de correr hacia Miles no le permitía razonar con claridad y pedirle su

protección era una posibilidad que no dejaba de dar vueltas a su mente. No le negaría su ayuda. Se ocuparía de echar a aquel bastardo de sus tierras y entonces estarían seguras. No tendrían que abandonar Huntercombe Manor.

Frank volvió al cabo de una hora. Al bajar al comedor para el almuerzo le halló hablando con el vizconde en un rincón mientras este le miraba con el ceño fruncido. Le estaría dando la noticia.

Localizó a Cassie sentada y cabizbaja, en compañía de lady Blanche. Pobre mujer... si supiera la horrible bestia que tenía por esposo...

Casi grita de alegría cuando Parker la agarró por un brazo y la arrastró disimuladamente fuera de la vista de todos, llevándola a la zona del servicio, justo debajo de unas escaleras de caracol.

—¿Vas a explicarme qué mosca te ha picado ahora? —le espetó.

—¿Qué?

—Latimer me ha dicho que os marcháis.

—¿Y por qué me culpas a mí?

—Te conozco de sobra. ¿Qué tramas, Ada?

Ada se deshizo de la presión de sus dedos.

—No tramo nada.

—Mentirosa.

—¿No eres capaz de otorgarme el beneficio de la duda ni por un instante?

Miles le cogió la barbilla y la acercó a sí.

—Los dos somos conscientes de que fiarme de ti es la estupidez más grande que puedo cometer.

—Púdrete —le escupió ella con rabia.

—Veo que vamos entendiéndonos. ¿Qué excusa le diste? ¿Otro esguince? ¿En la lengua tal vez?

Su interlocutora cerró el puño y le pegó en el pecho.

—Eres un animal, Miles Parker. Un animal insensible. Y para tu información no soy yo la que quiere irse.

—No te escudes tras la señora Latimer. No es ético.

—No me escudo detrás de nadie. Y si me quiero ir, no puedes impedírmelo. Mi prima desea partir hacia su hogar y yo debo seguirla.

A Huntercombe se le estaba agotando la paciencia.

—Cobarde. Huyes de mí como un cachorrito asustado. Pero también poseo una casa en Londres, querida.

Ada se llevó una mano a los labios, sorprendida. Cassie no le perdonaría que hablase sobre el incidente con James, por lo que dijo con cautela:

—Cuide las amistades que alberga bajo su techo, milord. Algunas son verdaderas serpientes.

—¿De qué hablas?

—Hay un secreto a punto de ser descubierto que si llega a saberse nos salpicará a todos. Te conviene que nos vayamos. Partiremos después del almuerzo. Es lo más sensato.

—¿Qué secreto?

—No estoy autorizada a contarlo.

—Por el amor del cielo, Ada.

—¡No insistas, por favor!

La desesperación de Ada estaba dibujada en su rostro. Miles contuvo el impulso de abrazarla e instarle a revelar le la causa de su angustia. Aferrado a un último atisbo de esperanza de hacerle

cambiar de opinión, susurró:

—No voy a dejarte ir.

Ella le miró fijamente, sin pronunciar palabra. Tomó su rostro entre sus delicadas manos, inclinando la cabeza del vizconde y uniendo sus labios a los suyos en un beso dulce, apasionado y urgente. Parker se sintió ebrio de deseo y experimentó las mismas sensaciones que le habían poseído durante su encuentro en aquel sendero. Anhelaba tenerla, saborear su piel, mantenerla cautiva hasta convencerla de que le necesitaba tanto como él a ella.

Cuando le rodeó el talle con los brazos, Ada se apartó bruscamente.

—Adiós, Miles —musitó con esfuerzo, alejándose y regresando al comedor.

Frank no comprendió la extraña reacción de su esposa. Al llegar de su relajante paseo a caballo se la encontró llorosa en su dormitorio, con semblante preocupado. Decía que acababa de recibir un mensaje de la señorita Simpson avisándoles de que Arthur estaba enfermo y que solicitaba su presencia a su lado, y cuando le preguntó por la nota le dio la excusa más absurda que había oído nunca, que con lo nerviosa que estaba había olvidado dónde la había metido.

Hicieron las maletas con una rapidez sorprendente, y al comunicárselo a Ada, esta no pareció inmutarse lo más mínimo, como si ya lo supiera.

Tuvo que disculparse con el anfitrión de la casa como pudo. Julian, que se sentó a su lado para el almuerzo, apenas creía lo que le contaba. Vio que miraba entristecido a su mujer, como si le afectara personalmente aquel percance sucedido a su familia. Y lo más desconcertante de todo fue que al arribar a su casa de Londres halló al niño tan sano como una manzana, y a Nora Simpson, que, tras haber hablado con Cassie aparte, se deshizo en disculpas con su patrón por el malentendido causado.

Esperaba tener una semana pacífica, despertándose con el canto de los pájaros y disfrutando de la hospitalidad de lord Huntercombe, y ahora se veía de nuevo envuelto en la agobiante vida de la capital, teniendo que volver a meterse de lleno en los negocios que le estaban robando la salud.

Dichosa guerra. Llevaba unos días en la ciudad y ya habían llegado las noticias a través de los medios de comunicación. El día doce de ese mes los Estados Confederados habían asaltado a la guarnición del Fuerte Sumter, en Carolina del Sur, iniciando oficialmente el conflicto. No había marcha atrás. La secesión era un hecho. Y la guerra civil norteamericana también.

Sentado en el sillón de su despacho sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó el sudor frío que le brotaba en la frente. Sus planes se iban al traste. Era muy probable que el próximo cargamento de algodón ni siquiera llegara a costas inglesas, y él habría de ideárselas para no ser devorado por aquellos memos con cravat que no sabían hacer otra cosa que sacarse los ojos unos a otros en el Parlamento.

Mas si algo ocurría, Cassie y el pequeño estarían a salvo. Sus años de experiencia en el mundo del comercio le enseñaron que siempre debía estar preparado para cualquier suceso repentino que cambiara el rumbo de las circunstancias, y unos años atrás se le ocurrió invertir una cantidad importante en el proyecto de construcción del primer ferrocarril transcontinental de los Estados Unidos, que una vez finalizado uniría el estado de California con la red de ferrocarriles del Este. Poseía unas cuantas acciones que le salvarían de la quiebra si se viera obligado a abandonar su actual ocupación.

Revisó el correo, como era su costumbre cada mañana. Apartó las facturas de las cartas

personales, y le llamó la atención una misiva dirigida a él con una letra que no conocía.

Rompió el sobre con un abrecartas y se apoyó en el respaldo de su asiento mientras la leía. Maldita la hora en que se le ocurrió hacerlo.

Sus manos empezaron a temblar violentamente, dejando caer la hoja de papel al suelo. La respiración se le hizo dificultosa, y sus mejillas se encendieron. Su corazón le latía con una fuerza descomunal y le parecía que se estaba ahogando. No era cierto. ¡No era cierto!

Llamó a su mayordomo y le pidió que fuera a buscar a su esposa. El criado, que notaba algo raro en su mirada, le preguntó si se encontraba bien, a lo que él respondió con un gruñido ininteligible y le repitió que le urgía que Cassie se presentara allí de inmediato.

Cuando ella apareció, tímida e ignorante acerca del motivo por el que la había hecho acudir, a él se le revolvió el estómago. Le ordenó cerrar la puerta y le pasó la carta en silencio. Cassandra la leyó, y el color de su rostro al acabar la última línea podía competir con la palidez de la de un fantasma.

Frank no sabía cómo enfrentarse a lo que se le venía encima. La escudriñó con sus iris castaños, entretanto la joven seguía de pie. Notó que estaba a punto de desplomarse. Trató de iniciar una conversación adulta y civilizada, pero lo único que pudo pronunciar fue la siguiente pregunta:

—¿Desde cuándo lord Rockingham y tú sois amantes?

Su mujer dio un paso atrás, sin quitar la vista de la hoja.

—Esto... ¡esto es una vil calumnia! —exclamó, visiblemente alterada.

—Cassie.

Ella levantó la mirada. Su marido tenía los ojos brillantes, en una mezcla de ira y angustia.

—Frank, no creerás...

—¿Debería?

—¡No! No es verdad. ¿Quién te ha enviado esto? No hay una firma, ni un nombre siquiera.

—Ni sé ni me importa quién me lo ha enviado.

—Solo puede ser un loco que quiere hacer daño a nuestra familia.

—Pues ese loco sabe demasiados detalles sobre ti y ese hombre. Dice que lleváis años juntos. ¡Años!

—Esto es una pesadilla.

Latimer se levantó y apoyó los nudillos sobre la mesa.

—No, amor mío. Es real. Tan real como la conversación que estamos teniendo ahora. Te juro por mi vida que habría roto en mil pedazos esa sucia carta y hubiera pasado por alto la acusación de ese sujeto si no fuera porque relata partes de una historia que solo tú y yo conocemos.

Cassandra intentó poner en orden la avalancha de palabras que acudió a sus labios. ¿Por dónde empezar?

—Frank...

Su esposo se aflojó el cravat. Ella sintió unas ganas terribles de echarse a llorar, y apenas logró aguantar las lágrimas que se asomaban a las líneas inferiores de sus párpados. Rezó en silencio para que no le hiciera esa pregunta. Si lo hacía tendría que contarle la verdad, y temía que él cumpliera su palabra y buscara a Julian para matarlo. Comprobó que su plegaria no fue escuchada cuando oyó retumbar en sus oídos la voz de Frank.

—¿Es Julian Haygarth el padre de Arthur?

Cassie no respondió.

—¡Contesta! —gritó él.

Ella no tuvo más remedio que asentir.

—Y todo este tiempo... le he recibido en mi casa, le he dejado a solas con mi mujer... ¡a ese bastardo!

—¡No ha pasado nada entre nosotros, te lo juro! Lo que sucedió hace diez años terminó cuando él se fue. No sabíamos que volveríamos a encontrarnos. Te he sido fiel, Frank, te doy mi palabra de que jamás te he engañado...

—¡Calla! ¿Pretendes que te crea ahora, cuando has tenido cientos de oportunidades de contarme quién era él y no lo has hecho?

—¡Tenía miedo! Miedo de cómo reaccionarías al tenerle frente a frente, y con lo ilusionado que estabas con tu nueva empresa...

Latimer sintió la garganta seca. Evocó las repetidas ocasiones en las que Julian le prestó su ayuda, y lo mucho que él lo alabó en sus tertulias vespertinas con su esposa. Se maldijo por su ingenuidad, y ciego de odio, abrió uno de los cajones de su despacho que tenían cerradura y sacó una pistola.

—Voy a matar a ese desgraciado.

Cassie corrió hacia su marido y se echó a sus pies, asiéndose del brazo que sostenía el arma.

—¡No, por favor!

Frank miró fijamente a la joven desvalida postrada ante él. Los celos aporrearon su corazón como un batallón de soldados tratando de derribar el portón de un campamento enemigo, y murmuró con despecho:

—¿Ruegas por él?

La chica ya no ocultaba sus lágrimas.

—¿Pides misericordia para un hombre que te usó y después te abandonó con una criatura en las entrañas?

—Te lo suplico... no manches tus manos con su sangre.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Porque soy tuya, Frank. Por siempre. Te hice una promesa y no la romperé. ¿Vas a luchar por algo que ya te pertenece?

—¡Mientes! No me perteneces. Nunca lo has hecho. Tu cuerpo ha sido mío cuantas veces he querido, pero tu alma es suya. Ese infeliz tiene sin esfuerzo alguno lo que yo no he podido conseguir en una década de intentos fallidos.

Latimer se arrodilló frente a su esposa y la tomó por los hombros.

—¿Qué más puedo hacer? ¡Dime!

—No sigas, te lo ruego...

—¿Por qué no me amas? ¿Por qué? —gimió este entre lágrimas, zarandeándola.

Cassie trató de abrazarle, mas él se apartó. La agarró por la muñeca y, poniéndose en pie, sentenció:

—Prefiero verte muerta antes que entregarte a Julian Haygarth. Regresaremos a Hampshire esta semana, y me encargaré de que no vuelvas a verle.

Y se la llevó arriba, arrastrándola por las escaleras, mientras ella gritaba suplicando que la soltara.

Ada, que estaba en su cuarto, al oírles salió al pasillo, y viendo la escena, se quedó petrificada por el terror.

Frank le lanzó una mirada de advertencia para que no se acercara. Ante su atónita mirada, abrió la puerta de los aposentos de Cassie, la lanzó dentro y cerró con llave, guardando el objeto en su bolsillo. Al pasar por el lado de la dama, musitó:

—Ni se te ocurra interponerte si no quieres verla en la calle con su bastardo esta misma noche. Y desapareció de su vista.

Llevaba dos días encerrada en su dormitorio, recibiendo todas las raciones de comida de mano de Ada, que se quedaba con ella bajo la estrecha vigilancia de una criada durante unos minutos. Su prima le informaba de lo que sucedía en el exterior, y le daba noticias del pequeño Arthur, al que su marido no había permitido ver desde el altercado.

Cassie estaba desesperada. Se pasaba las horas sentada frente a su ventana retorciéndose las manos, esperando que Frank decidiera acabar con aquella locura y liberarla, dándole la oportunidad de explicarse.

Apenas tocó la bandeja del desayuno del segundo día, lo que hizo que Ada, en cuanto entró en la habitación, la mirara con el ceño fruncido.

—No has comido —observó, acercándose.

Florence, la doncella, se había quedado fuera custodiando la puerta.

—No tengo hambre.

—Debes alimentarte, Cassie.

La joven miró la otra bandeja.

—¿Qué traes ahí?

—Carne asada y verduras.

—Llévatelo.

Ada puso el plato cubierto sobre la cómoda y sentó junto a su prima.

—Frank me ha preguntado por ti —musitó.

Cassandra bajó la cabeza.

—Ahora me odia.

—No lo creo. Está muy triste. Ayer no cenó, y hoy salió muy temprano.

—¿Sabes a dónde?

—No.

—¿Llevaba la pistola?

Ada pegó un brinco.

—¿Qué? ¿Qué pistola?

—La guarda en uno de sus cajones. La sacó cuando discutimos y dijo que iba a matar a Julian con ella.

—¡Santo Dios! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No hubiera servido de nada. Oh, Ada, ¿y si...?

—Frank no haría tal cosa. Puede que a causa del enojo amenazara con retarle a duelo, mas lo único que lograría sería provocar un escándalo, algo que te afectaría en gran manera. Te ama demasiado para exponerte a las garras de las cotillas de vuestro círculo.

—Tú no viste cómo me miraba mientras me decía lo que sabía sobre nosotros. Debí contárselo, debí hacerlo...

—Ahora es tarde para lamentarse. Hemos de hallar la forma en que puedas hablar con él y explicárselo todo.

—¿Cómo, si me mantiene encerrada bajo llave y nunca viene a verme?

—Tendrá que sacarte de aquí algún día. Yo he tratado de interceder, mas me ha amenazado con echaros a ti y a Arthur de casa. No me importa lo que haga conmigo, pero no es justo para ti ser públicamente repudiada por tu esposo sin haber cometido pecado alguno.

Cassie abrazó a su prima con fuerza.

—Eres mi único apoyo, Ada. Y después de cómo me he comportado contigo...

—Olvida eso. Cometí un grave error, Cassie. Te separé del hombre al que amabas y a consecuencia de ello te hice desgraciada, exponiéndote al peligro de quedar estigmatizada ante el pueblo, recibiendo de ellos el mismo castigo que yo recibí.

—Entonces no sabías que estaba embarazada.

—Aun así no tengo excusa. No quiero imaginar lo que habría ocurrido si tu marido no llega a sacarnos del apuro.

—Frank es un ángel. Me aceptó sin condiciones, y convirtió en su heredero al hijo de otro. Por eso me duele que se haya enterado así. He de lograr que me perdone. Haré lo que sea, incluso no volver a ver a Julian nunca más.

—¿Sacrificarías tanto por devolver la paz a tu hogar? ¿Sabes lo que significa eso?

—Sí, y estoy dispuesta a enterrar cualquier recuerdo que me ate a Julian Haygarth. Le escribiré una carta a Frank, y tú se la entregarás.

Ada asintió.

—Se lo diré todo, y me humillaré lo que sea necesario para que no me aparte de su lado — prosiguió la joven, tomando papel y pluma—. Y ahora, por favor, déjame sola.

—Solo si prometes comer lo que he traído.

Cassie miró la bandeja con resignación.

—Lo prometo —declaró.

Frank había perdido las ganas de vivir. No se sentaba a la mesa del comedor desde la revelación de aquella carta sin remitente, cuando todos sus sueños se vinieron abajo. Hubiera mandado a su empresa al diablo, e incluso podría haber soportado volver a ser pobre si lo planeado salía mal y la guerra también afectaba a la construcción del ferrocarril. Mas perderla a ella era algo con lo que no contaba.

Cassandra Doyle era su vida. El motivo por el que se levantaba cada día decidido a enfrentarse al mundo. Y aquel chiquillo de cabellos claros y sonrisa traviesa dio sentido a su existencia y le dio la oportunidad de saber qué se sentía al ser padre, aunque no llevara su sangre.

Rememoró el fatídico día que su mujer perdió a ese bebé tan ansiado por ambos, una criatura que era legítimamente suya, y que no vería jamás la luz del sol. Otra bofetada del destino. Estaba cansado. Harto de luchar, de tratar de hacerse un hueco entre aquellos que antes le menospreciaban por haber nacido del vientre de una camarera de una destartalada taberna de un pueblo de Virginia. Y ahora que creía haber hallado la paz en los brazos de una hermosa joven inglesa que era todo dulzura, venía un sucio aristócrata y se la arrebatava en sus propias narices sin un ápice de misericordia.

Tuvo ganas de matarlo a tiros. Vaciar todo su estuche de balas en el cuerpo de aquel hombre. Había salido a la calle loco de celos con su arma en la mano empeñado en cumplir su cometido, mas un momento de lucidez le hizo reaccionar y regresar a casa, consciente de que muerto Julian Haygarth pasaría a pertenecer por siempre al recuerdo de Cassandra, y eso era algo que no podía permitir. Tenía que vivir. Vivir para ver que todo lo que desechó en su día estaba en sus manos, y que su único hijo llevaba con orgullo el apellido Latimer. ¿Qué mejor venganza que esa?

Ada había acudido hacía unos minutos a interrumpirle en sus meditaciones con una nota, posiblemente de Cassie. ¿Estaba dispuesta a aceptar su culpa? ¿Seguiría excusándose? ¿Iba a comunicarle que se marchaba con él y que quería el divorcio?

No deseaba leer el contenido de la carta, pero la curiosidad le carcomía por dentro. Echó un trago a la copa del whisky que su amigo el señor Archer, otro comerciante, acababa de traerle de su colección escocesa, pues residía allí desde hacía años y se dedicaba al comercio de esa bebida, y en su paso por Londres le había obsequiado con una de sus botellas.

Miró el líquido ambarino que se apreciaba a través del cristal y sonrió. Una punzada en el tórax le hizo llevarse una mano al pecho. Dejó el vaso sobre la mesa y se sentó a leer el mensaje:

Queridísimo Frank,

A pesar de albergar dudas sobre si desearás leer esta carta, he decidido escribírtela y abrirte mi corazón a través de ella, con la esperanza de que tu rencor hacia mí no haya superado el amor que me has profesado todos estos años.

Me siento avergonzada y entristecida hasta lo sumo por lo sucedido, y nadie más que yo es culpable del gran malentendido que ha habido entre nosotros.

Conoces perfectamente mi historia, y no es necesario repetirla. He tratado de olvidar y construir un futuro junto a ti y a nuestro pequeño, y me has hecho muy feliz durante estos diez años.

Querido mío, ¿cómo iba a imaginar que la sombra de mi pasado se cerniría de nuevo sobre mi familia? ¿Cómo iba a saber lo que me depararía el destino cuando vinimos a cumplir tu gran sueño?

No tengo ninguna excusa válida para explicarte el porqué de mi silencio respecto a la identidad de lord Rockingham, solo que sentí un temor inmenso al encontrarme en esa encrucijada, y el miedo a herirte y en consecuencia a perderte me hizo callar.

Desde nuestro reencuentro, no ha existido ninguna relación ilícita entre Julian Haygarth y yo, y ambos nos hemos mantenido distanciados, eso puedo jurarlo sin ningún cargo de conciencia.

No voy a justificarme, ni siquiera a presentar defensa a favor de mi actitud. Pero sí me atrevo a suplicar tu perdón por la falta cometida, y a rogarte que no me apartes de tu lado, ya que es contigo con quien he decidido pasar el resto de mis días y no habrá otro hombre que ocupe tu lugar.

Si aún me amas, si aún puedes mirarme a los ojos sin despreciarme, si aún quieres tenerme contigo... mis brazos estarán impacientes esperando abrazarte.

Tu esposa que te adora,

CASSIE

Se levantó de la butaca de un salto. ¿Lo había entendido bien? ¿No iba a abandonarle, después de

haberla encerrado bajo llave como si de una criminal se tratara?

Una gruesa lágrima descendió a su mejilla, recorriendo la madura piel de su rostro. Aún no estaba todo perdido...

La aguda punzada volvió a sacudir su pecho, mas haciendo caso omiso de ella cogió la llave de la habitación de su mujer. Las escaleras que llevaban a los aposentos de Cassandra ahora parecían más altas y más difíciles de subir. Tuvo que detenerse a mitad de camino para tomar aire.

Finalmente llegó a su destino y abrió la puerta. Ella estaba sentada junto a la ventana, contemplando el exterior.

—Cassie... —susurró.

La joven se volvió. Le miraba con una mezcla de tristeza y temor. Él le mostró la carta sin añadir una palabra, y ella comprendió que venía a poner fin a su cautiverio. Corrió hacia él y se echó a su cuello.

—Amor mío... —musitó el americano con voz ronca.

Cassie levantó su mentón para alcanzar los labios de su marido, cuando notó que estos habían adquirido un tono violáceo.

Latimer sostenía la nuca de su mujer, y sus ojos no brillaban como antes. Intentó decir algo, pero no fue capaz. Estuvo escasos segundos mirándola fijamente, cuando de pronto se le cortó la respiración y se desplomó a los pies de la dama.

—¡Frank! —gritó Cassandra aterrorizada, arrodillándose junto a él para socorrerle.

Parker entró en el despacho de Julian jadeando, exhausto tras una carrera calle abajo. Anunció su llegada a Carmichael sin ninguna ceremonia, y el mayordomo le guio a las dependencias de su amo.

El marqués, al ver la expresión alarmada de su amigo, dijo:

—¿Qué pasa?

—Vengo de las oficinas de Frank. Hay un revuelo allí que no te puedes imaginar.

—He leído en el periódico lo de la guerra. ¿Cómo está él?

—Si la guerra fuera nuestra preocupación más grave, estaría la mar de contento.

Rockingham frunció el ceño.

—¿Es que hay más noticias?

—Sí.

—Entonces que Latimer convoque otra reunión será cuestión de minutos.

—La reunión es en su casa. Y me temo que no acudirá.

—¿No? ¿Por qué?

Miles carraspeó.

—Porque ha muerto hace unas horas.

A Julian se le nubló la vista, aturdido por la impresión. Se puso en pie.

—¿Qué? ¿Muerto? Pero... ¿cómo?

—Le falló el corazón. Expiró en brazos de su mujer, según tengo entendido.

—¡Cielo santo!

—El médico fue a verle, pero llegó tarde. Fue un ataque fulminante, y nada se pudo hacer por él.

—¿La has visto a ella?

—Aún no. Preferí venir a avisarte antes.

Haygarth caminó hacia el vizconde y le puso una mano en el hombro.

—Gracias, Parker.

—¿Vas a ir?

—Ahora mismo —respondió el marqués dirigiéndose a la puerta.

—Te acompaño.

La mansión del comerciante americano tenía un aspecto diferente. Reinaba un silencio fantasmal en el recinto, y el olor a muerte se respiraba por doquier.

Miles advirtió al entrar en la sala principal que algunas de las esposas de los amigos y socios de Frank ya estaban allí, dispuestas a consolar en la medida de lo posible a la joven viuda, que recibía pacientemente sus condolencias y palabras de apoyo.

Ada había desaparecido. No lograba verla entre las damas presentes. Se sintió alarmado, y tras dar su pesame a Cassandra, la buscó como un loco por las estancias accesibles a las visitas. La halló en un cuartito que solía utilizar para la lectura.

Le daba la espalda e iba vestida con un raído traje de luto. Tenía los hombros caídos y no lloraba, sino que permanecía inmóvil con la mirada perdida, y no se había percatado de que la observaba. Se acercó a ella.

Ada, al oír sus pasos, se volvió. Cuando reconoció al intruso que había invadido su intimidad, se vino completamente abajo.

Se apoyó en la pared. Le faltaba el aliento. Hubiera caído al suelo si Huntercombe no llega a correr a su lado, sosteniéndola entre sus brazos. Se aferró a él con ímpetu, abrazándolo, y Parker guardaba silencio, acariciando su cabello mientras ella bañaba con lágrimas su reluciente camisa blanca.

—Oh, Miles, todo ha sido culpa mía...

El vizconde no contestó.

—Si no la hubiera animado a casarse con él... y ahora está muerto. Otra víctima de mi monstruoso error.

—Existen otras circunstancias que le hicieron enfermar, Ada. La guerra...

—La guerra es lo de menos —le interrumpió su interlocutora—. El secreto de Cassie lo mató.

—¿Lo sabía? ¿Quién se lo contó?

—No hay pruebas de ello, mas creemos que fue James Haygarth.

—¿James? ¿Y qué tiene que ver James con la señora Latimer?

—Fue su venganza por no acceder al chantaje al que sometió a mi prima durante nuestra estancia en Huntercombe Manor.

Parker la miró estupefacto.

—¿La amenazó en mi casa?

Ada asintió. A Miles le hirvió la sangre.

—¿Y por qué no acudiste a mí?

—Ella me lo prohibió —explicó Ada—, y no quería volver a fallarle. Si supieras cómo luché para cumplir con mi promesa de no revelar el motivo de nuestra partida a nadie... armé toda esta farsa pensando que no seríamos descubiertas, e intentando enmendar una equivocación cometí otra aún peor. Tenías razón, Miles. No soy más que una campesina entrometida que ha jugado a ser Dios.

Parker escuchaba con atención la confesión cargada de remordimientos de la mujer a la que abrazaba. Era cierto que no era inocente, pero se resistía a castigarla por todo el mal causado por su

impetuoso carácter.

Deseó no haberla conocido en aquella fiesta, donde quedaron unidos, para bien o para mal, sus destinos. Se debatía desde hacía meses entre su pasión desenfrenada por Ada Smith y su lealtad hacia su mejor amigo.

Debía ponerle fin a esa locura. Antes de que terminara irremediablemente prendado de ella y acabara arrastrándose a sus pies implorándole que le permitiera formar parte de su vida. Y ese era el momento.

Se apartó de Ada lentamente, y vio que ella le miraba confusa y dolida. Le costó un mundo no volver atrás y abrazarla nuevamente, haciéndole multitud de promesas y asegurándole que no permitiría que nada la dañara.

Pero su conciencia habló más alto que su corazón y se alejó sin mirar atrás, por lo que no pudo ver con sus propios ojos la profunda desolación del alma de la dama reflejada en su rostro, que al perderle de vista se tapó la cara con las manos y lloró amargamente.

Cassie no tenía fuerzas para llorar. Varias de las señoras que componían el club de labores habían acudido a su residencia para acompañarla en aquel doloroso momento, cuando acababa de perder a su esposo de manera terrible y repentina.

Miles Parker le había dado el pesame hacía unos minutos, y pudo percibir en su mirada la consternación que le causó la noticia. Habría tanto que hacer tras el sepelio...

Pero no quería pensar en eso. Sus abogados ya se encargarían de todo.

Celeste Archer, la rolliza esposa del comerciante de whisky que había entablado amistad con Frank años atrás, estaba sentada a su lado, tomando firmemente su mano.

No hallaba las palabras adecuadas para expresarle lo apesadumbrada que se sentía ante su dolorosa pérdida. Cassie le sonrió, agradecida por su presencia, gesto que la animó a hablar con su inconfundible acento escocés.

—Querida... cuánto lo siento. He venido en cuanto me he enterado.

—Gracias, Celeste. Es un bálsamo para mí tenerte conmigo. Sé lo mucho que apreciabais a mi marido.

—Un hombre tan enérgico, tan saludable... ¿cómo ha podido ocurrir? Los designios de Dios son realmente difíciles de asimilar para la mente humana.

Cassandra asintió en silencio.

—Me gustaría, cuando pase todo y te encuentres mejor, que vinieras a visitarnos a Oban — prosiguió Celeste—. Es un pueblecito sin apenas atractivo para una dama acostumbrada al ajetreo londinense, pero tanto a Charlton como a mí nos encantará recibirte con tu retoño en nuestro hogar.

—Me encantaría visitaros, y lo haremos más adelante.

—Te tendré preparada una hermosa habitación con chimenea. ¿Dónde se celebrará el entierro?

—Lo primero que se me ocurrió fue el cementerio de Norwood, aquí en Londres, mas no es lo que Frank querría —hizo una pausa para poder seguir hablando sin que las lágrimas asomaran a sus ojos—. Regresaremos a Hampshire, y le daremos nuestro último adiós en el pequeño cementerio de la iglesia donde nos casamos.

—¿Vas a trasladarle hasta Fawley? Está tan lejos...

—Sé que era su voluntad y la respetaré. Habrá un servicio religioso aquí y luego nos marcharemos

para.... sepultarlo allí.

—Antes de volver a Escocia, si nos lo permites, Charlton y yo os acompañaremos.

—Por supuesto que sí.

Celeste acarició suavemente la mejilla de Cassie y se sintió conmovida ante la entereza de la joven viuda. Levantó la vista hacia un grupo de señoras que conversaban. Se fijó en una bella dama rubia y elegantemente vestida.

—Vaya... qué casualidad —susurró, llamando así la atención de Cassie.

Cassandra miró a la señora Archer.

—¿La conoces?

—Bueno... no hemos sido presentadas —explicó Celeste—. Pero estuvo una temporada en Escocia hace unos años. Entonces estaba en estado. Se hospedaba con una familia a las afueras del pueblo.

Cassie frunció el ceño, extrañada.

—Creo que te equivocas, Celeste. La mujer de la que hablas es lady Blanche Haygarth. Ella no tiene hijos.

—Pues juraría que se trata de la misma persona... y si así fuera, no cabría duda alguna que lo que llevaba en ese abultado vientre era una criatura. Bueno, no me hagas caso. A veces confundo los rostros.

—Suele suceder. Aunque las facciones de lady Blanche son bastante peculiares. Si me permites, voy a salir un momento a tomar el aire al jardín. Me siento terriblemente mal aquí dentro.

—Siéntete libre, niña. Si necesitas alguna cosa...

—No, gracias. Volveré enseguida.

Cassie abandonó la sala aliviada. Deseaba estar a solas en campo abierto para gritar hasta que no le saliera la voz. La tomarían por loca, pero no le importaba. La desgracia volvía a llamar a su puerta sin que se hubiera recuperado del último golpe, y se preguntó cuánto tiempo más iba a resistir.

Comprendió entonces cómo se sintió Ada al perder a Hugh. Experimentó el escozor de la culpabilidad en sus propias carnes al pensar en todos los años que había empleado para esforzarse en amar a Frank y el fracaso al que había sido conducida, juntamente a un triste desenlace.

Se sentó en un taburete en un rincón del invernadero de plantas exóticas e inspiró hondo. Ya no habrían más paseos de su brazo, ni más conversaciones nocturnas, ni más oportunidades de ser feliz. Todo estaba acabado.

—Debí haberme ido contigo, Frank —susurró Cassie en voz muy baja.

El aroma de un perfume que le era familiar le inundó las fosas nasales. No necesitaba volverse para saber quién había entrado en el invernadero. La grave y pausada voz de Julian se lo confirmó.

—Lo lamento mucho...

Cassandra lo miró. Parecía realmente desolado. La noticia de la muerte de Frank se había extendido como la pólvora, y él, como su socio mayoritario y uno de los más afectados por la tragedia, había sido uno de los primeros en enterarse.

—Nada de lo que digas podrá consolarme —le cortó ella—. Así que no malgastes saliva.

Haygarth notó una profunda amargura en las palabras de Cassie, y se mantuvo alejado.

—No pretendo consolarte, solo hacerte saber que estaré aquí si...

La joven se levantó y se acercó a él. Durante unos segundos ambos guardaron silencio, hasta que ella le espetó:

—Precisamente ese es mi problema. Que siempre estás ahí. En todos los aspectos de mi vida, destruyendo todo lo que tocas. Me robaste la virtud, me abandonaste, me empujaste a casarme con un hombre al que no amaba, perdí a un hijo por tu culpa y ahora mi esposo ha muerto al conocer nuestro secreto. ¿Qué más te queda por hacerme, Julian? ¿Volverme loca? ¿Matarme?

—Cassie...

—¿Por qué tuve que conocerte? ¿Qué razón tengo para quererte, si siempre has sido la causa de todas mis lágrimas?

Julian se mordió el labio, incapaz de responder.

—¿Deseas hacerme algún bien? Pues márchate lo más lejos que puedas de mí —sentenció Cassandra con determinación—. Déjame vivir los años que me quedan en paz. No quiero volver a pronunciar tu nombre, ni recordar que una vez te amé. Y cuando se resuelva lo concerniente a la empresa de mi marido, nuestros caminos tomarán rumbos diferentes. Hasta entonces, no vuelvas a pisar mi casa.

Y tras darle la espalda, dijo:

—Vete, por favor.

Haygarth apretó los puños con fuerza, herido por aquel ruego. El haber provocado tanta tristeza en el corazón de la mujer a la que amaba le causaba una angustia que le desbordaba. En una ocasión le había dicho a Cassie que algún día la recuperaría, y la esperanza aún no estaba del todo desaparecida. Pero no era tarea fácil borrar tanto dolor.

Dio media vuelta y se fue, decidido a acceder a su petición y alejarse por un tiempo. Decían que con los años se curaban las heridas, y él estaba dispuesto a esperar lo que fuera necesario. Y quizá más adelante... podría cumplir su promesa.

Cassandra depositó con ojos humedecidos un ramito de flores silvestres sobre la tumba de su marido, con el alma aún rota en pedazos a pesar de que ya habían pasado cinco meses desde la desaparición de Latimer. Arthur la acompañaba, y cabizbajo, se llevó su manita a los labios y lanzó un beso al hombre al que había llamado padre desde que tenía uso de razón, demostración de afecto que conmovió profundamente a su madre, que se le quedó mirando sin saber qué decir.

Desde su regreso a Hampshire acostumbraban a ir cada semana al cementerio. Ada iba también con ellos de vez en cuando para cambiar las flores de la tumba de Hugh, y cuando volvía a casa la notaba desorientada, dolida, como si todos los recuerdos acudieran a la mente de su prima para atormentarla.

Ya era septiembre, y otro verano quedaba atrás. Fawley no había cambiado, y continuaba siendo el pacífico pueblo que abandonaron en su día para ir tras los sueños de Frank.

Sola. Despojada de todo aquello que amaba, excepto de su adorado hijo. Un niño que iba creciendo día a día y se iba pareciendo cada vez más a aquel joven que le robó el corazón cuando era una muchacha de dieciocho años.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo al pensar en que más adelante Julian podría adivinar su parentesco con la criatura, pues era obvio que era un Haygarth de pies a cabeza. ¿Se atrevería a quitárselo? No lo veía desde que se disolvió la empresa de su esposo y se repartieron los beneficios que quedaban entre los socios del negocio, y había escuchado antes de marcharse de la capital que lord Rockingham planeaba partir hacia Australia en busca de nuevos horizontes.

Casi medio año había transcurrido y apenas sabía nada de él. Mantenía una escasa pero regular correspondencia con lord Huntercombe, que en sus cartas le daba una mínima información sobre su amigo, y procuraba no mencionar nada que hiriera su sensibilidad.

Miles Parker era un auténtico caballero. Llegó a pasársele por la mente la absurda idea de que hubiera algo entre él y Ada, pues se la veía sonrojada e inquieta cuando recibían sus cartas, y luego la notaba taciturna y melancólica al ver que el vizconde se había limitado únicamente a enviarle un escueto saludo a través de sus líneas. Quién sabe, quizá si él fuera a Hampshire a hacer una visita de cortesía...

—¿Mamá?

La dulce voz de Arthur la llamó desde el portoncillo del cementerio. Se había quedado parada, sumida en sus pensamientos. Se apresuró en alcanzarlo.

—Sí, cariño, ya voy.

—¿En qué piensas? —preguntó el niño con curiosidad.

—En tu papá —susurró.

—Le echo de menos.

Cassie rodeó el hombro del pequeño con un brazo.

—¿Crees que está en el cielo con el abuelo y tío Hugh?

—Por supuesto.

Madre e hijo caminaron en silencio un buen trecho, hasta que Arthur dijo para sorpresa de la joven:

—¿Dónde está Australia?

—¿Para qué quieres saberlo?

El chico se detuvo y se giró hacia ella.

—Por nada. Es que esta mañana antes del desayuno Johnny estaba en la biblioteca hojeando un atlas, y me dijo que Australia está muy lejos.

—Es verdad. Está lejísimos de aquí.

—¿Y por qué se habrá ido lord Rockingham para allá? Solo hay desiertos y unos animales muy raros que llevan a sus bebés en una bolsa en la barriga y pegan puñetazos.

Cassandra rio.

—¿Eso te lo ha dicho también Johnny?

El chiquillo asintió.

—Está escribiendo un relato sobre ellos —explicó—. Sigue empeñado en ser escritor.

—Mmm... ¿y tú qué quieres ser de mayor, ángel? —inquirió Cassie.

—¿Yo? Lo tengo claro desde hace mucho.

—¿Ah, sí?

—Sí. Yo de mayor quiero ser rico.

Cassie soltó una carcajada y abrazó a su hijo, emprendiendo de nuevo el camino. Al llegar a la mansión, Arthur la soltó y corrió hacia la casa. Higgins abrió la puerta con premura y se apartó rápidamente al ver que el niño pasaba como una flecha por su lado escaleras arriba, levantando una brisa que hizo ondear ligeramente la chaqueta de su impecable uniforme.

Cielo santo... qué muchacho tan enérgico...

—Higgins.

—Señora —saludó el criado con actitud reverente.

—Tendrás que disculpar a mi hijo. A veces olvida cómo comportarse.

—No se preocupe. He desarrollado bien mis reflejos.

Y era cierto. La última vez que el señorito lo atropelló portaba una bandeja con té caliente que se le cayó encima, y el pobre hombre tuvo que ser atendido por el médico que le recetó una crema para las quemaduras leves. A partir de entonces era extremadamente cuidadoso en cuanto veía aparecer al terremoto de los Latimer.

—Hablaré con él —se excusó ella, dispuesta a darle un buen azote.

La dama subió las escaleras sin prisa. No acababa de acostumbrarse a la pesada tela de su vestido negro. Le quedaban al menos siete meses de luto riguroso, durante el cual debía seguir encerrada en casa sin acudir a ningún evento o acto social, cosa que agradecía, pues lo último que deseaba era estar rodeada de gente.

Un buen número de mujeres veían la viudedad como un estado de liberación, y no les importaba tener que aparentar un dolor inexistente siguiendo estrictamente las normas del luto para las féminas, que podía alargarse hasta cuatro años tras el fallecimiento del esposo. Después de eso, podían retomar su vida, e incluso volver a casarse.

Pero ella no quería nada de eso. Nunca amó a Frank, mas el profundo respeto que le tenía, que con los años derivó en un sincero afecto, era lo que la había empujado a alejarse a rumiar su tristeza en soledad, sintiendo en su alma cada lágrima que derramaba en su memoria.

Vio la puerta de los aposentos de Ada entreabierta. Llamó y se asomó. Su prima estaba recogiendo algunas de sus ropas y metiéndolas en cajas.

—Hola Ada. ¿Qué haces?

—Hola. Me estoy deshaciendo de algunos de mis vestidos para donarlos a la iglesia.

Cassie se sentó en una butaca junto al tocador. Había un libro abierto sobre el mismo, y una rosa roja disecada hacía las veces de marcapáginas. Frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Ada se giró y la vio con la rosa en la mano. Se puso colorada en cuestión de segundos.

—Solo... solo es una flor —balbuceó.

—Tú jamás has guardado flores entre tus cosas.

El rubor de Ada fue en aumento, y no contestó. Cassandra la escudriñó con los ojos entrecerrados, y se atrevió a decir:

—Supongo que esto tiene algo que ver con Miles Parker.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. Llevo meses sospechando que la melancolía que te abrumba desde que nos fuimos de Londres está en estrecha relación con el hecho de que no hayas vuelto a verle.

Ada se alisó la falda y continuó con sus quehaceres.

—Es un recuerdo, nada más.

—¿Le amas?

Su prima de volvió bruscamente. El corazón le latía desbocado, y su mente se quedó en blanco. Sus ojos se humedecieron.

—Es una estupidez continuar ocultándolo, ¿verdad? —murmuró Ada.

Cassie la tomó de la mano y levantó su mentón.

—¿Y él... te corresponde?

Su interlocutora tragó saliva.

—Me desprecia, Cassie. Lo único que puedo esperar de él es una absoluta indiferencia. Ha sido justo conmigo, al contrario que tú.

—Cuánto lamento oírte hablar así...

Ada se secó los ojos e inspiró hondo.

—No te preocupes por mí. Puedo vivir con ello. De hecho, pienso que mantenerse ocupada es la mejor forma de no dejarse llevar por la pena. ¿Te he dicho que voy a trabajar en El rey Guillermo?

Cassie negó con la cabeza.

—No quiero que vuelvas a tu antiguo empleo. La renta que me ha dejado Frank junto con las acciones del ferrocarril nos permitirán vivir cómodamente. No es necesario que hagas eso. Te has molido la espalda durante años, y no permitiré que...

—Solo es por unos días —la interrumpió Ada—. La actual empleada de la señora Bloom está a punto de dar a luz y necesitan a alguien que se ocupe de los huéspedes. Lo acepté porque la vi desesperada, y me negué a recibir salario, así que no es un trabajo en toda regla.

—Ya. Si es por ayudar a la pobre mujer...

—No estás enfadada, ¿no?

—No. Pero solo será por unos días.

Ada asintió.

—Bien, porque tengo intención de que hagamos un viaje en cuanto los niños regresen al colegio —informó Cassie.

—¿A dónde vamos?

La joven sonrió.

—A Escocia.

Miles Parker leía ceñudo el *Evening Standard*, sediento de alguna buena noticia que mereciera su atención. Desde la marcha de Julian se le hacía insoportable la vida en Londres, y la estancia en Huntercombe Manor no era menos incómoda, porque cada rincón de su hogar le recordaba a la mujer que había sido su pesadilla desde que se asoció con Frank Latimer.

Llevaba cinco meses sin verla, sin oír su voz, y se sentía como un adicto al opio al que le faltaba su dosis diaria. Por abandonarla de aquella manera tan cruel el día de la muerte del americano, los remordimientos le perseguían a todas partes, y trataba de acallar la voz de su conciencia, que le gritaba como si tuviera vida propia:

«Eres un mentecato. Sabes que la necesitas. ¿De qué te sirve negarlo? Acabarás en el manicomio si no buscas una solución. Pégate un tiro o ve a ese maldito pueblo y échatela al hombro. Sé un hombre por primera vez en tu miserable vida.»

Lanzó un suspiro de cansancio. ¿Cuánto más aguantaría?

Abrió unos de los cajones de su escritorio y sacó la última carta de Julian. En ella le contaba su experiencia en la Gran Isla, y lo entusiasmado que estaba con el nuevo negocio al que pensaba dedicarse.

Ópalos. ¿Qué diantres era eso? ¿Algo así como un diamante?

Se imaginó al marqués remangándose la camisa de lino y cavando bajo el sol de justicia para sacar piedras de colores de debajo de la tierra. ¡Qué ganas de complicarse la existencia! Con lo cómodo que era comprarlas en las joyerías ya limpietas y aseadas...

Soltó una risita. Un caballero convertido en minero. Las vueltas que daba la vida.

Adams llamó a la puerta y entró con una tarjeta.

—Milord.

—¿Sí?

—La señorita Townsend está en el salón.

Parker se irguió en el asiento, estupefacto. ¿Qué quería ahora aquella bruja ricitos de oro?

—Dile que estaré con ella en unos minutos.

—Sí, señor.

El mayordomo se retiró. El vizconde dobló el periódico, se levantó y lo dejó en la silla.

Al entrar en el salón notó una fragancia a lavanda deliciosa. El perfume provenía de la dama que estaba de pie frente al sofá y le miraba con ternura.

—Hola Miles.

Huntercombe inclinó la cabeza y cerró la puerta. Suzanne le observaba con semblante sosegado. Parecía una princesa con su vestido lila con encaje blanco en las mangas y el cuello y con su bolsito a juego.

—Te veo bien —dijo él secamente.

—Y yo a ti.

—¿En qué puedo servirte?

La actriz se mordió el labio inferior.

—He venido a hacerte una visita. Hace tiempo que no te pasas por el Drury Lane.

—No me gusta el teatro.

—Antes tampoco, pero solía verte a menudo entre el público. ¿Cómo estás?

Miles le indicó que tomara asiento y se sentó en un sillón.

—Aburrido —confesó.

—No es una novedad que el bullicio de Londres te desagrade, así que no me sorprende. ¿Por qué no has vuelto a tu casa de campo?

—Allí no tengo demasiado que hacer en esta época del año.

Suzanne sonrió y se recogió un mechón de cabello detrás de la oreja. Parker la observaba expectante, con la seguridad de que venía a decirle algo y no sabía cómo hacerlo. Decidió ponérselo fácil.

—No has venido a ver cómo me va, Su. ¿Por qué no me lo dices de una vez?

La mujer enrojeció.

—Tan directo como siempre.

—¿Han vuelto a dejarte plantada? ¿Tienes deudas de juego?

—¡Miles! ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—No puedo imaginarme otra cosa, lo siento.

—Solo quería verte, nada más. Desde aquella noche que te marchaste de mi camerino tan herido y enfadado no he dejado de pensar en lo mal que me he portado contigo.

El vizconde reprimió una exclamación de sorpresa. ¿Iba a escuchar una disculpa de la altanera Suzanne Tonwsend?

—No desenterremos cosas pasadas.

—Para mí no son pasadas, Miles.

Parker se levantó y Suzanne le imitó, acercándose a él.

—Sería incapaz de soportar que me detestaras —dijo ella posando una mano sobre su antebrazo.

—No parecías tan conmovida cuando fuiste a Huntercombe Manor hace unos meses.

—No me lo recuerdes. Fui una estúpida. Lo siento mucho. Quería... llamar tu atención.

El caballero la miró incrédulo.

—Resulta muy poco creíble esa explicación, Susie. Tú nunca sientes celos de nada ni de nadie.

—Porque jamás te fijaste en otra mujer que no fuera yo. Una no sabe lo que tiene hasta que ve el peligro de perderlo.

—O hasta que lo pierde. ¿Qué es lo que quieres? Habla claro.

—Estoy demasiado confusa como para decirte lo que quiero. Pero sí sé lo que no quiero. No quiero... que salgas de mi vida —murmuró la actriz alzando su rostro.

Miles estaba atónito. ¿Le estaba pidiendo... otra oportunidad?

La miró a los ojos unos instantes. Ella tomó su gesto como una invitación y lo besó en los labios. En otras circunstancias Huntercombe la habría abrazado y habría acabado engatusado nuevamente, pero entonces su beso le resultó tan insípido como un buen vino rebajado con agua, ofuscado por la imagen mental de otra mujer de cabello oscuro que se derretía entre sus brazos y respondía a sus caricias con una pasión salvaje y primitiva.

La apartó de sí con suavidad.

—No, Susie. No lo hagas.

—No me castigues con tu indiferencia, te lo ruego. Me dijiste que me amabas...

—Hace siglos, sí —replicó él—. Y tenías, razón. No era sincero. Nunca estuve enamorado de ti, aunque reconozco que me tenías encandilado. Pero como bien me explicaste tú la última vez que me

rechazaste, eso no tiene nada que ver con el amor.

—Oh, Miles... no puede ser cierto...

—Me temo que no lograrás obtener de mí más que el recuerdo de lo que fuimos antaño.

Suzanne se apresuró a secarse las lágrimas que sus palabras provocaron.

—¿Y crees que la quieres a ella? —inquirió, dolida—. Es otro pasatiempo, como yo lo fui.

—No intentes culparme por tu pena. No eras ninguna niña inocente cuando iniciamos nuestra relación. Además, me diste con la puerta en las narices en incontables ocasiones.

—¿Es la forma en la que vas a vengarte? ¿Llevar a tu cama a Ada Smith y exhibirte con ella en las reuniones sociales? ¡Es una campesina, Miles! No está a tu altura. Te doy un año para que te canses de esa pueblerina.

Parker se enfureció como un toro al oír a Suzanne hablar tan despectivamente de Ada, y la agarró por un codo.

—Ya que te veo tan interesada en mis asuntos personales, te voy a informar de lo que voy a hacer. Sí, me la llevaré a la cama. Tantas veces que no podré contarlas. Y te diré más: puesto que es verdad que el ser una vulgar granjera medio analfabeta sería un problema a la hora de presentarla a mis amistades, he pensado en limarla un poquito, empezando por darle el título de mi madre. ¿Qué te parece?

Su interlocutora abrió la boca, mas no respondió. Miles la soltó y fue hacia la puerta, abriéndola de par en par y quedándose de pie en el umbral.

—Le deseo lo mejor, señorita Townsend. Pero espero no volver a verla.

Suzanne tragó saliva. Por primera vez se sentía como una prostituta barata. Humillada y derrotada, caminó hacia Parker y se detuvo unos segundos a mirarle. Eran tal su desazón que la expresión de su rostro conmovió profundamente al vizconde.

—Que seas feliz con la vida que has elegido —sentenció él, viéndola alejarse con el sombrero en la mano.

Adams se encargó de despedirla y acompañarla a la salida, y lord Huntercombe le esperó en el pasillo. Aún estaba aturdido por lo que acababa de pasar, y trataba de asimilar cada palabra que había oído salir de sus propios labios. Una confesión en toda regla.

—Adams.

—¿Sí, milord?

—Dispón lo necesario para hacer un viaje rápido. Me marcho a Hampshire por unos días.

La señora Bloom envolvía con ayuda de Ada los paquetes que iba a llevar consigo a la casa donde su empleada descansaba tras un trabajoso parto de doce horas. Había tenido una semana de bastante trabajo en la posada, entre los huéspedes que ocupaban las habitaciones y los forasteros que hacían un alto en el camino para tomar un refrigerio, dando gracias a Dios porque la señora Smith se hubiera prestado a hacerle el gran favor de ocuparse de atenderles mientras ella hacía sus recados.

La joven madre a la que contrató dos años atrás no volvería tan pronto como pensaba. Durante el alumbramiento del robusto varón que vino al mundo aquella tarde de septiembre perdió bastante sangre, y por recomendación del médico que la examinó tenía que permanecer en cama hasta recuperar las fuerzas.

Uno de los paquetes contenía varios tarros de mermelada, compota de frutas y miel enviados por Cassie. El otro estaba repleto de prendas infantiles que habían recopilado entre las vecinas del

pueblo como un obsequio a la familia por su primer hijo, y la señora Bloom se ofreció a trasladarlos hasta el humilde hogar de la muchacha y de paso informarse sobre su estado de salud.

—Solo estaré fuera por unas horas —explicó la anciana—. Volveré lo antes posible para echarle una mano.

Ada asintió.

—Descuide, señora Bloom. Hoy no hay apenas movimiento en El rey Guillermo.

—Que Dios te bendiga por tu generosidad, hija, y te recompense por ello.

—Ya lo ha hecho. Es un placer ayudarla. Usted siempre ha sido buena conmigo, y me alegro de tener la oportunidad de servirla en un momento de necesidad.

El rostro arrugado que contemplaba a Ada con agradecimiento esbozó una sonrisa. Ya casi había olvidado aquel terrible episodio hacía tantos años, cuando la joven de diecinueve años que trabajaba para ella fue seducida y abandonada por un caballero sin corazón, quedando hundida en la ignominia y expuesta a la furia de los moralistas de Fawley y de su propio padre.

Ella no fue capaz de juzgarla tan duramente, pues sabía que las muchachas de esa edad muchas veces caían en las redes de monstruos como aquel médico forastero, y la dulce y bella Ada Doyle no sería ni la primera ni la última.

Ahora las cosas eran distintas. Ada se había convertido en una mujer madura y ya no se dejaría engañar así. Lo único que había conservado de su juventud era su acentuada belleza, pero había cambiado totalmente por dentro. Llegó a sospechar que su hijo mayor, Jonathan, era producto de su aventura con el desconocido, pero en cuanto la criatura fue creciendo cada vez se le notaba más el parecido con Hugh, y se alegró de que la chica no guardara ningún vínculo con el desalmado que abusó de su confianza.

—Creo que está todo listo.

—Dele saludos a Marigold de mi parte.

—Eso haré. Hasta luego, niña.

—Vaya con cuidado, señora Bloom.

—Me llevaré el carro y a *Jorge III*. Si el señor Bloom pregunta por ellos...

—Se lo haré saber si viene por aquí.

—Gracias.

Ada vio partir a la enjuta mujer con el destartado carro tirado por *Jorge III*, el viejo poni propiedad del matrimonio. Le hacía gracia el nombre del animal, pues el equino no tenía para nada aspecto de rey, pero el señor Bloom, que sentía gran admiración por el abuelo de la reina Victoria, exigió que se le llamara así.

—Es que no ha habido ni habrá un rey como Jorge III, aunque algún que otro pillastre le quiso sacar de en medio antes de tiempo —decía—. Ay aquellos años, cuando éramos jóvenes y sabíamos lo que era el decoro... ahora las mozas se ponen esos aros y esas faldas inmensas que les hacen parecer paraguas abiertos, y de nada les sirve, pues ni con esas armaduras alejan a los maleantes.

Ada siempre se reía de sus comentarios. Para los ancianos cualquier tiempo pasado era mejor que el actual, y el señor Bloom no se cohibía en absoluto al hablar con desdén de las costumbres, la moda y la cultura modernas.

Cuando la figura de su patrona desapareció colina abajo entró de nuevo en la posada y cerró la puerta de entrada con llave. La puerta de atrás quedaba abierta para que el par de huéspedes que ocupaban las habitaciones superiores pudieran salir si lo deseaban, pero el salón comedor aún estaba

cerrado, y había que colocar manteles limpios sobre las mesas y barrer un poco el suelo antes de abrirlo al público.

Se arremangó el vestido de algodón azul raído que había rescatado de uno de sus baúles y se puso un delantal. Tenía poco más de media hora. La señora Bloom había dejado escrito el menú que se serviría ese día, y al acabar de ordenar el comedor debía empezar con la comida y los postres.

Oyó un ligero ruido en la puerta trasera. Lanzó un suspiro de alivio, pues eso significaba que uno de los huéspedes se había ido, por lo que no sería interrumpida en sus labores y tendría todo dispuesto para la hora acordada. Comenzó a tararear una antigua canción que se sabía desde pequeña, la misma que cantaba el día que descubrió a Julian hablando con Nathaniel Phelps años atrás:

*Las amapolas, grandes y hermosas
tiñen de rojo mi triste jardín
para consolar a mi angustiada alma
que llora por un amor que llegó a su fin.*

De pronto tuvo un presentimiento. No estaba sola en el comedor. El miedo a darse la vuelta y encontrarse con algún salteador de caminos la hizo estremecerse. Prefirió seguir de espaldas y hacer como si no hubiera escuchado nada.

—¿Se puede? —preguntó una voz masculina que ella conocía bien.

Se volvió, atónita. Era cierto que él había ocupado sus pensamientos cada día, pero no creía que las alucinaciones fueran a formar parte de sus desvaríos.

Miles Parker estaba de pie frente a ella, sin quitarle la vista de encima. Lucía un traje sencillo de viaje gris oscuro y el cabello ligeramente despeinado, pero aun así su aspecto era el de un dios griego, o al menos así le parecía. Sostenía su sombrero con ambas manos y tenía aspecto cansado.

—Perdón por la interrupción. Intenté entrar por el otro lado, pero está cerrado.

—Es temprano. No abrimos hasta dentro de media hora.

Ambos guardaron silencio unos segundos, hasta que Miles habló.

—Son unos parajes hermosos los que tienen aquí.

—Sí. Aunque el verano prácticamente ha terminado. En primavera es aún más bonito. ¿Ha venido a visitar a la señora Latimer?

—Pues... —Parker carraspeó— sí, la he visto. Me dijo que trabajas aquí por unos días.

—La empleada de la dueña de la posada está enferma.

—Comprendo.

—Y quise...

—Ayudar.

—Así es.

—¿Quedan habitaciones libres?

Ada frunció el entrecejo.

—¿Va a hospedarse aquí?

—Esa era mi intención.

«¿Qué?»

—Sí, quedan. Mas tanto el mobiliario como el servicio es modesto y...

—Perfecto.

—¿Cuánto tiempo?

—El necesario.

«¿Necesario para qué, Miles? ¿Por qué no te vas por donde has venido y dejas de torturarme?»

—Sé que la recepción tampoco estará abierta a estas horas, pero... ¿podrías hacer una excepción?

—inquirió el vizconde esperanzado.

Ada titubeó unos instantes. Luego asintió con timidez y dejó la escoba apoyada en la pared, yendo en busca del libro donde se anotaban las inscripciones con los datos de los clientes. Miles la siguió, permaneciendo tan cerca de ella que la dama casi se tropieza con la alfombra a causa de los nervios. Cogió en la recepción el libro para anotar el nombre del nuevo huésped y lo puso sobre el mostrador, tomando tinta y pluma para escribir. Le temblaba el pulso violentamente. Parker se percató de ello y rodeó el mostrador, poniéndose a su lado y posando su mano sobre la de Ada. Ella dio un respingo.

—¿Te encuentras bien?

—S-sí, e-estoy... bien.

Intentó hacer las anotaciones de nuevo, cuando Huntercombe no pudo aguantarse más, y asiéndola por un brazo, susurró:

—Deja eso.

—Tengo que apuntar...

—Ya lo harás después. Ahora necesito que me escuches, pues lo que voy a decirte es muy importante. Es la razón por la cual he hecho este largo viaje.

Ada se volvió, quedando frente al caballero, y sus miradas se encontraron. Le costó horrores contenerse ante las ganas de lanzarse en sus brazos. Inspiró hondo.

—Han pasado cinco meses desde la última vez que nos vimos —comenzó a decir Miles—, y desde entonces ha sucedido algo que considero es mi obligación comunicártelo. Primero debo pedirte perdón por mi estupidez y mi arrogancia, pues me comporté como un animal contigo en varias ocasiones. No tenía el derecho de juzgarte ni poner tus acciones en una balanza, pues mis pecados son mucho mayores que los tuyos. Sin embargo, Ada, y a pesar de conocer perfectamente mi posición en toda esta historia, me atrevo a venir humildemente a ti y a esperar que alivies el tormento que me ha estado azotando durante estos meses.

Sorprendida por sus palabras, su interlocutora dio un paso atrás.

—¿Tormento? ¿De qué tormento puedo librarte yo?

Miles caminó hacia ella, acorralándola contra la pared.

—Del tormento de soñar contigo todas las noches y al despertarme de madrugada y buscarte a tientas en mi lecho darme cuenta de que me encuentro totalmente solo.

—¿De qué... de qué hablas?

Parker tomó su cara entre sus manos y dijo:

—Te quiero, Ada. Te quiero de una manera posesiva y enfermiza. Jamás imaginé que mi felicidad podría depender tanto de una persona, y el estar lejos de ti ha sido como vivir exiliado en un condenado desierto sin una sola gota de agua.

—Por favor, basta...

—Sé que no valgo ni la mitad de lo que realmente mereces, pero me contentaría con ser tu esclavo de por vida si con eso me permites formar parte de tu mundo. Cásate conmigo, amada mía, y te juro que te dejaré ganar en todas las peleas.

Mareada por la impresión ante semejante declaración, Ada se apartó de él. La amaba... eso sí que era imposible de creer. A pesar de lo que había hecho. *Lo que había hecho...* Se armó de valor para responder a su petición de matrimonio. Iba a ser horrible tener que contemplar la expresión de su rostro y comprobar que ella era la culpable de su sufrimiento. Pero no había otra alternativa.

—Viniendo de tan lejos podrías al menos haberte cerciorado de que lograrías tu propósito, Miles Parker —manifestó fríamente.

Huntercombe la miró sin comprender.

—¿Qué te hace pensar que tengo la intención de entregarte mi libertad? Soy viuda, dueña de mí misma, y puedo hacer lo que se me antoje. Solo aceptaría volver a casarme si estuviera hundida en la miseria, y por suerte, este no es el caso.

—¿Me estás... rechazando?

—Así es. Y espero que tengas dignidad suficiente como para no insistir al respecto.

Miles bajó la cabeza y miró al suelo.

—No te creo —musitó.

Ada soltó una risa amarga.

—Es de esperarse —declaró—. Un hombre como tú, que piensa que nunca pierde una partida...

—¡Esto no es una partida de póquer, maldita sea! —exclamó Huntercombe—. Son nuestras vidas, Ada. ¿Vas a decirme que lo que ocurrió entre nosotros fue un juego? ¿que lo que sentimos es una ilusión?

—Yo no siento nada por ti —le espetó ella—. Ni lo sentiré jamás. Tú querías divertirte y yo te seguí la corriente. Deberías estar agradecido de que no te pidiera responsabilidades después de lo que hiciste. Además, ¿a cuántas más habrás manoseado bajo los árboles de tu jardín, Miles? ¿Crees que soy tan idiota como para esperar que actúes así solamente conmigo?

—Nunca he dicho que haya sido un santo. Pero si dudas de mi sinceridad cuando te digo que te amo solo por mi pasado licencioso del cual me arrepiento profundamente, entonces es que estás ciega.

—No es por tu pasado, ni es por ti. No te quiero Miles. ¿Lo entiendes? ¡No te quiero!

Ada intentó poner más distancia entre ellos, pero el vizconde fue más rápido y la agarró por los hombros.

—Repíteme eso, pero mirándome a la cara. ¡Repítelo! —gritó.

Poseído por una rabia incontrolable, no le permitió responder, y alcanzó sus labios con un beso tan agresivo que le hizo daño. Ada luchó en su interior para no sumergirse de lleno en el desbordante amor que sentía por aquel hombre, y notó que las garras de la desesperación se aferraban con ímpetu a su corazón cuando, al darle un empujón, le abofeteó con la palma abierta, dejándole una mancha carmesí en la mejilla izquierda.

Una lágrima descendió por la enrojecida faz de Miles, que al hacer su recorrido por la parte herida de su mejilla, le produjo un gran escozor.

Se llevó una mano a la cara.

—¡Lárgate de aquí! —le ordenó Ada.

Un abrupto silencio dominó la estancia, rompiéndose después con la voz grave de Parker, que susurró como pudo:

—Siento haberte molestado.

Y dicho esto, se marchó por la puerta trasera.

Ada llegó a casa algunas horas después con el alma rota y los ojos enrojecidos. Había llorado toda la mañana, y a sus remordimientos por las acciones pasadas ahora se había unido el dolor por haber tratado tan cruelmente al hombre al que amaba. ¿Pero qué iba a hacer si no? Conociéndole, sabía que hacerle creer que no significaba nada para ella era la única forma de alejarle.

Fue a su habitación sin demora, rezando para no encontrarse a Cassie en su camino. Para su desgracia la señora Latimer ya la estaba esperando ante su puerta.

—Te he visto llegar a través de mi ventana —explicó—. ¿Cómo es que vienes tan temprano? Me comentaste que estarías en El rey Guillermo hasta la noche...

—La señora Bloom me mandó a casa.

—¿Va todo bien, Ada? —preguntó Cassandra entrando con ella en sus aposentos—. ¿Has llorado o son imaginaciones mías?

—Son imaginaciones tuyas. Lo único que me ocurre es que estoy exhausta y necesito descansar, por eso he venido.

—Ah. Lord Huntercombe estuvo aquí.

—¿Ah, sí?

—Me preguntó por ti. ¿No le viste?

Ada dudó si contestar a esa pregunta.

—Pues... sí, le vi. Iba a hospedarse allí por unos días.

—¡Oh! ¿Y por qué no me lo dijo? ¡Aquí tenemos varias habitaciones disponibles! Avísale sin falta mañana que se traslade a nuestra casa. No puedo consentir que uno de nuestros amigos se quede en una posada a dormir si nosotras estamos en condiciones de darle cobijo.

—No creo que a estas alturas siga en Hampshire.

Cassie frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque ya hizo lo que venía a hacer.

La joven se llevó una mano a la boca.

—¿Quieres decir... que te lo ha pedido?

—¿A qué te refieres?

—¡Lo sabía! —exclamó Cassie riendo—. Se le notaba a leguas de distancia que su intención era proponerte matrimonio. ¿Cuándo os casáis? Porque te lo ha pedido, ¿verdad?

La mirada de Ada se ensombreció.

—Sí, me lo pidió, mas no habrá ninguna boda.

—¿Qué? ¿Le rechazaste?

—Sí, eso hice.

—¿Te has vuelto loca? ¡Si me confesaste que estabas enamorada de él! ¿Por qué tiras por la borda esta oportunidad para retomar tu vida y ser feliz?

Ada trató de reprimir las lágrimas al recordar lo sucedido aquella mañana. Sintió un nudo en el estómago, y rindiéndose, gritó:

—¡Porque no puedo construir mi felicidad sobre las ruinas de la tuya!

Cassie se quedó mirándola estupefacta. Su prima rompió en un llanto desgarrador, cubriéndose el rostro con las manos y sollozando como una niña indefensa. Sin embargo no se acercó a consolarla,

sino que manifestó con calma:

—Agradezco inmensamente tu sacrificio, pero el flagelarte continuamente por tus pecados no me devolverá a Julian. No quiero que hagas esto. Debes buscar a lord Huntercombe y aceptar su propuesta.

—No voy a hacerlo, Cassie. No voy a dejarte sola. Además, mi negativa ha sido rotunda y no puedo retractarme. No es lo correcto.

—¡Al cuerno con los convencionalismos! —exclamó Cassandra, irritada—. Fueron los convencionalismos los que nos separaron al padre de mi hijo y a mí, y no permitiré que vuelvan a causar estragos en mi familia. Irás a ver a Miles Parker y te retractarás. Él lo entenderá.

—Le he herido demasiado. Ahora estará odiándome.

—El verdadero amor no muere tan fácilmente, Ada. Con las millas que ha recorrido, sabiendo que provienes de una familia sin título, ni dinero, ni apellido, y que para colmo tienes dos hijos a tu cargo... ¿No te das cuenta de lo mucho que debe quererte para haberse humillado así? Las mujeres como nosotras no estamos a la altura de hombres como lord Huntercombe, pero él está dispuesto a mandar todo a paseo con tal de tenerte. Posees un tesoro, y serías una tonta si lo despreciaras.

Ada levantó la vista.

—No sé dónde podría encontrarle... yo... ¿y si se ha ido a Londres?

—Pues cogerás el primer tren con destino a la capital. No toleraré que pierdas el tiempo. Además, así tendré una excusa para volver a esa mansión tan encantadora que es Huntercombe Manor —sugirió Cassie con picardía—. No me hagas tener que tomar medidas drásticas y amenazarte con echarte de casa...

Ada rio y abrazó a su prima.

—Todo se arreglará —dijo esta acariciándole el cabello—. Ya lo verás.

«No es por tu pasado ni es por ti. No te quiero, Miles, ¿lo entiendes? ¡No te quiero!»

El vizconde rumiaba aquellas palabras cargadas de hiel una y otra vez mientras permanecía sentado en uno de los últimos bancos de la hermosa iglesia normanda de Todos los Santos. El lugar estaba abierto a los fieles que desearan recogerse en la casa del Señor a hacer sus peticiones, mas durante ese día no habría ningún servicio religioso, algo que Parker agradecía, pues quería unos instantes de paz y soledad para pensar qué hacer ahora que sus planes se habían ido al traste.

Le declaró su amor y ella se lo tiró en la cara. ¿Tanto le dolía que la hubiera abandonado como lo hizo? ¿Pretendía pagarle con la misma moneda? ¿Y si regresaba a la posada y se la llevaba a rastras?

No, no funcionaría. No se la imaginaba como una doncella desfalleciéndose al verse secuestrada por un bandolero, sino más bien tomando una buena escopeta y poniéndosela en la nariz si se atrevía a volver a molestarla. Ada no era una mujer corriente. Por eso estaba loco por ella.

Sacó de su bolsillo el anillo que había comprado para sellar su compromiso y lo retuvo en la palma de su mano, observándolo detenidamente. El zafiro perfectamente tallado que se hallaba rodeado de minúsculos diamantes en el centro de la joya emitió un tímido destello. Tenía que intentarlo de nuevo. Se había prometido a sí mismo que lograría que aquella fiera sin domar llevara su apellido, y que le ahorcaran si no conseguía su propósito.

Una voz desconocida murmuró algo a su espalda. Se volvió.

—¿Puedo ayudarle en alguna cosa, joven?

El anciano que le hablaba parecía amable. Por su vestimenta dedujo que era el vicario.

—¿Está usted a cargo de esta iglesia? —preguntó.

El reverendo hizo ademán de sentarse en el banco de delante y Miles asintió.

—Mi nombre es Dougal Jenkins, y soy el pastor de esta pequeña comunidad. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

—Miles Parker. Encantado. No, no soy de por aquí. Vengo de Londres, aunque soy natural de Essex.

—¡Oh, de Londres! Raramente tenemos visitas procedentes de la capital. ¿Viene a ver a sus parientes?

—No. No tengo familia aquí. ¿Le molesta si me quedo un rato más en su iglesia?

Jenkins sonrió.

—No es mi iglesia, señor. Es la casa de Dios. Y todo aquel que desea entrar es bienvenido.

—No soy un hombre nada religioso, ¿sabe? He ido muy pocas veces a la iglesia en toda mi vida, y aún no entiendo porqué. ¿Puedo... hacerle una consulta?

—Por supuesto.

—¿Cree usted que el destino de los hombres está escrito en algún lado?

El reverendo entrecerró sus arrugados ojos y respondió:

—Dios nos crea y traza una línea por donde irán nuestras vidas. Situaciones que vivimos, personas que conocemos... todo está planeado. Ahora, lo que hagamos con las circunstancias que se nos presentan es cosa nuestra. ¿Conoce usted la historia de Sansón?

—No.

—Fue un juez del pueblo de Israel hace muchos años, cuando estos vivían esclavizados por los filisteos. Dios lo creó para que fuera su libertador, pero el hombre quiso hacerlo a su manera. Acabó muriendo en el templo filisteo sirviéndoles de bufón. Pero fíjese en el dato. Aunque su cabello había sido cortado y la fuerza le había abandonado a causa de su desobediencia, Dios le devolvió sus facultades, y estando el templo repleto de gente del pueblo enemigo, este separó las dos columnas principales del edificio, que cayó sobre él y los que allí estaban matándolos a todos. Al final cumplió su propósito y libertó al pueblo, pero con un final diferente.

—¿Piensa que de no haber desobedecido podría haber sobrevivido y cumplido su misión de otro modo?

—Es posible. Claro que nuestros destinos están escritos, pero las heridas que nos hagamos por el camino es nuestra responsabilidad.

Miles se levantó del banco de madera y le tendió la mano al párroco.

—Ha sido un placer conocerle, reverendo Jenkins.

—Igualmente. Espero que volvamos a vernos.

—Desde luego. Y muy pronto, además. Gracias.

Parker salió al exterior a tomar aire y decidió tomar el sendero que atravesaba el cementerio. Le gustaba pararse a leer las bellas frases esculpidas en las lápidas, unas eran realmente conmovedoras. Escuchó el llanto de una mujer a unos metros y se asomó a la parte izquierda del camposanto. Se estremeció al ver a Ada echada sobre una tumba, acariciando la piedra que la cubría y hablando sola. Caminó hacia ella.

Ada estaba desesperada. Le había buscado por todas partes. Como predijo antes, Miles se había marchado.

Lo tenía merecido. No era justo que, después de haber recibido semejante humillación, continuara dispuesto a insistir en su ofrecimiento.

Desconsolada, acudió al cementerio. Allí solía tener varias «tertulias» con Hugh, donde le abría su corazón como nunca hizo mientras él vivía. Se sentía tremendamente aliviada tras sus visitas, aunque la muerte de su marido fue un duro golpe del que le había costado recuperarse en su día.

Las flores que depositó la última vez estaban marchitas, y las sacó del jarrón, poniéndolas a un lado. Necesitaba urgentemente hablar con él, donde quiera que estuviera. Se sentía un poco estúpida viéndose conversar sola, pero era una forma de desahogar toda su frustración y su dolor. Tragó saliva antes de hablar.

—Hola, Hugh. Hace tiempo que no vengo a verte. Debí cambiar tus flores hace días. La próxima vez te pondré margaritas blancas, que sé que te gustaban.

Una ráfaga de viento fresco recorrió el lugar, deshaciendo ligeramente el peinado de Ada.

—Ha venido a verme —prosiguió—. Y he sido tan ruda con él que estará maldiciéndome en estos momentos. Fui cruel, lo sé. Pero ¿cuándo no lo he sido? ¿Acaso no está en mi naturaleza? Soy una calamidad para los que me rodean, y es mejor que permanezcamos lejos el uno del otro.

Lo único que traspasa mi alma como una espada afilada es... que se haya ido sin saber lo mucho que le amo.

Las lágrimas invadieron sus iris verdes, y sollozando, dijo:

—¡Oh, Hugh, si pudiera cambiar el pasado! ¡Cuán largas son las sombras de nuestros errores! Mi pecado me ha alcanzado, y no tengo cómo escapar de él. Tú fuiste una de las víctimas de la dureza de mi corazón, que ha arrasado lo que ha encontrado a su paso. Y aquí estoy, rogando tu perdón cuando es demasiado tarde, y lamentando haber perdido el amor de un hombre bueno. No tengo derecho a ser amada, pues le he negado ese privilegio a tantas personas...

»Cassie quiere que vaya a Londres. Cogería el primer tren si supiera lo que me espera, pero temo mirarle y no ser capaz de pronunciar palabra. No soy tan valiente como ella. No soportaría... escuchar de sus labios que me desprecia. No... lo soportaría...

Acarició con ternura la losa de piedra y declaró:

—Eras un hombre sabio y prudente, y cualquiera podía confiar en tus consejos. Si estuvieras a mi lado para decirme qué hacer...

Una mano firme descansó sobre su hombro. Ada se giró alarmada. El intruso la miraba con intensidad. Había escuchado toda su confesión de pie detrás de ella sin que la dama se percatara.

—¡Miles! —exclamó antes de levantarse y echarse en sus brazos.

Se quedaron abrazados durante unos segundos, y Parker rozó su frente con los labios.

—No vuelvas a asustarme así, pequeña —musitó.

Ada le besó en el mentón.

—Lo siento, lo siento mucho...

—Shhh...

Miles deslizó el anillo en el dedo anular de la mano de Ada y la besó. Ella apenas podía contener su estupor.

—Después de la que has armado ya no podrás seguir negándote a casarte conmigo —bromeó.

—No, no podré. Estoy condenada a quererte de por vida.

Huntercombe abrazó a su prometida y ambos miraron hacia la lápida.

—Te llevaré a casa —manifestó el vizconde rodeando su talle y guiándola a la salida del cementerio.

El calor era abrasador, tal y como se lo habían advertido. La tierra era árida, y las lluvias brillaban por su ausencia. Decían que no era así en todo el país, mas el campamento donde se encontraba estaba instalado en una zona cálida y seca.

Julian nunca se imaginó en un sitio como aquel. Echaba de menos el frescor de Inglaterra, sus paisajes verdes, sus jardines de rosas y su cielo nublado. En pleno octubre, cuando las islas británicas ya se hallaban en otoño y los árboles empezaban a carecer de su vestimenta habitual, en Australia la temperatura aumentaba, pues estar en el hemisferio sur hacía que todo allí fuese al revés, sumiendo al país al final en un verano terrible a mediados de diciembre. Se limpió el sudor de la frente con la manga de su camisa blanca de algodón. Allí nadie iba en traje si no quería morir asado. A las pocas mujeres inglesas que conocía no les importaba verle en mangas de camisa, cosa un tanto indecorosa en Inglaterra, y acabó por acostumbrarse. Cuanto más ligero se fuese de ropa dentro de lo permisible, mejor.

Uno de los hombres con el que había entablado amistad a su llegada a Sidney, Rupert Wren, volvió a Australia tras unas vacaciones en Cornualles, de donde era su esposa Millie. Estaba también involucrado en el negocio de los ópalos, y ambos trabajaban codo con codo para sacar aquellas piedras del corazón de la tierra.

Desde que desenterró su primera piedra de valor Rupert no dejaba de repetirle que era un «condenado inglesito con suerte». Y la verdad es que lo era. Había encontrado en una de las minas un ejemplar espectacular, que se habían llevado para ser debidamente pulido, y Wren, que estaba a cargo del asunto, prometió guardarlo con su propia vida hasta que este estuviera en manos de su propietario.

Bebió un trago de agua. Hoy era el gran día. Mientras caminaba de un lado a otro dentro de la tienda, Rupert entró con los ojos brillantes y una sonrisa infantil.

—¡Es preciosa, Haygarth! ¡Como un hada de un bosque nórdico!

—Déjame verla.

Wren le extendió la caja donde la joya estaba custodiada. Julian la abrió y agrandó los ojos al contemplar aquel objeto ovalado que emitía diferentes colores: turquesa, azul marino y negro.

—Es fabulosa, sí.

—Se la he mostrado a los chicos y algunos dicen que supera en belleza al *Cruz del sur* que Crowden descubrió el mes pasado.

Julian rio.

—Ninguna piedra superará al *Cruz del sur*, Rupert.

—Yo diría que están a la par. Las dos son perfectas, dignas de ser vendidas a un alto precio. Supongo que querrás conservarla...

—Por supuesto.

—¿Y qué nombre le pondrás?

El marqués volvió a mirar la piedra que tenía en sus manos.

—*Cassandra* —susurró.

—Oh, nombre de mujer, ¿eh? —dijo Wren, intrigado—. ¿Alguna historia pasada que te trae bonitos recuerdos?

Julian asintió.

—Estará contenta de que le hayas puesto su nombre. Y un ópalo no estaría mal como regalo de bodas... ¿o ya está casada?

—Lo estaba.

—Mejor me lo pones. Aunque las viudas a veces no son fáciles de atrapar... ¿o es que está divorciada?

Haygarth miró a su compañero de hito en hito, perplejo ante su desparpajo.

—Viuda —aclaró.

—¿Piensas ir a decirle que ahora eres más rico que antes de venir aquí?

—Ella no es de esas que se compran con dinero, Wren.

Rupert carraspeó.

—Entonces el nombre es perfecto, pues mujeres como esas escasean. Y teniendo en cuenta que cada ópalo es único e irrepetible, le viene como anillo al dedo el apodo a tu piedrecita.

Julian volvió a contemplar la joya y esbozó una sonrisa ladeada. Tantos meses sudando como un gorrino le habían traído una hermosa y carísima recompensa. Estaba satisfecho con su hallazgo.

—Por cierto, Haygarth, ha llegado hoy el correo. Hay una carta para ti —informó Wren sacando la misiva de su bolsillo—. De Inglaterra.

—Gracias.

El joven tomó la carta de manos de su amigo y la leyó con rapidez. Al terminar la última línea tenía la boca completamente abierta.

—¿Qué pasa? ¿Malas noticias?

—No —respondió Julian—. Al menos no lo parece, dependiendo de cómo se mire.

—Venga, no me tengas en ascuas.

—Es de un amigo. Miles Parker. Esto tiene que ser una broma.

—¿Qué? ¿Se apunta a arremangarse la camisa y ponerse a cavar?

—Nada más lejos de eso —replicó el marqués, saboreando aún la buena nueva como si de un dulce se tratara—. La fecha de esta carta es de varias semanas atrás, y por lo que dice aquí... no puedo creer que no me avisara con más antelación. El muy bribón... se casó ayer.

Ada Parker bajó a desayunar temprano aquella mañana. Estaba aún algo cansada tras el viaje de Hampshire a Londres unas horas después de la boda, y se propuso acomodarse al menos algunos de sus trajes en el enorme armario de sus aposentos a pesar de que su esposo le insistió una y otra vez que eso era trabajo para las criadas.

Había echado terriblemente de menos a Cassie en la ceremonia. Su prima estaba de luto, por lo que no pudo estar en la iglesia, pero antes de su partida la joven le dio un fuerte abrazo y le deseó toda la felicidad del mundo.

La majestuosa lady Amelia acudió a la celebración a regañadientes y no paraba de ahuyentar mosquitos imaginarios con su gran abanico. Miraba a su alrededor como inspeccionando cada rincón del templo de piedra, y manifestó su desagrado a su hijo y a su nuera en privado por haber escogido un lugar tan humilde para celebrar el casamiento del vizconde y su prometida. Miles, como siempre, no le hizo el menor caso, y se limitó a besarla en la frente y a participarle lo feliz que se sentía de que hubiera sacrificado sus debilitados huesos y hubiera aguantado varios kilómetros a bordo de un

cómodo carruaje para ir a su boda.

Henrietta, su cuñada, también fue con su marido Mark y sus hijos, y la joven condesa estaba rebosante de alegría de que su hermano por fin sentara cabeza. Presentía que serían grandes amigas. En cambio la cosa sería más difícil con la vizcondesa viuda, pero haría lo que estuviera en su mano por ganarse el afecto de su suegra, pues ella era la madre de su querido recién estrenado marido.

Entró en el vasto comedor de la mansión londinense casi a hurtadillas, pues pensaba que los demás aún dormían. Se acercó al aparador, destapó la primera de las humeantes bandejas, e inspiró hondo. El día anterior apenas había comido y estaba hambrienta. Ahogó un grito cuando Miles, detrás de ella, rodeó su cintura y le dio un suave mordisco en el cuello.

—Buenos días, milady.

—¡Miles! ¡Qué susto me has dado!

—¿Por qué? ¿Quién te va a abrazar así aparte de mí? ¿Acaso creías que un criado intentaba propasarse contigo?

—No seas tonto. Pensé que estaba sola. No te vi al despertarme... y creí que te marchaste para resolver algún asunto antes de partir hacia Huntercombe Manor.

—No hay ningún asunto que atender aparte de mi bella esposa —dijo él abrazándola y besándola en los labios.

—¿Dormiste bien?

Parker rio.

—¿Me tomas el pelo? ¿Dormir? Pero si tú no dejas dormir a nadie...

Ada enrojeció hasta la raíz del cabello ante su indirecta.

—Eres un atrevido —le soltó—. Y te recuerdo que fuiste tú quien vino a mi dormitorio. Si tanto te molesta tienes al otro lado de la pared una cama bien grande con dosel para ti solito, así que solo has de avisarme y cerraré mi puerta con llave...

—¿Te he dicho que hablas como una cotorra, lady Huntercombe? —le interrumpió Miles acorralándola contra el aparador—. Al amo de esta casa no se le discute. Tú eres la atrevida, y te voy a tener que enseñar modales.

A la dama no le dio tiempo a decir nada más, pues Parker la tomó en sus brazos y la besó con tanta ternura que se le aflojaron los tobillos. No se dio cuenta de que habían tirado al suelo dos bandejas y el jamón se había desparramado por el suelo.

Miles le quitó un par de horquillas del pelo y la parte de atrás de este cayó en cascada sobre su espalda. Su melena tenía obsesionado a su marido, que en cada oportunidad que se le presentaba jugaba con su cabello como un niño con un juguete nuevo.

Cuando Parker la abrazaba de aquella manera, se olvidaba del mundo y lo que había alrededor. Y pensar que poco más de un mes antes estuvo a punto de perderlo para siempre...

Volvió en sí al escuchar un fuerte carraspeo y se apartó de él. Casi se desmaya al comprobar que lady Amelia acababa de entrar en el comedor. Los miraba a ambos con absoluta desaprobación. Lo más seguro era que los hubiera visto.

—Buenos días —dijo escuetamente.

—Buenos días, madre —respondieron ellos al unísono.

Miles se sentó a la cabecera de la mesa y las dos mujeres a ambos lados. Ada apenas habló durante el desayuno, y al terminar, se disculpó y se levantó con la velocidad de un rayo, alegando una molesta migraña. Nada más salir de la estancia, oyó a su suegra comentarle en voz baja a su hijo:

—Ya sé que es tu mujer, Miles, mas compórtate de una manera civilizada. La pasión está muy bien para la alcoba, pero los criados no tienen por qué saber que estás encandilado hasta el punto de montar una escena delante de cualquiera. Procura ser más comedido.

Y subió las escaleras sonriendo.

Cassie dobló por la mitad la misiva recibida de parte de su amiga Celeste Archer y abandonó el banco de hierro instalado en el jardín de su casa de Hampshire. Era un día soleado y había que aprovecharlo, pues pronto llegaría el invierno y la temperatura descendería notablemente, así que se propuso pedirle a su cocinera que le sirviera el almuerzo en la terraza.

Arthur había regresado al colegio y estaba completamente sola ahora que Ada se había casado y se había llevado a sus polluelos con ella. La añoraba sobremanera. Y también a Johnny y a la pequeña Ivy. Pero se alegraba de haberle dado el empujoncito necesario para que se armara de valor y corriera tras su amor, empezando de cero y retomando las riendas de su vida.

Rio para sus adentros ante su paradójica actitud, pues era incapaz de aplicarse a sí misma los consejos que dio a su prima, y su falta de valor y, por qué no decirlo, su absurdo sentido de la fidelidad habían puesto millas de distancia entre ella y Julian una vez más.

Frank estaba muerto y eso no cambiaría. No lograría girar el rumbo de los acontecimientos, ni modificar sus sentimientos respecto al marqués si decidía mantenerse lejos de él. Era una verdad que le costó seis meses aceptar.

Pensó en escribirle y rogarle que regresara. No tenía la menor idea de lo que le diría cuando se presentara allí, mas debía arriesgarse.

Pero primero haría ese viaje a Escocia y visitaría a Celeste. Necesitaba hablar con su amiga, disfrutar de su personalidad risueña y su grata compañía. Entonces, con la mente fría y los pensamientos aclarados, pondría su vida en orden.

Además, existía un fuerte motivo por el que debía partir hacia Oban. La última carta de la señora Archer le había abierto los ojos en cuanto a cierto asunto que le rondaba por la cabeza, y con el hecho de que mencionara a una tal «señora Hayley» en sus breves líneas pudo reunir la última pieza del extraño rompecabezas que comenzaba a formarse en su mente.

Si era verdad lo que estaba pensando, entonces tendría que actuar, guiada por su sentido de la justicia.

Llamó a Higgins y le pidió papel y pluma. El mayordomo se presentó con lo solicitado y la joven le preguntó:

—¿Cuándo sale hacia Londres el próximo correo?

—Mañana temprano, señora.

Cassie se quedó pensativa.

—¿Podrías por favor encargarte de que toda nuestra correspondencia salga mañana mismo?

—Sí, señora.

—Gracias, Higgins. Puedes retirarte.

El criado obedeció y Cassandra empezó a garabatear las primeras letras. ¿Cómo explicarlo? Era complicado. Y sobre todo, ¿cómo se tomaría el inspector que sin apenas pruebas expusiera tan claramente sus sospechas?

Tobías Henniker encendió la lámpara de su mesa de despacho, y recostándose en su asiento, echó una calada a su puro, descansándolo después sobre el cenicero que tenía a su derecha. Había sido un día agotador, de los que no le dejaban tomarse ni media hora para comer.

Eran las diez de la noche, y tras obligarse a cenar algo rápido, revisaba el correo que el cartero trajo por la mañana, deseoso de que ninguno de los mensajes contuviera una mala noticia, pues entre varios juicios por robo, dos casos de asesinato y uno de suicidio tenía suficiente para una buena temporada.

Jamás se arrepintió de abandonar su empleo como detective privado y trabajar para la Scotland Yard. Siempre quiso ser policía y poner su granito de arena para que donde él estuviera fuese un lugar un poquito mejor, y ese empeño le había hecho olvidarse de sus propias necesidades personales después de la pérdida de su esposa Fanny, concentrándose únicamente en su trabajo y dejando todo lo demás a un lado.

Pensó seriamente en casarse de nuevo cuando conoció a Ada Smith, ahora vizcondesa de Huntercombe. Era una mujer hermosa, inteligente y gentil. Le trataba con suma cortesía, pero no veía en ella interés alguno que fuera más allá de la amistad, y lo comprobó cuando supo a través de la señora Latimer que su prima iba a contraer matrimonio con un aristócrata amigo de la familia.

Se alegraba por ella y deseaba que hallara la felicidad junto a su marido. No estaba hecha para ser la esposa de un inspector que se rodeaba a todas horas de criminales y que apenas tenía tiempo para estar en casa. Se merecía otra cosa.

Al rebuscar entre el correo sus cartas personales halló una de Cassandra y sonrió de oreja a oreja. No la había visto desde el funeral de Frank, y recibía con agrado cada pequeña nota que viniera de la viuda de uno de sus mejores amigos. La abrió sin dilación y la leyó en voz baja:

Estimado inspector Henniker,

Celebro que, como bien me apuntó usted en su última carta, se encuentre bien de salud. No tuve la oportunidad de agradecer su apoyo en el duro trance por el que atravesé durante el fallecimiento de mi querido esposo, y lo mucho que significó tanto para mí como para Arthur el hecho de que acudiera al sepelio celebrado en mi tierra natal. Frank le estimaba en gran manera, y ese es un sentimiento compartido por todos nosotros.

Ahora que mi prima se ha mudado a Essex con sus hijos tras su boda con lord Huntercombe, he tenido tiempo suficiente para pensar en ciertos acontecimientos que me han quitado el sueño estos días, y acudo a usted de manera confidencial en busca de consejo y auxilio para que me diga qué hacer al respecto. No ha de preocuparse por mi seguridad, pues no es nada que me atañe personalmente, pero creo que si callara ante lo que he descubierto estaría cometiendo un grave error.

Hace poco más de un año, durante una de sus visitas a mi casa en Londres, nos contó una historia a mi marido, a mi prima y a mí sobre un caso de asesinato que no pudo resolver por falta de pruebas. Fue un relato que me impresionó tanto que no fui capaz de olvidarlo, y ¡gracias a Dios que no lo hice!, porque si no hoy no tendría usted esta carta entre sus manos, y por lo tanto no le habría llegado la información que me he propuesto participarle por si fuera de alguna ayuda.

Una gran amiga mía, Celeste Archer, reside en Escocia junto a su marido, que es comerciante

de whisky. El día de la muerte de Frank vio en mi casa por casualidad a una conocida mía, lady Blanche Haygarth, y me reveló algo que me intrigó muchísimo, pues dijo que la había visto en su ciudad de residencia hace años, y que entonces estaba en estado. Pero lady Blanche no tiene hijos.

Cuando ella volvió a Escocia, continuó escribiéndome. Nada me hizo sospechar que hubiera una conexión con lo que me contó usted meses atrás, hasta que la señora Archer, en su última misiva, me aclaró que debía de haberse confundido, pues la mujer que acompañaba a la dama que se parecía a lady Blanche el día que la vio por primera vez es amiga suya, una tal Amanda Hayley, y al preguntarle a la señora Hayley ella negó rotundamente que conociera a alguien con ese nombre.

Al leer el apellido Hayley recordé de inmediato el papel que la víctima llevaba en el bolsillo cuando lo hallaron en el Támesis, que decía: «Oban, Escocia. Granja Hayley.» Y también una de las iniciales: la letra G. Medité largas horas sobre qué podrían ser esas iniciales, y caí en la cuenta de que el apellido de soltera de lady Blanche era Guilford.

Y para más desafortunadas casualidades, resulta que el joven asesinado fue ayuda de cámara del que ahora es su esposo, y que en la época en la que mataron al pobre hombre ella estaba en el extranjero, en paradero desconocido.

No pretendo hacer ninguna acusación contra nadie, mas le rogaría que hiciera lo posible por investigar si todo esto tiene alguna relación lógica. Lady Blanche es una dama amable y honesta, pero temo que puedan haberla involucrado en algo horrible sin que se haya percatado. Estoy realmente asustada.

Dentro de unos días visitaré a mi amiga y trataré de saber más. Mientras tanto es lo único que puedo comunicarle.

Reciba un afectuoso saludo y mi sincera gratitud.

Atentamente,

CASSANDRA LATIMER

Henniker se irguió alarmado. Se acordaba perfectamente del caso Brent. Echó otra calada a su puro y expulsó el denso humo con el ceño fruncido. Las suposiciones de la señora Latimer eran eso, meras suposiciones, pero el número de casualidades que se agolpaban alrededor era alto, y él sería un necio y un imprudente si lo ignorara.

Su olfato detectivesco aún continuaba intacto, y algo le decía que Cassie no desvariaba. Decidió llegar al fondo de la cuestión y descubrir qué diablos tenía que ver Blanche Haygarth con William Brent, y qué sabía sobre el fallecido, mas no permitiría que Cassie se involucrara lo más mínimo. No sabía a qué se exponía y podía estar corriendo un grave peligro.

Tomó una hoja en blanco y se dispuso a responder a la carta. Se la haría llegar antes de que ella partiera hacia Escocia y le advertiría que tuviera muchísimo cuidado con las preguntas que hacía por allí.

Haría lo posible por protegerla. Se lo debía a Frank.

El día de su partida amaneció con un cielo cubierto por espesas nubes grisáceas que auguraban una lluvia intensa. El viento fresco que venía del mar azotaba las ramas de los árboles sin piedad, y por unos instantes Cassie pensó en posponer el viaje para el día siguiente.

Lo malo era que durante el otoño solía llover bastante, así que si no aprovechaba la ocasión para salir de Hampshire en aquel momento, probablemente los caminos estarían cubiertos de lodo y las carreteras principales intransitables unas horas después.

No le daría tiempo a contestar al mensaje de Tobías. Henniker había sido muy amable al mostrarse preocupado por su bienestar y advertirle que no se expusiera a lo desconocido, y se había prometido seguir su consejo. Cuando volviera de Oban respondería a la misiva, añadiendo a la misma la información que adquiriera en las tierras del norte.

Se puso en marcha antes de las diez de la mañana con su cochero y un lacayo como única compañía. Dos mozos habían subido su equipaje al carruaje y todo el servicio la despidió en la puerta principal de la mansión. Una vez más la sensación de soledad zarandeó su corazón al darse cuenta de que todos los miembros de su familia estaban lejos de ella, y que nadie esperaría ansioso su regreso.

Se subió al vehículo y se acomodó junto a la ventanilla, con una manta sobre las rodillas para abrigarse las piernas. El mes de noviembre sería frío ese año.

Al atravesar el pueblo de Fawley sacó de su bolso su cajita de música y la abrió. La melodía ya no le parecía tan triste. Quizá porque contaba los minutos para volver a casa y lanzarse a la aventura de escribir a Julian pidiéndole que volviera a ella, esperando obtener una respuesta positiva por su parte.

Idearía una manera de lograr su propósito, y cuando le tuviera a su lado le confesaría su secreto. Tenía que saber que el niño llevaba su sangre. Era lo justo tanto para Arthur como para él. Y si la aceptaba... se convertiría en lo que llevaba una década deseando ser: su esposa.

Pensando en ello se quedó dormida, yendo a despertar cuando ya habían avanzado bastantes kilómetros y el cochero se disponía a hacer la primera parada para dar de beber a los caballos y darles un poco de reposo.

Al detenerse el coche se asomó a la ventana, y preguntó al hombre que bajaba del pescante:

—¿Queda mucho para llegar a la frontera?

—Un buen trecho, señora —informó el conductor—. Hemos tenido suerte, pues los caminos están en condiciones. Parece que se avecina tormenta.

Cassie descendió del carruaje con ayuda del lacayo y miró al cielo. Estaba oscureciendo. Recordó que cuanto más se acercaba el invierno, antes anocheecía.

—¿Podemos seguir una vez termines con los animales? —inquirió la joven.

—Sí, señora. ¿Desea viajar por la noche?

—No. Descansaremos en una posada hasta el amanecer cuando la visibilidad disminuya. Voy a dar un pequeño paseo.

—Michael le avisará cuando estemos listos para reanudar la marcha.

—Gracias.

Ambos criados se dispusieron a realizar sus obligaciones con diligencia mientras su ama salía a estirar las piernas. Cassandra entró en el local al que se habían dirigido, pidió a la camarera un vaso de sidra con tarta de manzana, y le solicitó que sirviera algo de comer a los dos hombres que trabajaban fuera. Pronto continuarían el viaje y era necesario recuperar fuerzas.

Pasaron la noche en una posada en un pueblo que ella desconocía y cuyo nombre olvidó fácilmente. Era muy común hallar ese tipo de pequeñas comunidades repartidas por toda Inglaterra. Una isla de esas dimensiones tenía espacio suficiente para albergar a miles de localidades como

aquella.

Tres días después cerca del mediodía cruzaron el puente del río Sark, entrando en Escocia. Dejaron atrás el pueblo de Gretna Green, famoso por acoger y casar a cientos de parejas que, por diversas circunstancias, no podían celebrar una boda decente en Inglaterra. Cassie notó que su corazón latía con fuerza al evocar las palabras de Ada en el momento de su confesión: «Iba a pedir tu mano a tu padre. Quería llevarte en un viaje relámpago a Escocia, donde os casarían en un pueblo cerca de la frontera.»

Sonrió con tristeza. Así que era allí donde pensaba jurarle amor eterno.

El vehículo prosiguió por una carretera de tierra, y quedó sin habla al ver que, tras una hilera de árboles, a lo lejos, se alzaba un imponente castillo de piedra gris con una torre en cada esquina de la magna construcción, cuatro en total. Un hogar perfecto para un príncipe medieval, rodeado de un extenso terreno y en medio de un paisaje de ensueño.

Cuando era niña soñaba con lugares como aquel, con caballeros, torneos y doncellas encerradas en los torreones en espera de que un valiente guerrero arriesgara su vida por ellas. Se sabía historias y canciones que aprendió de su madre sobre la época en la que los normandos se hicieron con la isla y Guillermo el Conquistador arrasaba con su ejército lo que encontrara por delante.

Escocia traía a la memoria las más fantásticas leyendas de héroes, dragones y diferentes seres mitológicos. En esa porción de isla el aire era diferente, más puro. Y la hierba más verde. Y qué decir de los espectaculares acantilados en las zonas costeras...

Se deleitó con aquel panorama, y antes de arribar al diminuto pueblo de Oban, pasó otra noche en una posada con sus sirvientes, donde probó por vez primera los huevos escoceses, que, a pesar de haberse inventado en Inglaterra, nunca había tenido la oportunidad de degustarlos.

Y por fin, tras cuatro días de viaje tranquilos y sin complicaciones (porque los cielos tuvieron misericordia de los viajeros y les enviaron suaves precipitaciones), llegaron a su destino: una casa señorial centenaria con un fabuloso jardín delantero a media milla de Oban.

Charlton y Celeste la esperaban ansiosos. La anfitriona vio al vehículo aproximarse a la entrada de la vivienda y corrió a saludarla. La efusividad que la mujer mostró ante su invitada le hizo gracia a Michael, el lacayo, que estaba acostumbrado a la frialdad inglesa, y disimuló como pudo una sonrisa ante tal escena.

—¡Oh, querida, bienvenida a mi casa! —exclamó la señora Archer en un elevado tono de voz.

—Gracias, Celeste. Ha sido un viaje largo, mas gracias a Dios ya estamos aquí.

—¿Cómo estás? Supongo que deseando sentarte en un buen sillón y una taza de té caliente.

Cassie sonrió.

—¿Cómo lo has adivinado?

—He viajado a Inglaterra en demasiadas ocasiones, cielo —respondió Celeste guiñándole un ojo

—. Ven, entra. El servicio se encargará de todo.

La señora Latimer obedeció, y se dirigió con su amiga al interior del *cottage*.

El mobiliario del hogar de los Archer era sencillo, carente de la ostentación de las mansiones inglesas. Aunque eran ricos, pues el negocio de Charlton iba viento en popa, Celeste prefería gastar sus ahorros en dar, como decía ella, «una vueltecita por ahí», refiriéndose a su profunda afición a viajar a países exóticos.

Había estado en Egipto, India, Australia, Túnez y Cuba, y venía siempre cargada con artículos propios de los países que visitaba.

Al entrar en una salita, Cassie vio colgada del techo una gran jaula blanca con una forma extraña, con la parte superior redondeada. No había ningún pájaro dentro.

—¡Ah! La jaulita —comenzó a explicar Celeste—. Es tunecina. Lo sé, no tengo pájaros que la habiten, pero era tan mona que me la traje. ¿A que es preciosa?

Cassandra asintió.

—Pues si ve el sarcófago egipcio que guarda en el dormitorio... —bromeó el señor Archer, que acababa de hacer su aparición.

Charlton saludó a la dama recién llegada con la misma alegría que su esposa, pues estaban entre amigos y no había que guardar las apariencias.

—No la asustes así, Charl —le riñó su mujer—. Solo es una imitación, porque no nos dejaron traernos uno de verdad. Más escandaloso fue que intentaras venderme por cincuenta camellos a un mercader cerca de Cartago.

Cassie abrió los ojos como platos y el comerciante soltó una sonora carcajada.

—Solamente quería saber cuánto valías, mujer —explicó él—. No pensaba cambiarte por esos animales. Además, ¿dónde meto yo cincuenta camellos? Me saldría mucho más caro mantenerlos a ellos que costear tus caprichos.

Celeste se puso roja. Cassie bajó la mirada y aguantó la risa. Charlton y su señora eran la típica pareja que discutía todo el día, y que sin embargo no soportaban estar separados.

—Bien, mis queridas damas, les dejaré a solas para que hablen de sus asuntos —manifestó el anfitrión—. Bienvenida, señora Latimer. Siéntase como en su casa.

En cuanto Charlton hubo abandonado la salita, Celeste pidió té a una de las sirvientas y se sentó con la joven en un cómodo sofá.

—¿Y bien? ¿Cómo anda ese corazoncito? —inquirió la señora Archer con gesto compasivo.

—Estoy aprendiendo a acostumbrarme —declaró Cassandra—. La ausencia de Frank se me hace muy dolorosa. Era, además de mi marido, un gran amigo.

—Lo sé, lo sé. Tan joven y ya viuda... pero sabes que aquí estamos para lo que necesites. Te vendrá bien estar unas semanas con nosotros. Aunque sé que estás de luto y debes exhibirte lo menos posible, deseo que conozcas a un par de amigas mías. Les he hablado de ti y una de ellas me ha hecho prometerle que acudirá contigo a su casa mañana por la tarde. No son una familia acomodada, todo lo contrario. Se dedican a la crianza de animales. Pero supongo que no te importará...

—Oh, no. En absoluto. Frank os informó en su momento que no procedo de noble cuna, y que mi padre era un honrado granjero. De hecho, me siento más a gusto con gente sencilla.

Celeste tomó la mano de su amiga y dijo:

—Perfecto. A Amanda le vas a encantar. Creo que te hablé de ella en mi última carta. Su esposo es un gruñón de mucho cuidado, pero ella es la gentileza en persona. Eso sí, habla como un loro.

Cassie la miró divertida.

—Te contará todo lo que ha hecho en los últimos veinte años —prosiguió la mujer—. Charlton dice que somos idénticas, pero apostarí a que es peor que yo.

La doncella entró con una bandeja portando té, leche, galletas escocesas, queso y mantequilla. Sirvió la bebida humeante en las tazas y se retiró. Cassandra aspiró el aroma de su taza y lanzó un suspiro.

—Debes de estar rendida —dijo la señora Archer—. En cuanto terminemos este tentempié te enseñaré tu habitación y podrás dormir a pierna suelta. Ya verás, saldrás de esta casa completamente

rejuvenecida.

Sus palabras comenzaban a cumplirse al pie de la letra. Cassandra llevaba veinticuatro horas hospedada en Greystone Cottage y se notaba con mejores ánimos. El frío de aquellos parajes era muy superior al clima invernal de Hampshire, sin embargo la casa estaba bien equipada con grandes chimeneas que se mantenían encendidas, proporcionando a las estancias de la vivienda el calor necesario para mantener una agradable temperatura en su interior.

Se moría de curiosidad por conocer a Amanda Hayley. La noche del día anterior, durante la cena, Celeste le había hablado de su larga amistad y de cómo se conocieron ambas en uno de sus viajes a Inglaterra.

Leonard, el esposo de Amanda, tenía familia en Norfolk, y una vez al año tomaban un tren hacia East Anglia para pasar un par de meses con varios tíos y primos.

Se sintió un tanto nerviosa en el trayecto a la granja. Estaba impaciente por hacer preguntas y liberar su mente de las descabelladas ideas que la perseguían, y asegurarse de que solo se trataba de sospechas infundadas debido a un desafortunado malentendido.

Cuando el carruaje de Celeste giró a la izquierda, abandonando la ancha carretera y cortando camino por lo que parecía un atajo, Cassie escuchó los ladridos de dos perros. A lo lejos, en el porche de la casa, divisó la figura de una mujer de unos cincuenta años ataviada con un vestido gris y delantal blanco, y un gorrito del color del delantal que le cubría parte del cabello castaño. Saludó con la mano al verlas llegar y salió al exterior esperándolas cruzada de brazos, hasta que se detuvo el vehículo frente a ella y Celeste descendió, yendo hacia su amiga y dándole un abrazo.

—Querida Amanda, muchas gracias por ser tan amable al recibirnos.

—No has de agradecerme por algo que hago con muchísimo gusto. ¿Has traído a la joya londinense?

Cassie, que aún permanecía dentro, rio ante la ocurrencia de la anfitriona.

—Claro que sí, sabes que siempre cumplo lo que prometo —aseveró la señora Archer mirando al portoncillo del carruaje—. Anda ven, reina, que Amanda está deseando conocerte.

Cassandra asomó tímidamente su rostro. La señora Hayley le sonrió abiertamente, y haciendo aspavientos con las manos, exclamó:

—¡Ah! ¡Aquí está! Caray, eres más guapa de lo que me habían dicho.

—Gracias —respondió la joven azorada, mirando de reojo a Celeste y bajando la escalerilla.

Amanda la estrechó como si se conocieran de toda la vida, comportamiento que, a pesar de sus humildes raíces, Cassie encontró completamente nuevo. Ahora comprendía cómo era posible para los escoceses residir en un país tan frío, pues su espontaneidad y simpatía les hacía olvidar el clima teniendo a su alrededor tanto calor humano.

Al cruzar el umbral de la entrada observó que el estilo de vida de los Hayley no era tan precario como había creído. Su residencia era una granja, mas la ganadería daba suficientes beneficios y el mobiliario era elegante y práctico a la vez. Un buen número de cuadros paisajísticos colgaban de las paredes del pasillo de la planta baja, de los cuales algunos tenían inscripciones en gaélico, y se quedó embobada contemplando el último de la fila.

—Son las *highlands* —explicó Amanda detrás de ella—. Lo que llamamos las tierras altas de

Escocia. Poseen los paisajes más bellos del país, y unos lagos fabulosos. Cuando mis hijos eran pequeños viajábamos en verano toda la familia al norte para disfrutar de la naturaleza. Eran tiempos felices —suspiró—, ahora los chiquitines han crecido, se han casado y viven uno en Edimburgo y el otro en... no me acuerdo de la ciudad... con esta memoria mía... ¡ah, sí! Aberdeen. Ahí vive, sí.

—Y los echa usted de menos...

—Desde luego. Freddie y Rudolph eran unos trastos, pero a una madre siempre le duele que sus pollitos abandonen el nido —se lamentó Amanda—. Rudolph es abogado. Su padre le envió a estudiar y jamás regresó, pues se casó con la hija del dueño del bufete donde trabaja. Un futuro prometedor el que le aguarda. Creímos que, al ser el mayor, heredaría la granja y se dedicaría al negocio, mas por suerte él será un hombre con posición.

Se detuvo un momento para tomar aire y prosiguió:

—Estoy muy orgullosa de él. Bendita la hora en que dimos cobijo a esa muchacha...

Cassie se volvió de golpe, haciendo que Amanda diera un paso atrás. ¿Había oído... cobijo? Hizo ademán de continuar con la conversación, cuando Celeste se acercó a ambas mujeres.

—¿Cuchicheando a mis espaldas? Amanda, ¿no te da vergüenza participar a nuestra invitada de los últimos chismes y dejarme a mí en la ignorancia esperándoos para el té? —bromeó.

—No seas metiche, Cel —le regañó la señora Hayley—. Aquí no cuchicheamos. Solo compartimos información ajena.

Y tomando a Cassie del brazo, dio la espalda a Celeste y se encaminaron las tres al salón.

—¿Te agrada nuestro pueblecito, querida? —inquirió Amanda una vez se hubieron sentado.

La joven asintió.

—Es como en los cuentos que escuchaba de niña.

—Solo que aquí los dragones son nuestros maridos —terció Celeste haciéndole un guiño.

—No le hagas caso —intervino Amanda—. Tenemos fama de brutos, aunque eso es solamente cuando nos enfadamos. Nada que ver con la finura de la educación inglesa. Sus caballeros son ejemplares, pero, aquí entre nosotras, un poquillo sosos.

Cassie sonrió.

—Le doy toda la razón en eso —dijo—. Hay una gran diferencia entre las culturas; de hecho mi esposo era americano, y en algunas ocasiones me sorprendía con su forma de ser tan natural.

—A veces nos preocupamos demasiado por las apariencias —opinó Celeste—. Y escondemos nuestros sentimientos en lo más profundo del corazón por miedo a provocar un escándalo.

Cassandra bajó la mirada e intentó cambiar de tema, preguntando a Amanda:

—¿Suelen acoger a mucha gente en su hogar, señora Hayley?

—Oh, no, no. Lo hicimos una vez, y no volvimos a repetir la experiencia. Leonard es un hombre solitario, y accedió a recibir a Alice porque nos ofrecieron bastante dinero. Si no...

—¿Venía de vacaciones a su tierra?

—Qué va. Mi marido no quiso contar nada, ya que él arregló el negocio —bajó la voz hasta que esta se quedó en un ligero susurro, haciendo que las otras dos damas agudizaran el oído—, mas yo sospecho que la chica huía de algo. O de alguien.

—¿De veras?

—Sí. Creo que era rica, porque traía unos vestidos preciosos. Era guapísima. Y venía con un bombo, es decir, con un chiquitín en el vientre.

—¿Y piensas que quizá el padre de la muchacha la mandó fuera a dar a luz? —inquirió Celeste.

—Lógicamente —afirmó Amanda—. Una inglesa de noble cuna no logra casarse bien si lleva un niño con ella.

Cassie oyó el ruido de unos pasos en la escalera.

—Es normal —dijo Celeste—. Un hombre no desea «muebles de segunda mano» que adornen el que será su hogar definitivo, eso está para las casas de vacaciones de verano.

Amanda le dio la razón con pesar ante tan cruel realidad.

—Y con lo linda que era... pobrecilla —manifestó meneando la cabeza—. Un cabello de un rubio como no he visto jamás, y unos ojos... Jesús, qué ojos. Y el bebé era igual de hermoso. La belleza a veces se paga caro.

—Sí, lo recuerdo —comentó Celeste, mientras Cassie las escuchaba con atención—. Aunque sus facciones... fijate que soy un desastre para eso. La confundí con una buena amiga de Cassandra, una tal... Blanche Hay... Hay no se qué. Estuve a punto de acercarme a ella para comprobarlo cuando la vi. Imagínate si lo llego a hacer. Vaya chasco me habría llevado.

Cassie se mordió el labio inferior. Olvidó pedir a Celeste que no mencionara el nombre de Blanche en la conversación. Sin embargo notó que Amanda se interesaba por el asunto.

—¿Blanche? ¡Ah, la que me comentaste! —exclamó la señora Hayley—. Bueno, que yo sepa se llamaba Alice, pero ya conoces cómo son estas cosas. Podría haber usado un nombre fal...

—Señoras.

Las tres se giraron hacia la puerta. El señor Hayley las contemplaba con una mirada fría y desconfiada. Cassandra le observó detenidamente y llegó a la conclusión de que el caballero había interrumpido intencionadamente la conversación.

Leonard Hayley era muy alto, corpulento y lucía una barba bastante pronunciada. Su voz grave junto a su fuerte acento le delataban como un hombre rudo, de costumbres toscas y familiarizado con la vida de campo. Le pareció ver a su alrededor un aura siniestra.

—¡Leonard! —exclamó alegremente su esposa—. A Celeste ya la conoces. Esta es la señora Cassandra Latimer, una amiga suya que ha venido desde Inglaterra a pasar unas semanas con ella.

El escocés inclinó la cabeza y se sentó con las damas a disfrutar de la deliciosa merienda que había sido preparada con tanto esmero por su mujer. Cassie esbozó una sonrisa fugaz, y procuró no hablar más del asunto que le preocupaba, repitiéndose una y otra vez que le quedaba mucho tiempo por delante para hacer averiguaciones.

El resto de la tarde transcurrió con total normalidad, y, como Celeste había advertido, Amanda relató en pocos minutos gran parte de su vida, recibiendo de cuando en cuando ciertas miradas e interrupciones por parte de su marido, que comenzaba a sentirse incómodo ante tanto parloteo.

El nombre de la misteriosa Alice no volvió a pronunciarse, pero al abandonar las visitantes el hogar de los Hayley, Leonard reprendió seriamente a su señora por sacar a la luz lo ocurrido con la muchacha a la que acogieron.

Estaba inquieto. Celeste era una chismosa enérgica e impaciente, al igual que Amanda, por lo que era ridículo sentirse alarmado.

Mas la joven Cassandra se encontraba sumida en sus pensamientos cuando las demás hablaban, y medía cada palabra que salía por su boca. Era una mujer inteligente, y las personas inteligentes eran las más peligrosas.

¿Qué hacía ella allí? ¿Qué sabía de Blanche Guilford? ¿Acaso había viajado hasta Escocia para destapar la verdad? ¿Por qué tanto interés en conocer la historia de Alice?

No podía permitir que la situación se le saliera de las manos. Blanche le había pagado bien para que todo quedara olvidado, y ese bendito dinero le sirvió para mandar a Rudolph a la universidad. Él era cómplice del engaño, y mantuvo a su esposa alejada de la situación precisamente para actuar con discreción.

Claro que era un nombre falso. ¿Cómo iba a arriesgarse la hija de un conde a ser chantajeada después por cualquier vecino que hubiera conocido su historia de manera accidental?

Accedió a ayudarla porque le inspiró una profunda lástima. Soltera, con un niño en camino, e incapaz de enfrentarse a su padre.

No sabía si Cassandra Latimer era o no una buena mujer ni cuáles eran sus razones para escarbar en terreno ajeno, sin embargo creyó que era adecuada la decisión que había tomado tras horas de meditar en ello.

Blanche tendría que saberlo. Sería fácil hacerle llegar una carta de advertencia, pues seguían manteniendo el contacto y conocía su paradero.

Él haría lo que su conciencia le indicaba. Lo que la señora Haygarth hiciera después ya no era cosa suya.

Blanche cerró la puerta con cautela y aguantó la respiración. Le temblaba ligeramente el pulso, y la nívea piel de su rostro había adquirido un tono aún más pálido. No podía ser verdad. ¿Por qué ahora?

Caminó con paso enérgico por toda la habitación, portando una nota en sus finas y delicadas manos, que no paraban de arrugar el papel, mostrando claramente su estado de nerviosismo. Si no hallaba pronto una solución su nombre no tardaría en aparecer en los periódicos. Su corazón dio un vuelco al entrar James en la estancia con expresión interrogante y mirándola de una manera que le producía pánico. Trató de calmarse.

—¿Qué diantres sucede? —preguntó su marido—. Has entrado en el hall como si huyeras del mismísimo Beelzebú.

—No ocurre nada, James. Tenía prisa.

—¿Qué es eso? —inquirió él señalando la carta.

Blanche se apresuró a guardarla, pero James se adelantó y se la arrebató, leyendo su contenido en silencio. Sus facciones se endurecieron y levantó la vista, posándola directamente sobre los iris azules de ella.

—¿Qué... significa esto? ¿Quién es Leonard Hayley?

—Nadie importante.

Haygarth esbozó una sonrisa sarcástica.

—¿Tienes un amante escocés? Vaya...

—¡No! No es lo que piensas.

—Pues no me vendría mal una explicación, querida, aunque lo que metas en tu cama no es asunto mío. Ya que no me sirves a mí, al menos puede que le sirvas a otro.

—¡James, por favor! ¿Cómo puedes ni tan siquiera pensar que sería capaz de serte infiel?

Su esposo la miró con odio.

—Al parecer te falla la memoria, preciosa. Claro que eres capaz. Capaz de eso y más. El rodearte de lujos y seda no te servirá para ocultar tu verdadera cara, la de una auténtica zorra a la que no le importa otra cosa que el dinero.

—¡No es verdad! —gritó Blanche sollozando—. Yo...

—¿Qué quiere decir ese hombre con «la señora Latimer podría descubrirlo»? ¿Descubrir el qué, Blanche? ¡Habla!

La joven inspiró hondo e intentó mantenerse serena. Haygarth la contemplaba con absoluto desprecio y aquello la desgarraba por dentro. Y lo que estaba a punto de revelar acabaría por abrir del todo el abismo que había entre los dos.

—Lo que llevo años ocultando —manifestó pausadamente—. Un secreto que no he tenido la valentía de revelar.

James frunció el ceño.

—Tuve un hijo, James.

El rostro de su marido adquirió el color del de un cadáver. Abrió la boca para hablar, cuando ella prosiguió:

—Por eso me marché al extranjero al morir Brandon. No iba a soportar otra tragedia. Una mujer

soltera con una criatura sin padre... y ahora Cassandra Latimer está al corriente, pues es amiga de una conocida de los señores Hayley, los que me acogieron en su casa durante mi... embarazo. Lo siento... siento no habértelo contado. Estaba... desesperada. Y si por causa de esto reabrieran el caso...

James le dio la espalda y cerró ambos puños. La creciente ira que sentía se fue adueñando de todo su ser, y al volverse le propinó una bofetada a su esposa sin poder contenerse.

—¡Maldita seas, Blanche!

Ella se tambaleó tras el golpe y se echó a llorar.

—¿Dónde está el niño ahora? ¡Dime!

—No... no lo sé. Después de dar a luz lo di en adopción. No quise verlo.

Haygarth respiraba con dificultad. ¿Hasta esos límites había llegado la falta de escrúpulos de aquel demonio disfrazado de ángel?

—James... perdóname, te lo suplico —gimió Blanche, secándose las lágrimas—. Sé que te he hecho daño, mas en nombre del amor que dijiste tenerme... entonces... tú... me querías.

El caballero la agarró por los hombros.

—Claro que te quería —bramó con amargura—. Hasta el borde de la locura. Pero ya me has hundido lo suficiente, y no pienso dejar que me arrastres contigo esta vez. Me has convertido en un auténtico monstruo. Eres peor que la peste, milady, y te espera un final muy doloroso.

—Yo te amo, James...

—Pues yo te mataría con mis propias manos sin sentir un mínimo de remordimiento —le espetó él—. Púdrete tú y que tu amor se vaya al infierno contigo.

Estas últimas palabras quedaron flotando en el aire cuando James abandonó la salita dando un portazo. Blanche se estremeció por completo y se dejó caer sobre la alfombra que cubría el suelo, totalmente derrotada.

Su final estaba cerca. Más cerca de lo que pensaba.

Ada se acurrucó entre los brazos de Miles y besó su torso desnudo, arrancando de él un ligero gruñido. La medianoche había quedado atrás hacía un par de horas y un manto de relucientes estrellas se extendía en el oscuro firmamento.

Ya era diciembre y llevaban dos meses casados. No era fácil acostumbrarse a su nueva posición, y los continuos encontronazos con lady Amelia la hacían desanimarse cada vez que creía empezar a ocupar un lugar propio en aquella familia. Miles le repetía continuamente que no se amedrentara ante la matriarca, mas su eterna obsesión por agradarla estaba minando sus fuerzas.

Amaba a su marido. Con todo su corazón. La dicha de dormir cada noche abrazada a él la colmaba de felicidad, y era tal la seguridad que tenía de que su amor era correspondido que durante una de sus veladas juntos pudo por primera vez armarse de valor y contarle su pasado, destapando para él cada rincón de su alma y quedando completamente expuesta ante sus ojos.

La respuesta del vizconde a su confesión fue exactamente lo que esperaba. No pareció sorprenderle. Pero la obligó a jurarle que en su corazón ya no quedaba lugar para el hombre que la había traicionado, y que ahora él era quien ocupaba sus pensamientos.

Era el único capaz de comprenderla, de penetrar en esa coraza que había construido a su alrededor. La quería apasionadamente, y la instó a tratar de olvidar el mal que les hizo a Julian y a Cassie, convenciéndola de que ellos también tendrían una segunda oportunidad.

Por eso y por todo lo que representaba para ella deseaba hacerle feliz, y la ocasión perfecta para ello por fin había llamado a su puerta. Aquella mañana confirmó lo que llevaba días sospechando. Estaba embarazada.

Miró a Miles, que mantenía los ojos cerrados. Levantó el mentón y volvió a besarle, esta vez en la barbilla, y cuando alzó la vista su mirada se encontró con los iris brillantes de su esposo.

—¿Vas a estarte quieta ya? Son las dos de la madrugada.

—Perdona. Pensé que dormías.

—Si vas a besarme hazlo bien —se quejó Parker—. Qué manía tienes de mordisquearme la barbilla. Así no hay santo que logre conciliar el sueño.

Ada soltó una risita perversa y se colocó a la altura de la boca de Huntercombe, rozándola con total ternura y devoción. Miles tomó su rostro entre sus manos y bebió su beso, acunándola después sobre su pecho y acariciando su cabello.

—Te quiero, Miles.

—Lo sé.

Ada se irguió.

—¿Ah, sí?

—Claro.

—Estás muy pagado de ti mismo.

Parker esbozó una sonrisa ladeada.

—No es eso. Resulta que mi mujer era una fiera a la que nadie consiguió domar jamás, y yo he logrado casarme con esa fiera y amansarla a base de pura disciplina. ¿No crees que mis esfuerzos tienen algún mérito?

—Tú tampoco eres fácil. Y no, no tienes mérito. Me abordaste aquí en casa durante aquella fiesta y por poco me conviertes en tu amante y destruyes mi reputación. Lo mínimo que se requería como castigo a tu licencioso comportamiento era un anillo de bodas en mi dedo.

—¿Qué? ¡Yo no te abordé! Tú me condujiste a ese extremo, pequeña provocadora. Presentarte con ese traje rojo escarlata ceñido a tu preciosa cintura, pavoneándote ante mis narices. ¿Qué querías que hiciera, si estabas pidiendo a gritos un buen repaso?

—Eres un bruto —le espetó Ada con gesto divertido— si no llego a interrumpir tu cita...

Huntercombe frunció el entrecejo.

—No era mi cita, tonta. Estaba desesperado buscando la ocasión de verte a solas. Solo me interesabas tú. Llevaba tanto tiempo enamorado de ti que...

—¿Estabas enamorado de mí entonces?

Miles se giró y colocó a su esposa de espaldas en el lecho, entrelazando sus manos con las suyas.

—Siempre he estado enamorado de ti, señorita sabelotodo. Te vi en casa de tu prima con aquel vestido malva y ya no te pude sacar de mi cabeza. Y fijate que lo intenté, y el fracaso fue rotundo. Yo sabía que eras una bruja, y a mí me hechizaste desde el principio.

—Mentiroso.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Le dio un largo y apasionado beso y la abrazó. Ada se abandonó a aquella gloriosa caricia.

—Oh, Miles... soy tan feliz...

—Y yo.

—¿Crees que Cassie y Julian volverán a verse? Todos los días ruego a Dios para que su dicha sea

tan grande como la nuestra. Si pudieran arreglar su situación...

—Por supuesto que podrán. Julian bebe los vientos por tu joven protegida, y ella, según tú, sigue amándolo. ¿Qué se lo impide?

—La distancia.

Parker sonrió con picardía.

—Error. La distancia ya no será un problema dentro de dos días.

—¿Cómo?

—Haygarth regresa a las islas. Te conté que le escribí para informarle de que me iba a casar, pero cometí la travesura de ocultarle la identidad de la novia. Le picó la curiosidad, y me contestó diciendo que en cuanto arreglara unos asuntos pendientes en Australia vendría a hacernos una visita. Estará en Huntercombe Manor pasado mañana.

—¡Cielo santo, Miles! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo estoy haciendo ahora.

—Se llevará un susto tremendo al encontrarme aquí.

—Estoy de acuerdo.

Ada bajó la vista, y ruborizándose, susurró:

—Veo que hoy es la noche de las confesiones.

—Mmmm... permíteme adivinarlo. ¿Volviste a discutir con la abeja reina?

—No.

—¿Qué has hecho? ¿Has roto mi caja de puros?

—Bueno, dadas las circunstancias, podríamos decir que aquí el que tiene la culpa eres tú.

El vizconde la observó intrigado. Luego, como si le leyera el pensamiento, contuvo la respiración y la agarró por los hombros.

—Voy a tener un hijo.

Huntercombe continuó en la misma posición, con la boca abierta. Ada se la cerró con los dedos pulgar e índice y musitó:

—Aunque sea una vieja de treinta y cinco años, todavía sirvo para ciertas cosas.

Miles salió de su ensimismamiento y soltó una carcajada.

—Perfecto, milady. Así el año que viene vamos a por el segundo, y antes de los cuarenta me habrás dado al menos cuatro herederos —bromeó arrastrándola bajo las blancas sábanas, haciendo oídos sordos a sus protestas.

El viaje había resultado tan esclarecedor como esperaba. A pesar de la renuencia de parte del señor Hayley a dar cualquier dato sobre Blanche, su esposa fue una valiosa fuente de información dada su aguda disposición a hablar más de la cuenta. Estaba satisfecha. Y nada más deshacer las maletas escribiría a Henniker.

Habían sido cuatro semanas absolutamente provechosas, en las que disfrutó de largas tardes al calor de la lumbre en compañía de Celeste Archer, degustando delicias típicas de la región, conversando sobre temas diversos y aprendiendo infinidad de cosas acerca de la historia y costumbres de Escocia.

Y en cuanto a la misteriosa Alice... estaba segura de que era una tapadera. La descripción que Amanda había hecho de la muchacha coincidía en todo con el aspecto de Blanche Haygarth, una

belleza inglesa cuyos ojos nadie olvidaba tras verlos por primera vez.

Se preguntaba qué habría sido del niño, quizá dado en adopción o Dios sabía qué. Una criatura nacida de una unión extramarital y entregada a unos extraños al venir al mundo. Qué injusto. Ella jamás habría hecho algo así. Si Frank no la hubiese salvado de la deshonra habría criado igualmente a Arthur, aunque eso significara ser excluida de las casas decentes y avergonzada ante el pueblo entero.

Sin embargo la desesperación podía jugar malas pasadas. Ella misma se vio completamente perdida al descubrir su embarazo, y aun siendo una chica de campo, entre las cuales era de lo más normal la maternidad entre las solteras, sintió una profunda vergüenza que, unida a la angustia por haber perdido a Julian, por poco le roba la cordura y la hace hundirse en aquel riachuelo donde tantas veces soñaron despiertos haciendo planes para el futuro.

Pero la incógnita más grande de todas seguía sin resolverse. ¿Qué relación tenía William Brent con todo ese tinglado? ¿Qué sabía sobre ella? ¿Quién lo asesinó? ¿Acaso era él el padre del niño, o lo era... Brandon Haygarth?

Evocó el día en que Julian le relató la muerte accidental de su hermano, y que este estaba prometido a una bella joven, yéndose ella después al extranjero por no poder soportar el dolor. Si esa mujer era Blanche, y el hijo de Brandon, entonces... ¡él era el verdadero heredero, y no Julian!

Una avalancha de pensamientos confusos se apoderó de Cassie. Si eran ciertas sus conjeturas, su descubrimiento cambiaría la vida del marqués, pues existía un sobrino que estaba antes que él en el derecho al título y a las propiedades de este.

Sería despojado de todo. Y por su culpa. Le haría un gran daño, mas... ¿acaso era justo esconder la verdad en beneficio de un ser amado? Además, era muy probable que él lo entendiera, e incluso se ofreciera a criar al chiquillo. Tenía buen corazón.

Cuando el carruaje cruzó el portón principal y se adentró en sus dominios, Cassandra soltó un suspiro de alivio. Por fin había llegado a su hogar y a la normalidad de su vida monótona y sin contratiempos. Sus días de descanso en los hermosos parajes de la costa escocesa le obsequiaron momentos de paz inmensa, y sus paseos en solitario por el vasto campo que rodeaba el pintoresco pueblo de Oban le sirvieron para pensar largo y tendido sobre su futuro y sus deseos.

Quería que él regresara. Que regresara para no marcharse nunca más, si es que aún la quería. Arriesgaría su reputación, sí, pues aún no había cumplido un año de luto y estaba dispuesta a unirse a otro hombre, pero ¿qué importaba la opinión ajena si lo que se jugaba era su felicidad?

El coche se detuvo, y el lacayo abrió el portoncillo. Cassie bajó del vehículo con ayuda del criado y se alisó la falda de su vestido negro.

—Bienvenida, señora.

—Gracias.

Caminó hacia la entrada. Higgins abrió la puerta y repitió las palabras del criado, recibiendo una sonrisa de agradecimiento de parte de su ama.

—Estoy exhausta, Higgins. Ha sido un trayecto realmente largo.

—¿Desea que se le prepare un té o algún refrigerio?

—Ahora no, gracias. Di a mi doncella que suba a mis aposentos, por favor.

—Sí, señora. Hemos limpiado y preparado el dormitorio del señorito Arthur. ¿Se encuentra mejor de salud?

Cassie le miró extrañada.

—Sí, perfectamente. ¿Es que han dado algún aviso de la escuela?

—Sí, respondieron a su carta, señora Latimer, diciendo que lo tendrían todo listo para cuando enviara a recogerlo —explicó el mayordomo—. Como me ordenó abrir las cartas que provinieran del colegio por si hubiera alguna urgencia mientras usted se encontraba fuera, me limité a...

—¿Mi carta? —interrumpió Cassandra, aturdida—. Yo no le he escrito ninguna carta a la escuela de mi hijo.

Higgins tragó saliva.

—Oh... perdone mi torpeza, pues yo creí...

—Enséñame la misiva, Higgins.

—Sí, señora.

El hombre fue rápidamente al despacho de Frank y trajo el sobre. Cassie lo tomó de sus manos y leyó su contenido:

Estimada señora Latimer,

Aunque en esta época del año no solemos otorgar días libres a nuestros alumnos para evitar interrupciones en su año lectivo, comprendemos sus razones para hacer esta pausa temporal. El ligero resfriado del pequeño Arthur va mejorando, y hemos tomado las precauciones necesarias para su pronta recuperación. El miércoles por la mañana arreglaremos todo para que el señor Branson pueda recogerlo a la hora señalada.

Atentamente,

CLIFFORD SAYBROOK

—¿Qué día recibiste esto, Higgins?

—El martes, señora.

—¿Quién es el señor Branson?

El mayordomo levantó una ceja. Empezaba a sentirse confuso.

—¿No lo conoce usted?

Cassandra se apoyó en su interlocutor, mareada por el súbito temor que la invadió. El director del centro en persona le había escrito para mostrar su conformidad en que un desconocido sacara a su hijo de la escuela. ¡Un desconocido!

Solo podía ser un error, de lo contrario no se explicaba lo que había acontecido. Resolvió responder al mensaje del señor Saybrook lo antes posible y averiguar qué clase de broma era aquella. Si el niño había abandonado el colegio el miércoles, llevaba dos días fuera, y nadie había tenido noticias de él.

Fue a su dormitorio y escribió una escueta nota. La envió a través de un mensajero con carácter urgente, y aguardó la respuesta.

Dos días después recibió la confirmación a sus temores. Arthur no estaba allí, y tampoco había ido a casa.

Se lo habían llevado.

Los primeros síntomas eran los peores. El haber pasado ya por dos embarazos no ayudaba a

soportar mejor las náuseas y el excesivo cansancio, y la ropa empezaba a apretarle.

Miles le había traído el desayuno a la cama a la mañana siguiente de enterarse. La colmaba de mimos y carantoñas, e incluso le había planteado dormir en habitaciones diferentes por un tiempo para no incomodarla, algo a lo que se negó enérgicamente.

Qué tontos eran los hombres. Una mujer en estado no era ningún ser de otro planeta al que se tuviera que mantener constantemente en cuidados intensivos. No estaba enferma; todo lo contrario. Una nueva vida crecía dentro de ella, y eso era motivo más que suficiente para saltar de alegría.

No se separaría de él. Sobre todo ahora.

La actitud de lady Amelia había sufrido un auténtico cambio. Durante los preparativos para la llegada de lord Rockingham su suegra le había pedido su opinión acerca de qué dormitorio escoger, qué menús se servirían el primer día y qué podrían hacer para que la estancia del marqués fuera satisfactoria. Parecía más entusiasmada con su nuera desde que supo que pronto sería abuela.

Ada se estaba ganando su confianza y afecto. ¡Qué bendición iba a ser ese bebé!

La mañana en que se anunció la llegada de Julian apenas pudo comer. A petición de Miles se puso el vestido de rayas blancas y negras que tanto le gustaba a su esposo (el mismo que llevaba el día que se presentó en su casa de Londres y le amenazó con contarle todo a Frank si no persuadía a Julian de apartarse de Cassandra), se peinó a conciencia y esperó nerviosa junto a la ventana.

El carruaje donde viajaba el invitado se acercaba a la entrada principal, y era hora de enfrentarse a sus miedos. Salió con premura del dormitorio que compartía con el vizconde y se asomó a la barandilla de la escalera, donde vio a Parker saludar con un abrazo a su amigo de toda la vida. Les oyó conversar:

—¡Ya era hora, lord Desertor! —exclamó Miles, visiblemente contento—. ¿Se puede saber por qué has tardado tanto en regresar a la patria?

—Hola Parker.

—Te ves estupendo con ese nuevo color de piel.

Julian rio.

—Los cielos de Australia no se cubren con nubes que nos protejan del astro rey. Y bien, ¿dónde está esa diosa del Olimpo a la que he de rendir homenaje por haberte robado la soltería? Te advierto que casi no podía soportar la curiosidad que me corroía por dentro mientras caminaba por la cubierta del *Britania*.

Miles carraspeó y guardó silencio. Dirigió su mirada hacia las escaleras, por las que Ada descendía pausadamente sujetando con ambas manos la amplia falda de su vestido.

Julian imitó a su anfitrión. Su expresión se tornó como la de un niño cuando contempla a un espíritu deambulando por una casa deshabitada.

La vizcondesa se acercó a él con las mejillas arreboladas y le extendió la mano. Haygarth continuó observándola atónito. De manera automática respondió al saludo, pero no era capaz ni siquiera de pestañear.

—Ya os conocéis, aunque creo que es lo correcto por mi parte hacer las presentaciones —intervino Miles—. Julian, te presento a la nueva vizcondesa de Huntercombe. Mi esposa.

—Bienvenido, lord Rockingham —dijo Ada al fin.

—Gracias —respondió este secamente.

La dama se retiró para atender a sus quehaceres y dejar a los caballeros solos disfrutando de su mutua compañía. Julian, que jamás se había sorprendido tanto en toda su vida, miró a Miles, que

puso cara de no haber roto nunca un plato. No pudo aguantarse y preguntó:

—¿Vas a explicármelo?

—No —contestó Parker sin mirarle, disponiéndose a ir al salón.

En la mesa de la sala habían sido colocadas dos bandejas de plata. Una portaba café recién hecho, tazas de porcelana, azúcar y leche. La otra desprendía un olor delicioso por los bizcochos de limón y canela que contenía.

Ambos hombres se acomodaron en dos sillones tapizados en terciopelo verde. Julian se sentía agradecido por tanta comodidad tras varias semanas de viaje, y aceptó encantado la taza que Miles le ofreció. Pero su garganta no conseguiría tragar nada. No hasta averiguar qué demonios hacía Ada Smith en Huntercombe Manor.

—¿Limón o canela? —inquirió el vizconde señalando los pasteles—. Los ha hecho Ada. Insistió mucho, a pesar de que tenemos una cocinera excelente.

—No, gracias.

—¿Qué tal el viaje?

—Sin contratiempos. La travesía fue un poco dura, pues pasar del calor veraniego abrasador de Australia al frío invierno de Inglaterra fue algo difícil de asimilar.

—Lo imagino. ¿Hallaste muchos pedruscos por allí?

—De valor solamente uno —informó Julian sacando una cajita de su bolsillo—. Es un ópalo negro.

Miles dejó su taza en el borde de la mesita y tomó el objeto en sus manos. Al abrir el receptáculo se quedó boquiabierto.

—¡La madre que...! —soltó sin terminar la frase—. ¡Es bellissimo! ¿Qué vas a hacer con él?

—Regalarlo —repuso Haygarth.

—Oh... y supongo que ya tienes destinataria para esta joya.

—Así es.

—No dejes que Ada la vea, si no me mandará al país de los canguros a por uno —manifestó Parker riendo.

Al nombrar a su mujer se impuso un extraño ambiente de tensión. Julian volvió a mirarle de forma interrogativa, y él se limitó a decir:

—Espero que mi decisión no haga mella en nuestra amistad, Julian.

—Bueno, al menos ahora estás dispuesto a hablar.

—¿Te ha sorprendido?

—Sí.

—¿Por qué? Sabes que esto de hacer locuras es lo mío.

—Ya. Pero una cosa es bailar semidesnudo en la fuente del jardín de tu casa durante una fiesta dada por tu madre, no creas que lo he olvidado, y otra muy distinta casarte con una mujer a la que detestas. ¿Qué pretendías con eso?

—Ella no es como yo pensaba —replicó Parker—. Tenías razón respecto a su nobleza. Y alguien tenía que ponerla en su sitio, ¿no? Ahora está más mansa que un corderito.

—Y gracias a san Miles —se mofó Rockingham—. Pero no has tenido en cuenta un punto: tú no crías corderos, los devoras.

—¡Eh! Que sepas que la trato bien.

—¿La amas?

Esa pregunta desarmó al vizconde.

—¿La amas, Miles? —repitió el marqués.

—Sí, la quiero —reconoció él al instante—. No quieras saber cómo empezó, ni yo mismo me aclaro. Y no es nada agradable estar atado así a una mujer. Es como suicidarse... pero sin morir. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente —asintió Julian sonriendo.

—Sé sincero. ¿Te ha importado?

Haygarth se inclinó en el asiento y tomó un bollo de canela.

—Lo único que lamento de esta historia es no haber estado presente en esa boda descabellada. Hubiera sido un momento estelar ver cómo perdías tu libertad.

—Eres malvado, mi querido amigo. ¿Tienes intención de quedarte en las islas?

—No. Volveré a los mares del sur dentro de un mes.

—¿Tan pronto? Caramba, y yo que contaba con que fueras el padrino...

Julian agrandó los ojos.

—¿Qué?

—Ada está embarazada.

—Cielos, Parker. Menos mal que no padezco afecciones cardíacas —bromeó el invitado—. ¿Hay más sorpresas?

—Por el momento no. A no ser que tú decidas casarte también.

La mirada del marqués se ensombreció.

—Una posibilidad muy remota —murmuró.

—No deseo meterme en asuntos ajenos, mas considero que habéis sufrido demasiado —manifestó el anfitrión—. Aún la quieres. Y ella es libre. Yo que tú hacía las maletas y me iba a Hampshire de inmediato.

—Lo haría si tan solo supiera que me quiere a su lado, pero me dejó claro en nuestro último encuentro que no es así. Una señal me bastaría para mandar todo a paseo, Parker. Una señal...

—¡Miles!

La voz desgarradora de Ada gritaba el nombre de su esposo en el exterior. El ruido de unos zapatos descendiendo las escaleras con la velocidad del rayo llamó la atención de ambos, cuando la vizcondesa abrió la puerta de golpe y se apoyó en ella, llorosa y jadeando.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó su marido angustiado.

—Es... Dios mío... Cassie...

Julian se levantó tan rápido de la butaca que esta se tambaleó ante la brusquedad de su movimiento.

—¿Qué ocurre con Cassie? —dijo.

Ada le miró y estalló en llanto.

—¡El niño! —exclamó—. ¡Lo han raptado!

El carruaje estuvo dispuesto en menos de media hora. Se hicieron los preparativos oportunos para la partida de los señores con muchísima rapidez. Los criados corrían por los pasillos de Huntercombe Manor en un frenético ir y venir, procurando tener todo listo para salir de inmediato hacia Hampshire.

Ada quería ir con ellos, a pesar de la firme oposición de su marido, que temía lo que pudieran encontrarse. No arriesgaría la vida ni la seguridad de su esposa y no la expondría al posible peligro al que iban a enfrentarse. Lady Amelia quedó desconcertada ante el cambio de planes, y le conmovió ver la angustia de su nuera, que no dejaba de llorar. Aconsejó a su hijo que se la llevara, pues sabía que la desesperación de Ada no solo se debía a la situación de su prima, sino al hecho de tener que estar lejos de él en un momento tan delicado.

El trayecto les pareció eterno. Apenas conversaron, y la única dama que acompañaba a los caballeros permaneció silenciosa, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. ¿Cuándo se acabarían los sufrimientos de la pobre Cassie?

Al detenerse el carruaje frente a la mansión que le había dado cobijo durante años, Ada saltó al exterior sin esperar siquiera a que uno de los criados la ayudara a bajar. Que se fueran a tomar viento las costumbres. Tenía que verla.

Seguida por ambos hombres recorrió el largo pasillo que conducía a uno de los salones y halló a Cassandra sentada en un sillón, que, al levantar la vista y verla allí parada con el rostro demacrado, corrió hacia sus brazos dando un grito de angustia.

—¡Ay mi niño, Ada! ¡Se lo han llevado!

La vizcondesa la abrazó y acarició su cabellera.

—Hemos venido en cuanto lo hemos sabido. ¿Qué podemos hacer para ayudar?

Cassandra iba a responder, cuando, estando aún abrazada a su prima, vio a Miles detrás de ella. No estaba solo. A su lado, con un semblante sumamente triste, se hallaba Julian. Se sintió mareada y se apartó de lady Huntercombe, mirándolo fijamente. Santo cielo, cómo se parecía a Arthur...

Antes de que abriera la boca él se adelantó y la tomó por un brazo, guiándola de vuelta al sillón. Para romper el incómodo silencio que se había establecido en la estancia, preguntó:

—¿Cuándo desapareció el pequeño, Cassie?

—El miércoles por la mañana lo sacaron de la escuela —respondió ella con dificultad—. Alguien escribió una carta en mi nombre notificando al señor Saybrook, el director, que un tal... Branson iría a recogerlo. Yo... no conozco a nadie con ese nombre, ni sabía nada de esto hasta el viernes que llegué de Escocia... oh, Dios mío...

—¿Avisaste al inspector Henniker? —inquirió Ada—. Es posible que pueda hacer algo, aunque el condado de Hampshire esté fuera de su jurisdicción.

Parker cerró la puerta tras sí y se quedó de pie, mientras los demás tomaban asiento.

—Sí, lo hice, y contestó enseguida a mi mensaje. Hará lo que esté en su mano, y las autoridades locales ya lo están buscando. Los hombres del pueblo organizaron una partida de búsqueda por su cuenta, pero hasta ahora no han tenido éxito alguno. No sé qué hacer... si al menos hubiera recibido alguna nota pidiendo un rescate...

—¿No han pedido rescate? —dijo el vizconde.

Cassie negó con la cabeza. Julian miró a su amigo extrañado.

—Algo no encaja —susurró el marqués como para sí mismo—. ¿Para qué secuestrar a un muchacho si no es por dinero o...?

—Venganza —completó Miles.

Haygarth se giró hacia la madre del chico con gesto serio, sopesando las palabras de su amigo.

—Cassie... ¿hay alguien que desee tu mal o dañar a un miembro de tu familia?

—No... no hay nadie.

Se le hizo un nudo en la garganta y fue incapaz de continuar hablando. Julian tomó sus manos entre las suyas. Le dolía tanto contemplar su desolación...

En un impulso protector hizo ademán de levantarse y se arrodilló sobre la alfombra alzando el mentón de la joven con suavidad.

—No te angusties más. Te juro por mi honor que no descansaré hasta devolverte a tu hijo.

El corazón de Cassandra saltó dentro de su pecho al mirar de cerca el rostro de aquel hombre tan curtido por el sol, y cuya mirada cargada de afecto la instaba a confiar en él. Quiso rodearle el cuello con sus brazos, echarse sobre su pecho y contarle toda la verdad, mas no estaban solos en aquella sala. Mantuvo la compostura, pero no apartó la vista de los ojos de su amado. Su sola compañía le otorgaba las fuerzas necesarias para no desmayar.

Un ruido y unos pasos en el pasillo distrajeron a los cuatro unos instantes. Higgins llamó a la puerta y entró acompañado de una mujer que llevaba puesta una capa de invierno que cubría su cuerpo casi por entero.

La recién llegada contempló a los ocupantes del salón de estar y se volvió hacia Cassie. Estaba increíblemente pálida. Julian se irguió de inmediato ante la cara conocida que acababa de unirse a ellos.

—Blanche —saludó inclinando la cabeza.

La recién llegada miró a Julian. Parecía que iba a desfallecer de un momento a otro. Parker la escoltó hasta un cómodo sillón, y ella a continuación balbuceó:

—Señora Latimer... me he... enterado de lo ocurrido por uno de mis criados. Quería... —volvió a mirar alrededor, y sus mejillas enrojecieron— ayudarle a encontrar a su hijo.

—Oh, lady Blanche, es muy amable —agradeció Cassie, conmovida—. El caso está en manos de la policía, pero cualquier información que nuestros conocidos puedan facilitarnos será bienvenida.

—No, usted... no lo entiende. Yo... es mi obligación participar en esto. No me perdonaría que otro ser inocente sufriera por mi causa.

Los presentes se miraron contrariados.

—Todo es culpa mía... todo... —susurró Blanche reteniendo a duras penas las lágrimas—. Tengo que hablarle, alguien debe pararle antes de que cometa otra locura...

—¿A qué te refieres, Blanche? —intervino Haygarth—. ¿Parar a quién?

—¡A James!

—¿James? ¿Y qué relación guarda James con la desaparición de Arthur Latimer? Esto no tiene sentido.

Blanche se levantó y caminó hacia un rincón, apartándose del marqués. Era probable que lo que iba a relatar le hiciera arder de ira y arremeter con furia contra ella.

—No... no puedo más —dijo entre sollozos—. Es una carga demasiado pesada para seguir llevándola.

Miles se posicionó al lado de su esposa y descansó ambas manos en los hombros de esta. Sospechó que lo que iba a producirse en aquel lugar sería una amarga confesión. Solo esperaba que el asunto no fuera tan grave como para que Julian perdiera los estribos.

—Él se lo llevó... —empezó a explicar la dama— se lo llevó para protegerme.

Rockingham se estaba poniendo nervioso.

—Será mejor que nos lo cuentes todo —dijo en tono de advertencia—. Esa es una acusación que podría traer nefastas consecuencias. ¿Estás segura de desear continuar?

Blanche ignoró la pregunta de Julian y miró de nuevo a Cassandra.

—Sí, es cierto —afirmó con vehemencia—, tuve un hijo bastardo.

Cassie tragó saliva.

—Y usted sabe en el fondo que su pequeño está en manos de James por lo que descubrió en Escocia —prosiguió su interlocutora, dejando a todos estupefactos—. Nuestras obras perversas salen a la luz tarde o temprano, y ha llegado la hora de que pague por mis pecados. No es justo que sufran más personas por mi vanidad.

Blanche dejó caer su delgado cuerpo contra la pared, y con la mirada perdida, comenzó a decir:

—Esta historia se remonta a años atrás, a una época en la que vivía con la seguridad de que era mi derecho obtener lo que se me antojara. Era voluble, insensata y temeraria. Acababa de salir de la escuela dispuesta a mostrarme al mundo y cumplir con mi cometido de encontrar un buen partido con el que desposarme, y no me importaba otra cosa que las apariencias.

»Fue entonces, durante una barbacoa al aire libre, cuando conocí a James: rico, apuesto, gentil... un pretendiente perfecto, al que le faltaba un detalle que no pude pasar por alto: era de sangre aristócrata, mas sin título alguno.

»Me cortejó durante una corta temporada, y yo no se lo impedí, pues me halagaban sus atenciones y en cierta forma me sentía atraída por él, hasta que un día se presentó en mi casa y me declaró sus sentimientos, ofreciéndome su corazón y proponiéndome matrimonio.

»Le rechacé. Él no cumplía con mis expectativas, pero un afán malicioso de posesión me hizo tratar de retenerle y que continuara amándome, aunque no pudiera ser suya.

»Meses después descubrí cuán valioso podía ser mi admirador para mis propósitos al enterarme de que este tenía un primo. Un primo joven, soltero y heredero de una inmensa fortuna, además de ser el primero en la línea de sucesión a un marquesado. Decidí actuar sin demora y me las arreglé para ser invitada a una fiesta a la que Brandon Haygarth acudiría, y allí, entre lujosos vestidos y grandes arañas de cristal, haría uso de todos mis encantos para lograr satisfacer mi ambición.

»Fue fácil conseguirlo. Brandon era un excelente bailarín y se lo hice saber mientras me sacaba a la pista de baile, y tras dos valeses y una polka, estuvimos casi toda la noche disfrutando de nuestra mutua compañía y conversando animadamente. Por eso no me sorprendió que me enviara flores al día siguiente y se presentara en mi casa para mostrar sus respetos a mi padre al cabo de tres semanas, encerrándose con él en su despacho y, como supe más tarde, discutiendo las cláusulas del contrato matrimonial.

»Habíamos planeado anunciar nuestro compromiso durante una cena con los amigos más allegados de las dos familias, y así lo hicimos. Pero no contaba con que James estaría entre los convidados, ya que había oído que tenía que regresar a Hampshire por asuntos personales.

»Se volvió loco al escuchar la noticia. Vi que no cesaba de vaciar su copa de vino y ordenar que volvieran a llenársela, y traté de no acercarme a él, mas sobra aclarar que no estaba dispuesto a marcharse sin una explicación, y me asió del brazo, sacándome a la fuerza del salón y llevándome a uno de los cuartos pertenecientes al servicio en el último piso.

»Me gritó, zarandeó, y estrelló su copa contra el suelo. Cayó de rodillas preguntándome qué había hecho mal, y lloró sobre la falda de mi vestido de seda. No iba a soportarlo. ¿Por qué yo, cuando Brandon podía quedarse con cualquier otra?

»Traté de mantener una conversación civilizada y convencerle de que no era nuestro destino estar juntos, pero se negó a aceptarlo. Sabía que le había utilizado, y le hizo sentirse aún más estúpido el

hecho de que la mujer a la que amaba fuera a destruir su corazón solo por posición y dinero.

»No me dejó salir de allí, jurando mientras rasgaba mi vestido que jamás pertenecería a mi prometido. Y yo me dejé arrastrar por aquella tórrida pasión.

Blanche tomó aire y lo expulsó despacio. No osaba levantar la cabeza y mirar a Julian. Se armó de valor para proseguir.

—Nos hicimos amantes. Buscábamos la mínima ocasión para vernos, y durante nuestros encuentros James me persuadía de que rompiera mi compromiso y me casara con él, a lo que yo respondía con un no rotundo. Creí que el fuego abrasador que recorría mis venas cada vez que me tocaba pasaría, pero no imaginé que mi plan se volvería contra mí, y me enamoré perdidamente de él.

»Un día, cuando todos nos habíamos reunido en Haygarth Park para la época de caza, James y yo acordamos vernos en los establos. Era un lugar seguro, ya que nadie iba allí a menudo. Sin embargo la fatalidad quiso que Brandon entrara y nos viera juntos, descubriendo nuestra relación clandestina.

»Herido por la traición de la que había sido objeto, lanzó contra mí todo tipo de insultos, y James salió en mi defensa, echando toda la culpa sobre sí mismo. Brandon hizo caso omiso de sus alegatos y nos amenazó con hacer pública nuestra vergonzosa actitud, abandonando el lugar determinado a cumplir su promesa.

»Me desesperé. Pensaba en cómo pedirle perdón para librarme de la deshonra. Supliqué a James que me ayudara, y él no hacía más que caminar de un lado a otro como un animal salvaje malherido. Me dijo que él lo arreglaría, que no debía preocuparme. No permitiría que mi prometido lanzara por tierra mi reputación; sería capaz de hacer cualquier cosa para impedirlo.

»No hallo ninguna disculpa válida para justificar el silencio que he mantenido estos años. Quizá en un último atisbo de esperanza de que lo que sospechaba no fuera cierto.

»Esa tarde vi a James dirigirse a la sala de armas... no tenía la menor idea de lo que iba a hacer allí, hasta que ocurrió... el accidente.

Julian recibió esa frase como un puñetazo en el estómago. Se volvió y se apoyó en la pared con ambos puños. Cassie, atónita, le contemplaba temblorosa, sabiendo lo que le pasaba por la mente. ¡Y él se culpó por la muerte de su hermano, cuando el arma la había cargado James a propósito para vengarse! ¡Bastardos! ¡Los dos!

—Pero la pesadilla no terminó ahí —continuó Blanche—. William Brent, por entonces ayuda de cámara de James, fue testigo de lo sucedido, y tras despedirse de su trabajo, optó por extorsionar a su antiguo amo pidiéndole escandalosas cantidades de dinero.

»Yo descubrí unos días después de la tragedia que esperaba un hijo, fruto de la aventura que acabó con la vida de Brandon, y vi la oportunidad perfecta para huir. James nunca lo supo hasta ahora, cuando ya es tarde para conocer el paradero del pequeño, al que di a luz en unas condiciones tan pésimas que me cerraron la matriz para siempre.

»Mi marido se negó a comprar el silencio de aquel criado desleal, por lo que el señor Brent investigó mi paradero para exigirme a mí que le pagara, decisión que le sentenció a muerte, pues James había sobornado a un detective corrupto para que siguiera al hombre de cerca, y al ver que mi seguridad volvía a peligrar... ordenó que le asesinaran y le hundieran en el Támesis.

»Soy... una desgracia para él. Era un ser honrado hasta que me conoció. Yo... no merezco ni su perdón ni el de nadie...

Lo siguiente sucedió en una fracción de segundo. Julian se lanzó contra ella y la tomó por los hombros con violencia, el rostro completamente desencajado y los ojos enrojecidos de odio. Quería

matarla. Ahogarla con sus propias manos.

—¡Meretriz desvergonzada! —gritó sacudiéndola como a un saco de patatas—. ¡Eres una cualquiera! ¿Cómo pudo Brandon fijarse en ti? ¿Dónde está el niño, Blanche? ¿Dónde?

—¡Haygarth! —intervino Miles, separándolos y sujetando al marqués—. No olvides que es una mujer. No descargues tu rabia contra ella.

—No es una mujer, Parker —bramó Julian furioso—. Esa es una mujer —dijo señalando a Cassie, encogida y asustada en su asiento—, no este demonio con unas garras lo suficientemente largas como para arrancarle el cerebro a un hombre.

Cassandra tuvo frío de pronto, a pesar de que el fuego ardía en la chimenea y en la estancia hacía una temperatura agradable. Había destapado la verdad sobre la muerte de Brandon sin querer, desenterrando dolorosos recuerdos y provocando que Julian perdiera la cabeza.

Tantos años despreciado por su padre y privado de la compañía y el cariño de su hermano mayor. Había buscado consuelo en fiestas absurdas y en botellas de brandy, jugándose su fortuna a las cartas y repitiéndose una y otra vez que era un asesino, cuando en realidad solo fue un peón en una cruel partida que se jugó a sus espaldas.

Ahora estaba allí, derrotado, golpeado por la confesión de Blanche. Y James seguía haciéndole daño, reteniendo al hijo de ambos.

No fue capaz de resistir al impulso que la empujaba hacia él. Aprovechó que Miles y Ada estaban ocupándose de Blanche, que había sufrido un ligero desfallecimiento y se acercó al marqués, posando una mano en su antebrazo con la discreción de una mariposa al tocar el pétalo de una flor. Haygarth se giró hacia ella. Sus ojos azules lucían apagados.

—Voy a encontrarle y te lo devolveré —aseguró él—. No te haré más mal, Cassie.

—No es culpa tuya.

—Desde que aparecí en tu camino...

La joven le calló con el dedo índice, rozando con él sus sedosos labios. Julian lo besó sin pensarlo y ella se ruborizó. En otras circunstancias...

—Voy a encontrarle y te lo devolveré —repitió.

Cassandra le dedicó una breve sonrisa.

—Lo sé.

Con las manos heladas por el gélido aire del invierno, James comprobó por enésima vez la munición del revólver que llevó sujeto a la cintura de su pantalón. Aquella cueva escondida en los acantilados no era el mejor sitio para ocultarse en pleno diciembre, mas era su opción más factible, pues no había un maldito lugar seguro donde ir arrastrando su culpa y al estúpido crío con el que cargaba.

Su rubia cabellera se pegaba a su frente a causa del sudor que cubría su rostro. Se lo limpió con un pañuelo que sacó de su bolsillo y siguió con lo que estaba haciendo.

Miró alrededor. El cubículo en el que Arthur y él se hallaban había sido antaño su porción de cielo. Un escondite que solamente él y Blanche conocían, donde se veían a salvo de cualquier vigilancia y se amaban apasionadamente.

Recordó cuántas veces la tomó sobre el suelo de piedra donde ahora el pequeño tiritaba de pánico y frío, envueltos ambos en las mantas que portaban consigo en cada ocasión en la que se citaban.

Entonces la quería con locura, con un amor que continuó intacto con el paso de los años, por mucho que se propuso odiarla.

Logró casarse con ella. ¿Y de qué le sirvió, si el rencor arañaba su corazón al intentar un acercamiento? Además, los remordimientos por lo ocurrido con Brandon volvían como un huracán a su pensamiento cada segundo que contemplaba el bello rostro de su esposa.

Se emborrachó cuanto quiso, probó los lechos de otras mujeres, y aun así no podía arrancársela del pecho. Blanche Guilford podía hacer de él lo que le viniera en gana, y esa era una verdad que no cambiaría jamás.

Clavó sus ojos en su rehén, que llevaba la ropa sucia y unas grandes ojeras. Ese niño... se parecía a alguien. Arthur, al notar que le escudriñaban, murmuró con voz débil:

—Tengo hambre.

—Ya te di tu ración hace media hora —le espetó James.

—Pero sigo teniendo hambre...

—¡Cállate, mocosito! —escupió su captor exasperado—. Ya comerás lo que quieras cuando te deje libre. Eso si tu madre deja de meter sus narices donde no la llaman.

—No hable así de mi madre, señor.

James encaró al muchacho. Valiente idiota. ¿No le habían contado que no se debía discutir con una persona armada?

Caminó hacia él y le cogió por un brazo.

—Escúchame bien —le advirtió—. Estamos junto a un mar embravecido. No me importaría lanzarte al agua y dejar que te ahogaras.

Arthur agrandó los ojos y se echó para atrás, gesto que agradó a James. Al menos era consciente de quién mandaba allí.

—¿Por qué me ha traído aquí con usted? —preguntó el chiquillo con ingenuidad—. ¿Qué le hemos hecho nosotros? ¿Quiere dinero?

Haygarth soltó una carcajada.

—¿Dinero? No hijo, no quiero dinero.

—¿Entonces qué quiere?

—Que no hagas más preguntas.

Temeroso de que el hombre cumpliera con su amenaza, Arthur tiró de su brazo para alejarse de la entrada de la cueva, y con el brusco movimiento la tela de su camisa se rompió, dejando parte de su piel infantil al descubierto. James le miró y acto seguido observó la rotura. El antebrazo del chico tenía una mancha extraña.

Se agachó para inspeccionarla mejor, y vio que se trataba de una marca de nacimiento. Volvió a mirarle a la cara. Esas facciones, el color y la forma del cabello... ¡y la misma marca de nacimiento que Brandon tenía!

Cayó de espaldas contra el suelo asustado. ¿Estaba perdiendo la cabeza? ¿Habría acudido el espectro de Brandon a atormentarle?

De repente lo entendió, y comenzó a reírse descontroladamente. ¡Ese niño era hijo de Julian!

Se incorporó, asiendo a la criatura del mentón.

—Vaya vaya... a estas alturas tu padre ya sabrá que su cachorro está con un loco y tratará de encontrarte. Esto se pone muy interesante.

—¿Pero qué dice? —replicó Arthur confuso—. Mi padre murió hace casi un año.

—Eso es lo que te han contado. Pero no es cierto. Los mayores a veces hacemos cosas que no están nada bien, ¿sabes? Y los demás son los que pagan los platos rotos.

Las palabras de Blanche vinieron a su memoria. Tenían un hijo. Un hijo un poco mayor que Arthur. Tendría un aspecto parecido, y las mismas ilusiones infantiles. Mas se encontraba perdido, criado a saber por quién, y había sido privado del amor de sus padres porque ella fue demasiado cobarde para quedarse y enfrentarse junto a él a la tormenta.

«¿Por qué, Blanche? ¿Por qué?»

Unas voces les hicieron ponerse alerta. Se trataba de un grupo por los intensos murmullos que se oían. James arrastró a Arthur al exterior, sacó su pistola, y susurró:

—Si te mueves te pegaré un tiro.

No había por dónde escapar. A su espalda el mar rugía y se estrellaba contra las rocas, y los dueños de aquellas voces se aproximaban por la zona del prado. Estaba atrapado.

—¡James! —exclamó Blanche, corriendo hacia su marido.

—¡Quieta! —gritó él, apuntando con el revólver a la sien del muchacho.

Blanche obedeció. Ella les había guiado hasta allí. Traidora.

Detrás suyo Julian, Cassie, Ada y Miles caminaban con cautela. Cassie experimentó el terror en su más alto grado al contemplar la escena y se apoyó en el marqués para no desfallecer.

—Suelta la pistola —le advirtió Julian—. No conseguirás salir de esta cargando con otra muerte.

—Vete al infierno —bufó el aludido.

Ada lloraba sobre el pecho de su esposo, que trataba de consolarla.

—Debiste haberlo pensado antes de traerles —dijo James dirigiéndose a Blanche— ahora tendré que matar al crío.

—¡No! —chilló Cassandra, oyendo cómo lloraba su hijo.

—Iba a devolvértelo, estúpida —hablaba ahora a la madre de su rehén—. ¿No podías esperar? Solo quería que nos dejaras en paz. Maldita tu curiosidad y tu ridículo sentido de la justicia.

—No los metas en esto —intervino Julian—. El asunto nos concierne a ti y a mí, James. Libera al niño.

—¡Oh, qué tierno! —se burló su primo—. Me conmueve ver cómo defiendes a tus tesoritos. Pero es una disoluta, Julian. Como todas. No vale la pena querer así a una mujer. Paren a tus hijos y luego se los dan a otro.

—No tienes idea de lo que hablas. Sé lo de tu hijo y lo lamento. Pero no pueden pagar justos por pecadores.

James observó por unos segundos a la pareja. Cassie le miraba suplicante, y comprendió que Rockingham ignoraba su parentesco con la criatura.

—¡No lo sabes! —escupió—. ¡Menuda fulana barata! No creí que fueras tan ciego.

—¡Basta! No toleraré que la humilles delante de mí. Resolvámoslo como debe ser, sin inmiscuir a nadie.

Cassie miró a Julian horrorizada. ¿Un duelo?

—No voy a batirme contigo —repuso James—. Tu vida no me interesa. Tampoco la de este saco de huesos. No soy... un asesino.

Bajó la vista y contempló el revólver. Una vez había cargado un arma para silenciar a alguien. Se estremeció y sus iris se humedecieron.

—¡No quería matarle! —exclamó casi sollozando—. Era como mi hermano. Pero iba a... a

repudiarla y exhibirla ante todos. Era mi obligación protegerla de su ira. Cargué esa escopeta, sin embargo la abandoné en la sala de armas para pensar en un plan mejor. ¡Pero tenías que coger precisamente esa!

James dio un paso atrás. Las mujeres gritaron, ya que se situaba a menos de un metro del acantilado y corría un alto riesgo de despeñarse. Julian, con precaución, se adelantó, y Cassie le siguió.

—Soy una bestia... —murmuraba el secuestrador para sí mismo— llevo las manos manchadas de sangre...

Giró la cabeza hacia su esposa.

—¡Contempla tu obra, Blanche! —vociferó—. ¿Soy ahora lo suficientemente bueno para ti?

Ella, arrodillada, se cubrió el rostro para ocultar su llanto.

—¡Mírala! —dijo a Cassie—. ¿Ves cómo llora? ¡Por tu culpa! ¡No vales nada, desgraciada!

Y ante la sorpresa de los presentes, dio un fuerte empujón a Arthur, arrojándolo a los brazos de Ada, que acogió al chico y lo apretó contra sí.

Dirigió la pistola en dirección a Cassandra y disparó. Julian se abalanzó sobre ella, cayendo ambos al suelo. James se volvió de nuevo hacia Blanche y musitó como hipnotizado:

—No puedo soportarlo... no puedo...

Y dicho esto caminó de espaldas hasta el borde del precipicio, lanzándose al vacío.

Blanche emitió un alarido desgarrador y corrió. Miles la persiguió y le dio alcance justo antes de que cayera al mar, sujetándola con fuerza y apartándola de la sobrecogedora imagen de su marido muerto aplastado entre las rocas.

—¡Dios mío... Julian!

Parker creyó que soñaba al divisar a Cassie sentada con el marqués agonizando en su regazo. Sus manos ensangrentadas trataban de detener la hemorragia que brotaba del costado del herido, mientras él tiritaba e intentaba hablar.

Le dio un vuelco el corazón. ¡La condenada bala le había alcanzado!

—No te duermas cariño, por favor, no te duermas... —suplicaba Cassandra— quédate conmigo...

Rockingham elevó la vista y, haciendo una mueca de dolor, susurró:

—Te quiero, paloma.

Y cerró los ojos, inclinando su cabeza a un lado.

El médico llevaba una eternidad encerrado en los aposentos principales con el paciente, entretanto los demás esperaban alguna noticia favorable sobre el estado de Julian. A duras penas habían conseguido trasladarlo entre todos a la mansión, rogando al cielo que no fuera demasiado tarde, pues, aunque respiraba, estaba totalmente inconsciente.

El viento traído por el mar agitado de la costa mantenía las temperaturas continuamente bajas. Cassie se había cerciorado de que el servicio preparara con denuedo la habitación en que dormiría el enfermo, y que una buena cantidad de leña estuviese disponible. Y aguardó.

El doctor Clayton Jr., recién licenciado en medicina e hijo del famoso galeno del pueblo, salió por fin del dormitorio y dirigió a la señora Latimer una mirada grave. Era joven y esbelto, y pocas veces había tenido la oportunidad de ver morir a alguien, por lo que su expresión pesimista alarmó sobremanera a Cassandra.

—Es una herida profunda —se atrevió a comentar para suavizar lo que iba a contar—. He hecho lo que estaba en mis manos.

—¿Se recuperará?

—Es pronto para decirlo —explicó—. Ha perdido una cantidad importante de sangre y lo que más necesita ahora es descansar. Y que no se le mueva.

Huntercombe se mordía las uñas, levantándose y sentándose cada cinco segundos. Debía haber adivinado que alguien saldría mal parado con la locura de James.

Y de pronto, sin previo aviso, se enfrentaba de nuevo con el dolor. Con el miedo a la pérdida. El mismo que sintió cuando tomaba la mano de su padre para despedirse de él.

Su compañero, su hermano de pacto, su amigo... se debatía entre la vida y la muerte al recibir voluntariamente el balazo dirigido a otra persona, actuando con la heroicidad que le caracterizaba.

«No te puedes morir, condenado», pensaba. «No sin antes jugar conmigo otra partida de cartas en el Hodge's, por los viejos tiempos.»

Miró a Ada y vio que esta permanecía callada y abatida, con el alma carcomida por los remordimientos. Deseaba estrecharla y tranquilizar su conciencia, pero ni siquiera él estaba preparado para lo que había pasado. Se puso a su lado.

—¿Estás bien?

Su mujer asintió.

—¿Crees que saldrá adelante?

—No lo sé, Ada.

—Dime que sí, Miles, solo dime que sí...

—Ven aquí.

La besó en la frente y acarició su vientre.

—Es fuerte como un toro —afirmó con seguridad—, y no partirá hacia el reino de los muertos mientras le queden cabos por atar en la Tierra. En eso se parece al difunto lord Rockingham.

—Deben reconciliarse.

—Sí.

—Y que sepa que Arthur...

Parker frunció el entrecejo cuando su esposa se interrumpió.

—¿Que Arthur qué? —preguntó ansioso.

Ada fijó en él sus ojos verdes.

—El niño lleva su sangre.

Miles quedó boquiabierto ante la revelación de su mujer.

—¿El niño es... suyo?

—¿Por qué piensas que insté a Cassandra a casarse con Frank Latimer? Era su única salida. Si su padre se hubiese enterado...

—¿Y Frank? ¿Conocía su secreto?

—Por supuesto. Nunca le escondió nada. Él les dio su apellido a ella y al bebé para salvar su reputación. La amaba.

El vizconde guardó silencio, pensativo.

El americano se había ganado su afecto en el escaso tiempo en que fueron socios y amigos, y le satisfizo enormemente ser testigo de la nobleza de aquel extranjero. Pocos hombres actuarían con total desinterés ocupándose de un vástago ajeno alojado en el vientre de una campesina.

—Era una gran persona —aseveró con tono triste—. Una gran persona cuya desgracia fue fijarse en un corazón que pertenecía a otro.

—Tienes razón. Él merecía ser correspondido. Mas el destino...

—El destino —apuntó Parker esbozando una sonrisa amarga—. Mueve las cuerdas y conduce sus marionetas a su antojo.

—No ha sido tan perverso contigo...

—No. Tengo lo que quiero. Y a quien quiero.

Ada abrazó a su marido.

—Yo también —dijo antes de besarlo en los labios—. Y ojalá esta pesadilla pase pronto.

Cassie seguía hablando con el doctor Clayton, que le explicaba como podía el nivel de gravedad de la herida de Julian. Sus palabras se entremezclaban en su mente con las imágenes de lo acontecido, y un remolino de emociones la hacían presa de un temor continuo.

Su amor, su vida, el único hombre al que había adorado, estaba echado sobre una cama luchando por sobrevivir. Los planes que trazó durante su viaje quedaron rotos en pedazos, al igual que un fino cristal que se precipita contra el suelo. Su pequeño había vuelto a ella sin un rasguño y se encontraba a salvo, mas a cambio Julian le estaba siendo arrebatado lentamente, como una enfermedad incurable que se apodera del cuerpo de un pobre moribundo. Si el marqués fallecía, sería el final de ambos, pues ella se convertiría en una muerta en vida. No habrían más sonrisas, ni esperanza. Nada. Solo un vacío que no haría otra cosa que arrancarle de los pulmones el escaso aire que le quedaba.

Blanche había regresado a The Royal Oak. La policía, que ya estaba en camino, se encargaría de lo demás, y el cuerpo de James sería trasladado para recibir un entierro digno. No le guardaba rencor, pues al escuchar su historia comprendió que el enamorarse de la persona equivocada podía ser la destrucción de uno mismo, y él ya hacía tiempo que había perdido la cordura. Blanche había sido cruel, egoísta, falsa y despiadada, y no merecía tanta devoción.

Ahora el objeto de su preocupación permanecía inconsciente, vendado y sedado en sus propios aposentos. Si recibía el debido permiso, acudiría a su lado y no se movería de allí hasta que hubiera abierto los ojos nuevamente. Después escribiría a Henniker y le daría la noticia, y por fin podrían cerrar el caso Brent, porque su asesino intelectual estaba muerto y Blanche conocía la identidad del agente que mató al ayuda de cámara, por lo que le tomarían declaración y el criminal sería colgado,

tal y como ordenaba la ley.

El médico, que ya estaba a punto de marcharse, comentó:

—Señora Latimer, aunque solo sea por precaución, he de advertirle que sería prudente avisar a los familiares de lord Rockingham por si... algo sucediera.

Cassie caviló unos instantes y respondió:

—No conozco a la familia de lord Rockingham, y no sabría cómo contactar con ellos si es que hay alguien. No se apure, yo me encargaré de todo.

—He dejado la medicación que ha de suministrarle y lo necesario para curar la herida en su mesilla de noche. Ya le he explicado el proceso.

—Sí.

—Si empeora o no presenta mejoría en las próximas horas, no dude en mandarme llamar.

—Muchas gracias, doctor Clayton. Así lo haré. ¿Es posible pasar a verle ahora?

El joven licenciado asintió.

—Pero recuerde que si se le moviera sería... muy perjudicial.

—Lo tendré en cuenta.

Clayton recogió su maletín y se puso el sombrero.

—Que tenga un buen día.

—Igualmente.

Cuando se hubo quedado sola, Cassie dejó en la planta baja a su prima y a Miles, dirigiéndose al piso de arriba con el corazón en la garganta. Cuanto más se acercaba a la puerta cerrada de la alcoba donde Julian aguardaba al otro lado, más trémula e indefensa se sentía. ¿Sería capaz de enfrentarse a lo que iba a ver?

Entró en la estancia de puntillas. Esta estaba en penumbra, iluminada solo por las llamas de la chimenea, y las cortinas habían sido corridas. En la enorme cama con dosel, como una versión masculina de la Bella Durmiente, el rostro lívido del marqués descansaba sobre una almohada de plumas, y su torso desnudo subía y bajaba rítmicamente, cubierta su mitad inferior por una gruesa venda blanca.

Cassandra se acercó. Ojalá pudiera despertarle, o al menos hablarle mientras dormía y que él la escuchara. Le había salvado la vida, cumpliendo su palabra de que algún día le sería dada la oportunidad de demostrarle lo importante que era para él.

Y Arthur... otra vez en sus brazos, fuera de peligro. Si no llega a ser por la tragedia acaecida a Julian, la felicidad habría sido completa.

Se atrevió a aproximarse más y se inclinó sobre Haygarth, admirando cada rincón de aquella faz que en varias ocasiones la había mirado con ternura. Su boca, semiabierta, dejaba escapar su cálido aliento. Sucumbió a la tentación de besarle y volver a saborear sus labios, algo que llevaba once años echando de menos. Lástima que el joven no pudiera devolverle la caricia.

—Vive, amor mío —murmuró, separándose unos milímetros—. Vive para que pueda quererte.

Y no se percató de que la mano de Rockingham hizo un ligero movimiento sobre las frías sábanas de la cama, intentando en vano llegar hasta ella.

Las navidades de ese año estuvieron envueltas en una sombría tristeza. Julian, aunque estable, permanecía gravemente enfermo, y Cassie se desvivía por proporcionarle todo lo necesario para su

pronta recuperación. Miles y Ada no regresaron a Huntercombe Manor y enviaron una cariñosa nota a lady Amelia explicándole la situación, algo que ella, esta vez, comprendió perfectamente, respondiendo a su misiva con buenos deseos para el joven Rockingham y enviando un afectuoso saludo a todos.

Además, nadie en Inglaterra gozaba de buen ánimo para celebrar las fiestas, pues el país al completo estaba de luto. El príncipe consorte Alberto de Sajonia perdía la batalla contra el tifus diez días antes de Nochebuena, dejando a la reina Victoria viuda con tan solo cuarenta y dos años y con el corazón roto en pedazos.

Julian despertó la mañana de Navidad con un hambre atroz, y se encontraba confuso respecto a lo que había ocurrido. Una de las criadas, que en aquel momento recogía los vendajes sucios que Cassandra había dejado sobre la mesita, corrió a llamar a su ama, que acudió sin demora temerosa de que fueran malas noticias. Al entrar atropelladamente en la habitación y ver a Julian despierto e intentando incorporarse, exclamó:

—¡No hagas eso!

Haygarth quedó paralizado y miró hacia la puerta abierta. La doncella estaba detrás de la señora, que le miraba con cierto reproche y las mejillas arrojadas por el esfuerzo al subir las escaleras. No tenía fuerzas para reírse, aunque le hizo gracia la escena.

—No te muevas —le ordenó ella, entrando en el dormitorio.

—¿Por qué?

—Aún no estás curado del todo.

El marqués contempló la estancia unos segundos. Jamás había entrado en aquella habitación.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En mis aposentos. Te trasladamos aquí porque este lugar tiene más luz y una cama cómoda y grande. Pensé que descansarías mejor.

—Arthur...

Cassie se adelantó y le tocó el hombro.

—Arthur está bien —aclaró—. Quiso venir a verte, pero he preferido esperar a que despertaras.

—¿Y...?

Cassandra carraspeó ligeramente y bajó la vista. Era difícil dar una noticia así.

—James... ha muerto, Julian. Se suicidó el día que te disparó.

Haygarth frunció el entrecejo ante la aguda punzada que sintió en el costado.

—James... ¿y ella? ¿Dónde está ella?

—Regresó a The Royal Oak. Le he visitado para contarle tus progresos.

—No... vayas a esa casa.

El dolor sacudió otra vez el cuerpo del marqués, y Cassie le ayudó a tumbarse.

—Hablaremos de esto cuando estés en condiciones de sostener una conversación —dijo—. Estás débil.

—¿Tú... estás bien?

La joven sonrió.

—Ahora sí.

Ada abrazó a su prima con lágrimas en los ojos al escuchar que Julian pronto estaría fuera de

peligro. Antes de la cena Miles subió a ver a su amigo, dejándolas solas a las dos, y la vizcondesa lanzó un suspiro de alivio al comprobar que sus oraciones estaban siendo respondidas.

Cassie se mostraba más animada, aunque prudente. La herida de bala había sido profunda, y por poco le perfora los órganos vitales.

—Qué bueno que haya despertado justamente hoy —apuntó Ada—. ¿No te parece un regalo divino?

—Dios nos lo ha devuelto.

—Así es. Y en cuanto a vuestra...

—¿A nuestra qué?

—A vuestra relación... ¿qué has decidido?

Cassandra se sonrojó.

—Te dijo que te quería antes de perder el sentido —observó su prima.

—Creía que iba a morir. Las personas podemos decir cosas que en realidad no sentimos en momentos tan críticos.

Ada se envaró.

—O eres muy terca o nada observadora. ¿Es que no cuenta el hecho innegable que te adorara desde siempre?

—Los afectos cambian. Fíjate en el tuyo por Miles.

Lady Huntercombe rio.

—Hay algo que debes saber sobre mis afectos por Miles, querida. Yo jamás le he odiado. Solo... estaba molesta con él por ser tan... vehemente en sus opiniones sobre mí.

—¿A qué te refieres?

—Miles era el único capaz de sacarme de quicio. No me ocultó su desprecio por mi persona al conocernos, pues era partidario de ese matrimonio clandestino que yo con mi absurda obsesión por protegerte evité. Y si te contara todos los desplantes de los que fui objeto... ahora los recordamos y nos reímos de ello, pero entonces yo estaba enojada y dolida por ser aborrecida por un hombre que no me podía quitar de la cabeza.

—Le quisiste... ¿desde el principio?

—Supongo que no era amor al comienzo. Eso sí, nunca me fue indiferente, y a pesar de los continuos roces que protagonizamos acabamos por darnos cuenta de que no podríamos vivir el uno sin el otro. Superamos los muros que nos separaban y a día de hoy somos felices.

—Oh, Ada, cuánto me alegro...

—Tú también puedes serlo.

Cassie se dirigió a un sillón y se sentó, siendo imitada por su prima.

—A veces pienso que ya es tarde para nosotros —reflexionó—. Vine de Escocia con la convicción de pedirle que nos diera una oportunidad, y ahora sucede esto. Es como si en cada intento de reconciliación hubiese una sombra que lo estropeará todo.

—Son supersticiones absurdas.

—Estoy cansada de luchar contra la corriente. Hoy al verle despierto, tan... indefenso... casi se me parte el alma, Ada.

—Te aseguro que prefiere estar en esa cama si con eso ha conseguido evitar que James Haygarth te hiciera daño. Además, está vuestro pequeño. Arthur tiene derecho a conocer a su padre.

—No tendré el valor de contárselo. Puede reaccionar de la peor manera.

—O puede ser el último empujón que le ayude a plantearse un futuro contigo.

—Bueno, me queda el consuelo de que no tengo nada que perder...

Ada asintió.

—Exacto. Si lo deseas, Miles y yo aplazaremos unos días más nuestro regreso a Huntercombe Manor, por si necesitas cualquier cosa.

—Pero no verás a los niños...

—¿Niños? Ivy ya aborrece las muñecas y Jonathan es todo un hombre a sus quince años. Estarán perfectamente sin mí y entretenidos con los regalos de lady Amelia. Miles me prometió que los cuatro haríamos un viaje a la campiña francesa en primavera para pasar tiempo con ellos, así que apuesto a que nos perdonarán por estar ausentes estas navidades.

Ambas se vieron interrumpidas por Parker, que en ese momento entraba en la estancia. Su semblante alegre daba a entender que había hallado a Julian con mucho mejor aspecto. Al fin sus vidas volvían a su correcto cauce.

Las semanas fueron sucediéndose y el frío tomaba posesión de cada rincón del sur de Hampshire. Enero no era un mes fácil en las islas, y sus habitantes se calentaban con grandes montañas de leña ardiendo en enormes chimeneas.

Julian, que ya tomaba sus comidas sin ayuda, se recuperaba a pasos agigantados. Se sentía infinitamente vulnerable cuando aquella mujer menuda de finos dedos le cambiaba las vendas con tanta maestría, como si fuese una auténtica enfermera. Qué determinación más difícil de cumplir la de no tomarla en sus brazos...

Cassie se mostraba sosegada, y se comportaba con él como si ambos no tuviesen un pasado en común. Por una parte eso le dolía, pues era complicado saber en qué pensaba cuando le miraba a los ojos.

Una noche, tras el cambio rutinario de vendas, él le soltó sin darse cuenta: «Una libra por tus pensamientos», a lo que la joven contestó con una tímida sonrisa. La complicidad era palpable, sin embargo no tenía la menor idea de cómo abordar el tema del que quería hablar con ella.

Miles y su esposa se marcharon a principios de febrero. El embarazo de Ada empezaba a hacerla engordar demasiado, y las prendas que había llevado consigo a Hampshire casi no le servían. Cassandra reía como una niña cuando oía al vizconde llamar a su mujer «bolita» y recibía de esta una sarta de frases ininteligibles que, sin duda alguna, tenían que ser réplicas nada agradables a sus referencias respecto a su envergadura.

Henniker les había visitado en una ocasión para interesarse por la salud de Julian y para saludar a la viuda de su amigo y darle las gracias por su colaboración en el caso Brent. Su comportamiento, impecable como solía ser, no ayudó a Miles a sofocar un ligero sentimiento de celos al verle conversar con Ada, y rondaba a la vizcondesa como un perro guardián la mayor parte del tiempo.

Blanche, por su parte, se había trasladado a Londres para colaborar con la policía con lo que sabía de la historia. Cassie le había ayudado a conseguir para James un entierro cristiano, pues a los delincuentes y a los que se quitaban la vida se les daba descanso eterno en tierra sin bendecir, y eso era algo que Blanche, unido a sus remordimientos, no era capaz de soportar.

Julian se alegró de su marcha. Respiraba tranquilo ahora que la causa de sus males estaba lejos. Por él se hubiera podrido en una tumba junto a la de James, ya que no merecía vivir más que él.

Pobre hombre. Su destino truncado por amor a una persona sin escrúpulos.

Cuando estuvo lo suficientemente fuerte como para permanecer sentado, escribió a su amigo Rupert Wren para contarle que retrasaría su regreso a Australia porque había sufrido un «ligero accidente sin importancia» que requería atención médica. Ya le explicaría con más detalle después.

A finales de mes el doctor Clayton le dio el alta, y comprobó con tristeza que ya no había motivo para quedarse recluido en aquella casa. No le habría importado llevarse otro tiro con tal de tener una excusa para reclamar los cuidados de Cassandra, mas estaba agradecido por recuperar la salud y no se planteaba ponerse delante de un arma otra vez.

Una mañana, tras darse un baño relajante y vestirse adecuadamente, pidió ver a Cassie para comunicarle su decisión de irse a Londres. Ella, serena como siempre, entró sigilosa en la habitación con los ojos brillantes. No ocultaba su felicidad por el desenlace de aquella historia.

—Hola —dijo él mirándola fijamente cuando cerró la puerta al pasar.

—Veo que estás bien del todo —respondió su interlocutora acercándose.

—El doctor Clayton...

—Te ha dado el alta. Me lo comunicó ayer.

Rockingham tragó saliva. El efecto que su sola presencia ejercía sobre él seguía siendo devastador.

—Quería... agradecerte por tus cuidados y tu ayuda. Veo que cada día aumenta más mi deuda contigo.

Cassie sonrió.

—No me debes nada —aseveró—. Tengo a mi hijo sano y salvo gracias a ti. Y yo misma...

—James estaba loco. Debí advertirlo. Siento que hayas estado en peligro.

—Arthur me comentó que estuvo aquí un par de horas esta semana. ¿Te resultó molesto? Vino sin mi permiso y...

—Oh, no. Estuvimos hablando de sus cometas. Me recuerda porque le ayudé a rescatar su favorita de un árbol durante la fiesta benéfica que las damas del club de labores organizaron el año pasado.

—Tiene una excelente memoria para con aquellos que le hacen algún bien. Y ahora que le salvaste la vida a su madre, hablará de ti como si fueses un héroe de uno de esos cuentos infantiles.

Haygarth rio.

—¿Héroe? Puedo ser cualquier cosa menos un héroe. Ese muchacho es muy inteligente, y para la edad que tiene posee un don para la conversación que no vi jamás en otros niños.

—¿De veras? Dijo de ti que eres «altamente agradable». Veo que os gustáis mutuamente.

«Adoro todo lo que proceda de ti, pequeña.»

—Lo celebro. Cassie...

—¿Sí?

—También pedí que vinieras para hacerte saber que he decidido... marcharme a Londres.

La joven enmudeció.

—He abusado de tu hospitalidad siendo una carga para ti durante dos meses, y considero...

—¿Te vas? —le interrumpió ella, contrariada.

—Así es.

—Es pronto aún. ¿Y si sufres una recaída?

—Hay varios médicos disponibles en la capital. Tenía que haber regresado a Australia el mes anterior, y he pospuesto mi viaje por lo sucedido. Dejé allí asuntos sin concluir y...

—Entiendo.

Julian guardó silencio y Cassie le miró con una ceja levantada. Se sintió impotente ante la determinación del marqués a abandonar su hogar y volver a alejarse de ella. ¿Qué tenía que hacer para retenerle? ¿Suplicarle? ¿Atarle al cabecero de la cama?

Caminó hacia él con paso firme y se detuvo a medio metro de distancia. Haygarth la observaba sin abrir la boca. Fue entonces cuando se armó de valor y murmuró:

—Dime una cosa. ¿Era cierto lo que dijiste?

—¿Qué fue lo que dije?

—Tus últimas palabras antes de quedar inconsciente. ¿Eran ciertas?

—No las recuerdo.

Cassandra se aproximó más, y pestañeó lentamente antes de contestar.

—«Te quiero, paloma.» Eso fue lo que dijiste.

El corazón de Haygarth se le paró dentro del pecho. La tenía tan cerca....

—Sabes cuál es la respuesta a eso —susurró.

—¿Entonces por qué me dejas otra vez? Te vas sin cumplir tu promesa de que algún día recuperarías lo que te pertenece.

Julian cerró ambos puños tras su espalda. Sabía perfectamente que ni haciendo uso de toda su fortaleza evitaría sucumbir a la tentación de estrecharla y besarla hasta el cansancio si no dejaba de provocarlo de aquella manera.

Cassie notó la tensión del semblante contraído de Rockingham. Esa señal la instó a continuar, y alzando el mentón, musitó próxima a los labios del marqués:

—¿Recuerdas la última vez que me besaste, o también se te ha olvidado?

Julian esbozó una sonrisa ladeada.

—De eso hace ya once años.

Cassie negó con la cabeza.

—Se equivoca usted, milord —repuso con gesto serio—. Fue la pasada noche. En mis sueños.

Haygarth tomó el rostro de la dama entre sus manos. Ella se apoyó contra su torso y lanzó un suspiro, quedando sus palabras silenciadas por el beso desesperado de un hombre que la deseaba desde hacía más de una década.

Julian la abrazó. No quería soltarla. Volver a acariciarla de esa forma era algo con lo que había soñado desde el fatídico día que dejó Hampshire para regresar a su triste existencia entre las frías paredes de Haygarth Park. Cielos... ¿Había muerto y se encontraba ahora en las puertas de la Gloria?

La besó hasta que le faltó el aliento. Tenerla para él era demasiada dicha. Cassie respondía a aquel amor reprimido que fue de pronto liberado con la misma intensidad, y se aferraba a su cuello jadeante, demandando para sí toda la pasión que le había sido anteriormente prohibida.

Su risa llenó la estancia cuando él la tomó en brazos. Con la cabeza apoyada en su hombro, dijo:

—Creo que vas a tener que posponer también este viaje.

Las llamas anaranjadas de la chimenea tallada que proporcionaba calor y luz a la habitación en penumbra ardían alegremente, imitando las danzas de las tribus paganas ancestrales ante una inmensa hoguera con sus movimientos rítmicos, dando la impresión de tener vida propia. Cassie las observaba callada mientras recorría con sus dedos la hilera de botones del chaleco de Julian, ambos

unidos en un cálido abrazo, sentados sobre la aterciopelada alfombra y recostados contra la parte inferior de una *chaise longue* de color verde agua.

Habían perdido la noción del tiempo, quedando inmersos uno en los ojos del otro y transformando en palabras todos los profundos sentimientos albergados en su corazón.

Ya no habrían más secretos, ni más lágrimas que no fueran de felicidad. El cautiverio al que sus almas se vieron condenadas el día de su separación había acabado.

—Nos casaremos en cuanto cumplas el año de luto —observó Haygarth.

Cassandra se irguió y lo miró.

—Aún faltan dos meses para eso.

—Margen suficiente para los preparativos necesarios.

—¿Preparativos necesarios? —preguntó Cassie en tono burlón—. ¿Es que me ves cara de doncella virginal en edad casadera?

Julian rio y la besó en la frente.

—Bueno... las viudas también tenéis derecho a una boda decente.

—Yo no quiero una boda decente. Solo casarme contigo.

—Cariño, esta sociedad corrupta y desequilibrada no nos perdonará que hagamos una ceremonia deprisa y corriendo —explicó Julian—. Además, ¿qué será de tu reputación si te desposas con otro caballero sin terminar el periodo exigido de duelo por tu fallecido marido?

—Que estará destruida, rota y desperdigada por los suelos —manifestó su interlocutora fingiendo estar molesta—. Pero ¿quién osará señalar a la esposa del marqués de Rockingham? La mayoría de esos buitres carroñeros se pasearían en calzones por Trafalgar Square en pleno mediodía con tal de ser convidados a tu mesa a tomar el té.

A Haygarth se le escapó una carcajada y le acarició el cabello.

—¿Dónde aprendiste a ser tan aguda en tus respuestas? —inquirió maravillado.

—El club de labores me ayudó bastante —aclaró ella—. Alguien que no tenía otra cosa que hacer inventó normas que sometieron a las damas al suplicio de guardar luto por un tiempo exagerado, como si fuera pecado querer continuar su vida porque su cónyuge ya no disfruta de los placeres terrenales. Fíjate en las normas para los hombres: solo se os exigen seis meses. ¿Es que el dolor por la pérdida es diferente en un corazón femenino y otro masculino? ¿Es que una mujer que muere merece menos consideración y respeto? ¿De qué sirve seguir tapándome el rostro con velos de crepé si ardo en deseos de dormir cada noche abrazada a otro hombre?

Julian se conmovió ante aquel derroche de sinceridad y la estrechó contra sí, besándola de nuevo en los labios.

—Lloré muchísimo la muerte de Frank —prosiguió Cassandra—, mas sería una hipócrita si negara lo que siento por ti y tratara de mantener las apariencias.

Rockingham enterró su rostro en el sedoso cuello de la joven y aspiró su aroma.

—Por mí te llevaría ahora mismo a Gretna Green —susurró—. Pero tú mereces algo más que un matrimonio con prisas. Te compraré el anillo más caro del país, y celebraremos nuestra unión con las personas a las que queremos como testigos. No volveré a ocultar al mundo mi amor por ti jamás, paloma. Por cierto, te traje un regalo de Australia.

—¿Ah, sí?

Haygarth se levantó y volvió con una cajita que sacó del bolsillo de su chaqueta. Cassie tomó el presente emocionada y lo abrió.

—Oh, Julian, es una maravilla... ¿esto es lo que buscáis en las minas de esas islas?

—Sí. Este es un ópalo negro, el más valioso de todos. Los hombres que cavan en aquellas tierras viven para encontrar piedras así. Como era mi primer hallazgo importante, le puse tu nombre. Dormía con ella bajo mi almohada, pensando en el día en que la pondría en tus manos. Puedes hacer lo que quieras con ella: convertirla en un collar, unos pendientes, o...

—Un anillo de compromiso.

—También. La mandaré a un joyero en Londres para que diseñe el anillo y te lo enviaré para que lo lleves puesto en mi próxima visita.

—¿Tu próxima visita? ¿No vas a quedarte conmigo?

—Eso quisiera, pero hemos de ser prudentes. Me marcharé a Londres en un par de días y te escribiré. No tardaré en volver. Y hemos de tener en cuenta que aún hay un caballero al que tengo que pedir formalmente tu mano.

Cassie frunció el ceño.

—¿Qué caballero?

—Arthur. A su edad no será fácil para él asimilar que otra persona ocupe el lugar que perteneció a su padre, aunque yo le dejaré claro que no es lo que pretendo.

—Julian...

—Si me acepta, lo criaremos juntos. Y si la Providencia lo desea, le daremos hermanas a las que proteger y hermanos a los que fastidiar cuando se aburra.

Cassandra respiró hondo, como si la cantidad de aire del dormitorio comenzara a escasear. Rozó con las yemas de sus dedos los labios de Julian, y a continuación dijo:

—Tú nunca serás un intruso en la vida de mi hijo. De hecho eres... parte de su vida.

—Eso intentaré. Ser parte de la vida de ese niño y de la de su madre.

Los ojos de Cassie se llenaron de lágrimas.

—La noche del baile en Huntercombe Manor, cuando nos encontramos en la terraza, me dijiste que desearías poseer todo lo que era de Frank —comentó con un nudo en la garganta—. No tienes idea de la mella que hicieron esas palabras en mi alma, Julian, sobretodo al oírte mencionar a Arthur. Cariño... hay... algo que debes saber sobre él. Me siento cobarde por habértelo ocultado hasta ahora, y te ruego que perdones mi pecado. No es la sangre de Frank la que corre por las venas de mi pequeño... sino la tuya.

Julian la miró atónito, incapaz de reaccionar. Le dolían todos los músculos de la cara, como si hubiese recibido una gran bofetada. Cassie calló esperando una respuesta a su revelación, y bajó la mirada.

—¿Mi... hijo? —balbuceó él.

—Lo siento. Lo siento, Julian.

El marqués se tapó el rostro con las manos.

—Me enteré al poco de marcharte —trató de explicar ella—. Estaba tan aterrorizada por lo que me acontecería a partir de ese momento que... pensé en acabar con mi vida en el arroyo que hay junto al gran roble. Luego apareció Frank, me propuso matrimonio y vi la solución al problema. Le vendí mi libertad a cambio de un hogar para mi bebé y para mí, a cambio de que él borrara la ignominia a la que me había expuesto.

No le amaba. Eras tú quien ocupaba el trono de mi corazón. Pero no tuve salida.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó él, temblándole visiblemente la mandíbula.

—Temía que me lo arrebataras. Sin Arthur a mi lado perdería lo único que me quedaba de ti. ¿Puedes perdonarme?

Haygarth se desplomó sobre su regazo y lloró amargamente. El daño causado había sido infinitamente mayor de lo que había creído. No merecía otra oportunidad.

—Cuánto has sufrido por mi causa, Cassie —musitó cuando recuperó la calma—. ¿Cómo es posible que aún me ames, después de esto?

La joven acercó su rostro y lo besó apasionadamente.

—El amor tiene pésima memoria para recordar los fallos del objeto de su afecto —repuso antes de volver a derretirse en sus brazos.

Los meses transcurridos hasta el día de su boda pasaron con una lentitud desquiciante para la futura novia. El anillo de compromiso llegó en el correo de la mañana tras la partida de Julian hacia Londres, y Cassie lo lucía orgullosa, desbordada por la alegría de ser al fin su prometida.

Miles y Ada recibieron con inmenso gozo la noticia. Lady Huntercombe, que por entonces ya contaba con casi seis meses de embarazo, se hizo confeccionar un vestido de seda gris plateado de corte sencillo, frente a la mirada desaprobadora de lady Amelia, que opinaba que su nuera debía respetar las normas del decoro, entre las que estaba la recomendación a las damas en avanzado estado de gestación de que no acudieran a actos sociales.

La ceremonia se celebró en la vieja iglesia del pueblo, por voluntad de los novios. Fue una boda íntima a la que asistieron una veintena de personas, entre los cuales se hallaba la familia cercana de Miles al completo, los señores Bloom, los señores Archer y Dorothy, la inseparable amiga de Cassie en sus años jóvenes, con su marido Jack.

Se irían a Australia de luna de miel, aunque Cassandra optó por posponer su partida hasta después del nacimiento del bebé de los Parker, y así se lo hizo saber a Julian, que aceptó sin poner ninguna objeción. Después de todo, solo faltaban tres meses...

El vestido que eligió para la ocasión era de color lavanda sin demasiados adornos, ya que su anterior estado civil no le permitía llevar un traje de novia. Se adornó el largo cabello con flores del mismo tono, recogéndolo en un moño discreto, y su aspecto modesto y a la vez bello arrancó varias sonrisas al caminar por el pasillo que conducía al altar, incluida la del apuesto caballero que la esperaba al pie del mismo.

Fue un día inolvidable para ambos. Se habían conocido exactamente doce años atrás, habían pasado por las más horrendas tempestades, y ahora se encontraban allí, sellando su amor para siempre y proclamando a los cuatro vientos que se pertenecían mutuamente.

No quisieron pasar la noche en el que fue el hogar conyugal de Cassie y Frank y decidieron partir inmediatamente hacia Londres, donde descansarían unos días antes de irse a Kent. Lord Rockingham y su esposa recibieron varias notas de amistades felicitándoles por su enlace, y abandonaron la capital a los pocos días de llegar, pues todo estaba listo para recibir a la nueva lady Rockingham en Haygarth Park.

En cuanto arribaron, Arthur saltó del vehículo, impresionado por las vistas de la magnífica mansión. Julian había ordenado preparar unos de los mejores dormitorios para el pequeño y le había comprado una gigantesca cometa como regalo de bienvenida, y el niño lanzó un grito de júbilo al verla, corriendo con ella escaleras abajo para probarla en los vastos jardines circundantes.

—Ha sido un hermoso detalle el que has tenido con él —observó Cassie al contemplar la alegría en los ojos de su hijo.

—Es un placer ver que algo tan simple puede hacerle sonreír. Ha salido a su madre —respondió el marqués abrazándola—. ¿Le muestro ahora sus aposentos, milady?

Cassie le miró enfurruñada.

—¿Mis aposentos? Dirás *nuestros* aposentos.

—Bueno, hay una puerta que comunica...

—¡Ay, la dichosa puerta! Podrías mandar que la tiraran abajo. Qué cosa más inútil.

Julian rio.

—Mmm... veo que tendré que hacer algunas reformas para que te sientas bien aquí.

—Empieza por convertir cualquiera de las dos habitaciones en un cuarto de lectura —propuso Cassie—. Con una *chaise longue* y una buena estantería. Así cuando me tengas hasta el gorro me encierro bajo llave con alguna novela de Gaskell.

—Me guardaré una copia de esa llave —manifestó él con picardía—. Te pillaré desprevenida en tu *chaise longue* con los pies desnudos en alto y totalmente distraída. Y entonces...

—¡Lord Rockingham! Haga usted el favor. Le recordaba más comedido.

—Oh, amor mío, qué poco sabes del mundo masculino —bromeó Haygarth—. Los caballeros de alta alcurnia y los trabajadores de los campos son iguales en lo que a asuntos de alcoba se refiere. Ahí no hay diferencias sociales. ¿Le muestro entonces su cuarto de lectura particular, señora Haygarth?

Los meses que siguieron no volvieron a pisar Londres, a pesar de que la temporada cada año requería la presencia de la aristocracia británica en fiestas y bailes. Miles también se ausentó, con la excusa de que lady Huntercombe, en sus condiciones, requería su compañía por si en cualquier momento se producía el alumbramiento.

«Bolita», como decía en sus cartas, estaba «cada vez más enorme», y deseaba con impaciencia que llegara el momento de ver el rostro de la criatura. Lady Amelia andaba nerviosa por Huntercombe Manor, vigilando a Ada y atosigándola con continuos refrescos y consejos sobre tomar el sol en exceso, lo que divertía al vizconde, pues las mejillas carmín de su mujer denotaban un hastío evidente, el cual disimulaba culpando al «excesivo calor» y usando grandes sombreros de paja atados a su redondeado mentón.

Y por fin llegó la tan aguardada fecha. Julian y Cassie se enteraron días más tarde por una misiva de Parker, donde les pedía, de parte suya y de Ada, que fueran a Essex a conocer a la princesita que había venido al mundo antes de lo previsto, mas que se encontraba perfectamente de salud.

Cassandra estaba eufórica. ¡Una niña! Se preguntó cómo la llamarían, y si a Miles no le importaría que no hubiera sido varón.

Comprobó al arribar a su destino que el recién estrenado papá estaba tan feliz como era de esperarse, y los anfitriones se mostraron muy contentos de compartir un momento tan importante para ellos con las personas que estimaban.

Mientras las dos damas paseaban con la recién nacida por los senderos del jardín, Julian se reunió con su amigo en la terraza, y ambos las observaban charlar animadamente.

—Ahí están —dijo Huntercombe señalándolas—, paseándose por sus dominios con desparpajo, y

dejando a sus pobres esclavos encerrados en un balcón encadenados a la balaustrada.

—Estás paranoico —contestó Haygarth entre risas—. ¿Encadenados a la balaustrada? Claro, seguramente ella ya habrá descubierto que eres un fantasma.

—Graciosillo —replicó Miles haciendo una mueca.

—Una gran idea la de llamar Amelia a tu hija.

—Ada me lo propuso. Mira si será lista, sabe aplacar a la fiera de mi madre mucho mejor que yo, y eso que llevan viviendo juntas menos de un año...

—Las mujeres conocen las debilidades de las personas.

—Por cierto, ¿qué sabes de lady Blanche?

—Sigue en Hampshire. Le he dicho a Cassie que venda la que fue su casa. No quiero que esté cerca de esa mujer.

—¿Y ha aceptado? La casa es herencia de Arthur...

Julian miró fijamente a su interlocutor.

—Arthur es mi heredero y de nadie más —le corrigió—. Voy a darle mi apellido.

—La gente dirá cosas, Julian. La reputación de tu esposa puede correr un serio riesgo si reconoces a ese niño tan abiertamente.

—Se lo he planteado a Cassandra y está de acuerdo en que lo haga. Es mi hijo y quiero que sea mi sucesor.

—Comprendo.

—Hay miles de explicaciones. No tienen por qué sospechar nada. Además, si no tenemos hijos varones...

El marqués se interrumpió bruscamente al divisar a Cassie con el rostro arrebolado mirando a Ada y diciendo algo que no logró entender. Se frotaba el vientre lentamente. Se esforzó por captar la conversación, pero no tuvo éxito.

—¿Haygarth?

—¿Sí?

—No seas chismoso. No estás sordo, así que no sabes leer los labios.

—Juraría que le está contando algo que no me...

—Ah, tengo que comentarte un asunto —le interrumpió el anfitrión—. Resulta que, debido a que hemos tenido una niña, he obrado con prudencia y he comenzado a pensar en su futuro.

—Muy bien. ¿Y cuáles son tus planes?

—Casarla con un excelente partido. Eso es primordial.

—¿Casarla?

—En su debido momento. He hecho una lista de candidatos y ninguno me resulta satisfactorio, excepto...

—¿Excepto quién?

—Arthur es un caballerito con posición y de aspecto agradable.

Julian miró a su amigo como si tuviera mil demonios a su alrededor.

—¿Qué?

Miles levantó ambas cejas y se puso colorado.

—Oye, no te quejes. Sabes que será una muchacha de impecable educación...

—¡Tú estás mal de la cabeza! ¿Cómo se te ocurre planear la boda de mi hijo con una niña de pecho? ¡Él será quien elija con quién desposarse, no nos incumbe a nosotros!

—¿Y qué sabrán ellos de cómo escoger la pareja correcta! —exclamó Parker—. Eres un terco. Y total, ya que no te puedes librar de mí puesto que pasaste a formar parte de mi familia al casarte con la prima de mi mujer, ¿qué más te da un parentesco más?

Rockingham evocó las veces en que su «hermano de pacto» dijo en el pasado que le encantaría que fueran de la misma familia y le dieron ganas de reírse. Al final el sinvergüenza se había salido con la suya.

—No, Miles. N-O. No. ¿Lo entiendes?

—Me quedan dieciocho años por lo menos para hacerte cambiar de opinión —le soltó el vizconde con descaro—. Ahora vamos dentro a echar una partida de cartas. Hace calor aquí.

Ambos caballeros entraron en la casa, y desde fuera aún se oían sus voces. Ada y Cassie se acercaron al escuchar los murmullos del interior de la vivienda, y lady Rockingham preguntó confusa:

—¿Están discutiendo o son imaginaciones mías?

—No son imaginaciones tuyas, querida —aclaró la vizcondesa meciendo a su pequeña, que había empezado a hacer pucheros—. Crecieron discutiendo, y así seguirán hasta...

—Hasta que la muerte los separe —completó su prima, echándose a reír.